El Dinero

Por

Émile Zola

I

Acababan de dar las once en el reloj de la Bolsa, cuando Saccard penetró en la sala blanca y dorada de casa Champeaux, cuyas altas ventanas daban a la plaza. Con rápida mirada, recorrió las hileras de mesillas, donde los hambrientos comensales se apretujaban, pareciendo sorprenderse al no advertir el rostro que andaba buscando.

Cuando, en el alboroto del servicio, pasó junto a él un mozo cargado de platos, le interrogó:

—Oiga, ¿no ha venido el señor Huret?

—No, señor; todavía no.

Decidió entonces Saccard sentarse a una mesa que abandonaba un cliente, en el hueco de una de las ventanas. Creía haberse retrasado, y, mientras cambiaban el mantel, llevó sus miradas al exterior, examinando los viandantes de la acera. Aun después de haberle preparado la mesa, no se apresuró a encargar su comida, quedando unos momentos con la vista sobre la plaza, toda alegre en esta clara jornada de principios de mayo. A aquella hora, en que todos almorzaban, permanecía casi desierta. Bajo el suave verde de los castaños, los bancos estaban desocupados. A lo largo de la reja, en el estacionamiento de coches, la fila de éstos se prolongaba de punta a punta, y el ómnibus de la Bastilla se detenía en su parada, en la esquina del jardín, sin dejar ni tomar viajeros. El monumento, con su columnata, sus dos estatuas y su vasto césped, quedaban bañados por el sol, que caía a plomo, mientras a su alrededor se alineaba en buen orden un ejército de sillas.

Saccard, que se había vuelto, reconoció entonces a Mazaud, el agente de cambio, sentado a la mesa vecina, y le tendió la mano.

— ¡Pero si es usted! ¡Buenos días!

—Buenos días —respondió Mazaud, estrechando su mano distraídamente.

Menudo, vivaracho, moreno y de aspecto agradable, acababa de heredar el cargo de uno de sus tíos, a los treinta y dos años. Se parecía mucho al comensal que se sentaba frente a él, un señor grueso de cara roja y afeitada, el célebre Amadieu, a quien veneraba la Bolsa desde su famoso golpe de las Minas de Selsis. Cuando los títulos habían bajado a quince francos y se consideraba loco a cualquier comprador, él empeñó en el negocio toda su fortuna, unos doscientos mil francos, al azar, sin cálculo alguno, con una obcecación de bruto afortunado. Ahora, cuando el descubrimiento de auténticos y considerables filones había remontado el valor de los títulos por

encima de los mil francos, salía ganando una quincena de millones. Y la estúpida operación que debió hacer que le encerraran, le elevaba al rango de los más despejados cerebros financieros. La gente le saludaba y, sobre todo, le consultaba. Por otra parte, el hombre no daba ya órdenes, como si se sintiera satisfecho al verse entronizado por su golpe genial, único y legendario. Mazaud debía cultivar su clientela.

Al no obtener de Amadieu siquiera una sonrisa, Saccard dedicó un saludo a la mesa de enfrente, donde se hallaban reunidos tres especuladores a quienes conocía: Pillerault, Moser y Salmon.

— ¿Qué tal? ¿Va todo bien?

— ¡Hola; sí, no va mal!

Pero también entre éstos percibió cierta indiferencia, cercana a la hostilidad. Sin embargo, Pillerault, alto, enjuto, de gestos vivaces y nariz afilada en su rostro huesudo de caballero errante, tenía por costumbre la familiaridad del jugador que tiene por principio la temeridad, declarando que rodaba en las mayores catástrofes cuando se detenía a reflexionar. Imperaba en él la exuberante naturaleza del alcista, siempre encarado con la victoria, mientras que Moser, por el contrario, bajo, de tez amarillenta que reflejaba una enfermedad del hígado, se lamentaba sin cesar, víctima de un persistente temor a los cataclismos. En cuanto a Salmon, frisando en la cincuentena, con soberbia barba negra como la tinta, pasaba por ser personaje de extraordinaria firmeza. No hablaba jamás y sólo respondía con sonrisas, sin que pudiera saberse cómo opinaba, ni siquiera si llegaba a opinar.

Pero su forma de escuchar impresionaba de tal modo a Moser, que no era raro que éste, después de hacerle una confidencia, corriese a modificar una orden, desconcertado por su silencio.

Ante la indiferencia que le testimoniaban, Saccard, con su mirada febril y provocadora, terminó de dar la vuelta en torno de la sala. Pero sólo cambió una inclinación de cabeza con un corpulento joven, sentado a tres mesas de distancia; el apuesto Sabatani, un levantino de rostro largo y moreno iluminado por unos hermosos ojos negros, pero de boca maliciosa e inquietante, que dañaba. La amabilidad de aquel joven acabó de irritarle. Era sin duda un ejecutado por alguna Bolsa extranjera, uno de aquellos seres misteriosos a quien amaban las mujeres, caído en el mercado desde el otoño anterior, y que ya había visto actuar como hombre de paja en un desastre bancario, mientras, lentamente, iba conquistando la confianza de los profesionales, con su corrección y su infatigable amabilidad, que prodigaba incluso a los más vencidos.

Ante Saccard se mantenía atento un mozo.

— ¿Qué va a tomar el señor?

— ¡Ah, sí!… Lo que usted quiera; una chuleta, unos espárragos…

Luego, volvió a llamar al mozo.

— ¿Está seguro de que el señor Huret no ha venido antes que yo, marchándose luego?

—Sí, señor, completamente seguro.

Allí estaba, después del desastre que en octubre le obligó a liquidar sus asuntos, vendiendo su hotel del parque Monceau para alquilar un apartamento. Ya sólo le saludaban los Sabatanis al entrar en un restaurante donde había imperado; las cabezas no se volvían, ni se tendían a él las manos, como antes. Pero era buen jugador y sabía no experimentar rencor alguno, tras aquel último negocio de los terrenos, escandaloso y desastroso, del que escasamente había salvado el pellejo.

Pero, del fondo de su ser, sentía brotar un ansia de revancha, y la ausencia de Huret, que le había prometido formalmente estar allí desde las once, para darle cuenta de las gestiones que le encargara realizar cerca de su hermano Rougon, ministro a la sazón triunfante, le exasperaba sobre todo contra este último. Huret, dócil diputado, hechura del gran hombre, no era más que un comisionado. Pero Rougon, que todo lo podía, ¿era posible que le abandonase así? Nunca había demostrado ser un buen hermano. Se explicaba que se enfadara después de la catástrofe y que rompiera abiertamente, para no verse a su vez comprometido. Pero, transcurridos seis meses, ¿no debía haber acudido secretamente a él para ayudarle? ¿Tendría acaso el valor de negarle la suprema cooperación que había tenido que pedirle a través de un tercero, sin atreverse a verle en persona, temiendo que se dejara arrebatar por un acceso de cólera? Sólo tenía que pronunciar una palabra para ponerle nuevamente en pie, con el París inmenso y cobarde bajo sus talones.

— ¿Qué vino desea el señor? —preguntó el jefe de la bodega.

—El burdeos corriente.

Saccard, que absorto y desganado, dejaba enfriar su chuleta, levantó la mirada al ver una sombra que se deslizaba sobre el mantel. Era Massias, muchacho alto y pelirrojo, que se escurría entre las mesas con su cotización en la mano. Le había conocido cuando era un simple comisionista menesteroso y se sintió ofendido al verle pasar ante él, sin pararse, para tender la cotización a Pillerault y Moser. Distraídos por la conversación en que estaban enfrascados, éstos apenas le concedieron una mirada: no, no tenían órdenes que dar; acaso otra vez. Massias, sin osar dirigirse a Amadieu, que, inclinado sobre una ensalada de bogavante, hablaba en voz baja con Mazaud, se volvió hacia

Salmon, que tomó la cotización y tras estudiarla prolongadamente, se la devolvió, sin decir palabra. La sala se animaba y, a cada momento, nuevos comisionistas hacían batir sus puertas. Se cambiaban desde lejos palabras en voz alta y la pasión del negocio iba alzándose, a medida que se acercaba la hora. Y Saccard, que volvía sin cesar sus miradas hacia fuera, veía que también la plaza se iba llenando poco a poco, con los coches y los viandantes que afluían, mientras que, sobre la escalinata de la Bolsa, refulgente bajo el sol, se destacaban las negras siluetas de quienes empezaban a salir lentamente.

—Le repito —dijo Moser, desolado— que estas elecciones complementarias del 20 de marzo constituyen un síntoma de los más inquietantes… En fin, es hoy París entero el que se adhiere a la oposición.

Pero Pillerault se encogía de hombros. ¿Qué podía importar que Carnot y Garnier Pages estuvieran también en los bancos de la izquierda?

—Es como la cuestión de los ducados —prosiguió Moser—; ya ve, está llena de complicaciones… Ciertamente, hace bien en reírse. Yo no digo que debiéramos hacer la guerra a Prusia para impedir que se beneficie a costa de Dinamarca, pero, no obstante, tendría que existir algún medio de actuar… Sí, sí, cuando los grandes empiezan a comerse a los pequeños, nunca se sabe dónde se detendrán… Y, en cuanto a Méjico…

Pillerault, que gozaba de uno de sus días de satisfacción universal, le interrumpió con una carcajada.

— ¡Ah, no, amigo mío! No se enoje más con sus temores sobre Méjico… Méjico será la página gloriosa del reinado… ¿De dónde diablo saca que el imperio está enfermo? ¿Acaso el empréstito de enero, de trescientos millones, no se ha cubierto más de quince veces? ¡Un éxito aplastante!… Mire, le emplazo para el sesenta y siete; sí, dentro de tres años, cuando se inaugure la Exposición Universal, como el emperador acaba de decidir.

—Pues yo le digo que todo va mal —afirmó Moser, desesperadamente.

—Vamos, déjenos en paz, todo va bien.

Salmon les miraba, uno tras otro, sonriendo con su presunta profundidad. Y Saccard, que les había oído, agregaba a las dificultades de su situación personal aquella crisis donde el imperio parecía penetrar. Él estaba otra vez vencido, pero ¿sería cierto que el imperio, al que había contribuido, iba, como él, a derrumbarse, arrastrando súbitamente a los más encumbrados y los más miserables? ¡Después de doce años de amarlo y defenderlo, aquel régimen donde se había sentido vivir, desarrollarse, saturarse de savia, como el árbol que hunde sus raíces en el terreno que le conviene! Pero si su hermano pretendía desplazarle, apartándole de los que gozaban de inagotable abundancia, que todo se desplomase, como en los cataclismos finales de las

noches de fiesta.

Ahora, sumido en sus recuerdos, esperaba sus espárragos, ausente de la sala, donde la agitación crecía sin cesar. En un gran espejo situado frente a él, acababa de descubrir su imagen, que le había sorprendido. La edad no hizo mella en su persona, que, a los cincuenta años apenas aparentaba treinta y ocho, con su esbeltez y su vivacidad de hombre joven. Incluso, con los años, su rostro moreno y arrugado, de nariz puntiaguda, los ojos pequeños y brillantes, había adoptado el encanto de la continua juventud, flexible, activo y con los rizados cabellos sin una sola cana. Y, sin poder evitarlo, recordó su llegada a París, al día siguiente del golpe de Estado, la tarde invernal en que había caído en sus calles, con los bolsillos vacíos, hambriento y con toda su pasión de apetitos por satisfacer. ¡Aquel primer recorrido a través de la ciudad, cuando, antes incluso de deshacer su equipaje, sintió la necesidad de lanzarse a la calle, con sus botas agujereadas y su levita grasienta, para conquistarla!

Después de aquella noche, había llegado varias veces hasta muy alto y un río de millones pasó por sus manos, sin que nunca llegara a poseer la fortuna, como cosa propia de la que se dispone, guardándola bajo llave, viva y material. Siempre habían morado en sus cajas la mentira y la ficción, que ignorados agujeros la vaciaban de toda riqueza. Luego, volvía a encontrarse de nuevo en la calle, como en la lejana época del comienzo, joven, ansioso, siempre insatisfecho, torturado por la misma necesidad de goces y conquistas. Lo había probado todo, sin llegar a saciarse, por falta de ocasión y de tiempo, según creía, para penetrar profundamente en las personas y en las cosas. En aquellos instantes, sentía la humillación de ser, en el arroyo, menos aún que un principiante, sostenido por la ilusión y la esperanza. Y le acometía la fiebre de empezar todo de nuevo para reconquistarlo, de elevarse a mayor altura que la que nunca alcanzó, y posar al fin el pie en la ciudad conquistada. ¡No quería ya la riqueza mendaz de la fachada, sino el sólido edificio de la fortuna, con la auténtica realeza del oro, entronizado sobre montones de sacos llenos!

La voz de Moser, que se alzó de nuevo, agria y aguda, apartó unos momentos a Saccard de sus reflexiones.

—La expedición de Méjico cuesta catorce millones mensuales, según ha demostrado Thiers… Y, realmente, hace falta estar ciego para no ver que, en la Cámara, la mayoría se resquebraja. Son ya treinta y tantos los que se han pasado a la izquierda. El propio emperador se da perfecta cuenta de que el poder absoluto se ha hecho imposible, puesto que se convierte en promotor de la libertad.

Pillerault no contestaba, limitándose a sonreír con aire desdeñoso.

—Sí, ya sé, el mercado os parece sólido y los negocios van marchando. Pero esperad al fin… ¡Se ha demolido y reconstruido demasiado en París! Las

grandes obras acaban con el ahorro. Y en cuanto a las poderosas casas de crédito que os parecen tan prósperas, esperad a que una de ellas dé el salto y veréis cómo las demás se derrumban en fila… Eso sin contar con que el pueblo se agita. Esa asociación internacional de los trabajadores, que acaban de fundar para mejorar la situación de los obreros, me causa demasiado espanto. Existe en Francia un movimiento revolucionario, una protesta, que va acentuándose día a día… Yo digo que el gusano está dentro de la fruta, y que todo acabará por reventar.

Surgieron entonces ruidosas protestas. El maldito Moser tenía sin duda una de sus crisis de hígado. Pero él mismo, mientras hablaba, no apartaba la mirada de la mesa vecina, donde Mazaud y Amadieu seguían hablando en voz baja, en medio del barullo. Poco a poco, la sala iba inquietándose con aquellas prolongadas confidencias. ¿Qué podían tener que comunicarse, para estar cuchicheando de aquel modo? Era indudable que Amadieu daba órdenes, preparando algún golpe. Hacía tres días que circulaban ciertos rumores sobre los trabajos de Suez. Moser, con un guiño, bajó asimismo la voz.

—Ya sabe que los ingleses quieren impedir que se trabaje allí. Pudiéramos tener guerra.

La enormidad de la noticia llegó a conmover a Pillerault. Era increíble, y, seguidamente, la frase corrió de boca en boca, adquiriendo la firmeza de una certidumbre: Inglaterra había enviado un ultimátum, exigiendo el cese inmediato de las obras. Era evidente que Amadieu no hablaba de otra cosa con Mazaud, a quien dio la orden de vender todo su Suez. Un murmullo de pánico se elevó en el ambiente cargado de olor a grasas, entre el creciente ruido de la vajilla removida. Y, en aquel momento, la emoción llegó a su punto culminante cuando un empleado del agente de cambio, el pequeño Flory, con el rostro infantil pese a la tupida barba castaña, entró en la sala bruscamente. Se acercó rápido a su patrón con un paquete de fichas en la mano, y se las entregó diciéndole algo al oído.

—Bien —respondió simplemente Mazaud, que ordenó las fichas en su cartera.

Luego, sacando el reloj, exclamó:

— ¡Son, casi, las doce! Dígale a Berthier que me espere. Y quédese también usted; suba a recoger los despachos.

Cuando salió Flory, prosiguió su conversación con Amadieu, sacando del bolsillo otras fichas que extendió sobre el mantel, junto a su plato. Luego, a cada momento, un cliente que se marchaba se inclinaba al paso para decirle unas palabras, que él inscribía rápidamente en uno de los papeles, entre dos bocados. La falsa noticia, llegada nadie sabía de dónde, se agrandaba como los

nubarrones de una tempestad.

—Vende usted, ¿no es así? —preguntó Moser a Salmon.

Pero la muda sonrisa de éste adquirió tal agudeza, que quedó perplejo, dudando ya de aquel ultimátum de Inglaterra, que, sin darse cuenta, él mismo había inventado.

—Yo voy a comprar cuanto quieran —concluyó Pillerault, con su vanidosa temeridad de jugador sin método.

Con las sienes calientes por la embriaguez del juego, que azotaba el ruidoso final del almuerzo en la reducida sala, Saccard se decidió a comerse los espárragos, enfurecido de nuevo con Huret, con cuya presencia ya no contaba. Hacía varias semanas que, pese a su prontitud para las resoluciones, vacilaba sumido entre incertidumbres. Se daba perfecta cuenta de la necesidad de cambiar de vida, y, en principio, pensó en iniciarse en la alta administración o en la política. ¿Por qué el Cuerpo legislativo no le habría llevado al consejo de ministros, como a su hermano? Lo que reprochaba a la especulación, era la continua inestabilidad. Y las grandes sumas, perdidas con la misma rapidez con que se ganaban; nunca consiguió descansar sobre la realidad del millón, sin deber nada a nadie. Y en aquellos momentos en que hacía examen de conciencia, se decía que tal vez era demasiado apasionado para la batalla del dinero, que tanta sangre fría requería. Aquello debía explicar por qué, después de una tan extraordinaria vida de lujos e inquietudes, salía vacío, quemado, tras diez años de formidables negocios sobre terrenos del nuevo París, en los que tantos otros, más torpes, habían reunido colosales fortunas. Sí, acaso se había equivocado sobre sus verdaderas aptitudes y quizá triunfara rápidamente en la lucha política, con su actividad y su ardiente fe. Todo había de depender de la respuesta de su hermano. Si éste le rechazaba, confinándole al remolino de la especulación, tanto peor para él y para los demás; se arriesgaría a dar el gran golpe del que a nadie había hablado aún, el enorme negocio con que soñaba desde hacía varias semanas, de tal envergadura que él mismo estaba asustado, y que, tanto si se lograba como si fracasaba, bastaría para revolucionar el ambiente.

Pillerault elevó la voz.

—Mazaud, ¿ha terminado ya la ejecución de Schlosser?

—Sí —respondió el agente de cambio—, el aviso será publicado hoy mismo… ¿Qué quiere? Siempre resulta enojoso, pero yo había recibido unas informaciones muy inquietantes y he sido el primero en descontarle. Es conveniente, de vez en cuando, dar un golpe de escoba.

—Me han asegurado —dijo Moser— que sus colegas, Jacoby y Delarocque, estaban afectados en importantes sumas.

El agente tuvo un gesto vago.

—Bah, es la parte del difunto… Ese Schlosser debe pertenecer a una banda y saldrá libre de todo tropiezo, para proseguir sus fechorías en la Bolsa de Berlín o la de Viena.

Las miradas de Saccard habían ido a posarse sobre Sabatani, de cuya asociación secreta con Schlosser se había enterado casualmente: los dos jugaban el sabido juego, uno al alza y el otro a la baja, sobre un mismo valor. El que perdía quedaba libre para participar en los beneficios del otro y desaparecer. Entretanto, el joven pagaba tranquilamente la cuenta del almuerzo que acababa de tomar. Luego, con su acariciadora gracia de oriental injertado de italiano, fue a estrechar la mano de Mazaud, de quien era cliente. Se inclinó sobre él y le dio una orden, que éste escribió en una ficha.

—Vende sus Suez —murmuró Moser.

Y, en voz alta, cediendo a una imperiosa necesidad, agobiado por la duda, preguntó:

— ¿Qué? ¿Qué es lo que usted opina de Suez?

Un silencio interrumpió el barullo de las voces, mientras las cabezas de las mesas próximas se volvían a mirar. Aquello venía a resumir el creciente estado de ansiedad. Pero las espaldas de Amadieu, que había invitado a Mazaud simplemente para recomendarle un sobrino, resultaban impenetrables. En tanto, el agente, que empezaba a extrañarse de las órdenes que iba recibiendo, se contentaba con inclinar la cabeza, por un hábito profesional de discreción.

— ¡Los Suez están muy bien! —exclamó Sabatani con su cantarina voz, mientras, al salir, se apartaba de su camino, para estrechar galantemente la mano de Saccard.

Éste conservó por unos momentos la sensación de aquel apretón de manos, tan suave y tan cálido, casi femenino. En su incertidumbre sobre el camino a seguir en su nueva vida, calificaba de fulleros a cuantos se encontraban allí. ¡Si le obligaban a ello, cómo acosaría a aquellos temerosos Moser, a los vanidosos Pillerault, a los Salmon, huecos como calabazas, y a los Amadieu, cuyos éxitos pasaban por genialidad! El ruido de platos y vasos se había reanudado, las voces enronquecían y las puertas batían cada vez con más fuerza, en la prisa que a todos devoraba por estar allí, en el juego, si había de producirse una catástrofe en torno a Suez. Y a través de la ventana, en medio de la plaza, surcada por los coches y atestada de viandantes, veía la soleada escalinata de la Bolsa, salpicada ahora por una multitud de insectos humanos, de hombres correctamente vestidos de negro, que poco a poco se reunían en la columnata, mientras, tras las rejas, aparecían algunas mujeres, como vagas formas, que se deslizaban bajo los castaños.

Bruscamente, en el momento en que se disponía a comer el queso que había encargado, una voz grave le hizo levantar la cabeza.

—Le pido perdón, amigo mío; me ha sido imposible acudir más pronto.

Al fin, era Huret, un normando de Calvados, de rostro ancho y grueso de campesino astuto, que desempeñaba el papel de simple. Seguidamente, se hizo servir cualquier cosa, el plato del día con unas legumbres.

— ¿Y bien? —preguntó secamente Saccard, que hacía esfuerzos por contenerse.

Pero el otro no demostraba prisa alguna y le examinaba con su aire taimado y prudente. Luego, disponiéndose a comer, acercó la cabeza y dijo en voz baja:

—Pues, sí: he visto al gran hombre… Sí, en su casa, esta mañana… ¡Ah, ha estado muy amable! Muy amable respecto a usted.

Se detuvo para beber un largo trago de vino y meterse una patata en la boca.

— ¿Entonces?

—Entonces, amigo, mire usted… Está plenamente dispuesto a hacer por usted cuanto pueda; le encontrará una envidiable situación, pero fuera de Francia… Por ejemplo, gobernador de una de nuestras colonias, alguna de las buenas… Usted sería el amo, un verdadero príncipe.

Saccard había palidecido.

—Oiga, lo dirá en broma. ¡Cómo le gusta burlarse de todos!… ¿Por qué no la deportación, sin más disfraces? ¡Con que quiere librarse de mí! ¡Que tenga cuidado conmigo!

Huret, con la boca llena, se mantenía conciliador.

—Vamos, vamos, no queremos otra cosa que beneficiarle; déjenos hacer.

—Que me deje eliminar, ¿no es cierto?… Mire, hace unos momentos, decían aquí que al imperio no le quedaría pronto ningún error por cometer. Sí, la guerra de Italia, lo de Méjico, la actitud respecto a Prusia… ¡A fe mía que es la pura verdad!… Harán ustedes tantas tonterías y tantas locuras, que toda Francia se levantará para echarles.

Repentinamente, el diputado, la fiel criatura del ministro, palideció inquieto, mirando en torno suyo.

—Perdone, perdone, no puedo seguirle… Rougon es un hombre íntegro y mientras él esté ahí, no hay peligro… No, no diga nada más, usted no le conoce, tengo que decírselo.

Violentamente, ahogando la voz entre sus dientes cerrados, Saccard le interrumpió.

—Sea como quiera, entréguese a él… ¿Pero quiere apoyarme aquí en París? Diga sí o no.

—En París, jamás.

Sin añadir una palabra, se levantó y llamó al mozo para pagar la cuenta, mientras, muy tranquilo, Huret, que conocía sus explosiones de ira, seguía tragando grandes bocados de pan, dejando que se marchase por temor a un escándalo. Pero, en aquel momento, una gran emoción afectó a la sala.

Acababa de entrar Gundermann, el banquero rey, el amo de la Bolsa y el mundo, un hombre de sesenta años, de inmensa cabeza calva, gran nariz y ojos salientes, con expresión de una terca obstinación y una gran fatiga. Nunca iba a la Bolsa y afectaba no enviar siquiera un representante oficial; por otra parte, jamás almorzaba en público. Únicamente, de tarde en tarde, se le ocurría, como en aquella ocasión, dejarse ver en el restaurante de Champeaux, donde se sentaba simplemente para hacerse servir un vaso de agua de Vichy. Hacía veinte años que sufría una dolencia de estómago y se alimentaba exclusivamente con leche.

Al momento, se movilizó todo el personal para llevarle el vaso de agua, y todos los comensales parecieron encogerse. Moser, anonadado, contemplaba a aquel hombre que sabía todos los secretos y dictaba a su capricho el alza o la baja, como Dios dispone del rayo. El propio Pillerault le saludó, sin fe en otra cosa que en la irresistible fuerza de los millones. Eran las doce y media, y Mazaud, que acababa de despedirse de Amadieu, volvió junto a éste, inclinándose ante el banquero, de quien, alguna vez, había tenido el honor de recibir alguna orden. Otros muchos bolsistas, que estaban igualmente en trance de marcharse, se quedaron de pie, rodeando a la divinidad, haciéndole respetuosas reverencias en medio del desorden de los manteles sucios y contemplándole con veneración mientras bebía el vaso de agua, que, con mano temblorosa, llevaba a sus descoloridos labios.

Tiempo atrás, durante las especulaciones sobre los terrenos de la llanura de Monceau, Saccard había tenido discusiones e incluso alguna disputa, con Gundermann. No podían entenderse, uno apasionado y lleno de vida, y el otro sobrio y dominado por la fría lógica. De tal modo, Saccard, en su crisis de cólera, exasperado más aún por aquella entrada triunfal, se disponía a salir, cuando el banquero le llamó.

—Oiga, buen amigo, ¿es cierto que deja los negocios?… Hace bien, es preferible…

Aquello fue para Saccard una bofetada en pleno rostro. Se irguió sobre su

corta talla, y replicó con voz clara, aguda cómo una espada:

—Fundo una casa de crédito con un capital de veinticinco millones, y cuento con ir a verle dentro de poco.

Y salió, dejando tras de sí los ardientes rumores de la sala, donde todos se precipitaban para no perderse la apertura de la Bolsa. ¡Ojalá pudiera triunfar al fin, pisoteando con los talones a aquellos que le volvían la espalda, y luchar en plano de igualdad con este rey del oro, hasta, algún día, tal vez, derrotarle! Aún no estaba decidido a lanzar su gran negocio, y fue el primero en sorprenderse ante la frase que la necesidad de responder le había obligado a pronunciar. ¿Pero podía tentar la fortuna, ahora que su hermano le abandonaba, que los hombres y las cosas le herían para volverle a la lucha, como el toro sangrante que es devuelto a la arena?

Por unos momentos, permaneció trémulo, al borde de la acera. Era la hora de la actividad, cuando la vida de París parecía afluir a aquella plaza central, entre la calle Montmartre y la calle Richelieu, las dos arterias encañonadas que encauzaban a la muchedumbre. De las cuatro calles que daban a las esquinas de la plaza, surgían inacabables oleadas de coches, surcando el arroyo entre los remolinos de los numerosos viandantes. Las dos filas de la estación de coches de alquiler se deshacían y rehacían incesantemente, a lo largo de la verja, mientras en la calle Vivienne, las victorias de los bolsistas se alineaban apretujadas, con los cocheros en lo alto, dispuestos a fustigar a sus caballos a la primera orden. La escalinata y el peristilo parecían ennegrecidos con el hormigueo de las levitas, y la Bolsa, instalada ya bajo el reloj y en pleno funcionamiento, dejaba escapar el clamor de la oferta y la demanda, la marea del agio, triunfante sobre los rumores de la ciudad. Quienes pasaban por allí, volvían la cabeza, con el ansia y el temor de las operaciones financieras, llenas de misterios, a las que pocos cerebros franceses tenían acceso, con sus bruscas fortunas y bancarrotas, que difícilmente se explicaban entre tanta gesticulación y tanto grito desaforado. Y él, al borde del arroyo, aturdido por las lejanas voces y empujado por el transitar presuroso de la gente, soñaba una vez más en la realeza del oro, en aquel barrio febril, donde la Bolsa, entre una y tres, latía como un enorme corazón.

Pero, después de su infortunio, no se había atrevido a entrar otra vez en la Bolsa. Por otra parte, aquel día, un sentimiento de vanidad lastimada y la certidumbre de ser considerado como un vencido, le vedaban subir la escalinata. Igual que los amantes desdeñados por sus queridas, que las desean más mientras creen execrarlas, volvía allí fatalmente, dando la vuelta a la columnata con cualquier pretexto, cruzando el jardín con el andar lento de un paseante bajo los castaños. En aquella especie de plaza polvorienta, desprovista de césped y macizos, donde pululaba sobre los bancos, entre urinarios y kioscos de periódicos, una abigarrada mezcla de oscuros

especuladores y mujeres del barrio, que, destocadas, cuidaban de sus hijos, afectaba una ociosidad indiferente, alzando la mirada, acechaba, con la acuciante idea de que estaba asediando aquel monumento, al que encerraba en un estrecho cerco, para al fin entrar un día en él como triunfador.

Torció por la esquina de la derecha, bajo los árboles que daban cara a la calle de la Banca, y, seguidamente, fue a caer sobre el bolsín de los valores sin cotización, «los pies húmedos», como con despectiva ironía llamaban a estos especuladores de ocasión, que cantaban al aire libre y en el barro de los días lluviosos, los títulos de sociedades difuntas. Había allí, en un grupo tumultuoso, toda una sucia judería de rostros brillantes y perfiles enjutos de aves de rapiña; una extraordinaria reunión de narices típicas, que se juntaban unas a otras cual si estuvieran sobre una presa, con gritos guturales, pareciendo devorarse unos a otros. En el momento de pasar, advirtió, algo apartado, a un hombre alto que examinaba un rubí bajo el sol, levantándolo delicadamente entre sus dedos, enormes y sucios.

— ¡Hombre, Busch!… Me hace recordar que pensaba subir a su casa.

Busch, que tenía una oficina en la calle Feydeau, en la esquina de la calle Vivienne, le había sido de gran utilidad en varias ocasiones, en circunstancias difíciles. Permanecía extasiado, examinando las aguas de la piedra preciosa, con la cara levantada y los grandes ojos grises como deslumbrados por la viveza de la luz. Dejaba ver, enrollada como una cuerda, la corbata que siempre llevaba, mientras su chaqueta de ocasión, soberbia en otros tiempos, pero extraordinariamente raída ahora y llena de manchas, se alzaba hasta sus claros cabellos, que caían en extraños y rebeldes mechones desde la frente. Su sombrero, tostado por el sol y humedecido por las lluvias, carecía de edad.

Finalmente, se decidió a bajar nuevamente a la tierra.

— ¡Ah, el señor Saccard! ¿Dando una vueltecita por aquí?

—Sí, se trata de una carta escrita en ruso, una carta de un banquero ruso establecido en Constantinopla. Y había pensado en su hermano, para que me la tradujera.

Busch, que, con un tierno movimiento inconsciente, seguía dando vueltas a la piedra en su mano derecha, le tendió la izquierda, afirmando que aquella misma noche le mandaría la traducción. Sin embargo, Saccard le explicó que se trataba solamente de diez líneas.

—Subiré y su hermano me la leerá sin demora.

Se vio interrumpido por la llegada de una voluminosa mujer, la señora Méchain, muy conocida por los habituales de la Bolsa; una de esas incurables y míseras jugadoras cuyas manos se mezclan en toda clase de sucios

menesteres. Su cara de luna llena, hinchada y enrojecida, de pequeños ojos azules y boca diminuta, de la que salía una voz aflautada de niña, parecía desbordarse del viejo sombrero malva que llevaba anudado con unas bridas granate. El gigantesco pecho y su vientre de hidrópica, reventaban bajo el vestido de popelín verde, que el barro había descolorido hasta hacerlo amarillo. Sostenía en el brazo una vieja bolsa de cuero negro, inmensa, tan profunda como una valija, de la que nunca se separaba. Aquel día, la bolsa, hinchada, llena hasta reventar, tiraba de ella hacia la derecha, haciendo que se inclinara como un árbol.

—Aquí la tenemos —dijo Busch, que debía estar esperándola.

—Sí, he recibido los papeles de Vendôme, y se los traigo.

—Bien, pues andando para casa… Aquí, hoy, no queda nada por hacer.

Saccard había dedicado una vacilante mirada al enorme bolso de cuero. Sabía muy bien que allí iban a parar inevitablemente los títulos descalificados y las acciones de sociedades en bancarrota, sobre las que los «pies húmedos» especulaban todavía; acciones de quinientos francos de valor que se disputaban por veinte o diez sueldos, con la vaga esperanza de una improbable rehabilitación, o, de una forma más práctica, como una mercancía inútil que cedían con beneficio a banqueros deseosos de aumentar su pasivo. En las mortíferas batallas de las finanzas, la Méchain era el cuervo que seguía a los ejércitos en marcha. No se fundaba una compañía o una gran casa de crédito, sin que ella apareciese con su bolsa, husmeando el ambiente en espera de cadáveres, incluso en los momentos prósperos de las emisiones triunfantes. Pero ella sabía que la derrota era inevitable y que el día de la matanza había de llegar, ofreciéndole entonces los títulos manchados de barro y de sangre. Y Saccard, que rondaba su gran proyecto de montar una banca, tuvo un ligero estremecimiento, al ver aquella bolsa, carnicería de valores depreciados, por la que pasaba todo el papel sucio barrido de la Bolsa.

Al ver que Busch se llevaba a la vieja, Saccard le detuvo.

—Entonces, ¿cree que si subo, encontraré a su hermano?

Los ojos del judío se dulcificaron y expresaron una sorpresa llena de inquietud.

—Mi hermano… ¡pues, claro! ¿Dónde quiere que esté?

—Muy bien, pues hasta ahora.

Y Saccard, dejando que se alejaran, prosiguió su lenta marcha a lo largo de la arboleda, hacia la calle Notre-Dame-des-Victoires. Aquel lado de la plaza era uno de los más frecuentados, con los comercios y las industrias artesanas, cuyas muestras doradas ondeaban bajo el sol. Las cortinas batían en los

balcones, mientras una familia de provincianos permanecía boquiabierta en la ventana de un hotel amueblado. Maquinalmente, había levantado la cabeza, contemplando el azoramiento de aquella gente, que le hizo sonreír al recordarle que en los departamentos siempre habría algunos accionistas. A su espalda, el clamor de la Bolsa y el rumor de la lejana marea, continuaban, obsesionándole, como si amenazaran con engullirle.

Pero un nuevo encuentro le detuvo.

— ¿Cómo, Jordan, usted en la Bolsa? —exclamó, estrechando la mano de un hombre alto y moreno de pequeño bigote, de aire audaz y decidido.

Jordan, cuyo padre, un banquero de Marsella que tiempo atrás se había suicidado a consecuencia de desastrosas especulaciones, recorría las calles de París desde hacía diez años, lleno de entusiasmo por la literatura y en valiente lucha con la más negra miseria. Uno de sus primos, instalado en Plassans, donde conocía a la familia de Saccard, le había recomendado a éste, cuando recibía al «todo París» en su hotel del parque Monceau.

— ¡Qué! ¿La Bolsa? ¡Jamás! —respondió el joven con gesto violento, como si apartara de sí el trágico recuerdo de su padre. Luego, volviendo a sonreír, prosiguió:

— ¿Ya sabe que me he casado?… Sí, con una amiga de la infancia. Nos comprometimos en la época en que yo era rico, y ella se ha obcecado en quererme a pesar de ser el pobre diablo en que me he convertido.

—Efectivamente, recibí la tarjeta de participación —dijo Saccard—. Imagínese que, tiempo atrás, estuve en relaciones con su suegro, el señor Maugendre, cuando tenía la manufactura de toldos en la Villette. Ha debido ganar una bonita fortuna.

La conversación tenía lugar cerca de un banco, y Jordan le interrumpió para presentarle un señor bajo y grueso, con aire de militar, que estaba sentado y con el que conversaba en el momento del encuentro.

—El señor es el capitán Chave, tío de mi mujer… La señora Maugendre, mi suegra, de los Chave de Marsella.

El capitán se había levantado y Saccard le saludó. Conocía de vista su figura apoplética, de garganta envarada por el uso de cuello de crin; era el prototipo de los ínfimos jugadores al contado, a quien, con toda seguridad, podía encontrarse allí todos los días de una a tres. Era el juego de los pequeños beneficios, en el que se obtenía una ganancia, de quince o veinte francos, que había de realizarse en la misma Bolsa.

Jordan, con su risa bondadosa, añadió, para explicar su presencia:

—Mi tío es un bolsista feroz, a quien a veces no hago más que estrechar la

mano al pasar.

— ¡Diablo! —dijo simplemente el capitán—. Bien he de jugar, puesto que el gobierno, con su pensión, dejaría que me muriese de hambre.

Saccard, a quien el joven interesaba por el coraje con que luchaba en la vida, le preguntó entonces cómo andaban las cosas en la literatura, y Jordan, animándose, le explicó la instalación de su modesto hogar en un quinto piso de la avenida Clichy. Los Maugendre, desconfiando del poeta, creían haber hecho bastante al consentir el matrimonio, no dando nada a su hija bajo el pretexto de que ésta les sucedería, recibiendo intacta su fortuna, incrementada con sus ahorros. No, la literatura no subvenía la nutrición de nuestro hombre, que, pese a proyectar una novela, no encontraba el tiempo necesario para escribirla, teniendo que recurrir al periodismo, donde se ocupaba en toda clase de menesteres, desde las crónicas, hasta los ecos de los tribunales e incluso los sucesos.

—Bien —dijo Saccard—, si monto mi gran negocio, tal vez tenga necesidad de usted. Así que venga a verme.

Después de despedirme, dio la vuelta por detrás de la Bolsa. Allí, por fin, el clamor se hizo lejano y dejaron de distinguirse los gritos del juego, restando sólo un vago rumor que se perdía entre los ruidos de la plaza. De aquel lado, las escalinatas estaban igualmente invadidas de público, pero el gabinete de los agentes de cambio, cuyo tapizado rojo se veía a través de las altas ventanas, venía a aislarlo del barullo de la gran sala de la columnata, donde especuladores, delicados y opulentos, se sentaban cómodamente a la sombra, solos o en pequeños grupos, transformando en una especie de casino aquel vasto peristilo abierto a pleno aire. En cierto modo, la parte posterior del monumento era como la trasera de un teatro, con la entrada de los artistas en un callejón feo y relativamente tranquilo. Era éste la calle de Notre-Dame-des-Victoires, ocupada en su totalidad por tabernas, cafés, cervecerías y establecimientos similares, en los que hormigueaba una clientela especial, extrañamente mezclada.

Saccard se había detenido en el interior de la verja, levantando el rostro hacia la puerta que conducía al gabinete de los agentes de cambio, con la aguda mirada del jefe de un ejército que examina desde todos los ángulos la fortaleza cuyo asalto se dispone a intentar, cuando un mocetón que salía de una taberna, cruzó la calle para decirle al oído:

— ¡Señor Saccard! ¿No tendrá usted nada para mí? He dejado definitivamente el crédito mobiliario y ando buscando un empleo.

Jantrou había sido profesor en Bordeaux, de donde tuvo que venirse a París a consecuencia de una historia poco clara. Obligado a abandonar la

universidad, era, sin embargo, un muchacho de agradable aspecto, con su barba negra y su calvicie precoz. Por otra parte, era culto, inteligente y amable, pero al caer, a los veintiocho años, en la Bolsa, no había hecho más que arrastrarse y ensuciarse durante dos lustros, yendo y viniendo como comisionista, ganando escasamente el dinero necesario para sus vicios.

Saccard, al verle tan humilde, recordó con amargura el saludo de Sabatani en casa Champeaux: decididamente, sólo contaba con los corrompidos y los fracasados. Sin embargo, no dejaba de apreciar la viva inteligencia de éste, recordando que las tropas más valientes se reclutan entre los desesperados, aquellos que se atreven a todo por no tener nada que perder. Así pues, se mostró amable.

—Un empleo —repitió—. Podríamos encontrarlo. Venga a verme.

—Está ahora en la calle Saint-Lazare, ¿no es cierto?

—Sí, en la calle Saint-Lazare, por las mañanas se pusieron a charlar. Jantrou sentía gran animosidad contra la Bolsa, afirmando que había que ser un pillo para triunfar en ella, con el rencor del hombre que en sus pillerías no fue del brazo de la fortuna. Daba aquello por terminado y creía que, merced a su cultura universitaria y a su experiencia mundana, podría abrirse camino en la administración. Saccard aprobó sus ideas con un movimiento de cabeza. Luego, al salir de la verja, siguiendo la acera hasta la calle Brongniart, ambos se internaron por un coche oscuro de correcto atalaje detenido en dicha calle, con el caballo vuelto hacia la de Montmartre. Mientras las espaldas del cochero, en lo alto del pescante, permanecían inmóviles como una piedra, habían observado una cabeza femenina, que, en dos ocasiones, se asomó y desapareció por la portezuela, con gran rapidez. De repente, dicha cabeza se inclinó sobre la ventanilla, echando hacia atrás, hacia la Bolsa, una prolongada mirada llena de impaciencia.

—La baronesa Sandorff —murmuró Saccard.

Era una mujer morena algo extraña, de ardientes ojos negros semiocultos por lánguidos párpados y boca carnosa que daba al rostro un aspecto apasionado, al que malograba tan sólo una nariz bastante larga.

—Sí, es la baronesa —replicó Jantrou—. La conocí de soltera, cuando vivía con su padre, el conde de Ladricourt. Un impenitente jugador, extraordinariamente brutal. Iba en busca de sus órdenes cada mañana y cierto día faltó poco para que me pegase. No sentí la menor pena cuando murió de un ataque de apoplejía, arruinado a consecuencia de una serie de liquidaciones lamentables… La joven, entonces, tuvo que decidirse a contraer matrimonio con el barón Sandorff, consejero de la embajada de Austria, que tenía treinta y cinco años más que ella, y a quien, positivamente, había vuelto loco con sus

fogosas miradas.

—Ya sé —dijo simplemente Saccard.

De nuevo la cabeza de la baronesa había vuelto a hundirse en el coche. Pero, a poco, reapareció, más inquieta, con la mano levantada para mirar a lo lejos, en la plaza.

—Juega, ¿no es cierto?

— ¡Oh, como una desesperada! En los días críticos, siempre se la puede ver ahí, en su coche, atenta a las cotizaciones, tomando febriles notas sobre su agenda y dando órdenes… Pero, mire; era a Massias a quien esperaba. Ahí va a reunirse con ella.

En efecto, Massias corría con toda la velocidad de sus cortas piernas, llevando en la mano la cotización. Vieron entonces cómo se asomaba a la ventanilla del coche, hundiendo en ella la cabeza, y sumiéndose en larga conversación con la dama. Luego, al apartarse para no ser sorprendidos en su espionaje, vieron volver al comisionista, siempre corriendo, y le llamaron. Éste, al principio, lanzó una mirada, asegurándose de que quedaba oculto por la esquina y después se paró repentinamente, jadeando, con su lindo rostro congestionado, pero aun así alegre, con sus grandes ojos azules de infantil nitidez.

— ¿Pero qué les ocurre? —exclamó—. Los Suez se derrumban y todos hablan de una guerra con Inglaterra. La noticia está causando una revolución, y nadie sabe de dónde ha salido… Y yo me pregunto: ¿La guerra? ¿Quién diablo puede haberla inventado? A menos que se haya inventado sola… En fin, toda una jugarreta…

Jantrou hizo un guiño.

— ¿Y la señora, jugando como siempre?

—Como una endemoniada. Aquí llevo sus órdenes para Nathansohn.

Saccard, que le estaba escuchando, comentó, como para sí:

—Pues es cierto; me han dicho que Nathansohn se había metido en el juego.

—Es un tipo agradable, ese Nathansohn, que merecería triunfar —dijo Jantrou—. Habíamos estado juntos en el Crédito mobiliario… Pero él llegará: no en vano es judío. Su padre, austríaco, se estableció en Besaron, creo que como relojero… La idea se le ocurrió un buen día en el Crédito mobiliario, viendo cómo se desarrollaba todo esto. Pensó que la cosa no estaba mal, y que le bastaba con disponer de una habitación y abrir una taquilla. Y ha abierto una taquilla… Y usted, Massias, ¿está satisfecho?

— ¡Ah, satisfecho! Usted que ha pasado por ello, tiene mucha razón al decir que hace falta ser judío. Si no es así es inútil tratar de comprenderlo; le falta a uno la mano y las pasa negras… ¡Maldito oficio! Pero cuando se está en él, hay que seguir. Además, todavía tengo buenas piernas, y no he perdido del todo las esperanzas.

Y echó a correr, riendo, con su eterna risa.

Saccard y Jantrou regresaron lentamente a la calle Brongniart y vieron de nuevo el coche de la baronesa. Pero las ventanillas estaban levantadas y el vehículo parecía vacío, mientras la inmovilidad del cochero parecía haber aumentado en aquella espera que a veces se prolongaba hasta las últimas cotizaciones.

—Es extraordinariamente excitadora —dijo con brutalidad Saccard—. Comprendo al viejo barón.

Jantrou mostró una extraña sonrisa.

— ¡Bah, el barón! Hace mucho tiempo que está harto, creo. Según dicen, es muy avaro… ¿Sabe usted con quién se ha liado, para acabar de pagar las facturas que el judío no acaba nunca de atender?

—No.

—Con Delcambre.

— ¿Con Delcambre, el procurador general? ¡Ese hombre alto y seco, tan pálido y tan rígido!… ¡Ah, me gustaría verles juntos!

Y ambos, muy alegres y animados, se despidieron con un vigoroso apretón de manos, tras recordar Jantrou que se tomaría la libertad de visitarle próximamente.

Al encontrarse de nuevo solo, Saccard fue otra vez presa del sonoro rumor de la Bolsa, que retumbaba como la marea cuando se retira. Había torcido la esquina y bajaba hacía la calle Vivienne, por el lado de la plaza que se hacía más severo por carecer de cafés. Anduvo a lo largo de la Cámara de comercio, la oficina de correos y las grandes agencias publicitarias, cada vez más aturdido y febril, a medida que se acercaba a la fachada principal. Cuando pudo enfilar el peristilo con la mirada, se detuvo una vez más, como si todavía no quisiera acabar la vuelta de la columnata, con aquella especie de pasión con que la circundaba. Allí, sobre la calle ensanchada, se desplegaba la vida, esplendorosa: una oleada de consumidores inundaban los cafés y la pastelería, mientras la gente se agolpaba en los escaparates, especialmente en el de un orfebre, donde fulguraban voluminosas piezas de platería. Por las cuatro esquinas y las cuatro calles, parecía ir en aumento la afluencia de coches y transeúntes, en inextricable confusión. Contribuían a entorpecer el paso la

oficina de los ómnibus y los coches de los agentes de bolsa, que, alineados, obstruían la acera, casi de un extremo a otro de la verja.

Saccard, insensiblemente, apretó sus puños. De pronto, se puso en marcha y dio vuelta por la calle Vivienne, cruzando la calzada para ganar la esquina de la calle Feydeau, donde se hallaba la casa de Busch. Acababa de recordar la carta en ruso que habían de traducirle. Pero, cuando entraba se vio detenido por el saludo de un joven que permanecía inmóvil ante la papelería, instalada en la planta baja. Reconoció en él a Gustavo Sédille, hijo de un fabricante de seda de la calle Jeüneurs, a quien su padre había colocado en casa de Mazaud para estudiar el mecanismo de las actividades financieras. Sonrió paternalmente al elegante muchacho, cavilando cuál podía ser su misión de vigilancia en aquel lugar. La papelería Conin proporcionaba los libritos de notas de todos los bolsistas, especialmente desde que la menuda señora Conin ayudaba a su obeso marido, atendiendo al mostrador, yendo y viniendo, y haciendo los recados fuera de la casa, mientras su marido se mantenía en la trastienda, dedicado exclusivamente a la fabricación. La mujer era gruesa, rubia y sonrosada; un verdadero colchón rizado, llena de gracia, encantos y alegría. Según decían, quería mucho a su marido, pero esto no era obstáculo para que prodigase sus ternuras a algún bolsista de la clientela, cuando le gustaba. En tales casos, no la movía el dinero, únicamente por el placer, siempre una sola vez, en una casa amiga de la vecindad, por lo que decía la leyenda. De cualquier forma, aquellos a quienes agraciaba con sus favores, debían mostrarse discretos y reconocidos, puesto que seguía siendo apreciada y festejada, sin que corriera ningún rumor ingrato acerca de ella. De aquel modo, la papelería continuaba prosperando, como un verdadero rincón de felicidad. Al pasar, Saccard vio cómo la señora Conin sonreía a Gustavo a través de los cristales. ¡Qué encanto de criatura! Y percibió la deliciosa sensación de una caricia. Por fin, se decidió a subir las escaleras.

Hacía veinte años que Busch ocupaba allá arriba, en el quinto piso, un reducido apartamento compuesto de dos habitaciones y una cocina. Nacido en Nancy, de padres alemanes, había caído allí al llegar de su ciudad natal, y, poco a poco, fue extendiendo el círculo de sus negocios, extraordinariamente complicados, sin sentir necesidad de un gabinete más espacioso y cediendo a su hermano Segismundo el uso de la habitación que daba a la calle. Él se contentaba con la que daba al patio, donde los papelotes, las carpetas y toda clase de paquetes, se amontonaban en tal forma que sólo quedaba espacio para la única silla de que disponía.

Uno de sus grandes negocios era el tráfico de valores depreciados, que centralizaba, sirviendo de intermediario entre el Bolsín y los «pies húmedos», como asimismo a quienes, en quiebra, tenían huecos que rellenar en sus balances. Así pues, seguía el curso de las cotizaciones, comprando a veces

directamente, pero nutriéndose, sobre todo, de los stocks que le llevaban. Además, aparte de la usura y todo un oculto comercio sobre joyas y piedras preciosas, se ocupaba especialmente de la compra de créditos. Aquello era lo que atiborraba su gabinete, hasta reventar las paredes, y lo que le lanzaba a París, a los lugares más dispares, acechando y husmeando con informadores en todos los estamentos. En cuanto se enteraba de una quiebra, corría a rondar en torno del síndico, adquiriendo todo aquello que no podía rendir un provecho inmediato.

Vigilaba las oficinas de los notarios y esperaba la apertura de las sucesiones difíciles, asistiendo a las adjudicaciones de créditos desesperados. Por otra parte, publicaba anuncios atrayendo a los acreedores impacientes, que preferían percibir algún dinero inmediato a correr el riesgo de perseguir a sus deudores. De tan múltiples fuentes, llegaban los papeles a montones, acrecentando de forma incesante su archivo de prendero de la deuda: bonos impagados, contratos inejecutados, reconocimientos invalidados, compromisos incumplidos y documentos semejantes. Luego, allí dentro, empezaba la selección de los mismos, que requería una sensibilidad especial, muy delicada. En aquel mar de deudores desaparecidos o insolventes, era preciso saber elegir, para no malograr esfuerzos. En principio, estimaba que cualquier crédito, por comprometido que pareciese, podía hacerse efectivo, y poseía toda una serie de expedientes, perfectamente clasificados, a los que correspondía un repertorio de nombres, que repasaba de vez en cuando, para refrescar la memoria. Pero entre los insolentes, como es natural, seguía más de cerca a los que consideraba susceptibles de una pronta fortuna. Sus indagaciones desnudaban a las personas y penetraba en los secretos de las familias, tomando nota de los parientes ricos, de los medios de subsistencia y, sobre todo, de los nuevos cargos, que permitían aventurarse en ciertos movimientos. Era así como dejaba que algún personaje madurase, a veces durante años, para arremeter contra él cuando le veía triunfar. En cuanto a los deudores desaparecidos, le apasionaban todavía más, lanzándole a una fiebre de indagaciones, hojeando las muestras comerciales y los anuncios de prensa, atento a las direcciones, en las que husmeaba como un perro cazador que olfatea la pieza. Se mostraba feroz con los insolventes y desaparecidos que caían en sus garras, a los que explotaba sin piedad, sacando de ellos cien francos por lo que sólo le había costado diez sueldos, explicándoles brutalmente sus riesgos de jugador, que le obligaban a ganar con ellos lo que pretendía perder con los que escapaban entre sus dedos, como el humo.

En aquella caza del deudor, la Méchain constituía una de las ayudas de que más gustaba servirse; porque, como había de disponer de una pequeña tropa de batidores a sus órdenes, vivía en eterna desconfianza de tal personal, hambriento e infamado. En cambio, la Méchain tenía solvencia en el barrio, poseyendo tras la colina de Montmartre toda una ciudad, la Cité de Naples,

vasto terreno sembrado de chozas desvencijadas que la mujer alquilaba por meses. Era aquél un espantoso rincón lleno de miserias y de muertos de hambre que se amontonaban sobre la basura, a quienes arrojaba de sus estercoleros sin consideración, en cuanto se retrasaban en el pago. Y lo que la devoraba, comiéndose los beneficios de su ciudad, era su maldita pasión por el juego, así como por las plagas del dinero que la hacía correr a las ruinas y los incendios, donde era posible robar alguna joya derretida por el calor. Cuando Busch la encargaba de alguna información, de desalojar a un deudor, no vacilaba en gastar su propio dinero por el placer de la gestión. Decía de sí misma que era viuda, pero lo cierto es que nadie conoció nunca a su marido. Procedía de donde nadie sabía y parecía haber tenido siempre cincuenta años, desbordante, con su aflautada voz de jovencita.

Aquel día, cuando la Méchain se sentó en la única silla, el gabinete quedó lleno, como obstruido por aquel último paquete de carne caído en el lugar. Busch, prisionero, parecía sumergido en un mar de expedientes, sobre el que sólo asomaba la cabeza.

—Aquí tiene —dijo la mujer, vaciando su bolsa de los papeles que la llenaban—. Esto es lo que Fayeux me ha enviado desde Vendôme… Lo ha comprado todo para usted en la quiebra Charpier, como usted me dijo que le indicase… Ciento diez francos.

Fayeux, a quien la Méchain llamaba primo suyo, acababa de instalar allí una oficina de recaudación de rentas. Aunque sus actividades confesadas consistían en gestionar los cupones de los pequeños rentistas de la comarca y actuar como depositario de dichos cupones y el dinero, jugaba frenéticamente.

—Lo que se saca de las provincias no vale gran cosa —murmuró Busch—, pero, aun así, puede darse con un hallazgo.

Olfateaba los papeles y los seleccionaba con mano experta, clasificándolos grosso modo después de un primer examen. Su rostro aplanado se ensombreció e hizo una mueca de decepción.

— ¡Hum! No hay tajada en la que hincar el diente… Por fortuna, no ha salido caro… Si se trata de gente joven que ha venido a París, tal vez los atrapemos…

Dejó entonces escapar una leve exclamación de sorpresa.

— ¡Oiga! ¿Qué es esto?

Acababa de leer al pie de una hoja de papel timbrado la firma del conde de Beauvilliers, y en el papel no aparecían más que tres líneas, de gruesa escritura senil: «Me comprometo a pagar a la señorita Léonide Cron la cantidad de diez mil francos, a su mayoría de edad».

—El conde de Beauvilliers —prosiguió, reflexionando en voz alta—; sí, tenía unas granjas, toda una heredad, por la parte de Vendôme… Murió en un accidente de caza, dejando a su mujer y dos hijos en la miseria. En otros tiempos tuve pagarés suyos que cobré con bastantes dificultades… Un pícaro, una persona insignificante…

De repente, prorrumpió en grandes carcajadas, al reconstruir la historia.

— ¡Ah, el viejo ladino! ¡Cómo se ha burlado de la chica!… Ella no querría y él debió decidirla con este pedazo de papel, que, legalmente, carece de valor. Luego, murió… Veamos, esto lleva fecha de 1854; hace diez años. ¡Diablo, la chica ha de ser mayor de edad! ¿Cómo podía hallarse este compromiso en manos de Charpier?… Charpier, un tratante en granos que hacía préstamos a corto plazo. No cabe duda de que la muchacha debió dejarle esto en prenda, a cambio de unos escudos; o tal vez se había encargado de su recuperación…

— ¡Pero esto es muy bueno! —interrumpió la Méchain—. ¡Es un magnífico golpe!

Busch se encogió de hombros, desdeñosamente.

— ¡Ah, no! Le digo que legalmente no tiene ningún valor… Si presento esto a los herederos, pueden mandarme a paseo, pues hay que ofrecer pruebas de que el dinero se debía realmente… Sólo, si diéramos con la joven, procuraría que se mostraran amables, entendiéndose con nosotros para evitar un desagradable escándalo… ¿Lo comprende? Busque a esa Léonide Cron, escriba a Fayeux para que descubra su paradero. Luego veremos.

Tras un silencio, la Méchain replicó:

—Me he ocupado de los pagarés de Jordan… Estaba convencida de haber dado con el hombre. Le han empleado en no sé dónde y ahora escribe en los periódicos. Pero en la prensa reciben a la gente muy mal y se niegan a facilitar dirección alguna. Además, según creo, no firma lo que escribe con su nombre verdadero.

Sin decir palabra, Busch había alargado el brazo para tomar el expediente de Jordan en su lugar alfabético. Había seis pagarés de cincuenta francos, fechados cinco años atrás y escalonados de mes en mes; un total de trescientos francos que el joven había firmado a un sastre en momentos de estrechez. Impagados a su presentación, los pagarés se habían engrosado con enormes gastos y el formidable procedimiento desbordaba del expediente. En aquellos momentos, la deuda se elevaba a setecientos treinta francos con quince céntimos.

—Si es un joven de porvenir —murmuró Busch—, siempre estaremos a tiempo de pescarle.

Luego, sin duda por una asociación de ideas, exclamó:

—Pero, diga, ¿acaso hemos abandonado el asunto de Sicardot? La Méchain alzó al cielo sus rollizos brazos, expresando con su monstruosa figura una inmensa desesperación.

— ¡Ay, Dios mío! —gimió con su voz de pito—. En esta cuestión, dejaré el pellejo.

El asunto de Sicardot era una romántica historia, con cuyo relato se deleitaba. Una prima suya, Rosalía Chavaille, hija rezagada de una hermana de su padre, había sido sorprendida, cierta noche, a los dieciséis años, en la escalera de una casa de la calle Harpe, donde ella y su madre ocupaban un departamento en el piso sexto. Lo peor era que el caballero, un hombre casado, llegado hacía seis días escasos con su mujer, a una habitación subarrendada por una señora del segundo, se había mostrado tan cariñoso, que la pobre Rosalía, derribada con demasiada premura contra el borde de un escalón, se había lastimado un hombro. De ahí, la justa ira de su madre, que estuvo a punto de dar un espantoso escándalo, pese a las lágrimas de la joven, que confesaba su complacencia, añadiendo que aquello había sido un accidente y que lamentaría mucho que mandasen al señor a la cárcel. Entonces la madre prometió callar, contentándose con exigir al hombre seiscientos francos, repartidos en doce pagarés de cincuenta francos mensuales. Y ello no suponía un trato infamante, pues su actitud fue más bien modesta, ya que la chica, que acababa su aprendizaje como costurera, había dejado de ganar su jornal y se hallaba enferma, postrada en la cama, tan mal cuidada, por otra parte, que los músculos del brazo se habían contraído, convirtiéndola en una inválida.

Antes de que terminase el primer mes, el señor desapareció sin dejar su dirección. Y las desgracias siguieron cayendo sobre la joven, golpeándola como una granizada: tuvo un hijo, perdió a su madre y, en medio de la mayor miseria, se entregó a la mala vida. Embarrancada en la Cité de Naples, en casa de su prima, se arrastró por las calles hasta los veintiséis años, sin poder valerse de su brazo, vendiendo limones en los mercados de vez en cuando y desapareciendo semanas enteras con hombres, que la dejaban borracha y cubierta de morados. Finalmente, el año anterior, tuvo la suerte de reventar, a consecuencia de una borrasca más peligrosa que las anteriores. Y la Méchain había tenido que amparar al niño, Victor, sin que de la aventura le quedase otro recuerdo que los doce pagarés impagados, firmados por Sicardot. Nunca pudo saber más que esto: el caballero se llamaba Sicardot.

Con un nuevo gesto, Busch tomó el expediente Sicardot, una leve camisa de papel gris. No había ocasionado ningún gasto y en él sólo figuraban los doce pagarés.

—Y aún, si Victor fuera bueno… —se lamentaba la mujer—. Pero es un

chiquillo horrible… ¡Ay, qué duro es recibir herencias como ésta! Un chico que acabará en el cadalso y unos trozos de papel que nunca me servirán de nada.

Busch tenía sus claros ojos obstinadamente fijos en los pagarés. ¡Cuántas veces los había estudiado de aquel modo, esperando que un detalle imperceptible en la forma de las letras o incluso en el grano del papel sellado, le descubriera algún indicio! Pretendía que aquella escritura fina y puntiaguda no le era del todo desconocida.

—Resulta curioso —repitió una vez más—, pero tengo la seguridad de que he visto en otra parte estas as y estas os, tan alargadas, que llegan a parecer íes.

En aquel preciso momento, llamaron a la puerta y Busch rogó a la Méchain que alargara la mano para abrir, pues la estancia daba directamente a la escalera. Para ganar la otra, había que cruzarla, ya que la cocina, un agujero sin ventilación, se hallaba al otro lado del rellano.

—Pase, señor.

Y fue Saccard quien entró. Sonreía, interiormente divertido por la placa de cobre que figuraba en la puerta, rezando en grandes letras negras: Contencioso.

— ¡Ah, es cierto, señor Saccard! Seguramente viene por esa traducción… Mi hermano está ahí, en la otra habitación… Pase, haga el favor.

Pero la Méchain obstruía completamente el paso, y contemplaba al recién llegado con aire cada vez más sorprendido. Fue precisa toda una maniobra: retrocedió él a la escalera y ella salió a su vez, haciéndose a un lado, de forma que Saccard pudiese entrar y ganar finalmente la habitación vecina, donde desapareció. Durante tan complicados movimientos, la mujer no había dejado de observarle.

— ¡Oh! —suspiró, sofocada—. Nunca había visto tan de cerca al señor Saccard… Victor es su vivo retrato.

Busch, sin comprenderla al principio, la miraba. Luego, bruscamente iluminado, lanzó un terno en voz baja.

— ¡Maldito sea! ¡Claro que sí! ¡Bien sabía yo que había visto esa letra en alguna parte!

Y aquella vez, se levantó, haciendo caer los expedientes, hasta que dio con una carta que le había escrito Saccard el año anterior, para pedirle un aplazamiento en favor de una señora insolvente. En seguida comparó la escritura de los pagarés con la de la carta: eran, sin duda, las mismas as y las mismas os, agudizadas aún más con el paso del tiempo, y había también una evidente identidad en las mayúsculas.

— ¡Es él! ¡Es él! —decía una y otra vez—. Pero, veamos: ¿por qué Sicardot y no Saccard?

Y en su memoria se despertaba de un modo confuso la historia del pasado de Saccard, que un agente de negocios llamado Larsonneau, hoy millonario, le había explicado. Saccard cayendo en París al día siguiente del golpe de Estado, para explotar la naciente influencia de su hermano Rougon; primero, su miseria en los oscuros callejones del viejo barrio latino y, después, su rápida fortuna merced a un matrimonio de conveniencia, cuando tuvo la inesperada suerte de enterrar a su primera mujer. Fue con ocasión de sus momentos difíciles, cuando cambió el apellido Rougon por el de Saccard, modificando simplemente el de aquella primera esposa que se llamaba Sicardot.

—Sí, sí, lo recuerdo perfectamente —murmuró Busch—. Tuvo el desenfado de firmar los pagarés con el nombre de su esposa. Sin duda, la pareja dio ese nombre cuando se instaló en la calle Harpe. Luego, el ladino tomó toda clase de precauciones, cambiando de domicilio a la menor alarma… ¡Ah, no buscaba más que el dinero, pero también gozaba disfrutando de las niñas en las escaleras! Era una sandez, que acabaría por jugarle una mala pasada.

—Calle, calle… ya lo tenemos. No puede negarse que existe la Providencia. En fin, recibiré una compensación por cuanto hice por el pobre Victor, a quien tanto quiero, ¡sí!, por incorregible que sea.

Estaba radiante y sus ojillos chispeaban entre las abultadas mantecas de su rostro.

Pero Busch, después de la crisis febril de la solución tanto tiempo buscada y que el azar le había brindado, había vuelto a su fría reflexión y sacudía la cabeza. Seguro que Saccard, aunque momentáneamente arruinado, era todavía una buena presa. Podían haber caído sobre un padre que presentase menos ventajas. Sin embargo, no sería fácil dominarle, pues era terriblemente agresivo. Además, ignorante de que tenía un hijo podía negarlo, pese al extraordinario parecido que había asombrado a la Méchain. Por otra parte, era viudo por segunda vez y a nadie había de rendir cuentas de su pasado, de modo que, incluso si aceptaba el niño, no había temor ni amenaza que pudiese explotarse contra él. En cuanto a no sacar de su paternidad más que los seiscientos francos de los pagarés, era ciertamente demasiado poco; no valía la pena de haber recibido tan milagrosa ayuda de la suerte. No, no; era preciso reflexionar, meditarlo bien y encontrar el medio de recoger los frutos en plena madurez.

—No nos precipitemos —concluyó Busch—. Por otra parte, ahora está arruinado; démosle tiempo para que se recupere.

Y, antes de despedir a la Méchain, acabó de estudiar con ella las insignificantes cuestiones de que estaba encargada: una joven que había empeñado sus joyas para un amante; un yerno cuyas deudas pagaría su suegra, que era su amante, si sabían llevar bien las cosas, y otras tantas cuestiones, diversas y delicadas, relacionadas con la difícil y compleja tarea de recobrar créditos impagados.

Al entrar en la vecina estancia, Saccard había quedado unos momentos deslumbrado por la claridad de la ventana, sin cortinas, sobre la que daba el sol. La habitación, tapizada con un papel claro de florecillas azules, no tenía más mobiliario que una cama de hierro, en un rincón, una mesa de pino, en el centro, y dos sillas de paja. A lo largo de la pared izquierda, unas maderas escasamente cepilladas hacían las veces de biblioteca, cargadas de libros, folletos, periódicos y toda clase de papeles. Sin embargo, la viva luz del día, en aquellas alturas, daba a tal desnudez una especie de alegría juvenil y una sonriente ingenuidad llena de frescura.

El hermano de Busch, Segismundo, un joven imberbe de treinta y cinco años, de cabellos castaños, largos y ralos, se hallaba allí, sentado ante la mesa, con la abultada y amplia frente hundida en la huesuda mano, y tan absorto en la lectura de un manuscrito, que ni siquiera alzó la mirada, por no haber oído cómo se abría la puerta.

Segismundo, educado en las universidades alemanas, era de tal inteligencia que, aparte del francés, su lengua materna, hablaba alemán, inglés y ruso. Hallándose en Colonia en 1849, conoció a Karl Marx, convirtiéndose en el redactor preferido de su Nouvelle Gazette Rhénane. A partir de aquel momento, sus ideales se fijaron, profesando el socialismo con ardiente fe y haciendo entrega incondicional de su persona al pensamiento de una próxima renovación social, que aseguraría el bienestar de los pobres y los humildes. Desde que su maestro, desterrado de Alemania y forzado a exiliarse de París a consecuencia de las jornadas de junio, vivía en Inglaterra, escribía y se esforzaba por organizar el partido, vegetando por su parte en medio de sus sueños, y tan descuidado de su vida material, que seguramente habría muerto de hambre, de no haberle acogido su hermano en la calle. Feydeau, junto a la Bolsa, sugiriéndole la idea de utilizar sus conocimientos lingüísticos para establecerse como traductor.

Su hermano mayor le adoraba con pasión maternal; siendo un lobo feroz con los deudores y capaz de robar diez sueldos a costa de la sangre de un hombre, se enternecía hasta llorar, con una emoción de mujer, cuando se trataba de aquel mocetón distraído que aún era un niño. Le había cedido la habitación más grande, que daba a la calle, le servía como una criada y gobernaba su extraño hogar, barriendo, haciendo las camas y ocupándose de la comida, que les subían de un pequeño restaurante próximo, dos veces diarias.

Él, que era tan activo, toleraba su ociosidad, pues las traducciones no marchaban, obstaculizadas por sus trabajos personales. Había llegado a prohibirle que trabajase, inquieto por una tos de mal cariz que le afligía. Y pese a su desmedido amor por el dinero y a la criminal codicia con que lo perseguía como única razón de su existencia, sonreía con indulgencia ante las teorías del revolucionario y dejaba que disfrutara de su capital como el juguete de un niño, sin temor a que pudiera malbaratarlo.

Segismundo, por su parte, ni siquiera sabía lo que hiciera su hermano en la habitación vecina. Ignoraba todo aquel espantoso negocio sobre valores sin cotización y compra de créditos, y vivía en las nubes, en su soberano ensueño de justicia. La idea de la caridad le ofendía, sacándole de sí; para él, la caridad era la limosna, la desigualdad consagrada por la bondad. Y él no admitía más que la justicia, la reconquista de los derechos de cada hombre, planteados en los inmutables principios de la nueva organización social. En consecuencia, siguiendo las teorías de Karl Marx, con quien mantenía continuada correspondencia, empleaba su tiempo en estudiar aquella organización, modificando y mejorando sin cesar, sobre el papel, la sociedad del mañana, cubriendo de cifras inmensas páginas, basando en la ciencia la complicada estructura del bienestar universal.

Despojaba a unos de su capital para repartirlo entre los demás, removiendo miles de millones, transformando a golpes de pluma la fortuna de la gente. Lo hacía en aquella alcoba desnuda, sin otra pasión que su sueño y sin necesidad de satisfacer ningún goce, con una frugalidad tal, que su hermano había de enfadarse para que bebiera vino y comiera carne. Pretendía que el trabajo de cada hombre, medido según sus fuerzas, asegurase la satisfacción de sus necesidades, y él se mataba trabajando, viviendo de la nada. Era un verdadero sabio, dulce y puro, apartado de la materialidad de la vida. Desde el último otoño, tosía cada vez más, bajo los efectos de la tisis que le iba invadiendo, sin que siquiera se dignara darse cuenta, cuidándose un poco.

Saccard hizo un movimiento y Segismundo, finalmente, levantó su vaga mirada, pareciendo extrañarse, a pesar de que conocía al visitante.

—Vengo para que me traduzca una carta.

La sorpresa del joven iba en aumento, pues había decepcionado a sus clientes, banqueros, especuladores y agentes de cambio, que recibían una copiosa correspondencia, circulares y estatutos de sociedades, sobre todo de Alemania e Inglaterra.

—Sí, una carta escrita en ruso. ¡Oh, son solamente unas líneas!

Tendió entonces la mano, pues el ruso era su especialidad, siendo el único que lo traducía fácilmente, entre los traductores del barrio, que vivían del

alemán y el inglés. La rareza de los documentos rusos en el mercado de París explicaba sus largos períodos de paro.

Levantando la voz, leyó la carta en francés. Se trataba, en pocas palabras, de la respuesta favorable de un banquero de Constantinopla, una simple afirmación sobre un negocio.

—Muy agradecido —exclamó Saccard, al parecer encantado.

Y rogó a Segismundo que escribiera las líneas de la traducción en el dorso de la carta. Pero éste fue presa de un acceso de tos, que trató de sofocar con su pañuelo, para no importunar a su hermano, que corría junto a él cuando le oía toser de aquel modo. Luego, pasada la crisis, se levantó para abrir la ventana de par en par, jadeando, pretendiendo respirar aire puro. Saccard, que le había seguido, echó fuera una mirada, dejando escapar una exclamación.

— ¡Hombre! Si se ve la Bolsa. Qué fea aparece desde aquí.

Efectivamente, nunca la había contemplado desde aquel ángulo, a vista de pájaro, con las amplias vertientes de cinc de su techo cubiertas por un bosque de tuberías. Las puntas de los pararrayos se alzaban, semejantes a gigantescas lanzas que amenazasen el cielo. El monumento en sí, no era más que un cubo de piedra estriado regularmente por las columnas, una mole de un gris sucio, desnudo y feo, enarbolando una bandera en jirones. Pero lo que más extrañeza le causaba eran la escalinata y el peristilo, salpicados de hormigas negras, todo un hormiguero revolucionado, agitándose, desplegando una inexplicable actividad, que observada desde allí movía a compasión.

— ¡Cómo se empequeñece todo! —añadió—. Diría que pueden cogerse todos, en un puñado.

Luego, sabedor de las ideas de su interlocutor, prosiguió, riendo:

— ¿Cuándo va a barrer todo eso de una patada?

Segismundo se encogió de hombros.

— ¿Para qué? Acabarán por aniquilarse ustedes mismos.

Y, poco a poco, fue animándose, hablando sobre el tema que era su único pensamiento. Cierta necesidad de proselitismo le lanzaba, a la menor palabra, a la exposición de su sistema.

—Sí, sí, trabajan ustedes para nosotros, sin sospecharlo siquiera… No son más que un puñado de usurpadores que despojan a la masa del pueblo, pero, cuando estén saciados, nosotros sólo tendremos que expropiarles a nuestra vez… Todo acaparamiento y toda centralización, conducen al colectivismo. Ustedes nos dan una lección práctica; lo mismo que las grandes propiedades absorbiendo las pequeñas parcelas y los grandes empresarios explotando a los

obreros, las grandes casas de crédito y los grandes almacenes, matando toda competencia, se engordan con la ruina de las pequeñas bancas y los pequeños comercios, creando un camino, lento pero seguro, hacia el nuevo estado social… Nosotros esperaremos a que todo se derrumbe y a que el actual sistema de producción conduzca a un malestar intolerable por sus consecuencias finales. Entonces, los burgueses, e incluso los campesinos, nos ayudarán.

Saccard, interesado, le observaba con vaga inquietud, pese a que le tomaba por loco.

—Pero, en resumen, dígame en qué consiste su colectivismo.

—El colectivismo es la transformación de los capitales privados que se nutren de la lucha con la competencia, en un capital social unitario, explotado por el trabajo de todos… Imagine una sociedad en que los instrumentos de la producción sean propiedad de todos, donde todos trabajen según su inteligencia y sus fuerzas, y donde la producción de esta cooperación social sea distribuida entre todos, en proporción con sus esfuerzos. No hay nada más sencillo, ¿no le parece? Una producción común en las fábricas, los tajos y los talleres de la nación, y después, un intercambio, un pago en especies. Si existe un exceso de producción, se guarda en almacenes públicos, de donde se toma para cubrir los déficits que puedan producirse. Es un simple balance… Como el golpe de hacha que derriba el árbol podrido… Basta de competencia y de negocios de clase alguna; es el fin del capital privado, del comercio, de los mercados y de la Bolsa. La idea del beneficio carecerá ya de sentido. Las fuentes de la especulación y de las rentas ganadas sin trabajar se agotarán.

— ¡Oh, oh! —le interrumpió Saccard—. Esto cambiaría por completo las costumbres de mucha gente… ¿Qué haría usted con quienes disfrutan hoy de rentas?… Por ejemplo, Gundermann, ¿le arrebataría sus millones?

—En modo alguno; nosotros no somos ladrones. Le compraríamos sus millones y todos sus valores, por bonos de consumo divididos en anualidades. Imagínese usted ese inmenso capital, reemplazado así por una holgada riqueza de medios de consumo: en menos de cien años, los descendientes de su Gundermann se verían constreñidos al trabajo personal, como los demás ciudadanos, puesto que las anualidades acabarían por agotarse, sin que ellos pudieran capitalizar sus forzadas economías, incluso suponiendo que se conserve intacto el derecho de sucesión… Le digo que todo esto barrerá de golpe, no sólo los negocios individuales, las sociedades anónimas y las asociaciones de capitales privados, sino, además, todas las fuentes indirectas de las rentas, igual que los sistemas de crédito, préstamos, arrendamientos… No quedará ya más medida del valor que el auténtico trabajo. Naturalmente, quedarán suprimidos los salarios, puesto que en el Estado capitalista actual,

éstos no equivalen al producto exacto del trabajo ni representan jamás lo que es estrictamente necesario para el cotidiano sustento del obrero. Hay que reconocer que el Estado actual es el único culpable y que el patrono más íntegro se ve forzado a seguir la dura ley de la competencia, explotando a sus obreros si quiere subsistir. Hay que destruir totalmente nuestro actual sistema social… Gundermann se asfixiará bajo el peso de sus bonos de consumo, pero sus herederos apenas podrán consumirlos y habrán de cederlos a los demás, empuñando el pico o la herramienta, como cualquier camarada.

Y Segismundo, satisfecho, prorrumpió en una alegre risa infantil, siempre en pie ante la ventana, con la mirada fija en la Bolsa, donde bullía el negro hormiguero del juego. Un ardiente sonrojo subía a sus mejillas, sin otra diversión que imaginarse las irónicas bromas de la justicia futura.

El malestar de Saccard iba en aumento. ¿Y si aquel soñador, a pesar de todo, decía la verdad? Explicaba unas cosas que parecían muy claras y sensatas.

— ¡Bah! —murmuró, queriendo tranquilizarse—. Todo esto no habrá de suceder el año que viene.

—Cierto —replicó el joven, que había vuelto a su gravedad—. Nos encontramos en el período de transición, en la época de la agitación. Es posible que haya violencias revolucionarias, que a menudo son inevitables. Pero las exageraciones y los arrebatos serán pasajeros… ¡Oh, no trato de ocultarme las inmensas dificultades inmediatas! Todo este porvenir soñado parece imposible; no puede darse a la gente una idea razonable de esta sociedad futura, de esta sociedad de justo trabajo, cuyas costumbres serán tan diferentes de las nuestras. Será como otro mundo en otro planeta… Y, por otra parte, hay que reconocer que la reorganización todavía no está a punto y que seguimos indagando. Yo, que apenas duermo, agoto en ello mis noches. Por ejemplo, es verdad que se nos puede decir que si las cosas son tal como son, es porque la lógica de las acciones humanas las ha hecho así. De tal modo, qué trabajo ha de exigir remontar el río hasta su fuente y conducirlo hacia otro valle. Es verdad que la sociedad actual debe su prosperidad secular al principio del individualismo, al que la emulación y el interés personal dan una fecundidad de producción incesantemente renovada. ¿Llegará algún día el colectivismo a esta fecundidad? ¿Y por qué medios podrá activarse la función productiva del trabajador, cuando quede destruida la idea del beneficio? Ahí está, para mí, la angustia, la duda, el terreno movedizo, donde es preciso que nos batamos, si queremos que se decida algún día la victoria del socialismo… Pero venceremos, porque nosotros somos la justicia. Mire, ahí tiene usted ese monumento… ¿Lo ve usted?

— ¿La Bolsa? —replicó Saccard—. ¡Diantre, claro que la veo!

—Pues bien, sería una necedad hacerla volar, porque la reconstruirían en otra parte… Sin embargo, yo le auguro que reventará por sí misma, cuando la expropie el Estado, convertido lógicamente en único y universal banco de la nación. ¿Y quién sabe? Tal vez servirá entonces de depósito público de nuestras excesivas riquezas, uno de los cuernos de la abundancia en que nuestros nietos encontrarán el lujo de sus fiestas.

Con un amplio gesto, Segismundo abarcó aquel futuro de bienestar general. En medio de su exaltación, se estremeció con un nuevo acceso de tos, volviendo a sentarse ante la mesa, con la cabeza entre las manos y los codos hundidos en los papeles, para sofocar el desgarrado estertor de su garganta. Pero esta vez no consiguió calmarse. Bruscamente se abrió la puerta, y Busch, que había despedido a la Méchain acudió corriendo, trastornado, como si padeciera en su persona aquella maldita tos. Seguidamente, se inclinó tomando al hermano entre sus brazos, como si meciese a una criatura doliente.

—Vamos, chico, ¿qué es lo que te pasa, que te sofocas? Ya sabes que quiero que te vea un médico. Esto no es razonable… Seguro que has hablado con exceso.

Y lanzó una mirada de soslayo hacia Saccard, que había quedado en medio de la habitación, conmovido por lo que acababa de decir aquel diablo, tan apasionado y tan enfermo, que, desde las alturas de su ventana, había de lanzar un sortilegio sobre la Bolsa, con sus ideas de barrerlo todo, para luego reconstruirlo.

—Gracias, les dejo —dijo el visitante, ansioso de salir de allí—. Envíeme la carta con sus diez líneas traducidas… Espero otras; lo arreglaremos todo junto.

Pero la crisis había pasado, y Busch le retuvo todavía unos instantes.

—A propósito, la dama que estaba conmigo hace unos minutos le conoció en otros tiempos… Oh, en días ya lejanos…

— ¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En la calle Harpe, 52.

Por dueño que fuera de sí mismo, Saccard quedó pálido, con un tic nervioso que contraía su boca.

— ¿La calle Harpe? No viví allí más que ocho días, a mi llegada a París; el tiempo de buscar alojamiento… ¡Hasta la vista!

—Hasta la vista —respondió Busch, que se engañó, creyendo ver una confesión en su perplejidad, mientras meditaba el modo de explotar ampliamente la aventura.

De nuevo en la calle, Saccard torció maquinalmente hacia la plaza de la Bolsa. Estaba trémulo y ni siquiera miró a la señora Conin, con su linda cara rubia sonriente a la puerta de la papelería. En la plaza, había aumentado la agitación y el clamor del juego venía a abatirse sobre las aceras, repletas de gente, con la violencia desbocada de la pleamar. Era el vocerío de las tres menos cuarto, la batalla de las últimas cotizaciones, la irritación por saberse ya quién se iría con las manos llenas.

De pie, en la esquina de la calle de la Bolsa, frente al peristilo, le pareció reconocer, en medio de la confusión, al bajista Moser y el alcista Pillerault, sumidos en el barullo, mientras creía oír cómo salía del fondo de la sala la aguda voz del agente de cambio Mazaud, que oscurecía de vez en cuando las exclamaciones de Nathansohn, sentado en el corro, bajo el reloj. Un coche que pasó junto a la acera estuvo a punto de salpicarle; vio bajar de él a Massias, que no esperó siquiera a que el cochero parase del todo. Subió la escalinata a grandes zancadas, jadeando, portador de las últimas órdenes de algún cliente.

Saccard, siempre plantado inmóvil, con la mirada fija en la confusión, recordaba su vida anterior, avergonzado por sus principios, que habían vuelto a su memoria a causa de las preguntas que Busch acababa de hacerle. Volvía a su pensamiento la calle Harpe y la calle Saint-Jacques, por donde había arrastrado sus deterioradas botas de aventurero ambicioso, caído sobre París para conquistarlo. Y experimentaba un íntimo furor al pensar que aún no lo había logrado y que nuevamente se hallaba en la calle, acechando la fortuna, insatisfecho y torturado por un ansia de goces que nunca sintió tan imperiosa.

En aquel momento un transeúnte le dio un empujón, sin volverse siquiera para excusarse. Reconoció en él a Gundermann, que daba su habitual paseo por razones de salud, y al que vio entrar en una confitería, de donde el rey del oro llevaba a veces una caja de bombones de un franco para sus nietas. Y aquel empujón, en tal momento, en el acceso de fiebre que sentía nacer en él, desde que daba vueltas en torno de la Bolsa, fue como un trallazo, como un último impulso que acabó de decidirle. Había concluido el asedio de la fortaleza e iba a asaltarla. Era el juramento de una lucha sin cuartel: no abandonaría Francia, desafiaría a su hermano y jugaría la suprema partida, una batalla terriblemente audaz, que pondría París a sus pies, o le lanzaría al arroyo, destrozado.

II

Después de su último y desastroso negocio de los terrenos, cuando Saccard hubo de abandonar su palacio del parque Monceau, que cedió a los acreedores

para evitar una catástrofe mayor, su primer pensamiento fue ir a refugiarse en casa de su hijo Maximo. Éste, desde la muerte de su mujer, que descansaba en un pequeño cementerio de Lombardía, ocupaba solo un hotel de la avenida de la Imperatrice, donde había organizado su vida con sabio y feroz egoísmo. Consumía la fortuna de la difunta, sin cometer un exceso, como joven de poca salud, madurado precozmente por el vicio. Con voz terminante, se negó a albergar a su padre en casa, para que ambos pudiesen seguir viviendo en buena armonía, según explicó con maliciosa sonrisa.

A partir de entonces, su padre buscó otro refugio, e iba a arrendar una casita en Passy, una especie de asilo burgués de comerciante retirado, cuando recordó que la planta baja y el primer piso del hotel de Orviedo, de la calle Saint-Lazare, estaban todavía desocupados, con puertas y ventanas cerradas. La princesa de Orviedo, instalada en tres habitaciones del segundo piso desde la muerte de su marido, ni siquiera había hecho poner el cartel en la puerta cochera, invadida por las hierbas. Una puerta baja, al otro extremo de la fachada, conducía al segundo piso, a través de una escalera de servicio. Muchas veces, en las frecuentes visitas que hacía a la princesa con motivo de sus relaciones comerciales, se había extrañado de la negligencia que demostraba en extraer un razonable partido de su inmueble. Pero ella sacudía la cabeza, porque tenía ideas algo particulares sobre el dinero. Sin embargo, cuando él se presentó para alquilar parte de la casa en su propio nombre, consintió seguidamente, cediéndole, por la irrisoria renta de diez mil francos, la planta baja y el primer piso, una instalación principesca que seguramente valía el doble.

Se recordaba el boato desplegado por el príncipe de Orviedo, cuando estaba en el momento álgido de su inmensa fortuna financiera, al llegar de España y caer en París en medio de una lluvia de millones. Compró entonces aquel hotel, haciéndolo reparar, a la espera del palacio de mármol, con que pensaba deslumbrar a la gente. La construcción, que databa del siglo anterior, era una de aquellas casas de recreo, edificadas en medio de amplios jardines por caballeros galantes. Pero, derribada en parte y reconstruida en más severas proporciones, no había conservado de su antiguo parque más que un amplio patio bordeado de cuadras y cocheras, que la proyectada calle Cardinal-Fesch haría desaparecer seguramente. El príncipe la había adquirido de los sucesores de una señorita Saint-Germain, cuya finca se extendía antes hasta la calle Trois-Fréres, antigua prolongación de la calle Taitbout. Por otra parte, el hotel había conservado su entrada por la calle Saint-Lazare, junto a un gran edificio de la misma época, la Folie-Beauvilliers de otros tiempos, que ahora ocupaban los Beauvilliers, a causa de su lenta decadencia económica. Poseían éstos los restos de un admirable jardín con una magnífica arboleda, condenados asimismo a desaparecer, en la próxima reforma del barrio.

En medio de su desastre, Saccard arrastraba un séquito de servidores, supervivientes de su excesivo personal: un mayordomo, un chef de cocina y su mujer, encargada de la ropa, otra mujer que nadie sabía por qué seguía allí, un cochero y dos palafraneros.

Era un hombre que no contaba con quinientos francos seguros en caja, pero que sostenía un tren de dos o trescientos mil francos anuales. De aquel modo, encontraba la manera de llenar con su persona las vastas habitaciones del primer piso, los tres salones y los cinco dormitorios, sin contar con el enorme comedor, en el que podía disponerse una mesa para cincuenta cubiertos. Allí se abría antes una puerta que daba a una escalera interior, que llevaba al segundo piso, a otro comedor de menores dimensiones, cuya parte había arrendado recientemente la princesa a un ingeniero, el señor Hamelin, que vivía, soltero, con su hermana, y que se contentó con condenar la puerta con dos gruesos tornillos. De aquel modo, la dueña compartía con este inquilino la antigua escalera de servicio, mientras Saccard tenía para sí el uso de la gran escalera. Amuebló parcialmente algunas habitaciones con los restos de su antigua casa, dejando vacías las demás, e incluso consiguió devolver algo de vida a aquella sucesión de paredes tristes y desnudas, a las que una mano obstinada parecía haber despojado hasta de las menores huellas de ornato, desde la muerte del príncipe. Y así pudo reanudar sus sueños de una gran fortuna.

La princesa de Orviedo era entonces un singular personaje de París. Quince años atrás, se resignó a casarse con el príncipe, a quien no amaba, por obedecer las formales órdenes de su madre, la duquesa de Combeville. En aquella época, la joven, de veinte años, era famosa por su belleza y discreción, lo mismo que por su piedad y excesiva seriedad, pese a que amaba al mundo apasionadamente. Ignoraba los rumores que circulaban respecto al príncipe y los orígenes de su inmensa fortuna, evaluada en trescientos millones; toda una vida de espantosos robos, no realizados en las encrucijadas de los bosques, a mano armada, al estilo de los nobles aventureros de otros tiempos sino al modo de los correctos bandidos modernos, a la clara luz de la Bolsa en los bolsillos de pobres gentes crédulas, entre la desolación y la muerte.

Tanto en España como aquí en Francia, el príncipe había tenido durante veinte años la parte del león en todas las grandes canalladas que se habían hecho legendarias. A pesar de que no sospechaba la miseria y la sangre de donde procedían tantos millones, experimentó por él, desde el primer momento, una repugnancia que ni su religiosidad pudo vencer. Pronto se transformó ésta en un sordo rencor, siempre en aumento, que fue a unirse con la antipatía motivada por no poder tener un hijo de aquel impuesto matrimonio. La maternidad la habría satisfecho porque adoraba a los niños, pero llegó a odiar a aquel hombre que, tras desesperar a la amante, no pudo

siquiera contentar a la madre. Fue entonces cuando se vio a la princesa lanzarse a un lujo inaudito, cegando a París con el esplendor de sus fiestas y su tren fastuoso, que, según decían, causaban celos en las Tuileries. Luego, de pronto, al día siguiente de la muerte del príncipe, fulminado por una apoplejía, el hotel de la calle Saint-Lazare cayó en el silencio absoluto de la más oscura noche. No se percibió ya una luz o un ruido, y puertas y ventanas permanecieron cerradas, corriéndose el rumor de que la princesa, después de desamueblar radicalmente la planta baja y el primer piso, se había retirado como una reclusa a tres reducidas habitaciones del segundo piso, con una antigua camarera de su madre, la vieja Sofía, que la había criado.

Cuando volvió a aparecer, llevaba un sencillo vestido de lana negra y los cabellos ocultos bajo una cofia de encajes, siempre menuda y rolliza, con su frente estrecha y su lindo rostro redondeado de dientes como perlas, pero con la tez amarillenta y el rostro inexpresivo de la decidida voluntad de una religiosa enclaustrada años atrás. Acababa de cumplir treinta años y desde entonces no había vivido más que para realizar inmensas obras de caridad.

Fue grande la sorpresa de París, y circularon las más extrañas historias. La princesa había heredado toda la fortuna, los famosos trescientos millones, de los que las mismas crónicas de los periódicos se ocupaban. Y la leyenda que acabó por imponerse tuvo un cariz romántico. Se decía que un desconocido vestido de negro se había aparecido a la princesa cierta noche en el momento de acostarse, sin que ella pudiera adivinar jamás por qué puerta secreta podía haber entrado; por otra parte, nadie sabía lo que aquel hombre pudo decirla, pero debió revelarle el origen infamante de los trescientos millones, exigiéndola acaso el juramento de reparar tanta iniquidad, si quería evitar espantosas catástrofes. Seguidamente, el hombre había desaparecido.

En los cinco años que llevaba de viudedad, fuera debido a una orden llegada del más allá, o, más bien, por una rebelión de su honestidad, al tener conocimiento de la procedencia de tal fortuna, lo cierto era que la joven vivía en una ardiente fiebre de renunciamiento y reparación. En aquella mujer que no había sido amante ni pudo ser madre, todas las ternuras contenidas, y especialmente el abortado amor del hijo, se expansionaron en una auténtica pasión por los pobres, los débiles, los desheredados, los enfermos y todos aquellos a quienes creía despojar de los millones robados, que se había jurado restituir íntegramente a través de una lluvia de limosnas.

A partir de entonces se apoderó de ella la idea fija, que penetró en su cerebro obsesivamente, como un clavo: ella no se consideró otra cosa que un banquero, a quien los pobres habían confiado trescientos millones de francos, para ser empleados de la mejor manera, y se transformó en un contable, en un hombre de negocios, que vivía de las cifras, entre un sinfín de notarios, obreros y arquitectos. Fuera de su casa, había instalado unas vastas oficinas

con una veintena de empleados. En el hogar, en las tres pequeñas habitaciones, sólo recibía a algunos intermediarios que eran sus lugartenientes, mientras pasaba sus jornadas en un despacho, como un director de grandes empresas, encerrada lejos de los inoportunos, entre montañas de papeles que la desbordaban. Durante aquellos cinco años, lanzando el oro a manos llenas, había fundado, en la Villete, la Creche Sainte-Marie, con cunas blancas para los pequeñines y camas azules para los mayores y con una amplia y clara instalación que ya frecuentaban trescientos niños; un orfelinato en Saint-Mandé, el Orfelinato Saint-Joseph, donde cien niños y cien niñas recibían una instrucción semejante a la que se daba en las familias burguesas, y, finalmente, un asilo para ancianos en Chatillon, capaz para cincuenta hombres y cincuenta mujeres, y un hospital de doscientas camas en las afueras de París, el Hospital Saint-Marceau, cuyas salas acababan de inaugurarse. Sin embargo, su obra preferida, la que en aquellos momentos la absorbía enteramente era la Obra del Trabajo, creación suya que debía reemplazar al correccional, acogiendo a ciento cincuenta muchachos y ciento cincuenta muchachas, recogidos de las calles de París entre el vicio y el crimen, para regenerarlos con una buena educación y la enseñanza de un oficio. Las diversas fundaciones, donaciones considerables y una inmensa prodigalidad en las obras de caridad, habían consumido unos cien millones de su patrimonio en el transcurso de cinco años. Unos años más a aquel tren y quedaría arruinada, sin haberse reservado siquiera una pequeña renta para el pan y la leche con que ahora se alimentaba. Cuando su vieja criada, Sofía, saliendo de su silencio, la reprendía rudamente, profetizándola que moriría yaciendo en la paja, contestaba con una leve sonrisa, que era la que actualmente animaba sus pálidos labios, una divina sonrisa llena de esperanza.

Justamente, Saccard trabó conocimiento con la princesa de Orviedo con ocasión de la Obra del Trabajo. Era uno de los propietarios del terreno que ella compró para dicha fundación, consistente en un viejo jardín plantado con hermosos árboles, junto al parque de Neuilly, que se hallaba al borde del bulevar Bineau. La sedujo por la rapidez con que trataba los negocios, y la joven quiso volver a verle, a consecuencia de ciertas dificultades que tuvo con sus contratistas. Él, a su vez, se interesó vivamente por las obras, encantado con la grandiosidad del plan que imponía a los arquitectos: dos enormes alas, una para los muchachos y otra para las muchachas, unidas entre sí por un cuerpo central que contenía la capilla, la comunidad, la administración y todos los servicios. Cada ala contaba con un amplio patio, así como con los talleres y dependencias correspondientes.

Pero, sobre todo, lo que más impresionó a Saccard por su afición a lo grande y fastuoso, fue el lujo desplegado, la inmensidad de la construcción, edificada con materiales que desafiarían el paso de los siglos: mármoles por doquier, una cocina revestida de azulejos donde podría haberse guisado un

buey entero, refectorios gigantescos con ricos artesonados de roble, amplios dormitorios inundados de luz, con pinturas de claros tonos, una lencería, una sala de baños, una enfermería instalada con toda clase de refinamientos y, por doquier, anchurosas salidas, escaleras y pasillos, aireados en verano y dotados de calefacción en invierno. La casa toda aparecía bañada por el sol, que la daba una alegría juvenil, junto al bienestar facilitado por el abundante dinero.

Cuando el arquitecto, inquieto por aquella inútil magnificencia, la habló de los gastos, la princesa le detuvo con unas palabras: ella había disfrutado de grandes lujos y quería dárselos semejantes a los pobres, para que ellos, que permitían la opulencia de los adinerados, gozasen a su vez del mismo bienestar. Su idea fija consistía en saciar a los miserables, hacer que durmiesen en camas adecuadas y permitir que tomaran asiento ante la mesa como la gente dichosa, sin pensar en la limosna de un mendrugo de pan y la caridad casual, sino en una vida holgada en palacios que serían de su propiedad, que les permitiera gozar de los placeres de los triunfadores. Pero, en medio de tal derroche y de tan enormes gastos, había sido robada ignominiosamente, todo un enjambre de contratistas vivía de ella, sin contar con las pérdidas ocasionadas por la falta de vigilancia, y, en realidad, se dilapidaba el patrimonio de los menesterosos. Fue Saccard quien, entonces, la abrió los ojos, rogándole que le permitiera poner en claro las cuentas, naturalmente de forma desinteresada, por la sola satisfacción de normalizar aquella loca danza de millones, que le entusiasmaba. En su vida se había mostrado tan escrupulosamente honesto, y en aquel colosal y complicado negocio, fue el más activo y más íntegro de los colaboradores, haciendo entrega de su tiempo e incluso de su dinero, por la simple recompensa de gozar manejando las considerables sumas que había de administrar. Apenas se conocía a nadie más que a él en la Obra del Trabajo, adonde la princesa no iba nunca, lo mismo que hacía con las restantes instituciones, oculta en el fondo de sus tres piezas, como una invisible diosa de la bondad, mientras él era adorado y bendecido, abrumado por la gratitud que ella parecía querer rechazar.

Era indudable que, en aquella época, Saccard albergaba un vago proyecto, que, repentinamente, cuando se instaló en el hotel de Orviedo como arrendatario, adquirió la definida nitidez de un agudo deseo. ¿Por qué no podía dedicarse íntegramente a la administración de las obras de beneficencia de la princesa? En aquellos momentos de duda en que se encontraba, vencido en la especulación, sin saber cómo rehacer su fortuna, se le ofrecía como una nueva encarnación y, como una apoteosis rehabilitadora, al convertirse en distribuidor de aquella majestuosa caridad, canalizando esta marejada de oro que desbordaba sobre París. Con los doscientos millones que todavía quedaban, cuántas obras podían crearse y qué ciudad del milagro podía surgir del suelo… Eso sin contar con que él cuidaría de hacer que aquellos millones fructificasen, doblándolos y triplicándolos, empleándolos tan sabiamente, que

habrían de rendirle grandes beneficios. Entonces, en medio de su apasionamiento todo se le agrandó y vivió bajo el obsesivo pensamiento de distribuir el dinero en interminables limosnas inundando París de felicidad. Y se enternecía con tales pensamientos, seguro en su integridad de que ni un solo franco quedaría entre sus manos. En su imaginación de visionario, aquello se convirtió en un idilio gigantesco, en el idilio de un inconsciente, donde no se mezclaba el menor deseo de reanudar sus antiguas granujadas financieras. La idea armonizaba con el sueño de toda su vida sobre la conquista de París. Sería el rey de la caridad, la divinidad adorada de la multitud de los pobres, y se haría único y popular, logrando que la gente se ocupase de él, colmando así todas sus ambiciones. Qué prodigios no sería capaz de realizar, empleando en la bondad sus facultades de hombre de negocios, su audacia, su obstinación y su total carencia de prejuicios… Y dispondría de la irresistible fuerza que gana las batallas: el dinero, el dinero a manos llenas, el dinero que tanto daño ocasionaba a veces y que tanto bien podría hacer el día en que tuviese el gusto y el orgullo de repartirlo.

Luego, ampliando aún más sus proyectos, Saccard se preguntó por qué no había de desposarse con la princesa de Orviedo. Aquello concretaría su situación, saliendo al paso de las malas interpretaciones. Durante un mes, maniobró sagazmente, exponiendo planes soberbios, convencido de hacerse indispensable, y cierto día, con voz tranquila y gesto ingenuo, hizo su proposición, desarrollando sus grandes proyectos. Lo que ofrecía a la princesa era una verdadera asociación, en la que se brindaba como liquidador de las sumas usurpadas por el príncipe, comprometiéndose a entregarlas a los pobres, decuplicadas. Al principio, la joven, envuelta en su eterna vestidura negra y con su cofia de encajes en la cabeza, le escuchó atentamente, sin que trasluciera en su amarillento rostro emoción alguna. Estaba sorprendida por las ventajas que podía reportarle semejante asociación, indiferente, por lo demás, a otras consideraciones. Luego, tras aplazar su contestación hasta el día siguiente, acabó por rehusar; pensó sin duda que ya no sería dueña de sus limosnas, de las que pretendía disponer como absoluta soberana, aunque fuese locamente. Pero ella le explicó que se sentiría dichosa conservándole como consejero, diciendo cuán preciosa consideraba su colaboración y rogándole que siguiera cuidando de la Obra del Trabajo, de la que era verdadero director.

Durante toda una semana, Saccard experimentó una profunda aflicción, ante la pérdida de tan deseadas ilusiones; no porque se sintiera caer de nuevo en las bajezas de la especulación, sino porque, así como un romance sentimental hace asomar las lágrimas en los ojos de los alcohólicos más abyectos, aquel colosal idilio del bien realizado a fuerza de millones, había enternecido su viejo espíritu de corsario. Era por el dinero, que siempre había deseado, y al mismo tiempo, por la satisfacción de sus apetitos con la magnificencia de una vida principesca, tan elevada como nunca la había

llevado. Se sentía enfurecido, cada vez que una de sus caídas le arrebataba parte de sus esperanzas. Así fue como se sintió invadido por inmensos deseos de lucha, cuando su proyecto se derrumbó ante la negativa tranquila y terminante de la princesa. Quería combatir, ser el más fuerte en la dura batalla de la especulación, devorar a los demás para no ser devorado por ellos, lo que constituía, junto a su sed de esplendor y de satisfacciones, la única causa de su pasión por los negocios. Si no llegaba a atesorar grandes sumas, sentía el goce que la lucha de las grandes cifras, las fortunas lanzadas como cuerpos de ejército, con el choque de los millones adversos, con las derrotas y las victorias que le sumían en una especie de embriaguez. Y, al momento, reaparecía su odio por Gundermann y su desenfrenado deseo de venganza; cada vez que estaba derrotado y abatido, le acosaba el quimérico deseo de hundir a Gundermann. Si se daba cuenta de la puerilidad de semejante tentativa, no podía menos que acometerla, situándose frente a él para forzarle a la partición, como aquellos monarcas vecinos de igual poderío, que, entre sí, se daban el nombre de primos. Fue entonces cuando de nuevo se sintió atraído por la Bolsa, con la cabeza llena de proyectos que lanzar y una fiebre tal, que no supo qué decidir, hasta el día en que una idea suprema, desmesurada, se alzó entre las demás, apoderándose poco a poco de él hasta poseerle enteramente.

Desde que vivía en el hotel Orviedo, Saccard había visto alguna vez a la hermana del ingeniero Hamelin, una mujer de figura admirable que moraba con éste en el segundo piso; la señora Carolina, como la llamaban familiarmente. Lo que sobre todo le impresionó desde el primer momento, fue su soberbia cabellera blanca, que hacía un singular efecto sobre su frente de mujer todavía joven, pues apenas contaba treinta y seis años. Desde los veinticinco, tenía el cabello enteramente blanco, en contraste con sus negras y espesas cejas, que proporcionaban una extraña vivacidad y juventud a su rostro, encuadrado en armiño. Nunca había sido bonita, por tener la barbilla y la nariz demasiado prominentes, y una boca grande cuyos carnosos labios parecían expresar una exquisita bondad. Pero, ciertamente, aquellos mechones blancos envueltos de fina seda dulcificaban su fisonomía, excesivamente dura, y el sonriente encanto de una abuela con un frescor y la fuerza de bella enamorada. Era alta y robusta, y su andar noble y majestuoso.

Cada vez que la encontraba, Saccard, más bajo que ella, la seguía con la mirada, interesado y deseando ocultamente su esbelta figura y su aspecto sano. Poco a poco, se enteró por el vecindario de la historia de los Hamelin, Carolina y Jorge. Eran hijos de un médico de Montpellier, notable sabio y católico exaltado, que murió sin dejar fortuna. Cuando el padre falleció, Carolina tenía dieciocho años y su hermano, diecinueve, y como éste acababa de ingresar en la Escuela Politécnica, ella le siguió a París, donde se colocó de institutriz. Ella fue quien le dio de vez en cuando alguna moneda de cien

sueldos y le proveyó de dinero para sus gastos menudos durante los dos años de sus estudios. Más tarde, cuando se graduó con una calificación más bien baja y tuvo que esforzarse hasta encontrar trabajo, fue ella, una vez más, quien le mantuvo, a la espera de que se crease una situación. Los dos hermanos se querían entrañablemente y pensaban no separarse nunca. Sin embargo, se presentó un inesperado matrimonio, pues la gracia y la inteligencia de la muchacha conquistaron al cervecero millonario en cuya casa se había colocado. Jorge le aconsejó que aceptara, de lo que más tarde hubo de arrepentirse, ya que, al cabo de unos años de casada, Carolina se vio obligada a pedir la separación, para que su marido no la matase, cuando en las crisis de estúpidos celos que tenía al embriagarse, la perseguía empuñando un cuchillo. Tenía entonces veintiséis años y volvió a hallarse en la pobreza, obstinada en no reclamar pensión alguna del hombre que dejaba.

Por fortuna su hermano, después de infructuosas tentativas, consiguió al fin un trabajo de su agrado, consistente en trasladarse a Egipto con la comisión encargada de los estudios preliminares del canal de Suez. Llevó consigo a su hermana y la instaló en Alejandría, donde volvió a dar clases mientras él recorría el país. Así, estuvieron en Egipto hasta 1859, año en que asistieron a la inauguración de las obras en la playa de Port-Said, emprendidas por un pequeño equipo de ciento cincuenta obreros escasos, perdidos entre las arenas, bajo el mando de un puñado de ingenieros. Luego, Hamelin fue enviado a Siria para atender a los aprovisionamientos, quedándose allí a consecuencia de un conflicto con sus jefes. Hizo que Carolina se trasladase a Beirut, donde la esperaban nuevos alumnos, y bajo el patrocinio de una sociedad francesa, se lanzó a una ambiciosa empresa, consistente en trazar una ruta desde Beirut a Damasco, la primera y única carretera abierta a través de las gargantas del Líbano. Y allí vivieron tres años más, hasta la terminación de las obras, él andando por los montes y ausentándose dos meses para trasladarse a Turquía cruzando el Taurus, y ella siguiéndole, cuando podía, compartiendo los proyectos de su hermano de despertar a la vida aquel viejo territorio, dormido bajo las cenizas de extinguidas civilizaciones. Él había reunido una voluminosa cartera desbordante de ideas y planos, y sentía la imperiosa necesidad de volver a Francia para dar cuerpo a aquel vasto conjunto de empresas, encontrando capitales y formando sociedades.

Así fue como, después de residir nueve años en Oriente, salieron de allí, pasando por Egipto movidos por la curiosidad de ver la marcha de las obras del canal de Suez, que les dejó entusiasmados; en cuatro años, había surgido una ciudad entre las arenas de la playa de Port-Said, donde se agitaba un hormiguero humano cada vez mayor, cambiando la faz de la tierra. Pero el infortunio le esperaba en París. Tras quince meses de actividad, luchaba con sus proyectos, intentando vanamente transmitir a la gente la fe que albergaba; era demasiado modesto y poco amigo de hablar, y quedó encallado en aquel

departamento del hotel Orviedo, compuesto de cinco reducidas habitaciones, que arrendó por mil doscientos francos, más alejado del triunfo que cuando recorría los montes y las planicies del Asia. Sus economías se agotaban rápidamente y los dos hermanos habían llegado a una extremada penuria.

Aquello fue, precisamente, lo que interesó a Saccard, que observaba la creciente tristeza de la señora Carolina, cuya alegre belleza se ensombrecía con el desfallecimiento en que viera caer a su hermano. En el hogar, ella desempeñaba, en cierto modo, el papel del hombre, pues Jorge, que físicamente se parecía mucho a ella, era más frágil y poseía extraordinarias facultades para el trabajo, pero se absorbía en sus estudios, de los que no había forma de apartarle. Jamás quiso casarse, sin experimentar siquiera la necesidad de hacerlo; adoraba a su hermana y aquello le bastaba. Tendría amantes ocasionales, pero nadie las conocía. Y el antiguo estudiante de la Escuela Politécnica, de tan vastas concepciones y celo tan ardiente por cuanto emprendía, mostraba a veces un tal candor, que pudiera confundirse con estupidez. Criado en el más estricto catolicismo, había conservado la fe de su infancia, convirtiéndose en un sincero practicante. Carolina, por su parte, se había dado una nueva formación, por medio de las abundantes lecturas y la extensa instrucción con que supo enriquecerse a su lado, en las largas horas en que su hermano se sumía en sus trabajos técnicos. Hablaba cuatro lenguas y había leído a los economistas y los filósofos, apasionándose en ciertos momentos por las teorías socialistas y evolucionistas. Pero luego se sosegó, merced a la gran tolerancia conseguida a lo largo de sus viajes y durante su permanencia entre civilizaciones lejanas, que la dotaron asimismo de una equilibrada prudencia. Pese a que había perdido su fe, se mostraba muy respetuosa con las ideas de su hermano; cierto día tuvieron una explicación y ya nunca más volvieron a hablar de aquel tema. Con su sencillez y su bondad, la joven era de una gran inteligencia y de extraordinario ánimo para la vida, un alegre valor que resistía las crueldades de la suerte y la hacía decir frecuentemente que la única pena que no podía superar era la de no haber tenido un hijo.

Saccard tuvo ocasión de prestar a Hamelin un pequeño servicio, procurándole trabajo con unos comanditarios que precisaban de un ingeniero para hacer un informe sobre el rendimiento de una nueva máquina. Aquello le permitió aumentar su intimidad con los dos hermanos, con quienes a veces subía a pasar un rato en el salón, única estancia algo amplia, que habían convertido en gabinete de trabajo. La pieza parecía desnuda, sólo amueblada con una mesa de dibujo, otra de menor tamaño cubierta de papeles y media docena de sillas. Sobre la chimenea había una serie de libros, amontonados. Sin embargo, una decoración improvisada sobre las paredes alegraba aquella desnudez; era una sucesión de planos y acuarelas de claras tonalidades, sujetos, cada uno, con cuatro puntas. Allí estaba el expediente de los proyectos

de Hamelin, con las notas tomadas en Siria, que constituía toda su fortuna, y las acuarelas pintadas por la señora Carolina en aquel país, de paisajes, tipos y costumbres, observados y esbozados mientras acompañaba a su hermano, con un sentido muy personal del colorido, y sin pretensión alguna, por otra parte. Había dos amplias ventanas que se abrían sobre el jardín del hotel Beauvilliers, que iluminaban vivamente aquel despliegue de dibujos que evocaba otra vida, el sueño de una antigua civilización convertida en polvo, a la que los planos, con sus líneas firmes y matemáticas parecían querer volver a la vida, con ayuda de las sólidas estructuras de la moderna ciencia. Cuando Saccard consiguió hacerse útil con aquel derroche de actividad que le adornaba, examinó detenidamente los planos y las acuarelas, rogando incesantemente nuevas explicaciones acerca de ellos. Germinaba ya en su cabeza todo un vasto y audaz proyecto.

Cierta mañana, encontró sola a la señora Carolina, que permanecía mortalmente triste, con las manos hundidas en los papeles que se amontonaban sobre su mesa de trabajo.

— ¿Qué quiere? Esto se está poniendo decididamente mal… No obstante, yo soy animosa. Pero todo va a faltarnos a la vez, y lo que me exaspera es la impotencia a que la desdicha reduce a mi hermano, que no tiene coraje ni fuerzas para todo lo que sea su trabajo… Había pensado en colocarme como institutriz en alguna casa, como ayuda, cuando menos, pero he buscado sin encontrar nada… Y, pese a todo, no puedo emplearme como criada.

Saccard no la había visto nunca tan vencida, tan abatida.

— ¡Qué diablo! Aún no ha llegado a eso —exclamó.

Ella sacudió la cabeza y dio rienda suelta a su amargura contra la vida, que habitualmente afrontaba con tanta gallardía, por mala que fuese. En aquel momento entró Hamelin con la noticia de un nuevo fracaso, y ella se sumió en un silencioso llanto, con los puños apretados sobre la mesa y la mirada perdida ante ella.

—Y pensar —murmuró Hamelin— que allá hay muchos millones esperándonos, si encontrara alguien que quisiera ayudarme a ganarlos.

Saccard se había plantado delante de un boceto que representaba el levantamiento de un pabellón en el centro de unos almacenes.

—Y esto, ¿qué es? —preguntó.

—Oh, sólo un pasatiempo —explicó el ingeniero—. Es un proyecto de residencia, allí, en Beirut, para el director de la Compañía con que yo soñaba; ya sabe, la «Compagnie générale des Paquebots réunis».

Fue animándose y explicó nuevos detalles. Durante su estancia en Oriente

había comprobado la deficiencia de los servicios de transportes. Las escasas sociedades existentes en Marsella se mataban entre sí con la competencia, sin llegar a poseer material suficiente y confortable. Y una de sus ideas, en los fundamentos de todo el conjunto de sus empresas, era sindicar aquellas compañías, reuniéndolas en una vasta sociedad dotada de medios económicos suficientes, que habría de explotar el Mediterráneo entero, asegurándose su dominio y estableciendo líneas entre todos los puertos de África, España, Italia, Grecia, Egipto y Asia, hasta el fondo del Mar Negro. Era el proyecto de un organizador perspicaz y patriota: la conquista de Oriente cedida a Francia, sin contar con el acercamiento de Siria donde iba a abrir su campo de operaciones.

—Los sindicatos… —murmuró Saccard—. El porvenir parece radicar ahora en ellos. Es una forma de asociación tan poderosa… Tres o cuatro pequeñas empresas que vegetan aisladamente, cobran tal vitalidad y tan irresistible prosperidad, si llegan a reunirse… Sí, el futuro es de los grandes capitales y de los esfuerzos centralizados de las grandes masas. Toda la industria y todo el comercio, acabarán por no ser más que un inmenso bazar único, donde la gente podrá proveerse de todo.

Nuevamente se detuvo, ahora ante una acuarela que representaba un lugar agreste, una árida garganta taponada por un gigantesco amontonamiento de rocas, coronado de matorrales.

—Es una garganta del Carmelo —explicó Hamelin—. Mi hermana hizo este boceto durante mis estudios en aquella región. Y añadió, sencillamente:

—Mire, entre las cretáceas y los porfirios que han alzado esas calcáreas, sobre una de las laderas de la montaña, existe un considerable filón de plata sulfurada; sí, una mina de plata, cuya explotación, según mis cálculos, rendiría extraordinarios beneficios.

—Una mina de plata —repitió Saccard, vivamente.

La señora Carolina, siempre con la mirada alejada y hundida en su tristeza, le había oído, y, como si evocase una visión, explicó:

—El Carmelo… ¡Ah, qué desierto! ¡Qué jornadas de soledad! Está lleno de mirtos y retamas, que embalsaman con su aroma la tibieza del ambiente. Y hay águilas, que planean en lo alto sin cesar… ¡Cuánta plata duerme en ese sepulcro, al lado de tanta miseria! ¡Precisa de muchedumbres felices, de talleres, de nuevas ciudades que surgiesen, y de todo un pueblo regenerado por el trabajo!

—La Sociedad de las minas de plata del Carmelo —murmuró Saccard.

Pero ahora era el ingeniero quien iba de un plano a otro, arrebatado

nuevamente por el trabajo de toda su vida, febril con el pensamiento del futuro esplendoroso que dormía allí, paralizado por la miseria.

—Y éstos no son más que los pequeños negocios del principio —prosiguió —. Mire usted esta serie de planos, que encierran el proyecto esencial; todo un sistema de ferrocarriles atravesando el Asia Menor, de punta a punta… La falta de comunicaciones rápidas y cómodas es la causa primordial del estancamiento en que está sumido ese país tan rico. No es posible hallar un camino transitable para los vehículos, y tanto los viajes como los transportes, han de realizarse a lomos de mulos o camellos… ¡Imagínese la revolución que ocasionarían unas líneas férreas que penetrasen hasta los confines del desierto! Sería la multiplicación del comercio y la industria, y la civilización de Occidente abriendo victoriosa las puertas de Oriente… Aunque no le interese gran cosa, hablaremos de ello en detalle. ¡Ya verá, ya verá!

Pero, sin poder contenerse, se enfrascó luego en aquellas explicaciones. Durante su viaje a Constantinopla, especialmente, había estudiado el trazado de su sistema ferroviario. La mayor y única dificultad radicaba en la travesía de los montes Taurus, pero había recorrido distintos puertos montañeros y afirmaba la posibilidad de un trazado directo y, relativamente, de poco coste. Por otra parte, su idea no era ejecutar de golpe todo el sistema. Tras obtener del sultán la concesión total, acometería prudentemente el ramal básico, la línea de Brusa a Beirut, por Angora y Alepo. Más tarde, se pensaría en el enlace de Esmirna y Angora, y en el de Trebisonda con Angora, por Erzerum y Sivas.

—Después, aun después… —prosiguió.

Pero no terminó, contentándose con sonreír, sin atreverse a decir hasta dónde llegaba la audacia de sus proyectos. Aquél era su ensueño.

— ¡Ah, las planicies al pie del Taurus, qué delicioso paraíso! —exclamó la señora Carolina—. Basta con arañar la tierra y las cosechas crecen desbordantes. Los árboles frutales, melocotoneros, cerezos, higueras y almendros, se quiebran bajo el peso de las frutas. ¡Y qué campos de olivares y moreras, semejantes a extensos bosques! ¡Y qué fácil y natural existencia, bajo aquel límpido cielo, siempre azul!

Saccard se puso a reír, con aquella risa aguda y apetente que tenía siempre que olfateaba la fortuna. Y cuando Hamelin se engolfó en otros proyectos, hablando de la creación de una banca en Constantinopla, donde había dejado relaciones todopoderosas, entre las que destacaba el gran visir, le interrumpió alegremente.

— ¡Pero eso es Jauja!

Luego, con gran familiaridad, apoyando las manos en los hombros de la

señora Carolina, que seguía sentada, añadió:

—No tiene, pues, por qué desesperar. La aprecio mucho, y verá cómo hago con su hermano algo que resulte bueno para todos… Tenga paciencia; espere.

Durante el mes siguiente, Saccard procuró al ingeniero nuevos trabajos, y si bien no volvió a hablar de los grandes negocios, pensaba sin duda en ellos de un modo continuo, preocupado y vacilante, ante la inmensa amplitud de las empresas. Pero lo que contribuyó más a estrechar los lazos que les unían, fue la naturalidad con que la señora Carolina se hizo cargo de su casa de solitario, devorado por inútiles gastos, peor servido cuantos más servidores tenía. Él, tan hábil fuera, famoso por su mano vigorosa y diestra en el lodazal de los negocios sucios, dejaba que su casa fuese al garete, sin preocuparse por los horribles despilfarras que triplicaban sus gastos, con lo que la ausencia de una mujer se dejaba sentir cruelmente, hasta en los detalles más nimios. Cuando la señora Carolina se dio cuenta del saqueo, empezó por aconsejarle, pero acabó por inmiscuirse, obligándole a realizar algunas economías; de tal modo fue así, que cierto día, entre risas, le ofreció ser su intendente. ¿Y por qué no? Puesto que había buscado un empleo como institutriz, bien podía aceptar un trabajo honorable que la permitiese esperar. La oferta, planteada como broma, terminó por hacerse en serio. ¿No era acaso un modo de estar ocupada y ayudar a su hermano, con los trescientos francos mensuales que Saccard estaba dispuesto a darle? Y aceptó, transformando la casa en ocho días; despidió al cocinero y a su mujer, substituyéndolos por una simple cocinera, que con el ayuda de cámara y el cochero, debían bastar como servicio. De igual manera, conservó solamente un caballo y un coche, e intervino en todo, llevando las cuentas de forma tan escrupulosa, que al cabo de quince días las redujo a la mitad. Saccard estaba encantado y bromeaba diciendo que ahora era él quien la robaba, puesto que ella debía exigir un tanto por ciento sobre todos los beneficios que le proporcionaba.

Empezó entonces una vida de gran intimidad. A Saccard se le ocurrió proponer que quitasen los tornillos que condenaban la puerta de comunicación entre los dos departamentos, y subía con toda libertad de un comedor a otro, por la escalera interior. De aquel modo, mientras su hermano trabajaba arriba, encerrado desde la mañana hasta la noche, para poner en orden sus papeles relativos a Oriente, la señora Carolina, dejando su propio hogar al cuidado de la única criada que tenía, bajaba a cualquier hora del día, para dar órdenes, como si estuviera en su casa. Para Saccard era una verdadera alegría la continua aparición de aquella mujer, alta y hermosa, que cruzaba las estancias con su paso firme y majestuoso, con la siempre inesperada gracia de sus blancos cabellos aureolando la juventud de su rostro. Ella volvía a ser optimista, recobrando su valentía ante la vida, sintiéndose útil, con sus horas ocupadas en continua actividad. Sin afectada sencillez, no llevaba más que un

vestido negro, de cuyo bolsillo salía el claro tintineo de los llaveros. Ciertamente, la divertía la idea de que ella, la mujer culta y filósofa, estuviera convertida en una buena ama de casa, gobernando a un manirroto, en el que había puesto su afecto, como se pone en los niños traviesos. Él, sintiéndose seducido por un instante, calculando que, después de todo, no había entre ellos más que una diferencia de trece años, se había preguntado qué sucedería si un buen día la tomaba entre sus brazos. ¿Era admisible que diez años después de su forzado abandono del hogar de su marido, del que había recibido tantos golpes como caricias, siguiera viviendo como errante amazona, sin relacionarse con un hombre? Tal vez la habían servido de defensa los viajes, mas, sin embargo, él sabía que un amigo de su hermano, un tal Beaudoin, negociante que quedó en Beirut y que era esperado en París próximamente, la había amado intensamente, hasta el extremo de esperar la muerte de su marido que estaba encerrado en un sanatorio, loco a causa del alcohol, para casarse con ella. Era evidente que tal matrimonio no habría hecho otra cosa que regularizar una situación muy excusable, por no decir legítima. Siendo así, puesto que debía haber existido un primero, ¿por qué no podía haber un segundo? Pero Saccard se mostraba razonable y hallando en ella una excelente camarada, dejaba a menudo que desapareciese la mujer. No obstante, cuando la veía pasar con tan admirable figura, se planteaba la pregunta de siempre: ¿Qué pasaría si la besaba? Y luego se respondía a sí mismo que sucederían cosas muy ordinarias, que acaso resultarían enojosas, aplazando la experiencia para más adelante, y cambiaba con ella vigorosos apretones de manos, dichoso con su cordialidad.

Pero, repentinamente, la señora Carolina apareció de nuevo apesadumbrada. Cierta mañana, bajó abatida, muy pálida y con los párpados hinchados, sin que Saccard pudiera enterarse de qué le sucedía. La interrogó sobre ello, pero hubo de cesar en sus preguntas cuando ella le contestó obstinadamente que nada le ocurría y que estaba como siempre. Sólo al día siguiente lo comprendió todo, al ver arriba una tarjeta de participación, anunciando el casamiento del señor Beaudoin con la hija de un cónsul inglés, muy joven e inmensamente rica.

El golpe debió ser muy duro, al llegarle la noticia a través de aquella carta banal, sin ninguna preparación ni siquiera un adiós. Fue todo un derrumbamiento en su desgraciada existencia; la pérdida de una lejana esperanza a la que se aferraba en los momentos de desesperación. Y el azar, que también tenía abominables crueldades, la había dejado saber, justamente la antevíspera, que su marido había muerto, haciéndola creer durante cuarenta y ocho horas en la próxima realización de sus sueños. Su vida se desplomaba, dejándola anonadada. Aquella misma noche la esperaba otra sorpresa; según su costumbre, entró en casa de Saccard para dar órdenes antes de acostarse, y habló a éste de su desgracia, prorrumpiendo en sollozos. Luego, en medio de

una especie de ternura que paralizaba su voluntad, se halló entre sus brazos, entregándose a él, sin goce para ninguno de ellos. Cuando se recobró, no tuvo movimiento alguno de rebelión, y sí una mayor tristeza que aumentaba hasta lo infinito. ¿Por qué había permitido que sucediera tal cosa? Ella no amaba a aquel hombre, y él, por su parte, tampoco debía quererla. Y no era que su figura o su edad le hicieran indigno de cariño; aunque exento de belleza y viejo ya, se hacía interesante por la movilidad de sus rasgos y la actividad que desplegaba. Aun ignorándolo, quería creerle servicial, de inteligencia superior, y capaz de realizar las empresas de su hermano con la honradez normal entre la gente. ¡Pero qué caída más estúpida! Ella, tan prudente y tan instruida por la dura experiencia, y, al mismo tiempo, tan dueña de sí, haber sucumbido de aquel modo, sin saber cómo ni por qué, en una crisis de llanto, como una modistilla sentimental… Y lo peor era que la joven le veía casi tan sorprendido como ella e incluso disgustado por la aventura.

Cuando tratando de consolarla, la habló de Beaudoin como de un antiguo amante cuya traición no merecía más que el olvido, y ella protestó, jurando que jamás había habido nada entre los dos, creyó que mentía por orgullo femenino. Pero insistió en su juramento con tanta energía, dejando ver en sus claros ojos la franqueza con que hablaba, que acabó por convencerse de la veracidad de sus palabras; ella se había conservado íntegra pensando en la boda y el hombre se mostró paciente durante dos años, para luego cansarse y contraer matrimonio con otra, demasiado tentadora por su juventud y su riqueza. Y lo más raro era que aquel descubrimiento, aquella convicción, que habría tenido que apasionar a Saccard, le llenaba, por el contrario, de una especie de embarazo, mientras comprendía la absurda fatalidad de su buena suerte. Por lo demás, ni uno ni otra insistieron más, puesto que ambos parecían coincidir en no desearlo.

La señora Carolina permaneció sumida en una profunda tristeza. El amor a la vida, aquel impulso que hace de ésta una necesidad y un gozo, la había abandonado. Atendía a sus múltiples ocupaciones, pero como ausente, sin ilusión por la razón y el interés de las cosas. Era una máquina humana que trabajaba desesperada en la aniquilación de todo. En medio del naufragio de su coraje y su alegría, no gozaba de otra distracción que la que lograba pasando sus horas libres en la ventana del gabinete de trabajo, con la mirada fija en el jardín del vecino hotel Beauvilliers, donde, desde los primeros días de su instalación, creía adivinar ocultas miserias, más dolorosas aún cuando se realizan esfuerzos para salvaguardar las apariencias. También allí había seres que sufrían, y su pena se templaba en aquellas lágrimas, mientras agonizaba de melancolía, hasta creerse insensible y muerta en el dolor de los demás.

Los Beauvilliers, que, sin contar con sus inmensas posesiones en Touraine y Anjou, poseían en otros tiempos un magnífico hotel en la calle Grenelle, no

tenían actualmente más que aquella vieja casa de recreo, edificada en las afueras de la ciudad a principios del siglo anterior, que hoy estaba enclavada entre las oscuras construcciones de la calle Saint-Lazare. Los bellos y escasos árboles, parecían nacer del fondo de un pozo, mientras el musgo causaba estragos en las escalinatas de la galería, desvencijada y llena de grietas. Hubiérase dicho que era un rincón encarcelado de la naturaleza, con la suavidad y la melancolía de su muda desesperanza, adonde el sol no llegaba más que en forma de tenue luz verdosa, cuyos escalofríos helaban las espaldas. En aquella sosegada humedad de cueva, la primera persona a quien vio Carolina en lo alto de la meseta disociada fue la condesa de Beauvilliers, una mujer alta y flaca, de sesenta años, con blancos cabellos que la envejecían y aspecto muy distinguido. Con su gran nariz, sus delgados labios y su largo cuello, ofrecía la apariencia de un cisne viejo de melancólica dulzura. Poco después, se dejó ver su hija, Alicia de Beauvilliers, de unos veinticinco años, pero tan depauperada que habría parecido una niña, de no ser por su tez demacrada y los rasgos fatigados de su rostro. Era el retrato de su madre, aunque de porte noble, con el cuello alargado hasta la desgracia y sin otro encanto que el de la estirpe que se extinguía. Las dos mujeres vivían solas, desde que el hijo, Fernando de Beauvilliers, se hubo alistado en los zuavos pontificios, después de la batalla de Castelfidardo, perdida por Lamoriciére.

Todos los días, cuando no llovía, asomaban así, una tras otra, para bajar la escalinata y dar una vuelta por el jardín, sin cambiar palabra alguna. No había más plantas que unas hiedras; las flores no brotaron o quizás resultaba demasiado caro cultivarlas. Y este lento paseo, sin duda un simple paseo higiénico de aquellas dos mujeres tan pálidas, bajo los árboles centenarios que debieron presenciar tantos festejos y que ahora se ahogaban entre las burguesas casas de la vecindad, adquiría un sentido de melancólico dolor, como si aquellas damas pasearan el luto de viejas cosas muertas.

Interesada por ellas, la señora Carolina las había observado con tierna simpatía, sin morbosa curiosidad, y, poco a poco, dominando el jardín, penetró en su vida, que ellas ocultaban con tan cuidadoso celo en la calle. Siempre había un caballo en la cuadra y un vehículo en la cochera, de los que cuidaba un viejo servidor que, al mismo tiempo, hacía las veces de camarero, cochero y conserje. Completaba el servicio una cocinera, a la que también utilizaban como sirvienta. Pero, si el coche salía por la amplia puerta correctamente enjaezado, llevando a las damas a sus visitas, y si se mantenía cierto lujo en la mesa con ocasión de las cenas quincenales que ofrecían a sus amistades en invierno, ¡cuántos ayunos y cuántas sórdidas economías habían de sufrir cada día para sostener aquella falsa apariencia de riqueza! En un pequeño cobertizo, al abrigo de miradas indiscretas, se lavaban muchas piezas de ropa para reducir la cuenta de la lavandera, que después se zurcían una y otra vez, hilo por hilo, y dejaban que el pan se tostase sobre una planta con el fin de comer

menos, mientras sus frugales cenas no constaban más que de unas escuetas legumbres. Recurrían a toda clase de prácticas avariciosas, mezquinas y conmovedoras, como la del viejo cochero cuando recosía el deteriorado calzado de la señorita o cuando la cocinera repasaba con tinta los rozados extremos de los guantes de su señora. Eso, por no hablar de los vestidos de la madre que pasaban a la hija tras ingenuas transformaciones ni de los sombreros que duraban años y años merced a ciertos cambios en sus flores y cintas.

Cuando no esperaban a nadie, cerraban cuidadosamente los salones de la planta baja y las vastas estancias del primer piso, confinándose las dos mujeres en una pequeña habitación que convertían en comedor y tocador. Cuando se entreabría la ventana, podía verse a la condesa recosiendo su ropa como una pequeña burguesa necesitada, mientras la hija, entre el piano y las acuarelas, hacía medias y mitones de punto para su madre. Cierto día en que hubo una gran tempestad, pudo verse a las dos que bajaban al jardín, para evitar que la violenta lluvia arrastrase la arena.

Carolina sabía ya su historia. La condesa de Beauvilliers había sufrido mucho a causa de su marido, un derrochador de quien nunca se había quejado. Cierta noche, le llevaron a su casa, en Vendôme, con el cuerpo atravesado por una bala. Se habló de un accidente de caza, pero sin duda fue obra de algún guarda celoso que le hirió por haber seducido a su mujer o a su hija. Y lo peor era que con él se extinguía la fortuna de los Beauvilliers, en otros tiempos colosal, basada sobre extensos dominios, que la Revolución encontró ya muy menguada, y que su padre y él acabaron de agotar. De todas aquellas propiedades, sólo quedaba una granja, los Aublets, a pocas leguas de Vendôme, que venía a rendir unos quince mil francos anuales, único recurso de la condesa y sus hijos. El hotel de la calle Grenelle estaba vendido desde hacía tiempo y el de la calle Saint-Lazare absorbía gran parte de los quince mil francos de la granja con las hipotecas que lo gravaban y la amenaza de ser también vendido sí no se pagaban los intereses. Así pues, sólo restaban siete u ocho mil francos para mantener a cuatro personas y el tren de que no querían abdicar. Cuando ocho años atrás enviudó, con un hijo de veinte años y una hija de diecisiete, la condesa, llevada de su orgullo nobiliario se juró vivir solamente de pan, antes que renunciar a su rango social. A partir de entonces, no tuvo otro pensamiento que sostener su posición casando a su hija con un hombre de igual alcurnia y hacer de su hijo un militar. Fernando le causó al principio mortales inquietudes, a consecuencia de locuras de juventud, contrayendo deudas que hubo de pagar; pero advertido de la situación en una solemne plática, el muchacho no reincidió, pues en el fondo era bueno, aunque ocioso e inútil, sin espacio posible en la sociedad contemporánea. Ahora, soldado del Papa, era para ella motivo de una continua y secreta angustia, puesto que, falto de salud, delicado bajo su bizarra apariencia y con una sangre

agotada y pobre, se hallaba en constante peligro a causa del clima de Roma. En cuanto al casamiento de Alicia, tardaba tanto en llegar, que sus ojos se llenaban de lágrimas cuando la observaba, vieja ya, marchitándose en la espera. Con su aspecto de melancólica insignificancia, no dejaba de ser inteligente y anhelaba con ardor vivir y ser dichosa en compañía de un hombre que la amase; y por las noches sollozaba sobre la almohada, creyendo morir de pena al encontrarse sola. La condesa, obrando milagros de avaricia, había logrado ahorrar veinte mil francos, que constituían la dote de Alicia; también salvó del naufragio algunas joyas, pulseras, anillos y pendientes, que podían valorarse en unos diez mil francos. Era una escasa aportación a la boda, de la que apenas osaba hablar, con la que ni siquiera bastaba para hacer frente a los primeros gastos, si el esperado novio se presentaba. Y, a pesar de todo, la condesa no desesperaba, luchando cuanto era preciso por no ceder ninguno de los privilegios de su nacimiento, siempre a la debida altura y con la riqueza necesaria, incapaz de salir de casa a pie o de escatimar un entremés en sus noches de recepción, aunque privándose de todo en su vida particular y sufriendo semanas enteras a base de patatas sin mantequilla, para añadir cincuenta francos más a la siempre insuficiente dote de su hija. Era un doloroso y pueril heroísmo cotidiano, en medio del cual, cada día, la casa se derrumbaba un poco más sobre sus cabezas.

Hasta entonces, la señora Carolina no había podido hablar con la condesa y su hija. Había acabado por conocer los más íntimos detalles de su vida, aquellos que creían ocultar a todo el mundo, y aún no había habido entre ellas más que cambios de miradas, transformados bruscamente en una sensación de simpatía. La princesa de Orviedo hubo de aproximarlas. Había creado una comisión de vigilancia para su Obra del Trabajo, compuesta de diez damas, que se reunían dos veces al mes para visitar detenidamente la Obra, controlando todos los servicios. Como había reservado para sí la elección de las damas, designó entre las primeras a la señora de Beauvilliers, amiga suya en otros tiempos y simple vecina ahora que se había retirado de la vida mundana. Cuando esta comisión perdió bruscamente a su secretaria, Saccard, que conservaba su influencia en la administración del establecimiento, tuvo la idea de recomendar a la señora Carolina como secretaria modelo difícilmente igualable. En efecto, el trabajo era bastante penoso, había que escribir mucho y se requerían incluso cuidados materiales que repugnaban a aquellas señoras. Carolina se reveló, desde el primer momento, como una admirable hospitalaria, a quien la maternidad insatisfecha y la afición a los niños, infundían una activa ternura respecto aquellos pobres seres que trataban de rescatar de los arroyos parisienses. En la última junta de la comisión se encontró con la condesa de Beauvilliers, pero ésta sólo la dirigió un frío saludo, ocultando su secreto malestar, por tener sin duda la sensación de que tenía en ella un testimonio de su miseria. Las dos se saludaban ahora, cada vez

que se encontraban sus miradas, pues hubiera sido demasiado incorrecto fingir no reconocerse.

Cierto día, mientras Hamelin rectificaba unos planos según sus nuevos cálculos y Saccard seguía, de pie, su trabajo, la señora Carolina, ante la ventana, como era su costumbre, observaba a la condesa y a su hija paseando por el jardín. Aquella mañana llevaban unas zapatillas que habría desechado una ropavejera.

— ¡Pobres mujeres! —murmuró—. Qué terrible ha de ser desempeñar esa comedia, a la que se creen obligadas con sus lujos.

Retrocedió para ocultarse tras la cortina de la ventana, por miedo a que la madre la viese, sufriendo aún más al verse así observada. Ella, por su parte, se había serenado y llevaba tres semanas distrayéndose, asomada a la ventana; el gran pesar que la causó su abandono iba cediendo y parecía que la visión de las desgracias ajenas la hacía aceptar con más entereza las propias, en las que creyó ver derrumbarse toda su vida. Nuevamente, se sorprendió a sí misma riendo alguna vez.

Siguió unos instantes contemplando a las dos mujeres en el jardín cubierto de musgo, con su aspecto de soñadoras. Luego, volviéndose hacia Saccard, inquirió:

—Oiga, ¿a qué puede deberse que no logre estar triste?… Esa sensación no persiste en mí; no puedo estar triste, sea cual fuere la pena que me aflija… ¿Se deberá acaso a mi egoísmo? En realidad, no lo creo. Sería demasiado mezquino; y, por otra parte, aunque esté muy alegre, se me parte el corazón al ver la menor desgracia. Componga usted esto: estoy alegre y, si no me contuviese, me pondría a llorar por cuantas desgracias pasan, aun comprendiendo que haría más bien con un trocito de pan que con mis inútiles lágrimas.

Y mientras hablaba, reía con su animosa risa, prefiriendo valientemente la acción a la palabrería piadosa.

—Y, sin embargo —prosiguió—, bien sabe Dios que tengo sobrados motivos para desesperar de todo. No me ha mimado la suerte, hasta ahora… Después de casarme, cuando caí en aquel infierno donde era injuriada y maltratada, creí que no me quedaba más remedio que echarme al agua. Pero no lo hice, y quince días después, rebosaba felicidad, henchida de inmensas esperanzas, cuando partí hacia Oriente con mi hermano… Y al volver a París, careciendo casi de todo, pasé noches abominables en las que veía cómo moríamos de hambre sobre nuestros hermosos proyectos. Pero no nos hemos muerto y he vuelto a soñar en cosas enormes y afortunadas, que a veces me hicieron reír sola… Últimamente, cuando recibí el espantoso golpe del que

aún no me atrevo a hablar, creí que me arrancaban el corazón; sí, positivamente, dejé de notar sus latidos y pensé que todo había terminado para mí. Luego, nada; me siento otra vez arrebatada por la existencia, sin cesar de reír, hoy y mañana, y quisiera vivir más, vivir por siempre… ¡Es extraordinario que no pueda estar triste mucho tiempo!

Saccard, que también reía, se encogió de hombros.

— ¡Bah, es usted como todo el mundo! Lo lleva en sí la propia existencia.

— ¿Lo cree usted? —exclamó sorprendida—. Pues a mí me parece que hay personas tan tristes, que nunca están alegres, que se hacen la vida imposible, pintándola de negro. Ah, y no es que me entregue por entero a las dulzuras y bellezas que ofrece… Ha sido demasiado dura conmigo, y la he visto demasiado de cerca, libremente y por todas partes. Es execrable, cuando no es innoble. Pero ¿qué quiere?, me gusta. ¿Por qué? No lo sé. Aunque todo vacile y se derrumbe en torno mío, al día siguiente me encuentro alegre y confiada sobre las ruinas… Muchas veces he pensado que mi caso es, en pequeño, el de la humanidad, que ciertamente vive en una espantosa miseria, pero que se remoza en la juventud de cada generación. Tras cada una de las crisis que se abaten sobre mí, siento una nueva juventud, una primavera cuyas promesas de savia me devuelven el calor y reaniman mi corazón. Tan cierto es esto, que después de una aflicción, si salgo a la calle y me da el sol, al momento vuelvo a sentirme enamorada, llena de esperanzas y dichosa. Y la edad no hace mella en mí, que, ingenuamente, envejezco sin darme cuenta… Vea usted, siendo mujer, he leído mucho, e ignoro por completo adónde voy, ni más ni menos que este inmenso mundo, que tampoco lo sabe. Pero, aunque me pese, me parece que voy, que todos vamos, hacia algo que es muy bueno y perfectamente alegre.

Terminó por echar la cosa a broma, aunque estaba emocionada, queriendo ocultar la ternura de sus esperanzas. En tanto, su hermano, que había alzado la cabeza, la miraba con una adoración llena de gratitud.

— ¡Ah, tú! —exclamó—. Tú estás hecha para las catástrofes, ¡tú eres el amor a la vida!

En aquellas charlas matinales se había declarado poco a poco una especie de fiebre, y si Carolina volvía a aquella alegría natural inherente a su misma salud, la cosa se debía a los ánimos que les infundiera Saccard, con su activo ardor por los negocios. Ya era cosa casi decidida que iban a explotar los famosos expedientes, y bajo la aguda entonación de su voz, todo se animaba y se exageraba. En primer lugar, pondrían mano sobre el Mediterráneo y lo conquistarían mediante la «Compagnie genérale des Paquebots réunis». Y Saccard enumeraba los puertos de los países del litoral donde fijarían estadas, y, en su entusiasmo de agiotista, mezclaba evocaciones de los clásicos,

celebrando aquel mar, único conocido del mundo antiguo, aquel mar azul en torno al cual florecieron las civilizaciones y cuyas olas bañaron las antiguas ciudades de Atenas, Roma, Tiro, Alejandría, Cartago y Marsella, precursoras todas de la moderna Europa.

Luego, cuando estuviera asegurado aquel vasto camino de Oriente, empezarían allá, en Siria, con el pequeño negocio de las minas de plata del Carmelo, unos pocos millones ganados de paso, pero todo un excelente lanzamiento, ya que la idea de una mina de plata, de dinero encontrado en el suelo, recogido a golpes de pala, resultaba siempre apasionante para el público, sobre todo cuando podía relacionarse con un nombre prodigioso y resonante, como el del Carmelo. Había también allí minas de carbón, de carbón a flor de tierra, que valdría montañas de oro cuando el país se cubriera de fábricas, y esto sin contar con otras pequeñas empresas que servirían de relleno, como bancas y sindicatos para la floreciente industria, la explotación de los vastos bosques del Líbano, cuyos gigantescos árboles se pudrían sobre el terreno por falta de comunicaciones.

Finalmente, llegarían al cogollo, la «Compagnie des chemins de fer d'Orient», punto este que le hacía delirar, puesto que la red de ferrocarriles lanzada de un extremo a otro del Asia Menor, representaba para él la especulación, la vida del dinero, tomando de golpe el Viejo Mundo como una nueva presa, todavía intacta, de riquezas incalculables, escondidas bajo la ignorancia y los estratos de los siglos. Y él husmeaba el tesoro, relinchando como el caballo de batalla que olfatea el combate.

La señora Carolina, habitualmente tan segura y sensata, y refractaria por naturaleza a los devaneos imaginativos, se dejaba llevar por aquel entusiasmo. En realidad, el tema halagaba la inclinación que sentía por Oriente y la nostalgia de aquel país en que creyó ser feliz. Sin calcularlo, por una reacción lógica, era ella quien con sus gráficas descripciones y sus desbordantes relatos espoleaba cada vez más la febril imaginación de Saccard. Cuando mencionaba Beirut, donde había residido tres años, no paraba de hablar: Beirut al pie del Líbano, sobre una lengua de tierra rodeada por rojizos arenales e inmensas rocas, Beirut con su anfiteatro de casas enclavadas entre extensos jardines poblados de naranjos, limoneros y palmeras. Hablaba después de las ciudades de la costa, con Antioquía, decadente tras de su antiguo esplendor, al norte, y, al sur Saída, la Sidón de la antigüedad, San Juan de Acre, Jaffa y Tiro, cuyos mercaderes eran reyes y cuyas naves habían dado la vuelta al continente africano, para no ser ahora, con su puerto cegado por la arena, más que un campo de ruinas de viejos palacios convertidos en polvo, donde no se alzaban más que algunas cabañas de pescadores, miserables y dispersas.

Había acompañado a su hermano por todas partes y conocía Alepo, Angora, Esmirna e incluso Trebisonda. Había vivido un mes en Jerusalén,

dormida en el tráfico de los lugares santos, y otros dos meses en Damasco, la reina de Oriente, en el centro de su vasta llanura, la ciudad mercantil e industrial, donde las caravanas de La Meca y Bagdad atraían ingentes muchedumbres. Conocía asimismo los valles y las montañas, los poblados de los maronitas y los drusos, colgados en las altiplanicies o perdidos en el fondo de las gargantas, con sus terrenos cultivados y sus campos estériles. Y en los más extraviados rincones, silenciosos desiertos y las grandes ciudades, había experimentado la misma admiración por la inagotable y lujuriante naturaleza, y la misma cólera contra la estupidez y la maldad de los hombres. ¡Cuántas riquezas naturales desdeñadas o malogradas! Hablaba de las cargas que aplastaban la industria y el comercio y de la necia ley que impedía consagrar a la agricultura capitales que rebasaran cierta cifra; de la rutina que ponía en manos del campesino el mismo arado de que se servía en tiempos de Jesucristo, y de la ignorancia en que se hallaban aún millones de hombres, semejantes a niños idiotas paralizados en su desarrollo. En otros tiempos, la costa resultaba harto pequeña y las ciudades se tocaban entre sí; en la actualidad, la vida se había trasladado a Occidente y al cruzar aquellos lugares, parecía atravesarse un vasto cementerio abandonado. No había allí ni escuelas ni carreteras, dominaban los peores gobiernos, una justicia vendida, un personal administrativo execrable, impuestos demasiado gravosos, leyes absurdas, la pereza y el fanatismo, por no mencionar la continua conmoción de las guerras y las matanzas que afectaban a veces a ciudades enteras.

Llegada a este punto, se enfadaba, preguntando cómo era posible que se malograse de aquel modo la obra de la naturaleza, una bendita tierra de exquisitos encantos, donde se encontraban todos los climas, desde las ardientes llanuras y las templadas laderas de las montañas, hasta las nieves eternas de las elevadas cumbres. Y su amor por la vida y su vivaz esperanza, hacían que se apasionara ante la idea de la omnipotente varita mágica de la ciencia y la especulación, que podría golpear aquella vieja tierra dormida, haciendo que despertase.

— ¡Mire! —exclamó Saccard—. En ese desfiladero que ha dibujado, donde no hay más que piedras y matorrales, surgirá primero un pueblo y luego una ciudad, cuando la mina de plata esté en explotación… Y todos esos puertos cegados por la arena, los limpiaremos, protegiéndolos con recios espigones, logrando que amarren las naves de alto bordo donde hoy no osan acercarse ni las barcas… Y en las despobladas llanuras y las desiertas cañadas que cruzarán nuestros ferrocarriles, verá renacer la vida, roturándose los campos, creándose caminos y canales, y surgiendo del suelo nuevas ciudades. ¡Sí, el dinero obrará verdaderos prodigios!

Y ante la evocación de su penetrante voz, Carolina veía realmente cómo se alzaba la civilización anunciada. Los escuetos planos y los trazos lineales

cobraban animación, haciendo realidad su sueño de un Oriente sacado de su ignorancia, para gozar del suelo fértil y el esplendoroso cielo, con todos los refinamientos de la ciencia. Realmente, ya había asistido al milagro de aquel Port-Said que en pocos años se había formado sobre la desnuda arena; primero, las barracas que albergaron a los obreros, y luego una ciudad de dos mil almas, de diez mil almas, con casas, inmensos almacenes, el bienestar y la vida, creados gracias a la obstinación de las hormigas humanas. Era lo que ahora veía producirse de nuevo, el avance irresistible, el impulso social en busca de la mayor dicha posible; la necesidad de moverse, de marchar hacia adelante, sin saber exactamente dónde se va, pero avanzando siempre, cada vez con más comodidad y en mejores condiciones. El mundo revolucionado por el hormiguero que reconstruía su morada, y el asiduo trabajo en pos de la conquista de nuevas satisfacciones, con el poder del hombre decuplicado, haciendo cada vez mayor su dominio de la tierra. El dinero ayudando a la ciencia, creando el progreso.

Hamelin, que escuchaba sonriendo, tuvo una acertada frase.

—Todo eso es la poesía de los resultados y nosotros ni siquiera estamos en la prosa de la puesta en marcha.

Pero Saccard se acaloraba solamente por las consecuencias de sus concepciones, y tal cosa se acentuó el día en que, leyendo libros sobre Oriente, fue a dar con una obra sobre la expedición a Egipto. Le acosaba ya el recuerdo de las Cruzadas, aquel retorno de Occidente a Oriente, su cuna, aquel inmenso movimiento que había llevado el extremo de Europa a su país de origen, floreciente aún, donde tanto había que aprender. Pero le impresionó más la gigantesca figura de Napoleón, yendo a guerrear a tales lugares, tras un objetivo magno y misterioso. Cuando hablaba de conquistar Egipto, instalando allí un establecimiento francés y dando así a Francia el comercio con Levante, no decía, por cierto, todo lo que pensaba.

Saccard veía junto a la expedición, vaga y enigmática, un ignorado proyecto de colosales ambiciones, acaso la reconstrucción de un inmenso imperio; Napoleón coronado en Constantinopla, como emperador de Oriente y de la India, realizando el sueño de Alejandro, con mayor grandeza que César y Carlomagno. ¿Acaso no dijo en Santa Elena, hablando de Sidney, el general inglés que le contuvo ante San Juan de Acre, que era el hombre que había malogrado su fortuna? Y lo que intentaron las Cruzadas y estuvo a punto de conseguir Napoleón, no era otra cosa que la gigantesca idea de conquista de Oriente que ahora inflamaba a Saccard, con la sola diferencia de que la conquista proyectada por éste era razonable y se basaba en la doble fuerza de la ciencia y el dinero. Puesto que la civilización llegó a Europa desde Oriente, ¿por qué no había de volver al Este, regresando a aquel jardín de la humanidad, al Edén de la península indostánica, que dormía en el reposo de

los siglos? Sería cual una nueva juventud que galvanizaría aquel paraíso terrenal, haciéndolo nuevamente habitable por medio del vapor y la electricidad, situando otra vez al Asia Menor como centro del mundo y encrucijada donde se reunieran las grandes rutas naturales que enlazan los dos continentes. No se trataba ya de ganar millones, sino miles y miles de millones.

A partir de entonces, Hamelin y Saccard sostuvieron cada mañana prolongadas conversaciones, pues si las esperanzas eran dilatadas, las dificultades se presentaban enormes y numerosas. El ingeniero, que precisamente estaba en Beirut en 1862, durante la horrible carnicería que los drusos hicieron entre los cristianos maronitas, que exigió la intervención de Francia, no ocultaba las dificultades que habrían de encontrar en aquellas poblaciones entregadas a continuas batallas, libradas con la complacencia de las autoridades locales. No obstante, poseía en Constantinopla poderosas relaciones y contaba con el apoyo del gran visir, Fuad-Pacha, hombre de grandes méritos y declarado partidario de las reformas, por lo que alardeaba de obtener de él cuantas concesiones fueran necesarias. Por otra parte, aunque profetizaba la bancarrota fatal del imperio otomano, veía más bien en ello una circunstancia favorable, por la desenfrenada necesidad de dinero, reflejada en los empréstitos que se sucedían de año en año. Cuando un gobierno estaba necesitado y era incapaz de ofrecer garantía personal, estaba siempre dispuesto a entenderse con empresas particulares, por escaso que fuese el beneficio que éstas le dieran. Al fin y al cabo, aquélla era una forma práctica de zanjar la eterna y embarazosa cuestión de Oriente, interesando al imperio en grandes trabajos colonizadores que conducirían al progreso, para que finalmente desapareciese aquella monstruosa barrera alzada entre Europa y Asia. ¡Qué hermoso papel patriótico desempeñarían en ello las compañías francesas!

Días después, cierta mañana, sin darle importancia, Hamelin abordó el programa secreto a que a veces hacía alusión y al que, sonriendo, daba el nombre de coronamiento del edificio.

—Entonces, cuando seamos los amos, estableceremos otra vez el reino de Palestina, donde situaremos al Papa… En principio, bastará con Jerusalén, unido a Jaffa, como puerto de mar. Luego, Siria se declararía independiente y quedaría anexionada… Ya sabe que se acerca el momento en que el papado no podrá permanecer en Roma, bajo las intolerables humillaciones que se le preparan. Ello hace que, llegado el día, hemos de estar dispuestos.

Saccard, boquiabierto, le oía decir todo aquello con gran naturalidad, consciente de su profunda fe católica. No era él persona que se echase atrás ante las imaginaciones más extravagantes, pero jamás hubiese llegado hasta tales extremos. Aquel hombre científico, de tan fría apariencia, le dejaba estupefacto. Así fue que exclamó:

— ¡Es una locura! ¡La Puerta no cedería nunca Jerusalén!

— ¿Y por qué? —replicó tranquilamente Hamelin—. ¡Tiene tanta necesidad de dinero! Jerusalén le estorba y se librará gustosa de ella. A menudo no sabe qué partido tomar entre las diversas comunidades que se disputan la posesión de los santuarios… Por otra parte, en Siria, el Papa tendría un gran apoyo en los maronitas, pues, como bien sabe, ha instalado en Roma un colegio para sus sacerdotes… En fin, lo he meditado bien, lo he previsto todo, y ésta será una nueva era, la era triunfal, para el catolicismo. Acaso se diga que esto es ir demasiado lejos, que el Papa se hallaría desplazado, como desinteresado de las cuestiones de Europa. ¡Pero qué esplendor, y qué autoridad irradiaría, entronizado en los santos lugares, hablando en nombre de Cristo desde la tierra sagrada donde Jesucristo habló! Allí está su patrimonio y allí debe estar su reino. Y quede usted tranquilo, que haremos este reino sólido y poderoso, poniéndolo a resguardo de perturbaciones políticas y basando su presupuesto en la garantía de los recursos del país, con una banca grandiosa, cuyas acciones se disputarán los católicos de todo el mundo.

Saccard, que se había puesto a sonreír, seducido por la magnitud del proyecto, aunque falto de convicción, no pudo abstenerse de bautizar la citada banca, con la gozosa exclamación de quien hace un hallazgo.

— ¡El tesoro del Santo Sepulcro! ¿Qué le parece? ¡Soberbio! ¡Ahí tenemos el negocio!

Pero tropezó con la razonable mirada de Carolina que también sonreía, escéptica e incluso disgustada, haciendo que se avergonzara de su entusiasmo:

—No importa, amigo Hamelin, convendrá que mantengamos en secreto la coronación del edificio, como usted la llama. Se burlarían de nosotros. Nuestro programa está ya sobradamente recargado y bueno será reservar las consecuencias finales, la gloriosa conclusión, para los iniciados.

—Ciertamente, ésta fue siempre mi intención —declaró el ingeniero—. Ahí residirá el misterio.

Y aquel día, con tales palabras, quedó definitivamente resuelta la exploración de la cartera y la puesta en marcha de la enorme serie de proyectos. Empezarían por crear una modesta casa de crédito para el lanzamiento de los primeros negocios, y luego, con un poco de suerte, se adueñarían poco a poco del mercado, para terminar conquistando el mundo.

Al día siguiente, Saccard subió a casa de la princesa de Orviedo, para recibir órdenes con motivo de la Obra del Trabajo, y recordó el sueño que en ciertos momentos acarició: ser príncipe consorte de aquella reina de la caridad, como simple distribuidor y administrador de la fortuna de los pobres.

Y sonrió, porque entonces lo encontró algo inocente. Había nacido para dar vida a lo que de ella carecía y no para aliviar las heridas que la vida causaba. Al fin, iba a encontrar el puesto que le correspondía, en plena batalla de los intereses, en aquella carrera al albur, que siempre fue la marcha de la propia humanidad, siglo tras siglo, en busca de más satisfacciones y más luz.

Aquel mismo día, encontró sola a Carolina en el gabinete de los planos. Estaba de pie ante una de las ventanas, atenta a la aparición de la condesa y su hija en el jardín, a una hora desacostumbrada. Las dos damas leían una carta que parecía entristecerlas; era sin duda una carta del hijo, Fernando, cuya situación en Roma no debía ser muy brillante.

—Mire —dijo la joven, advirtiendo la presencia de Saccard—. Algún otro pesar para esas desdichadas. La pobreza en la calle me da menos compasión.

— ¡Bah! —respondió él alegremente—. Ruéguelas que vengan a verme. Las enriqueceremos también, puesto que hemos de hacer la fortuna de todo el mundo.

Y embriagado por la dicha, buscó los labios de la joven, para besarla. Pero ella, con un brusco movimiento, apartó la cabeza, grave y pálida por una involuntaria inquietud.

—No, se lo ruego.

Era la primera vez que intentaba besarla, después de su abandono en un momento de completa inconsciencia. Resueltas las cuestiones serias, pensaba él en su buena suerte, queriendo arreglar también por aquel lado su situación. Aquel rápido movimiento de retroceso le extrañó.

— ¿De veras, la disgustaría?

—Sí, me disgustaría mucho.

Luego, más tranquila, sonrió.

—Además, ha de confesar que usted mismo no tiene gran interés.

— ¡Ah, yo la adoro!

— ¡No diga eso! ¡Va usted a estar tan ocupado! Y, por otra parte, le aseguro que estoy dispuesta a sentir por usted una verdadera amistad, si demuestra ser el hombre activo que yo creo, y realiza cuantas grandezas tiene proyectadas… ¡Vamos! Es mucho mejor que seamos amigos.

Él la escuchaba sonriente, aunque avergonzado y contrariado. Le rechazaba, y resultaba ridículo haberla poseído una sola vez, por sorpresa. Pero era sólo su vanidad la que sentía lastimada.

— ¿Entonces, amigos solamente?

—Sí, seré su camarada y haré cuanto pueda por ayudarle… ¡Amigos, grandes amigos!

Le ofreció las mejillas y él, convencido, encontrando que tenía razón, posó dos sonoros besos.

III

La carta del banquero ruso de Constantinopla, traducida por Segismundo, era una respuesta favorable, que Saccard esperaba para poner en marcha el negocio de París. Cuando al día siguiente despertó, sintió la inspiración de que era necesario actuar sin pérdida de tiempo, organizando aquel mismo día, antes de la noche, el sindicato en que pensaba colocar anticipadamente las cincuenta mil acciones de quinientos francos de su sociedad anónima, lanzada con un capital de veinticinco millones.

Al saltar de la cama, acababa de encontrar por fin el título para dicha sociedad, el lema que buscaba hacía tiempo. Ante él, había visto flamear las palabras Banca universal, como si estuviesen escritas en letras de fuego, en la habitación todavía oscura.

—La Banca universal —decía una y otra vez, mientras se iba vistiendo—. Es un nombre sencillo y grandioso, que lo abarca todo y se extiende sobre el mundo entero… ¡Sí, sí, es una idea excelente! ¡La Banca universal!

Hasta las nueve y media paseó absorto por las vastas estancias, sin saber por qué parte de París podía iniciar la caza de millones. Veinticinco millones se encuentran a la vuelta de la esquina, pero lo que le hacía meditar era la dificultad que suponía la elección, pues deseaba proceder con cierto método. Bebió una taza de leche y ni siquiera se disgustó cuando subió el cochero para decirle que el caballo estaba enfermo, a consecuencia de un enfriamiento sin duda, y que lo más prudente sería llamar al veterinario.

—Está bien, hágalo… Yo tomaré un coche de alquiler.

Pero, ya en la calle, quedó sorprendido por el viento frío que soplaba; un brusco retorno al invierno, en aquel mes de mayo, tan apacible el día anterior. A pesar de los negros nubarrones que se alzaban desde el horizonte, no llovía. Y desistió de tomar un coche, con la idea de calentarse andando, dispuesto a ir a pie hasta casa de Mazaud, el agente de cambio que vivía en la calle de la Banche. Se le había ocurrido ir a sondearle en relación con Daigremont, conocido especulador influyente en todos los sindicatos. Pero al llegar a la calle Vivienne, el cielo se encapotó y cayó tal chaparrón mezclado con granizo, que tuvo que refugiarse bajo una puerta cochera.

Llevaba allí un rato, contemplando cómo caía el aguacero, cuando, dominando el rumor de la lluvia, se dejó escuchar un claro tintineo de monedas de oro que le obligó a prestar oído. Parecía salir de las entrañas de la tierra, continuo, cristalino y musical, como en un cuento de las Mil y una noches. Volvió la cabeza para orientarse y comprobó que se hallaba a la puerta de la casa Kolb, un banquero que se ocupaba sobre todo en arbitrajes sobre oro, comprando el numerario en los Estados donde su cotización era baja y fundiéndolo después para venderlo en lingotes a los países donde el oro estaba en alza. De la mañana a la noche, cuando fundía el oro, subía del subsuelo el cristalino sonido de las monedas, cuando las tomaba de las cajas para echarlas al crisol. Los transeúntes que frecuentaban aquella calle percibían el tintineo durante todo el año. Saccard sonreía ahora, complacido con aquella música, que era como la voz subterránea de aquel barrio de la Bolsa; veía en ello un afortunado presagio.

La lluvia había cesado y cruzó la plaza, para encontrarse seguidamente en casa de Mazaud. Por una casualidad, el joven agente de cambio tenía su domicilio personal en el primer piso del mismo edificio en que estaban instaladas sus oficinas, que comprendían toda la segunda planta. Se había limitado a ocupar el departamento de su tío cuando éste murió, entendiéndose con los restantes herederos para hacerse cargo del negocio.

Daban las diez, cuando Saccard subió directamente a las oficinas, a cuya puerta encontró a Gustavo Sédille.

— ¿Está ahí el señor Mazaud?

—No lo sé, señor; acabo de llegar.

El joven sonreía, retrasado como siempre, tomando a la ligera aquel empleo de meritorio sin paga y resignado a pasar allí un año o dos, por complacer a su padre, el fabricante de seda de la calle Jeüneurs.

Saccard cruzó ante la caja, siendo saludado por el cajero de moneda y por el encargado de los títulos, y penetró en el gabinete de los dos apoderados, donde no halló más que a Berthier, encargado de las relaciones con los clientes, que solía acompañar al jefe cuando iba a la Bolsa.

— ¿Está el señor Mazaud?

—Creo que sí; ahora salgo de su despacho… Pero no, ya no está en él… Está en la oficina del contable.

Empujando una puerta, echó una mirada en torno de la vasta estancia, donde trabajaban cinco empleados a las órdenes del primer oficial.

— ¡Pues no, y es raro!… ¿Quiere mirar usted mismo en liquidaciones, ahí, al lado?

Saccard entró en la oficina de liquidaciones, donde se encontraba el liquidador, eje del negocio, ayudado por siete empleados, hojeando el librito que le entregaba el agente cada día, después de la Bolsa, para apuntar a los clientes las operaciones realizadas según sus órdenes, con ayuda de las fichas, que conservaba para saber sus nombres; en el librito no figuraban estos nombres, conteniendo solamente la breve indicación de la compra o la venta, valor, cantidad, cotización y agente con quien se negociaba.

— ¿Han visto al señor Mazaud? —preguntó Saccard.

Pero la respuesta fue también negativa. Como el liquidador había salido, tres empleados leían el periódico y otros dos estaban ociosos. En tanto, la entrada de Gustavo Sédille interesó vivamente al menudo Flory, que por la mañana redactaba escritos canjeando compromisos, y por la tarde, en la Bolsa, se encargaba de los telegramas. Nacido en Saintes, donde su padre estaba empleado en el registro, fue primero funcionario de un banco en Bordeaux y luego pasó a París, a casa de Mazaud, a fines del último otoño, sin otra esperanza que doblar, tal vez, su sueldo al cabo de diez años. Hasta entonces se había comportado regular y concienzudamente, pero desde hacía un mes, al entrar Gustavo en la casa, se desquiciaba, arrastrado por su nuevo compañero, tan elegante, tan audaz y provisto de dinero, que le había relacionado con algunas mujeres. Flory, tras su espesa barba, tenía un perfil apasionado, una boca amable y cierta ternura en la mirada, y celebraba pequeñas fiestas, poco costosas, con Chuchu, una artista de las Varietés criada en la penuria del arroyo parisiense, escapada de casa de su madre, una portera de Montmartre; la muchacha resultaba atractiva, con su pálido rostro donde brillaban unos hermosos ojos negros.

Sin quitarse siquiera el sombrero, Gustavo le contó sus experiencias de la noche anterior.

—Sí, amigo mío, creí que Germaine iba a echarme, porque había llegado Jacoby. Pero se las compuso para echarle a él, quién sabe cómo, y me quedé con ella.

Ambos rieron alegremente. Se trataba de Germaine Coeur, una joven soberbia de veinticinco años, algo indolente y de pecho exuberante, a quien mantenía el judío Jacoby, una colega de Mazaud, comprometiéndose de mes en mes. Ella siempre había andado con bolsistas, y siempre por meses, lo que resultaba muy cómodo para aquellos hombres tan atareados, siempre liados con cifras, que compraban el amor como lo demás, sin hallar tiempo para una auténtica pasión. La única inquietud que la agitaba en su pequeño apartamento de la calle Michodiere, era evitar encuentros entre caballeros que pudieran conocerse.

—Pues yo creía que se reservaba para la linda papelera —objetó Flory.

Aquella alusión a la señora Conin tuvo la virtud de poner serio a Gustavo. Respetaba a aquella mujer, que él creía honrada; aunque podía tener algún devaneo, nadie murmuraba de ella, con quien todos sostenían buena amistad. Y por cambiar de conversación, preguntó a su vez:

— ¿Y Chuchu? ¿La llevó a Mabille?

— ¡Caramba, no! Es demasiado caro. Volvimos a casa y tomamos unas tazas de té.

Situado detrás de los muchachos, Saccard oyó aquellos nombres femeninos que murmuraban rápidamente, iniciando una sonrisa. Se dirigió a Flory e indagó:

— ¿No ha visto al señor Mazaud?

—Sí, señor, ha venido a darme una orden y ha vuelto a bajar a su piso… Parece que su hijo está enfermo y le han avisado de la llegada del doctor. Habría de llamar a su puerta, pues es posible que se marche sin volver a subir.

Saccard le dio las gracias y se apresuró a bajar al piso inferior. Mazaud era uno de los agentes de cambio más jóvenes, y mimado por la fortuna, había tenido la suerte de que muriese su tío, convirtiéndose en dueño de una de las agencias más poderosas de París, a una edad en que se hace aún el aprendizaje de los negocios. Aunque de corta talla, tenía un porte agradable, con sus breves bigotes negros y sus oscuros ojos penetrantes. Desplegaba gran actividad y, al mismo tiempo, demostraba una inteligencia muy despierta. Se hablaba ya de él en la Bolsa por su agilidad física y mental, tan necesaria en la profesión, que, con su fino olfato y su notable intuición, habrían de situarle entre los primeros. Contaba además con aquella voz tan aguda, con informaciones de primera mano de las Bolsas extranjeras, con buenas relaciones entre los banqueros, y, finalmente, con un primo lejano que, según decían, trabajaba en la agencia Hayas. Su esposa, con la que casó por amor, aportó una dote de un millón doscientos mil francos y era una mujer encantadora que le había dado ya dos hijos, una niña de tres años y un varón de dieciocho meses.

En aquel preciso instante, Mazaud despedía en la escalera al doctor, que, sonriente, le tranquilizaba.

—Pase usted —dijo a Saccard—. Es verdad, con esos mocosos, se asusta uno en seguida, creyendo que están gravemente enfermos a la menor contrariedad.

Hizo pasar a su visitante al salón, donde todavía estaba su esposa, sosteniendo a la criatura en las rodillas, mientras la niña, feliz al ver la alegría de su madre, se empinaba para besarla. Los tres eran rubios, de una tez blanca

y fresca como la leche, y la joven madre parecía tan delicada e ingenua como los niños. Mazaud le dio un beso en la frente, comentando:

—Bien ves que nos habíamos precipitado.

— ¡Ah, no me importa! ¡Yo, querido, estoy ahora mucho más tranquila y contenta!

Ante aquella feliz escena, Saccard se detuvo para saludar. La estancia, lujosamente amueblada, reflejaba perfectamente la dichosa vida de la familia, que hasta el momento no había sufrido por ninguna causa de desunión. Tras cuatro años de matrimonio, Mazaud apenas mostraba una ligera curiosidad por cierta cantante de la Ópera Cómica. Continuaba siendo un marido fiel y, al mismo tiempo, tenía fama de no jugar demasiado por su cuenta, pese al ardor de su juventud. Y el agradable aroma de suerte, de felicidad no empañada por nube alguna, se percibía realmente en la discreta paz de los cortinajes y las tapicerías, así como en el perfume de un gran manojo de rosas, que desbordando de un jarrón chino, impregnaba totalmente la sala.

La señora Mazaud, que conocía superficialmente a Saccard, le dijo alegremente:

— ¿No es verdad, señor, que basta desearlo, para ser siempre felices?

—Estoy convencido de ello, señora —respondió éste—. Además, hay personas tan bellas y bondadosas, que el infortunio no osa siquiera tocarlas.

La joven se había levantado, radiante. Dio a su vez un beso a su marido y se retiró llevando al pequeñuelo y seguida de la niña, que se había colgado del cuello de su padre. Éste, deseoso de ocultar su emoción, se volvió hacia el visitante, bromeando al estilo parisién.

—Ya puede ver que aquí no nos aburrimos.

Luego, añadió:

— ¿Tenía usted algo que decirme?… Subamos, si quiere; arriba estaremos mejor.

En las oficinas, ante la caja, Saccard reconoció a Sabatani, que había acudido a percibir ciertas diferencias, y al que el agente estrechó la mano efusivamente, con gran sorpresa de aquél. Por fin, tras tomar asiento en el gabinete, Saccard explicó el motivo de su visita, interrogando al agente acerca de las formalidades necesarias para introducir unos valores en la cotización oficial. De forma negligente, le habló del negocio que iba a lanzar: el Banco universal, de veinticinco millones de capital. Sí, una casa de crédito, creada sobre todo para patrocinar grandes empresas, a las que aludió brevemente. Mazaud le escuchó en silencio, explicándole después, con toda corrección, los requisitos que había que cumplir. Pero no era tan cándido como para pensar

que Saccard se había molestado por tan poca cosa. Así fue como, al pronunciar éste el nombre de Daigremont, dejó escapar una involuntaria sonrisa. Cierto que Daigremont tenía el apoyo de una inmensa fortuna y que todos decían que podía confiarse en su fidelidad, pero ¿quién era fiel en negocios y en amores? ¡Nadie! Por lo demás, Mazaud sentía ciertos escrúpulos por dar su opinión acerca de Daigremont, después de su ruptura, que había comentado toda la Bolsa.

Actualmente, el joven confiaba sus órdenes a Jacoby, un judío de Bordeaux, un sesentón alto y robusto, de rostro siempre alegre, cuya atronadora voz era famosa; sin embargo, últimamente había perdido su proverbial ligereza a causa de su obesidad. Una especie de rivalidad se interponía entre los dos agentes: el joven favorecido por la suerte y el otro llegado ya a la vejez, adquiriendo el negocio de su jefe merced a la complacencia de los comanditarios, que veían en él extraordinarias experiencia y osadía, olvidando, en cambio, su desgraciada afición por el juego, que le colocaba siempre al borde de una catástrofe, a pesar de sus considerables ganancias. Todo se desvanecía en las liquidaciones; Germaine Coeur no le costaba más que algún billete de mil francos, y a su esposa no se la veía en parte alguna.

—En fin —concluyó Mazaud, cediendo al rencor a pesar de su extremada corrección—, en ese negocio de Caracas, es seguro que Daigremont no ha obrado con lealtad, apoderándose de todos los beneficios… Es un hombre muy peligroso.

Luego, tras un silencio, añadió:

— ¿Pero por qué no se dirige a Gundermann?

— ¡Nunca! —respondió Saccard, dejándose llevar por la pasión.

En aquel momento, entró en el gabinete Berthier, el apoderado, para murmurar unas palabras al oído del agente. Era la baronesa Sandorff, que había acudido a pagar sus diferencias y recurría a toda clase de embrollos para reducir su cuenta. Normalmente, Mazaud se apresuraba a recibir personalmente a la baronesa; pero, cuando había perdido, la evitaba como a la peste, seguro de un asalto demasiado violento a su galantería. No había peores clientes que las mujeres, ni había otros de mayor mala fe, cuando se trataba de pagar.

—No, no, diga que no estoy —respondió de buen humor—. Y no la rebaje ni un céntimo, ¿me comprende?

Cuando salió Berthier, advirtiendo la sonrisa de Saccard, prosiguió:

—Es cierto que es muy linda, amigo mío, pero usted no tiene idea de su

rapacidad… ¡Ah, cómo nos querrían los clientes, si ganasen siempre! Y cuanto más ricos y más distinguidos son, ¡que Dios me perdone!, más desconfío de ellos y mayor es mi temor de que no me paguen… Sí, hay días en que, fuera de las grandes firmas, preferiría no tener más que una clientela de provincianos.

Volvióse a abrir la puerta y un empleado le entregó un expediente que había pedido por la mañana, saliendo en seguida.

—Vea, aquí tiene una muestra. Un recaudador de rentas instalado en Vendôme, cierto señor Fayeux… Pues bien, no tiene usted idea de la cantidad de órdenes que recibo de este corresponsal. Son, sin duda, de poca importancia, por proceder de pequeños burgueses, humildes comerciantes y granjeros. Pero hay que considerar la cantidad. En realidad, lo mejor de nuestras casas, sus mismos cimientos, están constituidos por jugadores modestos, por la inmensa multitud anónima que juega.

Por una asociación de ideas, Saccard recordó a Sabatani ante la taquilla de caja.

— ¿Así que ahora cuenta con Sabatani? —preguntó.

—Hace un año, me parece —respondió el agente con gesto de amable indiferencia—. Es un buen muchacho, ¿no cree? Empezó humildemente, pero es de mucha prudencia y me figuro que llegará lejos.

Lo que no decía y tal vez ni siquiera recordaba, era que Sabatani había depositado en su casa solamente una cobertura de dos mil francos, cosa que explicaba su inicial moderación en el juego. Quizás el levantino, como tantos otros, esperaba que fuese olvidada la mediocridad de su garantía, dando entretanto muestras de prudencia, al no aumentar más que en forma gradual la importancia de sus órdenes, en espera del día en que se viese complicado en una gran liquidación, momento en que desaparecería. ¿Cómo era posible mostrar desconfianza frente a un joven encantador que se había convertido en un amigo? ¿Cómo dudar de su solvencia, cuando se le veía alegre y opulento, vestido con la indispensable elegancia que venía a ser el obligado uniforme para robar en la Bolsa?

—Es muy gentil, muy inteligente —confirmó Saccard, que de pronto adoptó la resolución de contar con Sabatani el día en que hubiera de menester un muchacho discreto y sin escrúpulos.

Luego, se puso en pie para despedirse.

—Entonces, adiós… Cuando nuestros títulos estén dispuestos, volveré a verle, antes de intentar que sean admitidos en la cotización.

Y cuando Mazaud, a la puerta de su gabinete, le estrechó la mano,

diciendo:

—Hace mal en no ir a ver a Gundermann para su sindicato.

— ¡Nunca! —exclamó de nuevo, furibundo.

Se iba ya, finalmente, cuando reconoció ante la caja a Moser y Pillerault, el primero de ellos embolsándose con aire candoroso los beneficios de la quincena, que ascendían a siete u ocho mil francos, mientras el otro, que había perdido, pagaba con una decena de billetes de mil, entre exclamaciones agresivas y soberbias, como si celebrara una victoria. La hora del almuerzo y la Bolsa se acercaba y la oficina se vaciaría en parte. Del despacho de las liquidaciones, cuya puerta había quedado entreabierta, escapaban las risas que subrayaban el relato que Gustavo hacía a Flory, sobre una excursión en canoa, en la que su amiga había caído al Sena, perdiendo sus medias.

Ya en la calle, Saccard miró el reloj, que marcaba las once. ¡Cuánto tiempo perdido! No, no iría a casa Daigremont; y a pesar de su arrebato ante la sola mención del nombre de Gundermann, decidió súbitamente subir a verle. Por otra parte, ya le había anunciado su visita en casa Champeaux, hablándole de su gran negocio, para eliminar de sus labios aquella sonrisa maliciosa. Diose como excusa que no pretendía obtener provecho alguno, deseando sólo desafiarle y triunfar sobre él, que le trataba como a un muchacho. Y como empezaba un nuevo chubasco que convertía la calle en un torrente, saltó a un coche de alquiler, gritándole al cochero una dirección en la calle Provence.

Gundermann ocupaba en ella un enorme hotel, que no era demasiado grande para su numerosa familia. Tenía cinco hijas y cuatro hijos, de los que tres varones y tres hembras se habían casado, dándole hasta el momento catorce nietos. Cuando a la hora de la cena se reunía toda su descendencia, contando con él y su mujer, eran treinta y uno que se sentaban a la mesa. Aparte de dos de sus yernos que no vivían en el hotel, todos tenían en él sus apartamentos, en las alas derecha e izquierda, que se abrían sobre el jardín. El cuerpo central del edificio, en tanto, estaba enteramente ocupado por las amplias oficinas de la banca. En menos de un siglo había nacido aquella colosal fortuna de un millar de millones, aumentando y desbordando en aquella familia, merced al ahorro y al feliz concurso de favorables acontecimientos. Existía allí una especie de predestinación, a la que ayudaban una viva inteligencia, un gran amor por el trabajo y unos esfuerzos prudentes e invencibles, que siempre tendían al mismo objetivo. Ahora, todas las oleadas de oro confluían en aquel mar y los millones se mezclaban con estos millones, abismándose la pública riqueza en el fondo de aquel patrimonio individual, siempre en aumento. Y su verdadero dueño era Gundermann, el omnipotente rey, temido y obedecido por París y el mundo entero.

Mientras Saccard subía por la amplia escalinata de piedra, de gastados

escalones por el continuo ir y venir de la gente, que los dejaba más desgastados que el umbral de una iglesia antigua, experimentaba un movimiento de rebeldía y un inextinguible odio por aquel hombre. ¡Ah, el judío! Sentía contra el judío el viejo rencor contra su raza, que se encuentra sobre todo en el sur de Francia. Era como un rechazo de su propia carne, una repulsión de su piel, que, ante la idea del menor contacto, se sublevaba llena de repugnancia y violencia, de un modo irrazonado e invencible. Pero lo más extraño era que Saccard, terrible intrigante de los negocios, que se ensuciaba las manos en la conquista del dinero, perdía la conciencia de sí mismo cuando se trataba de un judío, hablando con la aspereza y la vindicativa indignación de un hombre honrado que viviese de su trabajo, ajeno a todo negocio usurario. Y se erigía en inquisidor de aquella raza maldita, carente de patria y de príncipe, que vivía como parásita de las naciones, fingiendo reconocer sus leyes, mas sin obedecer otra cosa que su dios del robo, la sangre y la ira. La mostraba entonces por doquier, llevando a cabo la feroz misión impuesta por su divinidad, estableciéndose en cada pueblo como la araña en el centro de su tela, para acechar sus presas chupando la sangre de todos y cebándose con la vida de los demás. ¿Se vio jamás a un judío trabajando con las manos? ¿Acaso había campesinos u obreros que fuesen judíos? No, el trabajo les deshonraba y su religión casi lo prohibía, exaltando solamente la explotación del trabajo de los demás. Saccard parecía presa de un gran furor, precisamente porque les admiraba y envidiaba sus prodigiosas facultades financieras, su ciencia innata, aquella natural facilidad para las operaciones más complicadas, el olfato y la suerte que aseguraban el triunfo en todo cuanto emprendían.

En aquel juego de ladrones, decía, los cristianos carecían de fuerza y acababan por hundirse. En cambio, si se tomaba un judío que no entendiese siquiera de contabilidad y se le introducía en las turbias aguas de cualquier negocio dudoso, vencía sin duda, llevándose a cuestas los beneficios. Aquél era el don de la raza y su razón de ser a través de las naciones que se forman y se deshacen. Profetizaba entonces, en medio de su arrebato, la conquista final de todos los pueblos por los judíos, después de acaparar la fortuna total de la tierra, cosa que no había de tardar, puesto que cada día se toleraba la libre expansión de su dominio, como podía verse ya en París, donde un Gundermann reinaba sobre un trono más sólido y respetado que el del mismo emperador.

Llegado arriba, en el momento de entrar en la vasta antecámara, Saccard tuvo un movimiento de retroceso, al verla llena de corredores, solicitantes, hombres y mujeres, con el tumultuoso fragor de las multitudes. Los corredores, especialmente, luchaban entre sí por conseguir ser el primero, con la lejana esperanza de obtener alguna orden, puesto que el gran banquero tenía sus propios agentes. Pero, el mero hecho de ser recibido era, en sí, un honor y una recomendación, y cada uno de ellos deseaba envanecerse de haberlo

logrado. No obstante, la espera no solía ser larga, ya que los dos mozos de la oficina no tenían casi otra misión que organizar el desfile, incesante y precipitado, a través de las abiertas puertas. Pese a la multitud, Saccard fue introducido rápidamente en aquella riada.

El gabinete de Gundermann era una grandiosa habitación, de la que ocupaba un pequeño rincón, en el fondo, junto a la última ventana. Sentado ante una sencilla mesa de caoba, se colocaba de modo que daba espalda a la luz, quedando su rostro sumido en la oscuridad. Se levantaba a las cinco de la madrugada y se ponía a trabajar mientras París aún dormía, de modo que cuando hacia las nueve, se precipitaba la oleada de los apetitos ante su presencia, él daba fin a su jornada. En el centro de la sala, en mesas mayores, se hallaban dos de sus hijos y uno de sus yernos, que le ayudaban, raramente sentados, agitándose entre el ir y venir de los innumerables oficinistas. Pero éste era el funcionamiento interior de la casa. La gente atravesaba la estancia en busca de él, del amo, sentado en su modesto rincón, mientras durante horas y horas, hasta el momento de almorzar, recibía con aire impasible y taciturno, haciendo a veces un gesto o pronunciando unas palabras cuando deseaba mostrarse amable.

En cuanto Gundermann vio a Saccard, su rostro se iluminó con una leve sonrisa socarrona.

— ¡Ah! ¿Es usted, amigo mío?… Siéntese usted un momento, si tiene algo que decirme. Soy con usted en seguida.

Y afectó olvidarse de él, sin que Saccard, por su parte, demostrara impaciencia, interesado por el desfile de los corredores, que entraban pisándose los talones, con un profundo saludo, sacándose de la levita idénticas tarjetas con las cotizaciones de la Bolsa, que todos presentaban al banquero con el mismo gesto suplicante y respetuoso. Pasaron diez y luego otros diez, y el banquero tomó una y otra vez sus tarjetas, para devolverlas tras echarles una mirada. Nada había que igualase su calma, de no ser su indiferencia completa ante aquel chaparrón de ofertas.

Apareció entonces Massias, con el aspecto festivo e inquieto de un perro apaleado. Le recibían a veces tan mal, que habría llorado; pero aquel día, sin duda, estaba en el colmo de su humildad, pues se permitió una inesperada insistencia.

—Observe, señor, que las Mobilier están muy bajas… ¿Cuántas quiere usted que le compre?

Gundermann, sin tomar la cotización, levantó sus verdes ojos hasta aquel hombre que se mostraba tan familiar, respondiendo crudamente:

—Oiga, amigo, ¿por casualidad cree que me divierto recibiéndole?

— ¡Por Dios, señor! —respondió Massias, extremadamente pálido—. Crea usted que aún me divierte menos a mí venir aquí cada mañana, para nada, desde hace tres meses.

—En tal caso, no vuelva.

El corredor saludó y se retiró, tras cambiar con Saccard la iracunda y desolada mirada del hombre que adquiere la brusca consciencia de que nunca hará fortuna.

En realidad, Saccard se preguntaba qué interés podía tener el banquero en recibir a todo el mundo. Era indudable que poseía una extraña capacidad de abstracción que le permitía aislarse, prosiguiendo sus pensamientos, y que, por otra parte, aquello formaba parte de una norma que le hacía revisar cada mañana el mercado, hallando siempre en ello un beneficio, por mínimo que fuera. Con mucha acritud, rebajó ochenta francos a un comisionista a quien el día anterior había encargado de una operación, que evidentemente trataba de robarle. Llegó luego un anticuario con un estuche de oro esmaltado del siglo XVII, parcialmente restaurado, en el que al momento el banquero adivinó una falsificación. Pasaron después dos damas, una vieja con perfil de ave de presa y una joven morena de gran belleza, que deseaban mostrarle, en su casa, una cómoda Luis XV, a lo que se negó rotundamente. Acudieron también un joyero con unos rubíes, dos inventores, e ingleses, alemanes e italianos, gentes de todas las lenguas y todos los sexos. Proseguía entretanto el desfile de los corredores, mezclados con las demás visitas, reproduciendo los mismos gestos y presentando siempre sus cotizaciones de un modo mecánico, mientras el enjambre de empleados de la banca, al acercarse la hora de la Bolsa, cruzaban la estancia más numerosos, portadores de telegramas o en busca de alguna firma.

Para colmar aquel barullo, apareció un niño de cinco o seis años caballero sobre un bastón y simulando tocar una trompeta; a poco, irrumpieron, tras él, dos niños más y dos chiquillas, una de tres años y otra de ocho, que se sentaron en la butaca del abuelo, apartando sus brazos y colgándosele del cuello. Éste les dejó hacer, complacido, besándoles a su vez, con la pasión judía por la familia y la descendencia numerosa que les da fuerza.

De pronto, pareció acordarse de Saccard.

— ¡Ay, mi buen amigo, tiene usted que dispensarme! ¡Ya ve que no dispongo de un minuto para mí!… Explíqueme usted la razón de su visita.

Y se disponía a atenderle, cuando vino a decirle un nombre al oído un empleado que había introducido a un señor de pelo rubio. El banquero se levantó al momento, aunque sin prisa, y fue a conferenciar con dicho caballero ante otra de las ventanas, mientras uno de los hijos seguía recibiendo en su

lugar a los agentes y corredores.

A pesar de su sorda irritación, Saccard empezaba a verse invadido por cierto sentimiento de respeto. Había reconocido al caballero rubio, que era representante de una de las grandes potencias, muy altivo en las Tuileries, con aire severo y grave; ahora, en cambio, se mostraba con la cabeza levemente inclinada, sonriendo solicito. En otras ocasiones, eran altos funcionarios e incluso ministros en persona, quienes eran recibidos así, de pie, en esta sala, tan pública como una plaza, llena del alboroto de los niños. De aquel modo se confirmaba la universal realeza del banquero, que tenía embajadores propios en las cortes de todo el mundo, cónsules en todas las provincias, agentes en cada una de las ciudades y naves sobre todos los mares. No era en modo alguno un especulador o un capitán de aventuras, que maniobrase con los capitales de los demás, soñando, como Saccard, en heroicos combates en los que al vencer, ganaría para sí un colosal botín, gracias a la ayuda del oro mercenario alistado bajo sus órdenes. Gundermann era, como decía con sencillez, un simple tratante en dinero, tan hábil y celoso como se podía ser. Pero, para dar firmeza a su poderío, necesitaba dominar la Bolsa, y ésta era la causa de que en cada liquidación librase una nueva batalla donde invariablemente alcanzaba la victoria por la invencible fuerza de sus nutridos batallones.

Por unos momentos, Saccard, que le observaba, permaneció agobiado por la idea de que todo el dinero que manejaba era suyo, que guardaba en sus cuevas aquella inagotable mercancía, con la que traficaba como comerciante sagaz y prudente, como dueño absoluto obedecido por una mirada, y deseoso de ver, oír y hacerlo todo personalmente. Su millar de millones, maniobrado de tal forma, constituía una fuerza inexpugnable.

—No dispondremos siquiera de un minuto, mi buen amigo —dijo Gundermann, mientras se acercaba de nuevo a Saccard—. Mire, voy a almorzar, de modo que pase conmigo a la sala de al lado y tal vez nos dejen unos momentos tranquilos.

Aquella habitación era el pequeño comedor del hotel, el de las mañanas, donde nunca se encontraba la familia completa. Aquel día se sentaban sólo diecinueve a la mesa, y de ellos, ocho eran niños. El banquero se situaba en el centro y no tenía ante sí más que un tazón de leche.

Permaneció unos instantes con los ojos cerrados, extenuado de fatiga, con el rostro muy pálido y contraído, pues sufría del hígado y los riñones. Luego, tras llevarse a los labios el tazón con manos trémulas, dejó escapar un suspiro.

— ¡Ah, hoy estoy rendido!

— ¿Y por qué no se toma un descanso? —preguntó Saccard. Gundermann

volvió el rostro hacia él, mirándole estupefacto, y respondió ingenuamente:

— ¡Porque no puedo!

En efecto, ni siquiera le dejaban beber tranquilo su tazón de leche, pues la recepción de corredores proseguía, cruzando ahora el desfile a través del comedor, mientras los miembros de la familia, tanto hombres como mujeres, acostumbrados a aquel barullo, reían, saciando su apetito con copiosos platos de carne fría y pasteles, y los niños, excitados por dos dedos de vino puro, promovían un alboroto ensordecedor.

Saccard, que le observaba, se maravilló viéndole tomar la leche a pequeños sorbos, haciendo tales esfuerzos que inducía a pensar que nunca llegaría a terminarla. Estaba sometido a un régimen de leche, sin que pudiese probar siquiera la carne y los pasteles. ¿De qué le serviría poseer mil millones? Nunca le habían tentado las mujeres y durante cuarenta años permaneció estrictamente fiel a su esposa; ahora su buen comportamiento era forzado e irrevocablemente definitivo. ¿A qué, pues, levantarse a las cinco de la mañana, trabajar en aquel odioso oficio hasta agotar sus fuerzas y llevar una vida de galeote que el mendigo más haraposo habría rechazado, con la cabeza atiborrada de cifras y a punto de estallar con tantas preocupaciones? ¿Para qué añadir más oro a tanto oro inútil, que no le permitía comprar en la calle unas cerezas para comerlas, llevar de paseo a una muchacha de vida alegre, ni gozar de cuanto se vende, del ocio y de la libertad? Y Saccard que en su terrible ambición amaba desinteresadamente el dinero por el poderío que proporciona, se sentía presa de un supersticioso temor, al ver ante sí aquel personaje, que no encarnaba al clásico avaro atesorando siempre más y más, sino, más bien, al trabajador impecable exento de necesidades materiales, retraído en su doliente vejez, que seguía edificando obstinadamente su torre de millones, con el único deseo de legarla a los suyos, para que éstos la ampliasen a su vez, hasta llegar a dominar el mundo.

Al fin Gundermann se inclinó hacia Saccard e hizo que le explicase a media voz la proyectada creación del Banco universal. Primero se mostró parco en los detalles, aludiendo solamente a los proyectos de Hamelin, comprendiendo, desde sus primeras palabras, que el banquero pretendía sonsacarle cuanto pudiese, resuelto de antemano a despedirle en seguida.

— ¿Otro banco, amigo mío? ¿Un banco más? —comentó con aire burlón —. Antes pondría dinero en otro negocio; en una máquina, en una guillotina para cortar el cuello a todos esos bancos que se fundan… Sí, una especie de rastrillo que limpiara la Bolsa. ¿No tiene nada de eso entre sus papeles, ese ingeniero?

Luego, fingiéndose paternal, con una tranquila crueldad, añadió:

—Vamos, sea razonable; ya sabe lo que le he dicho… Se equivoca, volviendo a los negocios; le hago un verdadero favor al negarme a lanzar su sindicato… Inevitablemente, dará la voltereta; es matemático. Es usted demasiado apasionado, tiene excesiva imaginación, y, además cuando se trafica con el dinero de los demás, todo acaba siempre mal. ¿Por qué no le da un buen cargo su hermano? Una prefectura o tal vez una oficina recaudadora… pero no, esto sería demasiado peligroso… No se fíe usted; desconfíe, mi buen amigo.

Saccard se había levantado, trémulo.

—Es cosa decidida… ¿Así que no quiere estar con nosotros ni toma ninguna acción?

—Con usted, ¡por nada del mundo!… Antes de tres años se lo habrán comido.

Hubo un silencio cargado de pugnas y un cambio de agudas miradas desafiantes.

—Entonces, buenas tardes… Aún no he almorzado y tengo mucha hambre… Veremos quién come a quién.

Y le dejó rodeado de su tribu, que se hartaba de pasteles entre gran algazara, recibiendo a los últimos corredores rezagados y cerrando a veces los ojos, vencido por el cansancio, mientras acababa de vaciar su tazón a pequeños sorbos, con los labios teñidos de blanco a causa de la leche.

Saccard saltó a su coche, dando la dirección de la calle Saint-Lazare. Sonaba la una y, con el día por perdido, volvió a su casa para almorzar, fuera de sí. ¡Maldito puerco judío! ¡Con qué gusto le habría triturado, como un perro que destroza un hueso con sus dientes! Cierto que era un bocado demasiado grande para su boca, pero nadie podía adivinar… Los más grandes imperios se derrumbaron, y siempre hay un momento en que sucumben los poderosos. No, no quería destruirle; pretendía más bien atacarle, arrancándole jirones de aquel millar de millones, y luego le devoraría. Sí, ¿por qué no había de destruir en su indiscutido rey a aquellos judíos que se creían dueños de todo? Y aquellas reflexiones, unidas al furor que se había despertado en él junto a Gundermann, infundían a Saccard un impetuoso celo y un ansia de triunfos inmediatos en los negocios. Habría querido edificar con un gesto su casa de banca, haciéndola funcionar y aplastando victorioso las casas rivales. Bruscamente, volvió a él el recuerdo de Daigremont, y, sin pararse a pensarlo, bajo un impulso irresistible, se inclinó para gritarle al cochero que subiese por la calle La Rochefoucauld. Si quería ver a Daigremont, había que darse prisa, aplazando el almuerzo, pues sabía que éste marchaba hacia la una. Aquel cristiano valía, sin duda, por dos judíos, aunque pasaba por un ogro devorador

de los nuevos negocios que colocaban bajo su custodia. Pero, en aquellos momentos, Saccard habría tratado con el mismo diablo para llevar a cabo la conquista, aunque fuese a condición de repartir beneficios. Más adelante, ya verían como era el más fuerte.

A todo esto, el coche, que subía penosamente por la empinada calle, se detuvo ante la gran puerta de uno de los últimos hoteles del barrio, que contaba con algunos muy hermosos. El cuerpo del edificio, al fondo de un amplio patio pavimentado, tenía aspecto de regia grandeza, y el jardín que lo seguía, con sus árboles centenarios, semejaba un verdadero parque, aislado de las calles populosas. Todo París conocía aquel hotel por sus soberbias fiestas, así como por la admirable colección de cuadros que encerraba, que los grandes duques, en sus viajes, no dejaban de visitar. Casado con una mujer tan famosa por su belleza como sus cuadros, y que obtenía grandes triunfos como cantante, Daigremont llevaba una vida principesca, siendo tan célebre por sus caballos de carrera como por sus pinturas; pertenecía a uno de los clubs más importantes, alardeaba de las mujeres más costosas, y tenía palco en la Opera, asiento en el hotel Drouot y mesa reservada en los lugares equívocos de moda. Y todo aquel dispendio, así como la apoteosis del fulgurante lujo de arte y caprichos, se pagaba sólo con la especulación, con el incesante movimiento de una fortuna infinita como el mar, aunque sujeta, como éste, a los flujos y reflujos de liquidaciones quincenales de doscientos y trescientos mil francos.

Tras subir la majestuosa escalinata, Saccard fue anunciado por un sirviente, que le hizo cruzar tres salas rebosantes de maravillas, hasta llegar a un saloncito, donde Daigremont terminaba un cigarro antes de salir. Éste, con sus cuarenta y cinco años, luchaba ya con la obesidad, si bien era alto y esbelto; vestía elegantemente y no lucía en su rostro más que un fino bigote y una perilla, como buen fanático de las Tuileries. Afectaba gran amabilidad, unida a una absoluta confianza en sí mismo, pareciendo seguro de triunfar.

Al momento, salió al encuentro del visitante.

— ¡Ah, mi buen amigo! ¿Qué es de su vida? Aún no hace muchos días que pensaba en usted… ¿Acaso es realmente vecino mío?

Pero, en seguida se calmó, renunciando a tales efusiones, que reservaba para el vulgo, cuando Saccard, juzgando inútiles las finuras de rigor, abordó sin rodeos el objetivo de su visita. Habló de su gran negocio, explicando que antes de crear el Banco universal, con capital de veinticinco millones, intentaba formar un sindicato de amigos, banqueros e industriales, que asegurasen anticipadamente el éxito de la emisión, comprometiéndose a adquirir, por lo menos, las cuatro quintas partes de la misma, o sea unas cuarenta mil acciones. Daigremont se había puesto muy serio, escuchándole y observándole, como si escudriñase el fondo de sus pensamientos, en busca del

beneficio que podía obtener de aquel hombre a quien conoció tan activo y lleno de maravillosas cualidades en la fiebre de sus embrollos. Al principio, se mostró vacilante.

—No, no, estoy agotado. No quiero emprender otro nuevo negocio.

Luego, sucumbiendo a la tentación, planteó preguntas y quiso conocer los proyectos que patrocinaría la nueva casa de crédito, de los que su interlocutor tuvo la prudencia de hablar con extremada reserva. Pero cuando conoció el primer negocio que iban a lanzar y la idea de sindicar todas las compañías de transportes del Mediterráneo, bajo la razón social de Compagnie générale des Paquebots réunis, pareció impresionarse y, repentinamente, cedió.

—Bien; consiento en adherirme. Pero con una sola condición… ¿Cómo está usted con su hermano, el ministro?

Saccard, sorprendido, tuvo la franqueza de demostrar su amargura.

— ¿Con mi hermano?… Bueno, él hace sus negocios y yo hago los míos. No se siente demasiado fraternal, mi hermano.

—Malo, entonces —declaró claramente Daigremont—. No compartiré sus riesgos más que si su hermano también los comparte… Compréndalo, no quiero que estén enfadados.

Con un gesto de colérica impaciencia, Saccard protestó. ¿Acaso tenían necesidad de Rougon? ¿No sería aquello como ir en busca de unas cadenas para atarse de pies y manos? Pero, al mismo tiempo, la voz de la prudencia, más fuerte que su irritación, le decía que, por lo menos, había que asegurarse su neutralidad. Sin embargo, rechazó la idea bruscamente.

— ¡No, no! Siempre se ha portado en forma sucia conmigo. Jamás daré el primer paso.

—Mire —replicó Daigremont—, espero a Huret a las cinco, para una gestión de que está encargado… Corra usted al Cuerpo legislativo, lléveselo a un rincón y explíquele su negocio. Él hablará con Rougon y se enterará de cómo piensa, de modo que tendremos la respuesta aquí, a las cinco… ¿Qué le parece? ¿Nos vemos a las cinco?

Saccard, cabizbajo, reflexionaba.

— ¡Dios mío! ¡Si tanto se empeña!

— ¡Ah, desde luego! Sin Rougon, nada; con él, todo lo que quiera.

—Está bien; allá voy.

Y tras un enérgico apretón de mano, se disponía a salir, cuando Daigremont le dijo aún:

— ¡Ah, escuche! Si ve que las cosas se encauzan bien, pase al volver por casa del marqués de Bohain y por la de Sédille, y dígales que yo formo parte del negocio y que si quieren adherirse también… Deseo que estén con nosotros.

Saccard encontró a la puerta el coche, que le estaba esperando, pese a que no tenía más que bajar hasta el extremo de la calle para hallarse en su casa. Así pues, lo despidió, contando con que por la tarde podría hacer enganchar el suyo, y regresó rápidamente, para almorzar. Ya no le esperaban y la propia cocinera tuvo que servirle un poco de carne fría, que comió con avidez, mientras discutía con el cochero, que subió para informarle de que el veterinario aconsejaba que el caballo descansara tres o cuatro días. Con la boca llena, Saccard le acusó de cuidar mal del bruto, añadiendo amenazador que la señora Carolina pondría orden en todo aquello. Finalmente, le dijo que, por lo menos, fuese a buscarle un coche de alquiler. De nuevo un tremendo chaparrón barría la calle por lo que tuvo que esperar un cuarto de hora la llegada del coche, al que subió bajo un verdadero diluvio, gritando al cochero:

— ¡Al Cuerpo legislativo!

Su idea era llegar antes de que empezase la sesión, para coger a Huret al paso y poder hablarle tranquilamente. Por desgracia, aquella tarde se temía un apasionado debate pues un miembro de la izquierda había de plantear la eterna cuestión de Méjico, y era probable que Rougon se viese obligado a responderle.

Al entrar en la sala de pasos perdidos, Saccard tuvo la fortuna de tropezar con el diputado, al que arrastró hasta el fondo de uno de los saloncitos vecinos, donde se hallaron solos merced a la gran emoción que imperaba en los pasillos. La oposición se hacía cada vez más temible y empezaban a soplar vientos adversos que podían arreciar destruyéndolo todo. Ello fue causa de que Huret, preocupado, no comprendiera al principio, haciendo preciso que le repitieran otra vez la misión de que le encargaban. Su pavor fue entonces en aumento.

— ¡No, no! ¡No puedo hacerlo!… Ya le transmití la voluntad de su hermano; no puedo, ahora, ir a importunarle otra vez. ¡Caramba, piense usted en mí! Ya sabe que cuando le molestan no tiene nada de manso, y, ¡qué diablo!, yo no tengo necesidad de dar la cara por usted, arriesgando mi crédito.

Saccard, comprendiéndole, trató solamente de convencerle de los millones que podían ganarse con el lanzamiento de la Banca universal. A grandes rasgos, con su ardoroso verbo que transformaba un negocio en un poético cuento, le habló de soberbias empresas y del seguro y colosal triunfo. Daigremont, entusiasmado, se había puesto al frente del sindicato, mientras Bohain y Sédille habían solicitado ya su ingreso. Era imposible que él, Huret,

se abstuviera; aquellos señores querían a todo trance que estuviese con ellos, a causa de su elevada posición política. Esperaban incluso que consintiera en formar parte del consejo de administración, porque su nombre era una garantía de orden e integridad.

Ante la promesa de ser nombrado miembro del consejo, el diputado miró a Saccard fijamente.

—En resumen, ¿qué desea de mí? ¿Qué respuesta desea que obtenga de Rougon?

— ¡Dios mío! —replicó su interlocutor—. Yo habría prescindido gustoso de mi hermano. Pero Daigremont exige que me reconcilie con él. Es posible que tenga razón… Así pues, creo que debe hablar simplemente de nuestro negocio a ese hombre terrible, logrando, si no que nos ayude, por lo menos que no esté contra nosotros.

Huret, con los ojos entornados, no acababa de decidirse.

—Bien, si consigue una frase amable, sólo una frase amable, Daigremont se dará por satisfecho, y esta tarde zanjaremos la cosa entre los tres.

—Bueno, voy a intentarlo —dijo bruscamente el diputado, afectando una extremada sinceridad—, pero es preciso que actúe en su nombre, porque no resulta fácil de tratar, sobre todo cuando le importuna la izquierda… Hasta las cinco.

— ¡Hasta las cinco!

Saccard aún se quedó allí por espacio de una hora, intranquilo por los rumores de lucha que circulaban. Pudo oír a uno de los grandes oradores de la oposición anunciando que tomaría la palabra. En tales circunstancias, sintió, por un momento, deseos de ir al encuentro de Huret para preguntarle si no sería oportuno aplazar hasta el día siguiente la entrevista con Rougon. Luego, creyendo en la suerte como buen fatalista, temió comprometerlo todo si cambiaba el curso de los acontecimientos. Acaso su hermano, en medio de aquel trastorno, resultara más fácil de convencer. Deseoso, pues, de que las cosas siguieran su marcha, montó de nuevo en el coche, que pasaba ya por el puente de la Concorde, cuando se acordó del encargo que le había hecho Daigremont.

— ¡Cochero, a la calle Babylone!

Allí era donde vivía el marqués de Bohain, ocupando las antiguas dependencias de un gran hotel, un pabellón que había albergado al personal de las caballerizas, transformado después en una confortable casa moderna. La lujosa instalación tenía cierto aire de aristocracia galante. Por lo demás, nunca se dejaba ver su esposa, retenida en sus habitaciones por las enfermedades,

según se decía. Sin embargo, la casa y los muebles eran de ella, sin que el marqués poseyera más que sus efectos personales, que podían encerrarse en un baúl, ya que, desde que vivía del juego, convinieron la separación de bienes. Ya se había negado rotundamente a pagar sus diferencias en dos desastres, y el síndico, en vista de la situación, no se tomó siquiera la molestia de gastar en él papel timbrado. Borrón y cuenta nueva; el marqués se embolsaba cuanto ganaba, y, cuando perdía, no pagaba. Lo sabían todos y lo tomaban con resignación. Tenía un nombre ilustre y era extremadamente decorativo en los, consejos de administración, de modo que las compañías de nuevo cuño, ansiosas de oropel, se lo disputaban, sin que nunca permaneciera ocioso. Tenía en la Bolsa su silla por la parte de la calle Notre-Dame-des-Victoires, que era el espacio reservado a la gran especulación, que afectaba desinterés por los menudos rumores cotidianos. Se le respetaba y le consultaban frecuentemente, influyendo a menudo en la marcha del mercado. En resumen, era todo un personaje.

Saccard, que le conocía bastante bien, quedó a pesar de todo impresionado por la cortesía de la recepción de aquel pulido anciano de sesenta años, de menuda cabeza descansando sobre el cuerpo de un coloso y macilento rostro, encuadrado por una peluca oscura correctamente dispuesta.

—Señor marqués, vengo a pedirle un favor…

Y explicó el motivo de su visita, aunque sin entrar en los detalles. Pero, a las primeras palabras, el marqués le interrumpió.

—No, no; todo mi tiempo está ocupado; tengo, en estos momentos, diez proposiciones que habré de rehusar.

Después, cuando Saccard, sonriendo, añadió:

—Me envía Daigremont, que se ha acordado de usted. Dijo al momento:

— ¡Ah, cuenta usted con Daigremont!… ¡Vaya, vaya! Si Daigremont está interesado, yo también lo estoy. ¡Cuente usted conmigo!

Al querer informarle Saccard de algunas características, para que supiera la clase de negocio en que iba a entrar, le cerró la boca con la amable desenvoltura del gran señor que no precisa descender a tales detalles y tiene una natural confianza en la integridad de la gente.

—Se lo ruego; ni una palabra más… No necesito enterarme. Tiene usted necesidad de mi nombre y yo se lo presto, con lo que me siento muy feliz; es todo… Diga solamente a Daigremont que arregle esto como le plazca.

Mientras subía de nuevo en su coche, Saccard se regocijaba en su interior.

—Nos costará caro —iba pensando—, pero desde luego se lo merece.

Después, en voz alta, añadió:

— ¡Cochero, a la calle Jeüneurs!

La casa Sédille tenía aquí sus almacenes y oficinas, con toda una amplia planta baja al fondo de un patio. Después de treinta años, Sédille, que era de Lyon y conservaba allí sus talleres, había logrado al fin que su comercio de sedas fuera uno de los más conocidos y más sólidos de París, cuando, a consecuencia de un incidente casual, surgió en él la pasión por el juego, que le acometió con la destructiva violencia de un incendio. Dos jugadas afortunadas, una tras otra, le habían trastornado. ¿A qué dar treinta años de su vida para ganar un mísero millón, cuando en una hora, mediante una simple jugada de Bolsa, podía conseguirlo? A partir de entonces, se fue desinteresando por su negocio, que funcionaba por el impulso adquirido, y vivía sólo con la esperanza de un golpe triunfal en la especulación. Y como la mala suerte se había cebado insistentemente en él, allí iban a parar todos los beneficios de su negocio. Cuando esta fiebre se apodera de alguien, lo peor es que se pierde el gusto por las ganancias legítimas, olvidando al fin la noción exacta del dinero. Al cabo, la ruina esperaba inexorablemente, pues si los talleres de Lyon aportaban doscientos mil francos de ganancias, el juego le arrebataba trescientos mil.

Saccard encontró a Sédille agitado, inquieto, pues era un jugador sin flema ni filosofía. Vivía entre remordimientos, siempre esperando y abatido siempre, enfermo de incertidumbre, porque, en el fondo, continuaba siendo honrado. La liquidación de fines de abril le había resultado desastrosa. No obstante, su grasiento rostro de rubias patillas se animó al escuchar las primeras frases.

— ¡Ah, querido, si lo que me trae es la suerte, sea usted bienvenido!

Pero, en seguida, fue presa de temor.

— ¡No, no! No me tiente. Mejor haría encerrándome con mis piezas de seda, sin moverme de mi despacho.

Esperando que se calmara, Saccard le habló de su hijo Gustavo, diciendo haberle visto por la mañana en casa de Mazaud. Pero éste era para su padre otra causa de inquietudes, pues había soñado con descargar en él el peso de la casa, y el joven desdeñaba el comercio, inclinado a la feliz holganza, dispuesto, como los hijos de los nuevos ricos, a despilfarrar las fortunas amasadas por sus mayores. Su padre le había colocado en casa de Mazaud, esperando que se sintiera interesado por las cuestiones financieras.

—Desde la muerte de su pobre madre —murmuró—, me ha dado muy pocas satisfacciones. En fin, tal vez en ese empleo aprenda cosas que me resulten útiles.

—Bien —le interrumpió bruscamente Saccard—, ¿está usted con nosotros? Daigremont me ha hecho venir para decirle que él está en el negocio.

Sédille alzó al cielo sus brazos temblorosos, y con voz alterada por una mezcla de temor y deseo, exclamó:

— ¡Claro que sí! ¡Estoy con ustedes! ¡Bien sabe usted que no puedo hacer otra cosa! Si me negase y el negocio marchara, enfermaría de arrepentimiento… Diga a Daigremont que cuente conmigo.

Al salir a la calle, Saccard consultó el reloj y vio que apenas eran las cuatro. Visto el tiempo de que disponía y sintiendo ganas de caminar, despidió el coche. Pero no tardó en arrepentirse, pues aún no había llegado al bulevar, cuando un nuevo chaparrón de agua y granizo le obligó de nuevo a refugiarse bajo un portal. ¡Qué asco de tiempo, cuando había que andar por París! Tras de contemplar un cuarto de hora la caída del chubasco, acabó por impacientarse, llamando a un coche vacío que acertó a pasar. Se trataba de una victoria y por mucho que trató de taparse las piernas con el impermeable, llegó a la calle La Rochefoucauld empapado y con media hora de anticipación.

El criado le dejó en un saloncito, diciendo que el señor no había vuelto todavía, y Saccard se puso a pasear, examinando los cuadros. Pero, al oír una soberbia voz femenina, una contralto melancólica y potente que se elevaba en el silencio del hotel, se acercó a la abierta ventana, para escucharla; era la señora que ensayaba al piano un fragmento, que sin duda cantaría por la noche en algún salón. Mecido por aquella música, se puso a pensar en las extraordinarias historias que se explicaban de Daigremont. Pensó ante todo en la cuestión de la Hadamantine, aquel empréstito de cincuenta millones cuyo stock conservó en mano, haciéndolo vender y revender cinco veces seguidas, hasta crearle un mercado y establecer su precio; recordó luego una venta formal, en la que el súbito descenso de trescientos francos a quince, le proporcionó inmensos beneficios a expensas de una multitud de cándidos que se arruinaron de golpe. ¡Era realmente poderoso y, al mismo tiempo, terrible! La voz de la señora seguía, exhalando una enternecida lamentación de trágica amplitud, mientras Saccard, de nuevo en el centro de la estancia, se detenía ante un Meissonier que evaluó en cien mil francos.

Alguien entró en aquel momento, mostrándose sorprendido al reconocer a Huret.

— ¡Cómo!, ¿ya está usted aquí? Ni siquiera son las cinco… ¿Terminó, pues, la sesión?

— ¡Ah!, sí, terminó… No hacen más que reñir entre sí.

Y explicó entonces cómo, debido a la tesitura adoptada por el diputado de la oposición, que no cesaba de hablar, con seguridad que Rougon no podría

contestar hasta el día siguiente. Por eso, a la vista de aquel panorama, se había aventurado a abordar al ministro, durante un corto receso de la sesión y forzando un encuentro en los pasillos.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Saccard nerviosamente—, ¿qué es lo que dijo mi ilustre hermano?

Huret no puso prisa en contestar.

— ¡Oh!, estaba de un humor de perros… Le confieso que ya contaba con esa exasperación en que le veía sumido; y esperaba incluso una reacción por su parte enviándome simplemente a paseo… El caso es que le solté el paquete, hablándole de su asunto y diciéndole que usted no quería emprender nada sin su aprobación.

— ¿Y entonces, qué?

—Pues entonces, me cogió por los dos brazos, y estuvo dándome sacudidas, mientras me gritaba en pleno rostro: «¡Que intente ahorcarse si quiere!». Y me dejó plantado allí mismo.

Saccard, que se había quedado pálido, esbozó una risa forzada.

—Tiene gracia la cosa.

— ¡Toma!, claro que sí, mucha gracia —siguió diciendo el diputado con tono de convencimiento—. No pedía yo tanto… Con esto, ya podemos emprender la marcha.

Y, como quiera que oyese, en el salón vecino, el paso de Daigremont que regresaba, añadió con voz muy baja:

—Déjeme hacer a mí.

Evidentemente, Huret sentía el mayor de los deseos por ver fundarse el Banco universal, y llegar a figurar en él. Se había dado ya cuenta, sin duda, del papel que podría llegar a representar en todo ello. Así pues, en cuanto hubo estrechado la mano de Daigremont, su semblante pareció irradiar satisfacción, al tiempo que agitaba un brazo en el aire.

— ¡Victoria! —exclamó gozoso—, ¡victoria!

— ¡Ah!, de veras. Cuente cómo ha sido la cosa.

— ¡Dios mío!, el gran hombre ha sabido comportarse como debía. Me ha contestado: «¡Que mi hermano acierte!».

De repente, Daigremont quedó como pasmado, al dar con la encantadora frase. «¡Que triunfe!», en ella quedaba todo resumido: que no cometa la necedad de no triunfar, o le dejo de la mano; que triunfe, y sabré ayudarle. ¡Exquisito, realmente exquisito!

—Y, mi querido Saccard, descanse tranquilo, triunfaremos… Vamos a hacer lo preciso para que así sea.

A continuación, cuando ya los tres hombres se hubieron sentado para decidir los puntos principales, Daigremont se levantó y fue a cerrar la ventana, pues la voz de su mujer, poco a poco más fuerte, irradiaba un sollozo de infinita desesperanza, que les impedía entenderse. E incluso con la ventana cerrada, aquella lamentación ahogada, les estuvo acompañando mientras decidían la creación de una casa de crédito, el Banco universal, con un capital de veinticinco millones, repartido en cincuenta mil acciones de quinientos francos. Se convino asimismo que Daigremont, Huret, Sédille, el marqués de Bohain y algunos de sus amigos pasarían a formar parte de un sindicato que, de antemano, tomaba y se repartía las cuatro quintas partes de las acciones, o sea cuarenta mil; de manera que el éxito de la emisión estaba asegurado; permitiendo ello que, más adelante, conservando los títulos, haciéndolos escasear en el mercado, pudieran hacerlos subir a su gusto. Sólo que todo estuvo a punto de echarse a perder cuando Daigremont exigió una prima de cuatrocientos mil francos, a repartir entre las cuarenta mil acciones, o sea a razón de diez francos por acción. Saccard protestó, manifestando que no era razonable hacer mugir la vaca antes de ordeñarla. Los comienzos iban a ser difíciles, ¿por qué embrollar la situación más aún? Sin embargo, tuvo que ceder ante la actitud adoptada por Huret, quien, tranquilamente, encontraba la cosa muy natural, diciendo que así se hacía siempre.

Se separaban ya dándose cita para el día siguiente, a la que debía asistir el ingeniero Hamelin, cuando Daigremont se golpeó súbito la frente con gesto de desesperación.

— ¡Vaya!, ¡pues me olvidaba de Kolb! ¡Oh!, sé que nunca me lo perdonaría; precisa que contemos con él… Mi querido Saccard, si fuera usted tan amable, ¿por qué no se acerca a su casa en un momento? No son las seis y aún le encontrará… Sí, usted mismo, y no le deje para mañana; vaya esta tarde, estoy convencido de que le complacerá y desde luego puede sernos útil.

Dócilmente se puso Saccard en camino sabiendo como sabía que las jornadas de suerte no suelen repetirse. Pero él había despedido otra vez el coche, esperando regresar a pie a su casa, que estaba a dos pasos; y, pareciendo que la lluvia llevaba trazas de acabar, bajó a pie, contento de sentir bajo sus talones aquel adoquinado de París, que estaba en trance de reconquistar. Yendo por la calle de Montmartre, algunas gotas de agua le hicieron enfilar por los pasajes. Se dirigió, pues, por el pasaje Verdeau y por el de Jouffroy; luego en el pasaje de los Panoramas, como siguiera una galería lateral para acortar y torcer por la calle Vivienne, se sorprendió al ver salir de un pasillo oscuro a Gustavo Sédille, que desapareció en seguida sin haberse vuelto. Detúvose Saccard mientras contemplaba la casa, una discreta casa de

citas, cuando, de repente y en una mujercita rubia, cubierta con velo, que salía a su vez, reconoció sin lugar a dudas a la señora Conin, la hermosa vendedora de papel. Allí era por lo visto, donde, cuando experimentaba un arranque de ternura, conducía a sus amantes de ocasión, mientras el buenazo de su marido la creía ocupada en cobrar facturas. Aquel rincón de misterio, en el centro mismo del barrio, estaba sin duda muy lindante elegido, y sólo el azar acababa de descubrir el secreto. Sonreía Saccard con gran regocijo, envidiando a Gustavo: Germaine Coeur, por la mañana, la señora Conin, por la tarde, ¡lo que es aquel joven no carecía de nada! Y por dos veces, miró aún hacia la puerta, para estar seguro de reconocerla, tentado también él de seguir igual ruta.

Estando en la calle Vivienne, y el momento en que entraba en casa de Kolb, estremecióse Saccard y se detuvo de nuevo. Una música ligera, cristalina, que salía del suelo, semejante a la voz de las legendarias hadas, envolvía su persona; y reconoció a la música del oro, a la continua sonería de aquel barrio del negocio y de la especulación, oída ya por la mañana. El final de la jornada venía así a enlazarse con el principio. Y su ánimo se dilató con la caricia de aquella voz, como si le confirmase el buen presagio.

Justo en aquel momento, Kolb se encontraba abajo, en el taller de fundición; y, como amigo de la casa, Saccard bajó a buscarle. En el desnudo sótano, eternamente iluminado por amplias llamas de gas, los dos fundidores dedicábanse a vaciar con pala las cajas forradas de cinc, llenas aquel día de monedas españolas, que echaban en el crisol, sobre el espacioso horno cuadrado. El calor apretaba, era preciso hablar en voz fuerte para entenderse, en medio de aquella sonería de armónica, vibrando bajo la achatada bóveda. Lingotes fundidos, adoquines de oro, con el vivo resplandor del metal nuevo, alineábanse a lo largo de la mesa del químico ensayador, que señalaba en ellos su respectiva ley. Y, desde primera hora de la mañana, más de seis millones habían pasado por allí, asegurando al banquero un beneficio de apenas tres o cuatrocientos francos, ya que, el arbitraje sobre el oro, esa diferencia realizada entre dos cotizaciones, por ser de las más insignificantes y apreciarse por milésimas, no podía proporcionar una ganancia apreciable más que tratándose de grandes cantidades de metal fundido. De ahí, ese tintinear, aquel chorreo de oro, desde por la mañana hasta por la noche, desde el comienzo hasta el final del año, en el fondo de ese sótano, adonde el oro llegaba en monedas y salía en lingotes, para volver a entrar en monedas y partir en lingotes, indefinidamente, con el único objeto de dejar en las manos del traficante algunas partículas de oro.

En cuanto Kolb, un hombre menudo, muy moreno, cuya nariz en forma de pico de águila, resaltando sobre una poblada barba, revelaba su origen judío, hubo comprendido el alcance de la oferta de Saccard, a quien el oro cubría con

ruido de granizada, se apresuró a aceptarla.

— ¡Perfecto! —exclamó—. Contentísimo con formar parte, si Daigremont también figura. Y, ¡gracias a usted por haberse molestado!

Pero como apenas si se entendían, acabaron por callarse y aún permanecieron allí unos instantes, aturdidos, anonadados en aquel continuo repique, tan claro y exasperante al propio tiempo, que lograba conmover todo su ser, como una nota musical demasiado alta sostenida indefinidamente en los violines, hasta el espasmo.

Una vez fuera, y a pesar de haber vuelto el buen tiempo, una noche despejada del mes de mayo, Saccard, rendido por el cansancio, tomó de nuevo un simón para regresar a su casa. ¡Una dura jornada, pero bien henchida!

IV

Surgieron dificultades, el asunto fue demorándose, y transcurrieron de esa forma cinco meses sin que se llegara a ninguna conclusión. Se estaba en los últimos días de septiembre, y Saccard se sentía indignado al ver que, pese a su celo, renacían continuos obstáculos, toda una serie de cuestiones secundarias, que era preciso resolver primero, si se quería fundar algo serio y sólido. Tal llegó a ser su impaciencia, que estuvo un momento a punto de mandar a paseo al sindicato, obsesionado y seducido por la repentina idea de montar el negocio contando sólo con la princesa de Orviedo. Teniendo ésta con los millones precisos para efectuar el primer lanzamiento, ¿por qué no colocarlos entonces en aquella soberbia operación, a reserva de dejar que acudiese luego la pequeña clientela, con motivo de futuros aumentos de capital, que proyectaba ya? Obraba con una buena fe absoluta, tenía la convicción de estar facilitándole una inversión merced a la cual decuplicaría su fortuna, aquella fortuna de los pobres, que ella repartiría en limosnas más generosas aún.

Así fue como, una mañana, subió Saccard a casa de la princesa, y, en su doble condición de amigo y hombre de negocios, estuvo explicándole la razón de ser y el mecanismo del Banco con el que soñaba. Lo contó todo; desplegó ante sus ojos la cartera de Hamelin, y no omitió haber referencia ni a una de las empresas de Oriente. Y, dejándose llevar incluso por aquella facultad que le era inherente de embriagarse con su propio entusiasmo, de llegar hasta la fe por su ardiente deseo de triunfar, le soltó incluso lo de su loco sueño respecto a un papado en Jerusalén, hablándole del triunfo definitivo del catolicismo, del Papa evidenciando su trascendente personalidad en los Santos Lugares, dominando el mundo, asegurado con un presupuesto regio, merced a la

creación del Tesoro del Santo Sepulcro. Como ardiente devota, apenas si se sintió afectada sólo por aquel supremo proyecto, por esa especie de coronación del edificio, cuya quimérica grandeza adulaba en ella esa desordenada imaginación que la impulsaba a desperdigar sus millones en buenas obras de un lujo colosal e inútil. Por aquel entonces, los católicos de Francia acababan de sentirse aterrados e irritados por el convenio que el emperador había concertado con el rey de Italia y a virtud del cual se comprometía, bajo ciertas condiciones de garantía, a retirar el cuerpo de ejército francés que ocupaba Roma; lo cierto era que ello significaba la entrega de Roma a Italia, veíase ya al Papa expulsado, reducido a pedir limosna, errando por las ciudades con el cayado de los mendigos; y, ¡qué desenlace tan prodigioso, volver a encontrarse el Papa como pontífice y rey en Jerusalén, instalado allí y sostenido por un banco respecto del que los cristianos del mundo entero tendrían como un honor ser accionistas! Tan hermoso era aquello, que la princesa la catalogó en seguida como la idea más grande del siglo, digna de apasionar a todo ser bien nacido que tuviera religión. El éxito le parecía asegurado, fulminante. Acrecentóse su estima para con el ingeniero Hamelin, a quien trataba con consideración, por haber sabido que era un católico practicante. Pero rehusó abiertamente figurar en el negocio; creyendo permanecer así fiel al juramento que había hecho de devolver sus millones a los pobres, sin sacar jamás de ellos un solo céntimo de interés; deseando que ese dinero del juego se perdiese, fuese absorbido por la miseria, cual si se tratara de un agua emponzoñada que debía desaparecer. El argumento de que los pobres se beneficiarían con la especulación, no llegaba a conmoverla e incluso la irritaba. ¡No, no!, la fuente maldita sería secada; ésa y no otra era la misión que a sí misma se había impuesto.

Saccard, desconcertado, no pudo hacer otra cosa que valerse de su simpatía para conseguir de ella una autorización, en vano solicitada hasta entonces. Se le había ocurrido la idea de que, desde el momento mismo de su fundación, el Banco universal fuera instalado en el propio hotel; o era por lo menos la señora Carolina quien le había hecho la sugerencia, puesto que él, viendo las cosas en un plano superior, habría querido en seguida un palacio. Se contentarían, pues, con instalar una vidriera en el patio para que sirviera de sala central; se convertirían en oficinas todos los bajos, las caballerizas y las cocheras; en el primer piso, cedería su salón que pasaría a convertirse en sala del consejo; su comedor y otras seis piezas más, pasarían también a ser despachos, y no guardaría para sí más que una alcoba y un cuarto tocador, a reserva de vivir arriba con los Hamelin, comiendo y pasando las veladas con ellos; de manera que, con poco gasto, instalarían el banco con cierta estrechez, pero de un modo firme y serio. La princesa, como propietaria, había empezado por negarse a ello, en su odio por todo tráfico de dinero: jamás su techo daría cobijo a semejante abominación. Después, ese día, involucrando la religión en

el asunto, conmovida por la grandiosidad del fin, la princesa acabó consintiendo. Tratábase de una concesión extrema, y se sentía presa de un ligero escalofrío, cuando pensaba en aquella máquina infernal representada por una casa de crédito, una empresa de Bolsa y de agio, que dejaba establecer bajo sí misma, con sus rodajes de ruina y de muerte.

Finalmente, una semana después de aquella abortada tentativa, Saccard experimentó el gozo de ver cómo aquel asunto, tan embarazado de obstáculos, se enderezaba bruscamente en sólo unos días. Daigremont acudió una mañana para decirle que contaba con todas las adhesiones y que se podía tirar adelante. Se estudió entonces por última vez el proyecto de estatutos y se redactó el acta de constitución de la sociedad. Lo que también resultaba muy oportuno para los Hamelin, a quienes la vida volvía a tratar con dureza. Él, desde hacía muchos años, no tenía más que un sueño, ser el ingeniero asesor de una gran casa de crédito: según sus propias palabras, ya se encargaría de llevar el agua al molino. Así, poco a poco, la fiebre de Saccard se fue apoderando de él, hasta que su ánimo se contagió del mismo celo e idéntica impaciencia. La señora Carolina, por el contrario, después de entusiasmarse ante la hermosura y utilidad de las cosas que se iban a llevar a cabo, aparentaba estar más fría, con gesto pensativo, en cuanto se entraba en la maleza y escabrosos terrenos de la ejecución. Su acentuado buen sentido, así como su ecuánime temperamento, olfateaban toda clase de agujeros oscuros y sucios; y temblaba sobre todo por su hermano, al que adoraba y a quien trataba a veces, riéndose, de «tonto perdido», pese a su saber, no porque sospechase lo más mínimo de la perfecta honradez de su amigo, al que contemplaba como simple interesado en su fortuna; pero sí experimentaba una singular sensación como de pisar terreno movedizo, una inquietud de caída y de sumersión, al primer paso en falso que pudiera darse.

Aquella mañana Saccard, en cuanto Daigremont le hubo dejado, subió radiante a la sala de planos.

— ¡Cosa hecha, por fin! —exclamó.

Sobrecogido, con los ojos húmedos, Hamelin se acercó para estrecharle las manos hasta casi rompérselas. Y, como la señora Carolina se había limitado a volverse hacia él, algo pálida, Saccard añadió entonces:

—Y bien, ¿es eso todo lo que se le ocurre decirme?… ¿No le produce satisfacción, lo que estoy anunciando?

Antes de contestar esbozó una sonrisa amable.

—Pues sí, estoy contenta, muy contenta, se lo aseguro.

Después, cuando él hubo dado detalles a su hermano sobre el sindicato, definitivamente formado ya, intervino la señora Carolina en la conversación

con su acostumbrado aire apacible.

—Se permite entonces, ¿no es eso?, que se reúnan varios para distribuirse las acciones de un Banco incluso antes de que la emisión sea hecha.

Con gesto violento expresó Saccard su aprobación.

—Pues sí, ¡claro que está permitido!… ¿Nos cree tan bobos quizás como para arriesgar un fracaso? Eso sin contar con que necesitamos gentes sólidas, dueñas del mercado, en previsión de unos comienzos difíciles… Siempre verá las cuatro quintas partes de nuestros títulos en manos seguras. Pronto podrá irse a la notaría para firmar el acta de constitución de la sociedad.

Atrevióse ella a discutirle.

—Creí que la ley exigía la suscripción íntegra del capital social. Muy sorprendido esta vez, la contempló de frente.

— ¿Por lo visto se dedica a leer el Código?

Ella se sonrojó ligeramente al oírle, pues lo había adivinado: la víspera cediendo a su inquietud, a ese miedo sordo y sin motivo concreto, se había leído la ley sobre las sociedades. Por unos instantes estuvo a punto de mentir. Confesándose luego, repuso riendo:

—Es verdad, ayer estuve leyendo el Código. Y de ese buceo salí, tratando de calibrar mi honradez al igual que la de los demás, lo mismo que se sale cuando se hojean los libros de medicina, con todas las enfermedades.

Pero él se mostraba molesto, pues este hecho de haber querido informarse, la hacía aparecer como desconfiada, dispuesta a vigilarle, con sus ojos de mujer, escudriñadores e inteligentes.

— ¡Ah! —continuó diciendo con un gesto que pretendía derribar los vanos escrúpulos—, ¡si se imagina que vamos a conformarnos con las sutilezas del Código! Lo único que ocurriría es que no podríamos dar dos pasos, que nos veríamos paralizados por una serie de trabas a cada nuevo impulso que pretendiéramos, mientras que los otros, nuestros rivales, conseguirían adelantarnos con sus zancadas… No, no, no pienso esperar desde luego a que todo el capital sea suscrito; prefiero, por otra parte, que nos reservemos títulos, y encontraré, no le quepa duda, un hombre de nuestra confianza, a cuyo nombre abriré una cuenta, y que será, en fin, nuestro testaferro.

—Eso está prohibido —manifestó simplemente la señora Carolina, con su hermosa y entonada voz.

— ¡Sí, ya sé que está vedado!, pero no impide que todas las sociedades lo hagan.

—Cometen un error, puesto que está mal hecho.

Tras conseguir calmarse por un brusco esfuerzo de voluntad, Saccard creyó del caso entonces volverse hacia Hamelin, que escuchaba, molesto, sin decidirse a intervenir.

—Mi querido amigo, espero que no dude de mí… Soy viejo caminante con alguna experiencia, y puede usted entregarse en mis manos, en cuanto concierne al aspecto financiero del asunto. Suminístreme buenas ideas, que yo me encargo de sacar de ellas todo el beneficio deseable, sobre la base de correr los menores riesgos posibles. Creo que un hombre práctico no puede expresarse con mayor claridad.

El ingeniero por su parte, con su fondo invencible de timidez y debilidad, prefirió tomar la cosa en broma, para evitar así responder en forma directa.

— ¡Oh!, va usted a tener, en Carolina, un verdadero censor. Nació para maestro de escuela.

—Pues tengo especial interés en asistir a sus clases —manifestó galantemente Saccard.

La propia señora Carolina se había puesto a reír. Y la conversación siguió su curso en un tono de familiar benevolencia.

—Es que aprecio mucho a mi hermano, y también a usted mismo, más de lo que se imagina, y por ello me causaría una pena enorme verle enzarzarse en negocios turbios, al final de los cuales sólo hay el desastre y la tristeza… ¡Fíjense bien!, es lo que ocurre, puesto que rozamos el tema, con la especulación y el juego a la Bolsa; les tengo y pueden creerme, un terror que raya en la locura. Con motivo del proyecto de estatutos que me dio usted a copiar, me sentí muy dichosa después de haber leído en el artículo octavo, que la sociedad tenía rigurosamente prohibido realizar cualquier clase de operación a plazo. Era tanto como prohibir el juego, ¿no es eso? Pero, luego, usted mismo me desilusionó, burlándose de mí y dándome a entender que aquél no era otra cosa que un artículo de adorno, una fórmula de estilo que todas las sociedades se enorgullecían empleando, pero que ninguna de ellas observaba en absoluto… ¿Sabe usted lo que yo querría?, pues, sencillamente que, en lugar de esas acciones, de las tales cincuenta mil acciones que se propone lanzar al mercado, se limitase a emitir un cierto número de obligaciones. ¡Oh!, como puede ver me siento muy fuerte y capacitada después de haber leído el Código; ya no ignoro que, con una obligación, no resulta posible jugar, que un obligacionista es un simple prestamista, que percibe un tanto por ciento de interés sobre su préstamo, sin ser partícipe en los beneficios, mientras que el accionista, por el contrario, es un asociado que corre el albur de los beneficios y de las pérdidas… Dígame, ¿por qué no obligaciones?, ¡sería tanto lo que me tranquilizaría, me consideraría tan dichosa!

Y, mientras hablaba así extremaba conscientemente el tono de súplica de su pedimento, para ocultar de ese modo su auténtica inquietud. Y Saccard por su parte, le respondió en ese mismo tono, con cómica vehemencia.

— ¡Obligaciones, obligaciones!, ¡nunca jamás!… ¿Para qué caramba iban a servirnos las obligaciones? No son sino materia muerta… Tenga siempre en cuenta y comprenda que la especulación, el juego, constituye la rueda central, el corazón mismo, en una vasta empresa como es la nuestra. ¡Sí!, es la especulación la que llama a la sangre, la capta de todas partes a través de modestos riachuelos, la amontona y luego vuelve a proyectarla en todos los sentidos, formando verdaderos ríos, hasta llegar a establecer una enorme circulación de dinero que constituye la vida misma de los grandes negocios. Sin el juego, los grandes movimientos de capitales, los grandes trabajos civilizadores que de él se desprenden, resultan radicalmente imposibles… Ocurre como con las sociedades anónimas; es tanto lo que se ha llegado a clamar contra ellas, repitiéndose hasta la saciedad que no eran sino garitos y lugares poco seguros. La verdad es que, sin ellas, no tendríamos los ferrocarriles, ni ninguna de esas empresas modernas que han renovado el mundo; pues una fortuna particular jamás hubiera bastado por sí misma para llevarlas a buen término, de la misma manera que tampoco un solo individuo, ni siquiera un grupo de ellos, habría querido correr los riesgos. Los riesgos, en ese concepto reside todo, y la grandeza del fin también. Tiene que existir un vasto proyecto, cuya amplitud sobrecoja la imaginación; precisa el afán y la esperanza de una considerable ganancia, de algo así como un premio de la lotería que decuplique los fondos invertidos, cuando no desaparece con ellos; y entonces las pasiones se encienden, la vida afluye, cada uno aporta su dinero, haciendo posible reformar la tierra. ¿Qué mal ve usted en ello? Los riesgos corridos son voluntarios, repartidos entre un número infinito de personas, desiguales y limitados, según la fortuna y a medida de la audacia de cada uno. Se pierde, pero se gana; se espera desde luego sacar un buen número, pero debe también tenerse como posible el sacar uno malo; y la humanidad no tiene sueño más obstinado ni tampoco más ardiente; ¡tentar el azar, obtenerlo todo de su capricho, ser rey, ser dios!

Poco a poco, Saccard cesaba en su risa, enderezábase sobre sus piernecitas, se sentía inflamado de una especie de ardor lírico, con gestos que proyectaban sus palabras por doquier y sin medida.

—Ténganlo por seguro, nosotros, con nuestro Banco universal, ¿no conseguiremos acaso cubrir el más amplio horizonte, todo un hueco sobre el viejo mundo de Asia, un campo sin límites al zapapico del progreso y para los sueños de los buscadores de oro? Cierto es que jamás hubo ambición de más colosal volumen, y, también estoy de acuerdo con ello, nunca se dieron tampoco condiciones de éxito o de fracaso que resultasen más oscuras. Pero,

es precisamente por tales razones que nos hallamos en los términos mismos del problema, y que habremos de motivar, tengo la convicción, un apasionamiento extraordinario en el público, en cuanto seamos conocidos… Nuestro Banco universal, ¡válgame Dios!, empezará por ser la empresa clásica que se ocupe de todos los asuntos de banca, de crédito y de descuento, recibirá fondos en cuentas corrientes, contratará, negociará o emitirá empréstitos. Sólo que la herramienta que me propongo crear por encima de todo es una máquina capaz de lanzar los grandes proyectos de su hermano: ahí es donde desempeñará su verdadero papel, donde conseguirá crecientes beneficios y su poder, poco a poco dominador. Se fundará el Banco, en suma, para prestar su concurso a sociedades financieras e industriales, que iremos a establecer en aquellos países extranjeros donde coloquemos las acciones; empresas que nos deberán la vida y nos asegurarán la soberanía. Y, ante ese deslumbrante, cegador porvenir de conquistas, ¿se atreve a preguntarme si está autorizado el sindicarse o anticipar una prima a los sindicatarios, a reserva de llevarla a la cuenta del primer establecimiento? No hace más que inquietarse por pequeñas irregularidades fatales, o con motivo de las acciones no suscritas y que la sociedad hará perfectamente guardando, bajo la cobertura de un testaferro. Emprende usted finalmente la guerra contra el juego; contra el juego, ¡señor!, que constituye el alma misma, el hogar, la llama de esa gigantesca máquina con que estoy soñando… Pues sepa, además, que eso no es nada todavía, que ese modesto capital de veinticinco millones no es más que un simple haz de leña puesto bajo la máquina, para lanzar el primer disparo; y que espero fundadamente doblarlo, cuadruplicarlo, quintuplicarlo, a medida que nuestras operaciones vayan adquiriendo mayor amplitud; que precisamos tenga lugar la granizada en forma de monedas de oro, una auténtica danza de millones en fin, si queremos llevar a cabo allá abajo, los anunciados prodigios… ¡Ah!, pero ¡qué caramba!, no respondo desde luego de la posible rotura, no se remueve el mundo así como así sin aplastar los pies de algún que otro transeúnte.

Ella entretanto le contemplaba, y, en su amor por la vida, respecto de todo cuanto significaba fuerza y actividad, acababa Carolina por encontrarle hermoso, seductor en su verbo y en su fe. Por ello, sin rendirse a sus teorías, que sublevaban la rectitud de su clara inteligencia, simuló haber sido vencida.

—Bueno está, estimemos en todo caso que no soy más que una mujer, y que las luchas por la existencia me causan verdadero espanto… Pero, eso sí, ¿no le parece?, trate de aplastar el menor número de gentes posible; y, sobre todo, no acabe con nadie de aquellos a quienes quiero.

Saccard, embriagado por su acceso de elocuencia, y estimando que triunfaba en la amplitud del plan expuesto, cual si se tratara de tarea ya hecha, se mostró más indulgente y sencillo a partir de aquel momento.

— ¡No tenga miedo en absoluto! Si me permito hacer el ogro, es para

reírme un poco… Todo el mundo será muy rico.

Y, a renglón seguido, estuvieron charlando tranquilamente de las disposiciones a tomar; conviniéndose en que, al día siguiente mismo de la constitución definitiva de la sociedad, Hamelin, se trasladaría a Marsella y luego desde allí a Oriente, para apresurar la puesta en marcha de los grandes negocios.

Pero empezaban a esparcirse por el mercado de París ruidos imprecisos, un rumor venía a sacar el nombre de Saccard, del fondo turbio donde pareció ahogarse por unos momentos; y las noticias, al principio sólo cuchicheadas, difundidas después poco a poco en voz más alta, proclamaban tan claramente el próximo éxito, que, de nuevo, como antes ocurriera en el parque Monceau, su antecámara se llenaba de pretendientes cada mañana. Y así veía llegar a Mazaud, como por azar, para estrecharle la mano y hablar de las novedades del día; y recibía asimismo a otros agentes de cambio, al judío Jacoby, con su voz atronadora, y a su cuñado Delarocque, un grueso pelirrojo, que tan desgraciada hacía a su mujer. También venía la gente del Bolsín, representada en la persona de Nathansohn, un hombre menudo y rubio, muy activo, favorecido por la suerte. Y en cuanto a Massias, resignado a su dura tarea de corredor malandante, ése se presentaba ya cada día, aunque aún no pudiese haber órdenes a recibir. Tratábase en suma de una multitud creciente.

Una mañana, siendo apenas las nueve, Saccard encontró la antecámara llena. Y no contando todavía con personal especial, veíase muy mal secundado por su ayuda de cámara; por lo que, con frecuencia, se tomaba él mismo la molestia de introducir a sus propias visitas. Ese día, cuando abrió la puerta de su gabinete, Jantrou quiso entrar; pero Saccard percibió a Sabatani, en cuya busca andaba más de dos días.

—Perdón, amigo —dijo deteniendo al antiguo profesor, para poder recibir primero al levantino.

Sabatani, con su inquietante a la par que acariciadora sonrisa y su ductilidad de culebra, dejó que hablara Saccard, quien, con mucha claridad por lo demás, como hombre que le conocía, le hizo su proposición.

—Escuche, querido, le necesito… Precisamos de un testaferro. Abriré una cuenta a su nombre, y le haré comprador de un cierto número de nuestros títulos, que pagará sencillamente con un simple juego de escrituras… Como puede ver voy derecho al bulto y le trato como amigo.

El joven, no cesaba de mirarle con sus hermosos y aterciopelados ojos, que tanta dulzura imprimieran a su alargado y moreno rostro.

—La ley, mi querido maestro, exige de un modo formal la entrega en especie… ¡Oh!, y cónstele que no digo eso por mí. Usted me trata como

amigo, y estoy más que orgulloso de ello. ¡Cuanto quiera de mí!

Entonces Saccard, para serle agradable, le contó la estima en que le tenía Mazaud, que acabó por tomar sus órdenes, sin estar cubierto. Luego le estuvo haciendo broma respecto de Germaine Coeur, con quien le había encontrado la víspera, haciendo cruda alusión al rumor según el cual estaba dotado de un verdadero prodigio, una excepción gigante, con la que soñaban las mozas del mundo de la Bolsa, atormentadas por la curiosidad. Y Sabatani no negaba por su parte; limitábase a reír con aquella su equívoca risa, sobre aquel escabroso tema: ¡sí, sí!, a todas estas damas se les hacía muy divertido acercarse a él, tenían empeño en ver.

— ¡Ah!, a propósito —interrumpió Saccard—, también necesitaremos firmas, para regularizar ciertas operaciones, los traspasos, por ejemplo… ¿Podría enviarle a casa los paquetes de papeles para firmar?

—Pues claro que sí, querido maestro, ¡cuanto usted quiera!

Ni siquiera suscitaba la cuestión del pago, sabiendo que, cuando se hacen, semejantes servicios no tienen precio; y, cuando el otro añadió que le daría un franco por firma para indemnizarle por la pérdida de tiempo, él expresó su aquiescencia con un simple movimiento de cabeza. Luego, con su sonrisa habitual le dijo:

—Espero también, mi querido maestro, que no rehusará darme consejos. Como va a estar usted tan bien situado, vendré para que me proporcione informes.

—Lo acordado, acordado está —concluyó Saccard, comprendiendo lo que el otro quería decirle—. Hasta más ver… Y sepa usted cuidarse, no ceda demasiado a la curiosidad de las damas.

Y, mostrándose alegre de nuevo, le despidió por una puerta de servicio, que le permitía deshacerse de las personas sin atravesar de nuevo la sala de espera.

A continuación, Saccard yendo a abrir la otra puerta hizo seña a Jantrou para que entrase. De un simple vistazo comprobó que estaba tronado, sin recursos, con una levita cuyas mangas habíanse gastado en las mesas de los cafés, esperando en vano una colocación. La Bolsa continuaba desempeñando el papel de una madrastra, aunque ello no fuera óbice para seguir haciendo gala de su airosa barba en forma de abanico, con su aire cínico y letrado de siempre, soltando todavía de tanto en tanto alguna que otra frase florida de antiguo universitario.

—No hubiera tardado en escribirle —dijo Saccard—. Estamos confeccionando la lista de nuestro personal, donde le tengo apuntado como uno de los primeros, y pienso incluso que le situaré en la oficina de emisiones.

Pero, a renglón seguido, Jantrou le detuvo con un gesto.

—Es usted muy amable y se lo agradezco de veras… Pero tengo que proponerle un negocio.

Lejos de explicarse en seguida y entrar en el fondo del asunto, empezó por referirse a una serie de lugares comunes, preguntó cuál sería la participación de los periódicos en la creación del Banco universal. El otro se lo tomó con ardor desde las primeras palabras, poniendo de manifiesto que él era partidario de la más amplia publicidad y que estaba dispuesto a gastar en ella cuanto dinero tuviera disponible. No había por qué desdeñar una sola trompeta, ni siquiera las trompetas de dos sueldos, puesto que para él constituía un axioma que cualquier ruido era bueno, como tal ruido. Su sueño dorado habría sido poder contar con todos los periódicos, sólo que eso le resultaría sin duda demasiado caro.

— ¡Vaya!, a lo mejor se le ha ocurrido la idea de organizar nuestra publicidad. Puede que la idea no esté mal del todo. Hablaremos de ello.

—Sí, más adelante, si usted quiere… Pero ¿qué le parecería concretamente, poder disponer de un periódico suyo, que le perteneciera por entero y del que yo fuese el director? Cada mañana le sería reservada una página, artículos haciéndole elogios y encomiando su personalidad, simples gacetillas llamando la atención sobre usted, meras alusiones en los temas completamente ajenos a las finanzas; en fin, toda una campaña en regla, a propósito de todo y de nada, exaltándole sin tregua ni descanso en contraste con la hecatombe de sus rivales… ¿No le tienta acaso la idea?

— ¡Caramba!, si eso no costase un ojo de la cara.

—No, el precio estaría dentro de lo razonable.

Y por fin se decidió a dar el nombre del periódico: La Esperanza, publicación fundada hacía dos años por un pequeño grupo de personalidades católicas, que integraban el sector violento del partido y se dedicaban a hacer al imperio una guerra feroz. El éxito por lo demás, había sido absolutamente nulo y cada mañana amanecía hablándose de la desaparición del periódico.

Saccard se exclamó.

— ¡Oh!, ¡apenas si tira dos mil ejemplares!

—Ésa será nuestra labor, llegar a conseguir un mayor tiraje.

—Existe además otra razón que hace imposible la idea: arrastra a mi hermano por el fango, y yo no puedo ponerme enfrente de él desde el principio.

Jantrou se encogió suavemente de hombros.

—No hay por qué incomodarse con nadie… Sabe usted como yo que, cuando una casa de crédito tiene un periódico, poco importa que éste apoye o ataque al gobierno: si se trata de una publicación oficiosa, la casa está segura de llegar a formar parte de todos los sindicatos que crea el ministro de Hacienda para asegurar el éxito de los empréstitos del Estado y de los municipios; sí, por el contrario, está en la oposición, el propio ministro se encarga de tratar con toda clase de miramientos al Banco que representa, en su deseo de desarmarlo y de atraérselo, lo que suele traducirse en mayores favores aún… No le inquiete por consiguiente, el color de La Esperanza. Disponga de un periódico, siempre es una fuerza.

Silencioso por unos momentos, con esa vivacidad de inteligencia que le permitía de golpe apropiarse de la idea de otro, escudriñarla, adaptarla a sus necesidades, hasta el punto de convertirla en completamente suya, Saccard desarrollaba en su mente todo un plan: compraba La Esperanza, procuraba extinguir en seguida las polémicas acerbas, ponía el periódico a los pies de su hermano, que se vería forzado a quedarle reconocido; pero, dejaba que conservase su olor de catolicidad, que representaría una amenaza, es decir, como una máquina siempre dispuesta a reemprender su terrible campaña, en nombre de los intereses de la religión. Y si no se comportaban con él amablemente, blandiría entonces Roma y se aventuraría a arriesgar el gran golpe de Jerusalén. Constituiría un magnífico rodeo para acabar.

— ¿Podríamos obrar con entera libertad? —preguntó bruscamente.

—Con la más absoluta. Están hasta la coronilla, el periódico ha ido a caer en manos de un mocetón en estado poco menos que menesteroso y que nos lo entregará por una docena de miles de francos. Una vez dentro, haremos lo que queramos.

Durante algunos minutos aún, Saccard estuvo reflexionando.

—De acuerdo, pues; cosa hecha. Prepare la entrevista, tráigame aquí a ese hombre… Usted será el director, y ya veré de centralizar en sus manos toda nuestra publicidad, que quiero sea excepcional, enorme, ¡oh!, más adelante, naturalmente, cuando tengamos con qué caldear seriamente la máquina.

Se había levantado. Jantrou se puso en pie igualmente, tratando de ocultar el gozo que le producía encontrar un pan que llevarse a la boca, bajo su irónica sonrisa de persona que ha perdido su posición social, cansado y aburrido del lodo parisién.

— ¡Por fin voy a poder incorporarme de nuevo a lo que constituye mi ambiente, mis queridas bellas letras!

—No contrate todavía los servicios de nadie —le dijo Saccard mientras le acompañaba para despedirle—. Y, mientras yo voy pensando en ello, tome

nota en principio de un protegido mío, Pablo Jordan, un joven en quien creo haber descubierto un notable talento, y del que sabrá usted hacer un excelente redactor literario. Le escribiré diciéndole que vaya a verle.

Jantrou salía por la puerta de escape, cuando llamó su atención aquella feliz disposición de las dos salidas.

— ¡Táte!, no puede resultar más cómodo —dijo en tono de familiaridad—. La facilidad con que se escabulle la gente… Cuando se dé el caso de que vengan por aquí hermosas damas como la que acabo de saludar ahora mismo en la antecámara, la baronesa de Sandorff…

Ignoraba Saccard que estuviera allí la dama en cuestión; y, con un encogimiento de hombros quiso significar su indiferencia; el otro sin embargo siguió bromeando, resistiéndose a creer en semejante desinterés. Los dos hombres, como despedida final, se dieron un vigoroso apretón de manos.

Cuando estuvo ya solo, Saccard, instintivamente, se acercó al espejo y se arregló un poco los cabellos, donde aún no se veía una sola cana. Y sin embargo no había mentido, no era gran cosa lo que las mujeres le preocupaban, desde que los negocios le envolvían por entero; no cediendo sino a la involuntaria galantería que hace que un hombre, en Francia, no pueda encontrarse solo con una mujer, sin temer pasar por un necio, si no intenta conquistarla. En cuanto hubo hecho pasar a la baronesa, se mostró con ella de lo más solícito.

—Señora, le ruego se sirva tomar asiento…

Jamás la había visto tan extraordinariamente seductora, con sus rojos labios y sus ardientes ojos de azulados párpados, hundidos bajo unas espesas cejas. ¿Qué podía pretender de él?, y quedó como sorprendido, casi desencantado, en cuanto le explicó el motivo de su visita.

— ¡Por Dios!, señor, le pido mil perdones por la molestia que le estoy ocasionando, para usted inútilmente; pero, entre personas de la misma categoría social, no hay más remedio que prestarse esos pequeños servicios… Usted tuvo últimamente un jefe de cocina que mi marido está a punto de contratar. Vengo simplemente a pedirle informes.

Él, entonces se dejó interrogar, respondiendo siempre con la mayor galantería, y sin quitarle la vista de encima un solo instante; creía adivinar en suma que todo aquello no era sino un pretexto: la tenía sin cuidado lo del jefe de cocina, venía evidentemente por alguna otra razón. Y, en efecto, la dama en cuestión estuvo maniobrando hasta que acabó por nombrar a un amigo común, al marqués de Bohain, que le había hablado del Banco universal. ¡Eran tantas las dificultades para colocar su dinero, para encontrar valores sólidos! Comprendió por fin que estaba dispuesta a aceptar acciones con la prima del

diez por ciento acordada a los sindicatarios; y comprendió mejor todavía que, de abrirle una cuenta, desde luego no pagaría.

—Dispongo de mi fortuna personal, y mi marido jamás se mezcla ni interviene en esa clase de asuntos. Se trata de algo que me produce mucho ajetreo, pero que me distrae un poco al mismo tiempo, lo confieso… ¿No le parece?, cuando se ve a una mujer manejando dinero, sobre todo si se trata de una mujer joven, suele causar asombro y se siente uno inclinado a censurarla… Hace ya días que me encuentro en el más mortal de los embarazos, por no tener amigos que quieran aconsejarme. Todavía la anterior quincena, por carecer de adecuada información, me vi en el caso de perder una suma considerable… ¡Ah!, ahora que va usted a estar en tan buena posición para saber a qué atenerse; si fuera tan amable, si usted quisiera…

Bajo la mujer de mundo, quedaba al descubierto la jugadora; y una jugadora áspera además, con nervio, aquella hija de los Ladricourt uno de cuyos antepasados tomara Antioquía; la mujer de un diplomático tratada con gran respeto por la colonia extranjera de París, y a la que su pasión hacía que se paseara como corredora sospechosa por entre todo el mundo de las finanzas. Sus labios parecían sangrar, sus ojos llameaban más aún, su deseo estaba a punto de estallar, apareciendo de ese modo la mujer ardiente que, en efecto, debía ser. Cometió él la ingenuidad de creer que había venido a ofrecerse, pura y simplemente para formar parte de su gran negocio y tener ocasión así de proporcionarse útiles informes de Bolsa.

—Pero —exclamó él entonces—, qué mejor puedo pedir por mi parte, señora, que poner a sus pies mi experiencia.

Había ido acercando su silla, y la cogió la mano. De repente, pareció ella como desprenderse de su embriaguez mental. ¡Ah! no, aún no había llegado a ese extremo, siempre habría tiempo de que ella pagara con una noche la comunicación de un telegrama. Ya constituía para ella un trabajo fatigoso, sus abominables relaciones con el procurador general Delcambre, ese hombre tan seco y amarillento, al que, debido a la avaricia de su marido, se había visto forzada a dar acogida. Y su indiferencia sensual, el secreto desprecio en que tenía al hombre, acababa de ponerse al descubierto a través de su pálida laxitud, en su mismo semblante de falsa mujer apasionada, a la que sólo la esperanza del juego conseguía encender. Levantóse en una rebelión de su raza y de su educación, que aún la hacían perder negocios.

—Entonces, señor, por lo que veo viene usted a indicarme que estaba contento de ese jefe de cocina.

Sin salir de su asombro, Saccard se puso a su vez en pie. ¿Qué había esperado, pues?, ¿qué ilusiones se habría forjado?, ¿se imaginó acaso que iba a inscribirla y a proporcionarla informes por nada? Decididamente, precisaba

desconfiar de las mujeres, que imprimían siempre a sus tratos la más insigne mala fe. Y, aunque incitara sus deseos, no insistió para nada, sino que se inclinó esbozando una sonrisa que venía a significar: «A su mayor comodidad, mi querida señora, cuando usted misma guste», mientras que, ya en voz alta, decía:

—Muy contento de sus servicios, se lo repito. Sólo una cuestión de reforma interior motivó que prescindiera de él.

La baronesa Sandorff, tuvo unos instantes de vacilación, que apenas si duraron un segundo; no es que lamentase en absoluto su actitud rebelde, pero se daba cuenta al propio tiempo de cuán ingenuo resulta acudir a casa de un Saccard antes de estar resignada a las consecuencias. Eso la irritaba consigo misma, pues tenía la pretensión de ser una mujer seria. Y acabó por responder con una simple inclinación de cabeza al respetuoso saludo con que la despedía; e iba acompañándola hasta la puerta cuando ésta se abrió bruscamente, impulsada por una mano familiar. Era Máximo, que aquella mañana almorzaba en casa de su padre, y que, como íntimo de la casa, se acercaba por el pasillo. Se puso a un lado y saludó asimismo, para dejar salir a la baronesa. Después, cuando ya hubo partido ésta, se rio ligeramente.

— ¿Comienza ya tu negocio?, ¿cobras las primas?

A pesar de ser muy joven aún, tenía el aplomo propio de un hombre de experiencia, incapaz de gastarse inútilmente en un placer temerario. El padre comprendió su actitud de irónica superioridad.

—No, la verdad es que no he cobrado nada absolutamente; y conste que no es por prudencia, pues debes saber, pequeño, que me siento tan orgulloso de tener siempre veinte años, como tú pareces estarlo de tener sesenta.

La risa de Máximo se acentuó entonces, esa risa suya cascada de jovencita, cuyo equívoco arrullo conservaba, en su atildada corrección de muchacho ordenado, deseoso de no echar a perder su vida antes de tiempo. Afectaba la mayor indulgencia, con tal de que nada referente a su persona sufriera menoscabo.

—Estimo que te sobra la razón, desde el momento en que todo eso no te produce cansancio… Pero yo, como sabes, empiezo a sufrir reumatismos.

E instalándose cómodamente en un sillón, mientras cogía un periódico, añadió:

—No te ocupes de mí, acaba de recibir, si es que mi presencia no te estorba… Vine demasiado pronto porque quise pasar antes por casa de mi médico, pero no le encontré.

En aquel momento, entró el ayuda de cámara para anunciar que la señora

condesa de Beauvilliers solicitaba ser recibida. Saccard, algo sorprendido, aunque ya hubiera encontrado en la Obra del Trabajo a su noble vecina, como él mismo la llamaba, dio orden de que la hicieran pasar inmediatamente; luego, llamando de nuevo al sirviente, le encargó que despidiera a todo el mundo; se sentía fatigado y tenía mucha hambre.

Cuando la condesa entró, ni siquiera se dio cuenta de la presencia de Máximo, a quien el respaldo de un voluminoso sillón mantenía oculto. Y el asombro de Saccard fue aún mayor, cuando vio que la condesa traía consigo a su hija Alicia. Ese detalle daba más solemnidad a la gestión de que se trataba: imponía ver a aquellas dos mujeres tan tristes y pálidas, la madre, delgada, alta, completamente blanca, de aspecto anticuado; la hija, envejecida ya, con el cuello bastante largo hasta el extremo de afearla. Acercó dos sillas, en medio de una cortesía precipitada, y para mejor evidenciar su deferencia.

—Señora, estoy muy honrado con su visita… Si tuviera la dicha de poderle ser útil en algo…

De una gran timidez, bajo la capa de su altanera figura, la condesa acabó por explicar el motivo de su visita.

—Señor, fue a raíz de una conversación con mi amiga, la señora princesa de Orviedo, que se me ocurrió la idea de venir a verle… Le confieso que estuve vacilando al principio, pues no se cambia fácilmente de criterio a mi edad, y siempre sentí un miedo espantoso por las cosas del momento, y que no alcanzo a comprender… En fin, hablé de ello con mi hija, y creo que constituye un deber propio, pasar por encima de mis escrúpulos con vistas a tratar de asegurar la felicidad de los míos.

Y siguió entonces su narración, explicando cómo la princesa le había hablado del Banco universal, una casa de crédito como las demás sin duda alguna y a ojos de los profanos, pero que en cambio, según los iniciados, iba a tener una razón de ser sin réplica, una finalidad hasta tal punto meritoria y alta, que habría de imponer silencio a las conciencias más timoratas. No llegó a pronunciar el nombre del Papa ni el de Jerusalén: y en eso precisamente, en lo que no se decía, en aquello que apenas si se cuchicheaba entre los fieles, residía el misterio que apasionaba a las gentes; pero, el caso es que de cada una de sus palabras, alusiones y sobreentendidos, se desprendían una esperanza y una fe, que aportaban toda una llamarada religiosa a su creencia en el éxito de la nueva Banca.

El propio Saccard quedó asombrado ante su contenida emoción y el temblor de su voz. Aún no había hablado él de Jerusalén más que en el exceso lírico de su fiebre; desconfiaba en el fondo de aquel loco proyecto, presintiendo en cierto modo hacer un papel ridículo, y dispuesto en consecuencia a abandonarlo e incluso a reírse de él, si llegaba a ser tomado en

broma. Y el emotivo paso dado por aquella santa mujer, que traía consigo a su hija, la manera profunda como daba a entender que ella y todos los suyos, toda la nobleza francesa, creería y se apasionaría, le afectaba vivamente, daba cuerpo a un puro sueño, ensanchaba hasta el infinito su campo de evolución. ¿Sería cierto entonces que existía allí una palanca, cuya utilización iba a permitirle acaso levantar el mundo? Con su rápida capacidad de asimilación, supo adaptarse en seguida a la situación, poniéndose a hablar también él y en términos de misterio, de ese triunfo final que perseguiría en silencio; y su palabra estaba impregnada de auténtico fervor, acababa de ser realmente conmocionado por el espíritu de la fe, de una fe ciega en la excelencia del medio de acción que la crisis por la que atravesaba el papado, ponía en sus manos. Tenía la feliz facultad de creer, en cuanto que lo exigía el interés de sus planes.

—En fin, señor —seguía diciendo la condesa—, estoy decidida a una cosa que hasta el presente me repugnó… Sí, me refiero a la idea de hacer trabajar el dinero, de colocarlo a rédito, que jamás había conseguido entrar en mi cabeza: viejos prismas de entender la vida, escrúpulos que acaban siendo algo tonto, estoy convencida de ello; pero ¿qué quiere usted?, no es posible luchar con facilidad contra las creencias que uno ha succionado al propio tiempo que la leche; y yo me imaginaba que la tierra sola, la gran propiedad debía alimentar a gentes como nosotros… Desdichadamente, la gran propiedad…

Se sonrojó débilmente, pues estaba llegando a la confesión de esa ruina que con tanto cuidado trataba de disimular.

—La gran propiedad, ya casi no existe… Fuimos de veras sometidos a prueba… No nos queda ya más que una finca.

Saccard, entonces, para evitarle cualquier molestia forzó su enardecimiento y se inflamó más aún.

—Tenga usted en cuenta, que ya nadie vive de la tierra… La antigua fortuna dominical es una forma caduca de la riqueza, cuya razón de ser desapareció. Constituía el estancamiento mismo del dinero, cuyo valor hemos conseguido decuplicar, lanzándolo a la circulación, por medio del papel moneda, y a través de títulos de todas clases, comerciales y financieros. Y así es como el mundo va a ser objeto de una renovación, puesto que nada era posible sin el dinero, ese dinero líquido que se desliza, que penetra por todas partes; nada, ni las aplicaciones de la ciencia, ni la paz final, universal… ¡Oh!, ¡la fortuna dominical!, ha ido a juntarse con los anticuados carricoches. Se muere uno teniendo un millón en tierras, se vive en cambio con la cuarta parte de ese capital colocado en negocios sanos, al interés del quince, veinte e, incluso, treinta por ciento.

Suavemente, con su infinita tristeza, la condesa meneó la cabeza.

—No le entiendo gran cosa, y, conforme le dije ya, sigo perteneciendo a una época en la que todas esas cosas causaban espanto, como nefastas y prohibidas… Sucede únicamente, que no se trata sólo de mí, y que debo pensar sobre todo en mi hija. Desde hace algunos años, conseguí arrinconar, ¡oh!, una pequeña suma…

Volvía a sonrojarse de nuevo.

—Veinte mil francos que duermen en mi casa, metidos en un cajón. Más adelante, acaso habría sentido remordimientos por haberlos dejado así, improductivos; y, puesto que su obra es buena, según asegura mi buena amiga, dado que usted va a trabajar en lo que constituye el deseo de todos, con nuestros más ardientes votos, resuelvo arriesgarme… En fin, que le quedaré agradecida de veras, si puede reservarme acciones de su banca, por una suma de diez a doce mil francos. Y he tenido empeño en que me acompañara mi hija, porque, como no debo ocultarle, ese dinero le pertenece.

Hasta entonces, Alicia no se había dignado abrir la boca pareciendo estar abstraída, a pesar de su viva mirada de inteligencia. Esbozó un gesto de tierno reproche.

—Bueno mamá, ¡eso de mío!, ¿es que tengo yo acaso algo que no sea suyo?

— ¿Y tu matrimonio, hija mía?

— ¡Sabe perfectamente que no quiero casarme!

Había dicho aquello con demasiada rapidez, la pena de su soledad clamaba a través de su aguda y débil voz. Su madre la hizo callar con una rápida mirada de desconsuelo; y las dos se estuvieron mirando durante unos instantes, sin poderse engañar, en ese compartir cotidiano de cuanto tenían que sufrir y ocultar.

Saccard estaba muy conmovido.

—Señora, en el supuesto de que no quedaran acciones, yo me encargaría de encontrarlas para usted. Sí, si necesario fuese, incluso echaría mano de las mías… El paso que acaba usted de dar me ha enternecido sobremanera, me considero muy honrado con la confianza que me dispensa.

Y, en aquel instante, mientras se expresaba así, creía en realidad estar haciendo la fortuna de aquellas desdichadas, al asociarlas, en parte, a la lluvia de oro que iba a caer sobre sí mismo y alrededor suyo.

Las señoras aquellas, se habían levantado de sus asientos y se retiraban. Sólo al llegar a la puerta se permitió la condesa hacer una alusión directa al gran asunto del que no se hablaba.

—He recibido de mi hijo Fernando, que está en Roma, una carta desoladora sobre la tristeza que produce allí el anuncio de la retirada de nuestras tropas.

— ¡Paciencia! —exclamó Saccard con convicción—, aquí estamos nosotros para ponerlo todo a salvo.

Hiciéronse profundas reverencias, y él las acompañó hasta el rellano de la escalera, pasando esta vez por la antecámara, que creía hallarse vacía. Pero, cuando regresaba, vio sentado en una banqueta a un hombre de unos cincuenta años, alto y seco, vestido de obrero endomingado, que tenía junto a sí a una hermosa jovencita de dieciocho años, delgada y pálida.

— ¿Dígame?, ¿qué es lo que desea?

La muchacha había sido la primera en levantarse, y el hombre, intimidado por aquella brusca acogida, se puso a balbucear una explicación confusa.

— ¡Había dispuesto que despidieran a todo el mundo! ¿Por qué está usted aquí todavía?… Dígame su nombre cuanto menos.

—Dejoie, señor, y vengo con mi hija Natalia…

Y empezó a embrollarse de nuevo, hasta el extremo de que Saccard, colmada su paciencia, se disponía ya a echarle, cuando comprendió al fin que era la señora Carolina quien le conocía desde hacía tiempo y quien le dijo que esperase.

— ¡Ah!, viene usted recomendado por la señora Carolina. Tenía que habérmelo dicho en seguida… Entre y acabe pronto, porque tengo mucha hambre.

En el gabinete, consintió en que Dejoie y Natalia permanecieran de pie, sentándose sólo él, para despacharlos así más deprisa. Máximo que, al irse la condesa, había abandonado su butaca, no tuvo la discreción de apartarse y se dedicó a mirar atentamente a los recién llegados con aire de curiosidad. Y Dejoie, hablando largo y tendido, comenzó a exponer su asunto.

—Pues verá, señor… Después de conseguida mi licencia, entré como mozo de escritorio en casa del señor Durieu, el marido de la señora Carolina, cuando vivía y era cervecero. Después entré en casa del señor Lamberthier, factor del mercado. De ahí pasé a casa del señor Blaisot, un banquero a quien usted conoce sobradamente: se hizo saltar la tapa de los sesos, hará unos dos meses, y me quedé entonces sin colocación… Precisa le diga, ante todo, que me había casado. Sí, contraje matrimonio con mi mujer Josefina, cuando estaba precisamente en casa del señor Durieu, y ella era por entonces cocinera en casa de la cuñada del señor Lévéque, a quien Carolina trataba mucho. Después, cuando hube de estar en casa del señor Lamberthier, a ella no le fue

posible entrar allí y se colocó en casa de un médico de Grenelle, el señor Renaudin. A continuación fue a trabajar al establecimiento de los Trois-Fréres, de la calle Rambuteau, donde, por mala suerte sin duda, jamás hubo colocación para mí…

—Abreviando —interrumpió Saccard—, que viene a pedirme empleo, ¿no es eso?

Pero Dejoie insistía en querer explicar la tristeza de su vida, la mala suerte que le llevara a contraer matrimonio con una cocinera, sin haber jamás conseguido colocarse en las mismas casas que ella. Lo que venía a ser como si no se hubiera casado, ya que jamás habían podido disfrutar ambos de una misma alcoba, teniendo que verse en las tabernas y abrazarse detrás de las puertas de las cocinas. Y había nacido una hija, Natalia, que no hubo más remedio que dejar en manos de una nodriza hasta que tuvo ocho años, es decir hasta el día en que el padre, aburrido de estar solo, se había hecho cargo de ella para darle cobijo en su pequeño cuarto de soltero. Y de ese modo había llegado a convertirse en la verdadera madre de la pequeña, educándola, llevándola a la escuela, cuidándola con infinito esmero, con el corazón desbordante de una ternura y adoración cada vez mayores.

— ¡Ah!, bien puedo decir, señor, que la muchacha supo corresponder a mi cariño. Tiene una instrucción, es honrada… Y, ya la está usted viendo, no admite comparación en cuanto a gracia y simpatía.

Y en efecto, Saccard encontraba encantadora aquella rubia flor del arroyo parisién, con su gracia enclenque y aquellos grandes ojos bajo los ricitos de su pálida cabellera. Se dejaba adorar por su padre, sensata aún, por no haber tenido ningún interés en dejar de serlo, de un feroz y sosegado egoísmo, en esa límpida claridad de sus ojos.

—Ahí la tiene, señor, en edad de casarse y se presenta la oportunidad de un buen partido, el hijo del cartonero, nuestro vecino. Sólo que se trata de un mozo que quiere establecerse por su cuenta, y pide seis mil francos. No es que sea mucho, pues podría aspirar a una jovencita que tuviera más… Debo decirle asimismo, que perdí a mi mujer, hace cuatro años, y que nos dejó sus ahorros, sus pequeñas ganancias como cocinera, ¿sabe usted?… Dispongo de cuatro mil francos, pero no de los seis mil que hacen falta; y el caso es que el joven parece tener prisa, lo mismo que Natalia…

La jovencita que estaba a la escucha, sonriente, con su clara mirada, tan fría como resuelta, hizo un brusco gesto afirmativo con el mentón.

—Claro está… No me resulta divertida la cosa, y me propongo acabar de una vez, sea como fuere.

Les interrumpió de nuevo Saccard. Había formado juicio del hombre,

limitado desde luego, pero diestro al parecer, de acendrada bondad y avezado a la disciplina militar. Por lo demás, bastaba con que se presentara en nombre de la señora Carolina.

—Perfectamente, amigo… Voy a tener un periódico, y le tomo como mozo de oficina… Déjeme su dirección, y hasta la vista.

Pero Dejoie, no parecía dispuesto a irse; y, con embarazo continuó diciendo:

—El señor no puede ser más amable, y acepto desde luego la plaza agradecido, porque no tendré más remedio que trabajar cuando haya casado a Natalia… Pero, el objeto de mi visita era otro. Sí, por la señora Carolina y también por otras personas, he sabido que el señor se va a ver metido en empresas de gran envergadura y que podrá hacer ganar todo lo que él quiera, a sus amigos y conocidos… Por ello, si el señor se dignara mostrar interés por nosotros, si consintiera en darnos de sus acciones…

Por segunda vez Saccard se sintió conmovido, más impresionado aún de lo que llegó a estarlo la primera, cuando la condesa le había confiado, también ella, la dote de su hija. Aquel hombre sencillo, ese insignificante capitalista que consiguiera serlo formando sus ahorros sueldo a sueldo, ¿no era fiel trasunto de la masa creyente, confiada, de esa gran muchedumbre que forja las clientelas numerosas y sólidas, de ese ejército fanatizado que consigue dotar a una casa de crédito de una fuerza invencible? Si aquel buen hombre se apresuraba a acudir en aquella forma, antes de que se hiciera la menor publicidad, ¿qué no ocurriría cuando se abrieran las taquillas? Su ternura sonreía complacida a ese primero y pequeño accionista, apreciaba en él, el presagio de un gran éxito.

—Entendido, amigo, tendrá usted acciones.

El semblante de Dejoie irradió satisfacción, como ante el anuncio de una nueva inesperada.

—El señor es demasiado bueno… Con los cuatro mil que poseo, puedo muy bien, en seis meses, ganar otros dos mil para completar la suma, ¿no es así?… Y, puesto que el señor consiente en ello, estimo mejor dejarlo todo arreglado en seguida. Traje conmigo el dinero.

Rebuscó entonces en sus bolsillos y sacó un sobre que alargó a Saccard, que estaba inmóvil, silencioso, sobrecogido de una admiración que rayaba en el encanto, ante ese último rasgo. Y el terrible corsario que había ya espumado tantas fortunas acabó por soltar la carcajada, resuelto honradamente a enriquecer también a aquel hombre de fe.

—Pero, escúcheme amigo, ésa no es forma de concertar el trato… Guarde

ahora su dinero, yo le inscribiré, y ya tendrá ocasión de pagar a su debido tiempo y en donde sea.

Esta vez les despidió definitivamente, no sin que antes Dejoie hiciera que Natalia le diera las gracias, con una sonrisa de satisfacción que iluminaba sus hermosos ojos duros y cándidos.

Cuando al fin se encontró solo con su padre, Máximo le dijo con aire de burlona insolencia:

—Mira por dónde ahora tu misión va a consistir en dotar muchachas.

— ¿Por qué no? —respondió alegremente Saccard—. ¿Qué mejor inversión que la dicha de los demás?

Estaba poniendo en orden algunos papeles antes de abandonar su gabinete. Luego, de repente, exclamó:

— ¿Y tú, no quieres acciones?

Máximo que, despacito, iba dando vueltas de un lado para otro, se volvió sobresaltado, plantándose ante él.

— ¡Ah!, no, ¡ni hablar! ¿Me tomas acaso por un imbécil?

Saccard exteriorizó un gesto de cólera, por encontrar la respuesta de una irrespetuosidad y de un falso humor deplorables; dispuesto a gritarle que el negocio era realmente soberbio y que le juzgaba en verdad como demasiado necio, si le creía un simple ladrón como los demás. Pero, después de mirarle insistentemente, se sintió compasivo con su pobre muchacho, consumido a los veinticinco años, ordenado, incluso avaro, tan envejecido a fuerza de vicios, tan inquieto por su salud, que no se atrevía a aventurar un dispendio o un placer sin antes haber calculado el posible beneficio que ello pudiera reportarle. Y, consolado del todo, experimentando el máximo orgullo por el imprudente apasionamiento de sus cincuenta años, se echó a reír, al tiempo que daba al hijo un golpecito en el hombro.

— ¡Anda!, vámonos a almorzar, hijito, y procura cuidar tu reumatismo.

Dos días después, el 5 de octubre, fue cuando Saccard, acompañado de Hamelin y de Daigremont, se trasladó a casa del notario Lelorrain, que tenía su despacho en la calle Sainte-Anne; y allí se formalizó el acta a virtud de la cual y bajo la denominación de sociedad del Banco universal, quedó constituida, una sociedad anónima, con un capital de veinticinco millones, dividido en cincuenta mil acciones de quinientos francos cada una, y del que sólo había que desembolsar en el acto la cuarta parte. Se fijaba el domicilio social en el hotel de Orviedo, sito en la calle Saint-Lazare. Un ejemplar de los estatutos, redactados de acuerdo con el acta, quedó depositado en el estudio del señor notario. Hacía aquel día un clarísimo sol de otoño, y cuando salieron

de la notaría, aquellos señores encendieron sus cigarros y subieron sosegadamente por el bulevar y la calle de la Chaussée-d'Antin, contentos y satisfechos de vivir, gastando bromas entre sí como colegiales escapados de la escuela.

La asamblea general constitutiva no tuvo lugar hasta la semana siguiente, en la calle Blanche, en la sala de un pequeño baile cuyo empresario había sido declarado en quiebra, y en donde un industrial trataba de organizar exposiciones de pintura. Los sindicatarios por su parte habían colocado ya las acciones, suscritas por ellos, que no conservaban; e hicieron acto de presencia ciento veintidós accionistas, representando cerca de cuarenta mil acciones, lo que hubiera debido dar un total de dos mil votos; siendo necesaria por otra parte la cantidad de veinte acciones para tener derecho de asistir al acto y votar. Sin embargo, como un accionista no podía emitir más de diez votos, cualquiera que fuese el número de títulos poseídos, el número exacto de sufragios fue de mil seiscientos cuarenta y tres.

Puso Saccard especial empeño en que Hamelin presidiera la sesión, viendo él la manera de escabullirse entre la multitud. Había inscrito al ingeniero y se había inscrito a sí mismo por quinientas acciones cada uno, que debía pagar a través de una combinación de escrituras. Todos los sindicatarios estaban allí: Daigremont, Huret, Sédille, Kolb, el marqués de Bohain, cada cual con el grupo de accionistas que obraba bajo sus órdenes. Se observaba asimismo la presencia de Sabatani, uno de los más sólidos suscriptores, como también la de Jantrou, entre varios altos empleados del Banco, en funciones desde la antevíspera. Y todas las decisiones a tomar habían sido tan bien previstas y reguladas de antemano, que jamás asamblea constitutiva alguna resultó ser de la hermosa tranquilidad de aquélla, ni de mayor sencillez y buena comprensión. Por unanimidad de votos, se aceptó como sincera la declaración de la suscripción íntegra del capital, así como la del ingreso de los ciento veinticinco francos por acción. Después, con toda solemnidad, se declaró constituida la sociedad. A renglón seguido se procedió a nombrar el consejo de administración: debían integrarlo veinte miembros que, aparte las dietas de asistencia, calculadas en un total de cincuenta mil francos, percibirían, de acuerdo con un artículo de los estatutos, el diez por ciento de los beneficios. Y como la cosa no merecía desprecio precisamente, cada uno de los sindicatarios había exigido formar parte del consejo; y Daigremont, Huret, Sédille, Kolb, el marqués de Bohain así como Hamelin, al que se quería llevar a la presidencia, pasaron a encabezar la lista, como es natural, junto con otros catorce de menor importancia, escogidos entre los más obedientes y decorativos, como tales accionistas. Finalmente, Saccard, oculto en la sombra hasta entonces, hizo su aparición llegado que fue el momento de elegir un director. Hamelin fue quien le propuso y su nombre fue acogido con un murmullo de simpatía; él también fue nombrado por unanimidad. Sólo quedaban elegir los dos comisarios

censores, encargados de presentar a la junta general una memoria sobre el balance, así como de controlar las cuentas rendidas por los administradores: función esta tan delicada como inútil y para la cual Saccard había designado a dos señores, un tal Rousseau y un tal Lavigniere, el primero de ellos subordinado por completo al segundo; siendo éste alto, rubio, muy cortés, dispuesto siempre a dar su aprobación, ardiendo en deseos de entrar más adelante a formar parte del consejo, cuando estuvieran contentos de sus servicios. Nombrados que hubieron sido Rousseau y Lavigniere, se disponían ya a levantar la sesión, cuando el presidente creyó del caso hablar de la prima del diez por ciento acordada a los sindicatarios, cuatrocientos mil francos en total, que la propia asamblea, a propuesta suya, acordó pasar a los gastos de primer establecimiento. Se trataba en suma de una minucia, y no había más remedio que consentirla; y, dejando que la multitud de pequeños accionistas fueran saliendo de la misma forma que pudiera hacerlo un rebaño, los suscriptores fuertes, se quedaron los últimos, cambiando entre sí, ya en la acera, estrechos apretones de manos, con aire sonriente.

A partir del siguiente día, el consejo se reunió en el hotel de Orviedo, en el antiguo salón de Saccard, transformado en el de sesiones. Una espaciosa mesa cubierta con un tapete de terciopelo verde, teniendo a su alrededor veinte sillones, forrados de la misma tela, ocupaba el centro de la pieza y no se veían allí otros muebles que no fueran dos cuerpos de biblioteca, con cristales adornados en su parte interior por cortinitas de seda, también de color verde. Los tapices colgantes, de un tono rojo oscuro, ponían una nota de tristeza a la sala, cuyas tres ventanas daban al jardín del hotel Beauvilliers. No llegaba de allí más que una luz crepuscular, como una paz de viejo claustro, adormecido bajo la verde sombra de sus árboles. Aquél era un ambiente severo y noble, se entraba propiamente en una honradez antigua.

Se reunía el consejo para formar su mesa; y, casi inmediatamente se hallaba presente en su totalidad, cuando empezaban a dar las cuatro. El marqués de Bohain, con su enorme estatura, su reducida cabeza pálida y aristocrática, era la fiel representación de la vieja Francia; en tanto que Daigremont, con su afabilidad, representaba a la alta fortuna imperial, en su fastuoso éxito. Sédille, menos atormentado que de costumbre, charlaba con Kolb de un movimiento imprevisto que acababa de producirse en el mercado de Viena; y, alrededor de ellos, los otros dos administradores, la banda entera, estaban a la escucha, tratando de coger al vuelo algún informe, o bien se entretenían también con sus ocupaciones personales; no hallándose allí en realidad más que para hacer número y arramblar con su parte, los días de botín. Como siempre le ocurría, Huret llegó con retraso, sofocado, escurriéndose en el último minuto de una comisión de la Cámara. Presentó sus excusas y se sentaron luego en los sillones alrededor de la mesa.

El marqués de Bohain, como persona de más edad, había tomado su puesto en el sillón presidencial, un sillón más alto y más dorado que los otros. Saccard, como director, se situó enfrente de él. E inmediatamente después, en cuanto el marqués hubo manifestado que se iba a proceder al nombramiento de presidente, Hamelin se levantó, para declinar toda candidatura: según creía saber, muchos de aquellos señores habían pensado en él para la presidencia; pero les hizo ver que el día siguiente, tenía que partir para Oriente, que su inexperiencia era absoluta en materia de contabilidad, banca y bolsa, y que, en fin, correspondía una responsabilidad a ese cargo, cuyo peso en modo alguno podía aceptar. Saccard le escuchaba, muy sorprendido, pues incluso la víspera, parecía presentarse la cosa como un valor entendido; y adivinaba en esa reacción la influencia de la señora Carolina sobre su hermano, sabiendo que, por la mañana, habían tenido ambos una larga conversación. Por ello, no queriendo que nadie más que Hamelin fuese presidente, pues un independiente cualquiera acaso pudiera estorbarle, se permitió intervenir en el debate, tratando de explicar que la función del cargo era sobre todo honorífica, que bastaba con que el presidente hiciera acto de presencia, cuando tuvieran lugar las juntas generales, para apoyar las proposiciones del consejo y pronunciar los discursos de rigor. Se elegiría por lo demás un vicepresidente, que tendría a su cargo la firma. Y, en cuanto al resto, es decir por lo que se refiere a la parte puramente técnica, contabilidad, Bolsa y mil otros detalles interiores propios de una gran casa de crédito, ¿no contarían acaso con él, Saccard, el director, nombrado precisamente a tales efectos? A él era a quien correspondía, según los estatutos, dirigir el trabajo de las oficinas, controlar las entradas y salidas, administrar los negocios usuales y corrientes, atender las deliberaciones del consejo cuidando de su cumplimiento, ser en una palabra, el poder ejecutivo de la sociedad. Tales razones parecían aceptables, pero no por ello dejó de resistirse Hamelin durante largo rato aún; fue preciso que Daigremont y Huret insistiesen personalmente y en forma perentoria. Sumido en su majestuosidad, el marqués de Bohain se desinteresaba del asunto. Finalmente, cedió el ingeniero, fue nombrado presidente, y se designó como vicepresidente a un oscuro agrónomo, antiguo consejero de Estado, el vizconde de Robin-Chagot, un hombre templado y roñoso, excelente como máquina de plasmar firmas. En cuanto al secretario, se eligió al margen de las personas que integraban el consejo, de entre el personal de las oficinas del Banco, designando para el desempeño de esa función al jefe del negociado de emisiones. Y, como la noche se echaba encima, dando lugar a que penetrase en la solemne y espaciosa habitación una sombra verdosa de infinita tristeza, se juzgó la tarea llevada a cabo como buena y suficiente, y se separaron después de haber dejado establecido que se celebrarían dos sesiones por mes, el pequeño consejo el día quince y el gran consejo el treinta.

Saccard y Hamelin subieron juntos a la sala de diseños, donde la señora

Carolina les esperaba. Ésta, en seguida se dio cuenta, por el embarazo que observaba en su hermano, de que acababa de ceder una vez más, por debilidad de carácter; y, por unos instantes se mostró disgustada.

—Pero, vamos a ver, ¡su actitud no me parece razonable ni mucho menos! —exclamó Saccard—. Piense que el presidente cobra treinta mil francos, suma que ascenderá al doble en cuanto nuestros negocios se extiendan. No son ustedes lo suficientemente ricos como para despreciar esa mejora… Y por lo demás, dígame, ¿qué es lo que usted teme?

—Pues me asusta todo —respondió la señora Carolina—. Mi hermano no estará allí presente, yo misma, nada entiendo de dinero… Pongamos por caso, las quinientas acciones que usted inscribió para él, sin que las pague en seguida; pues bien, ¿no le parece eso algo irregular por demás, no llegaría a encontrarse en una posición falsa si la operación saliera mal?

Saccard al oírla, se había echado a reír:

— ¡Qué temores tan absurdos!, ¡quinientas acciones, que tan sólo representan un primer desembolso de sesenta y dos mil quinientos francos! Sí, al llegar el primer reparto de beneficios, antes de seis meses, no pudiera reembolsar ese dinero, mejor cuenta nos tendría tirarnos al Sena que tomarnos la molestia de intentar nada… No, puede usted estar tranquila, la especulación no devora más que a los torpes.

Ella permaneció seria en la creciente oscuridad de la pieza. Pero trajeron dos lámparas y las paredes quedaron ampliamente iluminadas, los vastos planos, las relucientes acuarelas, que con tanta frecuencia la hacían soñar en los lejanos países que representaban. La llanura aún aparecía desnuda, las montañas cortaban el horizonte y no podía por menos de evocar el desamparo de aquel viejo mundo, adormecido sobre sus tesoros y que la ciencia se disponía a hacer que despertara de su miseria y de su ignorancia. ¡Cuántas cosas grandes, bellas y loables a realizar! Poco a poco, surgía una visión en su mente, mostrándole nuevas generaciones, toda una humanidad más fuerte y dichosa surgiendo del antiguo suelo, labrado de nuevo por el progreso.

— ¡La especulación, la especulación! —repitió ella maquinalmente, combatida por la duda—. ¡Ah!, noto que la angustia turba mi corazón.

Saccard, que sabía de memoria su habitual modo de pensar, había seguido en su rostro, aquella esperanza en el porvenir.

—Sí, la especulación. Dígame, ¿por qué le asusta esa palabra?… Pero si la especulación no es, en último término, sino el incentivo mismo de la vida, el eterno afán que fuerza a luchar y a vivir. Si osara hacerla una comparación, estoy seguro de que la convencería…

Y se echó a reír de nuevo, presa de un escrúpulo de delicadeza.

A pesar de lo cual y a continuación mismo, tuvo ese atrevimiento de muy buena gana, en el impulso brutal con que procedía ante las mujeres.

—Vamos a ver, ¿imagina usted que sin… ¿cómo lo diría?, sin la lujuria, se llegarían a engendrar muchas criaturas?… Por cada cien niños que dejan de hacerse, apenas si llega a fabricarse uno. El exceso es lo que aporta lo necesario, ¿no es así?

—Desde luego —respondió ella, violentada.

—Pues bien, sin la especulación, no habría negocio posible, mi querida amiga… ¿Para qué diablos quiere usted que suelte yo mi dinero, que arriesgue mi fortuna, si no me promete, a título de compensación, un goce extraordinario, una dicha repentina que me abra el cielo?… Con la remuneración legítima y mediocre del trabajo, el discreto equilibrio de las transacciones cotidianas, la existencia sólo resulta un desierto, una marisma en donde todas las fuerzas duermen y se corrompen; mientras que, en forma violenta, haga arder un sueño en el horizonte, prometa que con un sueldo podrán ser ganados cien, ofrezca usted a todas esas gentes adormecidas que se dispongan a la caza de lo imposible, de millones que pueden ser conquistados en dos horas, soportando los más espantosos riesgos; y en ese momento comienza la carrera, las energías se decuplican, llegando a ser tal el atropellamiento, que, aún sudorosas por su propio gusto y a la zaga tan sólo del placer, las gentes llegan a veces a fabricar criaturas, quiero decir cosas vivientes, grandes y bellas… ¡Ah!, ¡qué caramba!, muchas son desde luego las porquerías inútiles que llegan a realizarse, pero, tenga por seguro que sin ellas acabaría el mundo.

Carolina por su parte, se había puesto a reír también, ya que nada tenía de mojigata.

—Entonces —dijo—, su conclusión es que precisa resignarse, puesto que todo está así concebido en el plan de la naturaleza… Y en eso tiene usted razón, la vida no es muy limpia que digamos.

Y le invadió una auténtica bravura, ante la idea de que cada paso hacia delante había sido dado por entre la sangre y el fango. Necesitaba querer. A lo largo de las paredes, sus ojos no habían dejado de observar los planos y los dibujos, y el porvenir se evocaba en ellos, puertos, canales, carreteras, ferrocarriles, campiñas con inmensas granjas y equipadas como fábricas, ciudades nuevas, sanas e inteligentes, en las que se conseguiría una vida larga y consciente.

—Vamos, vamos —repuso ella alegremente—, estoy viendo que, como siempre, tendré que ser yo quien ceda… Tratemos de hacer un poco el bien,

para que se nos perdone.

Su hermano, silencioso hasta aquel momento, se había ido acercando y la dio un abrazo. Ella le amenazó entonces con el dedo.

— ¡Sí, sí!, lo que tú estás hecho es un seductor. Pero te conozco… Mañana, cuando nos abandones, no te preocupará gran cosa saber lo que pasa aquí; y, una vez allá, en cuanto te encuentres ensimismado en tus trabajos, todo irá bien para ti, soñarás con el triunfo, y mientras tanto quizás esté crujiendo el negocio bajo nuestros pies.

—Pero —exclamó Saccard en tono de broma— en todo caso, ya lo estoy viendo, ¡la deja a mi lado como un gendarme, para agarrarme por las solapas si me comporto mal!

Los tres se echaron a reír.

—Y puede contar desde luego con que le echaré el guante si llega el caso… Recuerde lo que nos prometió, a nosotros primero y luego a tantos otros, por ejemplo al bueno de Dejoie, a quien le recomiendo de veras… ¡Ah!, y también a nuestras vecinas, esas pobres señoras de Beauvilliers, a quienes vi hoy vigilando el lavado de algunos trapos, que hacía la sirvienta, para aminorar sin duda la cuenta de la lavandera.

Durante unos momentos aún, estuvieron charlando los tres muy amistosamente, y la partida de Hamelin fue dispuesta de modo definitivo.

Cuando Saccard descendía de nuevo a su gabinete, le dijo el ayuda de cámara que una mujer se había obstinado en esperarle, a pesar de advertirle que había consejo y que con seguridad el señor no podría recibirla. Primero, cansado como estaba, se irritó mucho y dio orden de que la despidiera; después sin embargo, la idea misma de que se debía al éxito y el temor a que le cambiara la suerte, si cerraba su puerta, le hicieron variar de opinión. La ola de solicitantes aumentaba cada día, y aquella multitud llegaba a embriagarle.

Una sola lámpara iluminaba el gabinete, por lo que no veía bien a la visitante.

—Es el señor Busch quien me envía, señor…

La cólera le mantuvo en pie, y ni siquiera le dijo que se sentase. Aquella voz endeble, en aquel cuerpo desbordante, hizo que reconociera a la señora Méchain. ¡Magnífica accionista, la tal compradora de acciones al peso!

Y se puso a explicar la señora con toda tranquilidad que Busch la enviaba para que le facilitara informes sobre la emisión del Banco universal. ¿Quedaban títulos disponibles? ¿Cabía esperar conseguirlos con la prima acordada a los sindicatarios? Pero, todo aquello no debía ser, con toda seguridad, sino un pretexto, una manera de entrar, de ver la casa, de espiar lo

que allí se hacía, y de palparle a él mismo, porque sus diminutos ojos horadados a barrena en la grasienta carne de su rostro, no cesaban de escudriñarle hasta el alma. Busch, después de haber aguardado pacientemente durante mucho tiempo, madurando el famoso asunto del niño abandonado, se decidía a actuar y la enviaba como explorador.

—Ya no queda nada —respondió brutalmente Saccard.

Comprendió ella entonces que no sacaría nada más, y que sería imprudente intentar algo. Por ello, aquel día, sin darle tiempo a que la echara, fue ella misma quien dio un paso hacia la puerta.

— ¿Por qué no me pide acciones para quedárselas usted? —insistió Saccard queriendo zaherirla.

Ceceando y con su voz chillona que daba la impresión de estar burlándose, respondió la Méchain:

— ¡Oh!, a mí personalmente, no es ése el género de operaciones que me interesa… Prefiero esperar.

Y, en aquel instante, con motivo de haber percibido el voluminoso bolso de cuero que nunca se separaba de ella, sintió como un escalofrío. Un día como aquel en que todo saliera a pedir de boca, el día mismo en que tan dichoso se sentía viendo nacer por fin la casa de crédito con que sonara, ¿vendría a representar aquella vieja tunanta el papel del hada perversa, la que hace mal de ojo a las princesas en la cuna? Presentíase lleno de valores depreciados, de títulos desvalorizados, ese bolso que se dedicaba a pasear por las oficinas de su naciente banco; y le parecía comprender que amenazaba con esperar tanto tiempo como fuera necesario, para enterrar en él todas sus acciones cuando la casa se hundiera. Significaba algo así como el graznido del cuervo que parte con el ejército en marcha, le sigue hasta la noche de la matanza, se cierne y se abate constantemente, sabiendo desde un principio que allí habrá muertos que devorar.

—Hasta la vista, señor —dijo la Méchain retirándose, casi sin aliento y muy cortésmente.

V

Un mes más tarde, en los primeros días de noviembre, no estaba terminada la instalación del Banco universal. Aún podían verse por allí carpinteros, colocando entabladuras, pintores que acababan de enmasillar la enorme techumbre en forma de vidriera con que había sido cubierto el patio.

Aquella lentitud provenía del propio Saccard, que, descontento con la mezquindad de la instalación, prolongaba los trabajos en razón a sus exigencias de lujo; y, no siéndole posible hacer retroceder las paredes, para dar satisfacción a su continuo sueño de lo descomunal, había acabado por enfadarse y descargar sobre la señora Carolina la tarea de despedir definitivamente a empresarios y contratistas. Vigilaba ésta, pues, la colocación de las últimas ventanillas. Había un número extraordinario de ellas; el patio, transformado en vestíbulo central, estaba rodeado por completo: ventanillas con rejas, severas y dignas, rematadas con bonitas placas de cobre, resaltando sus respectivos rótulos en letras negras. En suma que la instalación, aunque llevada a cabo en un local algo reducido respondía a una distribución feliz: en los bajos, los servicios que habían de estar en continuo contacto con el público, las diferentes cajas, las emisiones, todas las operaciones usuales bancarias; y, arriba, el mecanismo en cierto modo interior, la dirección, la correspondencia, la contabilidad, las oficinas de lo contencioso y del personal. De modo que, en un espacio tan restringido, se agitaban en total más de doscientos empleados. Y lo que impresionaba ya al entrar, incluso entre los empellones de los obreros que acababan de golpear sus clavos, mientras el oro sonaba en el fondo de las bacinetas, era aquel aire de severidad, un ambiente de probidad antigua, oliendo vagamente a sacristía, y que provenía sin duda del local mismo, de ese viejo hotel húmedo y oscuro, silencioso a la sombra de los árboles del jardín vecino. Producía la sensación de que se estaba penetrando en una mansión devota.

Una tarde, volviendo de la Bolsa, el propio Saccard experimentó esa sensación, que le dejó sorprendido. Esto le sirvió de consuelo en cierto modo respecto a los dorados que encontraba a faltar; y no pudo menos que testimoniar su contento a la señora Carolina.

—Qué quiere que le diga, para comenzar, resulta agradable y acogedor. Se diría que está uno en familia, es una auténtica capillita. Más adelante, ya se verá… Gracias, mi buena amiga, por las molestias que se toma desde que su hermano está ausente.

Y, como tenía por principio aprovechar las circunstancias imprevistas, se las ingenió desde entonces para desenvolver aquella austera apariencia de la casa; exigiendo de sus empleados unos modales propios de jóvenes oficiantes; ya no se habló allí más que con voz mesurada, ni se recibía o entregaba dinero si no era haciéndolo con una discreción enteramente clerical.

Jamás Saccard, en su tumultuosa vida, había llegado a desplegar tanta actividad. Por la mañana, desde las siete, antes que todos los empleados, incluso antes de que el mozo de las oficinas hubiera encendido su fuego, se hallaba él en su gabinete, para despachar el correo y responder de inmediato a las cartas más apremiantes. Luego, hasta que sonaban las once, aquello se

convertía en un interminable galope del que formaban parte amigos y clientes de categoría, los agentes de cambio, los corredores, toda esa multitud en fin de las finanzas; sin contar, naturalmente, con el desfile de los jefes de servicio de la casa, que se acercaban a recibir órdenes. Él mismo, en cuanto tenía un minuto de respiro, se apresuraba a levantarse para hacer una rápida inspección en los distintos despachos, en donde los empleados vivían en sobresalto ante el terror de aquellas apariciones bruscas, que se producían a horas siempre diferentes. A las once, subía a almorzar con la señora Carolina, comía abundantemente, y bebía lo mismo, con el desahogo propio del hombre enjuto, sin que nada le sentara mal; y la hora completa que allí empleaba tampoco podía considerarse perdida, pues aquél era el momento en que, como él mismo decía, confesaba a su hermosa amiga, es decir en que le pedía su opinión sobre personas y cosas, aun a riesgo de no saber aprovechar muchas veces su gran prudencia y discreción. Salía a mediodía, iba a la Bolsa, queriendo ser siempre uno de los primeros en llegar para ver y charlar. Por lo demás, ya no jugaba abiertamente, dando el pecho, se encontraba allí como si acudiera a una cita de lo más natural y obligada, con la seguridad de hallar a los clientes de su banco. Ello no obstante, su influencia ya se dejaba sentir, había vuelto a entrar como triunfador, a título de hombre sólido, que contaba a aquellas alturas con el respaldo de auténticos e insoslayables millones; y los más maliciosos se ponían a hablar en voz baja mientras le observaban, cuchicheaban extraordinarios rumores, prediciéndole la soberanía. Hacia las tres y media siempre estaba de vuelta, y se entregaba por entero a la fastidiosa tarea de poner firmas, entrenado de tal forma en aquel mecánico deslizamiento de la mano, que seguía dando órdenes a los empleados, respondía a las preguntas que pudieran hacerle, arreglaba asuntos, la cabeza siempre libre y hablando con soltura, sin dejar de firmar en ningún momento. Hasta las seis, aún recibía visitas, terminaba el trabajo del día y preparaba el del siguiente. Y cuando subía para reunirse de nuevo con la señora Carolina, era para despachar una comida más copiosa que la de las once, pescados selectos y caza, sobre todo, completados caprichosamente con vinos de distintas calidades, Borgoña, Burdeos o Champán, según el feliz resultado de la jornada.

— ¡No dirá que no soy formal! —exclamaba a veces, sonriendo—. En lugar de ir tras de las mujeres o de meterme en casinos y teatros, vivo aquí sujeto como un buen burgués y a su lado siempre… Tiene que escribirle a su hermano para tranquilizarle.

No era sin embargo tan cuerdo como pretendía, pues por aquella época, se había dejado arrastrar por el capricho de una modesta cantante de los Bouffes; e incluso se dejó caer un día, a su vez, por casa de Germaine Coeur, donde no había encontrado satisfacción alguna. La verdad era que, al llegar la noche, caía rendido de cansancio. Vivía, además, bajo un tal afán, en medio de una ansiedad de éxito tan tremenda, que sus demás apetitos iban a quedar

forzosamente como disminuidos y paralizados, en tanto no se sintiera triunfante, dueño indiscutible de la fortuna.

— ¡Bah! —respondía jovialmente la señora Carolina—, mi hermano fue siempre tan formal, que la discreción constituye en él una cualidad congénita, más que un mérito… Le escribí ayer contándole que le había convencido a usted para que no hiciera redorar la sala del consejo. Eso le agradará más.

Y ocurrió que, una tarde muy fría de primeros de noviembre, en el momento en que la señora Carolina daba órdenes al pintor para que se limitara simplemente a lavar las pinturas de aquella sala, le pasaron una tarjeta de visita, al propio tiempo que la decían que la persona en cuestión insistía mucho en verla. La tarjeta, no muy limpia que digamos, llevaba el nombre de Busch, impreso groseramente. No conocía a nadie que se llamase así, y dio orden de que le hicieran subir a sus habitaciones, concretamente al gabinete de su hermano, que era donde ella recibía.

Si Busch, después de casi seis largos meses, seguía sin mostrarse impaciente, sin hacer valer el extraordinario descubrimiento que lograra respecto a la existencia de un hijo natural de Saccard, era en primer lugar por las mismas razones que ya había presentido, es decir, el mediocre resultado que entrañaría sacarle tan sólo los seiscientos francos de los pagarés suscritos a la madre; y además por la dificultad de hacerle cantar para conseguir mayor cantidad, una suma llamémosla razonable de algunos miles de francos. A un hombre viudo, libre de toda clase de cortapisas, al que no asustaba gran cosa el escándalo, ¿cómo aterrorizarle y hacerle pagar caro ese vil regalo de una criatura producto del azar, crecido en el fango, semilla de rufián y de asesino? Claro está que la Méchain había forjado laboriosamente una larga cuenta de gastos, alrededor de seis mil francos: cierta cantidad de monedas de veinte sueldos prestados a Rosalía Chavaille, prima suya y madre del pequeño; a continuación lo que le había costado la enfermedad de la desdichada, su entierro, el cuidado y conservación de su tumba; lo que, en fin, llevaba gastado con Víctor mismo desde que le tenía bajo sus auspicios, alimentación, ropa, un montón de conceptos. Pero, en el caso de que la paternidad no hiciera mella en los sentimientos de Saccard, ¿no era más que verosímil que los enviara a paseo?; máxime teniendo en cuenta que nada ni nadie en el mundo podría probar semejante paternidad, como no fuera el parecido con la criatura; y seguirían sin sacar de él otra cosa que el dinero de los pagarés, y esto si no se le ocurría invocar la prescripción.

Por otra parte, si Busch se había retrasado tanto, era porque acababa de pasar semanas de espantosa inquietud junto a su hermano Segismundo, obligado a guardar cama, aniquilado por la tisis. Durante quince días sobre todo, aquel terrible agitador de asuntos, había tenido sus cosas abandonadas por completo, olvidando las mil pistas enmarañadas que se traía entre manos,

no apareciendo más por la Bolsa, no viendo de acorralar a ningún propagador de noticias, sin abandonar la cabecera del enfermo, al que velaba, cuidaba y mudaba de ropa, como si fuera una madre. Convertido en pródigo, él, que era una tacañería inmunda, llamaba a los médicos más afamados de París, habría querido pagar más caras las medicinas al farmacéutico, con tal de que fuesen más eficaces; y como los médicos le hubieran prohibido toda clase de trabajo, a lo que Segismundo se oponía tercamente, le ocultaba sus papeles, sus libros. En cuanto, vencido por el cansancio, su guardián se dormía, el joven, chorreando sudor, devorado por la fiebre, conseguía encontrar la punta de un lápiz, y en el mismo margen de un periódico, se ponía a hacer cálculos, distribuyendo la riqueza según sus sueños de justicia, asegurando a cada uno de los humanos su parte de dicha y de vida. Existía entre ellos una verdadera carrera de astucia; y en cuanto despertaba Busch, se irritaba al verle más enfermo, el corazón destrozado por entregar de tal modo a su quimera lo poco que le restaba de existencia. Disfrutando de buena salud, nada le importaba que jugara con semejantes tonterías, e incluso se lo toleraba como se toleran los papeles a una criatura para que se distraiga; pero, suicidarse de ese modo con sus locas ideas, impracticables, ¡aquello resultaba realmente estúpido! Por fin, y habiendo consentido en ser cuerdo, por la estima en que tenía a su hermano mayor, Segismundo recobró en cierto modo sus fuerzas, y empezaba a levantarse.

Fue entonces cuando Busch, reintegrándose a sus tareas, se dijo a sí mismo que precisaba liquidar el asunto Saccard, tanto más porque éste había vuelto a la Bolsa a título de conquistador, convertido en un personaje de indiscutible solvencia. El informe de la señora Méchain a quien enviara a la calle Saint-Lazare, era excelente. Vacilaba aún sin embargo, en atacar a su hombre de frente; no hacía más que contemporizar en busca de la táctica que le permitiera vencerle, cuando una palabra escapada a la Méchain sobre la señora Carolina, aquella dama que gobernaba la casa y de la que todos los proveedores del barrio le habían hablado, le lanzó sobre la pista de un nuevo plan de campaña, ¿sería acaso esta señora la auténtica dueña de todo, la que guardaba consigo las llaves de los armarios y del corazón? Con bastante frecuencia solía obedecer a lo que él mismo llamaba golpe de inspiración, cediendo a impulsos de una repentina adivinación, echándose sobre la caza a una simple indicación de su olfato, siempre presto a sacar de los hechos una certidumbre y una resolución. Y fue en esa forma que resolvió dirigirse a la calle Saint-Lazare, para ver a la señora Carolina.

Arriba, en la sala de los diseños, la señora Carolina quedó sorprendida al tener ante sí aquel hombre mal afeitado, de chata y sucia cara, vestido con una preciosa pero grasienta levita y encorbatado de blanco. También él estuvo escudriñándola hasta el alma; la encontraba tal y como deseaba fuese, tan esbelta, tan sana, con sus admirables cabellos blancos que hacían resplandecer

de alegría y de dulzura, su rostro que continuaba siendo joven; habiendo notado sobre todo, la expresión de la boca, algo recia; una expresión de bondad tal, que inmediatamente le hizo decidirse.

—Señora —dijo—, habría deseado hablar con el señor Saccard, pero acaban de decirme que está ausente…

Mentía; ni siquiera había preguntado por él, pues sabía perfectamente que no se hallaba allí, por haber estado al acecho y comprobado personalmente su salida para la Bolsa.

—Y entonces fue cuando me permití dirigirme a usted, prefiriendo hacerlo así en el fondo, dado que no ignoro con quién estoy hablando… Se trata de un recado tan grave, tan delicado…

La señora Carolina, que hasta entonces no le habló de sentarse, le señaló una silla, con inquieta prontitud.

—Hable usted, señor, le escucho.

Busch entonces, alzando con sumo cuidado los faldones de su levita, que al parecer temía ensuciar, se planteó a sí mismo, como dato o elemento de juicio que acababa de apuntarse, que aquella mujer se acostaba con Saccard.

—El caso es, señora, que, lo que tengo que decirle, no resulta fácil de explicar, y le confieso además, que, en el último momento, incluso llego a preguntarme a mí mismo si hago bien confiándole semejante cosa… Espero sepa ver, en el paso que estoy dando, el único deseo que me anima de permitir al señor Saccard la reparación de antiguos yerros…

Habiendo comprendido por su parte con qué clase de personaje tenía que habérselas y deseando en lo posible abreviar, la señora Carolina le facilitó con un gesto que se explayara a su gusto. Por lo demás, tampoco insistió él con sus rodeos, y se puso a contar extensamente la antigua historia: Rosalía seducida en la calle de la Harpe, la criatura naciendo después de la desaparición de Saccard, la madre muerta en pleno relajamiento, y Víctor, dejado al cuidado de una prima, bastante atareada para vigilarle, creciendo en medio de la abyección. Entretanto ella, estuvo escuchándole, asombrada desde luego al principio por la secuencia de aquella novela que no se esperaba en absoluto, por haber imaginado más bien que se trataba de alguna sucia aventura de dinero; luego no obstante, empezó visiblemente a enternecerse, conmovido su ánimo por la triste suerte de la madre y el abandono del pequeño; profundamente impresionada en su maternidad de mujer que había permanecido estéril.

—Pero —repuso ella— ¿está usted seguro, señor, de que esos hechos que me está contando, son ciertos?… Tratándose de esa clase de historias, precisa

que existan pruebas contundentes, absolutas.

Busch esbozó una sonrisa.

— ¡Oh!, señora, existe una prueba terminante, decisiva: el parecido extraordinario del niño… Por otra parte, ahí están las fechas, todo concuerda y prueba los hechos hasta la última evidencia.

La señora seguía temblorosa, sin dejar de observarle. Después de un breve silencio, siguió él diciendo:

—Ahora se hará cargo, señora, de lo violento que resultaba dirigirme directamente al señor Saccard. No tengo personalmente ningún interés en el asunto, me limito a obrar en nombre de la señora Méchain, la prima, a la que sólo el azar supo proporcionar el rastro del tan buscado padre; ya que, conforme me ha cabido el honor de decirle, los doce pagarés de cincuenta francos dados a la desdichada Rosalía, están firmados con el nombre de Sicardot, circunstancia esta que me libraré muy bien de juzgar, excusable por demás, ¡Dios mío!, en esta terrible vida de París. Lo único que sucede, ¿no le parece?, es que el señor Saccard, acaso hubiera llegado a interpretar mal los móviles y el alcance de mi intervención… Y entonces fue cuando tuve la idea de verla a usted primero, señora, para someterme a su decisión respecto al camino a seguir, constándome como me consta su interés por el señor Saccard… ¡Eso es todo!, y ahora que es usted partícipe de nuestro secreto, me permito preguntarla, ¿cree que debo esperarle y contárselo todo hoy mismo?

La señora Carolina dejó traslucir una creciente emoción.

—No, no, más adelante.

Ante lo inusitado de la confidencia, ella misma no sabía qué hacer. Busch por su parte seguía estudiando sus gestos y sus reacciones, satisfecho de la extrema sensibilidad que la ponía materialmente en sus manos, acabando así de redondear su plan, convencido ya de sacar de ella bastante más de lo que jamás Saccard hubiera llegado a dar.

—Es que —murmuró él— precisaría tomar un partido.

—Pues bien, seré yo quien vaya… Sí, acudiré a ese andurrial, iré a ver a esa tal señora Méchain y al niño… Vale más, resulta mucho más práctico que empiece por informarme yo misma de las cosas.

Y así era como expresaba en voz alta la resolución que acababa de adoptar, consistente en llevar a cabo una cuidadosa investigación, antes de decir nada al padre. Después, y si efectivamente salía convencida, ya habría tiempo de advertirle. ¿No estaba ella allí para velar por su casa y por su propia tranquilidad?

—Desdichadamente, la cosa apremia —siguió comentando Busch,

mientras veía de llevarla poco a poco hacia el terreno que a él le interesaba—. El pobre chiquillo no hace más que sufrir. Se halla en un medio ambiente abominable.

La señora Carolina se había puesto en pie.

—Me pongo un sombrero y voy allí inmediatamente.

También él abandonó a su vez la silla y, negligentemente, soltó:

—No le hablé de la cuentecilla que el padre habrá de satisfacer. La criatura motivó gastos, como es natural; y hubo también que pedir dinero prestado, en vida de la ¡Oh!, no sé de modo exacto cuál pueda ser el montante. No quise encargarme de nada. Todos los papeles están allá.

— ¡Está bien!, voy a verlo.

Él mismo se mostró entonces sentimental.

— ¡Ah! señora, ¡si usted supiera la cantidad de cosas estrambóticas que llego a ver en los negocios! Suelen ser las gentes más honradas quienes tienen que sufrir luego como consecuencia de sus pasiones, o, lo que es peor, de las pasiones de sus familiares… Podría citarle un ejemplo, el de sus infortunadas vecinas, las señoras de Beauvilliers…

Mientras hablaba así y haciendo un brusco movimiento se había acercado a una de las ventanas, zambullendo con curiosidad su ardiente mirada en el jardín vecino. Desde que entrara allí, meditaba sin duda alguna aquel acto de espionaje, en su deseo constante de conocer bien en cada caso el campo de batalla. En el asunto del reconocimiento aquel de diez mil francos, firmado por el conde a la joven Léonie Cron, había acertado punto por punto; los informes enviados de Vendôme reflejaban la aventura prevista: la muchacha seducida, quedándose sin un céntimo, a la muerte del conde, con su inservible papel mojado entre las manos, devorada por el ansia de venir a París, y acabando por dejarlo en prenda al usurero Charpier, a cambio quizás de cincuenta cochinos francos. Y si bien es cierto que poco después había encontrado a las Beauvilliers, también lo era que desde hacía seis meses estaba haciendo trotar por París a la Méchain, sin poder echar la mano encima a Léonie. Había ido a caer como simple sirvienta en casa de un ujier, siguiéndole la pista en otras tres colocaciones; posteriormente, despedida por mal comportamiento, desapareció y fue en vano que la buscara por todos los arroyos. Y eso le exasperó tanto más cuanto que nada podía intentar respecto a la condesa, en tanto no pudiera valerse de la hija como una amenaza viviente de escándalo. No abandonaba sin embargo el asunto y, de pie ante la ventana, experimentaba la satisfacción de conocer el jardín del hotel, del que hasta entonces sólo había visto la fachada que daba a la calle.

— ¿Es que acaso a esas señoras les amenaza también algún disgusto? — preguntó la señora Carolina, con inquieta simpatía. Busch se hizo el inocente.

—No, no creo… Quería referirme simplemente a la triste situación en que les ha dejado la mala conducta del conde… Sí, tengo amigos en Vendôme, y conozco su historia.

Y, cuando se decidía por fin a alejarse de la ventana, hizo como un brusco giro sobre su propia persona, dentro del papel emocional que estaba representando.

—Cuando no se trata más que de calamidades de dinero, ¡menos mal!, ¡lo peor es cuando entra la muerte en una casa!

Por esta vez, auténticas lágrimas humedecieron sus ojos. Había estado pensando en su hermano, y no podía con el sofoco. Creyó ella entonces que había perdido recientemente a alguno de los suyos, aunque nada le preguntó por discreción. Hasta aquel momento, en nada se había equivocado presumiendo las bajas tareas que constituían la única ocupación del personaje que tenía delante por la repugnancia que él mismo le inspiraba; y aquéllas inesperadas lágrimas la reafirmaban en su criterio más aún de lo que pudiera hacerlo la más sabia de las tácticas: se acrecentó su deseo de correr en seguida a la barriada de Nápoles.

—Cuento pues con usted, señora.

—Salgo al instante.

Una hora más tarde, la señora Carolina, que había cogido un coche, erraba por detrás de la podredumbre de Montmartre sin poder encontrar el suburbio. Finalmente, estando en una de las calles desiertas que van a parar a la calle Marcadet, una mujer anciana se lo indicó al cochero. A la entrada, aquello era como un camino de la campiña, socavado, obstruido por el lodo y los detritus, hundiéndose en medio de un terreno incierto; y sólo después de mirar con mucha atención se llegaban a distinguir las miserables construcciones allí existentes, levantadas a base de tierra, viejas tablas y no menos viejas planchas de cinc, semejantes a montones de derribos, alineadas alrededor del patio interior. Dando a la calle, una casa de un piso, construida de morrillo ésta en particular, pero de una decrepitud y de una miseria repulsivas, parecía dominar la entrada, lo mismo que una mazmorra. Y, en efecto, allí era donde vivía la señora Méchain, en su calidad de propietaria vigilante, siempre al acecho y explotando por sí misma a su pequeño pueblo de inquilinos hambrientos.

En cuanto la señora Carolina descendió del coche, la vio aparecer en el umbral, con su enorme humanidad, colgándole el pecho y el vientre por entre un viejo vestido de seda azul, con los pliegues rozados, deshecho por las costuras, con las mejillas tan hinchadas y enrojecidas, que su diminuta nariz

parecía estar cociéndose entre dos ascuas. Presa del desagrado que todo aquello le causaba, la señora Carolina comenzó a vacilar, cuando vino a tranquilizarla la voz meliflua de la otra, de un encanto agridulce de flauta bucólica.

— ¡Ah! señora, la envía el señor Busch, ¿no es eso?, viene por el pequeño Víctor… Entre, entre, pues. Sí, aquí está el suburbio de Nápoles. La calle no está clasificada aún, todavía no tenemos números… Entre, se hace preciso hablar de todo eso, desde luego. Pero ¡Dios mío!, ¡resulta tan enojoso y triste!

Y la señora Carolina no tuvo más remedio que aceptar sentarse en una silla de paja medio desfondada, en un comedor ennegrecido a fuerza de manchas grasientas y en donde una estufa al rojo vivo, despedía un calor y un olor asfixiante. La Méchain, comentaba en aquellos momentos la suerte que había tenido la visitante encontrándola, pues eran tantas las ocupaciones que tenía en París, que no acostumbraba volver hasta las seis. Se hizo preciso interrumpirla.

—Perdón, señora, venía por razón de ese desdichado niño.

—Perfectamente, señora, voy a enseñárselo… Como ya sabrá, su madre era prima mía… ¡Ah!, puedo asegurarle desde luego que cumplí con mi deber… Aquí tiene los papeles, éstas son las cuentas.

Y, de un aparador, sacó entonces un legajo, muy bien ordenado, metido en una carpeta azul, lo mismo que hubiera podido verse en el despacho de un agente de negocios. No parecía acabar nunca hablando de la pobre Rosalía: debió terminar, sin duda, llevando una vida de lo más arrastrada, en pos del primero que se acercase, regresando borracha y ensangrentada, después de ausencias de ocho días; sólo que por otra parte y en sus circunstancias, también había que hacerse cargo, puesto que siempre fue una buena trabajadora, antes de que el padre de la criatura le hubiera dislocado el hombro, el día en que la forzara estando en la escalera y con su defecto físico, vendiendo limones en los Mercados, no era precisamente cordura lo que podía esperarse de ella.

—Observe señora, todo eso se lo presté a razón de veinte y cuarenta sueldos. Ahí están apuntadas las fechas: el 20 de junio, veinte sueldos; el 27 de junio, también veinte sueldos; el 3 de julio, cuarenta sueldos. Y, ¡fíjese!, debió estar enferma por aquel entonces, porque aquí veo cantidades de cuarenta sueldos hasta nunca acabar… Tenía además que vestir a Víctor. Puse una V en cada una de las cifras de gastos ocasionados por el chiquillo… Todo eso sin contar con que, al morir Rosalía, ¡oh!, bien asquerosamente además, víctima de una enfermedad que era una verdadera podredumbre, la criatura estuvo a mi solo cargo. Y, a partir de entonces, véalo, apunté cincuenta francos por mes. La cifra me parece más que razonable. El padre es rico y bien puede destinar cincuenta francos al mes para su hijo. En fin, todo ello hace un total

de cinco mil cuatrocientos tres francos; y si añadimos los seiscientos francos de los pagarés, llegaremos a la suma global de seis mil francos… ¡Sí, todo por seis mil francos, para que no se diga!

A pesar de las náuseas que la hacían palidecer, la señora Carolina hizo una reflexión.

—Pero los pagarés no son suyos, pertenecen al niño.

— ¡Ah!, perdón —repuso la Méchain, en un tono agrio—, pero el caso es que, con su respaldo, adelanté dinero propio. Para prestarle un servicio a Rosalía, conseguí que me los descontaran. Vea en el reverso, el endoso a mi favor… Todavía constituye una gentileza por mi parte el no reclamarle intereses… Espero que reflexione, mi buena señora y que no quiera hacer perder ni un solo céntimo a una pobre mujer como yo.

Ante un gesto de la buena señora, dando a entender que aceptaba la cuenta, la otra se calmó. Y recobró su vocecita aflautada para decir:

—Ahora, voy a hacer que llamen a Víctor.

Pero, aunque envió con ese objeto y uno tras otro a tres chavales que por allí rondaban, en seguida volvieron para plantarse en el umbral de la puerta, donde no paraban de hacer gesticulaciones: en resumen que Víctor no quería tomarse la molestia de venir. Uno de los chiquillos trajo incluso por toda respuesta, una palabra malsonante. Ella entonces, se levantó nerviosa y desapareció como decidida a traérselo cogido de una oreja. Sin embargo, poco después reapareció sola; había reflexionado y prefería sin duda enseñar a la criatura ambientada en todo su horror.

—Si la señora quiere tomarse la molestia de seguirme.

Y, mientras iban caminando, le suministró toda clase de detalles sobre el núcleo obrero de Nápoles, que su marido recibiera de un tío. Ese marido debía haber muerto, nadie le había conocido, y ella nunca le sacaba a relucir más que para explicar el origen de su propiedad. Un mal negocio que acabaría matándola, según decía ella misma, por ser más las preocupaciones que le causaba que los provechos, sobre todo desde que la policía se dedicaba a molestarla, enviándole inspectores que exigían reparaciones y mejoras, so pretexto de que en su recinto las gentes morían como moscas. Por lo demás, ella se negaba rabiosamente a gastarse allí un solo céntimo. Si se descuidaba, ¡pronto acabarían exigiéndole chimeneas ornamentadas con espejos, en las habitaciones que alquilaba por dos francos semanales! Pero lo que en cambio se libraba muy bien de contar era su rigor en lo tocante a cobrar alquileres, que la llevaba a echar a la calle a una familia, en cuanto no le pagaba por anticipado sus dos francos, siendo ella misma la encargada de esa labor policíaca; tan temida además que los mendigos sin cobijo por nada del mundo

se habrían atrevido a dormir arrinconados en uno de sus muros.

Con el corazón oprimido, la señora Carolina examinaba el patio, un terreno asolado, plagado de socavones, que las basuras acumuladas tenían convertido en una especie de cloaca. Allí se arrojaba todo, no había pozo negro ni sumidero; aquello era un estercolero que crecía incesantemente, envenenando la atmósfera; y suerte que por entonces hacía frío, pues se desencadenaba una enorme pestilencia en cuanto llegaban los grandes calores. Con pie inquieto, la señora Carolina buscaba esquivar los desperdicios de verduras y los huesos, paseando su mirada por uno y otro lado, sobre las habitaciones, especie de guaridas sin nombre, casas de planta baja medio hundidas, restos en ruina intentados reconstruir con los materiales más heterogéneos. Algunas de ellas estaban simplemente cubiertas con papel alquitranado. Otras muchas, ni siquiera tenían puerta, dejando entrever oscuros agujeros de sótano, de donde salía un soplo nauseabundo de miseria. Familias compuestas de ocho y diez personas vivían amontonadas en aquella especie de saladeros de carne, sin disponer siquiera de una cama por lo general; hombres, mujeres y niños, contagiaban unos a otros su podredumbre como ocurre con la fruta estropeada, entregados desde la más tierna infancia a una lujuria instintiva, a causa de la más monstruosa de las promiscuidades. Por lo que bandadas de chiquillos, demacrados, enclenques, comidos por la escrofulosis y la sífilis hereditarias, llenaban el patio sin cesar; pobres seres crecidos en aquel estercolero lo mismo que los hongos agusanados, en el azar de un abrazo, sin que se pudiera saber a ciencia cierta quién podría ser su padre. Cuando se desencadenaba una epidemia de fiebre tifoidea o de viruela, barría de golpe y arrastraba hasta el cementerio a la mitad de aquel reducido suburbio.

—Conforme le venía diciendo, señora —siguió argumentando la Méchain —, Víctor no ha tenido muy buenos ejemplos a la vista, y ya sería hora, creo, de pensar en su educación, pues ahí donde le ven está rematando sus doce años… Viviendo su madre, ¿comprende?, veía cosas no muy convenientes que digamos, ya que, cuando estaba borracha, no se molestaba por disimularlo. Se traía consigo a los hombres, y todo ocurría estando el niño presente… Después y por lo que a mí se refiere jamás tuve tiempo para vigilarle de cerca, a causa de los negocios que me retienen en París. Se pasaba todo el día corriendo por las fortificaciones. Dos veces tuve que ir a reclamarle, porque había robado, ¡oh!, tonterías sin importancia. Y luego, en cuanto ha podido, se dedicó a tener trato con las niñas, tanto era lo que su pobre madre se lo había frotado por las narices. Con todo y ello, ahora le verá usted; con sus doce años es ya todo un hombre. En fin, para que trabaje un poco le puse en manos de la tía Eulalia, una mujer que vende verduras en Montmartre. La acompaña a los mercados centrales y le lleva uno de sus canastos. Lo peor del caso es que ahora la infeliz padece tumores en un muslo… Bueno, ya hemos llegado, señora; entre, por favor.

La señora Carolina inició un movimiento de retroceso. Se hallaba aquello en el fondo del patio, detrás de una verdadera trinchera de inmundicias, uno de los agujeros más pestilentes, un chamizo medio hundido en el suelo, semejante a un montón de cascotes sostenidos únicamente por trozos de tablones. No se veía allí ventana alguna. Era preciso que la puerta, una antigua puerta vidriera, forrada con una plancha de cinc, permaneciera abierta, como única forma de que entrara luz; y el frío reinaba allí, implacable. En un rincón percibió un jergón, tendido simplemente sobre tierra removida. Ningún otro mueble merecía ser reconocido como tal, por entre el batiburrillo de toneles despanzurrados, encañados, desprendidos, cestos a medio pudrir, que indudablemente hacían servir como sillas y mesas. Las paredes rezumaban una humedad viscosa. Una grieta, una hendedura existente en el negro techo, permitía que se colara la lluvia hasta el pie mismo del jergón. Y el olor, el olor sobre todo, era espantoso; la abyección humana puesta al desnudo, en el más absoluto de los desamparos.

—Tía Eulalia —gritó la Méchain— es una señora que se interesa por Víctor… ¿Qué es lo que le ocurre, al sapo ese, para no acudir en seguida cuando se le llama?

Un informe paquete de carne se agitó entonces sobre el jergón, por entre los colgajos de una tela vieja que servía de sábana; y la señora Carolina acabó por distinguir en aquel bulto a una mujer de una cuarentena de años, metida allí dentro completamente en cueros, sin camisa, semejante a un pellejo medio vacío, tan fofa y llena de pliegues aparecía a la vista. La cabeza no era nada fea, fresca aún, enmarcada por cortos y rubios cabellos rizados.

— ¡Ah! —se puso a gemir—, que entre, si ha de ser para bien nuestro, pues ya no resulta posible, ¡Dios mío!, que esto continúe así… ¡Cuando piensa una, señora, que hace ya quince días que no he podido levantarme, a causa de estos sucios granos que me están sembrando de agujeros el muslo!… Ocurre entonces, que se queda la casa sin un céntimo, como es natural. Imposible continuar el comercio. Tenía dos camisas que Víctor se ha ido a vender; y estoy más que convencida de que, esta misma noche, vamos a reventar de hambre.

Luego, alzando la voz, exclamó:

— ¡Sal de ahí, pequeño, y déjate de tonterías!… La señora no te va a hacer ningún daño.

Y la señora Carolina se estremeció, al ver alzarse un paquete desde dentro de un cesto, que empezó por creer se trataba de un montón de harapos. Era Víctor vestido con los restos de un pantalón y una blusa de tela, por cuyos agujeros salía a relucir su desnudez. La luz que entraba por la puerta, le daba de lleno, y ella entretanto permanecía como atontada, llena de estupefacción

ante el asombroso parecido que el muchacho tenía con Saccard. Desaparecieron todas sus dudas, la paternidad era innegable.

—No quiero —manifestó el chico— que empiecen a darme la lata con eso de ir a la escuela.

La señora Carolina por su parte, no le quitaba la vista de encima, sumida en un malestar creciente. Con tal parecido que la tenía anonadada, resultaba inquietante el aspecto del muchachuelo aquel, con toda una mitad de la cara más gruesa que la otra, la nariz torcida hacia la derecha, la cabeza como aplastada sobre el peldaño en que su madre, violada, le había concebido. Parecía además prodigiosamente desarrollado para la edad que tenía, no muy alto, más bien rechoncho, enteramente formado a los doce años, con el cuerpo cubierto ya de vello, lo mismo que un animal precoz. Sus ojos audaces, devoradores, la boca sensual, eran los de un hombre. Y, en aquella infancia desorbitada, de tez tan pura todavía, con ciertas delicadas comisuras de niña, esa virilidad tan bruscamente desarrollada, resultaba molesta y causaba espanto, cual si se tratara de una monstruosidad.

— ¡Veo que eso de la escuela te da mucho miedo amiguito! —acabó por decir la señora Carolina—. Y sin embargo, mejor estarías allí que aquí. ¿Dónde duermes?

Con un gesto, el chico le indicó el jergón.

—Allí, con ella.

Contrariada por aquella franca respuesta, la tía Eulalia removióse toda ella, viendo de hallar una explicación.

—Le había preparado una cama con un colchoncito; pero después, no hubo más remedio que venderlo… Hay que acostarse donde y como se puede, ¿no es así?; sobre todo cuando las cosas van desapareciendo alrededor de uno.

La Méchain estimó deber propio intervenir, aunque nada ignorase de cuanto estaba ocurriendo.

—De todos modos, eso no es nada aconsejable, Eulalia… Y tú, granuja, bien podrías haber venido a dormir a casa, en lugar de acostarte con ella.

Pero Víctor entonces, plantándose sobre sus cortas y recias piernas, exclamó airado con su precocidad de macho:

—Y, ¿por qué iba a hacerlo?, ¡no olvide que es mi mujer!

Y la tía Eulalia por su parte, revolcándose en la fofa grasa de su cuerpo, prefirió tomárselo a risa, tratando de salvar lo abominable merced al tono de broma que quiso imprimir a la conversación. Rebosaba en ella no obstante un tierno gesto de admiración para con el chico.

— ¡Oh!, pueden tener por bien seguro que no le confiaría mi hija, si la tuviera… Es un verdadero hombrecito.

La señora Carolina se estremeció. El corazón empezaba a fallarle, sentía una repugnancia espantosa. ¿Podía concebirse siquiera?, ¡aquel chiquillo de doce años, ese pequeño monstruo, con una mujer de cuarenta, estragada y enferma, sobre aquel inmundo jergón, en medio de toda esa serie de trastos y de aquel hedor! ¡Ah!, ¡maldita miseria que destruye y llega a pudrir cuanto se le pone por delante! Dejó veinte francos y huyó de allí a toda prisa, yendo a refugiarse a casa de la propietaria, para tomar un partido y entenderse definitivamente con ésta. En presencia de tal abandono, un pensamiento había despertado en ella, el de la Obra del Trabajo: tal institución, ¿no había sido precisamente creada para semejantes casos de desgracia y con vistas a tratar de regenerar miserables criaturas recogidas en el arroyo, por medio de la higiene y de la práctica en un oficio? Con la mayor rapidez posible, precisaba sacar a Víctor de aquella cloaca, situarlo allí y rehacer de ese modo toda una existencia. Seguía temblando de pies a cabeza, y mientras tomaba esa decisión una delicadeza de mujer iba apoderándose de ella: no decirle nada todavía a Saccard, esperar hasta haber limpiado un poco al monstruo de su mugre, para mostrárselo; experimentaba en efecto algo así como un pudor por él, relacionado con aquel espantoso vástago; sufría por la vergüenza que en las presentes circunstancias hubiera él sentido. Bastarían algunos meses sin duda, y hablaría en seguida, dichosa con su buena acción.

La Méchain difícilmente alcanzaba a comprender.

—Dios mío, señora, como mejor le parezca… Sólo que quiero mis seis mil francos en seguida. Víctor no se moverá de casa, si antes no tengo mis seis mil francos.

Esta exigencia desesperó a la señora Carolina. No llevaba encima semejante cantidad, y no quería pedírsela al padre, como es natural. Discutió y suplicó, pero en vano.

— ¡No, no! Si dejara de tener la prenda en mi poder, equivaldría a quedar colgada. Conozco esta clase de asuntos.

Viendo finalmente que la suma era crecida y que no conseguiría nada, intentó un regateo.

—Bueno, vamos a ver, entrégueme dos mil francos en el acto. Esperaré para cobrar el resto.

Pero, para la señora Carolina el apuro continuaba siendo el mismo, y todo era preguntarse de dónde sacar esos dos mil francos, cuando se le ocurrió la idea de dirigirse a Máximo. No quiso discutir más. Estaba segura de que éste consentiría desde luego en guardar el secreto y no rehusaría adelantar ese

escaso dinero, que ciertamente acabaría devolviéndole su padre. Y se marchó luego, no sin antes anunciar que volvería al día siguiente para hacerse cargo de Víctor.

No eran más que las cinco y era tal la fiebre que sentía por acabar, que, en subiendo a su simón, dio al cochero las señas de Máximo, avenida de la Emperatriz. Cuando llegó, el ayuda de cámara le dijo que el señor se estaba vistiendo, pero que, de todos modos, le anunciaría su visita.

Por unos momentos tuvo sensación de ahogo en el salón donde esperaba. Era aquél un pequeño hotel instalado con un refinamiento de exquisito lujo y bienestar; y un olor suave, ambarino, parecía desprenderse del tibio silencio de sus distintas piezas. Tratábase de algo hermoso, tierno y discreto, aunque allí no se contase con la presencia de mujer alguna; puesto que, el joven viudo, enriquecido con la muerte de la suya, había acondicionado su vida con vistas al exclusivo culto de sí mismo, cerrando su puerta, como muchacho de experiencia, a cualquier nuevo compromiso. Aquel goce de vivir, que debía a una mujer, no concebía en modo alguno que se lo desbaratase otra mujer. Desengañado del vicio, no seguía cultivándolo más que como pudiera saborear un postre que le estaba prohibido por razón del deplorable estado de su estómago. Desde hacía tiempo, abandonó su idea de entrar en el Consejo de Estado, ni siquiera le interesaban ya las carreras, pues los caballos le habían hartado lo mismo que las amiguitas. Y vivía solo, desocupado, perfectamente feliz, comiéndose su fortuna con arte y discreción, mostrando una ferocidad de guapo mozo, perverso y mimado, convertido después en persona seria.

—Si la señora quiere seguirme —volvió diciendo el criado—. El señor la recibirá inmediatamente en su alcoba.

La señora Carolina tenía con Máximo tratos familiares, desde que él la veía instalada como intendente fiel, cada vez que iba a comer a casa de su padre. Al entrar ella en la alcoba, encontró las cortinas echadas, seis bujías ardiendo sobre la chimenea y sobre un velador, iluminando con tranquila llama el nido de plumón y de seda; una alcoba demasiado delicada de dama hermosa que se hace cotizar, con cómodos sillones y su inmenso lecho de una molicie de plumas. Era aquélla la pieza amada, en la que había extremado las delicadezas, los muebles y los «bibelots» más encantadores, auténticas maravillas del siglo último, fundidas, perdidas en medio de la más deliciosa maraña de telas que imaginarse pueda.

La puerta que daba al tocador estaba abierta de par en par, y por ella asomó Máximo, diciendo:

—Dígame, ¿qué ha sucedido?… No habrá muerto papá, ¿verdad?

Al salir del baño, acababa de ponerse un elegante traje de franela blanca,

sobre la fresca y embalsamada piel, y se ofrecía a la vista con su hermosa cabeza de jovencita, ya cansada con sus claros y azules ojos resaltando sobre el vacío del cerebro. A través de la puerta aún podía oírse el gotear de uno de los grifos de la bañera, en tanto que un perfume de violenta flor llegaba hasta allí mezclado con la dulzura del agua tibia.

—No, no, no se trata de nada tan serio —respondió ella, molesta por el tono un tanto guasón con que había sido formulada la pregunta—. Y lo que tengo que decirle, no obstante, me embaraza un poco… Me perdonará ante todo, por caer así, de improviso, en su casa…

—La verdad es que hoy comeré en la ciudad, pero aún tengo tiempo sobrado para vestirme… Vamos a ver, ¿qué sucede?

Por lo que a él se refiere, todo era esperar, y ella en cambio vacilaba ahora, no hacía más que balbucear, sobrecogida por aquel exagerado lujo, por ese refinamiento rebuscado que notaba a su alrededor. Se iba sintiendo como acobardada, ya no se veía con su acostumbrado valor para soltarlo todo. ¿Era posible que la existencia, tan dura para con aquel niño, nacido allá abajo, como producto del azar, en la cloaca del andurrial de Nápoles, se hubiera mostrado en cambio tan pródiga para con éste, en medio de tan sabia riqueza? Tantas innobles suciedades, el hambre y la inevitable basura, por un lado, y, en contraste con él, de otro, un tal refinamiento de lo exquisito, la abundancia, la vida hermosa. ¿Significaría el dinero acaso, la educación, la salud y la inteligencia? Y, si el propio lodo humano quedaba debajo, ¿no consistía precisamente la civilización en esa superioridad de despedir buen olor y vivir bien?

— ¡Dios mío!, se trata de toda una historia. Creo que hago bien contándosela… Por lo demás, me veo forzada a ella, le necesito.

Máximo se puso a escucharla, al principio permaneciendo en pie; luego se sentó frente a ella, con las piernas temblorosas por la sorpresa. Y, cuando la señora Carolina hubo callado, exclamó a su vez:

— ¿Cómo es eso?, ¿qué es lo que está usted diciendo?; de modo que ya no soy hijo único como me imaginaba, sino que me encuentro con un horroroso hermanito que cae llovido del cielo, y sin advertirlo siquiera, ¡cuidado!

Ella entonces, creyendo haber causado alarma en sus intereses, hizo alusión al problema hereditario.

— ¡Oh!, comprendido, ¡la herencia de papá!

Contestó él con un gesto de despreocupación irónica, que la señora Carolina no alcanzó a entender. ¿Cómo?, ¿qué estaba queriendo decir? ¿No creía acaso en las grandes dotes y en la auténtica fortuna de su padre?

—No, no, mi negocio está hecho, no preciso de la ayuda de nadie… Sólo que, la verdad sea dicha, resulta tan divertido lo que ahora se viene encima, que no puedo por menos de echarme a reír.

Y se reía en efecto, pero sintiéndose al mismo tiempo humillado, inquieto en su fuero interno, sin dejar de pensar más que en sí mismo, por no haber tenido tiempo aún de examinar lo que la aventura en cuestión pudiera significarle de bueno o de malo. Se sintió como algo aparte, y ello hizo que soltara una frase en la que, de forma brutal, quedó reflejado por entero todo su ser.

—En el fondo, ¿qué quiere que la diga?, se trata de algo que me tiene perfectamente sin cuidado.

Se levantó en aquel instante y pasó al tocador de donde salió en seguida con un bruñidor de concha, con el que se frotaba tranquilamente las uñas.

—Y, ¿qué es lo que se propone hacer con su monstruo? No es posible encerrarlo en la Bastilla como la Máscara de Hierro.

Habló ella entonces de las cuentas de la Méchain, expuso su idea de hacer entrar a Víctor en la Obra del Trabajo, y le pidió los dos mil francos.

—No quiero que su padre sepa nada aún; no tengo nadie a quien dirigirme sino a usted, es necesario que haga usted ese anticipo.

Pero él se negó en redondo.

— ¿A papá?, ¡nunca en la vida!, ¡ni un solo céntimo!… Escúcheme bien, se trata de un juramento; necesitaría papá una simple moneda para pasar un puente, y desde luego no se la prestaría… ¡Compréndalo!, existen estupideces que pudiéramos llamar demasiado tontas, y, la verdad, ¡no quiera ponerme en ridículo!

Dedicábase ella a contemplarle de nuevo, turbada por las vilezas que insinuaba. En aquel momento de pasión, ni sentía deseo ni tenía tiempo para hacerle hablar.

— ¿Y a mí —continuó diciendo en un tono seco—, me prestaría esos dos mil francos?

—A usted, a usted…

Y, entretanto seguía puliéndose las uñas con un movimiento rápido y curioso, sin dejar de analizarla con sus ojos claros, que escudriñaban a las mujeres hasta alcanzar el mismo fondo de su corazón.

—A usted, en todo caso, sí quiero desde luego… La considero una ingenua, y sé que hará que me los devuelvan.

Luego, después de haber ido a buscar los dos billetes a un mueblecito y de habérselos entregado, le cogió las manos y las conservó unos instantes entre las suyas, con gesto de amistosa jovialidad, lo mismo que un yerno cuando siente simpatía por su suegra.

— ¡Se hace ilusiones respecto a papá!… ¡Oh!, no intente defenderse, pues no es mi propósito meterme en sus asuntos… A las mujeres, y aunque resulte ello extravagante, les encanta a veces sacrificarse por alguien; y, claro está, estimo que hacen muy bien disfrutando su placer allí donde lo encuentran… No importa que un día resulte usted mal recompensada; venga a verme y hablaremos.

Cuando la señora Carolina volvió a encontrarse en su simón, sofocada aún por el calorcillo que ambientaba el pequeño hotel y por el perfume de heliotropo que había penetrado en sus vestidos, sentía como un temblor en todo su cuerpo, cual si saliera de un lugar sospechoso, aterrorizada asimismo por toda aquella serie de reticencias e insinuaciones burlonas del hijo respecto al padre, que venían a agravar su sospecha con relación a un pasado inconfesable. Pero ella no quería saber nada, tenía el dinero y consiguió tranquilizarse combinando su programa del día siguiente, de manera que, a partir de aquella misma tarde, el niño fuera puesto a salvo y rescatado del vicio.

Tuvo para ello que estar en movimiento desde primeras horas de la mañana, pues eran muchas y muy diversas las formalidades a cumplir, para tener la seguridad absoluta de que su protegido sería acogido en la Obra del Trabajo. Su condición de secretaria del consejo de vigilancia, que la princesa de Orviedo, como fundadora, estableció que estuviera integrado por diez damas de la buena sociedad, le facilitó por lo demás el cumplimiento de tales formalidades; y, por la tarde sólo le quedó ir en busca de Víctor al suburbio de Nápoles. Se había llevado consigo vestidos apropiados, y no dejaba de tener inquietud en el fondo por la resistencia que pudiera llegar a oponerle el pequeño, que no quería ni oír hablar de la escuela. Pero la Méchain, a quien envió recado y que esperaba su llegada, la detuvo en el mismo umbral de la puerta para hacerle saber una nueva que la tenía trastornada a ella misma: de pronto, y durante la noche, la tía Eulalia había muerto, sin que el médico hubiera podido precisar a punto fijo de qué, acaso una congestión, algún estrago de su revuelta y putrefacta sangre; y lo más espantoso del caso había sido que el chiquillo, acostado con ella, en plena oscuridad, no se había dado cuenta de que le sobreviniera la muerte, más que al notar, en su contacto con el mismo, cómo aquel cuerpo se iba quedando totalmente frío. Había acabado de pasar la noche en casa de la propietaria, alelado por aquel drama, sobrecogido por un miedo sordo, y en un estado de acobardamiento tal, que se dejó vestir e incluso pareció mostrarse contento ante la idea de vivir en una casa en la que

había un hermoso jardín. Nada le retenía allí, puesto que la gorda, como él la llamaba, iba a pudrirse en el hoyo.

Mientras tanto, la Méchain, al extender su recibo de dos mil francos, ponía sus condiciones.

—Quedamos bien claramente, pues, ¿no es eso?, en que deberá usted completar los seis mil francos, dentro de seis meses y mediante una sola entrega… En otro caso, habría de dirigirme al señor Saccard.

—Pero —dijo la señora Carolina— tenga usted presente que es el propio señor Saccard quien le pagará… Lo que hoy hago es reemplazarle simplemente.

Las despedidas de Víctor y de la vieja prima, carecieron de la más mínima ternura: un beso en los cabellos, una prisa inusitada del niño por subir al coche, mientras ella por su parte, abroncada por Busch con motivo de haber consentido aquella simple entrega a cuenta, continuaba rumiando sordamente su contrariedad por haber dejado escapar la prenda de aquella forma.

—En fin, señora, procure comportarse honradamente conmigo, pues en otro caso le juro que sabré hallar la manera de que se arrepienta.

Desde el arrabal de Nápoles hasta la Obra del Trabajo, en el boulevar Bineau, la señora Carolina no pudo sonsacar de Víctor más que monosílabos; sus relucientes ojos estaban dedicados por entero a devorar la carretera, las largas avenidas, los transeúntes y las casas lujosas. No sabía escribir, y apenas leer, habiendo desertado siempre de la escuela para irse a rondar por las fortificaciones; y de su rostro infantil, madurado antes de tiempo, no salían más que los apetitos exasperados de su raza, una impaciencia, una violencia por disfrutar, agravados por el mantillo de la miseria y los abominables ejemplos entre los que había ido creciendo. Ya en el boulevar Bineau, sus ojos de joven fiera salvaje centellearon más aún, cuando, bajado que hubo del coche, atravesó el patio central, bordeado a derecha e izquierda por los edificios destinados a los chicos y a las muchachas. Con una ojeada había escudriñado ya los amplios patios de recreo, plantados de hermosos árboles las cocinas revestidas de azulejos y a través de cuyas abiertas ventanas llegaba hasta allí el olor a carne, los refectorios ornamentados en mármol, largos y altos cual naves de capilla, todo ese majestuoso lujo en fin, que la princesa, en la firme obsesión de sus consabidas restituciones, quería dar a los pobres. Luego, llegados al fondo, en el cuerpo del edificio ocupado por la administración, paseado de sección en sección para ser admitido con las formalidades de costumbre, el muchachito escuchó el sonido de sus zapatos nuevos a lo largo de los inmensos corredores y amplias escaleras, de todos aquellos pasadizos inundados de aire y de sol, con una decoración de palacio. Las ventanillas de su nariz no hacían más que agitarse, todo aquello iba a ser

suyo.

Luego, la señora Carolina, con motivo de haber descendido de nuevo a los bajos para la firma de un documento, le hizo seguir por otro corredor conduciéndole frente a una puerta vidriera a través de la cual pudo ver un taller en el que, muchachos de su edad, de pie ante unos bancos, aprendían a esculpir en madera.

—Como podrás ver, amiguito —le dijo—, aquí se trabaja, porque es preciso trabajar si se quiere vivir sano y contento… Por la tarde hay clases y espero, ¿no es así?, que serás lo bastante cuerdo, y estudiarás como es debido… Eres tú quien tiene que decidir tu propio porvenir, un porvenir como jamás pudiste haber soñado.

Un pliegue sombrío había desdibujado la frente de Víctor. No respondió, y sus ojos de lobezno sólo lanzaron sobre aquella ostentación de lujo, más que prodigado, miradas oblicuas de bandido envidioso: tener todo aquello, sí, pero sin hacer nada; conquistarlo, hartarse, a fuerza de uñas y dientes. Desde entonces ya no estuvo allí más que en condición de rebelde, como prisionero que sueña en el robo y la evasión.

—Todo lo tenemos ahora en regla —continuó diciendo la señora Carolina —. Vamos a subir a la sala de baños.

Habíase establecido como costumbre que, a la entrada de todo nuevo pensionista, éste tomase un baño; y las tinas se hallaban arriba, en gabinetes contiguos a la enfermería que, compuesta de dos pequeños dormitorios, uno para los niños y otro para las niñas, lindaba a su vez con la lencería. Las seis hermanas de la comunidad reinaban allí, en aquella lencería soberbia, toda de arce barnizado, con tres pisos de profundos armarios; como también en aquella enfermería modelo, de una luminosidad, de una blancura sin mácula, alegre y limpia como la misma salud. Las damas del consejo de vigilancia también solían ir por allí, a primera hora de la tarde, menos para controlar que para dar a la obra el apoyo de su abnegación.

Y, en aquel instante, la condesa de Beauvilliers se hallaba allí, con su hija Alicia, en la sala que separaba a las dos enfermerías. La llevaba por allí con alguna frecuencia para distraerla así y proporcionarle el placer de la caridad. Aquel cha, Alicia ayudaba a una de las hermanas a preparar rebanadas de pan con confitura, para dos pequeñas convalecientes a quienes se había permitido merendar.

— ¡Ah! —dijo la condesa, viendo a Víctor a quien acababan de hacer sentar en espera de su baño—, aquí tenemos a uno nuevo.

Por lo general, se mostraba ceremoniosa con la señora Carolina, saludándola con un simple movimiento de cabeza, sin dirigirle jamás la

palabra, por temor quizás a verse forzada a entablar con ella relaciones de vecindad. Pero aquel muchachito al que guiaba, el gesto de activa bondad con que se estaba ocupando de él, la conmovieron sin duda, haciéndola salir de su acostumbrada reserva. Y se pusieron a conversar a media voz.

— ¡Si supiera usted, señora, de qué infierno acabo de sacarlo! Lo encomiendo a su benevolencia, lo mismo que lo recomendé ya a todas esas señoras y caballeros.

— ¿Tiene padres? ¿Los conoce usted acaso?

—No, su madre murió… No tiene a nadie más que a mí.

— ¡Pobre criatura!… ¡Ah!, ¡cuánta miseria!

Durante todo ese tiempo, Víctor no le quitaba la vista de encima a las rebanadas de pan con mermelada. Sus miradas parecían reflejar la llama de una feroz codicia; y, desde aquella confitura que el cuchillo iba extendiendo, su vista iba remontando hasta las endebles y blancas manos de Alicia, para alcanzar luego su cuello, esbelto en demasía, a toda su personalidad en fin, de virgen canija, que se iba demacrando en la vana espera del matrimonio. Si se hubiera encontrado solo con ella, ¡de qué buena gana le hubiera arreado un buen golpe de cabeza en el vientre, hasta hacerla rodar contra la pared, para apoderarse de sus rebanadas! La joven por su parte, venía observando desde hacía rato sus miradas glotonas, y, previo consultar a la religiosa con la vista, acabó preguntando:

— ¿Tienes hambre quizás, pequeño?

—Sí.

— ¿No te desagrada la confitura, verdad?

—No.

— ¿Te gustará entonces que te prepare dos rebanadas, para que puedas comértelas al salir del baño, con mucha confitura y poco pan?

—Sí.

—La joven reía, sin dejar de bromear, pero el muchacho permanecía serio y boquiabierto, con sus devoradores ojos que se estaban materialmente zampando a ella y a sus rebanadas.

En aquel momento, gritos de gozo, todo un violento estrépito remontaba del patio de los muchachos, cuyo recreo empezaba a las cuatro. Los talleres se vaciaban y los pensionistas tenían una media hora para merendar y desentumecer las piernas.

—Ya lo estás viendo —dijo la señora Carolina al chico acercándole a una

ventana—, aunque se trabaja, también se juega… ¿Te gusta trabajar?

—No.

— ¿Sí te gustará jugar, verdad?

—Sí.

—Pues bien, si quieres jugar, también será preciso que trabajes… Todo acabará arreglándose, estoy segura de que serás razonable.

El chico no contestó. Una llama de placer le había caldeado el rostro a la vista de aquellos compañeros suyos en libertad, saltando y gritando alegremente; y sus miradas retornaron de nuevo hacia sus tartinas de pan con mermelada que la joven acababa de aderezar y ponía sobre un plato. ¡Sí!, gozar de libertad, divertirse a todas horas, no era otra cosa lo que él quería. Su baño estaba a punto, y se lo llevaron.

—Tenemos un caballerete a la vista que será fácil de gobernar, a mi juicio —dijo dulcemente la religiosa—. Desconfío de ellos, cuando no tienen el rostro siguiendo la vertical.

—Pero, éste en particular, no es feo, sin embargo —murmuró Alicia— y por la forma de mirar, diríase que tiene dieciocho años.

—Es verdad —terminó diciendo la señora Carolina con ligero estremecimiento—, está muy adelantado para su edad.

Y, antes de marcharse, aquellas señoras, quisieron darse el gusto de ver cómo sus pequeñas convalecientes se comían las tartinas que habían preparado. Una de ellas sobre todo era muy interesante, una rubita de diez años, con ojos ya despiertos y aires de mujer, la carne atropellada y enferma propia de los suburbios de París. Se trataba por lo demás de la historia común y corriente: un padre borracho que llevaba consigo a las amantes recogidas en el arroyo, que acababa de desaparecer con una de ellas; una madre que se había unido a otro hombre y luego a un tercero, sucumbiendo también ella a la bebida, y la pequeña, a quien tenían allí recogida, maltratada por todos aquellos machos, cuando no era que trataban de violarla. Una mañana, la madre se vio obligada a sacarla de brazos de un albañil, que ella misma trajera la víspera. Se permitía no obstante, a aquella madre miserable, venir a ver a su hija, por haber sido ella quien suplicó que la arrancasen de sus manos, habiendo guardado en su abyección un ardiente amor maternal. Y allí se encontraba casualmente; una mujer delgada y rubia, consumida, con los párpados quemados a fuerza de lágrimas, sentada a la cabecera del blanco lecho, donde su rapaza, muy bien aseada, con la espalda sobre unos almohadones, comía bonitamente sus rebanadas con dulce.

Reconoció a la señora Carolina, por haber estado en casa de Saccard en

busca de ayuda.

— ¡Ah! señora, aquí tiene usted a mi pobre Magdalena, a salvo una vez más. Es nuestra propia desdicha lo que lleva en la sangre, ¿sabe usted?, y el médico me ha dicho seriamente que no viviría si continuaba en casa, expuesta a toda clase de atropellos… Aquí, en cambio, le dan carne y vino; además respira a gusto y está tranquila… Se lo ruego, señora, tenga la bondad de decir a ese buen señor, que no vivo una sola hora de mi existencia sin bendecirle.

El sollozo la ahogaba, su corazón se estremecía de agradecimiento. Era de Saccard de quien hablaba, pues a nadie conocía sino a él, como la mayor parte de los padres que tenían hijos recogidos en la Obra del Trabajo. La princesa de Orviedo no aparecía para nada, mientras que él se había prodigado durante mucho tiempo, poblando materialmente la Obra, acumulando allí todas las miserias del arroyo para ver funcionar más rápidamente aquella caritativa máquina cuya creación se debía a él en cierto modo; por lo demás, apasionándose como siempre, distribuyendo monedas de cien sueldos de su propio peculio entre las acongojadas familias cuyos pequeños ponía a salvo. Y quedaba como el solo y auténtico buen Dios bondadoso, para todos aquellos miserables.

— ¿Querrá usted hacerlo, señora?, dígale que perdida por esos mundos de Dios, existe una pobre mujer que no cesa de rogar por él…

Desbordaron las lágrimas de sus ojos, escurriéndose por sus marchitas mejillas.

—Escúchame, Magdalena, escucha…

La niñita, tan pálida con su camisa de nieve, sin dejar de lamer golosamente sus rebanadas con la punta de la lengua, levantó la cabeza y dio muestras de prestar atención.

—Cada noche, antes de dormir en tu cama, juntarás tus manitas así, y dirás: «Dios mío, haced que el señor Saccard sea recompensado por su bondad, que tenga largos años de vida y que sea dichoso…». ¿Lo oyes, me lo prometes?

—Sí, mamá.

Las semanas que siguieron, la señora Carolina vivió sumida en una gran turbación moral. Ya no tenía respecto de Saccard un concepto limpio. La historia del nacimiento y del abandono de Víctor, aquella triste Rosalía poseída sobre un peldaño de escalera, y de un modo tan violento que había quedado lisiada, aquellos pagarés firmados e impagados, así como el desdichado niño sin padre crecido en el fango; todo ese lamentable pasado causaba náuseas en su corazón. Procuraba apartar de su mente las imágenes de

ese pasado, como tampoco había querido provocar las indiscreciones de Máximo: debían existir allí, seguramente, taras antiguas que, por su horror, le hubiera causado profunda pena conocer. A renglón seguido, aquella mujer sumida en sollozos, juntando las manos de su hijita y haciéndole rezar por aquel hombre, venía a constituir una faceta distinta; tratábase entonces del Saccard adorado como el Dios de bondad, auténticamente bueno, verdadero salvador de almas con su apasionada actividad de hombre de muchos negocios, que conseguía alcanzar la cumbre de la virtud, cuando la tarea era hermosa. Y así llegó ella al extremo de no querer juzgarle, razonando en sí misma, para tranquilizar su conciencia de mujer docta, que ha leído y reflexionado mucho, que, como ocurre con todos los hombres, se simultaneaban en él lo peor y lo mejor.

Acababa de experimentar, sin embargo, como un sordo despertar de vergüenza, ante la idea de haberle pertenecido. Semejante consideración seguía teniéndola estupefacta, y trataba de tranquilizarse jurándose a sí misma que todo aquello había concluido; que tal sorpresa vivida en un momento dado, no podía volver a empezar. Y transcurrieron tres meses, durante los cuales, iba a ver a Víctor dos veces por semana; y, una noche sin saber cómo se encontró de nuevo en brazos de Saccard, en plan de entrega definitiva y dejando que se establecieran entre ellos relaciones regulares. ¿Cómo explicarse su reacción? ¿Habría obedecido, como las otras, a un impulso de curiosidad?, aquellos amores de antaño cuyo cieno removiera ella misma, ¿habrían motivado acaso el sensual deseo de saber? Sí, indudablemente no debía haber en todo ello más que una perversión sentimental, o acaso el niño habría servido de lazo, de aproximación fatal entre él, el padre, y ella, la madre del hallazgo y de adopción. En su profunda pesadumbre de mujer estéril, aquello la había enternecido hasta el desastre de su voluntad, la circunstancia de haberse ocupado del hijo de este hombre en medio de tan punzante circunstancia. Cada vez que volvía a ver al chiquillo, se entregaba más aún, y en el fondo de su abandono existía indudablemente un instinto de maternidad. Era, por lo demás, mujer de claro buen sentido, que sabía aceptar los hechos de la vida, sin martirizar su cerebro tratando de explicarse las mil causas complejas que pudieran motivar los mismos. Para ella, en ese devaneo entre el corazón y el cerebro, en aquel análisis refinado de conductas y procederes, no cabía apreciar otra cosa que la simple distracción de mundanas desocupadas, sin casa que gobernar, sin hijos a los que amar, de intelectuales de ocasión que buscan excusas para sus caídas, e intentan disfrazar con su ciencia del alma los apetitos de la carne, comunes por otra parte a las duquesas y a las criadas de mesón. Ella, de una erudición demasiado amplia quizás, que había perdido otrora su tiempo, quemando etapas por tratar de conocer el mundo en toda su vasta extensión y tomando parte en disputas de filósofos, se sentía de vuelta de todo ello, contemplaba con enorme desdén esos recreos psicológicos, que

tienden a reemplazar el piano y la tapicería, y de los que ella misma decía, riéndose, que han corrompido más mujeres que las que puedan haber llegado a enmendar. Por eso, los días en que se producían huecos en su fuero interno, en que notaba cómo una fractura de su libre arbitrio, prefería tener el valor de aceptar el hecho, después de haberlo constatado; y contaba en todo momento con el trabajo de la vida, para borrar la tara y reparar el mal, lo mismo que la savia cierra siempre el corte de una encina, mediante rehacer la madera y la corteza. Si se daba el caso de que ahora perteneciera a Saccard sin haberlo querido así, sin estar segura de amarle, trataba de compensar en su mente semejante desliz, viendo de juzgarle como no indigno de ella, seducida por sus cualidades de hombre de acción, por su energía y su afán de triunfo, estimándole bueno y útil para los demás. Su primera reacción de vergüenza habíase esfumado, barrida por ese deseo propio que normalmente se tiene y que le impulsa a uno a purificar sus faltas; y nada podía en efecto concebirse como más natural y tranquilo que sus ilícitas relaciones: unos lazos de simple razón o conveniencia, él dichoso con tenerla allí, por la noche, cuando no salía; ella casi maternal de una afectuosidad sosegada, con su viva inteligencia y su rectitud. Y significaba realmente, para aquel pirata de las calles de París, quemado y curtido en todas las acechanzas financieras, una suerte inmerecida, una recompensa robada como todo lo demás, tener a su lado aquella adorable mujer, tan joven y tan sana a sus treinta y seis años, bajo la nieve de su espesa cabellera blanca, con un sentido lógico tan firme, de una discreción tan humana, en su fe respecto de la vida, tal y como la misma es, a pesar del barro que el torrente arrastra.

Pasaron meses, y es preciso decir que la señora Carolina, encontró a Saccard muy enérgico y muy prudente, durante todos esos penosos primeros pasos del Banco universal. Sus sospechas de tráficos turbios, sus temores de que llegara a comprometerles, a ella y a su hermano, se disiparon casi por entero al verle luchar sin descanso con las dificultades, gastándose desde por la mañana hasta por la noche para asegurar el buen funcionamiento de aquella enorme mecánica cuyos rodajes rechinaban, próximos a estallar; y ella le correspondió con su agradecimiento, incluso le admiró. El Universal, en efecto, no tiraba adelante como él había esperado que ocurriese, pues tenía en su contra la sorda hostilidad de la alta banca: corrían rumores nefastos, renacían obstáculos, inmovilizando el capital y no permitiendo que se desarrollasen las grandes tentativas fructuosas. Por esto había llegado a hacer una virtud de aquella lentitud de marcha a que se le tenía constreñido, avanzando sólo paso a paso, sobre terreno sólido, al acecho a las barrancas, demasiado ocupado en evitar una caída para osar lanzarse por los azares del juego. Se veía compelido a roer su propia impaciencia, pataleando lo mismo que un animal de carreras, forzado a seguir un ligero trote de paseo; pero jamás los comienzos de una casa de crédito resultaron ser más honorables ni

más correctos; y en la Bolsa se hablaba de ello con asombro.

Y así fue como se alcanzó la época de la primera junta general. Había sido fijada para el 25 de abril. Ya el 20, Hamelin volvió de Oriente, sólo para presidirla, llamado a toda prisa por Saccard que se ahogaba en aquella casa tan estrecha. Traía, por lo demás, excelentes noticias: se hallaban conclusos los tratados para la formación de la Compañía general de Vapores reunidos y, de otra parte, tenía ya en el bolsillo las concesiones que aseguraban a una sociedad francesa la explotación de las minas de plata del Carmelo; sin hablar, naturalmente, de la Banca nacional turca, de la que acababa de sentar las bases en Constantinopla y que vendría a ser una auténtica sucursal del Universal. Por cuanto se refiere al trascendental asunto de los ferrocarriles del Asia Menor, aún no podía considerarse maduro, precisaba reservarlo para más adelante; por lo demás, no tenía más remedio que volver allá, para continuar sus estudios, al día siguiente mismo de celebrada la junta. Saccard, entusiasmado, sostuvo con él una larga conversación, a la que asistió la señora Carolina, y en esa entrevista les persuadió fácilmente de que era de todo punto imprescindible un aumento de capital social, si se quería hacer frente a todas esas empresas. Ya los fuertes accionistas, Daigremont, Huret, Kolb, consultados sobre el particular, habían dado su aprobación a un tal aumento; de manera que, sólo en dos días, la proposición pudo ser estudiada y presentada al consejo de administración, la víspera misma de la reunión de los accionistas.

Aquel consejo de urgencia tuvo solemnidad, todos los administradores asistieron a él, en el severo salón, sombreado de verde merced a la vecindad de los grandes árboles del hotel Beauvilliers. De ordinario, tenían lugar dos consejos por mes: el pequeño, hacia el 15, el más importante, ese al que no asistían más que los verdaderos jefes, los administradores de negocios; y el gran consejo que se celebraba hacia el día 30 y que constituía la reunión de tipo aparatoso, a la que acudían todos los mudos y los simplemente decorativos, dispuestos a aprobar los trabajos preparados de antemano y estampar sus firmas. Aquel día, el marqués de Bohain, con su diminuta y aristocrática cabeza, fue uno de los primeros en llegar, trayendo consigo, junto con sus aires de gran cansancio, la aprobación de toda la nobleza francesa. Y el vizconde de Robin-Chagot, el vicepresidente, hombre dulce y tacaño, había recibido el encargo de quedar al acecho de todos aquellos administradores que no estaban al corriente; les cogía aparte y les daba a conocer en breves palabras las órdenes del director, es decir del auténtico dueño. Comprendido; todos prometían obedecer con un gesto de cabeza.

Por fin se abrió la sesión. Hamelin dio a conocer al consejo el contenido del informe que habría de leer ante la junta general. Tratábase del abultado trabajo que Saccard venía preparando desde hacía mucho tiempo y que

acababa de redactar en dos días, adicionado con notas traídas por el ingeniero, y que el propio Saccard escuchaba modestamente, con aire de vivo interés, como si no hubiera sabido una sola palabra. Para empezar, el informe hablaba de los negocios llevados a cabo por el Banco universal, desde su fundación: habían sido simplemente buenos, pequeños negocios efectuados de día en día, realizados de la víspera a la mañana, lo corriente y trivial en las casas de crédito. Anunciábanse sin embargo bastante crecidos beneficios con relación al empréstito mejicano, que acababa de ser lanzado el mes anterior, después de la marcha del emperador Maximiliano a Méjico: un empréstito de embrollo y de primas locas, y en relación con el cual Saccard lamentaba en el alma no haber podido chapotear más, por falta de dinero. Todo aquello era lo vulgar y corriente, pero se había vivido. Respecto del primer ejercicio, que sólo comprendía tres meses, del 5 de octubre, fecha de la fundación, al 31 de diciembre, el sobrante de beneficios era únicamente de cuatrocientos mil y pico de francos, lo que había permitido amortizar en un cuarto los gastos de primer establecimiento, pagar a los accionistas su cinco por ciento y depositar el diez por ciento en concepto de fondos de reserva; aparte de ello los administradores habían retirado el diez por ciento que establecían los estatutos a su favor, y quedaba una suma de alrededor de sesenta y ocho mil francos, que había sido incorporado al ejercicio siguiente. Lo único que ocurrió es que no hubo dividendo. Nada a la vez más mediocre ni más honrado. Era un caso semejante al de la cotización de las acciones en Bolsa del Universal; habían subido lentamente de quinientos a seiscientos francos, sin sufrir sacudidas, de una manera normal, como suele ocurrir con las cotizaciones de valores de todo banco que merece respeto; y, desde hacía dos meses, permanecían estacionarias, por no haber razón alguna que justificase el que subieran más, dado el reducido ritmo de trabajo diario en que parecía estar adormecida la naciente casa.

A continuación, el informe hacía referencia al futuro, y aquí era de apreciar un brusco ensanchamiento, el más amplio horizonte abierto a toda una serie de grandes empresas. Insistía particularmente con respecto a la Compañía general de Vapores reunidos, cuya emisión de acciones había de llevar a cabo el Universal: una compañía, con capital de cincuenta millones, que vendría a monopolizar todos los transportes del Mediterráneo, y en la que figurarían sindicadas las dos grandes sociedades rivales, la Focense, por Constantinopla, Esmirna y Trebisonda, por el Pireo y los Dardanelos, y la Sociedad Marítima, por Alejandría, por Messina y Siria, sin contar las casas de menor importancia que entraban en el sindicato, los Combarel y compañía para Argelia y Túnez, la viuda de Henri Liotard, también para Argelia, para España y Marruecos, los Féraud-Giraud, en fin, para Italia, Nápoles y las ciudades del Adriático, por Civita-Vecchia. Se conquistaría el Mediterráneo entero, formando una sola compañía con esas sociedades y casas rivales que se mataban las unas a las

otras. Gracias a los capitales centralizados podrían construirse vapores modelos, de una velocidad y de un confort desconocidos, se multiplicarían las salidas, crearíanse nuevas escalas, se conseguiría hacer de Oriente un suburbio de Marsella; y, ¿qué importancia no adquiriría la Compañía, cuando, una vez acabado el canal de Suez, le fuera autorizado crear servicios para las Indias, Tonkín, la China y el Japón? Jamás había surgido negocio de una concepción más amplia y al propio tiempo más segura. Vendría después el apoyo dado al Banco nacional turco, con relación al cual el informe suministraba largos detalles técnicos, que demostraban la inquebrantable solidez. Y terminaba aquella exposición de futuras actividades, anunciando que el Universal tomaba asimismo bajo su patrocinio a la Sociedad francesa de minas de plata del Carmelo, fundada con un capital de veinticinco millones. Análisis químicos llevados a cabo indicaban la existencia en las muestras del mineral, de una proporción considerable de plata. Pero, más aún que la ciencia, la antigua poesía de los santos lugares hacía chorrear aquella plata en forma de lluvia milagrosa, deslumbramiento divino con que Saccard había puesto fin a una frase de la que se sentía muy orgulloso.

Finalmente, después de todas estas promesas alusivas a un porvenir glorioso, el informe concluía sugiriendo el aumento de capital. Doblábase el mismo, elevándolo de veinticinco a cincuenta millones. El sistema de emisión adoptado era el más sencillo del mundo, para que tuviese fácil cabida en todos los cerebros: se crearían cincuenta mil nuevas acciones, que serían reservadas título por título a los tenedores de las cincuenta mil acciones primitivas; de manera que ni siquiera habría necesidad de suscripción. Sólo que, esas nuevas acciones serían de quinientos veinte francos, contando con una prima de veinte francos, formando en total la suma de un millón, que pasaría a engrosar los fondos de reserva. Por lo demás, sólo era exigible en el momento de la suscripción el desembolso de la cuarta parte del total importe de la acción, más la prima.

Cuando Hamelin terminó la lectura de la memoria, se produjo un murmullo de aprobación. Aquello resultaba perfecto, no había nada a objetar. Durante todo el tiempo que duró la lectura, Daigremont, sumido por entero en un cuidadoso examen de sus uñas, había esbozado alguna que otra sonrisa, reflejo de algún vago pensamiento; y el diputado Huret, medio tumbado en su butaca, con los párpados cerrados y casi dormido, se imaginaba estar en la Cámara; en tanto que Kolb, el banquero, tranquilamente, sin esconderse, se había entregado a un largo cálculo que llevaba a cabo sobre algunas hojas de papel que tenía ante sí, lo mismo que los demás administradores. Sédille, sin embargo, siempre ansioso y desconfiado, quiso hacer una pregunta: ¿Qué sería de las acciones abandonadas por aquellos accionistas que no quisieran hacer uso de su derecho?, ¿las guardaría la sociedad en su cuenta, lo que desde luego resultaba ilícito, puesto que la declaración legal, ante notario, no podía tener

lugar hasta que el capital hubiera sido íntegramente suscrito?; y si se desembarazaba de ellas, ¿a quién y cómo contaba cederlas? Pero, a las primeras palabras pronunciadas por el fabricante de seda, el marqués de Bohain, viendo la impaciencia de Saccard, le cortó la palabra, diciendo con su aire noblote, que el consejo, en tales cuestiones de detalle se remitía a su presidente y al director, tan competentes y consagrados los dos. Y ya no hubo allí otra cosa que congratulaciones a porfía, y la sesión fue levantada en medio de una general expresión de contento.

Al día siguiente, la junta general dio lugar a manifestaciones realmente enternecedoras. Se celebró una vez más en el salón de la calle Blanche, donde un empresario de bailes públicos había ido a la quiebra; y, antes de la llegada del presidente, en aquel salón lleno, corrían los mejores rumores, uno sobre todo que se cuchicheaba al oído: violentamente atacado por la creciente oposición, Rougon, el ministro, el hermano del director, estaba dispuesto a favorecer al Universal, si el periódico de la sociedad, La Esperanza, un antiguo órgano católico, defendía al gobierno. Un diputado de la izquierda acababa de lanzar el terrible grito: «¡El dos de diciembre es un crimen!», qué había resonado de uno a otro extremo de Francia, como una especie de despertar de la conciencia pública. Se hacía necesario responder con grandes actos, la próxima Exposición universal decuplicaría la cifra de los negocios, iba a ganarse de firme en Méjico y en otros sitios, con el triunfo del imperio en su apogeo. Y, entre un pequeño grupo de accionistas que adoctrinaban Jantrou y Sabatani, se comentó con grandes risas la ocurrencia de otro diputado que, cuando la discusión sobre el ejército, había salido con la extraordinaria ocurrencia de proponer que se estableciese en Francia el sistema de reclutamiento de Prusia. La Cámara se había divertido de lo lindo: ¡precisaba, en efecto, que el terror que inspiraba Prusia turbase ciertos cerebros, como consecuencia del asunto de Dinamarca y bajo la angustia del odio sordo que nos guardaba Italia después de Solferino! Pero el ruido de las conversaciones particulares, así como el gran murmullo que imperaba en el salón, decayeron bruscamente, cuando hicieron su aparición Hamelin y la mesa de la asamblea. Más modesto aún que en el consejo de vigilancia, Saccard procuraba eclipsarse, perdido en medio de la multitud; y se contentó con dar la señal de que se iniciaran los aplausos, aprobando la memoria o informe que sometía a la junta las cuentas del primer ejercicio, revisadas y aceptadas por los comisarios-censores, Lavigniere y Rousseau, proponiéndole asimismo doblar el capital. Tan sólo ella era competente para autorizar ese aumento, que decidió por lo demás con entusiasmo, absolutamente embriagada por los millones de la Compañía general de Vapores reunidos y del Banco nacional turco, reconociendo la necesidad de poner el capital en relación con la importancia que el Universal iba a tener muy pronto. En cuanto a las minas de plata del Carmelo, fueron acogidas con un estremecimiento casi religioso. Y

cuando los accionistas se hubieron separado, expresando su voto de gracias al presidente, al director y a los administradores, todos se pusieron a soñar en el Carmelo, en aquella milagrosa lluvia de plata, cayendo sobre los santos lugares, en medio de una gloria consagrada.

Dos días después, Hamelin y Saccard, acompañados esta vez del vicepresidente, el vizconde de Robin-Chagot, fueron de nuevo al despacho del notario Lelorrain, en la calle Sainte-Anne, para hacer la declaración del aumento de capital, que ellos afirmaban haber sido totalmente suscrito. La verdad era, no obstante, que, alrededor de tres mil acciones, rechazadas por los primeros accionistas a quienes pertenecían de derecho, seguían en manos de la sociedad, que las pasó de nuevo al conde Sabatani, merced a un juego de escrituras. Tratábase de la antigua irregularidad, pero agravada; del sistema que consistía en disimular en las cajas del Universal una cierta cantidad de sus propios valores; una especie de reserva de combate que le permitiera especular, lanzarse en plena batalla de Bolsa, si ello se hacía preciso, para sostener las cotizaciones, en el caso de que surgiera una coalición de especuladores a la baja.

Por otra parte, Hamelin, aun desaprobando abiertamente aquella táctica ilegal, había acabado por rendirse totalmente a Saccard en cuanto pudiera hacer referencia a operaciones financieras; y hubo una conversación a este respecto, entre ellos y la señora Carolina, sólo referente a las quinientas acciones que él les había forzado a adquirir cuando la primera emisión, y que la segunda, naturalmente, acababa de duplicar: mil acciones en total, y que, con el desembolso del cuarto y la prima, significaban una suma de ciento treinta y cinco mil francos, que el hermano y la hermana se empeñaron en pagar, impulsados ambos por la misma fiebre y aprovechando una herencia imprevista de alrededor de trescientos mil francos, procedentes de una tía muerta diez días después que su único hijo. Saccard les dejó hacer, sin haber empezado aún por explicarse a sí mismo la manera en que pensaba liberar sus propias acciones.

— ¡Ah!, conste que esa herencia —dijo riéndose la señora Carolina— es el primer golpe de suerte que nos llega… Estoy convencida de que es usted quien nos trae la felicidad. Mi hermano con sus treinta mil francos de sueldo, sus considerables dietas de desplazamiento y todo ese oro que llueve ahora sobre nosotros, sin duda porque ya no lo necesitamos… Mire por donde podemos considerarnos ricos.

Entretanto la señora contemplaba a Saccard, con toda la gratitud de su buen corazón, vencida ya para lo sucesivo, confiada en él, perdiendo día por día su clarividencia, en medio de la creciente ternura que le inspiraba. Luego, en un arranque de su jovial franqueza, continuó diciendo:

—Ello no implica sin embargo, el que si ese dinero lo hubiera yo ganado con mi propio esfuerzo, desde luego le aseguro que no lo arriesgaría en sus negocios… Pero una tía que apenas si llegamos a conocer, un dinero en el que jamás habíamos pensado, dinero en fin, encontrado en el suelo como aquel que dice, algo que ni siquiera me parece muy honesto y que hasta cierto punto me avergüenza… Compréndalo, no llega a impresionarme e incluso estoy bien dispuesta a perderlo.

—Pues, lo que son las cosas —dijo Saccard bromeando a su vez—, ése es precisamente un dinero que está predestinado a aumentar y que va a proporcionarles millones. No hay nada para sacarle provecho como el dinero robado… Antes de que transcurran ocho días, ¡ya verán, ya verán el alza que se nos viene encima!

Y, en efecto, habiendo tenido que retardar su salida, Hamelin asistió con sorpresa a un súbito movimiento de alza de las acciones del Universal. En la liquidación de fin de mayo, se cotizaron a más de setecientos francos. Tratábase del normal resultado que suele producir todo aumento de capital: constituye el golpe clásico, la manera de fustigar el éxito, de hacer galopar los cambios, con motivo de cada nueva emisión. Aunque también entraba en ese fenómeno la real importancia de las empresas que la casa se proponía llevar a cabo; y grandes carteles amarillos, pegados por todo París, anunciando la próxima explotación de las minas de plata del Carmelo, acababan de trastornar los cerebros, encendiendo la llama de un principio de embriaguez, esa pasión que luego había de crecer y nublar toda razón. El terreno estaba preparado, el mantillo imperial, hecho de despojos en fermentación, caldeado por apetitos exasperados, extremadamente favorable a uno de esos locos arranques de la especulación, que, de tanto en tanto, cada diez o quince años, obstruyen y emponzoñan la Bolsa, no dejando tras sí más que ruinas y sangre. Ya por aquel entonces, las sociedades turbias nacían como las setas, las grandes compañías lanzábanse a las aventuras financieras, surgía una fiebre intensa por el juego, en medio de la estrepitosa prosperidad del reino, todo un estallido de placer y de lujo, del que la próxima Exposición prometía ser el esplendor final, la engañosa apoteosis producto de la magia. Y por entre ese vértigo que azuzaba a la multitud, como formando parte del desconcierto de otros muchos soberbios negocios que se ofrecían por las aceras, el Universal poníase por fin en marcha, como potente máquina destinada a enloquecerlo todo, a triturar cuanto se le pusiera por delante, caldeada además sin medida por manos violentas, hasta la explosión.

Cuando su hermano hubo partido de nuevo para Oriente, la señora Carolina se encontró sola con Saccard, reanudando su estrecha vida de intimidad, casi conyugal. Se empeñaba en querer gobernar su casa, en hacerle realizar economías, como fiel administradora, aunque la fortuna de ambos

hubiera cambiado. Y, en medio de esa paz sonriente propia, con su humor siempre igual, sólo experimentaba una turbación, su caso de conciencia referente a Víctor, la duda que la embargaba por saber si debía ocultar por más tiempo al padre la existencia de su hijo. Estaban muy descontentos de este último en la Obra del Trabajo, donde causaba estragos. Transcurridos ya los seis meses de prueba, ¿iba a atreverse a presentar el pequeño monstruo, antes de haberle pulido de sus vicios? Se resentía a veces la buena señora de un auténtico padecimiento.

Una noche estuvo a punto de hablar. Saccard, a quien la mezquina instalación del Universal tenía desesperado, acababa de convencer al consejo para que tomase la determinación de alquilar la planta baja de la casa inmediata, para ampliar las oficinas, en espera de sentirse con el atrevimiento bastante para proponer la construcción del lujoso hotel de sus sueños. De nuevo, hacía abrir puertas de comunicación, derribar tabiques, poner más ventanillas aún. Y, cuando ella regresaba del bulevar Bineau, desesperada por una trastada de Víctor, que casi se había zampado la oreja de un compañerito suyo, le rogó que subiera con ella a sus habitaciones particulares.

—Amigo mío, tengo algo que decirle.

Pero, una vez arriba, cuando le vio con un hombro manchado de yeso, encantado con una nueva idea de ampliación que acababa de ocurrírsele, la de cubrir también con vidrieras el patio de la casa vecina, no tuvo ella entonces valor para trastornarle, con el deplorable secreto. No, esperaría aún, era necesario de todo punto que el tremendo golfillo se enmendase. Se sentía sin fuerzas ante el pesar de los demás.

—Perfectamente, amigo mío, era precisamente para tratar de ese patio. Se me había ocurrido exactamente la misma idea que a usted.

VI

Las oficinas de La Esperanza, el periódico católico en situación de quiebra, que, a ofrecimientos de Jantrou, adquiriera Saccard para ambientar la puesta en movimiento del Universal, hallábanse situadas en un viejo hotel oscuro y húmedo de la calle Saint-Joseph, del que ocupaban el primer piso, en el fondo del patio. Un corredor partía de la antesala, donde ardía el gas permanentemente; y, en el mismo, a mano izquierda, tenía su entrada el gabinete de Jantrou, el director, y luego una pieza que Saccard había reservado para sí; a la derecha se encontraba la sala común de la redacción, el despacho del secretario, y otros gabinetes destinados a diferentes servicios. Al otro lado

del rellano estaban instaladas la administración y la caja que un pasillo interior, volviendo por detrás de la escalera, conectaba con la redacción.

Ese día, Jordan, en trance de acabar una crónica en la sala común, donde se instaló a primera hora para no ser molestado, salió cuando daban las cuatro, y se fue en busca de Dejoie, el mozo de escritorio, quien bajo la anchurosa llama de gas, a pesar de la radiante jornada de junio que hiciera en el exterior, leía con avidez el boletín de la Bolsa que normalmente traían y del cual era el primero en conocer.

—Dígame, Dejoie, ¿es el señor Jantrou quien acaba de llegar?

—Sí, señor Jordan.

Quedóse el joven vacilando, un corto malestar que le hizo estar quieto durante algunos segundos. En los difíciles comienzos de su feliz hogar, antiguas deudas habíanle caído encima, y, pese a la suerte de haber encontrado este periódico donde colocaba sus artículos, atravesaba una penuria atroz, tanto más, cuanto que había sufrido un embargo parcial sobre su sueldo y que debía pagar, aquel mismo día, un nuevo pagaré, bajo la amenaza de ver vendidos los cuatro muebles que le quedaban. Ya en dos ocasiones había solicitado en vano un anticipo al director, que se había escudado para negárselo en la traba del sueldo que ya le tenían hecha.

Parecía, no obstante, estar decidido y se acercaba ya a la puerta, cuando el mozo de escritorio, siguió diciendo:

—Es que el señor Jantrou no está solo.

— ¡Ah!… ¿Con quién está, entonces?

—Llegó con el señor Saccard, y el señor Saccard me insistió en que no dejase entrar a nadie más que al señor Huret, al que está esperando.

Jordan respiró, tranquilizado por aquella dilación, hasta tal punto el pedir dinero le resultaba penoso.

—Perfectamente, voy a ver si termino mi artículo. Cuando el director esté libre, adviértamelo.

Pero, cuando ya se alejaba, le detuvo Dejoie, con una exclamación de júbilo fuera de serie.

— ¡Supongo sabrá que el Universal se ha cotizado a 750!

El joven entonces, dio a entender con un gesto que aquello le tenía sin cuidado, y volvió a entrar en la sala de redacción.

Casi a diario, Saccard subía de esa manera al periódico, después de la sesión de Bolsa, y muy a menudo también daba citas en la pieza que para sí

había reservado, tratando allí de negocios especiales y misteriosos. Jantrou, por lo demás, aunque oficialmente no fuese más que el director de La Esperanza, donde escribía artículos políticos con una literatura universitaria esmerada y florida, que sus propios adversarios reconocían como «del más puro aticismo», venía a ser también su agente secreto, el obrero sumiso y complaciente tratándose de labores delicadas. Y, entre otras cosas, él era quien acababa de organizar toda una amplísima publicidad alrededor del Universal. De entre las pequeñas publicaciones financieras que pululaban por ahí, había escogido y llegado a adquirir una decena de ellas. Las mejores de esas hojas publicitarias pertenecían a casas de banca de dudoso comportamiento, cuya táctica, muy sencilla por lo demás, consistía en publicarlas y darlas por dos o tres francos al año, suma que ni siquiera representaba el precio del franqueo; y se recuperaban por otra parte, traficando con el dinero y los títulos de los clientes que les traía el periódico. So pretexto de publicar las cotizaciones de Bolsa, los números salidos en los sorteos de valores, así como los informes técnicos que pudieran resultar útiles al pequeño rentista, poco a poco, iban deslizando también reclamos, en forma de recomendaciones y consejos, al principio modestos, razonables, pero muy pronto ya sin mesura alguna, de una impudicia tranquila y descarada, sugiriendo la ruina entre los abonados crédulos. En ese montón informe, de entre dos o trescientas publicaciones de esas, que causaban verdadero estrago en París y en Francia entera, su olfato le había llevado a escoger aquellas que aún no habían mentido con exceso, que no estaban muy desacreditadas. Pero el negocio redondo que meditaba, consistía en comprar una de ellas, La Cote financière, que llevaba doce años de probidad absoluta; mas, como tanta probidad costaría cara, esperaba para ello a que el Universal fuera más rico y se encontrase en una de esas situaciones en que un último trompetazo determina las ensordecedoras campanadas del triunfo. Su esfuerzo por lo demás, no se había limitado a agrupar un batallón dócil de esas hojas especiales, para elogiar en cada número la belleza y calidad de las operaciones de Saccard; trataba también a destajo con los grandes periódicos políticos y literarios, manteniendo con ellos un intercambio de notas amables, de artículos elogiosos, sobre la base de a tanto la línea; asegurando su colaboración mediante regalos de títulos, cuando tenían lugar las nuevas emisiones. Sin hablar, naturalmente, de la cotidiana campaña llevada bajo sus órdenes por La Esperanza, pero no en el sentido de una campaña brutal, de violento beneplácito, sino más bien de explicaciones, valiéndose de la misma discusión como arma, una forma lenta de hacerse con el público y de estrangularlo correctamente.

Aquel día, era para hablar del periódico por lo que Saccard se había encerrado con Jantrou. Había encontrado, en el número de la mañana, un artículo de Huret elogiando de modo tan desmedido un discurso de Rougon, pronunciado la víspera en la Cámara, que le había hecho encolerizarse

sobremanera; siendo ésa también la causa de que esperase el diputado, dispuesto a tener una explicación con él. ¿Se le creía acaso a sueldo de su hermano?, ¿se le pagaba quizás para que dejase comprometer la línea del periódico a través de una aprobación sin reserva de los pequeños actos del ministro? Cuando le oyó hablar de la línea del periódico, Jantrou esbozó una muda sonrisa. Escuchábale por lo demás con mucha serenidad, mirándose distraídamente las uñas, desde el momento en que la tormenta no amenazaba con estallar sobre sus hombros. Él con su cinismo de literato desengañado, sentía el más profundo desdén hacia la literatura, lo mismo para con la primera que respecto de la segunda, como él decía refiriéndose a las páginas del periódico en que aparecían publicados los artículos, incluso los suyos; y no empezaba a inmutarse hasta llegar a los anuncios. En la actualidad, no podía estar más flamante, ceñido en una elegante levita, en cuyo ojal florecía una roseta de vivos colores, llevando al brazo en verano, un fino paletó de color claro, y cobijado en invierno en un abrigo de pieles de cien luises, cuidando sobre todo su peinado, los sombreros irreprochables, relucientes como espejos. Con todo, eran de observarse huecos en su elegancia; produciendo su figura la vaga impresión de un persistente abandono por dentro, la antigua roña del profesor descalificado, caído desde el liceo de Burdeos en la Bolsa de París, con la piel saturada y teñida de las suciedades inmundas que allí había estado soportando durante diez años, al igual que, en la arrogante seguridad de su nueva fortuna, existían también humildades bajunas, como si tratara de esconderse en un momento dado, presa del brusco miedo a recibir algún puntapié en el trasero, como le ocurriera otras veces. Ganaba cien mil francos al año, y volatilizaba el doble, no se sabía en qué, pues no tenía querida; atenazado sin duda por algún vicio innoble, la causa secreta que le había hecho saltar de la Universidad. El ajenjo, por lo demás, le devoraba poco a poco, desde sus días de miseria, siguiendo su obra, desde los infames cafés de otros tiempos al lujoso círculo de hoy, segando sus últimos cabellos, dando un tono plomizo a su cráneo y a su cara, cuya negra barba en forma de abanico subsistía como única gloria, una barba de hombre guapo que aún producía efecto. Y habiendo vuelto Saccard a invocar la línea del periódico, le había detenido con un gesto, con ese fatigado semblante de un hombre que, no estando dispuesto a perder su tiempo en apasionamientos inútiles, se decidía a hablarle de asuntos serios, puesto que Huret se hacía esperar.

Desde algún tiempo atrás, Jantrou alimentaba nuevas ideas de publicidad. Se le había ocurrido en primer lugar escribir un folleto, una veintena de páginas, sobre las grandes empresas que proyectaba el Universal, pero dando más bien a esa literatura el interés de una pequeña novela, dramatizada en un estilo familiar; y su propósito era inundar el ambiente provinciano con aquel folleto, que se distribuiría gratuitamente, hasta llegar al fondo de las más apartadas campiñas. En seguida, proyectaba crear una agencia que redactaría y

haría autografiar un boletín de la Bolsa, para ser enviado a un centenar de los mejores periódicos de los departamentos: se les regalaría el boletín en cuestión, o pagarían por él un precio irrisorio, y, de esa manera, tendrían muy pronto en las manos un arma poderosa, una fuerza con la cual todas las casas de banca rivales deberían forzosamente contar. Conociendo a Saccard, le sugería de ese modo sus ideas, hasta que éste las llegaba a adoptar, haciéndolas suyas y ampliándolas incluso hasta el extremo de que las volvía a crear realmente. Transcurrían los minutos y ambos se habían puesto a regular el empleo de fondos para la publicidad del trimestre, las subvenciones que deberían pagar a los grandes periódicos, tratando asimismo del terrible boletinista de una casa rival, cuyo silencio era preciso comprar, de cómo tomar parte en la puesta a subasta de la cuarta página de una hoja publicitaria muy antigua y muy respetada. Y, de su prodigalidad, de todo aquel dinero repartido de esta manera y con alboroto a los cuatro vientos, se desprendía, sobre todo, el inmenso desdén sentido hacia el público, el desprecio de su mentalidad de hombres de negocios para con la ignorancia del rebaño, dispuesto a creer todos los cuentos, de tal modo cerrado a las complicadas operaciones de la Bolsa que los cebos más desvergonzados enardecían a los viandantes y hacían llover los millones.

Cuando aún andaba Jordan en busca de las cincuenta líneas que le faltaban para completar sus dos columnas, fue importunado por Dejoie, que le llamaba.

— ¡Ah! —repuso—, ¿está ya solo el señor Jantrou?

—No, señor Jordan, todavía no… Su mujer es la que está allí y pregunta por usted.

Muy inquieto, Jordan salió precipitadamente. Hacía ya algunos meses, desde que la Méchain había descubierto por fin que escribía con su nombre en La Esperanza, estaba acosado por Busch, con motivo de los seis pagarés de cincuenta francos, firmados en otro tiempo a un sastre. La suma de trescientos francos a que ascendían los pagarés, aún la hubiera pagado; pero lo que le exasperaba era la enormidad de las costas, ese total de setecientos treinta francos con quince céntimos, a que ascendía la deuda en la actualidad. Había aceptado sin embargo una componenda y se comprometió a pagar cien francos por mes; pero, como no le era posible hacerlo, dado que su joven hogar le apremiaba con sus necesidades, el resultado es que cada mes los gastos subían, volviendo a empezar los disgustos hasta hacerse intolerables. En aquel momento, atravesaba de nuevo por una de esas crisis agudas.

— ¿Qué ocurre? —preguntó a su mujer, a quien encontró en la antesala.

Pero, sin haber tenido tiempo material para contestar al marido, se abrió violentamente la puerta del gabinete del director y en el umbral de la misma aparecía Saccard gritando:

— ¡Ah!, ¡al fin Dejoie!, ¿y el señor Huret?

Aturdido, el mozo de la oficina balbuceó:

— ¡Qué quiere que le diga, señor!, no está aquí, y no me es posible hacerle venir más deprisa.

La puerta fue cerrada de nuevo tras un juramento, y Jordan que había llevado a su mujer a uno de los despachos vecinos para interrogarla cómodamente, le preguntó:

— ¿Qué sucede entonces, querida?

Marcela, tan alegre y resuelta por lo general, cuya menuda figura regordeta y morena, de semblante juvenil, ojos sonrientes y boca sana, constituía la fiel expresión de la dicha, incluso en las horas difíciles, aparecía completamente trastornada.

— ¡Oh!, Pablo, si supieras, ha venido un hombre, ¡oh!, un tipo vil y repugnante, que olía mal y que había bebido a mi entender… Me dijo entonces que se había acabado todo, y que la venta de nuestros muebles estaba fijada para mañana… Y llevaba consigo un anuncio, que estaba empeñado en pegar abajo, en la puerta…

—Pero ¡si no puede ser! —gritó Jordan—. No he recibido ningún aviso, son precisas otras formalidades.

— ¡Sí, sí!, ¡que te crees tú eso!, todavía sabes menos que yo. Cuando traen papeles, ni siquiera los lees… Entonces para que no pegase el cartel, le di dos francos, y me vine a toda prisa para prevenirte cuanto antes.

Los dos se desesperaron. Su pobre y reducido ajuar de la avenida de Clichy, ¡esos cuatro muebles de caoba y de tafetán acanalado color azul, pagados tan difícilmente, a tanto por mes, de los que tan orgullosos estaban, aunque a veces se rieran de ellos por encontrarlos de un gusto burgués abominable! Amaban entrañablemente ese modesto ajuar porque había formado parte de su dicha, desde la misma noche de bodas, en aquellas dos reducidas piezas, tan soleadas, con tan hermosas vistas, que alcanzaban por allá, hasta el monte Valérien; ¡con la de clavos que él había clavado allí, y lo que ella se había ingeniado para cubrirlas de cortinajes, con los que dar a la estancia un aspecto artístico y decorativo! ¿Sería posible que fuesen a venderles todo aquello, que les echaran de aquel amable rincón, en donde incluso la miseria resultaba una delicia para ambos?

—Escucha —le dijo a su mujer— me proponía pedir un anticipo, haré cuanto esté en mi mano, pero no tengo grandes esperanzas.

Ella entonces, vacilante, le confió su idea.

—Espera, fíjate en lo que había pensado… ¡Oh!, conste que en ningún caso hubiera hecho nada sin tu aprobación; y buena prueba de ello, es que vine para hablarlo contigo… Sí, tengo ganas de hablar con mis padres.

Él se negó abiertamente.

— ¡No, no, jamás! Bien sabes tú que no quiero deberles nada.

En verdad que los Maugendre seguían siendo un sólido recurso. Pero él conservaba en su corazón la huella de su fría actitud, cuando, después del suicidio de su padre, en el derrumbamiento de su fortuna, no habían consentido el matrimonio durante tanto tiempo proyectado de su hija, más que ante la decidida voluntad de ésta, y tomando contra él hirientes precauciones, entre ellas la de no darles un céntimo, convencidos de que un muchacho que escribía en los periódicos, lo comería todo. Más tarde, heredaría su hija. Y ambos, ella tanto o más que él, habían puesto hasta entonces una especie de amor propio coqueto en vivir muriéndose de hambre, sin pedir nada a los padres, fuera de la comida que hacían en su casa, una vez por semana, el domingo por la noche.

—Te aseguro —siguió diciendo ella— que nuestra reserva resulta ridícula. Puesto que no tienen más hijos que yo, y todo tiene que revertir a mí un día… Mi padre se harta de decir a quien quiere oírle, que ha ganado quince mil francos de renta, con su negocio de toldos, en la Villette; y, además, existe su hotelito, con su hermoso jardín, donde tienen establecido su retiro… Resulta tonto que nos amarguemos de esa manera cuando a ellos les sobra de todo. En el fondo, nunca han sido malos. ¡Insisto en que iré a verles!

Aparecía ella con un gesto de bravura sonriente, mostrándose decidida y práctica en su deseo de hacer feliz a su querido esposo, que tanto trabajaba sin haber podido encontrar aún otra cosa, lo mismo en la crítica que en el público, que mucha indiferencia y algún que otro guantazo. ¡Ah!, el dinero; ella hubiera querido tener cubas repletas para vaciárselas encima, y bien tonto habría sido haciéndose el pusilánime, puesto que sabía que le amaba y se lo debía todo. Era aquél su cuento de hadas, su Cenicienta: los tesoros de su soberana familia, que ella, con sus manitas, ponía a los pies de su arruinado príncipe, para ayudarle en su marcha hacia la gloria, en la conquista del mundo.

—Veamos —le dijo alegremente, al tiempo que se le echaba al cuello—, me parece lo más natural que pueda servirte para algo; tú no puedes cargar con todo el trabajo.

Cedió finalmente el marido, conviniéndose en que ella iría en seguida a Batignolles, en la calle Legendre, donde vivían sus padres, y volvería trayendo el dinero, para que él pudiera intentar aún el pago, aquella misma noche. Y

cuando la acompañaba hasta el descansillo de la escalera, tan conmovido como si su mujer partiera para un gran peligro, tuvieron que echarse a un lado los dos y dejar pasar a Huret, que por fin llegaba. Y, cuando volvió para acabar su crónica en la sala de redacción, escuchó un violento tumulto de voces salir del despacho de Jantrou.

Saccard, poderoso ya por aquel entonces, convertido en dueño y señor, quería ser obedecido, sabiendo que los tenía a todos en la mano con la esperanza del lucro y el terror a la pérdida, en la partida de colosal fortuna que jugaba con ellos.

— ¡Ah!, dichosos los ojos —exclamó a gritos al divisar a Huret—. ¿Es para ofrecer al gran hombre su artículo enmarcado, por lo que se ha retrasado en la Cámara?… Estoy más que harto, bien lo sabe usted, de que le pase así el incensario por el rostro, y estuve esperando para decirle que todo eso se acabó, y que, en lo venidero, será preciso que nos aporte alguna otra cosa.

Desconcertado, Huret dirigió una mirada a Jantrou. Pero éste, decidido a no buscarse disgustos acudiendo en su ayuda, se dedicó a deslizar los dedos por su hermosa barba, con la mirada puesta en el vacío.

— ¿Y qué significa eso de «otra cosa»? —acabó por responder el diputado —, pero ¡si yo no hago más que darle lo que usted me pide!… Cuando usted se hizo cargo de La Esperanza, este periódico, avanzada del catolicismo y de la realeza, que tenía emprendida una ruda campaña contra Rougon, fue usted mismo quien me rogó que escribiera una serie de artículos elogiosos, para demostrar a su hermano que no era su propósito serle hostil, y para dejar bien sentada así, al propio tiempo, la nueva orientación del periódico.

—De la orientación del periódico se trata precisamente —repuso Saccard con más violencia aún—, de eso es de lo que le acuso, de estar comprometiendo la línea de nuestra publicación… ¿Se imagina usted acaso que quiero entregarme al partido de mi hermano? Es cierto que jamás le regateé mi admiración y mi afecto hacia el emperador; no echo en olvido lo que le debemos y lo que en particular le debo yo. Sólo que, no es atacar al imperio, sino más bien cumplir una misión de súbdito fiel, el señalar las faltas cometidas… He ahí la línea del periódico: devoción y acatamiento a la dinastía, pero entera independencia por lo que se refiere a los ministros, a todas esas personalidades ambiciosas que se agitan y se disputan el favor de las Tuileries.

Y se entregó de lleno a un examen de la situación política, para probar que el emperador estaba mal aconsejado. Acusaba a Rougon de no tener ya su autoritaria energía, su fe de antaño en el poder absoluto, de pactar, en fin, con las ideas liberales, sin más finalidad que la de conservar su cartera. Él, en cambio, se golpeaba el pecho con el puño, estimándose inmutable,

bonapartista de la primera hora, creyente del golpe de Estado, convencido de que la salvación de Francia, hoy como antes, estaba en el genio y la fuerza de uno solo. Sí, mejor que ayudar a la evolución de su hermano, antes que dejar suicidarse al emperador con nuevas concesiones, él estaba dispuesto a reagrupar a los intransigentes de la dictadura, haría causa común con los católicos para contener el rápido derrumbamiento que preveía. ¡Y que Rougon tuviera cuidado, pues La Esperanza, podía muy bien reemprender su campaña en favor de Roma!

Huret y Jantrou le escuchaban con atención, estupefactos ante su cólera, por no haber sospechado jamás en él la existencia de convicciones políticas tan ardientes. El primero de ellos, se atrevió no obstante a defender los últimos actos del gobierno.

—Pero ¡qué caramba, querido!, si el imperio se encamina hacia la libertad, es porque Francia entera está en ello, y empujando además de firme… El emperador es arrastrado, y Rougon se ve forzado a seguirle.

Pero Saccard, había pasado ya a otros motivos de queja, sin cuidar de establecer alguna lógica en sus ataques.

—Y, ¡ya lo están viendo!, algo semejante ocurre con nuestra situación exterior, que no puede ser más deplorable… Desde el tratado de Villafranca, después de Solferino, Italia nos guarda rencor por no haber llevado la campaña hasta el fin y no haberle dado Venecia; y ello hasta el punto de que ahí la tenemos aliada con Prusia, con la seguridad de que la ayudará a derrotar a Austria… Cuando estalle la guerra, ya verán ustedes la sarracina que se arma, y cual será entonces nuestro disgusto; y ello tanto más cuanto que cometimos el gran error de dejar a Bismarck y al rey Guillermo que se apoderasen de los ducados, en la cuestión de Dinamarca, con desprecio de un tratado que Francia firmó: es un guantazo, qué duda cabe, y ya no nos queda más recurso que ofrecer la otra mejilla… ¡Ah! la guerra, puede tenerse por cierta, recuerden la baja, el mes último de los fondos franceses e italianos, cuando se creyó en una posible intervención por parte nuestra en los asuntos de Alemania. Antes de quince días quizás, Europa se habrá convertido en una hoguera.

Cada vez más sorprendido, Huret acabó apasionándose, contra lo que solía ocurrirle.

—Habla usted en el mismo tono que los periódicos de la oposición, pero no quiere sin embargo que La Esperanza ajuste su conducta y siga la línea trazada por El Siglo y los otros… Ya no le queda más que insinuar, siguiendo el ejemplo de esas publicaciones, que, si el emperador se ha dejado humillar, en la cuestión de los ducados, y si permite a Prusia crecer impunemente, es porque dejó inmovilizado en Méjico y durante largos meses, todo un cuerpo de ejército. Vamos a ver, razone de buena fe, lo de Méjico terminó, nuestras

tropas están de vuelta… Y además, no acabo de comprenderle, querido. Si quiere conservar Roma para el Papa, ¿por qué parece condenar la paz de Villafranca como prematura? Poner Venecia en manos de Italia, significa tanto como tener a los italianos en Roma antes de dos años, eso lo sabe usted igual que yo; y Rougon lo sabe asimismo, aunque estando en la tribuna, jure lo contrario…

— ¡Ah!, como están viendo ¡esto es un fraude! —exclamó Saccard con gesto de soberbia—. Jamás se osará tocar al Papa, ¡entiéndalo!, sin que la Francia católica entera se alce para defenderle… Nosotros le llevaríamos nuestro dinero, ¡sí!, todo el dinero del Universal. Tengo mi proyecto, ahí es donde está el negocio nuestro, y en verdad que, a fuerza de exasperarme, acabarían haciéndome decir cosas de las que aún no quiero hablar.

Jantrou, muy interesado en la peroración de Saccard, había repentinamente agudizado el oído, como el que empieza a comprender, tratando de sacar partido de una frase cogida al vuelo.

—En fin —repuso Huret—, lo que yo deseo es saber a qué atenerme, por lo que a mis artículos se refiere, y ahora se trata de que nos entendamos… ¿Quiere usted que se intervenga, o que no se intervenga? Si estamos a favor del principio de las nacionalidades, ¿con qué derecho íbamos a mezclarnos en los asuntos de Italia y de Alemania?… ¿Quiere que hagamos una campaña contra Bismarck?, ¡sí!, en nombre de nuestras fronteras amenazadas…

Pero Saccard, fuera de sí y puesto en pie, exclamó con ira:

— ¡Lo que yo quiero es que Rougon no se burle más de mí!… ¡Cómo voy a tolerarlo después de todo lo que he hecho! Adquiero un periódico, el peor de sus enemigos, lo convierto en un órgano devoto a su política, y le dejo a usted durante meses y meses cantar en él sus alabanzas. Y, sin embargo, ese repugnante tipo jamás será capaz de darnos un espaldarazo; aún es la hora que espero un favor de su parte.

Aunque tímidamente, el diputado hizo recalcar entonces, que allá, en Oriente, el apoyo del ministro había servido de gran ayuda al ingeniero Hamelin, abriéndole todas las puertas y ejerciendo una presión sobre determinados personajes.

— ¡No me fastidien! No podía obrar de otra manera… Pero ¿es que acaso se dignó advertirme, la víspera de un alza o de una baja, él, que está tan bien situado para saberlo todo? ¡Recuérdelo!, docenas de veces le encargué que le sondeara, usted que le ve todos los días, y aún no tuvo ocasión de traerme un verdadero informe útil… No resultaría de gran trascendencia que dejara escapar una simple palabra que luego pudiera repetirme usted.

—Indudablemente, pero eso no le gusta; dice que son chismes de los que

siempre hay que arrepentirse.

— ¡Ah, vamos!, ¿es que tiene acaso esos mismos escrúpulos cuando se trata de Gundermann? Se las da de honrado conmigo, y proporciona informes a Gundermann.

— ¡Oh, a Gundermann, qué duda cabe! Todos ellos precisan de Gundermann; sin él no podrían hacer ni un empréstito.

Al oírle, Saccard reaccionó violentamente, mientras, golpeándose las manos, exclamaba con gesto de triunfo:

— ¡Vaya, veo que por fin se confiesa! El imperio ha sido vendido a los judíos, a los asquerosos judíos. Todo nuestro dinero está condenado a caer entre sus afiladas garras. Al Universal ya no le queda más que desplomarse ante su omnipotencia.

Y exhalando su odio hereditario, la emprendió en sus acusaciones contra aquella raza de traficantes y de usureros, en marcha desde hacía siglos a través de los pueblos, cuya sangre chupan lo mismo que los parásitos de la tiña y de la sarna, avanzando sin escrúpulo bajo los salivazos y los golpes, a la conquista segura del mundo, que acabarán poseyendo un día merced a la invencible fuerza del oro. Se encarnizaba sobre todo con Gundermann, cediendo a impulsos de su antiguo rencor, al deseo irrealizable y rabioso de abatirlo, y a pesar de presentir que ése sería el mojón contra el cual se estrellase, si en alguna ocasión se terciaba luchar contra él. ¡Ah!, ¡el Gundermann ese!, ¡un prusiano en el fondo, aunque hubiera nacido en Francia!, ya que evidentemente estaba al lado de Prusia, a la que gustosamente hubiera apoyado con su dinero, e incluso quizás la apoyaba ya, en secreto. ¿Pues no osó decir una noche, estando en una recepción, que si alguna vez estallaba una guerra entre Prusia y Francia, esta última sería vencida?

—Estoy ya que no puedo más, ¿me comprende, Huret?; y métase usted bien esto en la cabeza: si mi hermano se empeña en no servirme para nada, menos estoy yo dispuesto a hacerlo con él… Cuando me haya traído de su parte una buena palabra, quiero decir algún informe que pueda sernos útil, sólo entonces le permitiré reanudar los ditirambos en su favor. ¿Está clara la cosa?

Demasiado clara desde luego. Jantrou, que volvía a encontrar a su Saccard bajo la capa del teorizante político, se dedicaba de nuevo a peinar su barba con la punta de los dedos. Pero Huret, zascandileado en su prudente trapacería de campesino normando, parecía estar muy disgustado, por haber querido basar su fortuna en los dos hermanos; habría querido no enfadarse con el uno ni con el otro.

—Tiene usted razón —murmuró—, pongámosle a todo ello una sordina, tanto más que, para obrar con cautela, precisa ver venir los acontecimientos…

Y le prometo desde ahora hacer cuanto esté en mi mano para obtener confidencias del gran hombre. A la primera noticia que me suelte, salto a un simón y se la traigo.

Una vez desempeñado su papel, Saccard se puso a bromear.

—Es para todos que trabajo, mis buenos amigos… Por lo que a mí se refiere, siempre estuve arruinado y siempre consumí un millón por año.

Y, volviendo al tema de la publicidad, exclamó:

— ¡Ah!, a propósito Jantrou, debiera usted ver de amenizar un poco su boletín de la Bolsa… Sí, usted es hombre ducho en juegos de palabras, ocurrencias, chistes. Al público le gusta todo eso, nada como las agudezas le ayudan a tragar las cosas… ¿No es así?, ¡los retruécanos sobre todo!

Con este motivo le tocó ahora al director sentirse contrariado. Tenía pruritos de distinción literaria. Pero debió prometer que obedecería. Y como inventara en aquel momento una historia referente a tres mujeres de muy buen ver que le habían ofrecido dejarse tatuar anuncios en los sitios más delicados de su persona, los tres hombres se pusieron a reír a carcajadas, convirtiéndose de nuevo en los mejores amigos.

Mientras tanto Jordan había terminado por fin su crónica, y la impaciencia se apoderaba de él, esperando ver regresar a su mujer. Iban llegando redactores, estuvo hablando con ellos, luego se volvió a la antesala. Y al llegar allí, quedó un tanto escandalizado al sorprender a Dejoie con la oreja pegada a la puerta del director, en trance de escuchar, mientras su hija Natalia estaba de vigilancia.

—No entre —balbuceó el mozo de oficina—, el señor Saccard sigue ahí… Pensé que me habían llamado…

Lo cierto era que, acuciado por un violento deseo de ganancia, desde que se decidiera a comprar ocho acciones completamente liberadas del Universal, con los cuatro mil francos de ahorros dos por su mujer, sólo vivía con la alborozadora emoción de ver subir esas acciones; y, arrodillado ante Saccard, recogiendo sus más nimias frases, como palabras de oráculo, no podía resistir, cuando sabía que se encontraba allí, al invencible deseo de conocer el fondo de sus pensamientos, de saber lo que decía el dios en el secreto del santuario. Por lo demás, su actitud estaba desprovista por completo de todo egoísmo, no pensaba más que en su hija; acababa de exaltarse al hacer el cálculo de que sus ocho acciones, al cambio de setecientos cincuenta francos, representaban ya una ganancia de mil doscientos francos: lo que, sumado al capital, le venía a resultar en total la cantidad de cinco mil doscientos francos. Cien francos más de alza que se operasen, y contaría ya con los seis mil francos soñados, es decir, la dote que exigía el cartonero para permitir que su hijo se casara con la

pequeña. Ante esa idea, su corazón palpitaba a un ritmo más lento hasta parecer fundirse, contemplaba con lágrimas en los ojos aquella criatura, educada por él, de la que había sido verdadera madre, formando juntos un sencillo pero feliz hogar, desde que volvió de la nodriza.

Allí continuó, muy turbado, dejando escapar palabras sueltas, para ocultar mejor su indiscreción.

—Natalia, que ha subido para decirme ¡hola!, acaba de encontrar a su señora, señor Jordan.

—Sí —aclaró la joven—, torcía por la esquina de la calle Feydeau. ¡Oh!, ¡iba además a toda prisa!

Su padre la dejaba en completa libertad para salir e ir donde quisiera, por estar seguro de ella, según decía. Y tenía razón que le sobraba para fiarse de su buen comportamiento, pues era extremadamente fría en el fondo, demasiado resuelta a forjarse ella misma su dicha, para comprometer con una estupidez el matrimonio preparado durante tanto tiempo. Con su esbelto talle y sus grandes ojos enmarcados en un hermoso rostro, se amaba a sí misma con obstinado egoísmo, sin dejar de sonreír.

Sorprendido y sin alcanzar a comprender, Jordan exclamó:

— ¡Cómo!, ¿en la calle Feydeau?

Y no tuvo tiempo para seguir preguntando, pues de repente entró Marcela, sofocada. Inmediatamente la condujo al despacho contiguo; pero, al verlo ocupado por el redactor de tribunales, hubieron de contenerse con tomar asiento en una banqueta, situada al fondo del pasillo.

— ¿Qué me cuentas?

—Pues bien, querido, asunto resuelto, aunque no ha sido precisamente fácil conseguirlo.

Veía sin embargo que, a pesar de su contento, la mujer se hallaba acongojada. Y a continuación, en voz baja e ininterrumpida, se lo contó todo, pues aunque hiciera formal promesa de callar ciertas cosas, le resultaba imposible guardar secretos.

Desde hacía una temporada, los Maugendre no se mostraban los mismos respecto de su hija. Encontrábales ésta menos afectuosos, incluso preocupados, lentamente invadidos por una nueva pasión, el juego. Era la historia de siempre: el padre, un hombre grueso, calvo y calmoso, de blancas patillas la madre, seca, activa, que supo ganar su parte en la fortuna; viviendo ambos con excesiva holgura y en su propia casa, con sus quince mil francos de renta, se aburrían soberanamente de no hacer nada. Desde entonces, no había tenido él más distracción que la de percibir su dinero. Por aquella época,

clamaba constantemente contra toda especulación, se encogía de hombros, con cólera y piedad, al hablar de los pobres imbéciles que se dejan desvalijar a través de una serie de latrocinios tan estúpidos como descarnadamente sucios. Pero de un corto tiempo acá, y habiendo ido a parar a sus manos cierta importante suma, concibió en seguida la idea de invertirla en valores del Estado: a eso no se le podía llamar especulación, sólo significaba una simple colocación del dinero; claro que, a partir de aquel día, tomó la costumbre de ponerse a leer, después del desayuno y con suma atención, las cotizaciones de Bolsa que traía su periódico, para seguir los cambios. Y de ahí había partido el mal, la fiebre le fue quemando poco a poco, habituándole a contemplar la danza de los valores, a vivir en medio de aquella envenenada atmósfera del juego, con la imaginación obsesionada a fuerza de millones conquistados en una hora, él, que había tardado treinta años en ganar tan sólo unos centenares de miles de francos. No podía evitar sostener con su esposa conversaciones al respecto en cada una de las comidas: ¡la de combinaciones que habría llevado a cabo de no haberse jurado a sí mismo permanecer alejado del juego!, y se ponía entonces a explicar la hipotética operación, manejando sus fondos con la sabia táctica de un general encerrado en su despacho; y acababa siempre por salir triunfante, derrotando a las imaginarias partes adversas, pues se vanagloriaba de haber conseguido alcanzar una fuerza de primera magnitud en materia de primas y de valores de renta fija. Su mujer, inquieta, le manifestaba que ella preferiría ahogarse de repente, antes que verle arriesgar un céntimo; pero, a renglón seguido, procuraba tranquilizarla, ¿por quién le había tomado? ¡Jamás en la vida! Sin embargo, parecía haberse presentado una ocasión propicia; desde hacía mucho tiempo compartían el afán de hacer construir en su jardín un pequeño invernadero de cinco o seis mil francos; y ocurrió que una noche, temblándole las manos de singular emoción, había puesto sobre la mesa de labor de su mujer, los seis billetes de a mil, diciéndole que acababa de ganar aquello en la Bolsa: una jugada que había visto clara, una travesura, en fin, que se había permitido, y que aseguraba solemnemente no repetir, pues sólo lo del invernadero le había inducido a obrar en aquella forma. Ella, asediada al mismo tiempo por la cólera y el sobrecogimiento de gozo que la invadía, no se atrevió a regañarle. Al mes siguiente lanzábase el marido a una operación de primas, explicándole a ella que no experimentaba ningún temor, desde el momento en que limitaba su pérdida. Luego, ¡qué diablos!, entre el informe montón, existían desde luego buenos negocios a hacer, y bien estúpido sería dejar que se aprovechara el vecino. Y, como era fatal, se puso a jugar en el terreno de las operaciones a término, al principio en pequeñas dosis, envalentonándose poco a poco, mientras ella por su parte, siempre angustiada en sus tareas de buena ama de casa, aunque con la mirada encendida de gozo a la menor ganancia obtenida, seguía pronosticándole que acabaría en la ruina.

Era sobre todo el capitán Chave, hermano de su esposa, quien clamaba contra el cuñado. Él, que no podía dar abasto con sus mil ochocientos francos de retiro, jugaba también a la Bolsa, ¡cómo no!; sólo que, juzgándose como el más listo de entre los listos, se iba por allí lo mismo que un empleado se dirige a su oficina, sin operar como no fuese al contado, contento y más que satisfecho cuando se llevaba su moneda de veinte francos al regreso: operaciones cotidianas, hechas sobre seguro, de una modestia tal, que escapaban a cualquier catástrofe. Su hermana le había ofrecido una habitación en su casa, dada su enorme cabida, después de que Marcela había contraído matrimonio; pero él rehusó, diciendo querer disfrutar de libertad y seguir en sus vicios, a cuyos efectos ocupaba una sola pieza, en el fondo de un jardín de la calle Nollet, donde continuamente se deslizaban faldas… Sus ganancias debían convertirse en bombones y obsequios para sus amiguitas. Siempre había puesto en guardia a Maugendre, insistiéndole en que no jugase, que antes se diese mejor a la vida airada; y cuando este último le contestaba gritando: «¿Y es usted quien se atreve a darme ese consejo?», él respondía a su vez con gesto enérgico: «¡Oh!, su caso es diferente», ¡él no tenía más que quince mil francos de renta! Y si jugaba la culpa la tenía ese sucio proceder del gobierno que regateaba el bienestar de su vejez a sus valientes soldados. Su más sólido argumento contra el juego era el de que, matemáticamente, siempre le tocaba perder al jugador: si gana, tiene que restar el corretaje y el impuesto del timbre; y si pierde, tiene que pagar además los mismos derechos; de modo que, aun admitiendo que gane con la misma frecuencia que pierda, sale en todo caso de su bolsillo el timbre y el corretaje. En la Bolsa de París, el importe de esos derechos, asciende anualmente a la enorme suma de ochenta millones. Y blandía airadamente esa cifra, ¡ochenta millones que arrebatan para sí el Estado, los corredores y los agentes de cambio!

Al fondo del pasillo, sentados en la banqueta, Marcela confesaba a su marido una parte de esta historia.

—Escucha querido, preciso es decir que caí en mal momento. Mamá estaba recriminando a papá, con motivo de una pérdida sufrida en la Bolsa… Sí, parece que se pasa la vida allí. Y eso me extraña tanto, él que sólo admitía antes el trabajo como fuente de ganancias… En fin, que estaban riñendo y había sobre la mesa un periódico, La Cote financière, que mamá le restregaba por las narices, al tiempo que le gritaba que él no entendía nada de todo aquello, puesto que ella había previsto la baja. Él entonces, salió apresuradamente en busca de otro periódico, precisamente La Esperanza, y quiso mostrarle el artículo del que había recogido su información… Imagínate, su casa está llena de periódicos, y allí los tienes encerrados con ellos desde por la mañana hasta por la noche; creo incluso, ¡Dios me perdone!, que también mamá empieza a estar metida en eso del juego, a pesar de su aspecto furioso.

Jordan no pudo evitar la risa, tal era la gracia que, en medio de su pena, ponía ella imitando la escena presenciada.

—En pocas palabras, que les conté nuestro apuro, rogándoles que nos prestaran doscientos francos, para detener las diligencias judiciales. Y si les hubieras oído protestar entonces: ¡doscientos francos, cuando perdían dos mil en la Bolsa!, ¿me estaría acaso burlando de ellos?, ¿trataba quizás de arruinarlos?… Jamás les he visto ponerse así. ¡Ellos que me trataban con tanta ternura, que lo hubieran gastado todo en hacerme obsequios! Precisa en verdad que se hayan vuelto locos, pues carece en absoluto de sentido, echarse a perder la existencia, cuando tan dichosos pudieran ser, viviendo en su preciosa casa, sin ningún bullicio ni más preocupación que ir comiéndose a gusto su fortuna tan duramente ganada.

—Me imagino que no habrás insistido —dijo Jordan.

—Pues sí, he insistido, y entonces fue cuando cayeron sobre ti… Como ves, te lo cuento todo; me había prometido no decir nada de ello, pero, no puedo evitarlo, se me escapa… Me repitieron una y otra vez, que cuanto nos está ocurriendo lo tenían perfectamente previsto, que eso de escribir en los periódicos, no es ningún oficio, que acabaríamos en el hospital… En fin, que, yo a mi vez empezaba a montar en cólera, e iba ya a marcharme, cuando llegó el capitán. Como sabes, el tío Chave siempre sintió adoración por mí. Y, teniéndole delante se han vuelto más razonables, sobre todo teniendo en cuenta que la actitud del tío era de triunfo, pues no hacía más que preguntar a papá, si iba a seguir permitiendo que le robaran… Mamá me ha cogido aparte y me ha deslizado cincuenta francos en la mano, al tiempo que me decía que con esto conseguiríamos algunos días de respiro, el tiempo preciso para reponemos.

— ¡Cincuenta francos!, ¡una limosna!, y ¿los aceptaste tú?

Marcela le había cogido amorosamente las manos, y procuraba calmarle con toda su tranquila serenidad.

—Vamos a ver, no te enfades… Sí, los he aceptado, aunque comprendí perfectamente que te negarías a llevarlos al escribano; y es por ello que me decidí a ir yo misma a su casa, que está como sabes en la calle Cadet. Pero imagínate que se ha negado a aceptarlos, diciéndome que tenía órdenes formales y concretas del señor Busch, y que sólo el señor Busch podía detener las diligencias judiciales… ¡Oh!, ¡lo que es ese Busch!, no odio a nadie pero ¡no puedes llegar a saber lo que me disgusta y exaspera el tipo en cuestión! No importa, corrí presurosa a su casa, en la calle Feydeau, y ha sido preciso de todo punto que se contentase con los cincuenta francos; ¡aquí me tienes, pues!, tenemos quince días por delante para no ser atormentados.

Una fuerte emoción había contraído el rostro de Jordan, mientras las lágrimas que intentaba contener humedecían el borde de sus párpados.

— ¡Y tú fuiste, mujercita mía, la persona capaz de hacer todo eso!

—Pues sí, ¡no quiero que te sigan fastidiando! ¡Qué me importa oír tonterías o recibir desplantes, si sé que van a dejarte trabajar tranquilo!

Habíase puesto a reír; contaba en detalle su llegada a casa del señor Busch, hundido materialmente entre sus expedientes; lo brutal de su acogida, sus amenazas de no dejarles ni un guiñapo, si no se pagaba toda la deuda en aquel mismo instante. Y lo más divertido del caso fue que se había dado el gustazo de sacarle de sus casillas, porfiándole respecto de la legítima propiedad de aquella deuda, es decir de aquellos trescientos francos de pagarés, que, con las costas, se habían convertido en setecientos treinta francos con quince céntimos, y que acaso no llegaron a costarle cien sueldos, en algún lote de papeluchos viejos. Al oírla, el sofoco le ahogaba: para empezar, aquellos pagarés le habían costado muy caros; había que contar luego el tiempo perdido, el cansancio de las caminatas hechas durante dos años para encontrar el signatario, como también la inteligencia desplegada por él en la caza de aquel hombre; ¿no debía reembolsarse acaso de todo ello? ¡Tanto peor para los que se dejaban pescar! En fin, que había cogido los cincuenta francos, porque la prudencia que tenía como norma le llevaba siempre a transigir.

— ¡Ah!, mi querida mujercita, ¡qué valiente eres y cuánto te amo! —dijo Jordan, que se permitió dar un fuerte abrazo a Marcela, aunque en aquel momento pasara por allí el secretario de la redacción.

Luego, bajando la voz, añadió:

— ¿Cuánto dinero te queda en casa?

—Siete francos.

— ¡Está bien! —prosiguió muy contento—, tenemos para ir tirando un par de días, y por eso no quiero pedir un anticipo, que además me sería negado. Se me hace muy cuesta arriba… Mañana iré a ver si quieren aceptarme un artículo en el Figaro… ¡Ah!, ¡si tuviera terminada mi novela, si consiguiera venderla por corto que fuera el precio!

Marcela, a su vez, también le abrazaba.

—Sí, ¡ya verás, todo irá a pedir de boca!… Te vendrás conmigo, ¿no es eso? Nos servirá de distracción y, para mañana, compraremos un arenque ahumado, en la esquina de la calle de Clichy, donde los he visto soberbios. Para esta noche tenemos patatas guisadas con manteca.

Jordan, después de haber pedido a un compañero que revisara sus pruebas, se marchó con su mujer. A todo esto, Saccard y Huret también se habían ido.

En la calle, una berlina se detenía precisamente ante la puerta del periódico; y vieron descender a la baronesa de Sandorff, que les saludó con una sonrisa, para luego subir vivamente las escaleras. Alguna que otra vez hacía visitas a Jantrou. Saccard, a quien aquella mujer excitaba más de la cuenta, con sus grandes y acardenalados ojos, estuvo a punto de volver a subir.

Una vez arriba, en el gabinete del director, la baronesa ni siquiera quiso sentarse. Un simple saludo de paso, con la sola idea de preguntarle si tenía alguna novedad. A pesar de su brusca fortuna, ella seguía tratándole como en los tiempos en que venía cada mañana a casa de su padre, el señor de Ladricourt, doblando el espinazo y a título de simple corredor en busca de órdenes. Su padre era de una brutalidad indignante, y la baronesa no podía olvidar el puntapié con que un día lo echara a la calle, a impulsos de la cólera producida por una gran pérdida. Y, ahora que le veía en la fuente misma de las noticias, procuraba hacérsele familiar, y trataba de sonsacarle.

— ¿Qué se dice, nada de nuevo?

—A fe mía, no, nada que yo sepa.

Pero ella, sonriente, seguía mirándole, persuadida de que su intención era no decir nada. Entonces, para forzarle a entrar en el terreno de las confidencias, se puso a hablarle de aquella estúpida guerra que iba a poner en un brete a Austria, Italia y Prusia. La especulación adquiría aires de verdadera locura, se señalaba una terrible baja en los fondos italianos, lo mismo que en todos los demás valores. Y ella se sentía muy contrariada, por ignorar hasta qué punto debía seguir ese movimiento y darse al mismo tiempo la circunstancia de tener comprometidas fuertes sumas para la próxima liquidación.

— ¿No le informa acaso su marido? —preguntó socarronamente Jantrou —. Y sin embargo, está muy bien situado en la embajada.

— ¡Oh, mi marido! —murmuró ella entonces con despreciativo gesto—, de mi marido ya no saco nada en limpio.

Al oírla, Jantrou se alborozó más aún, y aventuró la conversación hasta el extremo de permitirse aludir al procurador general Delcambre, el amante que, según se decía, pagaba sus diferencias, cuando ella se resignaba a pagarlas.

—Y sus amigos de la corte y de palacio, ¿tampoco saben nada? Simuló ella no captar la indirecta, y volvió a la carga, en tono de súplica y sin quitarle la vista de encima.

—Vamos a ver, sea usted amable… No me cabe duda de que algo sabe.

En su endiablamiento por las faldas que, fueran sucias o elegantes, lograban sacarle de sus casillas, ya en una ocasión había pensado en pagarse,

como él mismo decía, con aquella jugadora, que tan familiar se mostraba con él. Pero, en cuanto empezó a hablar, a la primera insinuación, ella se había levantado, en una actitud de repugnancia tal, tan despreciativa, que se prometió a sí mismo solemnemente, no volver a las andadas. ¡Con aquel hombre que su padre recibía a puntapiés, jamás! Aún no había descendido a eso.

— ¿Amable?, y, ¿por qué habría de serlo? —dijo riéndose con cierto embarazo—. Conmigo no lo es usted gran cosa.

Repentinamente se puso seria y endureció su mirada. Y ya le volvía ella la espalda para irse, cuando, movido por el despecho, buscando herirla, añadió Jantrou:

—Acaba de encontrar a Saccard en la puerta, ¿no es eso? ¿Por qué no le ha preguntado a él, que nada puede negarle?

Volvióse ella bruscamente.

— ¿Qué pretende insinuar?

— ¡Cáspita!, lo que buenamente quiera entender… ¡Vamos, vamos, no se ande con tapujos, la vi en su casa, y en cuanto a él, lo conozco de memoria!

Sentíase sublevada en su fuero interno, todo el orgullo de su raza todavía latente, remontaba del fondo turbio, del fango en que la pasión la anegaba un poco cada día. Por lo demás, nada dejó traslucir de esa natural reacción, limitándose simplemente a decir con voz clara y seca:

— ¡Ah!, muy desorientado le veo, querido, ¿por quién me ha tomado? Está usted loco, según parece… No, no soy la querida de su Saccard, como imagina, por la simple razón de que no he querido.

Y él, entonces, con su florida cortesía de literato, la saludó con una reverencia.

—Pues bien, señora, siendo así, conste que cometió la mayor de las equivocaciones… Créame, si se tercia otra vez, no deje escapar la ocasión, porque, estando usted siempre a la caza de informes, los encontraría sin duda y sin tanto esfuerzo, bajo la almohada de ese señor… ¡Oh!, ¡Dios mío!, sí, pronto estará allí el nido y no tendrá más que meter en él sus hermosos dedos.

La baronesa por su parte, prefirió tomárselo a risa, como resignada a seguir la ruta de su propio cinismo. Cuando le estrechó la mano para despedirse, él notó la suya completamente fría. ¿Se contentaría realmente con la intimidad del glacial y huesudo Delcambre, aquella mujer de labios tan rojos, a la que se creía insaciable?

Transcurrió el mes de junio, el 15, Italia había declarado la guerra a

Austria. Por otra parte, Prusia, apenas en dos semanas, por un avance fulminante, acababa de invadir Hannover, conquistando las dos Hesses, Baden, Sajonia; sorprendiendo en plena paz a las poblaciones desarmadas. Francia no se había movido, y las gentes bien informadas cuchicheaban por lo bajo en la Bolsa, que un acuerdo secreto la ligaba a Prusia, desde que Bismarck vino a ver al emperador, en Biarritz; y se hablaba en son de misterio de las compensaciones que constituirían el pago de su neutralidad. Pero no por ello dejaba de acentuarse menos la baja, y con carácter desastroso además. Cuando el 4 de julio llegó la noticia de Sadowa, aquel trueno tan brusco, vino a implicar un hundimiento de todos los valores. Se creía en una continuación encarnizada de la guerra; pues, si Austria resultaba derrotada por Prusia, aquélla en cambio había vencido a Italia, en Custozza; y se decía ya que estaba agrupando los restos de su ejército, abandonando la Bohemia. Las órdenes de venta llovían en el corro, ya no había forma de encontrar compradores.

El 4 de julio, Saccard, que había subido al periódico muy tarde, a eso de las seis, no encontró allí a Jantrou, al que, desde hacía algún tiempo traían de cabeza sus pasiones: todo eran salidas bruscas, escapatorias sin fin, de las que volvía rendido, con los ojos turbados, sin que se pudiera llegar a saber cuál de las dos cosas, las mujeres o el alcohol, causaban más estragos en él. En aquel momento el periódico se vaciaba, no quedando allí sino Dejoie, que estaba en la antesala, cenando en un rincón de su mesa. Y, después de haber escrito dos cartas se iba a marchar Saccard, cuando, con el rostro encendido, entró Huret en forma de tempestad, sin tomarse siquiera el tiempo preciso para volver a cerrar las puertas.

—Mi buen amigo, mi buen amigo…

No podía con su sofoco, se puso las dos manos sobre el pecho.

—Salgo de casa Rougon… Vine corriendo porque no disponía de coche. Al final encontré uno… Rougon ha recibido un despacho de allá abajo. Yo mismo lo vi… Una noticia, una noticia…

Con gesto violento, Saccard le hizo callar, y se precipitó hacia la puerta, para cerrarla, al darse cuenta de que por allí rondaba ya Dejoie, oído atento.

—En fin, ¿qué es lo que sucede?

—Pues bien, el emperador de Austria cede Venecia al emperador de los franceses, aceptando su mediación, y este último va a dirigirse a los reyes de Prusia y de Italia para sugerir un armisticio.

Reinó un silencio.

— ¿Eso entonces, significa la paz?

—Evidentemente.

Saccard, sobrecogido, sin concretar aún en su mente idea alguna, dejó escapar un juramento.

— ¡Maldita sea!, ¡y toda la Bolsa que está a la baja!

Luego, maquinalmente, añadió:

—Y esa noticia, ¿no hay alma que la sepa aún?

—No, el despacho es confidencial, ni siquiera aparecerá la nota mañana por la mañana en el Monitor. París no sabrá nada, sin duda alguna, antes de veinticuatro horas.

Fue entonces cuando surgió el relámpago, la brusca y repentina iluminación. Corrió de nuevo hacia la puerta y la abrió para comprobar si estaba alguien a la escucha. Fuera de sí, fue a plantarse de nuevo ante el diputado y cogiéndole por las solapas de su levita, exclamó:

— ¡Cállese!, ¡no hable tan alto!… Somos los dueños de la situación, si Gundermann y su banda, no están avisados… ¡Compréndalo!, ¡ni una sola palabra, a nadie en absoluto!, ¡ni a sus amigos, ni a su mujer siquiera!… ¡Menuda suerte!, incluso se da la circunstancia de que Jantrou no está aquí, seremos los únicos en saberlo, tendremos tiempo de actuar… ¡Oh!, no es que quiera trabajar para mí solo. Usted cuenta, y nuestros colegas del Universal también. Sólo que, un secreto nunca resulta posible de guardar entre varios. Todo se habrá perdido, si se comete mañana la menor indiscreción, antes de la sesión de Bolsa.

Huret, muy emocionado, confuso por la magnitud del golpe que iban a intentar, prometió ser totalmente mudo. Y procedieron a distribuirse la tarea, resolviendo que precisaba entrar luego en campaña. Ya se había puesto su sombrero Saccard, cuando una pregunta remontó a sus labios.

—Entonces, ¿fue Rougon quien le encargó que me trajera la noticia?

—Sin duda alguna.

Había vacilado al hablar, estaba mintiendo: lo cierto era que el despacho quedó sobre la mesa del ministro, donde había cometido la indiscreción de leerlo, aprovechando un minuto en que permaneció solo. Pero dado su interés en que se forjase una inteligente armonía entre los dos hermanos, aquella mentira le pareció de lo más acertado, constándole lo poco deseosos que estaban ambos de verse y hablar de esas cosas.

—Vamos —declaró Saccard—, menos mal, no hay nada que objetar, por lo menos esta vez ha sabido comportarse con delicadeza… ¡En marcha!

En la antesala, no seguía estando nadie más que Dejoie que se había esforzado por oír, pero sin llegar a sacar nada en claro. Notaron sin embargo

que estaba febril; como el que ha olfateado la enorme presa que volaba por el aire, tan agitado por aquel olor a dinero, que se acercó a la ventana del rellano de la escalera, para verles atravesar el paño.

La principal dificultad estribaba en que había que obrar con suma rapidez, y al mismo tiempo con la mayor prudencia. Fijado que hubieron, pues, su respectivo cometido, se separaron en la calle: Huret se encargaba del bolsín de la tarde, en tanto que Saccard, pese a lo avanzado de la hora, se lanzaba en busca de corredores, de zurupetos y de agentes de cambio, para dar órdenes de compra. Sólo que su propósito era dividir tales órdenes, desparramarlas todo lo posible, por temor a despertar sospechas; y, principalmente, quería dar la impresión de un encuentro casual con aquellos en cuya búsqueda iba, en lugar de levantar la caza yendo a buscarles a su casa, causando así su extrañeza. El azar le sirvió en este sentido a las mil maravillas; encontró en el bulevar al agente de cambio Jacoby, con quien estuvo bromeando unos momentos y al que encargó una fuerte operación, sin llegar a asombrarle en demasía. Cien pasos más allá, iba a topar con una joven alta y rubia, de quien sabía que era la querida de otro agente, Delarocque, cuñado de Jacoby; y, al decirle ella, que le esperaba precisamente aquella noche, la encargó que le entregase cuatro líneas escritas con lápiz en una tarjeta. Luego, sabiendo que Mazaud iba aquella noche a un banquete de antiguos condiscípulos, se las arregló para encontrarse con él en el restaurante, y cambió de signo las órdenes y encargos que aquel mismo día le había indicado llevase a efecto. Pero su máximo golpe de suerte, hacia la medianoche, cuando ya regresaba, consistió en que se le acercase a hablar Massias, que salía del teatro. Subieron juntos hacia la calle de Saint-Lazare, con tiempo más que suficiente para adoptar la postura del tipo original que creía en el alza, ¡oh!, no inmediata desde luego; con tal sutileza y habilidad que acabó por hacerle encargo de múltiples órdenes de compra para Nathansohn y otros corredores, diciendo que obraba en nombre de un grupo de amigos, lo que en definitiva era cierto. Cuando se acostó, había tomado posición al alza, por valor de más de cinco millones en valores.

Al día siguiente por la mañana, ya a las siete, Huret se hallaba en casa de Saccard, contándole cómo había operado en el bolsín, delante del pasaje de la Ópera, sobre la acera, donde había hecho comprar lo más posible, aunque siempre con mesura para no elevar demasiado los cambios. Sus órdenes ascendían a un millón; y, juzgando, lo mismo uno que otro, que la jugada resultaba demasiado modesta aún, resolvieron insistir en su campaña. Tenían toda la mañana por delante. Pero, previamente, se lanzaron con avidez sobre los periódicos, temblando encontrar en ellos la noticia, una nota, una simple línea que hiciera desplomarse su combinación. ¡No!, la prensa nada sabía, estaba consagrada por entero a la guerra, rellena de despachos, dando amplios detalles sobre la batalla de Sadowa. Si no llegaba a transpirar ningún ruido antes de las dos de la tarde, si podían contar con una hora de Bolsa, con media

hora tan sólo, el golpe estaba dado, conseguían dar la gran batida a la judería, como decía Saccard. Y se separaron de nuevo, corriendo cada uno por su lado con vistas a comprometer más millones en la batalla.

Aquella mañana la pasó Saccard danzando por el pavimento, olfateando el aire, experimentando una necesidad tal de andar, que había despedido su coche, después de realizada su primera carrera. Entró en casa de Kolb, donde el tintineo del oro le produjo una deliciosa sensación en el oído, algo así como una promesa de victoria; y tuvo la fuerza de voluntad de nada decirle al banquero, que nada sabía por lo demás. Subió seguidamente a casa de Mazaud, no para darle una nueva orden, sino simplemente para aparentar inquietud respecto de la que le diera la víspera. También se ignoraba allí todo aún. El pequeño Flory fue el único que le causó inquietud, por la persistencia con que se dedicaba a dar vueltas a su alrededor: la causa única sin embargo de ese aparente desasosiego era la profunda admiración del joven empleado por la inteligencia financiera del director del Universal; y como la señorita Chuchu, empezaba a costarle más de la cuenta, arriesgaba dinero en pequeñas operaciones, soñaba con saber las órdenes de su gran hombre y entrar de lleno en su juego.

Finalmente, después de un rápido almuerzo en casa Champeaux, donde experimentó la profunda satisfacción de oír las lamentaciones pesimistas de Moser y del propio Pillerault, pronosticando una nueva voltereta en los cambios, Saccard, a partir de las doce y media, se hallaba en la plaza de la Bolsa. Deseaba, según su propia expresión, ver llegar la gente. El calor era agobiante, un sol ardiente caía a plomo, blanqueando las gradas, cuya reverberación caldeaba el peristilo con una atmósfera pesada y abrasadora, propia de un horno; y las sillas vacías crujían bajo aquellas llamas, mientras los especuladores, de pie, buscaban cobijarse en las estrechas rayas de sombra proyectadas por las columnas. Bajo un árbol del jardín, vio a Busch y a la Méchain, que se pusieron a hablar vivamente, en cuanto le divisaron; incluso le pareció que ambos estaban a punto de abordarle, puesto que parecían como arrebatarse: ¿sabían algo acaso, aquellos arrastrados traficantes en valores caídos en el arroyo y en busca de los cuales andaban siempre?, por unos instantes se echó a temblar. Pero, en aquel instante, una voz le llamó, y reconoció sobre un banco a Maugendre y al capitán Chave, los dos en plena riña, pues el primero de ellos se mofaba abiertamente del miserable juego en pequeña escala del capitán, de ese luis ganado al contado, como en el fondo de un café provinciano, después de algunas encarnizadas partidas de baraja: vamos a ver, ¿no podía aquel día, arriesgar sobre seguro, una operación seria?, ¿no era segura la baja y tan aplastante como el mismo sol? Y apelaba al testimonio de Saccard: ¿no era cierto que se acentuaría la baja? Maugendre por su parte había tomado una fuerte posición a la baja, tan convencido de lo que hacía, que hubiera comprometido toda su fortuna. Interrogado de aquella

manera y en forma directa, Saccard se limitó a contestar con vagas sonrisas, haciendo gestos con la cabeza también imprecisos, con el remordimiento interno de no advertir a aquel pobre hombre, a quien conociera siendo tan trabajador, de un espíritu tan transparente, cuando se dedicaba a vender toldos; pero se había jurado a sí mismo mantener el más absoluto silencio, tenía la ferocidad del jugador que no quiere dislocar su suerte. Pero, en aquel momento sufrió una distracción: la berlina de la baronesa de Sandorff pasaba por allí, la siguió con la vista y observó cómo se detenía esta vez en la calle de la Bance.

Súbitamente, pensó en el barón de Sandorff, consejero en la embajada de Austria: la baronesa, sabía seguramente lo que estaba ocurriendo, e iba a perderlo todo por alguna torpeza de mujer. Mientras razonaba así, había atravesado ya la calle y empezaba a dar vueltas alrededor de la berlina, inmóvil, silenciosa, con el cochero tieso en su pescante. Se bajó no obstante uno de los cristales, y él aprovechó para saludar, acercándose galantemente.

—Qué le parece, señor Saccard, ¿seguirá la baja?

Creyó él entonces que se trataba de una trampa.

—Pues sí, así lo estimo, señora.

Después, cuando ella se puso a mirarle ansiosamente, con una cierta vacilación en la mirada, característica en los jugadores y que tan bien conocía él, comprendió que nada sabía en absoluto. Una oleada de sangre tibia le remontó al cráneo, inundándole de deliciosas sensaciones.

—Entonces, señor Saccard, ¿nada tiene que decirme?

—A fe mía, señora, nada sin duda que no sepa usted ya.

Y se alejó de su lado pensando: «Como no has sabido comportarte amablemente, me divertirá muchísimo que tengas que tragar la píldora. Quizás eso haga que en otra ocasión extremes en cambio esa amabilidad». Jamás le había parecido tan deseable, estaba seguro de hacerse con ella a su debido tiempo.

Cuando volvía a la plaza de la Bolsa, el hecho de ver a Gundermann a lo lejos, desembocando por la calle Vivienne, le produjo un nuevo estremecimiento en el corazón. Por muy achicado que apareciese a la vista, dada la distancia, ninguna duda le cabía de que era él, con su lento caminar, su pálida cabeza que llevaba tiesa, sin mirar a nadie, como ensimismado en su majestad, por entre la muchedumbre. Y le seguía con terror, interpretaba cada uno de sus movimientos. Y habiéndole visto abordar a Nathansohn, se creyó perdido. Pero el corredor se retiraba con aire desconcertado y ello motivó que Saccard recobrase la esperanza. Encontraba decididamente que el banquero

tenía el mismo aspecto de todos los días. Luego, de repente, su corazón pegó un brinco de contento: Gundermann acababa de entrar en la confitería para comprar unos bombones a sus nietas; y ése sí que era un signo seguro, jamás entraba allí los días de crisis.

Sonó la una, y la campana anunció la apertura del mercado. Fue aquélla una sesión de Bolsa memorable, una de esas jornadas de desastre, de uno de esos desastres al alza, que tan raras veces ocurren y cuyo recuerdo queda luego como algo legendario. Al principio, y en medio de aquel agobiante calor, aún bajaron las cotizaciones. Luego, una serie de compras bruscas, aisladas, como disparos de las avanzadillas antes de que se enzarce la batalla, empezaron a asombrar a la gente. Las operaciones seguían no obstante siendo pesadas, realizándose en medio de la general desconfianza. Después las compras fueron multiplicándose, se encendieron por todas partes, en el corro, en la balaustrada, no se oían más que las voces de Nathansohn, bajo la columnata, de Mazaud, de Jacoby, de Delarocque en el corro, diciendo a grito pelado que tomaban todos los valores, a todos los precios; y entonces fue cuando tuvo lugar como un estremecimiento colectivo, una oleada creciente, sin que nadie osara arriesgarse sin embargo en el desarrollo de tan súbito e inexplicable giro. Los cambios habían subido ligeramente, Saccard aún tuvo tiempo de dar nuevas órdenes a Massias, para Nathansohn. Rogó igualmente al pequeño Flory que pasaba por allí corriendo que llevase a Mazaud una nota, en la que le encargaba comprar, comprar siempre; dándose el caso de que Flory, habiendo leído la nota, acuciado por un acceso de fe, jugó al juego de su gran hombre, comprando él también por su propia cuenta. Y fue en aquel preciso instante, a las dos menos cuarto, cuando el trueno retumbó en plena Bolsa: Austria cedía Venecia al emperador, la guerra había terminado. ¿De dónde procedía esa noticia?, nadie llegó a saberlo, salía de todas las bocas a la vez, del propio pavimento. Alguien la había traído, y todos la repetían en medio de un clamor que iba en aumento hasta adquirir la resonancia de una marea de equinoccio. Pegando furiosos saltos, las cotizaciones empezaron a subir en medio de un espantoso alboroto. Antes de que sonara la campanada de la clausura, habían remontado en cuarenta, cincuenta francos. Fue aquélla una refriega indescriptible, una de esas batallas confusas en que todos se abalanzan unos sobre otros, soldados y capitanes, para salvar su piel, ensordecidos, ciegos, dejando de tener clara conciencia de la situación. Las frentes chorreaban sudor, el implacable sol que caía sobre las escalinatas, sumergía a la Bolsa en un resplandor de incendio.

Y, al llegar el momento de la liquidación, cuando pudo evaluarse el desastre, éste apareció en toda su inmensidad. El campo de batalla quedaba sembrado de heridos y de ruinas. Moser, el jugador a la baja, figuraba entre los más afectados. Pillerault expiaba con dureza su debilidad, por haber sido aquélla la única vez que desesperara del alza. Maugendre perdía cincuenta mil

francos, su primera pérdida seria. La baronesa de Sandorff hubo de pagar tan grandes diferencias, que Delcambre, por lo que se decía, se negaba a darlas; y ella entretanto aparecía blanca de cólera y de odio en cuanto se le ocurría pensar en su marido, consejero de embajada, que había tenido el despacho entre las manos, antes incluso que el mismo Rougon, y que sin embargo no se dignó decirle nada. Pero la alta banca, la banca judía sobre todo, había sufrido una terrible derrota, una auténtica hecatombe. Se afirmaba que, sólo por su parte, Gundermann, había dejado allí ocho millones. Producía el caso verdadera estupefacción, ¿cómo no se le avisó?, ¡él, amo indiscutible del mercado y del que los ministros no eran sino mancebos, que aguantaba a los Estados bajo su soberana dependencia! Concurrían en aquella ocasión un cúmulo de circunstancias extraordinarias, que son las que vienen a determinar los grandes golpes de azar. Tratábase en suma, de un hundimiento imprevisto, estúpido, fuera de toda razón y de toda lógica.

La historia se difundió no obstante, y Saccard pasó por ser un gran hombre. Con un solo golpe de rastrillo, acababa de amontonar la casi totalidad del dinero perdido por los bajistas. Personalmente, había conseguido embolsarse dos millones. El resto iba a entrar en las cajas del Universal, o a fundirse más bien en manos de los administradores. No sin grandes esfuerzos acabó por persuadir a la señora Carolina que la parte de Hamelin, en aquel botín tan legítimamente conquistado a los judíos, era de un millón. Huret, que tanto había contribuido a la tarea, también se había cortado su porción, con largueza y majestuosamente. En cuanto a los otros, los Daigremont, el marqués de Bohain, no se hicieron rogar en absoluto. Todos votaron mociones de gracias y felicitaciones al eminente director. Y un corazón sobre todo ardía de gratitud para con Saccard, el de Flory, que había ganado diez mil francos, una fortuna, con la que poder vivir con Chuchu en un reducido apartamento de la calle Condorcet, e ir juntos por la noche a reunirse con Gustavo Sédille y Germaine Coeur en los restaurantes caros. En el periódico fue preciso dar una gratificación a Jantrou, que se quejaba de que no le habían prevenido. Sólo Dejoie continuaba melancólico, porque debía guardar el eterno remordimiento de haber notado pasar una noche por los aires la fortuna, misteriosa y vaga, aunque inútilmente.

Ese primer triunfo de Saccard pareció ser como un florecimiento del imperio en su apogeo. Formaba parte del esplendor del reino, constituía uno de sus reflejos gloriosos. La noche misma en que él se engrandecía por entre las fortunas desmoronadas, a la hora en que la Bolsa no era más que un triste campo de escombros, París entero procedía a engalanarse, se iluminaba, como para celebrar una gran victoria; las Tuileries con sus festejos y las calles con su regocijo, celebraban a Napoleón III dueño de Europa, tan en lo alto, tan grande, que los emperadores y los reyes le escogían como árbitro en sus disputas, haciéndole entrega de provincias enteras para que dispusiera de las

mismas entre ellos. En la Cámara se habían alzado muchas voces de protesta, y los profetas de infortunios anunciaban confusamente el terrible futuro, Prusia engrandecida con todo lo que Francia había tolerado, Austria derrotada, Italia mostrándose ingrata. Pero risas y gritos de cólera ahogaban aquellas voces inquietas, y París, centro del mundo, irradiaba luz por todas sus avenidas y todos sus monumentos, al día siguiente del desastre de Sadowa, en espera de las noches oscuras y heladas, noches sin gas, atravesadas por la roja mecha de los obuses. Aquella noche, Saccard, rebosante de éxito, se dedicó a recorrer las calles, la plaza de la Concordia, los Campos Elíseos, todas las aceras donde había luminarias. Arrastrado por la creciente oleada de transeúntes, cegada la vista por aquella claridad de pleno día, podía imaginarse que la iluminación se llevaba a efecto para agasajarle: ¿no podía considerarse, él también, como vencedor inesperado que se alzaba en medio de los desastres? Un solo fastidio venía a estropear su gozo, la cólera de Rougon que, con terribles modales, se había desembarazado de Huret, echándole, cuando comprendió cuál era el origen de la jugada de Bolsa. ¿No era por consiguiente el gran hombre, quien se mostrara buen hermano, enviándole la nueva? ¿Sería preciso acaso que prescindiera de tan alto patrocinio, e incluso que llegara atacar al omnipotente ministro? Repentinamente, estando frente al palacio de la Legión de honor, coronado por una gigantesca cruz de fuego, rielando sobre el oscuro cielo, tomó una atrevida resolución, para el día en que se sintiera con suficientes energías para emprenderla. Y, embriagado por los cánticos de la multitud y el chasqueo de las banderas, se volvió por la calle Saint-Lazare, a través de París en llamas.

Dos meses después, en septiembre, Saccard, a quien su victoria sobre Gundermann tenía convertido en audaz, decidió que necesitaba dar un nuevo envite al Universal. En la junta general que tuvo lugar a finales de abril, el balance presentado señalaba para el año 1864, un beneficio de nueve millones, comprendiendo en el mismo los veinte francos de prima sobre cada una de las cincuenta mil nuevas acciones, cuando se elevó el capital al doble de su importe. Había sido amortizada completamente la cuenta del primer establecimiento, entregado a los accionistas su cinco por ciento y a los administradores su diez por ciento, dejado en la reserva una suma de cinco millones, además del diez por ciento reglamentario; y con el millón que quedaba, se había llegado a distribuir un dividendo de diez francos por acción. Lo que podía calificarse de bonito resultado para una sociedad que no tenía dos años de existencia. Saccard sin embargo, procedía como obedeciendo a arranques febriles, aplicando al terreno financiero el método llamado de cultivo intensivo, calentando, recalentando el suelo, aun a riesgo de quemar la cosecha, y empezó por hacer que se aceptara, por el consejo de administración y seguidamente por una junta general extraordinaria, que se reunió el 15 de septiembre, un segundo aumento de capital: resultaba doblado una vez más,

elevándolo de cincuenta a cien millones, creando cien mil nuevas acciones, exclusivamente reservadas a los accionistas, título por título. Sólo que, esta vez, los títulos eran emitidos a 675 francos, es decir, con una prima de 175 francos, destinada a ser invertida en fondos de reserva. Los crecientes éxitos, los negocios acertados que se realizaron, y, sobre todo, las grandes empresas que el Universal iba a arremeter, constituían las razones invocadas para justificar este enorme aumento de capital, doblado en aquella forma, empellón a empellón; puesto que era preciso dar a la casa una importancia y una solidez que estuvieran en consonancia con los intereses que representaba. Por lo demás, el resultado fue inmediato: las acciones, que desde hacía meses, permanecían estacionarias, subieron a novecientos, en tres días.

Hamelin no pudo venir otra vez de Oriente, para presidir la junta general extraordinaria, y escribió a su hermana una carta llena de inquietud, en la que le expresaba sus temores respecto de aquella forma de conducir el Universal, al galope, a un ritmo tan loco. Adivinaba sin lugar a dudas que en casa del notario Lelorrain, se habían hecho una vez más, declaraciones que no respondían a la realidad. En efecto, todas las acciones nuevas no fueron legalmente suscritas, y la sociedad quedó como propietaria de los títulos rehusados por los accionistas; y, al no haber sido realizadas las entregas de dinero, mediante una combinación de escrituras, habían ido a parar los títulos a la cuenta de Sabatani. Aparte de ello, otra serie de testaferros, de empleados y administradores, habían permitido a la sociedad suscribirse a su propia emisión; de forma que retenía entonces cerca de treinta mil de sus acciones, representando una suma de diecisiete millones y medio. Y aparte de que era ilegal, la situación podía convertirse en peligrosa, pues la experiencia ha demostrado que toda casa de crédito que juega con sus propios valores, está perdida. Pero, la señora Carolina no dejó de contestar menos alegremente a su hermano, bromeando y diciéndole que ahora era él, el medroso, hasta el punto de ser ella, meticulosa antaño, la que debía tranquilizarle. Le decía estar siempre vigilando, no ver nada sospechoso y estar maravillada, por el contrario, con las realidades, claras y lógicas, que palpaba. La verdad era que ella no sabía naturalmente nada de cuanto se le ocultaba, y que, por lo demás, su admiración hacia Saccard, la emoción de simpatía en que la sumían la actividad e inteligencia de aquel hombre menudo, la cegaban por completo.

En diciembre, el cambio de mil francos fue rebasado. Y entonces, frente al Universal triunfante, la alta banca llegó a resentirse, Gundermann fue encontrado en la plaza de la Bolsa, con aire distraído, entrando a comprar bombones en la confitería, con su paso automático. Había pagado sus ocho millones de pérdida, sin exhalar una queja, sin que ninguno de sus familiares hubiera llegado a sorprender en sus labios palabra alguna de cólera o de rencor. Cuando perdía en esa forma, cosa rara por lo demás, decía de ordinario que le estaba bien empleado, que eso le enseñaría a ser menos aturdido; y las

gentes solían responder con una sonrisa, pues el atolondramiento en Gundermann no era cosa fácil de imaginar. Esta vez sin embargo, la dura lección recibida debió penetrar en lo más hondo de su corazón; la sola idea de haber sido vencido por aquel temerario de Saccard, ese loco apasionado, él precisamente que jamás se inmutaba, tan controlador de los hechos y de los hombres, se le hacía insoportable con toda seguridad. Por lo mismo y desde aquel entonces, estuvo al acecho, seguro de su desquite. En seguida y ante el exceso de admiración con que era acogido el Universal, había tomado posiciones como observador convencido de que los éxitos demasiado rápidos, las prosperidades equívocas llevaban a los peores desastres. Sin embargo, el cambio de mil francos aún resultaba razonable, y por ello prefería esperar para situarse a la baja. Su teoría era que, tratándose de la Bolsa, no resultaba factible provocar los acontecimientos; que, todo lo más, cabía preverlos y aprovecharse de los mismos cuando se han producido. Sólo la lógica imperaba, y en materia de especulación como en lo demás, la verdad venía a ser una fuerza omnipotente. En cuanto se exagerasen las cotizaciones, caerían inmediatamente por su propio peso: la baja tendría entonces lugar en forma matemática, y allí se hallaría él simplemente para ver cumplirse su predicción y embolsarse las ganancias. Y, ya fijaba como tope el cambio de mil quinientos francos, para su entrada en la liza. Al llegar la cotización a mil quinientos, empezó por vender acciones del Universal, en pequeñas dosis al principio, más en cada liquidación; todo ello según un plan trazado de antemano. Para nada precisaba de un sindicato de jugadores a la baja, él solo se bastaba, las gentes cuerdas en seguida tendrían la clara visión de la verdad y secundarían su juego. Aquel estrepitoso Universal, ese Universal que empachaba el mercado con tanta rapidez y que se cernía como una amenaza frente a la alta banca judía, esperaba Gundermann a que se agrietase por sí mismo, para tumbarlo al suelo de un empellón.

Se comentó más tarde que fue el propio Gundermann quien, en secreto, facilitó a Saccard la adquisición de un antiguo edificio, situado en la calle de Londres y que éste se proponía demoler, para alzar en tal sitio el hotel de sus sueños, el palacio donde albergar su fastuosa obra. Había conseguido convencer al consejo de administración, y los obreros comenzaron su trabajo, desde mediados de octubre.

El mismo día en que fue colocada la primera piedra, con gran ceremonial, se hallaba Saccard en el periódico, a eso de las cuatro, esperando a Jantrou, que fue a llevar a los periódicos amigos el relato de la solemnidad, cuando recibió la visita de la baronesa de Sandorff. Empezó ésta preguntando por el redactor jefe, para ir a parar luego, como por casualidad, al despacho del director del Universal, que se puso galantemente a su disposición para todos los informes que deseara, llevándola consigo a la pieza reservada que había en el fondo del pasillo. Y una vez estuvieron allí, a la primera brutal embestida,

cedió sobre el diván, lo mismo que una cualquiera, resignada a la aventura de antemano.

Surgió sin embargo una complicación, pues se dio el caso de que la señora Carolina, que pasaba por el barrio de Montmartre, tuvo la ocurrencia de subir al periódico. Solía dejarse caer por allí de ese modo, para dar alguna respuesta a Saccard, o simplemente para saber noticias. Conocía además a Dejoie a quien ella misma había colocado allí, y se detenía siempre unos minutos para charlar con él, satisfecha del agradecimiento que le testimoniaba. Ese día, al no haberle encontrado en la antesala, enfiló el pasillo, tropezando con él cuando volvía de estar escuchando en la puerta. Ahora ya, aquella mala costumbre venía a ser una enfermedad en él, temblaba de fiebre, aplicaba el oído a todas las cerraduras, para sorprender los secretos de Bolsa. Sólo que, lo que había oído y comprendido esta vez, le había causado cierto disgusto; y sonreía con semblante incierto.

—Está ahí, ¿no es eso? —dijo la señora Carolina, haciendo ademán de querer entrar.

Él, balbuceante, la había cerrado el paso, sin tener tiempo para mentir.

—Sí, está ahí, pero no puede entrar.

— ¿Cómo?, ¿que no puedo entrar?

—No, está con una señora.

Al oírle, palideció totalmente, y él, que no sabía nada de la situación, no hacía más que guiñarle el ojo, alargar el cuello, como indicándole con una mímica expresiva, la realidad de la aventura.

— ¿Quién es esa señora? —preguntó ella secamente.

Ninguna razón había para ocultarle el nombre, precisamente a ella, su bienhechora. Y acercándosele al oído la dijo:

—La baronesa Sandorff… ¡Oh! ¡Hace ya mucho tiempo que ella le anda rondando!

Durante unos instantes la señora Carolina permaneció inmóvil. En la oscuridad del pasillo, no podía apreciarse la pálida lividez de su rostro. Acababa de experimentar, en lo más hondo de su corazón, un dolor tan agudo, tan atroz, que jamás recordaba haber sufrido tanto; y el estupor que la produjera aquella espantosa afrenta, la tenía allí como clavada. ¿Qué hacer ahora, echar abajo aquella puerta, arrojarse sobre esa mujer, afrentar a los dos con un escándalo?

Y, mientras seguía así, sin voluntad aún, aturdida por completo, fue alegremente abordada por Marcela que subía para buscar a su marido. Hacía

poco que conocía a la joven.

— ¡Ah!, es usted, querida señora… ¡Imagínese que esta noche vamos al teatro! ¡Oh!, se trata de toda una historia, y mejor será que no nos salga cara la broma… Pero Pablo ha descubierto un pequeño restaurante donde nos atiborramos por treinta y cinco sueldos cada uno…

Jordan, que llegaba en aquel momento, interrumpió a su mujer riéndose.

—Dos platos, una botella de vino y pan a discreción.

—Y luego —continuó diciendo Marcela—, jamás cogemos un coche, ¡resulta tan divertido eso de volver a pie cuando ya es muy tarde!… Esta noche, como somos ricos, nos traeremos además un pastel de almendras de veinte sueldos… ¡Holgorio completo, una juerga de no te menees!

Y se marchó encantada, cogida del brazo de su marido. La señora Carolina, que había vuelto con ellos a la antesala, recobró las fuerzas suficientes para esbozar una sonrisa.

— ¡Diviértanse mucho! —murmuró con voz temblorosa.

Luego, partió ella a su vez. Amaba a Saccard, y se llevaba consigo el asombro y el dolor, como una herida vergonzosa que no quería dejar traslucir.

VII

Dos meses después, una tarde gris y apacible del mes de noviembre, la señora Carolina subió a la sala de diseños, inmediatamente después de comer, para entregarse al trabajo. Su hermano, por entonces en Constantinopla, donde le tenía ocupado su gran negocio de los ferrocarriles de Oriente, le había encargado que revisara todas las notas tomadas anteriormente por él, con ocasión de su primer viaje, como que redactase una especie de memoria, que sería como un resumen histórico de la cuestión; y, desde hacía dos semanas largas, intentaba ella absorberse por entero en aquella pesada tarea. Ese día, era tanto el calor, que dejó consumirse el fuego y procedió a abrir la ventana, desde donde estuvo contemplando por unos momentos, antes de sentarse, los grandes y desnudos árboles del hotel Beauvilliers, cuyo tono violáceo destacaba sobre el pálido cielo.

Llevaba escribiendo cerca de media hora, cuando la necesidad de consultar un documento desvió su atención sumiéndola en una larga búsqueda por entre los expedientes amontonados sobre la mesa. Se levantó, fue a remover otros papeles, y volvió a sentarse, con las manos llenas; y, estando en esa tarea de ordenar papeles sueltos, fijó de repente su atención en unas estampas de

carácter religioso, una vista iluminada del Santo Sepulcro y una oración ornamentada en su derredor con instrumentos de la Pasión, infalible y eficaz para asegurar la salvación en los momentos de angustia que suponen peligro para el alma. Hizo memoria entonces y recordó que su hermano había comprado aquellas estampas en Jerusalén, como muchacho piadoso. Sintióse sobrecogida por una súbita emoción, las lágrimas humedecieron sus mejillas. ¡Ah! aquel hermano, tan inteligente y tanto tiempo desconocido, ¡cuán dichoso era siendo creyente, sin sonreír ante ése cándido Santo Sepulcro semejante a una caja de bombones, sabiendo extraer una serena fuerza en su fe por la eficacia de aquella oración, rimada en versos de confitero! Volvía a verle en su mente muy confiado, demasiado fácil de embaucar quizás, pero tan recto, tan tranquilo, sin rebelarse nunca ni luchar siquiera. Y ella que llevaba dos meses luchando y sufriendo, despojada de toda creencia, quemada por perniciosas lecturas, devastada por los raciocinios, ¡con qué ardor deseaba, en las horas de debilidad, haber seguido siendo sencilla e ingenua como él, hasta el punto de poder adormecer su sangrante corazón, repitiendo tres veces, mañana y noche, la oración infantil que aparecía enmarcada con los clavos, la lanza, la corona y la esponja de la Pasión!

Al día siguiente de la brutal fatalidad que la hiciera sabedora del nexo existente entre Saccard y la baronesa de Sandorff, la señora Carolina supo investirse del valor suficiente para resistir al impulso de vigilarlos y de enterarse. No era en absoluto la mujer de aquel hombre, y no quería tampoco, en modo alguno, ser su amante apasionada, celosa hasta llegar al escándalo; y su calamidad consistía en que continuaba sin rehusarle, en su intimidad de cada hora. Provenía todo ello de la forma sosegada, simplemente afectuosa, que desde el principio imprimiera a la aventura de ambos: una amistad que fatalmente había conducido a la entrega de la persona, como ocurre siempre entre hombre y mujer. No contaba ya veinte años, habiéndose convertido en una mujer de gran tolerancia después de la dura experiencia de su matrimonio. A los treinta y seis años, siendo tan cuerda, creyéndose sin ilusiones, ¿no podía acaso cerrar los ojos, comportarse más como madre que como amante, respecto de ese amigo al que se había entregado tardíamente, en un instante de ausencia moral, y que, también él por su parte, había sobrepasado singularmente la edad de los héroes? Decíase a sí misma muchas veces que se concedía demasiada importancia a esas relaciones entre uno y otro sexo, simples encuentros muy a menudo pero que entrañaban luego un desasosiego durante toda la existencia. Por lo demás, ella sonreía la primera de la inmoralidad de sus reparos, pues ¿no estaban permitidas todas las faltas, de todas las mujeres a todos los hombres? Y, sin embargo, ¡cuántas mujeres son las que saben ser razonables aceptando el reparto con una rival, a las que la práctica corriente hace que se convierta en feliz tolerancia su celosa idea de la posesión única y total! Pero todos esos razonamientos sólo eran formas

teóricas para hacer la vida soportable; ella tenía que poner mucho empeño en forzarse a la abnegación, para continuar siendo la intendente devota, la servidora de inteligencia superior que hace voluntaria entrega de su cuerpo, una vez que ha dado su corazón y su cerebro: una rebelión de su carne, de su pasión, soliviantaba todo su ser, sufría horriblemente por no saberlo todo, al no decidirse y romper violentamente, después de haberle echado en cara a Saccard el daño espantoso que le causaba. Sin embargo, había conseguido refrenarse, hasta el punto de permanecer silenciosa, tranquila y sonriente, y jamás, en su hasta entonces tan ruda existencia, había precisado de más esfuerzo de ánimo.

Durante unos instantes estuvo contemplando las estampas de santidad, que seguía teniendo en sus manos, con dolorosa sonrisa de incrédula, aunque conmovida de ternura. Pero no las veía ya, trataba de reconstruir en su mente lo que Saccard pudiera haber hecho la víspera, lo que estaba haciendo aquel mismo día, merced a un trabajo involuntario e incesante de su espíritu, que volvía por instinto a aquella labor de espionaje, en cuanto dejaba de darle ocupación. Saccard por lo demás, parecía llevar su vida de siempre, por la mañana el trajín de su dirección, por la tarde la Bolsa, y por la noche las invitaciones a cenas, la asistencia a las primeras representaciones de espectáculos, una vida de placeres, plagada de artistas teatrales que no causaban en ella ninguna clase de celos. Y, sin embargo, notaba a ojos vistas, un nuevo interés en él, algo que le consumía horas enteras, ocupadas antes de otro modo; indudablemente aquella mujer, citas en cualquier sitio que ella misma se vedaba llegar a conocer. Todo ello la convertía en suspicaz y desconfiada, y aun a pesar suyo, se ponía a «hacer la gendarme», como decía su hermano riéndose, incluso con respecto a los asuntos del Universal, que ella había dejado de vigilar; hasta tal punto se iba acrecentando por momentos su confianza en aquel hombre. La afectaban y entristecían ciertas irregularidades; aunque observaba luego con gran sorpresa por su parte que, en el fondo, se burlaba de todo ello, le tenía sin cuidado; como le asombraba asimismo no sentirse con fuerzas para hablar ni actuar; hasta tal punto una sola angustia cohibía su corazón: aquella traición que hubiera querido aceptar y que la producía sofoco. Y, avergonzada al notar que las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos, escondió las estampas con el mortal lamento de no poder ir a arrodillarse y tranquilizar su espíritu en una iglesia, llorando durante horas las lágrimas todas de su cuerpo.

Al cabo de diez minutos, la señora Carolina, calmada ya, se había puesto de nuevo a redactar la memoria, cuando el ayuda de cámara vino a decirle que Carlos, un cochero despedido la víspera, se había empeñado en hablar con la señora. Había sido Saccard quien, después de haber contratado él mismo sus servicios, le había sorprendido robando en el depósito de avena. Vaciló unos instantes, pero luego consintió en recibirle.

Alto, buen mozo, con el rostro afeitado, contoneándose con ese aire seguro y fatuo de los hombres que se dejan pagar por las mujeres, Carlos se presentó insolentemente.

—Señora, se trata de las dos camisas que me perdió la lavandera y que se niega a abonarme. Comprenderá la señora, sin duda, que no puedo consentir por mi parte semejante pérdida… Y como la señora es responsable quiero que me resarza del daño, abonándome el precio de mis camisas… Sí, quiero quince francos.

En esas cuestiones de administración hogareña, mostrábase ella muy severa. Quizás habría pagado los quince francos, para evitar toda discusión. Pero la insolencia de aquel hombre, cogido la víspera por sorpresa y hallándose en pleno desvalijo, la indignó sobremanera.

—Estimo no adeudarle nada, y no estoy dispuesta a darle ni un solo céntimo… Además, el señor me ha puesto en guardia, prohibiéndome del modo más absoluto que dé ningún paso en favor suyo.

Entonces, Carlos se adelantó con gesto amenazador.

— ¡Ah!, de modo que el señor ha dicho eso; tenía mis dudas, pero crea que ha hecho mal, porque nos vamos a reír… No soy tan tonto para no darme cuenta de que la señora era la querida…

Sonrojándose, la señora Carolina se levantó y quiso echarle. Pero, sin darle tiempo para ello, continuó hablando en un tono más fuerte:

—Y es posible que agrade a la señora saber adónde va el señor, de cuatro a seis, dos o tres veces por semana, cuando está seguro de encontrar sola a la persona en cuestión…

De repente, la señora Carolina se puso muy pálida; toda su sangre afluía al corazón. Con violento gesto, intentó que el tipo se tragara la información que ella se empeñaba en ignorar desde hacía dos meses.

—Le prohíbo en absoluto…

Sólo que la voz del individuo era más fuerte que la suya.

—Se trata de la señora baronesa de Sandorff… El señor Delcambre mantiene relaciones con ella, y para disfrutarla más a gusto, ha alquilado una plantita baja de la calle Caumartin cerca del cruce con la de Saint-Nicolas, en una casa donde existe una frutería… Por consiguiente, cuando va allí el señor, encuentra la plaza todavía caliente…

Ella había alargado el brazo hacia la campanilla para que echaran a aquel hombre, pero comprendió en seguida que éste habría seguido hablando ante la servidumbre.

— ¡Oh!, ¡cuando digo caliente!… Precisamente tengo allí a una amiga, Clarisa, la doncella, que ha tenido ocasión de verlos juntos, y que ha visto también a su querida, un verdadero témpano, hacerle un sinfín de porquerías…

— ¡Cállese, desdichado!… ¡Tenga!, aquí tiene sus quince francos.

Y, con un gesto de indecible desagrado, le entregó el dinero, comprendiendo que ésa era la única forma de echarlo. E, inmediatamente, en efecto, el tipo aquel recobró sus buenos modales.

—No deseo otra cosa que el bien de la señora… La casa en la que hay una frutería. La escalinata al fondo del patio… Estamos a jueves, son las cuatro, si la señora quiere sorprenderles…

Entretanto ella le empujaba hacia la puerta, sin despegar los labios, lívida.

—Tanto más que hoy la señora podría presenciar algo realmente divertido… ¡Como que en otro caso iba a permanecer Clarisa en semejante cobijo! Y, cuando se han tenido buenos maestros, se les deja un pequeño recuerdo, ¿no es eso?… Buenas tardes, señora.

Por fin, se marchó. La señora Carolina, permaneció inmóvil durante unos segundos, buscando razonar, comprendiendo que una escena parecida amenazaba a Saccard. Luego, sintiéndose sin fuerzas, lanzando un fuerte suspiro, medio se derrumbó sobre su mesa de trabajo; y las lágrimas que la ahogaban, retenidas durante tanto tiempo, resbalaron por sus mejillas.

Clarisa, una joven rubia y delgada, acababa simplemente de traicionar a su dueña, ofreciéndole a Delcambre sorprenderla con otro hombre, en el propio alojamiento que él pagaba. Había empezado por exigir quinientos francos; pero como era extraordinariamente avaro, y después de un largo regateo, hubo de contentarse con doscientos francos, pagaderos a tocateja, en el momento en que ella le abriese la puerta de la alcoba. La sirvienta dormía en un cuartito existente detrás del tocador. La baronesa había contratado sus servicios, como un acto de delicada prudencia, y para no tener que confiar el cuidado del apartamento a la portera. Permanecía por lo general ociosa, sin posibilidad de hacer nada entre las citas, en el fondo de aquel aposento vacío, eclipsándose por lo demás, desapareciendo en cuanto llegaban Delcambre o Saccard. Era aquella casa donde Clarisa había conocido a Carlos, que estuvo durante mucho tiempo yendo por la noche, a ocupar con ella el espacioso lecho de los amos, devastado aún por la orgía de la jornada; e incluso fue ella quien le había recomendado a Saccard como buen muchacho y muy de confianza. Desde su despido, ella compartía su rencor, sobre todo porque su dueña le hacía «groserías», sabiendo además de una colocación donde ganaría un sobresueldo de cinco francos por mes. Para empezar, Carlos quiso escribir al barón Sandorff; pero ella había considerado más divertido y provechoso organizar

con Delcambre una sorpresa. Y, precisamente aquel jueves, habiéndolo preparado todo para la jugada maestra, se dedicaba tranquilamente a esperar.

A las cuatro, cuando llegó Saccard, la baronesa Sandorff, se hallaba ya allí, echada en el diván delante del fuego. Acostumbraba a ser muy puntual como mujer de negocios que conoce el precio del tiempo. Las primeras veces, él había sufrido la desilusión de no encontrar la ardorosa amante que esperaba, en aquella mujer tan morena, de azulados párpados y provocador aspecto de vacante en locura. Era más bien mármol puro, cansada sin duda de su inútil esfuerzo en busca de una sensación que nunca llegaba, dominada enteramente por el juego, cuya angustia al menos conseguía recalentarle la sangre. Después, habiendo apreciado en ella la curiosidad, exenta de repugnancia, resignada a la manera si creía descubrir en ello un nuevo estremecimiento, consiguió depravarla, obteniendo de ella todo género de caricias. Se dedicaba a hablarle de Bolsa, le sacaba informes; y, como con ayuda del azar, qué duda cabe, aumentaron sus ganancias después de haberse unido a él, trataba un poco a Saccard en calidad de fetiche, lo mismo que un objeto recogido en el suelo, que se guarda y se besa, aun tratándose de algo sucio, por la suerte que pueda a uno traerle.

Clarisa había preparado aquel día un fuego tan hermoso, que no se metieron en la cama, movidos por el refinamiento de permanecer junto a las altas llamas, sobre el diván. Fuera, estaba a punto de hacerse la noche. Los postigos sin embargo habían sido cuidadosamente cerrados y los cortinajes echados; dos hermosas lámparas con globos esmerilados, sin pantallas, les alumbraban con una luz cruda.

Apenas si acababa de entrar Saccard, cuando Delcambre a su vez, descendió del coche. El procurador general Delcambre, personalmente relacionado con el emperador, en trance de ser nombrado ministro, era un hombre delgado y amarillento, de unos cincuenta años, de alta envergadura y solemne aspecto, rasurado el rostro y cruzado por profundos pliegues de austera severidad. Su dura nariz en forma de pico de águila, parecía carente de desfallecimiento, como sin perdón. Y, cuando subió la escalinata con su acostumbrado paso, mesurado y grave, iba imbuido de toda su dignidad, con su aspecto frío de los solemnes días de audiencia. Nadie le conocía en la casa; apenas si iba por allí como no fuera caída la noche.

Clarisa le esperaba en la reducida antecámara.

—Si el señor quiere seguirme, y recomiendo sobre todo al señor que no haga ruido.

Él se mostraba vacilante, ¿por qué no entrar por la puerta que daba directamente a la alcoba? Pero, en voz muy baja, le explicó ella entonces que seguramente estaba echado el cerrojo, que habría que romperlo todo y que la

señora, puesta sobre aviso, tendría tiempo suficiente para cubrir las formas. ¡No!, lo que ella quería era sorprenderla tal y como la había visto un día, aplicando un ojo al hueco de la cerradura. Con ese fin había imaginado algo muy sencillo. En otro tiempo, su alcoba comunicaba con el tocador a través de una puerta, hoy cerrada con llave; y, como esa llave se habían limitado a echarla en el fondo de un cajón, ella sólo tuvo que cogerla para hacer otra y luego abrir; de modo que, gracias a esta puerta condenada, en olvido, se podía ahora, sin ruido, penetrar en el tocador, que a su vez sólo estaba separado de la alcoba por un cortinón. Con seguridad la señora no esperaba que nadie entrase por ese lado.

—El señor tiene que confiar en mí plenamente. Estoy interesada en el éxito, ¿no es así?

Se deslizó unos instantes la doncella por la entornada puerta y desapareció, dejando solo a Delcambre, en su estrecha habitación de criada, con la cama medio deshecha, la jofaina llena de agua jabonosa; y de donde ya se había apresurado a sacar su maleta, por la mañana, para escapar a toda prisa en cuanto se hubiera dado el golpe. Volvió a poco y cerró suavemente la puerta tras de sí.

—Será necesario que el señor espere un poquito. No ha llegado todavía la oportunidad. Están charlando.

Delcambre conservaba su digna figura, sin pronunciar palabra, de pie e inmóvil, bajo la atención un tanto burlona de aquella muchacha que le miraba de hito en hito. Empezaba sin embargo a cansarse, un tic nervioso afectaba toda la mitad izquierda de su cara, debido a la contenida rabia, que, en forma de oleada, remontaba hasta el cráneo. El macho furioso, con apetitos de ogro que se escondía en él tras la fría severidad de su máscara profesional, empezaba sordamente a gruñir, irritado sólo con pensar en aquella carne que le estaban robando.

—Vayamos de prisa, despachemos en seguida —repetía incesantemente, sin saber lo que decía, con las manos febriles.

Pero cuando Clarisa, desaparecida de nuevo, regresó a los pocos momentos, le suplicó, llevándose un dedo a los labios, que tuviera todavía un poco de paciencia.

—Se lo aseguro, señor, procure ser razonable o, de otro modo, se perderá lo más hermoso del espectáculo… Dentro de unos instantes, los pescaremos en plena tarea.

Y, Delcambre, con las piernas repentina y materialmente destrozadas, hubo de sentarse en la pequeña cama de la sirvienta. Anochecía, y así permaneció en la oscuridad, mientras la doncella, que estaba al acecho, no se perdía

ninguno de los ligerísimos ruidos que provenían de la alcoba y que también él percibía, aunque decuplicados por un bordoneo de oídos, que le parecían más bien el pataleo de todo un ejército en marcha.

Notó por fin la mano de Clarisa palpándole a ciegas a lo largo de su brazo. Comprendió al instante lo que ella quería y, sin decir una sola palabra, le entregó un sobre donde había metido los doscientos francos prometidos. Y fue ella la primera en avanzar; separó el cortinón del gabinete, al tiempo que decía:

— ¡Tenga!, ¡ahí les tiene usted!

Delante del magnífico fuego, con sus ardientes brasas, veíase a Saccard tumbado de espaldas, en el borde del diván, sin llevar puesta más ropa que su camisa, la cual, remangada además hasta los sobacos, dejaba al descubierto, desde los pies hasta los hombros, su morena piel, invadida con la edad por una pelambrera de bestia; al tiempo que la baronesa, completamente desnuda, sonrosada toda ella merced a las llamas que la recalentaban, estaba arrodillada; y las dos grandes lámparas de la habitación les alumbraban con una claridad tan viva, que acusaba los más nimios detalles, con un relieve de sombra excesivo.

Estupefacto, sofocado por aquel flagrante y anormal delito, Delcambre se había detenido, mientras que los otros dos, como fulminados por un rayo, idiotizados al ver entrar a aquel hombre por el tocador, no osaban moverse, con los ojos desmesuradamente abiertos y alienados.

— ¡Ah!, ¡puercos, más que puercos! —balbuceó finalmente el procurador general—. ¡Indecentes cochinos!

Eran las únicas palabras que se le ocurrían, y las estuvo repitiendo sin interrupción, acentuándolas con el mismo gesto nervioso, como para imprimirles así más fuerza. Esta vez, de un salto, la mujer se había levantado, violenta por su desnudez, poniéndose a dar vueltas sobre sí misma, buscando sus vestiduras, que había dejado en el tocador, adonde no le era posible ir a buscarlas; y habiendo echado mano de unas enaguas blancas que habían quedado allí, se cubrió los hombros con esa prenda, conservando entre los dientes las dos cintas del cinturón, para apretarla así mejor alrededor de su cuello, contra su pecho. El hombre, que también había abandonado el diván, estiró su camisa hacia abajo, con gesto de enorme fastidio.

— ¡Puercos! —repitió una vez más Delcambre—, ¡marranos!, ¡precisamente en esta alcoba que yo pago!

Y, mostrándole el puño a Saccard, acentuándose más y más su locura ante la idea de que todas aquellas marranadas se hacían sobre un mueble comprado con su dinero, su mente deliraba.

—Se halla en mi casa, ¡es usted un cerdo! Y esta mujer también me pertenece, ¡es usted un cerdo y un ladrón!

Saccard, que ninguna reacción de enfado dejaba traslucir, hubiera querido calmarle más bien, fuertemente azorado como estaba por hallarse de aquel modo, en camisa, y muy molesto desde luego con la aventura. Pero la palabra «ladrón» le hirió en lo más hondo.

— ¡Vayamos por partes, señor! —respondió—, cuando se quiere tener una mujer para sí solo, se empieza por darle todo cuanto ella necesite.

Aquella alusión a su avaricia acabó de irritar a Delcambre. Estaba desfigurado, horripilante, como si el macho salvaje humano, y toda la priapea oculta le saliese a flor de piel. Su rostro, tan digno y frío, había enrojecido repentinamente, se hinchaba por momentos, hacía se tumefacto, se inclinaba hacia delante cual morro furioso. El arrebato dejaba a un lado a la bestia carnal ante el espantoso dolor de aquel fango removido.

—Necesidad, necesidad —balbuceó—, necesidad de merodear por el arroyo… ¡Ah!, ¡maldita ramera!

Y tuvo para con la baronesa un gesto tan violento, que ésta cogió miedo. Seguía estando de pie, inmóvil, sin conseguir taparse el pecho con la enagua, más que dejando al descubierto el vientre y los muslos. Comprendiendo entonces que aquella culpable desnudez, de aquel modo exhibida, le exasperaba más aún, retrocedió hasta la silla y se sentó en ella, juntando las piernas y procurando subir las rodillas, para ocultar así cuanto le era posible. Luego, permaneció allí, sin hacer un gesto ni pronunciar una palabra, la cabeza un poco baja, con ojos socarrones y contemplando de reojo la batalla, como hembra que se están disputando unos machos, que espera pacientemente, para entregarse al vencedor.

Envalentonado, Saccard fue a situarse ante ella.

—No irá a pegarla, ¿verdad?

Los dos hombres se encontraron frente a frente.

—En fin, señor —continuó diciendo—, precisa que acabemos de una vez. No vamos a reñir como cocheros… Cierto es desde luego, soy el amante de la señora. Y le repito que, si usted ha pagado los muebles aquí, también yo he pagado…

— ¿Qué?

—Muchas cosas: por ejemplo, el otro día, los diez mil francos de su antigua cuenta en casa Mazaud, que usted se negó en redondo a liquidar… Tengo tantos derechos como usted. ¿Que soy un cochino?, ¡posiblemente!, pero un ladrón, ¡ah!, ¡eso sí que no! Ahora mismo va usted a retirar la palabra.

Fuera de sí, Delcambre se puso entonces a gritar:

—Es usted un ladrón, y estoy dispuesto a romperle la cabeza, si no abandona la casa al instante.

Pero Saccard, montaba a su vez en cólera. Y mientras se iba poniendo los pantalones, exclamaba en tono airado:

— ¡Vaya!, ¿con que ésas tenemos?, ¡ya me está usted aburriendo! Me iré si me place… ¡No es usted, amiguito, lo bastante hombre como para asustarme!

Y, en cuanto se hubo puesto sus botinas, golpeó resueltamente la alfombra con los pies, mientras decía:

—Ande, aquí me tiene clavado; ahora me quedo.

Sofocado por la rabia, Delcambre se había ido acercando con el morro saliente.

— ¡Puerco marrano, salte de aquí!

—No sin que tú lo hagas primero, ¡viejo crápula!

— ¿Y si te planto la mano a la cara?

— ¡Pues te daré un puntapié en salva sea la parte!

Rozándose las narices, los colmillos fuera, materialmente aullaban. Olvidándose de sí mismos, en aquel derrumbamiento de su educación, en esa oleada de fango inmundo que constituía la brama de su disputa, el magistrado y el financiero acabaron enzarzándose en una pelea propia de carreteros borrachos, decorada con frases abominables, que se lanzaban mutuamente, como obedeciendo a una necesidad creciente de aumentar la basura, cual si fueran escupitajos. Las voces se ahogaban en sus gargantas, espumaban cieno.

Sentada en su silla, la baronesa seguía esperando a que uno de los dos hubiera sacado fuera al otro. Y, ya calmada, trazando proyectos para el futuro, no se sentía realmente molesta más que por la presencia de la doncella, a la que adivinaba detrás del cortinón del tocador; que sin duda se habría quedado allí para disfrutar un poco. Y, en efecto, habiendo alargado esta última la cabeza, con una sonrisa burlona de satisfacción al oír a aquellos dos caballeros decirse cosas tan malsonantes, las dos mujeres tuvieron ocasión de verse: el ama acurrucada y desnuda, la sirvienta tiesa y correctamente vestida, con su cuellecito planchado; y cambiaron entre sí una chispeante mirada, que reflejaba el rencor secular entre rivales en ese terreno de igualdad en que sitúan las duquesas y las vaqueras una vez se quitaron la camisa.

Pero, también Saccard había visto a Clarisa. Acababa de vestirse violentamente, la emprendía en aquel momento con el chaleco y volvía para soltar una injuria en pleno rostro de Delcambre, metía el brazo en la manga

izquierda de su levita y lanzaba otra imprecación, enfundaba el brazo derecho y encontraba otros insultos, y a continuación otros más, a cubas llenas, como a voleo. A continuación, de sopetón y como para terminar, exclamó:

— ¡Clarisa, venga aquí!… ¡Abra las puertas y las ventanas, para que toda la casa y toda la calle puedan oírlo!… ¡El señor procurador general quiere que se sepa que está aquí, y soy yo quien va a divulgarlo!

Palideciendo, Delcambre retrocedió, al ver que se dirigía hacia una de las ventanas, como si quisiera descorrer las cortinas. Aquel terrible hombre era capaz de llevar a cabo su amenaza, él a quien tan sin cuidado tenía el escándalo.

— ¡Ah, canalla, canalla! —murmuró el magistrado—. Buena pareja hacen, usted y esa perdida. Por mi parte, se la dejo…

—Eso es, ¡levante el campo! Para nada se le necesita… Por lo menos, sus facturas serán pagadas, y ya no tendrá ella que llorar más miserias… ¡Tenga!, ¿quiere seis sueldos para poder coger el ómnibus?

Ante aquel insulto, Delcambre se detuvo unos instantes en el umbral del tocador. Volvía a tener su esbeltez de siempre, su pálido rostro, surcado por rígidos pliegues. Extendió el brazo e hizo un juramento.

—Juro por lo más sagrado, que me las pagará todas juntas… ¡Oh!, ¡volveremos a encontrarnos, póngase en guardia!

Seguidamente, desapareció. Y a poco, detrás de él, oyóse el escurrimiento de unas faldas: tratábase de la doncella que, por temor a una explicación, huía, más que contenta sólo con pensar en la broma que les había gastado.

Saccard, todavía furioso, dando vueltas de un lado para otro, fue a cerrar las puertas y volvió a la alcoba, en donde la baronesa seguía, como clavada en la silla. Continuó él con su paseo, dando grandes zancadas, adentró en la chimenea un tizón que resbalaba; y, sólo entonces, reparando en ella en tan singular postura y tan ligera de ropa, con aquellas enaguas sobre los hombros, se mostró muy afable.

—Ande, vístase, querida… Y no se emocione, créame. Se trata de algo estúpido, pero sin ninguna trascendencia, ninguna en absoluto… Volveremos a vernos aquí mismo, pasado mañana, para ponernos de acuerdo, ¿no es eso? Ahora, tengo que ausentarme, pues he quedado citado con Huret.

Y, cuando ella volvía a ponerse por fin la camisa, a punto ya de irse la dijo Saccard desde la antecámara:

—Sobre todo, si se decide a comprar valores italianos, ¡no corneta tonterías!, no los adquiera más que con prima.

Durante todo ese tiempo, y a la misma hora, la señora Carolina, con la cabeza apoyada sobre la mesa de trabajo, no dejaba de sollozar. La brutal información del cochero, aquella traición de Saccard que ya no le era posible ignorar, removía en su fuero interno todas las sospechas, los temores todos que ella se propusiera sepultar. Se veía forzada a la tranquilidad y a la esperanza, en todo lo referente a los negocios del Universal, viniendo a ser cómplice, en razón a la ceguera de su ternura, de cuanto él no le contaba y de lo que ni siquiera trataba por su parte de indagar. Reprochábase ahora también, con un violento remordimiento, la carta tranquilizadora que había escrito a su hermano, con motivo de la última junta general celebrada; puesto que, después de haberle abierto los ojos y agudizado el oído, tenía plena conciencia de que las irregularidades seguían, agravándose sin cesar; que, continuando ese ritmo, la cuenta Sabatani había engrosado, que la sociedad, manejando sus propios fondos, jugaba cada vez más, bajo la cobertura de aquel testaferro; todo ello sin hablar de las desorbitadas y falaces propagandas, de los cimientos de arena y lodo sobre los que se estaba alzando el colosal establecimiento, cuya rápida subida, como milagrosa, le producía más terror que gozo. Y lo que sobre todo le ocasionaba mayor angustia, era aquel ritmo de velocidad, ese continuo galopar que se imprimía al Universal, semejante a una máquina, atiborrada de carbón hasta los topes y lanzada sobre diabólicos raíles, hasta que todo reventara y saltase, en el último choque. Distaba mucho de ser una ingenua o una boba, a quien se pudiera engañar con facilidad; aun ignorando, como ignoraba, las operaciones de banca, en cuanto a la técnica de las mismas se refiere, comprendía perfectamente las razones de aquel trasiego, de ese movimiento febril, encaminado a embriagar a la multitud, a arrastrarla para que se enrolase en aquella epidémica locura de la danza de los millones. Cada mañana debía traer consigo el alza, precisaba hacer creer siempre en un éxito mayor, en ventanillas enrejadas monumentales, encantadas, capaces de absorber riachuelos, para devolver ríos, océanos de oro. Su pobre hermano, tan crédulo de por sí, seducido, arrastrado por aquel deslumbramiento, ¿iba a ser traicionado por ella, iba a abandonarle en aquella inmensa ola que amenazaba con anegarles un día a todos? Estaba desesperada por su inacción y su impotencia.

Mientras tanto, el crepúsculo iba oscureciendo la sala de los diseños, que ni siquiera iluminaba con sus reflejos el extinto hogar; y, rodeada de esas crecientes tinieblas, la señora Carolina sollozaba más fuerte aún. Resultaba en cierto modo cobarde llorar de aquella forma, pues se daba perfecta cuenta de que semejante mar de lágrimas no provenía tan sólo de su inquietud respecto a los negocios del Universal. Era Saccard, ciertamente, la sola persona que impulsaba aquel terrible galope, fustigando a la bestia con una ferocidad, una inconsciencia moral extraordinaria, a riesgo, naturalmente, de matarla. Era, pues, el único culpable, y ella sentía como un estremecimiento al tratar de leer

en él, en aquella alma oscura de un hombre de dinero, el infinito cenagoso de todos los derrumbamientos. Lo que aún no apreciaba claramente, lo sospechaba sin embargo y se echaba a temblar. Pero el lento descubrimiento de tantas llagas, el temor a una posible catástrofe, no la habrían lanzado así sobre aquella mesa, llorosa y sin fuerzas; por el contrario, habrían motivado que se irguiese, en un afán de lucha y de curación. Se conocía a sí misma; era una luchadora intrépida. ¡No!, si sollozaba tan fuerte, lo mismo que una niñita endeble, era porque amaba a Saccard y porque Saccard, en aquellos momentos, se hallaba con otra mujer. Y esa confesión que estaba obligada a hacerse la llenaba de vergüenza, redoblaba sus lloros, hasta el punto de ahogarla.

— ¡Haber llegado a prescindir del orgullo, Dios mío! —balbuceaba en voz alta—. ¡Ser frágil y miserable hasta ese extremo! ¡No poder cuando se quiere!

En aquel momento, en la oscuridad de la habitación, se asombró al oír una voz. Era Máximo que, como familiar de la casa, acababa de entrar.

— ¿Cómo es eso?, ¿usted aquí, llorando y sin luz?

Confusa por haber sido sorprendida en aquella forma, se esforzó en contener sus sollozos, al tiempo que añadía él:

—Le pido mil perdones, creí que mi padre habría vuelto ya de la Bolsa… Una señora me rogó que le llevase a su casa a cenar.

A todo esto el ayuda de cámara llegaba con una lámpara, para retirarse después de haberla colocado sobre la mesa. La vasta pieza se vio entonces iluminada por entero por la apacible luz que arrojaba la pantalla.

—No me pasa nada —quiso explicar la señora Carolina—, pequeñas reacciones de mujer, en mí que soy tan poco nerviosa.

Y, con los ojos secos, erguido el busto, se puso a sonreír con su heroico talante de luchadora. Durante un momento, el joven la estuvo contemplando, tan altivamente rehecha, con sus grandes ojos claros, sus pronunciados labios, su rostro de bondad viril, al que la espesa corona de sus blancos cabellos, había conseguido dulcificar e impregnado de un gran encanto; la encontraba joven aún, así, en su entera blancura, los dientes asimismo blancos; una mujer adorable y hermosa en suma. Pensó luego en su padre, lo que le llevó a un encogimiento de hombros lleno del más compasivo de los desprecios.

—Es él, ¿no es eso?, quien la pone en semejante trance.

Quiso negarlo, pero el ahogo la estrujaba y las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos.

— ¡Ah!, pobre señora, bien le dije yo que se hacía ilusiones respecto a papá, y que sus buenos deseos no hallarían recompensa… ¡Era algo fatal que

la devorase a usted también!

Acordóse ella del día en que fuera a pedirle prestados los dos mil francos para realizar el pago a cuenta para el rescate de Víctor. ¿No le había prometido el joven conversar con ella, cuando quisiera saber o indagar alguna cosa? ¿No se le ofrecía ahora la ocasión de averiguar todo lo referente al pasado, preguntándole sobre el particular? Y un irresistible afán de hacerlo así la impulsaba a ello: ahora que ya había empezado a descender, le era de todo punto necesario llegar hasta el fondo. Eso sólo implicaba una actitud valiente, digna de ella, útil a todos.

Le repugnaba sin embargo semejante indagación, y esbozó un rodeo cual si quisiera truncar la plática.

—Sigo debiéndole dos mil francos —dijo—. ¿Supongo que no se enfadará mucho conmigo porque le haga esperar?

Le contestó él con un gesto, como para darle a entender que se tomara todo el tiempo que quisiera. Luego, dijo con brusquedad:

—A propósito, ¿qué es de mi hermanito, aquel pequeño monstruo?

—Me tiene desolada, aún no le dije nada a su padre… ¡Me gustaría tanto desbastar un poco a ese pobre ser, para que pueda ser amado!

Una sonrisa de Máximo produjo inquietud en ella, y como le interrogase con los ojos:

— ¡Qué diablos!, tengo la impresión de que también a ese respecto se está tomando una molestia inútil. No creo que papá se haga cargo de todo ese esfuerzo. ¡Es tanto lo que ha visto en materia de disgustos familiares!

Ella por su parte, no le quitaba la vista de encima, tan correcto en su disfrute egoísta de la vida, tan bonitamente desengañado de los ligámenes humanos, incluso de aquellos que motivan el placer. Había sonreído el joven, sólo paladeando la oculta malicia encerrada en su última frase. Y entonces fue cuando tuvo conciencia de que palpaba el secreto de aquellos dos hombres.

—Perdió usted a su madre siendo muy niño, ¿no es eso?

—Sí, apenas la conocí… Vivía aún en Plassans, iba al colegio, cuando ella murió aquí, en París… Nuestro tío, el doctor Pascal, se quedó allá con mi hermana Clotilde, a quien sólo he vuelto a ver una vez.

—Pero ¿su padre se volvió a casar?

Máximo tuvo unos momentos de vacilación. Sus claros ojos, tan vacíos siempre, se vieron turbados por un humo ligero y sonrosado.

— ¡Oh!, sí, sí, contrajo nuevo matrimonio… La hija de un magistrado, una

Béraud del Châtel… Se llamaba Renata; más que madre para mí, una buena amiga…

Sentándose luego a su lado, con ademán familiar, continuó diciendo:

—Mire usted, hay que empezar por comprender a papá. No es, ¡Dios mío!, peor que los demás. Sólo que, sus hijos, sus mujeres, cuanto le rodea en fin, no penetra en él más que después del dinero… ¡Oh!, entiéndame bien además; no es que ame el dinero en calidad de avaro, para ir amontonándolo y mantenerlo oculto en su sótano. ¡No!, si quiere hacerlo brotar por doquier, si exprime no importa qué fuentes, es para verlo luego correr en su casa como si fueran torrentes, está destinado a satisfacer todos los goces que de él pueda sacar, lujo, placeres, poderío… ¿Qué quiere usted?, lo lleva en la sangre. Sería capaz de vendernos, a usted, a mí, no importa quién, si entrásemos en los tratos de cualquier marchandeo. Y esto a título de hombre inconsciente y superior, pues viene a ser realmente el poeta del millón, hasta tal punto el dinero le vuelve loco y malvado, ¡oh!, ¡malvado siempre en cosas de mucha categoría, claro está!

Era bien lo que la señora Carolina había alcanzado a comprender por sí misma, y escuchaba a Máximo, expresando su aprobación con movimientos de cabeza. ¡Ah! el dinero, ¡ese dinero corruptor, capaz de envenenar, que desecaba las almas, ahuyentando la bondad, la ternura y el amor al prójimo! Él sólo era el gran culpable, el mediador causante de todas las crueldades y de todas las inmundicias humanas. En aquel momento ella lo maldecía, lo execraba, a impulsos de la indignada rebelión de su nobleza y de su rectitud de mujer. Si hubiera tenido poder para ello, de un gesto habría aniquilado todo el dinero del mundo, lo mismo que se aplasta el mal de un taconazo, para la salvación de la tierra.

—Y su padre se volvió a casar —repitió ella, después de un breve silencio, con voz pausada y embarazosa, en un despertar confuso plagado de recuerdos.

¿Quién, delante de ella, pudo hacer alusión a aquella historia? La propia señora Carolina no sabría decirlo: una mujer sin duda, alguna amiga quizás, en los primeros tiempos de su instalación en la calle Saint-Lazare, cuando el nuevo inquilino vino a habitar el primer piso. ¿No se trataba acaso de un matrimonio por razón de dinero, de alguna compra vergonzosa?, ¿no había entrado el crimen en aquel matrimonio, tolerado y viviente en él un adulterio monstruoso, bordeando el incesto?

—Renata —siguió diciendo Máximo en voz baja, como si hablara contra su voluntad— sólo tenía unos años más que yo…

Había levantado la cabeza y se dedicaba a contemplar a la señora Carolina; entonces, en un súbito abandono de sí mismo, poniendo irracional confianza

en aquella mujer, que tan juiciosa y discreta le parecía, le contó el pasado, pero no haciéndolo en frases seguidas e hilvanadas, sino fragmentado, a través de confesiones incompletas, como involuntarias, que luego ella debía recomponer. ¿Aliviaba de ese modo el antiguo rencor que sintiera contra su padre, esa rivalidad existente entre ellos y que les hacía comportarse como forasteros, incluso hoy, sin intereses comunes? No es que le acusase, parecía más bien incapaz de cólera; pero su risita bordeaba la mofa, hablaba de todas aquellas abominaciones con el gozo maligno y burlón de sumirle en el lodo, al remover tanta vileza.

Y fue de ese modo como la señora Carolina llegó a conocer, en toda su amplitud, la escalofriante historia: Saccard vendiendo su nombre, casándose por dinero con una joven seducida; Saccard, por razón de su dinero y de su loca y bulliciosa vida, acabando por desquiciar a aquella niña grande y enferma; Saccard, necesitando dinero en un momento dado, teniendo que conseguir de ella una firma, tolerando en su casa los amores de su mujer y de su hijo, cerrando los ojos como buen patriarca que ve con agrado que la gente se divierta a su alrededor. ¡El dinero, el dinero rey, el dinero Dios, por encima de la sangre, al margen de las lágrimas, adorado sobre un pedestal más alto que los vanos escrúpulos humanos, en lo infinito de su poderío! Y a medida que el dinero iba aumentando en volumen, que Saccard se revelaba a sus ojos con semejante diabólica grandeza, la señora Carolina se sentía presa de verdadero espanto, helada, trastornada seriamente ante la idea de que también ella estaba en manos del monstruo, después de tantas otras.

— ¡Eso es todo! —dijo Máximo, poniendo punto final a su explayamiento —. Me da usted pena; vale más que esté prevenida… Y que eso no la haga indisponerse con mi padre. Me disgustaría enormemente, porque no sería él sino usted la que lloraría una vez más… ¿Comprende usted ahora por qué me niego a prestarle un solo céntimo?

Como ella no contestaba en absoluto, con la garganta oprimida, acongojado el corazón, levantóse él entonces y echó una ojeada al espejo, con el tranquilo desahogo de un hombre apuesto, seguro de su correcto proceder en la vida. Luego, volvió a situarse frente a ella.

—Esas y semejantes cosas, consiguen envejecerla más pronto, ¿no es cierto?… Por lo que a mí se refiere, supe a tiempo poner en orden mi existencia; me casé con una jovencita que estaba enferma y que ya murió, y juro hoy solemnemente, que no se me harán cometer más necedades… ¡No!, téngalo por seguro, papá es incorregible porque carece de sentido moral.

Le cogió la mano, y la conservó unos instantes entre las suyas, observando que estaba helada.

—Me marcho, pues veo que no vuelve… Pero ¡no permita que le aflija la

pena! ¡Yo que la creía tan fuerte! Y deme las gracias en todo caso, pues sólo hay una cosa estúpida de veras: el ser engañado.

Íbase ya, cuando se detuvo en la puerta, para añadir aún:

—Lo olvidaba, dígale que la señora de Jeumont quiere que vaya a cenar con ella… Ya sabe usted a quién me refiero, la señora de Jeumont, la que se prestó a acostarse con el emperador por cien mil francos… Y, no sienta temor alguno, pues, por loco que papá siga estando, me atrevo a confiar en que no es capaz de pagar ese precio por una mujer.

Una vez sola, la señora Carolina no hizo el menor movimiento. Permanecía como atontada sobre su silla, en la vasta pieza, rodeada de un profundo y pesado silencio, contemplando fijamente la lámpara, con los ojos desmesuradamente abiertos. Aquello venía a significar como un brusco desgarramiento del velo: lo que no había querido distinguir claramente hasta entonces, lo que no hiciera más que sospechar temblorosa, lo veía en estos instantes con toda su horrible crudeza, sin posible complacencia. Contemplaba a Saccard al desnudo, aquella alma estragada de un hombre de dinero, complicado y turbulento en su descomposición. Para él no existían, en efecto, lazos ni barreras, iba derecho al logro de sus apetitos con el desencadenado instinto de quien no conoce más límites que su propia impotencia. Había llegado a compartir su mujer con su propio hijo, vendido a ese hijo, vendido a su mujer, vendido a todos aquellos que cayeron en sus manos; se había vendido a sí mismo, y, la vendería a ella también, vendería a su hermano, y sería capaz de acunar moneda con sus corazones y sus cerebros. Sólo era eso, un fabricante de dinero, lanzando constantemente en la fundición cosas y seres para sacar de ellos monedas. En un breve instante de lucidez, contempló en su mente el Universal sudando dinero por todas partes, formando como un lago, un inmenso océano de riqueza en medio del cual, con un estrépito formidable, de repente, se desplomaba la casa a golpe de pico. ¡Ah!, el dinero, ¡horrible dinero que ensucia y devora!

En un súbito arranque, la señora Carolina se levantó. ¡No, no!, aquello resultaba monstruoso, debía darlo por terminado, no podía permanecer junto a ese hombre. Por lo que se refiere a su traición, se la habría perdonado; pero una horrible repugnancia la invadía al pensar en toda aquella inmundicia anterior, el terror la agitaba ante la amenaza de los posibles crímenes del mañana. No le quedaba otro recurso que partir en seguida, si no quería resultar ella misma salpicada de fango, aplastada bajo los escombros. Y experimentaba la necesidad de irse lejos, muy lejos, de reunirse con su hermano en el fondo del Oriente, más aún con el propósito de desaparecer, que de advertirle de sus errores. ¡Partir, partir inmediatamente! No habían dado las seis, podía tomar el rápido de Marsella, a las siete cincuenta y cinco, pues no ver nuevamente a Saccard, le parecía superior a sus fuerzas. En Marsella, antes de embarcar,

haría sus compras. Nada más que un poco de ropa blanca en una maleta, un vestido de repuesto, y partía seguidamente. En un cuarto de hora iba a estar lista. Luego, la visión de su trabajo sobre la mesa, la memoria empezada, motivaron que se detuviese un instante. ¿Para qué llevarse aquello, puesto que todo había de venirse abajo, podrido como estaba por la base? Se puso, pues, a ordenar cuidadosamente los documentos, las notas, impulsada por un hábito de buena gobernanta de su casa que nada quiere dejar en desorden tras de sí. Aquella tarea la llevó algunos minutos, calmó la primera fiebre de su decisión. Y era teniendo en pleno dominio de sí misma que daba un último vistazo alrededor de la pieza, antes de abandonarla, cuando reapareció el ayuda de cámara entregándole un paquete de periódicos y de cartas.

Con un golpe de vista maquinal, la señora Carolina miró los sobres y, en el montón, reconoció una carta de su hermano dirigida a ella. Venía de Damasco, donde entonces se hallaba Hamelin, para la realización del proyectado empalme de esa ciudad con Beirut. Al principio empezó a echarle una ojeada, de pie, junto a la lámpara, prometiéndose leerla detenidamente más tarde, cuando estuviera en el tren. Sin embargo, cada frase retenía más y más su atención, no le era posible saltarse una sola palabra, y acabó por sentarse a la mesa, entregándose de lleno a la apasionada lectura de aquella interminable carta, que tenía doce páginas.

Se daba precisamente la circunstancia de que Hamelin tenía uno de sus días de jovialidad y expansión. Agradecía a su hermana las buenas noticias que le enviara de París, y le daba a conocer aún mejores nuevas de allá, pues todo marchaba según los mejores deseos. El primer balance de la Compañía general de Vapores reunidos se anunciaba soberbio, los nuevos transportes a vapor recaudaban fuertes ingresos, gracias a su perfecta instalación y a su mayor velocidad. Decía en tono de broma, que se viajaba por mero placer, y describía los puertos de aquellas latitudes invadidos por el mundo de Occidente; explicaba que no le era posible dar un paso por los más perdidos senderos, sin encontrarse cara a cara con algún parisién del bulevar. Ocurría todo tal y como lo había previsto; el Oriente abierto a Francia. Bien pronto nacerían poblados en las fértiles laderas del Líbano. Pero, sobre todo, trazaba un cuadro muy vivo de la apartada garganta del Carmelo, donde la mina de plata se hallaba en plena explotación. El sitio salvaje se humanizaba, habíanse descubierto fuentes en el gigantesco desmoronamiento de rocas que obstruía el vallecito por la parte norte; y creábanse campos de labranza, el trigo reemplazaba a los lentiscos, mientras todo un pueblo se había alzado ya cerca de la mina; al principio simples cabañas de madera, un conjunto de barracas para dar cobijo a los obreros, y ahora, sobre la base de casitas de piedra con jardines, los comienzos de una ciudad que iría adquiriendo envergadura mientras no se agotaran los filones. Había allí cerca de quinientos habitantes, y acababa de ser construida una carretera que enlazaba el poblado con Saint-

Jean-d'Acre. De la mañana a la noche, las máquinas de extracción no cesaban de resonar, crujían las vagonetas con el chasquido de sonoros látigos, cantaban las mujeres, jugaban y gritaban los niños en aquel desierto, entre el silencio de muerte donde sólo las águilas producían antaño con sus alas un lento y peculiar ruido. Y los mirtos y las retamas embalsamaban a toda hora aquella tibia atmósfera de una deliciosa pureza. En fin, Hamelin no se cansaba de hablar de la primera línea férrea que había de abrir, de Brusa a Beirut, por Angora y Alepo. Todas las formalidades estaban terminadas en Constantinopla; ciertas modificaciones felices que había introducido en el proyecto, por el difícil paso de los collados del Taurus, le tenían entusiasmado; y hablaba de esos collados, de las llanuras que se extendían al pie de las montañas, con el arrebato de un hombre de ciencia que había encontrado allí nuevas minas de carbón y que creía ver el país cubierto de fábricas. Los niveles estaban marcados, los emplazamientos de las estaciones escogidos, algunos en lugares de pleno aislamiento: un pueblo aquí, otro más lejos, así irían naciendo los poblados alrededor de cada una de las estaciones, en el cruce de los caminos naturales. La mies de los hombres y de las grandes cosas futuras, estaba sembrada; todo germinaría, dentro de pocos años aquello sería un nuevo mundo. Y terminaba la carta, enviando un fuerte y apretado abrazo a su adorada hermana, satisfecho de poderla asociar a esa resurrección de un pueblo, diciéndola que ella habría contribuido en mucho a que todo sucediese así; ella que, desde hacía tanto tiempo, venía ayudándole e infundiéndole ánimos con su bravura y su buena salud.

La señora Carolina había terminado su lectura, la carta permanecía abierta sobre la mesa, y con los ojos fijos en la misma se dedicaba a pensar. Maquinalmente luego, elevó la vista y paseó su mirada alrededor de las paredes, deteniéndose en cada uno de los planos, en cada una de las acuarelas. En Beirut, el pabellón para el Director de la Compañía de Vapores reunidos estaba ya construido a aquellas horas, en medio de amplios almacenes. En el monte Carmelo, era aquel fondo de garganta salvaje, obstruido por desmontes y piedras, lo que se estaba poblando, semejante al gigantesco nido de una población naciente. En el Taurus aquellas nivelaciones y perfiles cambiaban los horizontes, abrían un camino al libre comercio. Y, de todas esas hojas de líneas geométricas, de tintes acuarelados, sujetas simplemente con cuatro puntas, se suscitaba en ella toda una evocación del lejano país, recorrido en otro tiempo, tan amado por su hermoso cielo eternamente azul, por su tierra tan fértil. Volvían a reproducirse en su mente los jardines superpuestos de Beirut, los valles del Líbano con sus grandes bosques de olivos y moreras, las llanuras de Antioquía y de Alepo, inmensos vergeles de deliciosos frutos. Se veía de nuevo junto a su hermano en sus continuas correrías por aquella maravillosa comarca, cuyas incalculables riquezas se perdían, ignoradas o echadas a perder, sin vías de comunicación, sin industria ni agricultura, sin

escuelas, en la pereza y en la ignorancia. Pero ahora se vivificaba todo aquello bajo un extraordinario impulso de savia joven. La evocación de aquel Oriente del mañana, elevaba ya ante sus ojos ciudades prósperas, campiñas cultivadas, toda una humanidad feliz. Veíalos materialmente, oía el rumor sordo del trabajo en las canteras, y constataba que aquella vieja tierra dormida, que por fin había despertado, acababa de ser dada a luz.

La señora Carolina tuvo entonces la brusca convicción de que el dinero constituía el estiércol en medio del cual surgía aquella humanidad del mañana. Acudían a su imaginación frases de Saccard, fragmentos de teorías sobre la especulación. Recordaba en particular aquella idea de que, sin la especulación, no sería posible la existencia de grandes empresas, vivientes y fecundas, como tampoco habría criaturas sin lujuria. Se hace preciso tal exceso de pasión, toda esa vida rastreramente gastada y perdida, para la continuación de la vida misma. Sí, allá, su hermano se alegraba, cantaba victoria en medio de los talleres que se organizaban, de las construcciones que surgían del suelo, era precisamente porque en París llovía dinero, lo convertía todo en podredumbre, en la fiebre del juego. El dinero, envenenador y destructor, era el fermento de toda vegetación social, servía de abono para aquellos grandes trabajos cuya realización acercaría a los pueblos entre sí y pacificaría la tierra. Y ella, que había maldecido el dinero, caía ahora ante él en un espasmo de admiración y asombro: ¿no constituía acaso la sola fuerza que puede arrasar una montaña, rellenar un brazo de mar, convertir, en fin, la tierra en habitable para los hombres, aliviando además su trabajo cuando sólo sean simples conductores de máquinas? Todo el bien nacía de él, que era al propio tiempo el que producía todo el mal. Y no sabía explicarse más, conmovida hasta lo más íntimo de su ser, decidida ya a no partir, puesto que el éxito parecía ser completo en Oriente y dado que la batalla tenía lugar en París, pero incapaz aún de calmarse, con el corazón siempre sangrante.

Levantóse la señora Carolina y fue a apoyar su frente en el cristal de una de las ventanas que daban al jardín del hotel Beauvilliers. Se había hecho de noche, no llegaba a distinguir sino una débil claridad en la pequeña pieza separada en donde vivían la condesa y su hija, para no ensuciar nada y no gastar fuego. Detrás de la delgada muselina de las cortinillas y de un modo impreciso, se distinguía el perfil de la condesa, remendando ella misma algún trapo, en tanto que Alicia se dedicaba a pintar acuarelas, despachadas de cualquier modo, por docenas, para ser vendidas luego en secreto. Les había ocurrido una desgracia, consistente en la enfermedad de su caballo; contratiempo éste que, por espacio de dos semanas, las tuvo encerradas en su casa, empeñadas en que no las vieran ir a pie; retrocediendo asustadas ante la sola idea de alquilar un vehículo. Pero, en medio de ese trastorno, tan heroicamente ocultado, una esperanza las mantenía en pie, haciéndolas tener más valor: el alza continua de las acciones del Universal, aquella ganancia

muy crecida ya, que veían resplandecer por anticipado y caer como lluvia de oro, el día en que se decidieran a vender, al cambio más elevado, naturalmente. La condesa se prometía un traje verdaderamente nuevo, soñaba con organizar cuatro cenas por mes, sin necesidad de estar para ello a pan y agua durante quince días. Alicia no se reía ya con su aire de afectada indiferencia, cuando su madre le hablaba de matrimonio, pues la escuchaba con un ligero temblor de manos, empezando a creer que aquello quizás pudiera convertirse un día en realidad, que también a ella le sería posible tener un marido e hijos. Y la señora Carolina, mientras veía arder la lamparita que les alumbraba, notaba que un gran sosiego se iba apoderando de ella, un acentuado enternecimiento, agudizado por aquella constatación de que todavía el dinero, simplemente una esperanza de alcanzar dinero, bastaba para conseguir la dicha de aquellas pobres criaturas. Si Saccard lograba enriquecerlas, ¿no le bendecirían acaso, no seguiría siendo para ellas dos, bueno y caritativo? La bondad existía, pues, por todas partes, incluso entre los peores, que siempre son buenos para alguien, que siempre cuentan, en medio de la execración de una muchedumbre, con humildes voces aisladas que les dan las gracias y les adoran. Y, sumida en esa reflexión, mientras se le cegaban los ojos sobre las tinieblas del jardín, su pensamiento se trasladó hacia la Obra del Trabajo. La víspera, diciendo que lo hacía de parte de Saccard, estuvo allí distribuyendo juguetes y confites, en celebración de un aniversario; y esbozaba involuntariamente una sonrisa al recordar la ruidosa alegría de los niños. Desde hacía un mes, parecían estar más contentos de Víctor; había leído las notas satisfactorias que mereció en casa de la princesa de Orviedo, con la cual, dos veces por semana, se dedicaba a hablar ampliamente de la institución. Pero, ante esa imprevista imagen de Víctor que se presentaba en su cerebro, le causaba asombro haberlo llegado a olvidar en su desesperada crisis, cuando quería partir. ¿Habría podido abandonarle de ese modo, comprometiendo así la buena acción llevada a cabo con tanto esfuerzo? Cada vez más penetrante, una agradable dulzura remontaba de la oscuridad de los grandes árboles, como una oleada de inefable renunciación, de tolerancia divina que le ensanchaba el alma; mientras la pobre lamparilla de las señoras de Beauvilliers seguía luciendo abajo, como una estrella.

Cuando la señora Carolina volvió a ponerse ante su mesa, notó un ligero estremecimiento. ¿Qué le ocurría?, ¡sentía frío! Y eso la alborozó; ella que se vanagloriaba de pasar el invierno sin fuego. Estaba como el salir de un baño helado, rejuvenecida y fuerte, muy tranquilo el pulso. Las mañanas en que disfrutaba de hermosa salud, así era como se levantaba. Se le ocurrió luego echar un leño en la chimenea; y, viendo que el fuego estaba apagado, se entretuvo ella misma encendiéndolo, sin querer llamar a la sirvienta. Su trabajo fue enorme, y como carecía de leña menuda no tuvo más remedio que avivar el fuego valiéndose de viejos diarios, que iba quemando uno a uno. De

rodillas delante del hogar, no hacía más que reírse; aun estando a solas. Por unos instantes, se estuvo allí contenta y sorprendida. He aquí que una de sus grandes crisis había pasado ya; esperaba de nuevo, ¿qué?, seguía sin saberlo, el eterno factor desconocido que había al final de la vida, al término de la humanidad. Vivir, aquello había de serle suficiente, para que la vida le aportase sin cesar la curación de las heridas que la misma vida le infligía. Una vez más recordó las hecatombes de su existencia, su repulsivo matrimonio, la miseria vivida en París, su abandono por el único hombre a quien llegara a amar; y, a cada derrumbamiento, encontraba, la vivaz energía, el gozo inmortal que la ponía de nuevo en pie, en medio de las ruinas. ¿No acababa de desmoronarse todo? Seguía sin ser querida por su amante, frente a su horrible pasado, como las santas mujeres puedan verse frente a las llagas inmundas que se dedican a limpiar mañana y noche, sin contar con cicatrizarlas jamás. Iba a continuar perteneciéndole, entregándose a él, aun sabiendo que era de otras, sin tratar siquiera de disputárselo. Se disponía a vivir en ascuas, metida en la fragua jadeante de la especulación, bajo la incesante amenaza de una catástrofe final, en donde su hermano podía dejar su honor y su sangre. Y seguía no obstante en pie, casi indolente, lo mismo que en la mañana de un día hermoso, saboreando el poner cara al peligro, poseída de un júbilo batallador. ¿Por qué?, por nada que pudiera razonarse fácilmente, ¡por el mero placer de existir! Ya se lo decía su hermano: ella era la invencible esperanza.

Cuando Saccard volvió, encontró a la señora Carolina sumida por completo en su trabajo, acabando, con su escritura de firme trazo, una página de la Memoria sobre los caminos de hierro de Oriente. Levantó la cabeza, le sonrió con aire apacible, mientras él rozaba con los labios su bella y esplendorosa cabellera blanca.

— ¿Estuvo danzando mucho por ahí, amigo mío?

— ¡Oh!, ¡asuntos y más asuntos, como para nunca acabar! He visto al ministro de Obras Públicas, terminé yendo en busca de Huret, he tenido que volver al despacho del ministro, donde no había más que un secretario… En fin, cuento con la promesa para allá abajo.

En efecto, desde que había dejado a la baronesa de Sandorff, no paró un solo momento, en su acaloramiento por los negocios, con su acostumbrado celo. Entrególe ella la carta de Hamelin, que le dejó encantado; y le veía arrebatarse de dicha por el futuro triunfo, mientras decía ella para sus adentros que, en lo sucesivo lo vigilaría de cerca para impedir sus indudables locuras. Sin embargo, no lograba convertirse en más severa.

—Estuvo su hijo a invitarle, en nombre de la señora de Jeumont.

Saccard se exclamó.

—Pero ¡si me ha escrito!… Me había olvidado decirle a usted, que iba allí esta noche… ¡Lo que me atormenta, cansado como estoy!

Y se marchó, después de haber besado de nuevo sus blancos cabellos. Ella volvió a su trabajo, con su sonrisa amistosa, llena de indulgencia. ¿No era ella tan sólo una amiga que se entregaba? Los celos la causaban vergüenza, cual si enlodaran más aún sus relaciones carnales. Ella quería superar la angustia de compartir sus amores con otra; se sentía desligada de ese egoísmo carnal del amor. Ser suya sabiendo que pertenecía a otras, carecía de importancia. Y, sin embargo, le amaba con todo su corazón, valiente y caritativo. Tratábase en definitiva del triunfo del amor; ese Saccard, ese bandido del arroyo financiero, amado de un modo tan absoluto por aquella adorable mujer, porque ella le veía, activo y valeroso, crear un mundo, hacer la vida.

VIII

El 1.° de abril fue inaugurada la Exposición universal de 1867, con triunfal estruendo y en medio de festejos. Así tenía comienzo la gran temporada del imperio, aquella temporada de gala suprema que iba a hacer de París el albergue del mundo, un albergue empavesado, lleno de músicas y de cantos, donde se comía, donde se fornicaba en todas las alcobas. Ningún reino en su apogeo, había convocado jamás a las naciones a tan colosal francachela. Hacia las resplandecientes Tuileries, en una apoteosis de magia, el largo desfile de emperadores, reyes y príncipes, poníase en marcha desde los cuatro puntos de la tierra.

Y fue por aquella misma época, quince días después, cuando Saccard inauguró el monumental hotel que tanto soñara, para instalar regiamente en él al Universal. Bastaron para ello seis meses, se había trabajado día y noche, sin perder una hora, causando ese milagro que sólo es posible en París; y erguíase la fachada, florida de ornamentos, mezcla de templo y de café-concierto, una fachada cuyo ostentoso lujo hacía que se detuviera la gente en la calle para contemplarla. En su interior, aquello era un alarde de suntuosidad; los millones de las cajas chorreaban a lo largo de las paredes. Una escalera de honor conducía a la sala del consejo, decorada en rojo y oro, con un esplendor de sala de ópera. Por todos lados, alfombras, colgaduras, despachos instalados con una riqueza de mobiliario fastuoso. En el sótano, donde estaba instalado el servicio de los títulos, resaltaban las cajas fuertes selladas, inmensas, abriendo sus profundas gargantas de horno, colocadas tras las lunas sin azogado en los mamparos; lo que permitía al público verlas, alineadas como los toneles de los cuentos donde duermen los incalculables tesoros de las hadas. Y los pueblos

con sus reyes, camino de la Exposición, podían venir y desfilar por allá: todo estaba a punto, el nuevo hotel les esperaba, para cegarles, captándoles uno a uno ante aquella irresistible trampa de oro, reluciente a pleno sol.

Saccard alardeaba de superioridad en el gabinete más suntuosamente instalado que imaginarse pueda, decorado con muebles estilo Luis XIV, de madera dorada, recubiertos con terciopelo de Génes. El personal había aumentado, sobrepasando a la sazón los cuatrocientos empleados; y ese ejército es el que ahora capitaneaba Saccard con un fausto de tirano adorado y obedecido, pues se mostraba muy generoso tratándose de gratificaciones. En realidad, y pese a su simple título de director, lo cierto es que reinaba, por encima del presidente del consejo, por encima del mismo consejo de administración, que ratificaba simplemente sus órdenes. Por lo mismo, la señora Carolina vivía ahora en un estado de continua alerta, muy ocupada en conocer cada una de sus decisiones, para tratar de obstaculizarlas si llegaba el caso. Desaprobaba por su parte aquella nueva instalación, magnífica por mucho exceso, aunque sin poder condenarla en principio, habiendo reconocido la necesidad de un local más amplio, en los felices y hermosos días de tierna confianza, cuando se permitía bromear a su hermano que se mostraba inquieto con tal motivo. Su temor confesado, su máximo argumento para combatir aquel lujo, era que la casa perdía su carácter de honesta probidad, de alta gravedad religiosa. ¿Qué pensarían los clientes habituados a la discreción monacal, a la media luz recogida de los bajos de la calle Saint-Lazare, cuando entrasen en este palacio de la calle de Londres, con sus enormes plantas resonantes de ruidos, inundadas de luz? Saccard contestaba entonces que quedarían fulminados de admiración y de respeto; que aquellos que antes se limitaban a llevar cinco francos, sacarían diez de su bolsillo, picados en su amor propio y embriagados de confianza. Y, con su brutal fe en el oropel, fue quien a la postre tuvo razón. El éxito del hotel era prodigioso, sobrepasaba en estrépito eficaz a los más extraordinarios reclamos de Jantrou. Los pequeños rentistas devotos de los barrios tranquilos, los pobres curas de pueblo, llegados por la mañana en el tren, quedaban extasiados ante la puerta, saliendo luego rojos de placer, contentos y satisfechos por tener los fondos allí dentro.

A decir verdad, lo que sobre todo contrariaba a la señora Carolina, era no poder estar siempre en la misma casa para ejercer su vigilancia. Apenas si le resultaba posible trasladarse, de tarde en tarde, a la calle de Londres, bajo algún pretexto. Al presente, vivía sola, en la sala de los diseños; y apenas veía a Saccard más que por la noche. Éste había conservado allí su apartamento, pero la totalidad de los bajos seguían cerrados, lo mismo que los despachos del primer piso; y la princesa de Orviedo, contenta en el fondo con no tener más el sordo remordimiento que para ella implicaba aquel banco, aquella tienda dedicada a despachar dinero puesta en su propia casa, ni siquiera trataba de alquilar el inmueble, con una consciente indiferencia por todo cuanto

significase ganancia, incluso legítima. La casa vacía, resonando con motivo de cada coche que pasaba, parecía una tumba. La señora Carolina, sólo oía ya, a través de los techos, remontar hacia ella aquel escalofriante silencio que parecía desprenderse de las ventanillas cerradas; de donde, sin solución de continuidad y por espacio de dos años, había estado llegándole un ligero tintineo de oro. Se le hacían las jornadas más pesadas y largas. Trabajaba mucho sin embargo, ocupada siempre con las cosas de su hermano, que, desde Oriente, no cesaba de enviarle tandas de escrituras. Pero, a veces, se detenía en su trabajo, y se ponía a escuchar, presa de una ansiedad instintiva, como sintiendo necesidad de saber lo que pasaba abajo; y nada, ni un soplo, la postración de las desmanteladas salas, vacías, oscuras, cerradas dándole doble vuelta a la llave. Entonces, un ligero escalofrío se apoderaba de ella, quedándose unos momentos ensimismada, inquieta. ¿Qué estarían haciendo en la calle de Londres? ¿No sería en aquel mismo segundo cuando se estaba produciendo la grieta que acabaría por derruir el edificio?

Cundió el rumor, vago y ligero aún, de que Saccard preparaba un nuevo aumento de capital. De cien millones, quería elevarlo a ciento cincuenta. Vivíanse unos momentos de particular excitación, era la hora fatal en que todas las prosperidades del reino, los inmensos trabajos que habían transformado la ciudad, la endemoniada circulación del dinero, los furiosos gastos que motiva el lujo, habían de terminar fatalmente en una acentuada fiebre de la especulación. Cada uno quería su parte, arriesgaba su fortuna sobre el tapete verde para decuplicarla y gozar, como tantos otros, enriquecidos en una sola noche. Las banderas de la Exposición que crujían al sol, las iluminaciones y las músicas del Campo de Marte, las multitudes del mundo entero inundando las calles, acababan de embriagar a París, sumiendo a la capital en un sueño de inagotable riqueza y de soberano dominio. En las noches claras, de la enorme ciudad en fiesta, sentada a la mesa en los restaurantes exóticos, convertida en colosal feria donde el placer se vendía sin tapujos bajo las estrellas, ascendía a su máximo grado la demencia, la locura jovial y voraz de las grandes capitales amenazadas de destrucción. Y Saccard, con su olfato de ratero, había percibido de tal modo la existencia en todos de ese acceso, de esa perentoria necesidad de lanzar por los aires su dinero, de vaciar sus bolsillos y su cuerpo, que acababa de doblar los fondos destinados a la publicidad, excitando a Jantrou hacia el más ensordecedor de los alborotos. Desde la apertura de la Exposición, aparecían diariamente en la prensa significativos elogios, echando las campanas al vuelo en favor del Universal. Cada mañana traía consigo su correspondiente llamada, su ditirambo, para hacer trastornar a la gente: un «suceso» extraordinario, la historia de una señora que había dejado olvidadas cien acciones en un simón; el extracto de un viaje al Asia Menor, donde se explicaba que Napoleón había profetizado el establecimiento de la calle de Londres; un extenso artículo de fondo, en el que,

enfocado políticamente, se enjuiciaba el papel que representaba la casa en relación con la próxima solución de la cuestión de Oriente; todo ello sin contar con las continuas gacetillas de los periódicos especiales, reunidos todos ellos bajo una misma dirección, marchando en compacta masa. Jantrou había creído del caso concertar contratos de un año de duración, con las pequeñas publicaciones financieras, que de ese modo le reservaban una columna en cada número; y utilizaba efectivamente esa columna, con una fecundidad y una variedad de imaginación asombrosas; llegando incluso a atacar, para saborear el triunfo de vencer en seguida. El famoso folleto que había venido meditando durante todo ese tiempo, acababa de ser lanzado a los cuatro vientos, por el mundo entero; repartiendo en total un millón de ejemplares. Su nueva agencia había sido igualmente creada; aquella agencia que, so pretexto de enviar un boletín financiero a los periódicos de provincias, se convertía en dueña absoluta del mercado en todas las poblaciones importantes. Y La Esperanza, en fin, hábilmente dirigida, iba adquiriendo de día en día una importancia política cada vez mayor. Se habían recalcado mucho una serie de artículos publicados a raíz del decreto del 19 de enero, que reemplazaba el mensaje por el derecho de interpelación, nueva concesión del emperador, en marcha hacia la libertad. Saccard, que era quien inspiraba todos esos artículos, no hacía atacar aun abiertamente a su hermano, que seguía como ministro de Estado pese a todas las evoluciones, resignado, en su pasión de poder, a defender hoy lo que ayer condenaba; pero se le adivinaba al acecho, vigilando la falsa situación de Rougon, cogido en la Cámara entre el tercer partido, hambriento de su herencia, y los clericales, ligados con los bonapartistas autoritarios contra el imperio liberal; y ya habían empezado las insinuaciones, el periódico volvía a sentirse católico militante, se mostraba desbordante de acritud, con motivo de cada uno de los actos del ministro. La Esperanza, pasada a la oposición, significaba la popularidad, un viento de fronda acabando de lanzar el nombre del Universal por todos los rincones de Francia y del mundo.

Entonces, bajo aquel formidable impulso de publicidad, en ese medio ambiente exasperado, maduro para todas las locuras, el probable aumento de capital, ese rumor referente a una nueva emisión de cincuenta millones, acabó de enardecer a los más prudentes. Desde los más humildes hogares hasta los aristocráticos hoteles, desde las porterías, hasta los salones de las duquesas, ardían las mentes, el exceso de admiración convertía a la fe en ciega, heroica y batalladora. Se enumeraban las grandes cosas llevadas a cabo ya por el Universal, los primeros y fulminantes éxitos, los dividendos inesperados, como ninguna otra sociedad habría distribuido en sus comienzos. Se traía a colación la tan feliz y acertada idea de la Compañía de Vapores reunidos, tan pronta en magníficos resultados; la Compañía cuyas acciones se cotizaban ya con cien francos de prima; y la mina de plata del Carmelo, de un producto milagroso, con relación al cual, un orador sagrado, cuando la última cuaresma

de Nuestra Señora, había tenido un inciso, hablando a la crédula cristiandad de un regalo de Dios; y se recordaba asimismo otra sociedad creada para la explotación de inmensos yacimientos de hulla, y la que iba a proceder a la tala metódica de los vastos bosques del Líbano; y de la fundación del Banco nacional turco en Constantinopla, de una solidez inquebrantable. Ni un solo fracaso, una suerte creciente que convertía en oro todo lo que la casa tocaba; un amplio conjunto de creaciones prósperas, dando base sólida a futuras operaciones, justificaban ya un rápido aumento de capital. Por otra parte, el propio porvenir que se abría ante las febriles imaginaciones, ese futuro tan plagado de empresas más considerables aún, era el que necesitaba de un modo apremiante, esa demanda de los cincuenta millones, cuyo solo anuncio bastaba para trastornar los cerebros de aquel modo. Circulaban todos esos rumores por la Bolsa y los distintos salones, como campo especialmente abonado para ello, sin límites para el elogio y el encumbramiento, pero lo que ocupaba principalmente todas las conversaciones, destacándose de otros proyectos, negado por unos y exaltado por otros, era el gran negocio inmediato de la Compañía de los ferrocarriles de Oriente. Las mujeres, sobre todo, se apasionaban; hacían en favor de la idea una propaganda entusiasta. Por los rincones de sus gabinetes privados, en las cenas de gala, detrás de las jardineras en flor, a la hora tardía del té, hasta en el mismo fondo de las alcobas, había criaturas encantadoras, de una zalamería persuasiva, que se dedicaban a catequizar a los hombres: «¡Cómo!, ¿no tiene acciones del Universal? Pero ¡si no hay mejor papel que ése!, ¡compre en seguida valores del Universal, si quiere que siga amándole!». Tratábase de la nueva Cruzada, como ellas mismas decían, de la conquista de Asia, y que los cruzados de Pedro el Ermitaño y de San Luis no habían podido llevar a cabo; de la cual iban a encargarse ellas ahora con sus bolsitas de oro. Todas simulaban estar bien informadas, hablaban en términos técnicos de la línea madre que iba a empezar por abrirse, de Brusa a Beirut, por Angora y Alepo. Más adelante vendría el enlace de Esmirna a Angora; después el de Trebisonda a Angora, por Erzereoum y Sivas; mucho más tarde, el de Damasco a Beirut. Y, guiñando el ojo, cuchicheando entre sí, aseguraban que quizás habría otro, ¡oh!, ¡andando el tiempo!, de Beirut a Jerusalén, por las antiguas ciudades del litoral, Sarda, San Juan de Acre, Jaffa; y, más adelante también, ¡quién sabe!, de Jerusalén a Port-Said y a Alejandría. Sin contar, naturalmente, con que Bagdad, no estaba tan lejos de Damasco, y que, si establecía un ferrocarril que llegara hasta allí, significaría alcanzar un día Persia, la India, China, para incorporarlas a Occidente. Parecía como si, a una sola frase salida de sus lindas bocas, resplandecieran los tesoros encontrados de los califas, en un cuento maravilloso de las Mil y una noches. Las alhajas, las pedrerías del sueño, llovían en las cajas de la calle de Londres, mientras humeaba el incienso del Carmelo, un fondo delicado y vago de leyendas bíblicas que

divinizaba los fuertes apetitos de ganancias. ¿No significaba aquello el Edén reconquistado, la Tierra Santa liberada, la religión triunfante, en la cuna misma de la humanidad? Y al llegar aquí se detenían en sus comentarios, rehusaban decir más, mientras sus miradas chispeaban pensando en lo que precisaba ocultar. Esto último ni siquiera se contaba al oído. Muchas de entre ellas lo ignoraban, aunque afectasen saberlo. En eso estaba el misterio, en lo que quizás no llegaría nunca, pero acaso estallase un día como un rayo; Jerusalén rescatado al sultán, entregado al Papa, con Siria por reino; el pontificado disponiendo de un presupuesto suministrado por un banco católico, el Tesoro del Santo Sepulcro, que lo pondría al abrigo de perturbaciones políticas; en fin, el catolicismo rejuvenecido, desligado de compromisos, encontrando una nueva autoridad, dominando el mundo desde lo alto de la montaña donde Cristo expiró.

Ahora Saccard, por la mañana, instalado en su lujoso gabinete estilo Luis XIV, se veía obligado a condenar la puerta y privar la entrada, en cuanto quería dedicarse al trabajo; puesto que aquello era un verdadero asalto, el desfile de toda una corte cuando acude a la hora de levantarse un rey, cortesanos, gentes de negocios, corredores de Bolsa; una adoración y una mendicidad desenfrenados rondando la omnipotencia. Una mañana de los primeros días de julio sobre todo, mostróse Saccard despiadado, y dando orden formal de que no introdujeran a nadie. Mientras la antecámara rebosaba de gente, de una muchedumbre que se empeñaba en ser recibida, a pesar del ujier, aguantando, esperando incluso, Saccard se encerró con dos jefes de servicio para acabar de estudiar la nueva emisión. Previo el examen de varios proyectos, acababa de decidirse en favor de una combinación que, gracias a esa nueva emisión de cien mil acciones, había de permitirle liberar completamente las doscientas mil antiguas acciones, de las cuales sólo habían sido desembolsados ciento veinticinco francos por cada una de ellas; y, para poder llegar a ese resultado, la acción reservada sólo a los accionistas a razón de un título nuevo por cada dos de los antiguos, sería emitida a ochocientos cincuenta francos, inmediatamente exigibles, de los cuales quinientos francos correspondían al capital y una prima de trescientos cincuenta francos se destinaba a la proyectada liberación. Presentábanse sin embargo una serie de complicaciones, quedaba allí todavía todo un agujero por tapar, lo que motivaba que Saccard estuviese muy nervioso. El ruido de voces en la antecámara le irritaba sobremanera. Ese París en bajuna actitud, todos aquellos homenajes que solía recibir él de buen talante y familiar despotismo, suscitaban su desprecio en aquella ocasión. Y Dejoie, que a veces le servía de ujier por la mañana, se había permitido aquel día dar una vuelta y aparecer por una puertecita del pasillo, por lo que Saccard le acogió enfurecido.

— ¿Qué le parece? ¡Le dije que no pensaba dar audiencia a nadie, a nadie, ¿me entiende?!… ¡Tenga!, ¡coja mi bastón, plántelo en mi puerta, y que lo

besen si quieren!

Dejoie, impasible, se permitió insistir.

—Perdón, señor, se trata de la condesa de Beauvilliers. Me lo ha suplicado insistentemente, y como sé que el señor quiere mostrarse amable con ella…

— ¡Cómo! —gritó Saccard salido de sus casillas—, ¡que se vaya al diablo junto con los demás!

Pero, inmediatamente pareció cambiar de opinión, y con gesto de cólera contenida, le dijo a Dejoie:

— ¡Hágala entrar!, ¡está visto que no se me quiere dejar en paz!… Y hágalo además por esa puertecita, para que el rebaño no entre con ella.

El recibimiento que Saccard hizo a la condesa de Beauvilliers estuvo en consonancia con la dureza del hombre dominado aún por una sacudida nerviosa. Ni siquiera calmó sus ánimos el ver a Alicia, que, con su aire silencioso y profundo, acompañaba a su madre. Había hecho que se ausentaran circunstancialmente los dos jefes de servicio, y sólo pensaba en llamarles de nuevo para continuar su trabajo.

—Le ruego, señora, se explique con rapidez, pues estoy horriblemente ocupado.

La condesa se detuvo, sorprendida, con su lentitud de siempre, dejando traslucir su tristeza de reina caída en desgracia.

—En todo caso, señor, si le causo molestia…

Él se vio forzado entonces a indicarles que se sentaran; y la joven, más decidida, fue la primera en hacerlo, con gesto resuelto, mientras la madre volvía a tomar la palabra.

—Señor, sólo se trata de un consejo… Estoy en la más dolorosa de las dudas, y presiento que por mí misma jamás llegaría a tomar una resolución…

Y le recordó seguidamente que, cuando la fundación del banco, ella se había quedado con cien acciones, que, dobladas, con motivo del primer aumento de capital y dobladas una vez más cuando tuvo lugar el segundo, sumaban hoy en total cuatrocientas acciones, respecto de las cuales había desembolsado, incluidas las primas, la cantidad total de ochenta y siete mil francos. Al margen, pues, de sus veinte mil francos de economías y para poder pagar esa suma había tenido que pedir prestados setenta mil francos bajo la garantía de su granja de los Aublets.

—Ahora bien —continuó diciendo—, resulta en estos momentos que encontré un posible comprador de los Aublets… Y como, por otra parte existe el propósito, ¿no es así?, de lanzar una nueva emisión, podría tomar la

determinación de colocar toda nuestra fortuna en su casa.

Saccard se iba aplacando, halagado al ver a aquellas dos pobres mujeres, las últimas de una reputada y antigua raza, mostrarse tan confiadas, tan ansiosas ante él. Rápidamente, con números, se puso a informarles.

—Una nueva emisión; perfectamente, me estoy ocupando de ello… La acción será de ochocientos cincuenta francos, con la prima… Vamos a ver, estamos hablando de que ustedes tienen cuatrocientas acciones. Van a serles adjudicadas, por consiguiente, doscientas, lo que les obligará a hacer un desembolso de ciento setenta mil francos. Pero, tengan también en cuenta que todos sus títulos quedarán liberados, por lo que tendrán entonces seiscientas acciones completamente suyas y nada deberán a nadie.

Las mujeres no acababan de comprender, y hubo de explicarles la forma en que tenía lugar aquella liberación de títulos, merced a la ayuda de la prima; y ellas entretanto, quedaron un tanto pálidas ante aquellas cifras tan elevadas, atormentadas por la idea del golpe de audacia que precisaba arriesgar.

—Por lo que se refiere al dinero —murmuró al fin la madre—, todo eso estaría muy bien… Me ofrecen doscientos cuarenta mil francos por los Aublets, que valían en otros tiempos cuatrocientos mil; de modo que, una vez devuelta la suma que nos dejaron prestada, nos quedaría lo estrictamente necesario para efectuar el desembolso que las acciones requieren… Pero ¡Dios mío!, ¡qué panorama tan terrible; esa fortuna cambiada de sitio, toda nuestra existencia jugada de esa manera!

Sus manos temblaban, e imperó un breve silencio durante el cual la señora pensaba en aquel engranaje que había empezado por absorber sus economías, luego los setenta mil francos prestados, y que amenazaba ahora por quedársele con la granja entera. Su antiguo respeto por la fortuna patrimonial, integrada por campos de labranza, prados y bosques; su repugnancia hacia todo cuanto significase tráfico de dinero, esa bajuna tarea propia de judíos e indigna de su raza, volvían a hacer mella en su cerebro y la angustiaban en aquel momento decisivo en que todo iba a ser consumido. Muda, su hija la contemplaba con sus ojos ardientes y puros.

Saccard por su parte esbozó una sonrisa alentadora.

— ¡Qué caramba!, precisa sin duda alguna que depositen su confianza en nosotros… Sólo que, los números, ahí están. Examínenlos, y cualquier vacilación me parecerá entonces imposible… Supongamos que hace usted la operación; tendrían en tal caso seiscientas acciones que, totalmente liberadas, le habrán costado la suma de doscientos cincuenta y siete mil francos. Ahora bien, como resulta que hoy se cotizan a un cambio medio de mil trescientos francos, eso le representa un total de setecientos ochenta mil francos. O sea,

que a estas horas han más que triplicado su dinero… Y conste que esa racha continuará, ¡verán ustedes el alza que se produce después de la emisión! Me atrevo a prometerles el millón para antes de finalizar el año.

— ¡Oh, mamá! —dejó escapar Alicia, en un suspiro lanzado como a pesar suyo.

¡Un millón! ¡El hotel de la calle de Saint-Lazare, desembarazado de sus hipotecas, expurgado de su cobertura de miseria! ¡El tren de la casa situado a un nivel adecuado, libre de esa pesadilla propia de las gentes que tienen coche pero que carecen de pan! ¡La hija casada con una dote decente, pudiendo por fin tener marido e hijos, ese gozo que puede permitirse la más pobre de las mujeres que se arrastran por el arroyo! ¡El hijo, al que el clima de Roma estaba matando, aliviado allá, colocado en situación de mantener su rango, en espera de servir a la gran causa, que tan poco se valía de él! ¡La madre reincorporada a su alta posición social, pagando su cochero, no dedicándose a escatimar más para poder añadir un plato a sus cenas del martes y no teniendo que condenarse al ayuno durante el resto de la semana! Aquel millón despedía llamas, significaba la salvación, el sueño ideal.

La condesa, conquistada ya, se volvió hacia su hija, para ver de asociarla a su voluntad.

—Anda, dime, ¿cuál es tu opinión?

La muchacha sin embargo, nada decía en absoluto; cerraba lentamente los párpados, extinguiendo el brillo de sus ojos.

—Es verdad —dijo entonces la madre, sonriente a su vez—, olvidaba que quieres dejarme dueña absoluta… Pero sé lo decidida que eres y todo lo que tú esperas…

Y, dirigiéndose a Saccard:

— ¡Ah, señor!, ¡se habla de usted con tantos elogios!… No podemos ir a ninguna parte, sin que se nos cuenten cosas muy bellas y muy conmovedoras también. Y no se trata sólo de la princesa de Orviedo, sino de todas mis amigas, que están más que entusiasmadas con su obra. Muchas de ellas me envidian que sea una de sus primeras accionistas, y si se las oyera en la intimidad, debiera la gente vender hasta los colchones para adquirir las acciones de su Banco.

Hablaba en un tono de suave dulzura.

—Las encuentro algo locas, ¡sí, un tanto locas, en verdad! Será sin duda porque no soy lo bastante joven… Mi hija es una de sus admiradoras. Cree en su misión, y se dedica a hacer propaganda en todos los salones a donde la llevo.

Encantado, Saccard miró entonces a Alicia, y estaba en aquel momento tan animada, tan vibrante de fe, que le pareció realmente hermosa a pesar de su amarillenta tez y de su cuello muy delgado, marchito ya. También Saccard se veía grande y bueno, ante la idea de haber hecho la felicidad de aquella triste criatura a quien la esperanza de un marido bastaba para embellecer.

— ¡Oh! —dijo la jovencita en voz baja y como lejana—, resulta tan hermosa la conquista que están llevando a cabo allá abajo… Sí, una nueva era, la cruz radiante…

Tratábase del misterio, de lo que nadie decía; y su voz bajaba aún de tono, se perdía en un soplo de íntimo regocijo. Él, sin embargo, la hacía callar con un gesto amistoso, pues no toleraba que se hablase en su presencia de la gran cosa, del objetivo supremo y oculto. Su gesto daba a entender que tendía hacia esa meta en todo momento, pero sin despegar los labios. En el santuario, los incensarios se balancean en manos de algunos iniciados.

Después de un silencio repleto de emoción, la condesa se levantó al fin.

—Pues bien, señor, estimo estar convencida, y voy a escribir a mi notario para que acepte la oferta hecha con relación a los Aublets… ¡Que Dios me perdone si obro mal!

Saccard, en pie, declaró a su vez con emotiva seriedad:

—Es el propio Dios quien la inspira, señora; téngalo por cierto.

Y, cuando las acompañaba hasta el pasillo, evitando la antecámara, donde seguía el amontonamiento de gente, encontró a Dejoie, que estaba por allí rondando con aire preocupado.

— ¿Qué ocurre? ¿Me imagino no será alguno más?

—No, no señor… Si me atreviera a pedir un consejo al señor… Se trata de mí mismo…

Y mientras hablaba así, iba maniobrando de tal modo que, sin darse cuenta, Saccard se encontró nuevamente en su gabinete, mientras él permanecía en el umbral, muy deferente.

— ¿Para usted?… ¡Ah!, es verdad, usted también es accionista… Pues bien, mi bravo mozo, acepte los nuevos títulos que van a serle reservados; venda primero sus camisas si es preciso para hacerse cargo de ellos. Ése es el consejo que le doy a todos nuestros amigos.

— ¡Oh! señor, el trozo es demasiado grande, mi hija y yo no tenemos tanta ambición… Al principio, adquirí ocho acciones, con los cuatro mil francos de ahorros que nos dejara mi pobre mujer; y continúo sin tener más que esas ocho acciones, porque, ¿comprende usted?, cuando tuvieron lugar las otras

emisiones, al ser doblado el capital por dos veces, no hemos podido disponer de ese dinero, para aceptar los títulos que nos correspondían… No, no, no se trata de eso, ¡no se puede ser tan glotón! Yo sólo quería pedir al señor, sin ánimo alguno de ofenderle, que me dijera si le parece bien que venda.

— ¡Cómo!, ¿que venda usted?

Dejoie entonces, dando toda clase de rodeos, valiéndose de una serie de indirectas inquietas y respetuosas, expuso su caso. Al cambio de mil trescientos francos, sus ocho acciones representaban diez mil cuatrocientos francos. Podía por consiguiente y con largura darle a Natalia los seis mil francos de dote que exigía el cartonero. Pero, frente al alza continua de los títulos, le había entrado una especie de apetito de dinero; la idea, vaga al principio, tiránica después, de hacerse su parte, de tener para sí una pequeña renta de seiscientos francos, que le permitiese retirarse. Sólo que, un capital de doce mil francos añadido a los seis mil francos de su hija, significa la enorme suma total de dieciocho mil francos; y él desesperaba de llegar jamás a esa cifra, pues tenía calculado que, para ello, necesitaría esperar a que las acciones alcanzasen la cotización de dos mil trescientos francos.

—Con lo que le estoy diciendo comprenderá, señor, que si semejante alza no ha de tener lugar, prefiero vender, porque la felicidad de Natalia está por encima de todo, ¿no le parece?… Mientras que, claro está, si resulta que los valores siguen subiendo, será tan grande la desazón que experimentaré por haber vendido…

Saccard estalló.

— ¡Ah!, mi buen mozo, ¡estoy viendo que es un estúpido!… ¿Imagina usted acaso que vamos a pararnos en mil trescientos? ¿Me ve usted vender a mí?… Tendrá usted sus dieciocho mil francos, yo le respondo. ¡Lárguese, pues!, y écheme a toda esa gente que hay ahí, diciéndoles que he salido.

Cuando volvió a encontrarse solo, Saccard pudo llamar de nuevo a los dos jefes de servicio y terminar en paz su trabajo.

Se tomó la decisión de que en agosto tendría lugar una asamblea general para votar el nuevo aumento de capital. Hamelin, que debía presidirla, desembarcó en Marsella, en los primeros días de julio. Desde hacía dos meses, y a cada una de sus cartas, la hermana le aconsejaba que volviese, de modo más o menos apremiante. En medio del brutal éxito que cada día manifestaba con mayor vigor, ella tenía la sensación de un sordo peligro, un temor desde luego irracional, del que ni siquiera osaba hablar; y prefería que su hermano estuviese allí, para darse cuenta de las cosas por sí mismo; había llegado a dudar de su propia persona en tal forma, que temía sentirse sin fuerzas para oponerse a Saccard, dejarse cegar por él hasta el extremo de traicionar a ese

hermano al que tanto amaba. ¿No habría sido preciso confesarle el nexo que la ligaba a Saccard, que desde luego no sospechaba el hermano dada su ingenuidad de hombre de fe y de ciencia, que pasaba por la vida como soñador despierto? Esta idea le resultaba sumamente penosa; y se dejaba arrastrar hacia el terreno de cobardes capitulaciones, permitiéndose discutir con el deber, que bien claramente le ordenaba, ahora que conocía a Saccard y su pasado, contarlo todo para que se desconfiara de él. En sus horas valerosas, se hacía la promesa de tener una explicación decisiva, de no abandonar sin control alguno el manejo de tan considerables sumas de dinero en manos criminales, que ya con anterioridad habían sabido dar cuenta, para estrujarlos y hundirlos, de tantos y tantos millones; aplastando a la gente confiada. Éste era el solo partido a tomar, viril y honesto, digno de ella. Luego, su lucidez se turbaba, empezaba a sentirse débil, contemporizaba consigo misma, ya no encontraba, como posibles grietas, otra cosa que simples irregularidades, comunes a todas las casas de crédito, según palabras del propio Saccard. Quizás él tenía razón al decirle, riéndose, que el monstruo al que ella temía, era precisamente el éxito, ese éxito de París que retumba como el trueno, y que la dejaba temblorosa, lo mismo que ante lo imprevisto y la angustia de una catástrofe. Nada más sabía, e incluso había horas en que ella le admiraba sobremanera, llena de aquella infinita ternura que le dispensaba, a pesar de haber dejado de amarle. Jamás habría supuesto que su corazón fuese tan complicado; se sentía mujer, lamentaba no poder actuar. Y es por ello que se sintió tan contenta con el regreso de su hermano.

A partir de la noche en que volvió Hamelin, y en la sala de diseños, donde estaban seguros de no ser molestados, quiso Saccard poner en su conocimiento las resoluciones que serían sometidas a la aprobación del consejo de administración, antes de ser votadas por la junta general. Pero el hermano y la hermana adelantaron la hora de la cita, a virtud de tácito acuerdo y encontrándose solos por unos momentos, pudieron charlar. Hamelin volvía muy contento, entusiasmado de haber conseguido encauzar bien el complejo asunto de los ferrocarriles en aquel país de Oriente, tan adormecido por la indolencia, tan obstruido por un cúmulo de obstáculos, políticos, administrativos y financieros. En fin, el éxito era completo, los primeros trabajos iban a ser comenzados, en todas partes se montarían talleres, tan pronto como la sociedad hubiera acabado de constituirse en París. Y, tan entusiasta se mostraba, tan confiado en el futuro, que aquella espontánea reacción constituyó para la señora Carolina un nuevo motivo de silencio; hasta tal punto le costaba derrumbar aquel hermoso gozo. Ello no obstante, expuso sus dudas, poniéndole en guardia contra la excesiva admiración de que estaba poseído el público. Mirándole entonces a la cara, él la detuvo: ¿había sabido de alguna sucia maniobra?, ¿por qué no le hablaba claro? No llegó a hablar sin embargo; no encontraba a mano nada limpio que articular.

Saccard, que aún no había visto de nuevo a Hamelin, se le echó al cuello y le dio un abrazo, con su vehemencia meridional. Luego, cuando este último le hubo confirmado el contenido de sus últimas cartas, dándole detalles sobre el feliz resultado de su largo viaje, su exaltación no tuvo límites.

— ¡Ah! querido, lo que es esta vez vamos a ser los amos de París, los reyes del mercado… También yo por mi parte trabajé de firme; tengo una idea extraordinaria. Va usted a ver.

Y, a renglón seguido, le explicó su combinación para elevar el capital de cien a ciento cincuenta millones, mediante una emisión de cien mil nuevas acciones, y para liberar al mismo tiempo todos los títulos, tanto los antiguos como los nuevos. Lanzaba la acción a ochocientos francos, consiguiendo reunir así, con los trescientos cincuenta francos de prima, una reserva que, aumentada luego con las sumas dejadas ya de lado en cada balance, alcanzaba la cifra de veinticinco millones; y sólo le restaba encontrar una suma parecida, para obtener los cincuenta millones necesarios para la liberación de las doscientas mil acciones antiguas. Ahora bien, para resolver este factor es por lo que se le había ocurrido su extraordinaria idea: la de hacer un balance prudencial o aproximado de las ganancias del año en curso; ganancias que, según él, ascenderían a un mínimo de treinta y seis millones. Y de aquí extraía tranquilamente los veinticinco millones que le faltaban. De esa forma, y a partir del 31 de diciembre de 1867, el Universal iba a tener un capital definitivo de ciento cincuenta millones, repartido en trescientas mil acciones totalmente liberadas. Se procedía a unificar las acciones, se las convertía en acciones al portador, para facilitar así su libre circulación en el mercado. Ello representaba el triunfo definitivo, la idea genial.

—Sí, ¡genial! —exclamó seguidamente—, ¡la palabra no resulta desorbitada!

Algo aturdido, Hamelin hojeaba las páginas del proyecto, examinaba las cifras.

—No me gusta gran cosa ese balance tan activo —dijo finalmente—. Son verdaderos dividendos los que va a dar de ese modo a sus accionistas, puesto que libera sus títulos; y precisa estar bien seguro de que todas las cantidades están bien adquiridas: en otro caso, se nos acusaría con razón de haber distribuido dividendos ficticios.

Saccard se exaltó.

— ¡Cómo!, pero ¡si calculé incluso por debajo de lo que constituye una lógica tasación! Observe y considere si no he sido razonable: ¿es que los Vapores, es que el Carmelo, es que el Banco turco, no van a dar ganancias superiores a las que hice consignar ahí? Me trae de allá boletines de victoria,

la cosa marcha, todo prospera, ¡y es usted precisamente quien me disputa la certeza de nuestro éxito!

Sonriendo, Hamelin le calmó con un gesto. ¡Sí, sí!, él seguía teniendo fe. Sólo que no por ello dejaba de ser partidario de que las cosas siguieran su curso normal.

—En efecto —dijo dulcemente la señora Carolina—, ¿qué necesidad hay de apresurarse? ¿No se podría esperar al mes de abril para llevar a cabo ese aumento de capital?… O incluso, puesto que necesita veinticinco millones más, ¿por qué no emite las acciones a mil o mil doscientos francos haciéndolo de un modo inmediato, lo que le evitaría tener que realizar anticipos con cargo a las ganancias del próximo balance?

Desconcertado por unos momentos, no cesaba Saccard de mirarla, asombrado de que se le hubiera ocurrido semejante idea.

—Indudablemente, a mil cien francos, en lugar de ochocientos cincuenta, las cien mil acciones producirían exactamente los veinticinco millones.

—Pues bien, entonces, por lo que veo, se dio con la fórmula completa —continuó ella diciendo—. No tema en absoluto que los accionistas se resistan. Con la misma facilidad serán capaces de dar mil cien francos que ochocientos cincuenta.

— ¡Ah!, ¡sí evidentemente!, ¡darán todo lo que se les pida!, ¡e incluso habrá bofetadas por quién da más!… Están como locos, demolirían el hotel para entregarnos su dinero.

Pero repentinamente, volviendo en sí, sufrió un sobresalto de violenta protesta.

—Pero ¿qué es lo que me están ensalzando? ¡No quiero pedirles mil cien francos, a ningún precio! Resultaría demasiado necio y demasiado sencillo al mismo tiempo… Compréndalo, en estas cuestiones de crédito, hay que azuzar siempre la imaginación. La idea genial, consiste precisamente en sacarles a las gentes de su bolsillo, el dinero que todavía no entró en él. De pronto y como primera reacción, creen que no lo dan, que es un simple regalo lo que se les hace. Y, aparte de eso, ¡no imaginan el colosal efecto de ese balance anticipado apareciendo en todos los periódicos, de esos treinta y seis millones anunciados con antelación, a bombo y platillo!… ¡La Bolsa va a arder, sobrepasaremos el cambio de dos mil, y continuaremos subiendo, subiendo, para no detenernos ya!

Puesto en pie, gesticulaba incesantemente, irguiéndose sobre sus cortas piernas; y, la verdad sea dicha, engrandecíase efectivamente, dirigiendo sus gestos hacia las estrellas, como poeta del dinero al que las quiebras y las

ruinas no habían logrado hacer sentar la cabeza. Era su sistema instintivo, el mismo impulso de todo su ser, lo que implicaba aquella manera de fustigar los negocios, de conducirlos al triple galope de su fiebre. Había forzado el éxito, encendido las apetencias con aquella fulminante marcha del Universal: tres emisiones en tres años, el capital saltando de veinticinco a cincuenta, a cien, a ciento cincuenta millones, en una progresión que parecía anunciar una milagrosa prosperidad. Y por lo que a los dividendos se refiere, también ellos procedían a saltos: nada la primera anualidad, luego diez francos, después treinta y tres francos; y a continuación ¡los treinta y seis millones, la liberación de todos los títulos! Y esto en el recalentamiento engañador de toda la maquinaria, navegando por entre suscripciones ficticias, acciones conservadas por la sociedad para hacer creer al público en la existencia de un desembolso integral, bajo el impulso que el juego determinaba en la Bolsa, donde cada aumento de capital exageraba el alza.

Hamelin, hundido siempre en el examen del proyecto, no había apoyado a su hermana. Movió la cabeza, y volvió de nuevo a las observaciones de detalle.

— ¡No importa!, su balance anticipado es incorrecto, desde el momento en que las ganancias no son reales… No le hablo ya de nuestras empresas, aunque no por ello dejan de estar a merced de catástrofes, como todas las obras humanas… Pero observo aquí la cuenta Sabatani, tres mil y pico de acciones que representan más de dos millones. Ahora bien, usted las sitúa en nuestro «haber», y es en nuestro «debe» donde debiera colocarlas, puesto que Sabatani no es más que nuestro hombre de paja. ¿No es así?, por lo menos entre nosotros podemos decirlo… Y, ¡fíjese!, aquí reconozco igualmente a varios de nuestros empleados, e incluso algunos de nuestros administradores, testaferros todos ellos, ¡oh!, lo adivino, no tiene necesidad de decírmelo… Ver que conservamos un número tan crecido de nuestras acciones, me hace temblar. No sólo dejamos de ingresar en caja, sino que nos inmovilizamos y acabaremos un día por devorarnos a nosotros mismos.

La señora Carolina procuraba animarle con la mirada, pues el hermano no hacía en definitiva otra cosa que sacar a relucir todos sus temores. Encontraba la causa de ese sordo malestar, que iba creciendo en ella al compás del éxito.

— ¡Ah!, ¡el juego! —murmuró.

—Pero ¡si no jugamos! —exclamó Saccard—. Por el contrario, es lícito y natural que sostengamos esos valores y seríamos verdaderamente ineptos si no nos mantuviéramos en actitud de vigilancia para que Gundermann y los otros no deprecien nuestros títulos, jugando a la baja en contra nuestra. Si aún no osaron hacerlo, la maniobra puede llegar. Es por ello que me satisface en cierto modo que conservemos en nuestras manos determinado número de

nuestras acciones; y, les prevengo a ustedes desde ahora, en el supuesto de que me obliguen a hacerlo, yo mismo estoy dispuesto a comprar, ¡sí!, a comprar, antes de tolerar que bajen un solo céntimo.

Había pronunciado estas últimas palabras con un énfasis extraordinario, como si hubiera prestado el juramento de morir antes que ser vencido. Luego, haciendo un esfuerzo, consiguió aplacarse, y se echó a reír con su bonachonería un poco escénica.

—Pero, vamos a ver, ¿es que van a empezar de nuevo los recelos? Creía que teníamos aclaradas, de una vez para siempre, todas esas cosas. Consintieron en ponerse en mis manos, ¿no es eso?, ¡pues sean consecuentes y déjenme actuar! Yo sólo quiero para ustedes la fortuna, ¡una grande, muy grande fortuna!

Llegado este instante, se interrumpió, bajó el tono de voz, como alarmado él mismo por la enormidad de su anhelo.

— ¿Sabéis lo que yo quiero? Pues aspiro a conseguir la cotización de tres mil francos.

Y con un gesto, indicaba ese cambio en el vacío, le veía ascender como un astro; incendiarse el horizonte de la Bolsa con esa cotización triunfal de tres mil francos.

— ¡Eso es una locura! —dijo la señora Carolina.

—En cuanto la cotización haya sobrepasado los dos mil francos —declaró Hamelin—, cualquier nueva alza se convertirá en peligrosa; y, por lo que a mí se refiere, le advierto desde ahora que venderé, para no caer en semejante demencia.

Pero Saccard se puso a tararear. Siempre se dice que se venderá, pero luego, cuando llega el momento, no se vende. Aun a pesar suyo, iba a enriquecerles. La sonrisa había acudido de nuevo a sus labios, muy acariciadora, ligeramente burlona.

—Confíen en mí; tengo la impresión de que hasta ahora no conduje sus asuntos tan mal… Sadowa vino a significarles un millón.

Lo que estaba diciendo era verdad, los Hamelin no pensaban ya en ello: habían aceptado efectivamente ese millón, pescado en las aguas turbias de la Bolsa. Permanecieron silenciosos unos instantes, pálido el semblante, con esa turbación en el corazón propia de las gentes aún honradas, que no tienen la seguridad de haber cumplido con su deber. ¿Acaso ellos mismos resultaban ser víctimas de la lepra del juego?, ¿estarían quizás pudriéndose en ese endemoniado medio ambiente del dinero en que sus negocios les forzaban a vivir?

—Indudablemente —acabó por murmurar el ingeniero—, pero si yo hubiera estado aquí…

Saccard no quiso dejarle acabar.

—Déjelo, no tenga ningún remordimiento: ¡se trata de dinero reconquistado a esos puercos judíos!

Los tres se regocijaron con la ocurrencia. Y la señora Carolina, que se había sentado, tuvo un gesto de tolerancia y de abandono. ¿Podía uno dejarse devorar y no comerse a los otros para evitarlo? La vida no era nada más que eso. Hubieran sido precisas virtudes demasiado sublimes, o la soledad sin tentación de un claustro.

— ¡Vamos, vamos! —continuaba diciendo Saccard alegremente— no hagan gesto de escupir al dinero: empieza por ser algo estúpido, y resulta además, que sólo los impotentes desdeñan una fuerza… Sería ilógico a más no poder, que se mataran trabajando para enriquecer a los demás, sin que separaran la parte que legítimamente les corresponde. En otro caso, ¡acuéstense y duerman! Les tenía dominados, ya no les permitía decir una sola palabra.

— ¿Saben que muy pronto van a poder embolsarse una bonita suma?… ¡Aguarden un momento!

Y con una petulancia de colegial, precipitóse sobre la mesa de la señora Carolina; cogió seguidamente un lápiz y una hoja de papel y se dedicó a hacer números.

— ¡Esperen! Quiero hacerles su cuenta. ¡Oh!, me la sé de memoria… En el momento de la fundación tenían quinientas acciones, dobladas una primera vez, y luego una segunda; lo que les representa actualmente dos mil. Tendrán por consiguiente tres mil, después de nuestra próxima emisión.

Hamelin trató de interrumpirle.

— ¡No!, ¡no!, sé desde luego que tienen con qué pagarlas, contando como cuentan con los trescientos mil francos de su herencia, de una parte, y con su millón de Sadowa por la otra… ¡Fíjense!, sus dos mil primeras acciones, les costaron cuatrocientos treinta y cinco mil francos; por las otras mil pagaron ochocientos cincuenta mil francos, en total, un millón doscientos ochenta y cinco mil francos… Así pues, les quedarán aún quince mil francos para pasarlo bien; eso sin contar con el sueldo que usted tiene de treinta mil francos y que ahora vamos a subirle a sesenta mil.

Atolondrados, los dos le escuchaban con atención, acabando por interesarse violentamente en las cifras que el otro iba subrayando.

—Bien comprenden ustedes que se comportan honradamente, que pagan lo

que toman… Pero todo eso son bagatelas. Y a esto es a lo que quería venir a parar…

Levantóse entonces y blandió la hoja de papel, con aires de victoria.

—Al cambio de tres mil, sus tres mil acciones les significarán nueve millones.

— ¿Cómo dice?, ¿al cambio de tres mil? —gritaron a la vez, protestando con sus ademanes contra aquella loca obstinación.

—Pues ¡claro está!, ¡sin duda de ningún género! Les prohíbo en absoluto vender antes de que llegue ese momento; ¡sí!, ya me encargaré yo de impedírselo por la fuerza, por el derecho que tiene uno, mejor dicho, a impedir que sus amigos cometan sandeces… El cambio de tres mil, ¡lo necesito y lo tendré!

¿Qué contestar a ese terrible hombre, cuya penetrante voz, parecida a la de un gallo, cacareaba el triunfo? Rieron de nuevo, afectando encogerse de hombros. E insistieron en que vivirían bien tranquilos, pues ese famoso cambio no se alcanzaría nunca, Saccard, acababa de sentarse a la mesa, donde estaba haciendo otros cálculos: su propia cuenta. ¿Había pagado, pagaría sus tres mil acciones?; la pregunta quedaba sin contestación, un poco en el aire. Debía poseer incluso una cantidad de acciones mucho mayor; pero resultaba difícil saberlo, puesto que él mismo servía de testaferro a la sociedad; ¿cómo distinguir entonces, de entre el montón, los títulos que realmente le pertenecían? El lápiz iba trazando hileras de cifras hasta el infinito. Luego, lo tachó todo con un trazo fulgurante y estrujó el papel. Aquel gesto y los dos millones recogidos en el fango y la sangre de Sadowa, era su parte.

—Tengo una cita, les dejo —dijo cogiendo su sombrero—. Pero, estamos de acuerdo en todo, ¿no es eso? Dentro de ocho días el consejo de administración, e, inmediatamente después, la junta general extraordinaria para votar.

Cuando la señora Carolina y Hamelin se encontraron solos, cohibidos y cansados, permanecieron unos momentos silenciosos, mirándose cara a cara.

— ¿Qué quieres que te diga? —manifestó él finalmente, respondiendo a las secretas reflexiones de su hermana—, estamos metidos en ello, y sólo nos queda continuar. Tiene razón cuando dice que constituiría una ingenuidad por nuestra parte rehusar esa fortuna… Yo, jamás me consideré otra cosa que un hombre de ciencia que lleva el agua al molino; y la traje además, creo yo, clara, abundante, en forma de magníficos negocios a los que debe la casa su prosperidad tan rápida. Entonces, puesto que ningún reproche puede alcanzar a mi persona, ¡no nos desanimemos y sigamos trabajando!

Ella, había abandonado su silla, vacilante y entre balbuceos.

— ¡Oh!, todo ese dinero… todo ese dinero…

Y, ahogada por una emoción invencible, ante la idea de los millones que se les venían encima, se colgó al cuello del hermano, poniéndose a llorar. Su reacción obedecía sin duda al gozo, a la dicha de verle al fin dignamente recompensado por su inteligencia y por sus trabajos; pero también tenía su fundamento en el dolor, en una pena cuya causa no habría podido concretar a ciencia cierta, y en la que había como vergüenza y miedo a la vez. Siguió él hablándola en tono de broma, afectaron ambos estar aún alegres, y sin embargo el malestar les quedaba dentro, algo así como un sordo descontento de sí mismos, el reproche inconfeso de una complicidad manchadiza.

—Sí, tiene razón —repitió la señora Carolina—, todo el mundo hace lo mismo. Así es la vida.

El consejo de administración tuvo lugar en la nueva sala del suntuoso hotel de la calle de Londres. Ya no se trataba de aquel salón húmedo que teñía de verde el pálido reflejo de un jardín vecino, sino de una vasta pieza, en la que entraba la luz de la calle por sus cuatro ventanas, y cuya alta techumbre y majestuosas paredes, decoradas con grandes cuadros, rebosaban oro. El sillón del presidente era un verdadero trono, dominando los demás sillones, que se alineaban, soberbios y graves, lo mismo que para un consejo de ministros de la corona, alrededor de la inmensa mesa, cubierta con un tapete de terciopelo rojo. Y, sobre la repisa de la monumental chimenea de mármol blanco, donde, en invierno, podían arder árboles, figuraba un busto del Papa, un rostro amable y fino, que parecía sonreír maliciosamente por hallarse allí.

Saccard acababa de hacerse con todos los miembros del consejo; la mayor parte de ellos, comprándolos simplemente. Gracias a él, el marqués de Bohain, comprometido en una historia sucia que rozaba la estafa, sorprendido con las manos en la masa, había podido ahogar el escándalo, haciendo que se desentendiera del asunto la compañía robada; y así es como llegó a convertirse en su humilde hechura, sin dejar de llevar la cabeza alta, flor de nobleza, el más hermoso ornamento del consejo. También Huret, desde que le echara Rougon, después del robo del despacho anunciando la cesión de Venecia, se había entregado por entero a la suerte del Universal, representándolo en el Cuerpo legislativo, pescando por cuenta del mismo en las cenagosas aguas de la política, guardando para sí la mayor parte de sus vergonzosos chalaneos que cualquier buena mañana podían lanzarle muy bien a Mazas. Y el vizconde de Robin-Chagot, el vicepresidente, percibía una prima secreta por firmar sin previo examen de los documentos durante las largas ausencias de Hamelin. Y el banquero Kolb se hacía igualmente pagar su pasiva complacencia, utilizando en el extranjero la potencia de la casa, que llegaba incluso a

comprometer en sus arbitrajes; y el mismo Sédille, el tratante de sedas, desquiciado como consecuencia de una terrible liquidación, consiguió que le prestaran una gruesa suma que no había podido devolver. Sólo Daigremont conservaba su absoluta independencia frente a Saccard; lo que no dejaba a veces de inquietar a este último, aunque el amable hombre siguiera, tan encantador como siempre, invitándole a sus fiestas, firmándolo también todo sin hacer por su parte observación alguna, con su especial gracejo de parisién escéptico que encuentra que todo marcha bien, mientras gana.

Aquel día, a pesar de la excepcional importancia de la sesión, el consejo fue despachado por lo demás con la misma rapidez que los otros días. Había llegado a convertirse en un hábito: no se trabajaba realmente más que en las pequeñas reuniones del 15, y las grandes reuniones de fin de mes sancionaban simplemente las resoluciones, con gran aparato. La indiferencia de los administradores era tal, que, ante la preocupación de que el texto de las actas fuera siempre el mismo, sobre la base de una constante vulgaridad en la aprobación unánime, se hizo necesario imaginar en los miembros preconcebidos escrúpulos, observaciones diversas, toda una discusión imaginaria, en fin, que a ninguno asombraba oír leer durante la siguiente sesión, y que firmaban sin la menor risa.

Daigremont se había acercado precipitadamente para estrechar la mano de Hamelin, sabiendo las buenas, las grandes noticias que traía.

— ¡Ah!, mi querido presidente, ¡cuán feliz me siento pudiendo felicitarle!

Todos le rodeaban, le festejaron, hasta el propio Saccard, como si aún no le hubiera visto; y, al abrirse la sesión, cuando hubo empezado la lectura de la ponencia que tenía que presentar a la junta general, los asistentes estuvieron a la escucha, cosa que no sucedía jamás. Los magníficos resultados conseguidos, las sólidas promesas para el futuro, el ingenioso sistema de aumento de capital que liberaba al propio tiempo los títulos antiguos, todo fue acogido con movimientos de cabeza expresivos de admiración. Y ni siquiera uno de los presentes tuvo la ocurrencia de provocar explicaciones. Aquello era perfecto. Habiendo constatado Sédille la existencia de error en una cifra, se convino asimismo en no insertar su observación en el acta, para no alterar con ella la preciosa unanimidad de los miembros, que puestos en fila, fueron firmando rápidamente todos ellos, llenos de entusiasmo, sin hacer observación alguna.

La sesión se había levantado ya, y, de pie, continuaban las risas, bromeando, en medio de los centelleantes dorados de la sala. El marqués de Bohain explicaba una partida de caza en Fontainebleau; mientras que el diputado Huret, que estuvo en Roma, contaba cómo había vuelto con la bendición papal. Kolb acababa de desaparecer, corriendo a una cita. Y los

demás administradores, los comparsas, recibían órdenes en voz baja de Saccard, respecto de la actitud que debían tomar en la próxima junta.

Pero Daigremont, a quien el vizconde de Robin-Chagot molestaba con sus desmedidos elogios del informe de Hamelin, al pasar por su lado el director le cogió por el brazo para soplarle al oído:

— ¡Menos apasionamiento!, ¿estamos?

Saccard se detuvo en seco y le miró fijamente. Recordaba cuánto había vacilado al principio para involucrarle o no en el asunto, sabiendo que no era muy seguro negociar con él.

— ¡Ah!, ¡quien me quiera que me siga! —respondió en voz alta, de manera que todo el mundo le oyese.

Tres días después tuvo lugar la junta general extraordinaria en la espaciosa sala de festejos del hotel del Louvre. Para una tal solemnidad habíase desdeñado la pobre y desnuda sala de la calle Banche; se quería un salón de gala, que se conservase caliente aún, entre una comida oficial y un baile de bodas. De acuerdo con los estatutos, precisaba ser poseedor de por lo menos veinte acciones, para ser admitido, y acudieron al acto más de mil doscientos accionistas, que representaban cuatro mil y pico de votos. Las formalidades de la entrada, la presentación de tarjetas y la firma en el registro, requirieron cerca de dos horas. Un tumulto de animadas conversaciones llenaba la sala, donde podían verse a todos los administradores y a muchos de los altos empleados del Universal. Allí estaba Sabatani, en medio de un grupo, hablando de Oriente, su país, con lánguidas modulaciones en su voz, contando maravillosas historias, como si no hubiera sido preciso más que bajar allí para recoger la plata, el oro y las piedras preciosas; también estaba presente Maugendre, que, en junio, se había decidido a comprar cincuenta acciones del Universal a mil doscientos francos, convencido del alza, y que escuchaba al otro con la boca abierta, más que satisfecho de su olfato; en tanto que Jantrou, caído decididamente en una juerga crapulosa desde que era rico, bromeaba por lo bajo, reflejando aún su boca una mueca de ironía, como remate de la bacanal tenida la víspera. Después de nombrada la mesa, cuando Hamelin, presidente de derecho, hubo abierto la sesión, Lavigniere, reelegido comisario-censor y que debía ser ascendido después del ejercicio al cargo de administrador, su sueño, fue invitado a leer un informe sobre la situación financiera de la sociedad, tal y como resultaría ser el 31 de diciembre próximo: para cumplir con los estatutos, aquello venía a representar una forma de controlar previamente el balance anticipado que iba a ser puesto sobre el tapete. Recordó el balance del último ejercicio, presentado a la junta ordinaria del mes de abril, aquel magnífico balance que acusaba un beneficio neto de once millones y medio, y que permitió después de las deducciones del cinco

por ciento de los accionistas, del diez por ciento de los administradores y del diez por ciento de la reserva, distribuir un dividendo del treinta y tres por ciento. Venía a dejar sentado después, bajo un diluvio de números, que la suma de treinta y seis millones, dada como total aproximado de beneficios correspondientes al corriente ejercicio, lejos de parecerle exagerada, se encontraba por debajo de las más modestas esperanzas. Se expresaba indudablemente de buena fe, debía haber examinado concienzudamente los expedientes y documentos sometidos a su control; pero, nada más ilusorio claro está, pues, para estudiar a fondo una contabilidad, precisa rehacer otra, por entero. Por lo demás, los accionistas no estaban a la escucha. Algunos devotos, Maugendre y otros, los pequeños accionistas, representando un voto o dos, eran los únicos en beberse las cifras, en medio de un persistente zumbido de conversaciones. El control de los comisarios-censores; aquello no tenía la menor importancia. Y no se impuso un religioso silencio hasta que, por fin, Hamelin se levantó. Estallaron los aplausos incluso antes de que hubiera podido abrir la boca, como homenaje a su celo, al genio obstinado y resuelto de aquel hombre, que había ido tan lejos en busca de toneles de oro para despanzurrarlos sobre París. A partir de entonces aquello sólo fue un éxito creciente, girando a la apoteosis. Se acogió con aclamaciones una nueva alusión al balance del año precedente, que Lavigniere no había podido hacer oír. Pero, lo que sobre todo excitó el regocijo, fueron los cálculos referentes al próximo balance: millones por los Vapores reunidos, millones por la mina de plata del Carmelo, millones por el Banco nacional turco; y la suma no se acababa nunca, los treinta y seis millones se apiñaban con suma facilidad, del modo más natural del mundo, caían en forma de cascada, con un ruido rimbombante. Luego, el horizonte se ensanchaba más aún, al hacerse referencia a las futuras operaciones. Salió a relucir la Compañía general de ferrocarriles de Oriente; para empezar la gran línea central, cuyos trabajos darían comienzo pronto, a continuación los enlaces, toda la red de la moderna industria lanzada sobre Asia, el retorno triunfal de la humanidad a su cuna, la resurrección de todo un mundo; mientras que, en el perdido horizonte, entre dos frases, se alzaba aquella cosa de la que no se hablaba, el misterio, la coronación del edificio que dejaría asombrados a los pueblos. Y la unanimidad fue absoluta, cuando, para terminar, Hamelin explicó las resoluciones que iba a someter al voto de la junta: el capital aumentado hasta la suma de ciento cincuenta millones, la emisión de cien mil nuevas acciones a ochocientos cincuenta francos, los antiguos títulos liberados, gracias a la prima de esas acciones y a los beneficios del próximo balance, de los que se disponía de antemano. Un estruendo de «bravos», acogió aquella idea genial. Por encima de las cabezas, podían verse las manazas de Maugendre aplaudiendo con toda su fuerza. En los primeros bancos los administradores, los empleados de la casa, no cabían en su arrebato, dominados por Sabatani, que, puesto en pie no

hacía más que lanzar exclamaciones de «¡bravo!», «¡bravo!», como si estuviera en el teatro. Todas las resoluciones fueron votadas con entusiasmo.

Mientras tanto, Saccard había preparado un incidente que surgió entonces. No ignoraba que se le acusaba de jugar, y era su propósito a este respecto hacer que se disipasen hasta las menores sospechas de los accionistas desconfiados, si es que los había en la sala.

Jantrou, adiestrado por él, se levantó; y con su voz pastosa, dijo:

—Señor presidente, creo hacerme intérprete de muchos accionistas pidiendo que quede bien sentado que la sociedad no posee ninguna de sus propias acciones.

Hamelin, que no estaba prevenido, permaneció unos instantes molesto. Instintivamente, se volvió hacia Saccard perdido hasta entonces en su asiento, y que se levantó de pronto para aumentar su corta estatura y responder con su penetrante voz:

— ¡Ni una sola, señor presidente!

Ante aquella respuesta, no se supo por qué, pero estallaron de nuevo los «bravos» y aclamaciones. Si mentía en el fondo, lo cierto era que la sociedad no tenía un solo título a su nombre, puesto que Sabatani y los otros servían de cobertura. Y aquello fue todo; hubo aplausos una vez más, resultando la salida alegre y ruidosa.

En los días siguientes, el acta de aquella sesión, publicada en los periódicos, produjo un enorme efecto en la Bolsa y en todo París. Jantrou había reservado para ese momento un último empellón al reclamo, la más atronadora de las charangas que hubieran podido soplar desde hacía mucho tiempo las trompetas de la publicidad; e incluso circuló una broma, se dijo que había hecho tatuar: Compren acciones del Universal, en los rinconcitos más secretos y delicados de cierto número de damas complacientes, lanzándolas después a la circulación. Por lo demás, acababa de llevar a cabo, por fin, su golpe maestro, la adquisición de La Cote financière, ese viejo y sólido periódico, que tenía tras de sí una impecable honradez de doce años. La operación había resultado cara, pero la clientela seria, los burgueses acobardados, las grandes fortunas prudentes, todo el dinero que se respeta, había sido conquistado. En la Bolsa, a los quince días se alcanzó el cambio de mil quinientos; y, en la última semana de agosto, por saltos sucesivos, llegaba a dos mil. Aquella ciega admiración se había exasperado aun, el acceso iba agravándose a cada hora que transcurría bajo la epidémica fiebre del agio. Compraban, compraban todos, incluso los más cautos, con la convicción de que aquello aún subiría más, ascendería sin encontrar tope. Eran las misteriosas cavernas de las Mil y una Noches que se abrían al público, los

incalculables tesoros de los califas entregados a la codicia de París. Todos los sueños, cuchicheados al oído desde hacía meses, parecían realizarse ante aquel encantamiento del público: la cuna de la humanidad recuperada, las antiguas ciudades históricas del litoral resucitadas de su arena, Damasco, luego Bagdad y después la India y China, explotadas por el ejército invasor de nuestros ingenieros. Lo que Napoleón no había podido hacer con su sable, conquistar Oriente, lo realizaba una Compañía financiera, enviando allí un ejército de zapapicos y volquetes. Asia era conquistada a fuerza de millones, para sacar de allí millares de millones. Y la cruzada de las mujeres, sobre todo, triunfaba, en las pequeñas reuniones íntimas de las cinco de la tarde, en las grandes recepciones mundanas de medianoche, en la mesa y en las alcobas. Bien lo habían ellas previsto: Constantinopla había sido tomada, pronto se tendría a Bruza, Angora y Alepo; y más tarde, Esmirna, Trebisonda, todas las ciudades en fin, donde el Universal sentase sus reales, hasta el día en que llegaran a tener la última, la ciudad santa, la que no había que nombrar y era como la promesa eucarística de la lejana expedición. Los padres, los maridos, los amantes, imbuidos por aquel apasionado ardor de las mujeres, no iban a dar sus órdenes de compra a los agentes de cambio, más que al grito, una y mil veces repetido de: ¡Dios lo quiere! Llegó finalmente la espantosa barahúnda de los pequeños, la multitud pataleante que sigue a los grandes ejércitos, la pasión descendiendo del salón a la oficina, del burgués al obrero y al labrador, y que proyectaba, en ese loco galopar de millones, a pobres suscriptores que no tenían más que una acción, tres, cuatro, diez acciones; porteras cercanas ya al retiro, viejas solteronas cuya sola compañía era un gato, jubilados de provincias cuyo presupuesto es de diez sueldos diarios, curas de aldea empobrecidos por la limosna, toda la masa pálida y hambrienta de rentistas ínfimos, a los que una catástrofe de Bolsa barre como una epidemia y sepulta de un golpe en la fosa común.

Y esa exaltación de los títulos del Universal, aquella ascensión que les llevaba consigo, como impulsados por un viento religioso, parecía realizarse al son de las músicas que, cada vez más altisonantes, remontaban de las Tuileries y del Campo de Marte, de las continuas e interminables fiestas con las que la Exposición enloquecía a París. Las banderas chasqueaban más sonoras en la pesada atmósfera de las cálidas jornadas; no había allí noche en que la ciudad, resplandeciente de luz, no chispeara bajo las estrellas, lo mismo que un colosal palacio en el fondo del cual el libertinaje velase hasta el alba. El regocijo había ido contagiándose de casa en casa, las calles eran una borrachera, una nube de densos vapores, la humareda de los festines, el sudor de las parejas, remontaba hacia el horizonte, rodaba por encima de las techumbres, al igual que en las noches de Sodoma, de Babilonia y de Nínive. Desde mayo, los emperadores y los reyes habían ido llegando en peregrinación, procedentes de los cuatro rincones del mundo; cortejos de nunca acabar, cerca de un centenar de

soberanías y de soberanas, de príncipes y princesas. París estaba repleto de Majestades y de Altezas; había aclamado al emperador de Rusia y al de Austria, al sultán y al virrey de Egipto; y se había lanzado bajo las ruedas de las carrozas para ver más de cerca al rey de Prusia, al que seguía Bismarck como un dogo fiel. Salvas de regocijo, resonaban continuamente en los Inválidos, mientras la muchedumbre se aplastaba en la Exposición, convirtiendo los cañones Krupp, enormes y sombríos, que Alemania había expuesto, en verdadero éxito popular. Casi cada semana, la Opera encendía sus arañas para alguna gala oficial. Se ahogaba la gente en los pequeños teatros y en los restaurantes; las aceras no eran bastante anchas para el desbordado torrente de la prostitución. Y fue Napoleón III quien quiso distribuir por sí mismo los premios acordados para los sesenta mil expositores, en una ceremonia que sobrepasó en magnificencia a todas las demás, una gloria ardiendo en la frente de París, la refulgencia del reino en su máximo esplendor, y en la que apareció el emperador en una comedia de magia, como dueño de Europa, hablando con la calma de la fuerza y prometiendo la paz. Aquel mismo día llegaba a las Tuileries la noticia de la espantosa catástrofe de Méjico, la ejecución de Maximiliano; la sangre y el oro francés llegados a derramar, convertidos en pura pérdida; y la nueva se mantenía oculta, para no entristecer las fiestas. Un primer toque fúnebre, al finalizar aquel soberbio día, deslumbrante de sol.

En medio de aquella gloria, pareció entonces que el astro de Saccard también por su parte, remontaba al mayor de los esplendores. Como se había esforzado por conseguir durante tantos años, poseía por fin la fortuna, teniéndola como esclava, a título de cosa propia de la que se dispone a discreción y se guarda bajo llave, viviente, material. ¡Eran tantas las veces que la mentira había habitado en sus cajas, y tantos los millones que habían desaparecido por allí, escapándose por toda clase de agujeros desconocidos! No, no se trataba ya de la engañadora riqueza, de fachada, sino de la auténtica majestad del oro, sólido, alardeando de su superioridad en sacos llenos y rebosantes; y, esa realeza además, no la ejercía como un Gundermann, previo el ahorro de una estirpe de banqueros; presumía por el contrario, con orgullo, de haberla conquistado por sí mismo, como capitán aventurero que se hace con un reino en un audaz golpe de mano. Muy a menudo, en la época de sus negocios sobre terrenos del barrio de Europa, había conseguido efectivamente elevarse muy alto; pero jamás sintió a París vencido de aquella forma y tan humilde a sus pies. Y recordaba el día en que, almorzando en casa de Champeaux, mientras dudaba de su propia estrella, arruinado una vez más, lanzaba sobre la Bolsa miradas hambrientas, poseído por una especie de fiebre que le impulsaba a comenzarlo todo de nuevo, para reconquistarlo todo, en un rabioso afán de desquite. Por lo mismo, y ahora que se convertía en el amo, ¡qué hambre de goces no sería la suya! Para empezar y desde que se creyó

omnipotente, despidió a Huret, y encargó a Jantrou que lanzase contra Rougon un artículo en el que, en nombre de los católicos, se acusaba abiertamente al ministro de estar llevando a cabo un doble juego en la cuestión romana. Aquello venía a representar la declaración de guerra definitiva entre los dos hermanos. Desde el convenio del 15 de septiembre de 1864, después de Sadowa sobre todo, los clericales afectaban mostrar vivas inquietudes respecto de la situación del Papa; y, a partir de entonces, La Esperanza, volviendo a su antigua política ultramontana, se puso a atacar violentamente al imperio liberal, tal y como habían empezado a forjarlo los decretos del 19 de enero. Una frase de Saccard circulaba por la Cámara: decía él que, a pesar del profundo afecto que sentía por el emperador, se resignaría a aceptar a Enrique V, antes que tolerar que el espíritu revolucionario condujese a Francia a una catástrofe. Después, creciendo su audacia al compás de sus victorias no ocultó ya su plan de atacar a la alta banca judía, en la persona de Gundermann, cuyo millar de millones se trataba de poner en la picota, hasta llegar al asalto y a la captura final. Habiéndose tan milagrosamente engrandecido el Universal, ¿por qué esta casa, sostenida por toda la cristiandad, no podía llegar a ser, en el lapso de unos cuantos años aún, la dueña soberana de la Bolsa? Y se situaba en plan de rival, de rey vecino, de una potencia igual, lleno de una fanfarronería batalladora; mientras que Gundermann, muy flemático, sin permitirse siquiera una mueca de ironía, continuaba acechando y a la espera, con aire de estar simplemente muy interesado por el alza continua de las acciones, como hombre que ha depositado toda su fuerza en la paciencia y en la lógica.

Era su pasión lo que elevaba de aquel modo a Saccard, y era también su pasión la que había de perderle. Con vistas a saciar sus apetitos, había querido descubrir en su persona un sexto sentido, para satisfacerlo. La señora Carolina, que nunca había dejado de sonreír, incluso cuando su corazón sangraba, seguía siendo una amiga, a la que escuchaba con una especie de deferencia conyugal. La baronesa de Sandorff, cuyos mortecinos párpados y rojizos labios mentían decididamente, empezó a no divertirle, fría como un témpano en medio de sus perversas curiosidades. Dándose por otra parte la circunstancia de que jamás él mismo había conocido grandes pasiones, entregado por completo a ese mundo del dinero, en el que vivía muy ocupado, gastando en otra parte sus nervios, compelido a pagar el amor por mensualidades. Por ello, cuando vino a pensar en la mujer como tal, asentado sobre el montón de sus nuevos millones, no se le ocurrió otra cosa que adquirir una que fuese muy cara, para poseerla ante todo París, como hubiera podido obsequiarse con un brillante muy grueso, por la simple vanidad de clavarlo en su corbata. Por otra parte, ¿no implicaba aquello una excelente publicidad?, un hombre capaz de vaciar mucho dinero en una mujer, ¿no tiene desde luego una fortuna cotizada? Inmediatamente su elección recayó sobre la señora de Jeumont, en cuya casa había estado a cenar

dos o tres veces con Máximo. A sus treinta y seis años, todavía era una mujer muy hermosa, de una belleza regular y grave de Juno, y su gran reputación provenía de que el emperador le había pagado cien mil francos por una noche, sin contar la condecoración para su marido, un hombre correcto que no tenía otra posición que la de desempeñar ese papel de marido de su mujer. Vivían los dos espléndidamente, iban por todas partes, frecuentaban los ministerios, la corte, alimentados por escasas y escogidas ventas, como la mencionada, bastando con tres o cuatro noches por año. Se sabía que aquello costaba terriblemente caro, y esto era lo que tenía como particular distinción. Y Saccard, concretamente, ansioso por morder aquel bocado del emperador, llegó hasta los doscientos mil francos, aunque sin poder evitar al principio una mueca despectiva del marido hacia aquel turbio financiero, por encontrarle demasiado insignificante como personaje y de una inmoralidad comprometedora.

Fue por aquella misma época que la señora Conin rehusó abiertamente compartir goce alguno con Saccard. Frecuentaba éste mucho la papelería de la calle Feydeau, siempre para comprar cuadernos de apuntes, muy seducido por aquella adorable rubia, sonrosada y regordeta, con cabellos de seda de un tono pálido, muy graciosa y zalamera, siempre alegre.

— ¡No, no quiero, con usted jamás!

Cuando ella decía jamás, era asunto acabado; nada ni nadie la hacía desdecirse de su negativa.

—Pero ¿por qué? Bien la vi con otro cierto día saliendo de un hotel, en el pasaje de los Panoramas.

Sonrojóse ella al oírle, aunque sin dejar de mirarle con valentía, cara a cara. El hotel ése, regentado por una anciana señora, amiga suya, le servía en efecto como lugar de cita, cuando un capricho la hacía ceder ante un señor del mundo de la Bolsa, a las horas en que el bueno de su marido encolaba sus registros y ella por su parte se dedicaba a corretear por París; siempre fuera con recados de la casa.

—Sabe perfectamente a quién me refiero; Gustavo Sédille, ese joven, amante suyo.

Ella protestó entonces, con un gesto gracioso. ¡No, no!, ella no tenía amante. Ningún hombre podía vanagloriarse de haberla poseído dos veces. ¿Por quién la estaba tomando? Una vez, ¡sí!, por simple azar, por placer, pero ¡sin que ello tuviera mayores consecuencias! Y todos continuaban siendo sus amigos, muy reconocidos, muy discretos.

— ¿Será entonces porque dejé de ser joven?

Por toda contestación, con un nuevo gesto, sin dejar de reírse, pareció decirle que le tenía en absoluto sin cuidado que se tratara, o no, de un joven. Había cedido a quienes eran menos jóvenes y a otros menos hermosos, y a pobres diablos con mucha frecuencia.

— ¿Por qué, entonces, dígame el porqué?

— ¡Dios mío!, es bien sencillo… Porque no me agrada. ¡Con usted, jamás!

Y a todo esto, seguía comportándose con mucha amabilidad, con gesto desolado por no poder complacerle.

—Veamos —insistió él con brutalidad—, el precio será lo que usted misma indique… ¿Quiere mil, dos mil, por una sola vez, sólo una vez?

A cada nueva puja que hacía, ella decía que no amablemente con la cabeza.

— ¿Quiere usted?… Vamos a ver, ¿quiere usted diez mil, veinte mil?

Con dulce gesto, ella le detuvo, colocando su manita sobre la suya.

— ¡Ni diez, ni cincuenta, ni cien mil! Podría seguir pujando tanto tiempo como quisiera, y la contestación sería que no, siempre que no… Como bien puede ver no llevo una alhaja encima. ¡Ah!, y conste que me las han ofrecido, ¡objetos, dinero, de todo! Nada quiero sin embargo; cuando me cansa un placer. Comprenda entre otras cosas que mi marido me ama de todo corazón, y que también yo le amo mucho. Mi marido es un hombre muy honrado. No voy por consiguiente a matarle causándole pena… Y, puesto que no puedo dárselo a mi marido, ¿qué es lo que quiere que haga con su dinero? No somos desgraciados del todo, y un día nos retiraremos con una bonita fortuna; y si todos esos señores, me tienen la consideración de seguir comprando en nuestra casa, eso sí lo acepto… ¡Oh!, créame que no me hago más la desinteresada de lo que en realidad soy. Si fuera sola, ya vería lo que hacía. Pero, ahora, en mi situación actual, ¿imagina usted por un momento que mi marido tomaría sus cien mil francos, después de haberme acostado con usted?… ¡No, no!, ¡ni por un millón!

Y siguió sin dar su brazo a torcer. Saccard, exasperado por aquella resistencia inesperada, se ensañó por su parte durante cerca de un mes. Le trastornaba verla con su cara sonriente, sus grandes y tiernos ojos llenos de compasión. ¡Cómo!, ¿acaso el dinero no lo podía todo? Tenía frente a sí una mujer que otros poseían por nada, y que él no podía tener, ni siquiera pagando un precio loco. Le decía simplemente que no; ésa era su voluntad. En su triunfo, aquello le hacía sufrir cruelmente, como si se pusiera en duda su potencia, una desilusión secreta respecto de la fuerza del oro, que él había considerado hasta entonces absoluta y soberana.

Una noche, vivió sin embargo el regocijo de vanidad más vivo que pudiera

concebir. Constituyó propiamente el minuto culminante de su vida. Se celebraba un baile en el Ministerio de Negocios extranjeros, y había escogido aquella fiesta, dada con motivo de la Exposición, para levantar públicamente acta de su dicha de una noche, con la señora de Jeumont; ya que, entre los tratos que pactaba aquella hermosa dama, figuraba siempre el de que, el feliz poseedor, tendría por una sola vez el derecho de pregonarlo, de manera que el negocio alcanzase toda la publicidad deseada. Así pues, hacia la medianoche, en aquellos salones donde los hombres desnudos resultaban como prensados por los fracs negros, bajo la ardiente claridad de las arañas, entró Saccard, llevando del brazo a la señora de Jeumont; y el marido les seguía. Cuando hicieron su aparición, los grupos se apartaron, abriendo un ancho paso a aquel capricho de doscientos mil francos de que se hacía gala a ese escándalo hecho de violentos apetitos y de loca prodigalidad. Todo eran sonrisas, se cuchicheaba al oído, en un ambiente divertido, sin cólera, entre el aroma embriagador de los bustos, con la mecedura lejana de la orquesta. Pero, en el fondo del salón, otra oleada de curiosos se apretujaba alrededor de un coloso, vestido con un uniforme blanco de coracero, deslumbrador y soberbio. Era el conde de Bismarck, cuya elevada estatura dominaba todas las cabezas, riendo con una risa abierta, los ojos saltones, la nariz pronunciada, con poderosas mandíbulas que cerraban unos bigotes de conquistador bávaro. Después de Sadowa, acababa de dar Alemania a Prusia; los tratados de alianza, negados durante tanto tiempo, hacía meses que fueron firmados contra Francia; y la guerra, que estuvo a punto de estallar en mayo, a propósito del asunto del Luxemburgo, resultaba al presente fatal. Cuando Saccard, triunfante, atravesó la pieza, llevando del brazo a la señora de Jeumont, y seguido del marido, el conde de Bismarck interrumpió su risa por unos instantes, y, como buen gigante burlón, se puso a mirar con curiosidad cómo pasaban.

IX

La señora Carolina, se encontró de nuevo sola. Hamelin se quedó en París hasta los primeros días de noviembre, para atender a las formalidades que requería la constitución definitiva de la sociedad, con capital de ciento cincuenta millones; y, a ruegos de Saccard, resultó ser él, una vez más quien hubo de ir al despacho del notario Lelorrain, sito en la calle Sainte-Anne, para hacer las correspondientes declaraciones legales, afirmando que todas las acciones habían sido debidamente suscritas y el capital desembolsado; lo que desde luego no era cierto. Inmediatamente después, partió para Roma, en donde había de pasar dos meses, teniendo que estudiar asuntos de envergadura, que callaba; su famoso sueño del Papa en Jerusalén, sin duda, así

como otro proyecto más práctico y considerable, el referente a la transformación del Universal en un banco católico, que habría de tener su apoyo en los intereses cristianos del mundo entero, toda una vasta máquina destinada a aplastar, a barrer del globo la banca judía; y, desde allí, contaba volver una vez más a Oriente, adonde le llamaban los trabajos del ferrocarril de Brusa a Beirut. Se alejaba satisfecho de la rápida prosperidad de la casa, absolutamente convencido de su inquebrantable solidez, sin sentir siquiera en su fuero interno más que la sorda inquietud que le producía aquel éxito demasiado estruendoso. Por eso la víspera de su partida, en la conversación que sostuvo con su hermana, no le hizo más que una recomendación apremiante, la de resistirse a la desmedida admiración general y vender sus títulos, si llegaba a ser sobrepasado el cambio de dos mil doscientos francos, porque estimaba un deber propio protestar contra ese alza continua, que estimaba loca y peligrosa.

En cuanto se encontró sola, la señora Carolina se sintió más turbada aún por el sobrecargado ambiente en que vivía. Hacia la primera semana de noviembre se alcanzaba el cambio de dos mil doscientos; tenía lugar alrededor suyo un auténtico movimiento de arrebato, gritos de agradecimiento y de ilimitada esperanza: Dejoie acababa de deshacerse en gestos de gratitud, las señoras de Beauvilliers la trataban de igual a igual, como amiga del dios que iba a levantar de nuevo su antigua casa. Un concierto de bendiciones remontaba de la feliz muchedumbre integrada por pequeños y grandes, las muchachas pudiendo contar al fin con su dote, los pobres viéndose bruscamente enriquecidos, asegurado su retiro, los ricos ardiendo en su insaciable gozo de llegar a ser más ricos aún. Al día siguiente de la Exposición, en aquel París embriagado de placer y de poderío, la oportunidad era única; se vivían unas horas de fe en la dicha, la certidumbre de una suerte sin fin. Todos los valores habían subido, los menos sólidos encontraban crédulos, una plétora de negocios más que sospechosos henchía el mercado, lo congestionaba hasta la apoplejía, mientras, por debajo, sonaba a vacío, el real agotamiento de un reino que había disfrutado mucho, gastado miles de millones en grandiosos trabajos, engordado enormes casas de crédito, cuyas cajas abiertas se despanzurraban por todas partes. El primer crujido en aquel vértigo, implicaría de por sí la catástrofe. Y, la señora Carolina, tenía sin duda ese presentimiento ansioso, cuando notaba encogérsele el corazón, a cada nuevo salto en los cambios del Universal. No es que circulase ningún rumor de mal agüero; apenas un leve estremecimiento de los bajistas, asombrados y domesticados. Tenía ella sin embargo, perfecta conciencia de un malestar, de algo que ya minaba el edificio, pero ¿qué?, nada en concreto podía apreciarse; y se veía forzada a esperar, ante el esplendor de un triunfo creciente, pese a tales ligeras sacudidas de estremecimiento que anuncian las catástrofes.

Por lo demás, la señora Carolina tuvo por entonces otro disgusto. En la

Obra del Trabajo, se hallaban al fin satisfechos de Víctor, convertido en un chico silencioso y cazurro; y, si no se lo había dicho todo a Saccard, era por un singular sentimiento de embarazo, retrasando de día en día su relato; preocupada por la vergüenza que pudiera experimentar él. Por otra parte, Máximo, a quien, por aquellas fechas, devolvió de su bolsillo los dos mil francos, se alborozaba a propósito de los cuatro mil que Busch y la Méchain le reclamaban aún: esa gente la estaba robando, su padre se pondría furioso. Por eso, en lo sucesivo se negaba abiertamente a las reiteradas peticiones de Busch, que exigía el complemento de la suma prometida. Después de innumerables pasos, éste acabó por enfadarse, con tanto mayor motivo cuanto que la idea de coaccionar a Saccard iba renaciendo en él, dada la nueva posición de este último y su elevada categoría en el mundo de las finanzas, donde le creía a su merced, por miedo al escándalo. Un día, pues, exasperado al ver que nada sacaba de un asunto tan precioso, resolvió dirigirse directamente a él, y le escribió invitándole a pasar por su despacho para enterarse del contenido de antiguos papeles encontrados en una casa de la calle de la Harpe. Le precisaba el número, y hacía una alusión tan clara a la vieja historia, que Saccard, sobrecogido de inquietud, no podía faltar a la cita. Aquella carta, llevada a la calle Saint-Lazare, fue a caer en manos de la señora Carolina, que reconoció la letra. Se echó en seguida a temblar, preguntándose por unos momentos, si no era lo procedente acercarse a toda prisa a casa de Busch, para indemnizarle. Pero luego pensó que acaso fuese otro el motivo de la carta y que, en todo caso, constituía una forma de acabar; contenta incluso, dada su violencia de ánimo, de que fuese otro quien tuviera a su cargo el embarazo de la confidencia. Pero, por la noche, cuando regresó Saccard y abrió la carta delante de ella, le vio simplemente fruncir el ceño, y creyó que se trataba de alguna complicación de dinero. Parecía haber experimentado no obstante, una profunda sorpresa, se le había encogido la garganta, ante la idea de caer en tan sucias manos, oliéndose alguna ignominia. Con gesto tranquilo, se metió la carta en el bolsillo, y decidió que acudiría a la cita.

Transcurrieron una serie de días, llegó la segunda quincena de noviembre, y Saccard aplazaba cada mañana la visita, aturdido por el torrente que le arrastraba. El cambio de dos mil trescientos francos acababa de ser superado; y él por su parte, se sentía más que satisfecho, pese a notar en la Bolsa la aparición de cierto movimiento de resistencia, que iba acentuándose a medida que aumentaba el loco ritmo del alza: evidentemente, había un grupo de jugadores a la baja que tomaban posiciones, entablando la lucha, tímidos aún y a través de simples escaramuzas de vanguardia. Y, en dos ocasiones, se creyó obligado a dar órdenes de compra, por mediación de sus testaferros, para que la marcha ascensional de los cambios no fuese alterada. El sistema de la sociedad comprando sus propios títulos, jugando con ellos, devorándose a sí misma, había empezado a funcionar.

Una noche, desbordado por su propia pasión, Saccard no pudo menos que hablar a la señora Carolina.

—Tengo el convencimiento de que todo esto va a caldearse más de la cuenta. ¡Oh!, somos por lo visto bastante fuertes, les estorbamos demasiado… Me estoy oliendo a Gundermann, ésta es su táctica: va a proceder a ventas regulares, tanto hoy, tanto mañana, aumentando cada vez la cifra hasta que consiga perturbarnos…

Ella le interrumpió con su voz grave.

—Si tiene acciones del Universal, tiene motivo para vender.

— ¡Cómo!, ¿que tiene motivo para vender?

—Indudablemente, mi propio hermano se lo previno: los cambios, a partir de dos mil, son absolutamente locos.

Fuera de sí, mirándola fijamente, estalló él entonces:

—Venda, pues, atrévase usted misma a vender… Sí, juegue contra mí, puesto que quiere mi derrota.

Sonrojóse ella ligeramente, pues, la víspera precisamente, había vendido mil de sus acciones, obedeciendo órdenes de su hermano; tranquilizada ella misma, con motivo de aquella venta, como quien realiza un acto tardío de honradez. Pero, puesto que no la preguntaba directamente, decidió no hacerle la confesión; tanto más molesta, dado que inmediatamente añadió él:

—Así es que, ayer, hubo defecciones; estoy seguro de ello. Llegó al mercado todo un paquete de valores; los cambios hubieran desde luego cedido, si no llego a intervenir yo… Y no es precisamente Gundermann el que atiza esos golpes. Utiliza un método más lento, más aplastante a la larga… ¡Ah!, querida mía, me siento completamente seguro, pero tiemblo de todos modos, pues aunque nada signifique defender uno su propia vida, lo peor del caso es defender su dinero y el de los otros.

En efecto, a partir de aquel momento, Saccard dejó de pertenecerse a sí mismo. Fue el hombre de los millones que ganaba triunfante, y que sin cesar estaba a punto de ser derrotado. Ni siquiera encontraba tiempo libre para ver a la baronesa de Sandorff en el pisito bajo de la calle Caumartin. La verdad sea dicha, aquella mujer había llegado a cansarle por la mentira que representaba la pasión de sus ojos, aquella frialdad que sus perversos manejos no lograban caldear. Le había ocurrido además un percance, el mismo que, por su parte, había hecho sufrir a Delcambre: una noche, esta vez por necedad de la doncella, había entrado en la alcoba en el momento en que la baronesa se encontraba en brazos de Sabatani. En la subsiguiente y tormentosa explicación, Saccard no había llegado a calmarse más que después de una

completa confesión, consistente en una simple curiosidad sentida por ella, culpable sin duda, pero explicable en el fondo. Todas las mujeres hablaban del tal Sabatani como de un fenómeno, se cuchicheaba de tal modo respecto del voluminoso tamaño de aquello, que no pudo resistirse a la tentación de verlo. Y Saccard acabó perdonándola, cuando, a una pregunta brutal suya, ella le contestó que, ¡por Dios!, después de todo, aquello no era como para asombrarse ni mucho menos. Apenas si la veía más que una vez por semana; y no porque le guardase rencor, sino simplemente porque le aburría.

Entonces, la baronesa, que notaba cómo se iba desligando, volvió a caer en sus ignorantes reacciones y dudas de otros tiempos. Desde que le venía confesando en sus horas íntimas, siempre o casi siempre jugaba a golpe seguro, ganaba mucho, ayudada en buena parte por su propia suerte. Hoy, en cambio, se daba perfecta cuenta de que se negaba a contestarle, temía incluso que le mintiera dándole informes falsos; y, sea porque cambiara el signo de la suerte, bien porque, en efecto, divirtiera a Saccard, eso de lanzarla sobre una pista falsa, el caso es que la baronesa perdió, siguiendo uno de sus consejos. Su fe se vio desquiciada. Si la despistaba de aquella manera, ¿quién la guiaría ahora? Y lo peor era que, la agitación en la Bolsa, aquel movimiento de hostilidad, al principio tan ligero, aumentaba de día en día con el Universal. No se trataba aún más que de simples rumores, no se formulaba nada preciso, ningún hecho empañaba la solidez de la casa. Dejábase entender únicamente que algo debía haber, que el gusano había penetrado en el fruto. Lo que no impedía por otra parte que se acentuara enormemente el alza de los títulos.

A raíz de una operación fallida, referente a fondos italianos, la baronesa, decididamente inquieta, decidió acercarse a la redacción de La Esperanza, para intentar hacer hablar a Jantrou.

—Vamos a ver, ¿qué está ocurriendo?, usted tiene que saberlo… Ahora mismo, el Universal acaba de subir veinte francos más, y sin embargo corría un rumor, nadie ha sabido decirme en qué consistía, algo en fin, que no presagiaba nada bueno.

Pero Jantrou se hallaba tan perplejo como ella. Situado como estaba en la fuente misma de los dimes y diretes, fabricándolos él mismo caso necesario, se comparaba irónicamente a un relojero, que vive rodeado de centenares de relojes y que jamás sabe la hora exacta. Gracias a su agencia de publicidad, si bien era cierto que estaba en todas las confidencias, había dejado en cambio de tener para sí mismo una opinión fundamentada y sólida, ya que sus informes se contrarrestaban y se destruían entre sí.

—No sé nada, nada absolutamente.

— ¡Oh!, lo que no quiere usted es decírmelo.

—No, no sé nada, ¡palabra de honor! ¡Y yo que me proponía ir a saludarla para preguntarle! ¿Acaso Saccard no la favorece ya con su gentileza?

Esbozó ella entonces un gesto, que no hizo más que confirmar lo que ya había adivinado: el fin de un enlace por cansancio mutuo, la mujer fastidiosa, el amante, enfriado de por sí, no dispuesto ya a soltar prenda. Lamentó por unos instantes, no haber jugado el papel de hombre bien informado, para cobrarse en fin, como él mismo decía, en aquella pequeña Ladricourt cuyo padre le recibiera a puntapiés. Pero presentía que su hora no había llegado aún; y seguía mirándola, mientras reflexionaba en voz alta.

—Sí, resulta enojoso; yo que había pensado en usted. Porque, ¿no le parece?, si tiene que ocurrir alguna catástrofe, habría que estar prevenido, para poder dar marcha atrás… ¡Oh!, no creo sin embargo que la cosa apremie; la situación todavía parece sólida. Sólo que, se observan cosas tan extrañas…

A medida que se expresaba así, sin dejar de mirarla, todo un plan germinaba en su cerebro.

—Escúcheme —añadió bruscamente—, puesto que Saccard la abandona, debería usted ponerse a bien con Gundermann. Ella quedó sorprendida por unos momentos.

—Y, ¿por qué Gundermann?… Le conozco algo, tuve ocasión de hablarle en casa de los de Roiville y en casa de los Keller.

—Si le conoce, tanto mejor… Vaya a verle con un pretexto cualquiera, hable con él, trate de ser su amiga… Fuerce un poco la imaginación: ¡ser la amiga cordial de Gundermann, gobernar el mundo!

Y todo era hacer bromas por su parte, a través de imágenes licenciosas que evocaba con una serie de gestos, pues la frialdad del judío, de todos conocida, nada sería más complicado ni difícil que llegar a seducirlo. La baronesa, habiendo comprendido, esbozó una muda sonrisa, sin mostrar enfado.

—Pero —volvió a repetir—, ¿por qué Gundermann?

Y le explicó entonces a la baronesa, cómo, sin duda alguna, este último figuraba a la cabeza del grupo de jugadores a la baja que empezaba a maniobrar contra el Universal. Eso sí le constaba, y tenía en su mano la prueba. Puesto que Saccard no se comportaba correctamente, ¿no aconsejaba la más elemental prudencia, ponerse a bien con su adversario, sin romper abiertamente con él? De ese modo, resultaría posible tener un pie en cada campo, y estaría segura de hallarse, el día de la batalla, en compañía del vencedor: Y, esa traición la proponía con gesto amable, simplemente como hombre habituado a dar buenos consejos. Si una mujer trabajaba para él, dormiría bien tranquilo.

— ¿Qué?, ¿no le parece?, vayamos unidos… Nos prevendremos mutuamente, nos comunicaremos todo cuanto sepamos.

Y como en un momento dado, él la cogiera la mano, ella la retiró con movimiento instintivo, imaginándose otra cosa.

—No, está usted en un error, ni siquiera se me ocurrió pensar en ello, puesto que somos camaradas… Más adelante, usted es la que sabrá recompensarme.

Riéndose, la baronesa le abandonó su mano, que él besó. Ya no le despreciaba; olvidando lo bellaco que había sido, sin verle desde entonces en el ambiente de crápula donde llegara a caer, su rostro ajado, con su hermosa barba que envenenaba el ajenjo, su levita nueva salpicada de manchas, su reluciente sombrero lleno de rasguños producidos por el roce con el yeso de cualquier inmunda escalera.

Al día siguiente la baronesa de Sandorff se trasladaba a casa de Gundermann. Éste, en cuanto los títulos del Universal alcanzaron el cambio de dos mil francos, llevaba a cabo toda una campaña a la baja, con la mayor discreción, sin aparecer jamás por la Bolsa ni tener allí siquiera representante oficial alguno. Su razonamiento le llevaba a considerar que, una acción, empieza por valer su precio de emisión después del interés que la misma pueda reportar, y que depende, naturalmente, de la prosperidad de la casa, así como del éxito de sus empresas. Existe pues un valor máximo que razonablemente no debe rebasar; y, desde el momento en que lo rebasa, como consecuencia de una excesiva admiración por parte del público, el alza es ficticia, y la prudencia aconseja situarse a la baja, con la certidumbre de que acabará produciéndose. Debido, pues, a esta convicción que le llevaba a creer en la lógica de un modo rotundo, no dejaba de estar sorprendido por las rápidas conquistas de Saccard, por aquella potencia tan pronto surgida, de la que la banca judía empezaba a asustarse. Convenía abatir lo más pronto posible, a tan peligroso rival, no sólo para recuperar los ocho millones perdidos al día siguiente de Sadowa, sino, sobre todo, para no tener que compartir la soberanía del mercado con aquel terrible aventurero, cuyas temeridades parecían tener éxito, contra todo lo que pudiera indicar el sentido común, como por milagro. Y Gundermann, lleno de desprecio para con el apasionamiento, exageraba aún su flema de jugador matemático, con la fría obstinación del hombre de números, vendiendo siempre a pesar de la continuidad del alza, perdiendo en cada liquidación sumas cada vez más considerables, con la sosegada seguridad del hombre prudente que se limita simplemente a colocar su dinero en la caja de ahorros.

Cuando la baronesa pudo entrar por fin, en medio del ajetreo de empleados y corredores existente, de la granizada de documentos a firmar y despachos

que leer, encontró al banquero con un catarro terrible que le arrancaba la garganta. Estaba allí sin embargo, desde las seis de la mañana, tosiendo y escupiendo, rendido de fatiga, entero a pesar de todo. Aquel día, en vísperas de ser lanzado un empréstito extranjero, la amplia sala hallábase invadida por una oleada de visitantes, más acuciosa aún que los demás días, que recibían de prisa y corriendo dos de sus hijos y uno de los yernos; en tanto que, por el suelo, al lado de la reducida mesa que había reservado para sí mismo en el fondo, en el dintel de la ventana, dos niñitas y un chiquito, se disputaban con agudos chillidos una muñeca a la que ya habían arrancado un brazo y una pierna.

Inmediatamente, la baronesa expuso su pretexto.

—Señor, he querido arrostrar en persona la audacia de mi importunidad… Es para una rifa de beneficencia…

No la dejó acabar, era un hombre extremadamente caritativo, y aceptaba siempre dos billetes, sobre todo cuando las propias señoras conocidas por él en fiestas o recepciones, se tomaban la molestia de llevárselos personalmente.

Tuvo que excusarse, por haberle traído un empleado, en aquel momento, el expediente relativo a un asunto. Cifras enormes salieron en seguida a relucir.

— ¿Cincuenta y dos millones, dice usted? ¿Y el crédito era?

—De sesenta millones, señor.

—Pues bien, elévelo a setenta y cinco millones.

Volvía de nuevo su atención hacia la baronesa, cuando una palabra cogida al vuelo de una conversación que sostenía su yerno con un corredor, le hizo acercarse precipitadamente.

— ¡En absoluto! Al cambio de quinientos ochenta y siete cincuenta, resultan diez sueldos menos por acción.

— ¡Oh!, señor —dijo humildemente el corredor—, ¡por cuarenta y tres francos que resultarían de menos en la operación!

— ¡Cómo!, ¿cuarenta y tres francos?, pero ¡si eso es una barbaridad! ¿Se cree usted acaso que yo robo el dinero? A cada uno lo suyo, ¡no conozco más regla que ésa!

Para poder conversar más tranquilos, decidió finalmente llevarse a la baronesa al comedor, donde ya estaba puesta la mesa. No se llamaba desde luego a engaño respecto de lo de la rifa de beneficencia, pues sabía los lazos que la unían a Saccard, gracias a una policía muy cumplida que le informaba sobre el particular, y sospechaba con fundamento que algún interés grave la había impelido a dar aquel paso. Pero, no por ello se molestó.

—Ande, explíqueme ahora lo que tenga que decirme.

Ella simuló entonces quedar sorprendida.

—Nada tenía que decirle, sino darle simplemente las gracias por su generosidad.

— ¿Así pues, no traía usted ningún encargo para mí?

Y pareció sentirse frustrado, como si por unos momentos hubiera creído que venía con alguna misión secreta de Saccard, con alguna invención de aquel loco.

Ahora que se hallaban solos, ella le miraba sonriente, con su aire apasionado y al propio tiempo engañador, que tan inútilmente excitaba a los hombres.

—No, no, nada tengo que decirle; pese a lo cual y puesto que tan bondadoso se muestra, más bien tendría algo que pedirle.

Se había ido reclinando hacia él, y le rozaba las rodillas con sus enguantadas manos. Y empezó a confesársele, contando su deplorable matrimonio con un extranjero que nada había comprendido de su idiosincrasia, ni de sus necesidades; explicándole después cómo había tenido que cobijarse en el juego para no descender en su posición social. Le habló en fin de su soledad, de la necesidad en que se hallaba de ser aconsejada, dirigida en aquel amedrentador terreno de la Bolsa, donde tan caro resultaba cualquier paso en falso que se llegue a dar.

—Pero —se interrumpió Gundermann—, yo creí que contaba ya con alguien.

— ¡Oh!, ¡alguien, alguien! —murmuró ella entonces con un gesto de profundo desprecio—. No, no, ése no es nadie, en verdad que no tengo a nadie… Es con usted que quería contar, el amo, el dios. Y estimo que no le costaría gran cosa ser mi amigo, decirme una palabra, nada más que alguna palabra de tarde en tarde. Si supiera lo feliz que me haría y cuánto iba a agradecérselo, ¡oh!, con todo mi ser.

Seguía acercándosele, envolviéndole con su tibio aliento, con el fino y potente olor que exhalaba todo su ser. Pero él seguía tan tranquilo, sin retroceder siquiera, con la carne como muerta, sin ningún incentivo que reprimir. Mientras hablaba ella, Gundermann, cuyo estómago estaba igualmente echado a perder y que sólo toleraba la leche, iba cogiendo, uno a uno, de un frutero que había encima de la mesa, granos de uva que se comía con gesto maquinal; único desenfreno que se permitía a veces, en sus momentos agudos de sensualidad, expuesto a pagar el exceso con largos días de sufrimiento.

Rióse Gundermann socarronamente, como hombre que se sabe invencible, cuando, en un momento dado, la baronesa, con gesto distraído y siguiendo en su ardiente súplica, le puso por fin su tentadora manita sobre la rodilla, manejando hábilmente sus dedos devoradores, sueltos y flexibles cual culebras. Cogió él entonces dulcemente aquella mano y la apartó de sí, al tiempo que le daba las gracias con un signo de cabeza, lo mismo que suele hacerse con un regalo inútil que se rechaza. Y, sin perder más su tiempo, yendo derecho al bulto exclamó:

—Vamos a ver, me resulta usted extremadamente amable y quisiera por mi parte complacerla… Hermosa amiga mía, el día en que se vea capaz de traerme un buen consejo, me comprometo desde ahora a compensárselo con otro. Venga a decirme lo que se hace, y yo le diré entonces lo que me propongo hacer… Trato hecho, ¿no le parece?

Gundermann se había levantado, y ella hubo de seguirle hasta la espaciosa sala vecina adonde la acompañó. Había comprendido perfectamente el trato que él le había propuesto: el espionaje, la traición. No quiso sin embargo darle una inmediata respuesta, y simuló para ello interesarse de nuevo en su rifa de beneficencia; mientras él, con su movimiento de cabeza burlesco, parecía añadir a sus corteses palabras, que él por su parte, ninguna necesidad tenía de ser ayudado, que el desenlace lógico, fatal, llegaría en todo caso, aunque quizás algo más tarde. Y cuando la baronesa hubo al fin partido, ya estaba él ocupado de nuevo en otros asuntos, en el extraordinario tumulto de aquel mercado de capitales, en medio de un continuo desfile de gentes relacionadas con la Bolsa, de la galopada de sus empleados, de los juegos de sus nietos que acababan de arrancar la cabeza de la muñeca, con gritos de triunfo. Se había sentado a su estrecha mesa, y quedó como sumido en el estudio de una súbita idea, cesando de oír automáticamente cuanto ocurría a su alrededor.

En dos ocasiones, la baronesa de Sandorff volvió por la redacción de La Esperanza, para dar cuenta a Jantrou de su gestión, aunque sin haberle encontrado. Por fin, la introdujo Dejoie, un día en que su hija Natalia conversaba con la señora Jordan, sentadas ambas en una banqueta del corredor. Caía desde la víspera una lluvia diluviana; y, debido a ese tiempo húmedo y gris, el entresuelo del viejo hotel, en el fondo del oscurecido sumidero del patio, resultaba de una melancolía espantosa. Ardía el gas con una media luz cenagosa. Marcela, que, al acecho, esperaba a Jordan para poder hacer a Busch una nueva entrega a cuenta, escuchaba con aire triste a Natalia, charlando como una cotorra vanidosa, con su voz seca y agudos gestos de muchachuela de París crecida demasiado pronto.

—Compréndalo, señora, papá no quiere vender… Hay alguien que le impulsa a vender, tratando de infundirle miedo. No quiero decir de quién se trata, porque su misión, desde luego, no es precisamente la de asustar a la

gente… Soy yo, ahora, quien impide que papá venda… ¡Menuda tontería vender, cuando la cosa sigue subiendo! Precisaría ser necio del todo, ¿no es eso?

— ¡Por supuesto! —respondió simplemente Marcela.

—Como usted sabe, estamos ya a dos mil quinientos —continuó diciendo Natalia—. Soy yo quien se ocupa de las cuentas, pues papá apenas sabe escribir… Así pues, con nuestras ocho acciones, esa inversión nos produce ya veinte mil francos. ¿Eh?, ¡qué hermosura!… Al principio, papá quería parar al llegar a los mil ochocientos, porque esa cifra satisfacía sus cálculos: seis mil francos para mi dote, y doce mil para él, una rentita de seiscientos francos, que se tendría bien ganada con todas las emociones sufridas… Pero es una suerte, ¿verdad?, el que no haya vendido, puesto que ahora se encuentra con dos mil francos más… Y en este momento queremos superar esa cantidad, aspiramos a una renta de, por lo menos, mil francos. Y la tendremos desde luego; el señor Saccard, bien nos lo ha asegurado… ¡Qué persona tan amable es el señor Saccard!

Marcela no pudo evitar sonreírse.

— ¿Por lo visto ya no se casa usted?

—Sí, sí, cuando esto haya acabado de subir… Todos apremiaban alrededor del asunto, el padre de Teodoro sobre todo, por razón de su comercio. Pero ¿qué quiere usted?, no se puede obstruir la fuente, cuando el dinero fluye. ¡Oh!, por lo que se refiere a Teodoro se hace perfecto cargo, comprendiendo que si papá dispone de más renta, eso supone un mayor capital que un día revertirá a nosotros. ¡Qué caramba!, es de tener en cuenta… Y aquí nos tiene usted a todos esperando. Contamos desde hace meses con los seis mil francos, y podríamos por consiguiente casarnos; pero preferimos aguardar… ¿Acostumbra usted a leer los artículos sobre las acciones?

Y, sin esperar la contestación añadió:

—Yo sí, los leo por la noche. Papá me trae los periódicos… Al llegar esa hora él ya los ha leído, pero necesita que se los vuelva a leer… Nunca se cansaría uno, resulta tan hermoso todo cuanto prometen. Cuando me meto en la cama, tengo la cabeza llena, y me paso la noche soñando. También me dice papá que él ve cosas que constituyen a su juicio una buena señal. Anteayer tuvimos el mismo sueño, monedas de cien sueldos que recogíamos en la calle con una pala. Es algo muy divertido.

Y se interrumpió de nuevo en sus reflexiones, para preguntar:

— ¿Cuántas acciones tiene usted?

— ¡Ni una! —respondió Marcela.

La rubia carita de Natalia, con sus pálidos y revueltos mechones, adoptó un gesto de inmensa conmiseración. ¡Ah!, ¡pobres gentes las que carecían de acciones! Y, habiéndola llamado su padre para encargarla que llevase un paquete de pruebas a un redactor, cuando regresara a Batignolles, la muchacha se fue seguidamente, dándose una graciosa importancia de capitalista, que, casi todos los días, ahora, se llegaba hasta el periódico para conocer antes las cotizaciones de Bolsa.

Sola ya en la banqueta, Marcela volvió a quedar sumida en una melancólica meditación, ella que tan alegre y decidida era, por lo general. ¡Dios mío!, ¡qué oscuro y triste estaba el ambiente!, ¡y su pobre marido que corría por esas calles de Dios, entre aquel diluvio! Sentía el pobre tanto desprecio por el dinero, tal malestar ante la sola idea de tener que prestarle atención, que llegaba a costarle un gran esfuerzo pedirlo, incluso a quienes se lo debían. Y, absorta, sin oír nada ni a nadie, revivía mentalmente aquella jornada tan mala y triste, desde el momento en que se despertó; a su alrededor mientras tanto, tenía lugar el febril trabajo del periódico, el galopar de los redactores, el vaivén de los manuscritos; todo ello en medio de los acostumbrados portazos y golpes de campanilla.

Empezaron las tribulaciones a las nueve de la mañana, cuando Jordan acababa de marcharse para hacer un reportaje completo sobre un accidente del que debía dar cuenta. Marcela, que apenas si había tenido tiempo de lavarse la cara, aún en camisola, sufrió el estupor de ver cómo se dejaba caer por su casa Busch, acompañado de otros dos individuos, de sucia vestimenta, quizás alguaciles, acaso bandidos, extremo éste que nunca llegó a saber con precisión. Este abominable Busch, abusando sin duda al no encontrar allí más que una mujer, manifestó que se lo llevarían todo si no pagaba. Por no tener conocimiento alguno en lo referente a formalidades legales le costó trabajo entenderse con ellos: referíase el Busch a la aplicación del edicto, a la significación del procedimiento; haciéndolo además con tal énfasis, que ella se veía perdida, acabando por creer en la posibilidad de todo lo que le contaban, aun sin saber de qué se trataba. Manteníase firme sin embargo, no se rendía, todo era explicar por su parte que su marido no regresaría ni siquiera para almorzar, y que ella no dejaría tocar nada, sin que él se hallara presente. Y entonces fue cuando, entre los tres asquerosos personajes y aquella joven a medio vestir, con los cabellos sueltos sobre los hombros, había dado comienzo la más penosa de las escenas; poniéndose ellos a inventariar ya los objetos, cerrando ella por su parte los armarios, colocándose precipitadamente delante de la puerta, como para impedirles que sacaran nada. ¡Su pobre vivienda de la que tan orgullosa estaba, sus cuatro muebles que ella se encargaba de hacer relucir, la cortina de andrinópolis de la alcoba que ella misma había colgado! Tal y como lo pregonaba a gritos con bravura guerrera, sería preciso que pasaran por encima de su cuerpo; y se hartaba de tratar a Busch de canalla y

ladrón: ¡sí!, un auténtico ladrón a quien no avergonzaba reclamar setecientos francos con quince céntimos, sin contar las nuevas costas, por un crédito de trescientos francos, un crédito adquirido por él pagando sólo cien sueldos, al peso, entre un montón de hierros y trapos viejos. Y decir que, en sucesivas entregas, tenían ya entregados cuatrocientos francos, y que ese ladrón le estaba hablando de llevarse ahora sus muebles, en pago de trescientos y pico de francos que se emperraba en seguir robando. Sabía perfectamente aquel sujeto que ellos eran personas de buena fe, que le habrían pagado en el acto si hubieran tenido la suma. Y se aprovechaba de que estaba sola, incapaz de responder, ignorante del procedimiento, para acobardarla y hacerla llorar. ¡Canalla!, ¡ladrón!, ¡ladrón! Furioso, Busch gritaba más fuerte que ella, golpeándose violentamente el pecho: ¿no podía considerarse acaso como un hombre honrado?, ¿no había pagado el crédito con dinero contante y sonante? Estaba en regla con la ley; quería terminar de una vez. Sin embargo, cuando uno de aquellos dos andrajosos tipos se disponía a abrir los cajones de la cómoda, en busca de la ropa blanca, adoptó ella una actitud tan terrible, amenazando con alborotar la casa e incluso la calle, que el judío parecía haberse ablandado algo. Finalmente, después de una media hora de tensa y baja discusión, había consentido en esperar hasta el día siguiente, con el juramento rabioso de que entonces se lo llevaría todo, si ella faltaba a su palabra. ¡Oh!, qué vergüenza tan abrasadora que todavía no lograba alejar de su mente; aquellos hombres tan viles metidos en su casa, hiriendo todas sus ternuras, todos sus pudores, registrando hasta el lecho, apestando su alcoba tan llena de felicidad, y en la que, antes de marcharse, había tenido que dejar la ventana abierta de par en par.

Pero otra pena más profunda esperaba a Marcela, aquel mismo día. Se le ocurrió ir en seguida a casa de sus padres, para pedirles prestada la suma: de esa manera, cuando su marido volviese por la noche, ya no tendría necesidad de desesperarle, sino más bien motivo para hacerle reír con la escena de la mañana. Veíase ya contándole la magna batalla, el feroz asalto perpetrado en su hogar, y la forma heroica en que había rechazado el ataque. Al entrar en el hotelito de la calle de Legendre, el corazón le latía a toda prisa; aquella casa propia de gente rica, en la que había crecido, le produjo al entrar la impresión de que allí no hallaría más que gente extraña; hasta tal punto le parecía otra, glacial. Como en aquellos momentos sus padres se sentaban a la mesa, aceptó almorzar con ellos, para predisponerlos mejor en favor suyo. Todo el tiempo que duró la comida, la conversación había versado sobre el alza de las acciones del Universal y respecto de las cuales, incluso la víspera, había subido el cambio en veinte francos; y Marcela se mostraba asombrada viendo a su madre, más enardecida, más áspera aún que su padre, ella que al principio, se echaba a temblar ante la sola idea de la especulación: ahora en cambio, con una violencia de mujer conquistada por la causa, era quien

censuraba al marido su timidez, apasionada como se sentía por los grandes golpes de la suerte. Desde los entremeses, estaba fuera de sus casillas, indignada de que él hablase de vender sus setenta y cinco acciones, lo que habría venido a representarles ciento ochenta y nueve mil francos; una bonita ganancia, al cambio inesperado de dos mil quinientos veinte francos, lo que habría hecho ciento ochenta y nueve mil francos; más de cien mil francos sobre el precio de compra. ¡Vender, cuando La Cote financière, prometía el cambio de tres mil francos!, ¿estaría volviéndose loco? Ya que, en fin, La Cote financière, de todos era conocida por su arraigada honradez; él mismo solía repetir con frecuencia que teniendo la información de ese periódico, podía uno dormirse tranquilo. ¡Ah! no, en absoluto, ¡ella no estaba dispuesta a dejarle vender!, ¡antes vendería el hotel para comprar más acciones aún! Y a todo esto Marcela, silenciosa, con el corazón oprimido al oír exhalar apasionadamente cifras de tanta envergadura, trataba de encontrar la fórmula que le permitiera atreverse a solicitar un préstamo de quinientos francos, en aquella casa invadida por el juego, donde había visto crecer poco a poco la oleada de periódicos financieros, que hoy ya la tenían sumergida en el sueño embriagador de su publicidad. Por fin, a los postres, acabó por aventurarse: necesitaban quinientos francos, iban a embargarles, sus padres no podían dejarles abandonados en medio de aquel desastre. En cuanto la hubo oído, el padre bajó inmediatamente la cabeza, no sin antes mirar de reojo y con cierto embarazo a su mujer. Pero ya en aquel momento la madre rehusaba el favor con voz clara y terminante. ¡Quinientos francos!, ¿de dónde quería que los sacase? Todos sus capitales estaban comprometidos en distintas operaciones; aparte de lo cual, fueron sacadas a relucir antiguas diatribas: desde el momento en que se había casado con un muerto de hambre, un hombre que escribía libros, tenía que aceptar las consecuencias de su estupidez, sin tratar de que recayeran las cargas sobre los suyos. ¡No!, ella no disponía de un solo sueldo para holgazanes como aquél, que, con su hermoso aunque afectado desprecio por el dinero, no sueñan más que en comerse el de los otros. Y había dejado marchar a su hija, que se fue desesperada, como es natural, con el corazón sangrando al no reconocer en aquella persona a su madre, tan buena y razonable en otro tiempo.

En la calle, Marcela había caminado inconsciente, con la cabeza siempre baja, como si fuera a encontrar el dinero por el suelo. Tuvo luego la repentina idea de dirigirse al tío Chave; e inmediatamente, sin pensarlo más se presentó en los discretos bajos de la calle Nollet, para dar con él antes de que abrieran la Bolsa. Al llegar allí escuchó cuchicheos, risitas de muchachas. Sin embargo, al abrir la puerta percibió al capitán solo, fumando su pipa; parecía estar desolado, furioso consigo mismo, gritando que jamás había conseguido contar con cien francos de más, que, día por día, se comía sus pequeñas ganancias de Bolsa como puerco asqueroso que era. Al enterarse de la negativa de los

Maugendre, empezaron en seguida las imprecaciones contra ellos, tratándoles de sujetos viles, a quienes no había vuelto a ver más, desde que el alza de sus cuatro acciones les volvía locos. ¿Pues no se había atrevido su hermana la semana anterior a tratarle de avaro, como ridiculizando lo prudente de su juego, porque le aconsejaba amistosamente que vendiera? ¡Ésa sí que no me merecerá compasión alguna el día en que se estrelle!

Y Marcela, de nuevo en la calle, con las manos vacías, hubo de resignarse a regresar al periódico, para advertir a su marido de cuanto había sucedido aquella mañana. Se hacía preciso de todo punto pagar a Busch. Jordan, cuyo libro aún no había sido aceptado por ningún editor, acababa de lanzarse a la caza del dinero, a través del fangoso París en aquella jornada de lluvia, sin saber a qué puerta llamar, visitando algunos amigos, yendo a las redacciones de diversos periódicos donde escribía, al azar del hallazgo. Y aunque había suplicado a su mujer que regresara a casa, era tal la ansiedad que la agobiaba, que había preferido permanecer allí, sentada en aquella banqueta y a la espera.

Después de marcharse su hija, cuando la vio sola, Dejoie le trajo un periódico.

—Si la señora quiere leer un rato para soportar mejor su impaciencia.

Pero ella rehusó con un gesto, y como en aquel momento llegara Saccard, procuró armarse de valor, y le explicó jovialmente que había enviado a su marido para que realizase en el barrio una gestión enojosa de la que había querido desembarazarse. Saccard, que sentía afecto por el joven matrimonio, como él les llamaba, puso especial empeño en que Marcela regresara a su casa para esperar allí al marido tranquilamente. Pero ella insistió en quedarse, diciendo que se encontraba bien allí. Él entonces dejó de insistir ante la súbita sorpresa de encontrarse cara a cara con la baronesa de Sandorff, que salía del despacho de Jantrou. Por lo demás, se sonrieron con aire de amable inteligencia, como personas que cambian entre sí un simple saludo, para no llamar la atención.

En la conversación que tuvieron, Jantrou acababa de decir a la baronesa que no se atrevía en absoluto a darla consejo. Su perplejidad iba en aumento ante la solidez del Universal, pese a los crecientes esfuerzos de los jugadores a la baja: indudablemente Gundermann conseguiría desbaratarlo, pero Saccard podía durar bastante tiempo, y quizás se podría ganar aún mucho con él. La había decidido, pues, a contemporizar, a aprovecharse de los dos. Lo mejor era tratar de tener siempre los secretos del uno, mostrándose amable, para conservarlos y sacar provecho, o bien vendérselos al otro, según pudiera interesar. Y todo ello sin conjuraciones o maquinaciones tenebrosas, arreglado por él en tono placentero, mientras ella le prometía sonriendo tenerle como parte en el negocio.

—Resulta, por lo que veo, que siempre está enfrascada con usted, ¿es que acaso le llegó el turno? —dijo Saccard con su brutalidad de costumbre, entrando en el despacho de Jantrou. Éste por su parte, simuló el mayor de los asombros.

— ¿Quién quiere usted decir?… ¡Ah, la baronesa!… Pero, mi querido jefe, si es a usted a quien adora. Hace un instante me lo estaba diciendo.

Con el ademán propio del hombre al que no se engaña fácilmente, el viejo corsario le había parado en seco. Y se puso a contemplarle, en su escandalosa decrepitud, que, si ella había cedido a la curiosidad de saber cómo estaba formado Sabatani, bien podía haber querido saborear el vicio de aquel ser en ruinas.

—No trate de defenderse, querido. Cuando una mujer se dedica al juego, sería capaz de entregarse al corredor de la esquina que le facilitase una orden.

Jantrou se sintió muy herido, aunque se contentó con reír, obstinándose en explicar la presencia de la baronesa en su despacho, que había venido, según él, para una cuestión de publicidad.

Por lo demás, Saccard, con un encogimiento de hombros, había dejado de lado aquel asunto «mujer», carente de interés. De pie, yendo y viniendo de un lado a otro, plantándose ante la ventana para ver caer la eterna lluvia gris, exhalaba su enervado gozo. Sí, el Universal, ¡aún había subido veinte francos la víspera! Pero ¿cómo diablos se concebía que los vendedores se cebaran de aquel modo?, pues el alza hubiera llegado hasta los treinta francos, de no haber sido por un paquete de títulos que cayó sobre el mercado desde primera hora. Lo que él ignoraba, naturalmente, es que la señora Carolina había vendido de nuevo mil de sus acciones, luchando por ella misma contra aquella alza irracional, y en cumplimiento de las órdenes que su hermano le había dejado al respecto. Saccard no podía quejarse en verdad, ante aquel éxito creciente; y sin embargo estaba nervioso aquel día, poseído de un temblor interno, producto de un serio temor y de la misma cólera. Proclamaba a gritos que aquellos asquerosos judíos habían jurado su pérdida y que ese canalla de Gundermann acababa de ponerse a la cabeza de un sindicato de bajistas, para aplastarle. Así se lo habían asegurado en la Bolsa, donde se hablaba de una suma de trescientos millones, destinada por el sindicato a sostener la baja. ¡Ah!, ¡los bandidos! Y lo que no repetía en voz alta, eran los demás rumores que corrían, más limpios y transparentes cada vez; rumores impugnando la solidez del Universal, alegando ya hechos concretos, síntomas de próximas dificultades, aunque todavía no hubieran conseguido, también es verdad, quebrantar en lo más mínimo la ciega confianza del público.

De pronto se abrió la puerta, y entró Huret, con su aire de hombre sencillo.

— ¡Ah!, vaya, ¡aquí tenemos a Judas! —dijo Saccard.

Huret, sabiendo que Rougon iba decididamente a abandonar a su hermano, procuró ponerse a bien con el ministro; pues tenía la convicción de que, cuando Saccard tuviera a Rougon frente a sí, la catástrofe se haría inevitable. Para obtener su perdón se incorporó otra vez a la servidumbre del gran hombre, haciéndole de nuevo sus recados, arriesgando con ello los malos tratos de palabra que pudiera recibir de este último e incluso puntapiés en el trasero.

—Judas —repitió el aludido con la fina sonrisa que a veces iluminaba su grueso rostro de campesino—, pero, en todo caso, un Judas francote que viene a facilitarle desinteresadamente al amo a quien traicionó, un aviso que puede convenirle.

Pero entonces, Saccard, como si no quisiera oírle, gritó simplemente y sólo con vistas a afirmar su triunfo:

— ¿Qué le parece?, ayer, dos mil quinientos veinte; hoy, dos mil quinientos veinticinco.

—Estoy enterado, acabo de vender ahora mismo.

Repentinamente, la cólera que Saccard procuraba ocultar con su actitud bromística, salió a la superficie en forma de estallido.

— ¿Cómo dice?, ¿que ha vendido usted?… ¡Ah!, ¡entonces tenemos el completo! ¡Me abandona por Rougon y se pone del lado de Gundermann!

El diputado le contemplaba embobado.

— ¿Con Gundermann?, ¿por qué?… Me alío con mis intereses, ¡oh!, ¡ésa es la pura y simple verdad! Como usted sabe, no soy ningún temerario. No, confieso que no tengo tanto estómago; prefiero realizar en seguida, en cuanto observo la posibilidad de un pingüe beneficio. Quizás sea por eso que nunca he perdido.

Y se puso de nuevo a sonreír, como normando prudente y avisado que, sin fiebre ni precipitaciones, almacena su cosecha.

— ¡Un administrador de la sociedad! —continuaba diciendo Saccard en tono violento—. Pero ¿quién quiere usted que tenga confianza?, ¿qué cabe pensar, lógicamente, si le ven vender de ese modo, en pleno movimiento de alza? ¡Qué caramba!, así ya no me extraña que se propale que nuestra prosperidad es ficticia y que el día del revolcón lo tenemos próximo… Esos señores venden, pues vendamos todos. ¡Esto es el pánico!

Huret, silencioso, esbozó un vago gesto. En el fondo, aquellas consideraciones le tenían sin cuidado; su negocio ya estaba hecho. Sólo tenía

por el momento que cumplimentar la misión que Rougon le había encargado realizase lo más limpiamente posible, sin que le preocupara mucho.

—Le estaba diciendo, querido, que vine para notificarle un aviso desinteresado… Y aquí lo tiene. Sea cuerdo, su hermano está furioso, y le abandonará abiertamente, si se deja usted vencer.

Saccard, refrenando su cólera, se quedó sin chistar.

— ¿Y es él mismo quien le envía para decirme todo eso? Después de unos instantes de vacilación, el diputado estimó preferible confesarlo todo.

—Pues bien, sí, él ha sido… ¡Oh!, y no se imagine que los ataques de La Esperanza, tienen algo que ver con su irritación… Se considera muy por encima de esas heridas de amor propio… ¡No!, pero, la verdad sea dicha, piense usted en lo mucho que tiene que importunar a su política actual la campaña católica de su diario. Desde que surgieron las desdichadas complicaciones de Roma, tiene a todo el clero de espaldas, e incluso acaba de verse obligado a hacer que condenaran a un obispo como autor de un delito de abusos… Y para atacarle, ha ido usted a escoger precisamente el momento en que está realizando los mayores esfuerzos posibles para no dejarse desbordar por la evolución liberal, nacida de las reformas del 19 de enero, que ha consentido en aplicar, como se dice, con el único deseo de encauzarlas prudentemente… Vamos a ver, se trata de su hermano, ¿cree usted que tiene motivos para estar contento?

—En efecto —respondió Saccard en son de guasa—, constituye una villanía por mi parte… Ahí tienen a ese pobre hermano, que, en su irrefrenable ansia de seguir siendo ministro, gobierna al amparo de principios que combatía ayer, y que se acoge a mí porque ya no sabe cómo aguantar el equilibrio, entre la derecha, que muestra su contrariedad por haber sido traicionada, y el tercer estado, hambriento de poder. Ayer todavía, para calmar a los católicos, lanzaba su famoso «¡Jamás!»; juraba que jamás Francia dejaría que Italia arrebatase Roma al Papa. Hoy, en cambio, merced al terror que le inspiran los liberales, quisiera darles una prenda, y se digna pensar en degollarme para darles gusto… La semana anterior, Emilio Ollivier le sacudió enérgicamente en plena Cámara…

— ¡Oh! —interrumpió Huret—, el caso es que sigue contando con la confianza de las Tuileries, y el emperador le ha enviado una placa de diamantes.

Pero, con gesto enérgico, Saccard le contestó diciendo que él no se llamaba a engaño.

—El Universal, resulta ya demasiado potente, ¿no le parece? Un banco católico que amenaza invadir el mundo, conquistarlo valiéndose del dinero

como antiguamente se conquistaba por la ley, ¿es que eso puede tolerarse? Todos los librepensadores, todos los masones en trance de convertirse en ministros, notan que el frío se les mete en los huesos… Acaso estarán urdiendo con Gundermann la concesión de algún empréstito. ¿Qué sería de un gobierno si no se dejara devorar por esos puercos judíos?… Y mira por donde es el imbécil de mi hermano quien, por conservar el poder seis meses más, va a echarme como pasto a esos indecentes judíos, a los liberales, a toda esa gentuza en fin, con la esperanza de que de ese modo se le dejará algo tranquilo, mientras a mí me devoran… Pues bien, vuélvase y dígale que me río de él…

Y mientras hablaba así enderezaba su corta talla; su coraje ponía fin a su pretendida ironía, en un arrogante toque de corneta.

—Entiéndalo bien, ¡que me río de él! Ésa es mi respuesta y quiero que llegue a su conocimiento.

Huret se había encogido de hombros. Desde que en los asuntos entraba en juego el enfado, aquello no era lo suyo. Después de todo, él no hacía allí otra cosa que el papel de un comisionado.

— ¡Bueno, bueno!, se le dirá… Va a ser en su propio perjuicio. Pero, eso ya es cuenta suya.

Se impuso un silencio. Jantrou, que había permanecido en silencio, afectando estar dedicado por entero a la corrección de un montón de pruebas, levantó la vista para admirar a Saccard. ¡Estaba grandioso el muy bandido, en sus momentos de pasión! Esos canallas de genio triunfan a veces, en ese grado de inconsciencia, cuando la embriaguez del éxito les arrastra consigo. Y en aquellos momentos, Jantrou estaba a su lado, convencido de su suerte.

— ¡Ah!, se me olvidaba —continuó diciendo Huret—. Parece ser que Delcambre, el procurador general, le detesta… Y, lo que ignora usted aún, el emperador le nombró esta mañana ministro de Justicia.

Bruscamente, Saccard se detuvo. Y con el rostro ensombrecido dijo finalmente:

— ¡Por lo visto siguen suministrándose del mismo sucio género! ¡Ah! ¿Y de eso se han atrevido a hacer un ministro? ¿Qué quiere usted que a mí me importe?

— ¡Caramba! —repuso Huret, exagerando su aire bobalicón—, caso de ocurrirle alguna desgracia, como puede sucederle a todo el mundo en los negocios, su hermano quiere que nunca cuente con él, para defenderle contra Delcambre.

—Pero ¡por los clavos de Cristo! —vociferó Saccard—, ¡cuando le digo

que me río de toda la carnada, de Rougon, de Delcambre y de usted mismo por encima de todo!

Afortunadamente y en aquel mismo instante, entró Daigremont. Nunca iba por el periódico, constituyó una sorpresa para todos que puso repentino freno a las violencias. Muy correcto, se puso a dar apretones de mano, con una amabilidad lisonjera de hombre de mundo. Su mujer estaba organizando una velada, en la que pensaba cantar: y venía simplemente a invitar en persona a Jantrou, para contar con un buen artículo. Pero la presencia de Saccard, pareció entusiasmarle.

— ¿Cómo le va, gran hombre?

—Dígame, aún no habrá vendido, ¿verdad? —preguntó éste sin responder.

— ¿Vender?, ¡ah, no!, ¡todavía no! —Y su carcajada no pudo ser más sincera; era realmente un hombre de máxima solidez.

—En nuestra situación, ¡precisa no vender nunca! —exclamó Saccard.

— ¡Jamás!, eso mismo es lo que yo quería decir. Todos somos solidarios; y usted sabe que puede contar incondicionalmente conmigo.

Sus párpados habían oscilado, para disimular una mirada oblicua, mientras decía responder de los demás administradores, de Sédille, de Kolb, del marqués de Bohain, como de sí mismo. El negocio marchaba tan bien, que era realmente placentero estar todos de acuerdo, en el más extraordinario éxito registrado por la Bolsa desde hacía cincuenta años. Y tuvo una frase encantadora para cada uno de los allí presentes, insistiendo al irse en que contaba con ellos tres para la velada de que les había hablado. Mounier, el tenor de la Ópera, daría la réplica a su mujer. ¡Oh!, ¡sería de un efecto admirable!

—Entonces —preguntó Huret, marchándose a su vez—, ¿eso es todo lo que estima oportuno contestarme?

— ¡Perfectamente! —declaró Saccard, con su seca voz.

Y, siguiendo su costumbre, dejó que se marchara sin salir a despedirle. Luego, cuando se encontró solo con el director del periódico:

— ¡Esto significa la guerra, querido! ¡Se acabaron las componendas, golpee de firme a todos esos bribones!… ¡Ah!, ¡por fin voy a poder planear la batalla a mi gusto!

— ¡En todo caso, entraña una situación de tirantez! —terminó diciendo Jantrou, cuyas perplejidades empezaban de nuevo.

En el pasillo, sobre la banqueta, Marcela seguía esperando. Apenas si eran las cuatro, y Dejoie acababa ya de encender las lámparas, a tal punto se

precipitaba la oscuridad de la noche bajo el insulso y pertinaz chorreo de la lluvia. Cada vez que éste pasaba cerca de ella, encontraba alguna frasecita para distraerla. Por lo demás las idas y venidas de los redactores iban acentuándose, resonaban voces provenientes de la sala vecina; notábase en fin, todo un movimiento febril cada vez de mayor importancia, a medida que se hacía el periódico.

Levantando repentinamente la vista, Marcela percibió a Jordan frente a sí. Iba calado hasta los huesos, parecía anonadado, con ese estremecimiento en la boca, esa mirada un poco loca de las personas que corrieron durante mucho tiempo tras de alguna esperanza, sin llegar a alcanzarla. Ella había comprendido.

—Nada, ¿no es eso? —preguntó al marido palideciendo.

—Nada, querida, nada absolutamente… En ninguna parte, todo inútil…

Y ella entonces se limitó a exhalar un gemido muy débil, por el que sangraba todo su corazón.

— ¡Oh, Dios mío!

En aquel momento salía Saccard del despacho de Jantrou, y se extrañó al verla por allí aún.

—Cómo, señora, ¿el corredor de su marido no llegó hasta ahora? Por algo la decía yo que entrara en mi gabinete a esperarle.

Marcela le miró fijamente; sus grandes y desolados ojos, reflejaban en su mente una repentina idea. Ni siquiera se puso a reflexionar, sino que cediendo a ese bravo impulso que lanza a las mujeres en sus instantes de pasión, se atrevió a decir:

—Señor Saccard, tengo que pedirle algo… Si tuviera usted a bien que pasáramos un momento a su despacho.

—Pues, claro que sí, señora.

Jordan, que temía haber adivinado lo que tramaba su mujer, intentó retenerla. Le balbuceaba al oído, «¡no!», «¡no!», en forma entrecortada, con la angustia enfermiza en que le sumían siempre esas cuestiones de dinero. Marcela se había desprendido, y él no tuvo más remedio que seguirla.

—Señor Saccard —comenzó a decir ella desde el momento en que se hubo cerrado la puerta—, mi marido está danzando por ahí desde hace dos horas para encontrar quinientos francos, y no se atreve a pedírselos… Y ésa es la razón de que yo se los pida…

Y, con labia, dando rienda suelta a su inspiración y a sus ademanes de mujercita alegre y resuelta, explicó lo que le había ocurrido por la mañana, la

brutal entrada de Busch, la invasión de su alcoba por aquellos tres hombres, cómo había conseguido repeler el asalto, el compromiso que adquirió de pagar aquel mismo día. ¡Ah!, ¡el daño que producen esas llagas de dinero cuando se trata de gente modesta!, ¡cuántos dolores por la vergüenza y la impotencia, la vida siempre puesta en tela de juicio, sólo por unas miserables monedas de cien sueldos!

—De modo que Busch —repitió Saccard—: es ese viejo ratero de Busch quien les tiene entre sus garras…

Luego, con una gentileza encantadora, volviéndose hacia Jordan, que estaba silencioso, pálido y extremadamente violento, añadió:

—Pues bien, voy a adelantarles desde luego esos quinientos francos; debieron habérmelos pedido en seguida.

Se había sentado a la mesa para firmar un cheque, cuando de repente se detuvo como reflexionando. Recordaba la carta que había recibido, la visita que se proponía hacer y que iba aplazando de día en día, ante la repugnancia que le ocasionaba la sucia historia que presentía. ¿Por qué no ir inmediatamente a la calle Feydeau, aprovechando la ocasión, teniendo a mano un pretexto para hacerlo?

—Escúcheme, conozco a fondo al tunante ese… Será mejor que vaya a pagarle en persona para ver si de ese modo consigo recuperar sus pagarés a mitad de precio.

En aquel instante, los ojos de Marcela brillaban de gratitud.

— ¡Oh!, señor Saccard, ¡cuán bueno es usted!

Y dirigiéndose a su marido:

— ¡Estás viendo gran tonto cómo el señor Saccard no nos ha comido!

Y él entonces, saltando a su cuello la dio un fuerte beso, agradeciéndole de todo corazón que fuera más enérgica y acertada que él, frente a las dificultades de la vida que le paralizaban.

— ¡No!, ¡no! —dijo Saccard cuando el joven le estrechó finalmente la mano—, el placer es mío, viendo lo felices que son y lo mucho que se aman. ¡Váyanse tranquilos!

Su coche, que esperaba fuera, le llevó en dos minutos a la calle Feydeau, en el centro de aquel encenagado París, por entre los vaivenes de paraguas y las salpicaduras de los charcos. Pero, una vez en la puerta del piso, vieja, despintada y en la que aparecía un letrero diciendo: «Contencioso», hubo de hacer sonar la campanilla repetidas veces; nadie se movía en su interior. Y, vivamente contrariado, se retiraba ya, cuando tuvo la ocurrencia de golpear

violentamente con el puño. Oyéronse entonces pasos rezagados y apareció Segismundo.

— ¡Vaya!, ¿de modo que es usted?… Creí que se trataba de mi hermano que subía de nuevo por haber olvidado la llave. Yo, jamás atiendo a los toques de campanilla… ¡Oh!, no tardará en volver, puede usted esperar si quiere verle.

Con el mismo penoso y vacilante paso, se volvió, seguido del visitante, al cuarto que ocupaba, sobre la plaza de la Bolsa. Por aquellas alturas, aún era de día, pese a la bruma que, debido a la lluvia, seguía cubriendo el fondo de las calles. La pieza era de una fría desnudez, con su estrecha cama de hierro, su mesa, sus dos sillas y algunos estantes cargados de libros, sin un solo mueble. Delante de la chimenea, una pequeña estufa, mal atendida, dejada en olvido, acababa de apagarse.

—Siéntese, señor. Mi hermano me ha dicho que no hacía más que bajar un momento para volver en seguida.

Pero Saccard, sin dejar de mirarle, rehusaba la silla, impresionado por los progresos que la tisis había hecho en aquel muchacho alto y pálido, con ojos de criatura, unos ojos plagados de sueños, peculiares bajo la enérgica obstinación de su frente. Entre los largos bucles de sus cabellos, su cara aparecía extraordinariamente hundida, como alargada y en camino hacia la tumba.

— ¿Ha estado usted enfermo? —se le ocurrió preguntarle, no sabiendo qué decir.

Segismundo esbozó un gesto de completa indiferencia.

— ¡Oh!, como siempre. Esta última semana no lo pasé muy bien debido a este asqueroso tiempo. Voy tirando, sin embargo… Puede decirse que no duermo, apenas si puedo trabajar, y tengo algo de fiebre, cuyo calor me agobia… ¡Ah!, ¡es tanto lo que habría que hacer!

Volvió a situarse ante su mesa, en la que podía verse un libro de gran tamaño, abierto y escrito en alemán. Y siguió diciendo:

—Ruego me perdone el que me siente; me pasé en vela toda la noche, para poder leer esta obra que recibí ayer. ¡Una auténtica obra!, ¡sí!, diez años de la vida de mi maestro, Karl Marx; ¡el estudio que desde hace tanto tiempo nos tenía prometido sobre el capital!… ¡He aquí nuestra Biblia, ahí la tiene!

Por curiosidad, Saccard se puso a echar una ojeada al libro; pero la visión de los caracteres góticos hizo que lo desechara en seguida.

—Esperaré a que sea traducido —dijo riéndose.

Con un movimiento de cabeza, el joven pareció decirle que, incluso traducido, sólo resultaría inteligible para los iniciados. No se trataba de un libro de propaganda. Pero ¡qué fuerza lógica la suya, qué victoriosa abundancia de pruebas, por lo que se refiere a la fatal destrucción de nuestra sociedad actual, basada en el sistema capitalista! Una vez la tabla rasa, se podía reconstruir.

— ¿Se trata entonces del escobazo? —preguntó Saccard, siempre bromista.

—En teoría, ¡qué duda cabe! —respondió Segismundo—. Todo cuanto le expliqué un día, todo el proceso de la evolución está ahí. Sólo falta llevarlo a la práctica… Pero tienen que estar ciegos, si se empeñan ustedes en no ver los considerables pasos que avanza la idea a cada instante. Así, usted que, con su Universal, ha llegado a remover y centralizar en tres años centenares de millones, no parece sospechar en modo alguno que nos está llevando en línea recta al colectivismo… He seguido su negocio con pasión; ¡sí!, desde esta perdida alcoba, tan tranquila, estuve estudiando su desarrollo día por día; me precio de conocerlo tan bien como usted; y me permito decirle que se trata de una magnífica lección; sí, de un buen ejemplo que usted nos da, pues el Estado colectivista sólo tendrá que llevar a cabo lo que usted está haciendo; es decir, expropiarle en bloque todo aquello que usted haya expropiado antes a los pequeños; realizar en suma la ambición de su desmesurado sueño, que aspira, ¿no es eso?, a absorber todos los capitales del mundo, a ser el Banco único, el depósito o almacén general de la fortuna pública… ¡Oh!, ¡es mucho lo que le admiro, créame!, yo le dejaría hacer si fuera el amo, porque usted está empezando nuestra tarea, como precursor de genio.

Y se sonreía con su pálida sonrisa de enfermo, al observar la atención de su interlocutor, muy sorprendido al verle tan al corriente de los asuntos del día, y halagado al propio tiempo por los inteligentes elogios que acababa de escuchar.

—Sólo que —continuó diciendo— la buena mañana, en que le expropiemos en nombre de la nación, sustituyendo sus intereses privados por el interés común, convirtiendo su prodigiosa máquina de succionar el oro de los demás, en la reguladora misma de la riqueza social, empezaremos por suprimir esto.

Había encontrado un sueldo entre los papeles que había esparcido sobre la mesa; lo sostenía en el aire, cogido entre dos dedos, como víctima propiciatoria.

— ¡El dinero! —exclamó Saccard entonces—, ¡suprimir el dinero!, ¡menuda locura!

—Suprimiremos el dinero amonedado… Piense y hágase cargo de que la

moneda metálica carece de aplicación, no tiene razón de ser en el Estado colectivista. A título de remuneración, la reemplazamos con nuestros bonos de trabajo; y si se la considera como medida del valor, nosotros tenemos otra que nos sirve perfectamente a tal efecto, la que obtenemos estableciendo la media proporcional de las jornadas en nuestros talleres… Precisa destruir ese dinero que enmascara y favorece la explotación del trabajador, que permite robarle, reduciendo su salario a la más ínfima suma que necesita, para no morirse de hambre. ¿No es en verdad algo espantoso esa posesión del dinero que acumulan las fortunas privadas, obstruye el camino a una fecunda circulación, forja soberanías escandalosas dueñas absolutas del mercado financiero y de la producción social? Todas nuestras crisis, toda nuestra anarquía proviene de ahí… ¡Precisa matar, matar el dinero!

Pero Saccard dejaba traslucir su enfado. ¡Se acabó el dinero, se acabó el oro, terminaron todos esos relucientes astros, que habían iluminado su vida! Para él, la riqueza siempre se había materializado en ese deslumbramiento de la moneda nueva, cayendo como un aguacero de primavera, a través del sol, volcándose en forma de granizada sobre la tierra hasta cubrirla con montones de plata y de oro, que luego eran removidos con una pala por el solo placer de oír el tintineo de su música. ¡Y lo que se iba a suprimir, era precisamente ese gozo, esta razón de lucha y de vida!

—Todo eso me parece estúpido, ¡oh!, ¡estúpido a más no poder!… Jamás, ¿lo entiende usted bien?, ¡jamás!

— ¿Por qué jamás?, ¿por qué una estupidez?… En la economía de la familia, ¿hacemos uso acaso del dinero? En ella no le será posible ver más que el esfuerzo común y el cambio… Entonces, ¿de qué va a servir el dinero, cuando la sociedad no sea más que una gran familia, que se gobierne a sí misma?

— ¡Insisto en que todo eso constituye una locura!… ¡Destruir el dinero, cuando es la esencia misma de la vida! Sin él, ¡nada quedaría ya, nada en absoluto!

Iba y venía de un lado para otro, fuera de sí. Y, poseído de ese arrebato, cuando pasaba por delante de la ventana buscó asegurarse con una mirada instintiva de que la Bolsa seguía estando en su sitio, no fuera a ser que aquel terrible mozo la hubiese hundido también de un soplo. Allí continuaba efectivamente, aunque vaga e imprecisa al caer de la noche, como fundida en el sudario de la lluvia, cual pálido fantasma de Bolsa próximo a desvanecerse en un vaho gris.

—Por lo demás, bien tonto soy discutiendo. Es algo imposible… Ande, suprima el dinero, tengo curiosidad por verlo.

— ¡Bah! —murmuró Segismundo—, a fin de cuentas, todo se suprime, todo se transforma y desaparece… Ya tuvimos ocasión una vez, de ver la riqueza cambiar de forma, cuando bajó el valor de la tierra, y cuando los bienes raíces, las riquezas patrimoniales, los campos y los bosques, hubieron de declinar ante la riqueza mobiliaria, industrial, los títulos de renta y las acciones; y asistimos hoy, no le quepa duda, a una precoz caducidad de esta última, a una especie de rápida depredación, pues lo cierto es que el interés se envilece, y que el cinco por ciento normal ya no se alcanza… Eso significa que el dinero baja, ¿por qué, entonces, no desaparece ese dinero?, ¿por qué una nueva forma de la riqueza no regirá nuestras relaciones sociales? Y es esa riqueza del mañana, la que nos traerán nuestros bonos de trabajo.

Hallábase absorto contemplando el sueldo que sostenía con dos de sus dedos, como si hubiera estado soñando que tenía ante sí la última moneda de los tiempos de antaño, una moneda perdida, que había conseguido sobrevivir a la antigua sociedad muerta. ¡Qué de alegrías y cuántas no serían las lágrimas que habían contribuido a desgastar el humilde metal! Y había caído en la tristeza del eterno deseo humano.

—Sí —replicó lentamente—, tiene usted razón, ninguno de nosotros veremos tales cosas. Se necesitan años, muchos años. ¿Podemos saber si el amor al prójimo tendrá jamás bastante fuerza para reemplazar al egoísmo en la organización social?… Confío sin embargo en que el triunfo se halle más próximo, ¡es tanto lo que habría querido poder presenciar ese amanecer de la justicia!

Por un instante, la amargura del mal que padecía, quebró su voz. Él, que, en su negación de la muerte, la trataba como si no existiese, hizo un gesto como para apartarla de su lado. Pero vivía ya resignado.

—Tengo realizada mi labor, dejaré mis notas, en el caso de que no me quede tiempo para acabar la obra completa de reconstrucción con que he soñado. Es preciso que la sociedad de mañana sea el fruto maduro de la civilización, porque, si no se conserva el lado bueno de la emulación y del control, todo se derrumba… ¡Ah!, ¡con cuánta nitidez veo ya a estas horas, la sociedad esa, creada por fin, completa, que con tantas dificultades llegué a forjar, consiguiendo a la postre ponerla en pie después de tantas vigilias! Todo está previsto, todo resuelto; trátase en fin de la soberana Justicia, de la dicha absoluta. Ahí está, sobre el papel, matemática, definitiva.

Entretanto, se dedicaba a pasear sus largas y demacradas manos por entre las notas esparcidas sobre la mesa; y se exaltaba con aquel sueño de millares de millones reconquistados, equitativamente repartidos entre todos, en aquel ambiente de gozo y de salud que devolvía de una plumada a la humanidad doliente, él que ya no dormía, ni comía, que acababa de morir sin necesidades,

en medio de la desnudez de su alcoba.

Pero, de repente, una voz ruda hizo que Saccard se estremeciera.

—Vaya, ¿qué es lo que hace usted por aquí?

Era Busch, ya de vuelta y que echaba sobre el visitante una mirada oblicua de amante celoso, en su continuo temor de que le diese a su hermano una crisis de tos, por hacerle hablar mucho. Por lo demás, sin esperar la respuesta siguió refunfuñando maternalmente, con gesto desesperado.

— ¡Cómo!, ¡dejaste apagar tu estufa! Y pregunto yo ahora, ¿te parece razonable un descuido así con semejante humedad?

E hincándose de rodillas, no obstante la pesadez de su corpachón, se puso a partir leña en trozos menudos, volviendo a encender el fuego. Fue luego en busca de una escoba, estuvo poniendo en orden la habitación, y se preocupó de dar al enfermo la poción que debía tomar cada dos horas. Y no se quedó tranquilo hasta que convenció a éste para que se tumbase en la cama a descansar.

—Señor Saccard, si quiere pasar a mi despacho…

Encontrábase allí la señora Méchain, sentada en la única silla disponible. Ella y Busch, venían a hacer en la vecindad una visita importante cuyo pleno éxito les tenía encantados. Tratábase en fin, después de una espera inacabable, de la feliz puesta en marcha de uno de los negocios que más les afectaba al corazón. Durante tres años, la Méchain había trotado por esas calles de Dios para dar con Léonie Cron, aquella muchacha seducida a quien el conde de Beauvilliers había firmado un reconocimiento de deuda de diez mil francos, pagadero el día en que alcanzase la mayoría de edad. Fue en vano que se dirigiera a su primo Fayeux, el recaudador de renta de Vendôme, que había comprado por cuenta de Busch aquel documento, como parte integrante de un lote de viejos créditos procedentes de la sucesión del señor Charpier, comerciante en granos y eventual usurero: Fayeux nada sabía, y escribía únicamente que la muchacha Léonie Cron debía estar sirviendo en casa de un ujier de la administración de justicia, en París; que había salido de Vendôme hacía más de diez años, por donde no había vuelto, y donde no resultaba además posible interrogar a ningún pariente por haber muerto todos ellos. La Méchain había acabado descubriendo el paradero del alguacil, y, partiendo de esa pista, había indagado sucesivamente en casa de un carnicero, de una mujer galante, de un dentista; pero, a partir del dentista, el hilo se rompía de repente y se acababa la pista; una aguja en un pajar, una muchacha caída, perdida en el fango del gran París. Sin resultado, la Méchain había recorrido las oficinas de colocación visitado los albergues más sórdidos, escudriñado los ambientes de mayor libertinaje, siempre al acecho, interrogando por doquier en cuanto el

nombre de Léonie llegaba a sus oídos. Y aquella muchacha en cuya búsqueda tan lejos había ido, mira por donde, aquel mismo día, por mera casualidad, había podido ponerle la mano encima, en la calle Feydeau, en una casa de lenocinio de la vecindad, donde acosaba a una antigua inquilina del suburbio de Nápoles, que le debía tres francos. Un golpe instintivo de inspiración la llevó a olfatear y reconocerla bajo el distinguido nombre de Léonide en el momento en que la dueña del antro la llamaba al salón con penetrante voz. Advertido que fue, Busch volvió en seguida con ella a la casa, para tratar del asunto; y aquella gruesa muchacha, de recios cabellos negros que le caían sobre las cejas, de cara achatada y fofa e inmunda bajeza, había empezado por sorprenderle; luego se había dado cuenta de su especial encanto, antes sobre todo de sus diez años de prostitución, satisfecho no obstante de que hubiera caído tan bajo y en forma tan abominable. Le había ofrecido mil francos si cedía sus derechos sobre el reconocimiento de deuda. La joven era de lo más tonto y había aceptado el trato con infantil regocijo. ¡Por fin, pues, iban a poder acosar a la condesa de Beauvilliers, contaban para ello con el arma buscada e inesperadamente hallada en aquel antro de fealdad y de vergüenza!

—Le esperaba, señor Saccard. Tenemos que hablar… Recibió usted mi carta, ¿no es eso?

En la reducida pieza, abarrotada de legajos, sumida ya en la oscuridad y que una mezquina lámpara alumbraba con luz humeante, la Méchain, quieta y silenciosa, no se movía para nada de la única silla allí existente. Y, siempre de pie, no queriendo en absoluto dar la impresión de que acudiera bajo el signo de una amenaza, Saccard abordó en seguida el asunto Jordan, con voz dura y despreciativa.

—Perdón, he subido para pagar la deuda de uno de mis redactores… El pequeño Jordan, un muchacho encantador a quien usted persigue sin tregua, con una ferocidad realmente indignante. Parece ser que esta mañana se comportó usted con su esposa de una forma capaz de hacer sonrojar a cualquier hombre galante.

Sobrecogido al verse atacado de aquella manera, cuando se disponía a tomar la ofensiva, Busch perdió la serenidad, olvidando la otra historia y mostrándose irritado con motivo de ésta.

—Los Jordan; de modo que viene usted por los Jordan… Pues bien, tratándose de negocios, ni existe la mujer, ni hay por qué hablar de hombre galante. Cuando se debe, se paga; es la única regla que yo conozco. ¡Unos tipejos que se burlan de mí desde hace años, y a los que, después de un trabajo del diablo, sólo he conseguido arrancar cuatrocientos francos, sueldo a sueldo! … ¡Ah!, ¡maldita sea!, ¡sí, haré que se vendan sus cosas, les lanzaré a la calle mañana por la mañana, si esta misma noche no tengo aquí, sobre la mesa de

mi despacho, los trescientos treinta francos con quince céntimos que todavía me deben!

Y Saccard entonces, como táctica, para sacarlo de quicio, le dijo que aquel crédito había sido ya pagado cuarenta veces y que a él seguramente no le había llegado a costar ni diez francos. Y en efecto se ahogaba de cólera.

— ¡Vaya!, ¡ya estamos en lo de siempre!, ¿eso es todo lo que se le ocurre decir?… Hay que contar además las costas, ¿no es así?, en esa deuda de trescientos francos, que asciende actualmente a más de setecientos… Pero ¿tengo yo algo que ver con eso? No se me paga, y me veo forzado a formular la correspondiente reclamación judicial. ¿Que la justicia es cara?, ¡tanto peor para ellos, suya es la culpa!… Vistas las cosas de otro modo, cuando compro un crédito de diez francos, debiera reembolsarme los diez francos y asunto acabado; ¿le parece eso lo justo, verdad? Pues no señor, ¿y mis riesgos, y mis paseos, y mis quebraderos de cabeza?, ¡sí!, ¿y mi inteligencia? Mire, precisamente con relación a ese asunto Jordan, puede consultar a esa señora que está ahí. Ella es la que se ha ocupado principalmente. ¡Ah!, la de pasos y gestiones que le ha costado, las suelas que ha tenido que gastar subiendo y bajando escaleras por todos los periódicos, de donde la echaban como a una pordiosera, sin darle jamás las señas. Ese asunto hemos tenido que alimentarlo durante meses y meses, ha tenido ocupada nuestra imaginación, como si se tratara de una de nuestras obras maestras; me cuesta una suma loca, sólo calculando ese trabajo a diez sueldos la hora.

Y, en medio de su exaltación, mostró a su interlocutor con gesto arrogante los expedientes que llenaban la pieza.

—Tengo aquí, en créditos, por valor de más de veinte millones, y además, de todas las épocas, de todas las categorías sociales, ínfimos y colosales… ¿Los quiere usted por un millón?; se los doy. ¡Cuando uno piensa que hay deudores a quienes vengo persiguiendo desde hace un cuarto de siglo! Para conseguir de ellos algunos miserables cientos de francos, incluso menos a veces, he tenido que hartarme de paciencia años enteros, aguardando a que obtengan algún éxito o a que hereden… Los otros, los desconocidos, los más numerosos, duermen allí, ¡obsérvelo!, en ese rincón, todo ese enorme montón. La nada, como quien dice, o mejor aún, significa la materia bruta, de donde es preciso que gane la vida, quiero decir mi vida, después de Dios sabe cuánta complicación de búsquedas y de fastidios… ¿Y quiere usted que cuando, por fin, pesco a uno que es solvente no le sangre? ¡Ah!, eso sí que no, me consideraría usted mismo demasiado estúpido; ¡seguro que en mi lugar no cometería semejante necedad!

Sin entretenerse en discutir más, Saccard sacó su cartera.

—Voy a darle doscientos francos, y usted me devolverá el expediente

Jordan, con un recibo de saldo y finiquito.

Busch sufrió un sobresalto de exasperación.

— ¿Doscientos francos?, ¡jamás de la vida!… La cuenta pendiente es de trescientos francos con quince céntimos. Y conste que quiero también los céntimos.

Pero, sin desequilibrar su voz, con la tranquila seguridad del hombre que conoce la fuerza del dinero, puesto de manifiesto, exhibido, Saccard se limitó a repetir por dos o tres veces:

—Voy a darle doscientos francos…

Y el judío, convencido en el fondo de que era razonable transigir, acabó por acceder con un grito de rabia y lágrimas en los ojos.

—Soy demasiado débil. ¡Qué mal oficio resulta éste!… ¡Palabra de honor!, se me despoja, se me roba… ¡Ande!, aprovechando que está aquí, no le importe, coja otros, ¡sí!, escudriñe en el montón, ¡aproveche sus doscientos francos!

Luego, cuando Busch hubo firmado un recibo y escrito unas líneas para el alguacil, pues el expediente no lo tenía en casa, se puso a dar resoplidos ante su mesa de despacho, aturdido de tal forma, que habría dejado marchar a Saccard, de no haber sido por la Méchain, que hasta entonces no había hecho un gesto ni pronunciado una sola palabra.

— ¿Y del asunto aquel? —dijo ella entonces.

Acordóse él de repente; iba a poder tomarse el desquite. Pero, todo cuanto tenía previsto, su relato, sus preguntas, el esquema sabiamente preparado de la conversación, se le fue de pronto de la imaginación, en su prisa por abordar el hecho.

—El asunto, ¡es verdad!… Le he escrito, señor Saccard. Ahora tenemos que arreglar juntos una antigua cuenta…

Había alargado el brazo para coger el expediente Sicardot, que abrió delante de él.

—En 1852, estuvo usted en un hotel de citas en la calle de la Harpe, donde firmó doce pagarés de cincuenta francos a una jovencita llamada Rosalía Chavaille, de dieciséis años, a la que, una noche, había violado en la escalera… Los pagarés en cuestión, aquí los tiene. No llegó a pagar ninguno, por haber marchado sin dejar las señas, antes de que venciera el primero de ellos. Y lo peor del caso es que están suscritos con un nombre falso, Sicardot, que es como se llamaba su primera mujer…

Muy pálido, Saccard escuchaba, miraba. En medio de un sobrecogimiento

indescriptible, era todo un pasado lo que evocaba; una sensación de derrumbamiento producíase en él, como si una masa enorme y confusa se le precipitase encima. Poseído de ese miedo propio del primer instante, perdió la cabeza y empezó a balbucear.

— ¿Cómo lo sabe?, ¿cómo llegó eso a sus manos?

Después, con manos temblorosas, se apresuró a sacar de nuevo su cartera, sin más idea que la de pagar y entrar así en posesión de aquel enojoso expediente.

—Aquí no hay gastos, ¿verdad?… Son seiscientos francos… ¡Oh!, habría mucho que hablar, pero prefiero pagarle sin más discusión.

Y le tendió seis billetes de banco.

— ¡Un momento! —exclamó Busch, rechazando el dinero—. Todavía no terminé… La señora a quien está viendo aquí es la prima de Rosalía, esos pagarés son suyos, y es en su nombre que trato de conseguir el reembolso… Esa pobre Rosalía, quedó inválida a consecuencia de su violación. Sufrió muchas desdichas y murió en una miseria espantosa, en casa de la señora aquí presente, que la había recogido… Si la señora quisiera, podría contarle un sinfín de cosas…

— ¡Cosas terribles! —subrayó con su vocecita la Méchain, rompiendo de su prolongado silencio.

Aturdido, Saccard se volvió hacia ella, después de haberla olvidado por completo, apilada como estaba, cual pellejo de vino medio deshinchado. Siempre le había producido inquietud aquella mujer, con su asqueroso comercio de ave carnívora, a base de valores fuera de la circulación; y mira por dónde la encontraba allí de nuevo mezclada en aquella desagradable historia.

—Qué duda cabe, la desdichada, resulta tristísimo —murmuró él—. Pero, si ha muerto, no veo realmente razón… En fin, aquí tiene los seiscientos francos.

Por segunda vez, Busch rehusó aceptar la suma.

—Perdón, el caso es que todavía no lo sabe todo; aquella jovencita tuvo un hijo… Sí, un hijo que ya cumplió catorce años, un niño que se parece a usted hasta tal punto, que le es imposible negarlo.

Como alelado, Saccard repitió entonces varias veces:

—Un hijo, un hijo…

Luego, volviendo a colocar con gesto brusco los seis billetes de banco en su cartera; revestido repentinamente de todo su aplomo y muy valientemente,

exclamó:

— ¡Ah!, ¿conque ésas tenemos?, ¿acaso está usted burlándose de mí? Si existe un hijo, no le suelto ni un céntimo… Corresponde al pequeño la herencia de su madre, y es el pequeño el que tendrá todo lo que quiera, por encima de cualquier clase de marchandeos… Un hijo, pero si eso es lo más lógico y natural; ningún mal se comete teniendo un niño. Al contrario, me produce un enorme placer; me rejuvenece, ¡palabra de honor!… ¿Dónde está, que voy en seguida a verle? ¿Por qué no me lo trajeron en seguida?

Estupefacto a su vez, Busch pensaba en el mucho tiempo que estuvo vacilando, en los infinitos cuidados que se tomaba la señora Carolina y el recelo que tenía en revelar a su padre la existencia de Víctor. Y, desconcertado, se lanzó a dar las explicaciones más violentas y complicadas, soltándolo todo a la vez, lo de los seis mil francos prestados en dinero y gastos de manutención que reclamaba la Méchain, los dos mil francos entregados a cuenta por la señora Carolina, los espantosos instintos de Víctor, su ingreso en la Obra del Trabajo. Mientras tanto Saccard, a cada nuevo detalle que iba añadiendo, sufría un sobresalto. ¡Cómo!, ¡seis mil francos!, ¿quién le aseguraba que, por el contrario, no se había despojado al chiquillo? ¡Una entrega a cuenta de dos mil francos!, ¡eso significaba más bien un robo, un abuso de confianza! Ese pequeño, ¡pardiez!, había sido mal educado, y aún se tenía la pretensión de que pagase a quienes fueron los responsables de semejante mala educación. ¿Le tomaban acaso por un imbécil?

— ¡Ni un solo céntimo! —exclamó—, ¡entiéndalo bien, no cuenten con sacar una sola moneda de mi bolsillo!

Busch, extremadamente pálido, se había puesto de pie ante su mesa.

—Eso ya lo veremos, llegado el momento. Formularé contra usted una reclamación judicial.

—No siga diciendo tonterías. Sabe usted perfectamente que la justicia no se entromete en esta clase de asuntos… Y si lo que espera es amedrentarme y hacerme cantar, la cosa todavía resulta más estúpida, porque a mí, tanto se me da todo. ¡Un hijo!, ¡pero, si les estoy diciendo que eso me halaga!

Y, como la Méchain obstruyese la puerta, Saccard se vio precisado a darla un empellón y a saltar por encima de ella para poder salir. La mujer no podía con su sofoco; salió precipitadamente a la escalera y, desde el mismo rellano, le soltó con su voz de flauta:

— ¡Canalla!, ¡desalmado!

— ¡Sabrá usted de nosotros! —vociferó a su vez Busch, cerrando violentamente la puerta.

Era tal el estado de excitación en que se hallaba Saccard, que dio la orden a su cochero de que regresara directamente a la calle de Saint-Lazare. Sentía prisa por ver a la señora Carolina; por eso, en cuanto pudo abordarla, la regañó sin rodeos por haber dado los dos mil francos.

—Debo decirle, querida, que jamás se suelta el dinero en semejante forma… ¿Por qué diablos obró usted sin consultarme?

Ella por su parte, sobrecogida por la idea de que Saccard hubiera por fin conocido la historia, permanecía muda. Había reconocido la letra de Busch en aquel sobre que viera, y nada le quedaba ahora que ocultar, puesto que otro ser humano la había relevado en el penoso trabajo de la confidencia. Continuaba sin embargo vacilando, confusa ante la actitud de aquel hombre que la interrogaba con tanta soltura.

—Lo único que quise fue evitarle un pesar… ¡Era tal el estado de degradación moral en que se encontraba esa desgraciada criatura!… Hace ya mucho tiempo que se lo hubiera contado todo, de no haber sido por un sentimiento…

— ¿Qué sentimiento?… Le confieso que no comprendo en absoluto.

No trató de explicarse ni de buscar más excusas, embargada como estaba de una tristeza, de una lasitud total, ella tan animosa siempre en su afán de vida. Mientras tanto y por lo que a él se refiere, seguía exclamando, encantado, realmente rejuvenecido.

— ¡Pobre chiquillo!, le amaré mucho, se lo aseguro… Hizo usted divinamente ingresándole en la Obra del Trabajo, para desasnarlo un poco. Pero, vamos a sacarle de allí; le pondremos profesores… Iré a verlo mañana, ¡sí!, mañana mismo, si no estoy muy atareado.

Al día siguiente, hubo consejo; pasaron dos días, y después la semana, sin que Saccard encontrase un minuto libre. Todavía habló del niño con alguna frecuencia, aplazando siempre su visita, cediendo al desbordamiento de la corriente que le arrastraba consigo. En los primeros días de diciembre, el cambio de dos mil setecientos francos acababa de ser alcanzado, en medio de la extraordinaria fiebre cuyo acceso enfermizo continuaba trastornando la Bolsa. Lo peor del caso era que las noticias alarmantes habían ido multiplicándose, que el alza seguía a un ritmo rabioso, presa de una enfermedad progresiva, intolerable: ya por entonces se pronosticaba en voz alta la catástrofe como algo fatal, y se subía no obstante, se subía sin cesar, por la fuerza obstinada de uno de esos prodigiosos apasionamientos que rehusaban la propia evidencia. Saccard ya no vivía más que en ese ambiente de exagerada ficción que entrañaba su triunfo, rodeado como por un nimbo de gloria por aquel aguacero de oro que él mismo hacía llover sobre París, con

buen olfato sin embargo para tener la sensación de estar pisando un suelo minado, agrietado, que amenazaba hundirse debajo de sí. Por ello, aunque con motivo de cada liquidación quedase victorioso, seguía incólume su cólera contra los bajistas, cuyas pérdidas debían ser espantosas. ¿Qué impulsaba a aquellos puercos judíos, para encarnizarse de ese modo? ¿No iba a acabar destruyéndolos? Y se exasperaba sobre todo por lo que decía olerse, en el sentido de que, al lado de Gundermann y haciendo su juego, había otros vendedores, quizás soldados del Universal, traidores que se pasaban al enemigo, vacilantes en su fe y con prisas por realizar.

Un día en que Saccard exhalaba de ese modo su descontento delante de la señora Carolina, estimó ésta un deber decírselo todo.

—Sepa usted, amigo mío, que también yo vendí… Acabo de vender nuestras últimas mil acciones al cambio de dos mil setecientos.

Quedóse anonadado, como si se hallara ante la más negra de las traiciones.

— ¿Que ha vendido usted?, ¡usted, Dios mío!

Le había cogido las manos, que apretaba entre las suyas, realmente afligida, recordándole que ella y su hermano ya se lo advirtieron. Este último, que seguía estando en Roma, escribía unas cartas plagadas de mortal inquietud por tan exagerada alza, que no se explicaba en forma alguna, y que se debía frenar a cualquier precio, so pena de un derrumbamiento en el vacío. No más lejos que la víspera, había recibido la hermana una carta suya en la que le daba orden formal de venta. Y ella había vendido.

— ¡Usted, usted! —repetía Saccard—. ¡Era usted la que me combatía y a quien presentía en la sombra! ¡Son sus acciones las que me vi forzado a comprar de nuevo!

Según costumbre, no se dejaba arrebatar por su pasión, y ella sufría más aún con su abatimiento; hubiera querido más bien poderle razonar, hacerle abandonar esa lucha sin tregua, que sólo podía acabar con una hecatombe.

—Escúcheme, amigo mío… Piense por un momento que nuestros tres mil títulos han producido más de siete millones y medio. ¿No le parece una ganancia inesperada, y desde luego extravagante? Por lo que a mí se refiere, ese dinero me causa espanto, ni siquiera puedo creer que me pertenezca… Pero es que, además, no se trata sólo de nuestro interés personal. Piense usted en los intereses de todos aquellos que se desprendieron de su fortuna poniéndola en sus manos, un espanto montante de millones que arriesga en la partida. ¿Por qué sostener esa alza insensata, por qué estimularla incluso? Se me dice por todos lados que, como algo fatal, la catástrofe vendrá a ser la meta… No puede seguir subiendo siempre, ninguna vergüenza implica que los títulos recobren su valor real; y ello significaría sobre todo la solidez de la

casa, su salvación.

Con gesto violento, Saccard, se había puesto en pie.

—Quiero alcanzar el cambio de tres mil… Compré y seguiré comprando aún, a reserva de reventar… ¡Sí!, ¡que me hunda si es preciso, que todo se hunda conmigo, si no alcanzo y mantengo el cambio de tres mil!

Después de la liquidación del 15 de diciembre, los cambios subieron a dos mil ochocientos, a dos mil novecientos. Y fue el 21 cuando el cambio de tres mil veinte francos fue proclamado en la Bolsa, en medio de una agitación propia de multitudes enloquecidas. Ya no era dable apreciar allí nada que se relacionase con la verdad ni con la lógica; la idea del valor había sido tergiversada hasta el extremo de perder todo sentido real. Corría el rumor de que Gundermann, yendo en contra de su habitual prudencia, se hallaba comprometido en espantosos riesgos; después de haber fomentado la baja durante meses y meses, sus pérdidas fueron en aumento cada quincena, a medida que el alza iba progresando, pegando enormes saltos; y se empezaba a decir que bien podía estar a punto de derrumbarse. Todos los cerebros hallábanse trastornados y en completo desorden; se esperaban prodigios.

Y, en aquel supremo instante, cuando ya en la cima sintió temblar la tierra, con la inconfesada angustia de una vertiginosa caída, Saccard se sintió rey. Cuando su coche llegaba a la calle de Londres, ante el triunfal palacio del Universal, un lacayo descendía a toda prisa, para extender una alfombra, que desde los escalones del vestíbulo atravesaba la acera hasta alcanzar el mismo arroyo; y Saccard consentía entonces orgullosamente en abandonar el coche y hacía su entrada como verdadero soberano a quien se estima con demasiada dignidad para hollar el común pavimento de las calles.

X

Aquel fin de año, día de la liquidación de diciembre, la gran sala de la Bolsa estuvo llena a rebosar desde las doce y media, en una extraordinaria agitación de voces y ademanes. Por otra parte, desde hacía algunas semanas, la efervescencia iba en aumento, llegando a constituir en aquella última jornada de lucha, un barullo febril donde retumbaba ya la decisiva batalla que se iba a librar. Fuera, helaba de firme; pero un claro sol de invierno penetraba en su interior a través de las altas vidrieras y en forma de rayo oblicuo, alegrando todo un sector de la desnuda sala, de severos pilares y bóveda triste, que aún helaban más las grisáceas pinturas alegóricas; mientras los caloríferos, todos a lo largo de las arcadas, exhalaban un tibio aliento, por entre la acentuada

corriente de aire frío que se filtraba por las enrejadas puertas, que se abrían y cerraban a cada momento.

El bajista Moser, más inquieto y con el rostro más amarillento que de costumbre, topó con el alcista Pillerault, arrogantemente plantado sobre sus espigadas piernas de garza.

— ¿Sabe lo que se dice?…

Pero tuvo que elevar el tono de voz para dejarse oír, entre el ruido creciente de las conversaciones, un zumbido, regular, monótono, semejante al clamor producido por aguas desbordadas, discurriendo sin cesar.

—Se dice que para abril estaremos en guerra… La cosa no puede acabar de otro modo, con tales formidables armamentos. Alemania no quiere dejarnos tiempo para aplicar la nueva ley militar que va a votar la Cámara… Y, por otra parte, Bismarck…

Pillerault soltó la carcajada.

— ¡Déjeme en paz, usted y su Bismarck!…

—Aquí donde usted me ve, estuve el último verano hablando cinco minutos con él, cuando vino por aquí. Tiene aspecto de buen chico… Si no está usted contento, después del aplastante éxito de la Exposición, ¿qué más quiere? ¡Eh!, mi querido amigo, Europa entera es nuestra.

Moser entonces movió desesperadamente la cabeza. Y, en frases a cada momento interrumpidas por los empellones de la multitud, siguió exponiendo sus temores. La situación del mercado era demasiado próspera, de una prosperidad pletórica que carecía de valor, no superior desde luego al de la grasa sobrante de las personas demasiado gruesas. Gracias a la Exposición, muchos negocios habían prosperado en demasía, desbordándose los apasionamientos, hasta llegar a la pura demencia del juego. ¿No era una locura, por ejemplo, que se cotizasen las acciones del Universal a tres mil treinta?

— ¡Vaya!, ¡ya volvemos a estar con lo mismo! —gritó Pillerault. Y, hablándole casi al oído, acentuando cada sílaba, añadió:

—Pues debo decirle querido, que esta misma tarde acabará a tres mil sesenta… Resultarán derrotados sin remedio; soy yo quien lo dice.

El bajista, fácilmente impresionable con todo, dejó escapar un ligero silbido de desafío. Y se puso a mirar hacia arriba, para resaltar así su falsa tranquilidad de espíritu; permaneció unos momentos como distraído, examinando algunas cabezas de mujer que se inclinaban, allá en lo alto, en la galería del telégrafo, asombradas ante el espectáculo de esta sala donde ellas no podían entrar. Escudos con nombres de ciudades, capiteles y cornisas,

formaban a todo lo largo una perspectiva pálida que las filtraciones habían teñido de amarillo.

— ¡Toma!, ¡conque es usted! —dijo Moser bajando la cabeza y reconociendo a Salmon, que sonreía ante él con su eterna y profunda sonrisa.

Luego, turbado, viendo en aquella sonrisa una aprobación explícita al punto de vista de Pillerault:

—En fin, si sabe usted algo, dígalo… Mi postura es muy simple. Estoy con Gundermann, porque Gundermann, ¿no le parece?, ha sido y será siempre Gundermann… La cosa termina siempre bien con él.

—Pero —repuso Pillerault en son de burla—, ¿quién le ha dicho que Gundermann está a la baja?

De repente, Moser, asustado, abrió desmesuradamente los ojos. Desde hacía mucho tiempo, el chismorreo de la Bolsa daba por seguro que Gundermann no hacía más que estar al acecho y observar los movimientos de Saccard; que fomentaba la baja contra el Universal, en espera de conseguir estrangularlo, cualquier fin de mes, mediante un brusco esfuerzo, cuando estimase llegada la hora de aplastar el mercado bajo el peso de sus millones; y si aquella jornada se anunciaba tan caldeada, era porque todos creían, repetían que la batalla iba por fin a ser entablada aquel mismo día; una de esas batallas sin cuartel en la que uno de los dos ejércitos queda por tierra, destruido. Pero, tratándose de aquel mundo de mentira y de astucia, ¿se podía acaso estar seguro en algún momento? Las cosas aparentemente más ciertas, las más anunciadas con antelación, convertíanse al menor soplo, en motivos de duda plenos de angustia.

—Está negando la propia evidencia —murmuró Moser—. No he visto las órdenes, desde luego, y nada se puede afirmar… ¿Eh, Salmon?, ¿qué nos dice sobre el particular?, Gundermann no puede aflojar, ¡qué diablos!

Y no sabía a qué atenerse ante la silenciosa sonrisa de Salmon, que parecía afinarse con extremada sutileza.

— ¡Ah! —continuó hablando mientras designaba con el mentón a un hombre grueso que en aquellos momentos pasaba por allí—, si ése quisiera hablar, mi intranquilidad desaparecería. Tiene perspicacia y ve claro.

El hombre en cuestión era el célebre Amadieu, que seguía viviendo de su acierto en el asunto de las minas de Selsis: unas acciones compradas a quince francos, en un gesto de imbécil testarudez, revendidas más tarde con un beneficio de millones, sin haber previsto ni calculado nada, obrando simplemente al azar. Se le veneraba por sus grandes dotes financieras, una verdadera corte le seguía, tratando de sorprender sus más insignificantes

palabras y orientando después su juego en el sentido que éstas parecían indicar.

— ¡Bah! —exclamó Pillerault, entregado por entero a su teoría favorita de la temeridad—, lo mejor después de todo es seguir la inspiración de uno mismo, a la ventura… No existe más que el factor suerte. Se tiene o no se tiene. ¿Para qué detenerse entonces a reflexionar? Por lo que a mí se refiere, cada vez que intenté hacerlo, estuve a punto de fracasar… ¡Fíjense!, mientras vea que ese señor sigue firme en su puesto, con ese aire atrevido del que quiere comérselo todo, seguiré comprando.

Con un gesto, había señalado a Saccard, que acababa de llegar y que se había instalado en su sitio de costumbre, contra el pilar de la primera arcada de la izquierda. Como todos los jefes de casas importantes, tenía también un sitio conocido, donde los empleados y clientes estaban seguros de encontrarle los días de Bolsa. Sólo Gundermann presumía de no poner los pies jamás en la gran sala; ni siquiera enviaba a un representante oficial; pero se adivinaba allí todo un ejército a sus órdenes; reinaba en aquel lugar como dueño ausente y soberano, a través de la innumerable legión de corredores y agentes portadores de sus órdenes; eso sin contar sus hechuras o testaferros, tan numerosos además, que, cualquiera de los allí presentes resultaba en potencia el misterioso soldado de Gundermann. Y era contra aquel ejército imperceptible, por todas partes actuante, que había de luchar Saccard en persona, a pecho descubierto. Detrás de él, en el ángulo del pilar, había un banco, pero jamás se sentaba en él; permanecía en pie durante las dos horas del mercado, como despreciando la fatiga. A veces, en momentos de abandono, se limitaba a apoyar el codo en la piedra, que, por lo demás y a la altura de un hombre aparecía ennegrecida y pulimentada, debido a la suciedad de todos los contactos; y en la pálida desnudez del monumento contribuía un detalle característico aquella mugre reluciente, apreciable en las paredes, en las escaleras, en la sala, un basamento inmundo, el sudor acumulado de jugadores y de ladrones. Muy elegante, muy correcto, al igual que todos los bolsistas, Saccard tenía el aspecto amable y reposado de un hombre sin preocupaciones, en medio de aquellas paredes ribeteadas de negro.

—Usted sabe —dijo Moser bajando su tono de voz— que se le acusa de estar sosteniendo el alza a fuerza de considerables compras. Si el Universal juega con sus propias acciones, puede considerarse perdido.

Pero Pillerault protestaba.

— ¡Un nuevo chisme!… ¿Es que puede precisarse acaso quién compra y quién vende?… Si está allí es para atender a los clientes de su casa, lo que es muy natural. Y también se hallará por su propia cuenta, pues debe jugar.

Moser, por lo demás, no volvió a insistir. Nadie aún, en la Bolsa, hubiera

osado afirmar la terrible campaña llevada a cabo por Saccard, en relación con las compras que hacía por cuenta de la sociedad, con la cobertura de hombres de paja, tales como Sabatani, Jantrou y otros muchos; sobre todo empleados de su dirección. Sólo corría el rumor, cuchicheado al oído, desmentido y siempre renaciente, aunque sin posible prueba. Al principio, se limitó a sostener los cambios con prudencia, revendiendo en cuanto le era posible, para no inmovilizar demasiado los capitales y atiborrar las cajas de títulos. Pero ahora se veía ya arrastrado por la lucha previendo incluso, para aquel día, la necesidad de exageradas compras, si quería continuar siendo dueño del campo de batalla. Sus órdenes habían sido cursadas, y afectaba la calma sonriente de los días normales, pese a la incertidumbre sobre el resultado final, y la turbación que experimentaba en su fuero interno al comprometerse de aquella manera, más y más, en un camino que sabía espantosamente peligroso.

De pronto, Moser, que estuvo rondando al célebre Amadieu, enzarzado en una gran conferencia con un hombre menudo y ladino, regresó muy exaltado, balbuceando:

—Lo oí, estuve escuchándolo con mis propios oídos… Ha dicho que las órdenes de venta de Gundermann sobrepasan los diez millones… ¡Oh!, lo que es yo, vendo, ¡venderé hasta mi propia camisa!

—Diez millones, ¡diablos! —murmuró Pillerault, con la voz algo alterada —. Eso es una verdadera guerra, a navajazo limpio.

Y, en el clamor circulante que iba en aumento, acrecentado por todas las conversaciones particulares, no se palpaba allí otra cosa que aquel duelo feroz entre Gundermann y Saccard. No era posible distinguir las palabras, pero la algazara se había armado; y lo que zumbaba tan fuerte, sólo era el empeño, sosegado y lógico, que el uno tenía en vender, y la febril pasión por comprar que se sospechaba en el otro. Las noticias contradictorias que circulaban, y que al principio sólo fueron simples rumoreos, acabaron resonando como toques de trompeta. En cuanto abrían la boca, unos gritaban para hacerse oír en medio del alboroto; en tanto que otros, llenos de misterio, se acercaban al oído de sus interlocutores, y hablaban muy bajito incluso cuando nada tenían que decir.

— ¡Qué caramba!, ¡yo sigo en mi postura de alza! —dijo Pillerault, ya rehecho—. Hace un sol que no puede ser más hermoso, todo seguirá subiendo.

—Todo va a desplomarse —replicó Moser con su doliente obstinación—. No puede estar lejos la lluvia, esta noche no me dejaron dormir los nervios.

Pero la sonrisa de Salmon, que les escuchaba por turno, se hizo tan aguda, que ambos quedaron descontentos sin saber a ciencia cierta qué postura adoptar. ¿Acaso aquel diablo de hombre, tan extraordinariamente fuerte, tan

profundo y discreto, había encontrado una tercera forma de jugar, no estando al alza ni a la baja?

Situado en su pilar, Saccard veía aumentar en derredor suyo la barahúnda de aduladores y clientes. Tendían sus manos continuamente y él estrechaba las de todos, con la misma dichosa facilidad, poniendo en cada apretón una promesa de triunfo. Acercábanse algunos, intercambiaban una frase y salían a escape satisfechos. Muchos se obstinaban en permanecer allí, no le soltaban ni en broma, muy satisfechos con pertenecer a su grupo. Con frecuencia mostrábase amable, aun sin recordar el nombre de las personas que le hablaban. Así, fue preciso que el capitán Chave pronunciase el nombre de Maugendre, para que reconociese a éste. El capitán, reconciliado con su cuñado, le impulsaba a vender; pero el apretón de manos del director bastó para entusiasmar a Maugendre e infundirle una esperanza sin límites. A renglón seguido fue Sédille, el administrador y gran comerciante en sedas, quien quiso tener una consulta de un minuto. Su establecimiento comercial se hallaba en peligro, toda su fortuna se encontraba ligada a la del Universal, y ello hasta el punto que la posible baja significaría para él un derrumbamiento; y, ansioso, devorado por su pasión, teniendo otros disgustos a causa de su hijo Gustavo, que no lograba desenvolverse en casa de Mazaud, experimentaba la urgente necesidad de ser tranquilizado y animado. Con un golpecito en el hombro, Saccard le despidió, lleno de fe y de ardor. Hubo de soportar luego todo un desfile: Kolb, el banquero, que había realizado hacía tiempo, pero que gustaba de tantear el azar; el marqués de Bohain, que con su altanería de gran señor, afectaba frecuentar la Bolsa, por simple curiosidad y entretenimiento; el propio Huret, incapaz de mantener un enfado, demasiado sutil para no continuar siendo el amigo de las gentes hasta el día de la sumersión final, se acercaba por allí por si encontraba algo que recoger. Pero apareció Daigremont, y entonces se apartaron todos. Era muy poderoso, pudo constatarse su amabilidad, la forma en que bromeaba con ademanes de franca camaradería confianzuda. Los alcistas se mostraban radiantes, pues tenía reputación de ser hombre diestro, que sabía salir de las casas al primer signo de resquebrajamiento que presentaba el suelo; y podía considerarse como cierto que el Universal no se tambaleara aún. Otros, en fin, circulaban por allí que se limitaban a cruzar una mirada con Saccard, sus hombres, por decirlo así, los ayudantes encargados de dar las órdenes, comprando también a veces por su cuenta, en ese afán rabioso por el juego cuya epidemia diezmaba el personal de la calle de Londres, siempre al acecho, con el oído puesto en la cerradura, a la caza de informes. Y así fue como, por dos veces, Sabatani pasó por delante con su gracia muelle de italiano mezcla de oriental, simulando incluso no ver al patrón; en tanto que Jantrou, inmóvil, sólo a unos pasos de allí, volviendo la espalda, parecía estar entregado por entero a la lectura de los despachos de las Bolsas extranjeras, pegados en cuadros enrejados. El

corredor Massias, que, siempre de un lado para otro, fue a topar con el grupo, hizo un leve gesto de cabeza, para significar sin duda alguna respuesta, algún encargo cumplimentado a toda prisa. Y a medida que se iba acercando la hora de la apertura, el pisoteo sin fin, la doble corriente de la multitud surcando la sala, la llenaba de profundas sacudidas y del estruendo propio de una marea alta.

Se estaba a la espera del primer cambio.

En el corro, Mazaud y Jacoby, acababan de entrar juntos, saliendo del gabinete de los agentes de cambio con aires de correcta fraternidad. Se sabían sin embargo adversarios en la lucha sin cuartel que desde hacía semanas venía librándose, y que podía acabar con la ruina de uno de ellos. Mazaud, menudo, con su esbelto talle de hombre bien parecido, era de una vivacidad alegre, que venía a ser expresión de su, hasta aquel entonces, afortunada suerte; esa suerte que le había hecho heredero, a los treinta y dos años, del cargo de uno de sus tíos; en tanto que Jacoby, antiguo apoderado, convertido en agente siendo ya viejo, gracias a una serie de clientes que colaboraban con él como socios comanditarios, tenía el vientre redondeado y el paso lento de sus sesenta años, hombre de envergadura, canoso y calvo, exhibiendo una cara de buen diablo amante de los placeres. Y ambos, con sus carnets en la mano, hablaban buenamente del tiempo, como si no tuvieran allí, en aquellas escasas hojas, los millones que iban a cambiar, lo mismo que si fueran disparos en la mortífera refriega de la oferta y la demanda.

— ¿Eh?, ¡vaya helada!

— ¡Oh!, viene a pie, de modo que, ¡imagínese el encanto!

Llegados al corro, el amplio recinto circular, todavía limpio de papeles inútiles, de papeletas que se echan allí, se detuvieron un instante, apoyados, en la barandilla de terciopelo que lo rodea, sin dejar de decirse cosas banales e interrumpidas, aunque mirando de soslayo los alrededores.

Los cuatro tramos, en forma de cruz, cerrados por verjas; especie de estrella de cuatro ramas teniendo por centro el corro propiamente dicho, constituía el lugar sagrado prohibido al público; y, entre aquellas ramas, hacia delante, había, de un lado, otro compartimento, donde se hallaban los dependientes del contado, que dominaban los tres cotizadores, sentados en unas sillas altas, frente a sus inmensos registros; mientras que, hacia el otro lado, un compartimento más pequeño, abierto éste, llamado «la guitarra», a causa de su forma sin duda, permitía a los empleados y a los especuladores, ponerse en contacto directo con los agentes. Detrás, en el ángulo formado por las otras dos ramas o brazos, tenía lugar, entre la misma multitud, el mercado de las rentas francesas, donde cada agente se hallaba representado, lo mismo que en el mercado al contado, por un dependiente especial, con su carnet

también distinto; ya que los agentes de cambio, alrededor del corro, se ocupaban exclusivamente de las operaciones a plazo, entregados por entero a la desenfrenada tarea del juego.

Pero al percibir, en el tramo de la izquierda, a su apoderado Berthier que le hacía una señal, Mazaud se le acercó para intercambiar con él breves palabras en voz baja, ya que los apoderados sólo tenían derecho a estar en los tramos, a respetuosa distancia de la barandilla de terciopelo rojo, que mano profana alguna osaría tocar. Cada día iba así Mazaud a la Bolsa con Berthier y sus dos dependientes, el que operaba al contado y el de la renta, a los cuales se unía por lo general el liquidador de gravámenes; sin contar con el empleado a cargo de los despachos, que era siempre el pequeño Flory, con la cara cada vez más disminuida por su espesa barba, de la que sólo sobresalía el fulgor de sus tiernos ojos. Desde su ganancia de diez mil francos, al día siguiente de Sadowa, Flory, perturbado por las exigencias de Chuchu, convertida en caprichosa y devoradora, se había lanzado al juego perdidamente y por su cuenta, sin cálculo ni conocimiento alguno por lo demás, volcándolo todo al juego de Saccard cuyas indicaciones seguía con una fe ciega. Las órdenes, los telegramas que pasaban por sus manos, bastaban para guiarle. Y, cuando precisamente bajaba a toda prisa del telégrafo, instalado en el primer piso, con las manos llenas de despachos, hubo de hacer indicación a un portero para que llamase a Mazaud, que dejó a Berthier para aproximarse a la «guitarra».

—Señor, ¿precisa hoy abrirlos y clasificarlos? —Indudablemente, puesto que vienen así en masa… Y ¿qué es todo eso?

— ¡Oh!, referentes al Universal, órdenes de compra casi todos.

El agente, con mano experta, hojeaba los despachos, visiblemente satisfecho. Muy ligado con Saccard, con quien colaboraba desde hacía tiempo haciendo de doble en la Bolsa por sumas considerables, habiendo incluso recibido de él aquella mañana órdenes de compra enormes, Mazaud había acabado por ser el agente titular del Universal. Y, aunque sin gran inquietud hasta entonces, aquel persistente apasionamiento del público, esas compras obsesivas, a pesar de la exageración de los cambios, le tranquilizaban. Entre los firmantes de los despachos, un nombre llamó su atención, el de Fayeux, el recaudador de rentas de Vendôme, que debía tener una clientela numerosa de pequeños compradores, entre los granjeros, los feligreses y los curas de su provincia, pues no pasaba semana sin que enviase en aquella forma telegramas y más telegramas.

—Entregue esto en el contado —dijo Mazaud a Flory—. Y no espere a que le bajen los despachos, ¿sabe usted? Permanezca arriba y cójalos usted mismo.

Flory fue a apoyarse de codos a la balaustrada del condado, gritando a voz en cuello:

— ¡Mazaud! ¡Mazaud!

Y fue Gustavo Sédille quien se acercó, pues en la Bolsa, los empleados pierden su nombre; no tienen más que el del agente a quien representan. El propio Flory se llamaba Mazaud. Después de haber abandonado el empleo durante casi dos años, Gustavo acababa de incorporarse de nuevo, con el fin de decidir a su padre a pagar sus deudas; y, ese día, en ausencia del dependiente principal, tenía a su cargo el contado, lo que parecía divertirle mucho. Habiéndose inclinado Flory a su oído, convinieron ambos en no comprar para Fayeux más que al último cambio, después de haber jugado para sí al amparo de sus órdenes, comprando y volviendo a vender al principio en nombre de su hombre de paja habitual, para poder cobrar la diferencia, puesto que les parecía que el alza estaba asegurada.

Entretanto, Mazaud se fue de nuevo hacia el corro. A cada paso sin embargo, un portero le entregaba, de parte de algún cliente que no había podido acercársele, una tarjeta en la que aparecía una orden garrapateada con lápiz. Cada agente tenía su tarjeta particular y característica, de un color especial, rojo, amarillo, azul, verde, para que pudiera ser reconocida con facilidad. La de Mazaud era verde, color de la esperanza; y los papelitos verdes continuaban amontonándose entre sus dedos, en el continuo ajetreo de los guardianes, que los cogían al final de los tramos, de las manos de los empleados y especuladores, provistos todos ellos de buen número de aquellas tarjetas, con el fin de ganar tiempo. Cuando se detenía de nuevo junto a la barandilla de terciopelo, volvió a encontrarse allí con Jacoby, quien, como él, llevaba consigo un puñado de tarjetas que iba aumentando sin cesar; tarjetas rojas, de un color rojo de sangre fresca extendida: obedeciendo sin duda tal circunstancia a órdenes de Gundermann y de sus leales, pues nadie ignoraba que Jacoby, en la degollina que se preparaba, era el agente de los bajistas, el principal ejecutor de los altos manejos de la banca judía. Y hablaba ahora con otro agente, Delarocque, cuñado suyo, un cristiano que había contraído matrimonio con una judía, un hombre grueso, coloradote y rechoncho, muy calvo, lanzado al mundo de los corros, conocido por recibir las órdenes de Daigremont, e indispuesto desde hacía poco con Jacoby, como en otro tiempo le ocurriera con Mazaud. La historia que narraba Delarocque, una aventura de pésimo gusto referente a una mujer que había regresado a casa sin camisa, encendía sus parpadeantes ojos, mientras con mímica apasionada, agitaba su carnet, del que desbordaba el paquete de sus tarjetas, azules éstas, de un azul tenue propio de un cielo del mes de abril.

—El señor Massias pregunta por usted —vino a decirle a Mazaud un guardián.

Este último volvió apresuradamente al extremo del tramo.

El corredor, completamente a sueldo del Universal, le traía noticias del Bolsín que funcionaba ya bajo el peristilo, a pesar de la terrible helada. Algunos espectadores se arriesgaban incluso, entrando de vez en cuando a calentarse en la sala, mientras que los corredores del Bolsín, enfundados en gruesos gabanes, con los cuellos de pieles alzados, aguantaban a pie firme, formando círculo como de costumbre, debajo del reloj, animándose entre sí, gesticulando tan fuerte que apenas si notaban el frío. Y el menudo Nathansohn mostrábase de los más activos, en vías de convertirse en un gran señor, favorecido por la suerte, desde el día en que, como simple empleadillo dimitido del Crédito Mobiliario, tuvo la ocurrencia de alquilar una habitación y abrir una taquilla.

Con acelerada voz, se puso a explicar Massias que los cambios iban a sufrir una flexión bajo el peso del paquete de valores con que los bajistas agobiaban el mercado; Saccard acababa de concebir la idea de operar en el Bolsín, para poder influir así en el primer cambio oficial del correo. El Universal había cerrado la víspera a 3.030 francos; y había dado la orden a Nathansohn de comprar cien títulos que, otro corredor del Bolsín debía ofrecer a 3.035 francos. Lo que significaba una mejora de cinco francos.

— ¡Bueno está!, ¡ya nos llegará el cambio! —dijo Mazaud.

Y volvió de nuevo a mezclarse entre el grupo de agentes, que allí aparecían en su totalidad. Estaban presentes, pues, los sesenta, haciendo ya entre ellos, y pese a las prohibiciones del reglamento, los correspondientes negocios al cambio medio, en espera del toque de campana de rigor. Las órdenes dadas a un cambio establecido de antemano, no influían en el mercado, puesto que había que esperar a que llegase esa cotización; en tanto que las órdenes dadas para vender al mejor cambio, o sea aquellas cuya ejecución quedaba al libre albedrío y buen olfato del agente, eran las que determinaban la continua oscilación de las distintas cotizaciones. Un buen agente estaba hecho de sagacidad y presciencia, cerebro de rápidas reacciones y ágiles músculos, pues la rapidez era muy a menudo la que aseguraba el éxito; todo ello sin contar con la necesidad de estar bien relacionado con la alta banca, con informes recogidos un poco por todas partes, despachos recibidos de las Bolsas francesas y extranjeras; anticipándose en todo caso, claro está, a la información que pudieran tener todos los demás. Y precisaba todavía una voz fuerte, para gritar a fondo.

A todo esto sonó la una, el volteo de la campana pasó como una ráfaga de viento sobre la violenta marejada de cabezas; y aún no se había extinguido la última vibración, cuando Jacoby, con las manos apoyadas en la barandilla de terciopelo, soltaba con voz mugiente, la más sonora con que contaba la compañía:

—Tengo del Universal… Tengo del Universal…

No fijaba precio, esperando a que surgiese la demanda. Los sesenta agentes se habían acercado y formaban círculo alrededor del corro, donde algunas tarjetas lanzadas ya producían el efecto de muchas de vivos colores. Cara a cara, observábanse entre sí, se tanteaban como hacen los duelistas antes de lanzarse a fondo, muy impacientes por ver establecerse el primer cambio.

—Tengo del Universal —repetía Jacoby con su rugiente voz de bajo—. Tengo del Universal.

— ¿A qué cambio, el Universal? —preguntó Mazaud con voz fina, pero tan aguda, que incluso dominaba la de su colega, lo mismo que un canto de flauta se oye por encima de un acompañamiento de violoncelo.

Y Delarocque propuso entonces el cambio de la víspera.

—A 3.030, tomo el Universal.

Pero inmediatamente, otro agente hizo una puja.

—A 3.035, envíe el Universal.

Era el cambio del Bolsín que llegaba, impidiendo el arbitraje que Delarocque debía preparar: una compra en el corro y una rápida venta en el Bolsín, para embolsar los cinco francos de alza. También Mazaud se decidió, seguro de merecer la aprobación de Saccard.

—A 3.040, tomo… Envíe el Universal a 3.040.

— ¿Cuántos? —hubo de preguntar Jacoby.

—Trescientos.

Uno y otro escribieron una línea escasa en su carnet respectivo; el trato estaba hecho, había sido fijado el primer cambio, con un alza de diez francos sobre el de la víspera. Mazaud se apartó unos momentos y fue a dar la cifra a aquel de los cotizadores que tenía el Universal en su registro. Entonces, durante veinte minutos, aquello fue como una verdadera esclusa abierta: los cambios de los valores habían sido igualmente establecidos, todo el paquete de negocios manejados por los agentes, se concluía sin grandes variaciones. Y, mientras tanto, los cotizadores, situados en alto, cogidos entre el alboroto del corro y el del contado, que funcionaba asimismo febrilmente, a duras penas si podían inscribir todas las nuevas cotizaciones que acababan de lanzarles los agentes y los empleados. En la parte de atrás, la renta también se enardecía. Desde que se abriera el mercado, ya no era sólo la multitud la que zumbaba, con el continuo ruido de los grandes caudales de agua; sobre aquel formidable runruneo, elevábanse ahora los gritos discordantes de la oferta y la demanda, un chillido característico, que subía, bajaba, se detenía para volver de nuevo a

empezar en notas desiguales y desgarradas, como si fueran agudas llamadas de aves de rapiña en plena tempestad.

Saccard permanecía sonriente, de pie junto a su pilar. Su corte había aumentado más aún, el alza de diez francos conseguida por el Universal acababa de emocionar a la Bolsa, pues se venía pronosticando, desde hacía tiempo, una hecatombe para el día de la liquidación. Huret se le acercó junto con Sédille y Kolb, afectando lamentar muy en serio su prudencia, que le había impulsado a vender sus acciones, en cuanto llegó el cambio a 2.500; en tanto que Daigremont, con aire desinteresado, paseando con el marqués de Bohain, a quien llevaba cogido del brazo, explicaba a éste alegremente la derrota de su cuadra, en las carreras de otoño. Pero era sobre todo Maugendre quien se sentía triunfante, no cesando de abrumar al capitán Chave, que seguía sin embargo obstinado en su pesimismo, diciendo que había que esperar hasta el fin. Y la misma escena se reproducía entre Pillerault jactancioso y Moser melancólico; el uno radiante con aquella locura del alza, y el otro apretando los puños, hablando de aquella alza pertinaz, imbécil, como de un animal rabioso, que acabaría no obstante por sucumbir.

Transcurrió una hora; los cambios eran aproximadamente los mismos, continuaban las operaciones en el corro, con menos vigor, a medida que lo exigían las nuevas órdenes y despachos que iban llegando. Y así ocurría que, hacia la mitad de cada sesión de Bolsa, había una especie de receso o disminución de actividad, la calma propia de las transacciones corrientes, en espera de la lucha decisiva del último cambio. Seguía oyéndose sin embargo el mugido de Jacoby, que cortaban las notas agudas de Mazaud, enzarzados uno y otro, en operaciones con prima. «Tengo del Universal a 3.040, con prima de 15… Tomo del Universal a 3.040, con diez… ¿Cuántos?… Veinticinco… ¡Envíelos!» Debían ser órdenes de Fayeux las que Mazaud ejecutaba, pues muchos de los jugadores de provincias, para limitar su pérdida, y antes de osar lanzarse en firme, compraban y vendían con prima. Luego, repentinamente, empezó a esparcirse un rumor, alzáronse voces irregulares: el Universal acababa de bajar cinco francos; y, golpe tras golpe, bajó diez, quince francos, hasta caer a 3.025.

En aquel preciso momento, Jantrou, que reapareció después de una breve ausencia, le decía a Saccard al oído que la baronesa de Sandorff se hallaba allí, en la calle Brongniart, en su cupé, y que le había encargado preguntase si era menester vender. Aquella pregunta hecha en el momento en que los cambios fluctuaban, le exasperó enormemente. Imaginaba, veía en su mente al cochero inmóvil, erguido sobre el pescante y a la baronesa consultando su carnet, igual que si se hallara en casa con los cristales de la ventanilla cerrados. Y respondió:

— ¡Que me deje en paz!, y ¡si se decide a vender la estrangulo!

Ante el anuncio de quince francos de baja, Massias acudió precipitadamente, lo mismo que ante un toque de alarma, presintiendo que sus servicios serían necesarios. En efecto; Saccard que había preparado un golpe para elevar el último cambio, un despacho que debía ser enviado desde la Bolsa de Lyon, donde el alza era segura, dio muestras de empezar a inquietarse, al ver que no llegaba ese despacho; y aquella precipitada baja de quince francos, imprevista por lo demás, podía traer consigo un desastre.

Hábilmente, Massias sin detenerse ante él, limitóse a rozarle con el codo, al tiempo que, con el oído presto, recibía la oportuna orden.

—Rápido, a Nathansohn, cuatrocientos, quinientos, lo que sea necesario.

Había ocurrido esto con tal rapidez, que Pillerault y Moser fueron los únicos en darse cuenta. Y se lanzaron sobre Massias, pisándole los talones, para saber. Desde que estaba a sueldo del Universal, Massias había adquirido una importancia enorme. Trataban de sonsacarle, de leer por encima de su hombro las órdenes que recibía. Y él mismo, ahora, realizaba ya magníficas ganancias. Con su humildad sonriente de hombre poco afortunado, al que la vida tratara con aspereza hasta entonces, mostrábase asombrado y manifestaba ser soportable aquella perruna vida de la Bolsa, donde ya no decía que precisaba ser judío para triunfar.

En el Bolsín, en la corriente de aire helado del peristilo, donde el mortecino sol de las tres no calentaba gran cosa, el Universal había bajado menos rápidamente que en el corro. Y Nathansohn, advertido por sus corredores, acababa de realizar el arbitraje que no había podido conseguir Delarocque al principio: comprador en la sala a 3.025, había vuelto a vender bajo la columnata a 3.035. Sucedió todo ello en menos de tres minutos, y ganaba en la operación sesenta mil francos. En el corro, la compra hacía ya subir ese valor a 3.030, debido al efecto de equilibrio que los dos mercados, el legal y el tolerado, ejercían el uno sobre el otro. No cesaba el galopar de los empleados, de la sala al peristilo, manejando los codos para abrirse paso por entre la multitud. Parecía sin embargo ir a flojear el cambio en el Bolsín, cuando la orden de Massias llevaba a Nathansohn hizo que se mantuviera a 3.035, para conseguir alzarlo seguidamente a 3.040, en tanto que, como contragolpe, el valor volvía a cotizarse, también en el corro, al primer cambio. Resultaba difícil no obstante mantenerlo allí, pues la táctica de Jacoby y demás agentes que operaban en nombre de los jugadores a la baja, era, evidentemente, reservar las ventas de volumen para la última etapa de la sesión de Bolsa, con la finalidad de aplastar el mercado y dar lugar a un hundimiento, en el desarrollo de la última media hora. Saccard advirtió tan bien el peligro que, mediante un signo convenido, advirtió a Sabatani, dedicado en aquellos momentos a fumarse un cigarrillo sólo a unos pasos de allí, con su aire desinteresado y lánguido de hombre mujeriego; y, en seguida,

escurriéndose mañosamente con la sutileza de una culebra, este último se desplazó hasta la «guitarra», donde, con el oído al acecho, siguiendo los cambios, no cesó de enviar a Mazaud una serie de órdenes, en tarjetas verdes, de las que iba bien provisto. Pese a todo, el ataque era tan rudo, que el Universal bajó de nuevo cinco francos.

Sonaron los tres cuartos; ya no quedaba más que un cuarto de hora para que el toque de campana indicase la del cierre. En aquel momento la multitud formaba remolinos y gritaba, como flagelada por algún tormento infernal; el corro parecía estar ladrando, lanzaba verdaderos aullidos con cascadas resonancias propias de calderas que se quiebran. Y fue entonces cuando se produjo el incidente tan ansiosamente esperado por Saccard.

El pequeño Flory, que, desde el principio de la sesión, no había dejado de bajar del telégrafo, cada diez minutos, con las manos llenas de despachos, reapareció por allí una vez más, hendiendo la multitud y leyendo esta vez un telegrama, cuyo contenido parecía tenerle encantado.

— ¡Mazaud! ¡Mazaud! —llamó una voz.

Y Flory, con toda naturalidad, volvió la cabeza, como hubiera podido responder a la llamada de su propio nombre. Era Jantrou que quería saber. Pero el dependiente le dio un empellón; iba demasiado embalado, sumido en el gozo de decirse a sí mismo que el Universal terminaría en alza; pues el despacho anunciaba que el valor subía en la Bolsa de Lyon, donde tuvieron lugar compras de tal importancia que la Bolsa de París forzosamente habría de resentirse a virtud de ese contragolpe. Y, en efecto, otros telegramas iban llegando ya; gran número de agentes recibían órdenes. El resultado fue inmediato y considerable.

—A 3.040, tomo el Universal —repetía Mazaud con su exasperada voz de prima.

Y Dalarocque, desbordado por la demanda, encarecía el valor en cinco francos.

—A 3.045, tomo…

—Tengo, a 3.045 —mugía Jacoby—. Doscientos a 3.045.

— ¡Envíe!

Mazaud entonces, subió también.

—Tomo a 3.050.

— ¿Cuánto?

— ¡Quinientos…! ¡Envíe!

Pero el pavoroso alboroto iba tomando tal incremento, en medio de una gesticulación epiléptica, que los propios agentes ya no se entendían. Así y todo, el furor profesional que les agitaba y de que estaban imbuidos, hacía que siguieran operando mediante simples gestos, puesto que los bajos cavernosos de las voces de algunos de ellos abortaban, mientras que las aflautadas de los otros se agudizaban al mínimo hasta llegar a esfumarse. Veíanse abrir las enormes bocas, sin que ningún ruido neto pareciera salir de ellas; sólo hablaban las manos: un gesto de dentro afuera, que ofrecía, otro gesto de afuera adentro, que aceptaba; los dedos levantados indicaban las cantidades, las cabezas decían sí o no, con un gesto. Aquello sólo parecía inteligible a los iniciados, como uno de esos arranques de demencia que flagelan a las multitudes. Arriba, en la galería del telégrafo, veíanse asomar cabezas de mujer, estupefactas, aterradas, ante el extraordinario espectáculo. En la renta, hubiérase dicho existir una riña, un grupo central en donde, en forma encarnizada, parecían liárselas a puñetazos, en tanto que la doble corriente de público que atravesaba aquel lado de la sala, conseguía desplazar los grupos, deshechos y vueltos a rehacer incesantemente, en continuos remolinos. Entre el contado y el corro, por encima de la desencadenada tempestad de cabezas, ya no quedaban más que los tres cotizadores, sentados en sus altas sillas, semejando sobrenadar como los restos de un naufragio, con la enorme mancha blanca de su registro, sufriendo tirones hacia la izquierda, tirones a la derecha, debido a la rápida fluctuación de los cambios que les lanzaban. En el compartimiento del contado sobre todo, los apretujones llegaban a su colmo, como una masa compacta de cabelleras, ni siquiera de rostros, un hervidero sombrío que sólo conseguían contrarrestar en cierto modo, las notas claras de los carnets, agitados en el aire. Y en el corro, alrededor de la cubeta que las fichas estrujadas tenían convertida en una doración de todos los colores, agrisábanse las cabelleras, relucían los cráneos, se distinguía la palidez de las caras impresionadas, de las manos tendidas febrilmente; toda la mímica danzante de los cuerpos, en fin, expresada más a sus anchas en aquel ambiente, como próximos a devorarse, si la barandilla no les hubiera contenido. Aquella exasperación de los últimos minutos habíase apoderado ya del público, la gente se aplastaba en la sala, el trasiego de pisadas era enorme, aquello semejaba la desbandada de un enorme rebaño suelto por un corredor demasiado estrecho; y en el eclipsamiento de las levitas, sólo los sombreros de copa espejeaban bajo la difusa luz que caía a través de las vidrieras.

Pero, de pronto, un toque de campana pareció hendir el tumulto. Todo quedó en calma, cesaron los ademanes, y callaron las voces, lo mismo en el contado, en la renta que en el corro. Sólo quedaba allí el sordo zumbido del público, como la ininterrumpida voz de un torrente vuelto a su lecho, del que acababa de salirse. Y, por entre la persistente agitación, circulaban los últimos cambios, el Universal había subido a 3.060, con un alza por consiguiente de

treinta francos sobre la cotización de la víspera. La derrota de los jugadores a la baja era completa; una vez más, la liquidación iba a resultar desastrosa para ellos, pues las diferencias de la quincena se saldarían por sumas considerables.

Antes de abandonar la sala, Saccard se irguió cuanto pudo como para abarcar mejor, de una sola ojeada, la multitud a su alrededor. Se sentía realmente crecido, como elevado por un triunfo tal, que toda su menuda persona parecía hincharse, alargándose hasta hacerse enorme. A quien por lo visto buscaba, por encima de aquel conglomerado de cabezas, era a Gundermann, ausente ya; al Gundermann a quien hubiera querido ver derrotado, gesticulando, pidiendo clemencia; pero aspiraba por lo menos al consuelo de que todas esas hechuras desconocidas del judío, toda la sucia judería que allí se encontraba, hosca, huraña, le viese en persona, transfigurado, en la gloria de su éxito. Fue aquélla su gran jornada, de la que todavía se habla, como se sigue hablando de la de Austerlitz y de la de Marengo. Sus clientes, sus amigos, habían acudido precipitadamente. El marqués de Bohain, Sédille, Kolb, Huret, le estrechaban las dos manos, en tanto que Daigremont, con la falsa sonrisa de su amabilidad mundana, le cumplimentaba por su parte, sabiendo, como sabía, que en la Bolsa se muere de semejantes victorias. Maugendre le habría besado en las dos mejillas, exaltado, exasperado, al ver al capitán Chave encogerse de hombros a pesar de todo. Pero la adoración completa, religiosa, era la de Dejoie, que, llegado del periódico a todo correr, para saber inmediatamente cuál había sido el último cambio, permanecía inmóvil a algunos pasos, como clavado por la ternura y la admiración, con los ojos humedecidos en lágrimas. Jantrou había desaparecido, para llevar sin duda la noticia a la baronesa de Sandorff. Massias y Sabatani, respiraban hondo, radiantes, como en el atardecer triunfal de una gran batalla.

— ¿Lo están viendo?, ¿qué les decía yo? —gritaba Pillerault entusiasmado.

Moser, con la cara muy larga, refunfuñaba sordas amenazas.

—Sí, sí, al final de la zanja está la voltereta… La carta de Méjico por pagar, los asuntos de Roma que se enredaban más aún después de Mentana, Alemania que se nos va a echar encima cualquier día de éstos… Sí, sí, y esos imbéciles que todavía se atreven a subir más, para caer por lo visto desde más alto. ¡Ah!, ¡bien negro se presenta todo, ya tendrán ocasión de verlo!

Como viera luego que Salmon permanecía serio esta vez, mirándole fijamente añadió:

—Opina usted lo mismo, ¿no es eso? Cuando todo marcha demasiado bien, es porque está presto a derrumbarse.

Mientras tanto, la sala se iba vaciando, y muy pronto no quedaría allí otra cosa, en el aire, que la humareda de los cigarros, una nube azulada, espesa y amarillenta, producida por el flotar acumulado de toda clase de polvos. Mazaud y Jacoby, serenados ya, habían entrado juntos en el despacho de los agentes de cambio; el segundo de ellos más conmovido por secretas pérdidas personales que por la derrota de sus clientes; el primero, en cambio, que no jugaba nunca, vivía gozoso el último cambio, tan valientemente alzado. Estuvieron charlando unos minutos con Delarocque respecto a los recíprocos compromisos contraídos, llevando en la mano sus carnets, llenos de notas, que sus liquidadores debían examinar a partir de aquella misma noche, para puntualizar los negocios hechos. Durante ese tiempo, en la sala destinada a los dependientes, una sala baja, cortada por gruesos pilares, semejante a un aula tenida en abandono, con sus hileras de pupitres y un vestuario al fondo, Flory y Gustavo Sédille, que fueron en busca de sus sombreros ponían de manifiesto ruidosamente su regocijo, en espera de conocer el cambio medio que los empleados del sindicato, en uno de los pupitres, llegaban a establecer previo considerar el cambio más alto y el más bajo. Hacia las tres y media, cuando el cartel quedó pegado en uno de los pilares, ambos empezaron a lanzar resoplidos, a cloquear, imitando el canto del gallo, por el contento que les producía la magnífica operación que habían realizado, traficando sobre las órdenes de compra de Fayeux. Aquello significaba un par de solitarios para Chuchu que por entonces tiranizaba a Flory con sus exigencias, y un semestre anticipado para Germaine Coeur que Gustavo había cometido la estupidez de quitar definitivamente a Jacoby, quien acababa de tomar por meses una amazona del Hipódromo. A todo esto, el estrépito continuaba en la sala de los empleados, bromas idiotas, un continuo aplastamiento de sombreros, en medio de empellones más propios de colegiales que estuvieran en el recreo. Y, por otra parte, bajo el peristillo del Bolsín, se acababan de cerrar los negocios y Nathansohn se decidía por fin a bajar los escalones, encantado de su arbitraje, entre la oleada de los últimos especuladores, que se retrasaban a pesar del terrible frío que se había desencadenado. A partir de las seis, todo ese mundo de jugadores, de agentes de cambio, de personal del Bolsín y de empleados, después de haber, los unos calculado su ganancia o su pérdida, los otros hecho sus cuentas de corretaje, iban a ponerse el frac, para acabar de aturdir su jornada, con su tergiversado concepto del dinero, en los restaurantes y en los teatros, las veladas mundanas y las alcobas galantes.

Aquella noche, en el París que vela y se divierte, no se habló de otra cosa que del formidable duelo entablado entre Gundermann y Saccard. Las mujeres entregadas por entero al juego por pasión y por moda, presumían de utilizar los términos técnicos de liquidación, prima, doble, prima de demora, aunque desde luego sin llegar a entenderlos. Se comentaba sobre todo la crítica posición en que se hallaban los bajistas que, después de tantos meses, y con

motivo de cada nueva liquidación, venían pagando diferencias cada vez más fuertes, a medida que el Universal subía, sobrepasando todo límite razonable. Ciertamente, muchos de ellos jugaban en descubierto y se hacían aplazar la operación, al no poder librar los títulos; seguían sin embargo su encarnizada lucha, continuaban sus operaciones a la baja, con la esperanza en una próxima hecatombe de las acciones; pero a pesar de los «dobles», que tendían a incrementarse a medida que el dinero iba escaseando, los bajistas, agotados, rendidos, llevaban camino de ser aniquilados si seguía el alza. La verdad sea dicha, la situación de Gundermann, que aparecía como su jefe omnipotente, era totalmente diferente, pues tenía en sus sótanos su millar de millones, inacabables ejércitos que seguía enviando a la matanza, por larga y mortífera que resultase la campaña. En eso consistía su invencible fuerza, en poder seguir vendiendo al descubierto, con la certidumbre de poder pagar siempre sus diferencias, hasta el día en que la baja fatal le diera la victoria.

Se hablaba mucho de ello, se calculaban las considerables sumas que debía haber malbaratado ya, al hacer avanzar de ese modo, el 15 y el 30 de cada mes, semejantes a hileras de soldados que se llevan las balas de cañón, sacos y sacos de escudos que se fundían en el fuego de la especulación. Jamás había sufrido en la Bolsa un ataque tan rudo a su poderío, que quería fuese en todo momento soberano e indiscutible; pues si se limitaba a ser, como le gustaba repetir con frecuencia, un simple comerciante de dinero, y no un jugador, tenía plena conciencia al propio tiempo de que, para seguir siendo ese comerciante, el primero del mundo, precisaba ser poseedor de la fortuna pública, en cualquier instante ser el dueño absoluto del mercado; y si se prestaba a la lucha, no era por la ganancia inmediata sino por su propia soberanía, en aras a su existencia misma. De ahí, la fría obstinación, la brutal grandeza de la lucha. Podía encontrársele por los bulevares, a lo largo de la calle Vivienne, con su pálido e impasible semblante, su paso de viejo acabado, sin que nada en él delatase la menor inquietud. No creía más que en la lógica. Para las acciones del Universal, por encima del cambio de dos mil francos, empezaba a su juicio la locura; en llegando a tres mil, la locura se convertía en pura demencia; tenían forzosamente que caer, como la piedra lanzada al aire cae sin remedio; por ello esperaba pacientemente. ¿Llegaría, caso necesario, hasta el fin, arriesgando su millar de millones? Cundía alrededor de Gundermann un tembloroso estremecimiento de admiración; se ardía en deseos por parte de algunos, de verle por fin devorar; en tanto que Saccard, que suscitaba un entusiasmo mucho más tumultuoso, tenía consigo a las mujeres, los salones todo aquel precioso y confiado mundo de los jugadores, que tan bonitas diferencias venían embolsándose, desde que acuñaban moneda con su fe, traficando sobre el monte Carmelo y Jerusalén. La ruina próxima de la alta banca judía estaba decretada, el catolicismo iba a tener el imperio del dinero, lo mismo que había tenido el de las almas. Sólo que, si sus tropas ganaban en

firme, Saccard en cambio estaba a punto de quedarse sin un céntimo, a fuerza de tener que vaciar sus cajas para realizar sus continuas y forzadas compras. De doscientos millones disponibles, cerca de los dos tercios acababan de ser inmovilizados de ese modo: el volumen de prosperidad resultaba excesivo y el triunfo asfixiante, hasta el extremo de producir ahogo. Toda sociedad que aspira a ser dueña de la Bolsa, para mantener la cotización de sus acciones, es empresa condenada al fracaso. Por lo mismo y en los comienzos, sólo había intervenido con prudencia. Pero él siempre fue hombre de imaginación, veía las cosas demasiado en grande, hasta llegar a transformar en poemas sus turbios trasiegos de aventurero; y, en esta ocasión, con aquel negocio realmente colosal y próspero, llegaban a transcurrir por su mente extravagantes sueños de conquista, que le impulsaban a una idea tan loca, tan enorme, que ni siquiera se la formulaba claramente a sí mismo. ¡Ah!, ¡si él hubiera dispuesto de millones, de millones sin limitación, como esos sucios judíos! Y lo peor del caso era que veía el próximo fin de sus tropas, tan sólo algunos millones más, buenos para la matanza. Después, si venía la baja, le tocaría a su vez pagar diferencias; en cuyo caso, y al no poder hacerse con los títulos tendría que aplazar la operación. En su victoria, el más significante guijarro sería suficiente para hacer volcar su vasta máquina. Se tenía la sorda conciencia de que así era en efecto, incluso entre los incondicionales, esos que creían en el alza como creen en Dios. Y eran precisamente esas circunstancias las que acababan de apasionar a París; ese ambiente de confusión y de duda en que se estaba maniobrando, aquel duelo entre Saccard y Gundermann, para sostener el cual el vencedor perdía toda su sangre; el cuerpo a cuerpo que estaban presenciando de los dos monstruos legendarios, aplastando entre ellos a los pobres diablos que se arriesgaban a seguir su juego, amenazando con estrangularse el uno al otro sobre el montón de ruinas que iban apilando a su alrededor.

Bruscamente, el 3 de enero, al día siguiente mismo de la fecha en que habían sido ordenadas las cuentas de la última liquidación, el Universal bajó cincuenta francos. Se produjo una fuerte emoción. A decir verdad, todos los valores habían bajado; el mercado, agotadas sus fuerzas desde hacía tiempo, henchido más de la cuenta, crujía por todas partes; dos o tres negocios turbios se hundieron con estrépito; y, por lo demás se hubiera debido estar habituado a esos saltos violentos de los cambios, que a veces varían en varios centenares de francos, en una misma Bolsa, alocados, semejantes a la aguja de la brújula en medio de una tempestad. Pero, por el enorme estremecimiento que produjo, todos sintieron el principio de la hecatombe. El Universal bajaba, corrió la voz, en un clamor de multitud, hecho de asombro, de esperanza y de miedo.

Desde el día siguiente, Saccard, entero y sonriente en su puesto, ponía a flote el cambio, consiguiendo un alza de treinta francos, gracias a las considerables compras ordenadas. Sólo que, el día 5, pese a sus esfuerzos, la

baja fue de cuarenta francos. El Universal ya no estaba más que a tres mil. Y, desde entonces, cada día trajo consigo su correspondiente lucha. El 6, el Universal remontaba su cotización. El 7, el 8, bajaba ésta de nuevo. Tratábase de un movimiento irresistible, que lo arrastraba poco a poco, en una caída lenta. Iba a desempeñar el papel de víctima propiciatoria, haciéndole expiar la locura de todos, los crímenes de otros negocios de menos envergadura, de ese pulular de empresas turbias, caldeadas a fuerza de reclamos, crecidas lo mismo que hongos monstruosos en la tierra negra fermentada del reino. Pero Saccard, que ya no conciliaba el sueño, que todas las tardes a primera hora volvía a su puesto de combate, junto a su pilar, seguía viviendo en la alucinación de la victoria siempre posible. Como jefe de ejército convencido de la excelencia de su plan, sólo cedía el terreno paso a paso, sacrificando sus últimos soldados, vaciando las cajas de la sociedad de sus últimos sacos de escudos, para obstruir el camino a los asaltantes. El 9, todavía obtuvo una señalada ventaja: los bajistas se echaron a temblar, retrocedieron, ¿se engordaría una vez más, la liquidación del 15, con sus despojos? Y él, carente ya de recursos, reducido a lanzar papel a la circulación, osaba ahora, igual que esos hambrientos que ven inmensos festines en el delirio de su hambre, confesarse a sí mismo el prodigioso e imposible objetivo que había concebido su imaginación y hacia el cual tendía; la gigantesca idea de rescatar todas las acciones, para tener así a los vendedores al descubierto, ligados de pies y manos, a su entera disposición. Semejante maniobra fue llevada a cabo por una pequeña compañía de ferrocarriles, la empresa emisora había recogido todo el papel existente en el mercado; y los vendedores, no pudiendo entregar los títulos, se habían convertido en esclavos, forzados a ofrecer su fortuna y su persona. ¡Ah!, ¡si él hubiera tenido en su mano acosar, asustar a Gundermann hasta tenerle sujeto, impotente, obligándole a ponerse al descubierto! ¡Si hubiera podido verle de ese modo, una mañana, llevando consigo su millar de millones, suplicándole que no lo cogiera entero, que le dejase los diez sueldos diarios que costaba la leche con la cual se alimentaba! Lo único era que, para dar semejante golpe, necesitaba de setecientos a ochocientos millones. Había ya lanzando doscientos al abismo, y eran quinientos o seiscientos más, los que precisaba poner en línea de batalla. Con seiscientos millones, se veía capaz de barrer a los judíos, se convertía en el rey del oro, en el amo del mundo. ¡Qué sueño!, y en su mente aquello resultaba muy sencillo, la idea del valor del dinero se encontraba abolida al llegar a ese grado de fiebre; allí ya no había más que peones que era cuestión de ir colocando sobre el tablero. En sus noches de insomnio, ponía en pie de guerra a ese ejército de seiscientos millones y hacía que se mataran por su gloria, victorioso al fin en medio de los desastres, sobre las ruinas de todo.

El día 10, Saccard tuvo por desgracia una terrible jornada. En la Bolsa, siempre estaba rebosante de alegría y de calma. Y jamás hubo guerra no

obstante, que tuviese aquella muda ferocidad, un degüello de cada hora, la asechanza emboscada por doquier. En aquellas batallas del dinero, sordas y cobardes, en las que se despanzurra a los débiles, sin que se produzca el menor ruido, ya no hay lazos, parentesco, ni amistad que valga: priva únicamente la ley del más fuerte, que fuerza a comer para no ser comido. Y ésa era la razón de que se sintiera absolutamente solo, sin otro sostén que su insaciable apetito, que le mantenía en pie dispuesto incesantemente a devorar. Temía sobre todo la jornada del 14, en que debía tener lugar la resolución de primas, o sea la decisión del comprador al vencimiento del plazo. Pero aún encontró dinero para los tres días que precedieron y el 14 en lugar de traer consigo una catástrofe, fortaleció al Universal, que, el 15, acabó en liquidación a 2.860, sólo con una baja de cien francos respecto al último cambio de diciembre. Había temido un desastre y afectó creer en una victoria. En realidad, por primera vez, los bajistas conseguían superarle, percibían al fin diferencias, ellos que venían pagando desde hacía meses; y, al cambiar de signo la situación, tuvo que hacer un doble a través de Mazaud, quien se encontró desde entonces fuertemente comprometido. La segunda quincena de enero iba a ser decisiva.

Desde que luchaba en tal forma, entre sacudidas diarias que le lanzaban y volvían a sacar del abismo, Saccard experimentaba cada noche una necesidad desenfrenada de atolondramiento. No podía permanecer solo, cenaba fuera de casa, acabando sus noches al cuello de una mujer. Jamás en su vida había quemado etapas de aquel modo, haciendo acto de presencia en todas partes, recorriendo los teatros y los lugares donde se reunía la gente distinguida a cenar afectando siempre un derroche de hombre que nadaba en dinero. Huía de la señora Carolina, cuyos reproches le molestaban sobremanera, empeñada siempre en hablarle de las inquietantes cartas que recibía de su hermano, desesperada ella misma de su campaña al alza, que estimaba de un peligro espantoso. Y había vuelto en cambio a entrevistarse con más frecuencia con la baronesa de Sandorff, como si aquella fría perversión, en el ignorado pisito de la calle Caumartin, le hiciera cambiar de ambiente, proporcionándole la hora de olvido que necesitaba para la distensión de su cerebro sobrecargado de cansancio. A veces, se refugiaba en él para examinar ciertos expedientes y reflexionar respecto a determinados asuntos, contento con poder decirse que nadie en el mundo iría a estorbarle allí. El sueño le aterrorizaba; no dormía más que una hora o dos, las solas deliciosas horas de aniquilamiento; y la baronesa entonces no sentía escrúpulo alguno en escudriñar en sus bolsillos o leer los documentos que llevaba en su cartera; pues como había quedado completamente mudo, ella por su parte no conseguía sacarle ni un solo informe útil, convencida incluso de que mentía, cuando lograba arrancarle alguna palabra; y ello hasta el extremo de que ya no se atrevía a jugar siguiendo sus indicaciones. Era robándole sus secretos en aquella forma como

había llegado a adquirir la certidumbre en cuanto hacía referencia a las dificultades de dinero con que empezaba a bregar el Universal, todo un vasto sistema de papel en circulación, letras de favor que la casa, prudentemente, hacía que le fueran descontadas en el extranjero. Una noche en que se despertó demasiado pronto y habiéndola Saccard encontrado en trance de registrar su cartera, la dio de cachetes lo mismo que a una mujerzuela que se dedicase a pescar monedas en los chalecos de los señores; y, a partir de entonces, le pegaba; circunstancia esta que enardecía a ambos, luego les rendía y acababa calmándoles.

Sin embargo, después de la liquidación del 15, que se le había llevado una decena de miles de francos, la baronesa empezó a alimentar un proyecto. Vivía obsesionada con su idea y acabó por consultar a Jantrou.

—Estimo desde luego que le asiste la razón —le respondió éste—, ya es hora de pasarse a Gundermann… Vaya, pues, a verle, y cuéntele el caso; recuerde que le prometió que el día en que le llevase un buen consejo, él le daría otro a cambio.

La mañana en que la baronesa se presentó en su casa, Gundermann estaba de un humor de perros. Todavía la víspera, el Universal había conseguido remontarse. ¡Por lo visto no iban a acabar nunca con aquella bestia voraz, que tanto oro suyo había engullido y que se empeñaba en no morir! Aún era capaz de reaccionar, para acabar de nuevo en alza, el 31, final de mes; y refunfuñaba por haberse enzarzado en aquella desastrosa rivalidad, cuando quizás hubiera valido más hacerse su parte en la nueva casa. Dislocado en su táctica de siempre, habiendo perdido su fe en la lógica fatalmente triunfante, en aquel preciso momento se hubiera resignado a batirse en retirada, de haber podido retroceder sin perderlo todo. Eran raros en él, esos momentos depresivos que incluso los más grandes capitanes llegaron a conocer, la misma víspera de la victoria, cuando los hombres y las cosas, quieren y precipitan su éxito. Y ese desconcierto en su potente capacidad visual, tan nítida por lo general, tenía su causa u origen en la bruma que se produce a la larga, en ese misterio que rodea siempre a las operaciones de Bolsa, respecto de las cuales jamás resultaba posible formalizar un diagnóstico acertado. Saccard, compraba, jugaba; de eso no cabía ninguna duda. Pero ¿lo hacía por cuenta de auténticos clientes, era para la propia sociedad? Y, en medio de los chismes que le llegaban de todas partes, acababa por no saberlo a ciencia cierta. Las puertas de su inmenso gabinete crujían incesantemente, todo su personal temblaba de cólera, recibía a los corredores en forma tan brutal, que su acostumbrado desfile se transformaba en un galope de derrota.

— ¡Ah!, ¿es usted? —dijo Gundermann a la baronesa, sin ninguna clase de cortesía o miramiento—. Hoy no me es posible perder el tiempo con las mujeres.

Al oírle, quedó desconcertada de tal modo que, suprimiendo toda clase de preámbulos soltó de golpe la noticia que llevaba.

— ¿Qué le parecería si se le facilitasen pruebas de que el Universal terminó ya con su dinero, después de las considerables compras que se vio forzado a realizar, y que se halla constreñido en estos momentos a descontar, en el extranjero, efectos de favor, para poder seguir la campaña?

El judío hubo de reprimir un estremecimiento de gozo. Su mirada seguía siendo mortecina y contestó con la misma voz gruñona:

—Eso no es cierto.

— ¡Cómo!, ¿que no es cierto? Pero… ¡si lo he oído yo misma, si lo he visto con mis propios ojos!

Y quiso entonces convencerle, explicándole que había tenido entre sus manos las letras firmadas por hombres de paja. Especificaba quiénes eran estos últimos y nombraba asimismo a los banqueros, que, en Viena, Francfort y Berlín, habían descontado los efectos. Sus corresponsales podían informarle y entonces se daría perfecta cuenta de que lo que le traía no era ningún chisme inventado. Dándole a conocer igualmente que la sociedad había comprado para sí misma con la sola finalidad de mantener el alza, y que, por aquellas fechas, ya se habían engullido doscientos millones.

Gundermann, mientras la escuchaba con su acostumbrado aire melancólico, planeaba ya su campaña del día siguiente, con un trabajo de inteligencia tan rápido que, sólo en unos segundos tenía ya repartidas sus órdenes y calculadas cifras. Ahora ya se sentía seguro de la victoria; sabía muy bien cuál era la inmundicia de donde procedían sus informes, lleno de desprecio por aquel Saccard entregado a goces y placeres, estúpido hasta el extremo de entregarse a una mujer y dejarse vender por ella.

Cuando ella hubo acabado, levantó Gundermann la cabeza y mirándola con sus mortecinos ojos:

—Perfectamente, y, ¿qué quiere que pueda interesarme todo eso que me está contando?

La baronesa quedó sobrecogida; hasta el extremo le parecía estar desinteresado y tranquilo.

—Me parece que, dada como jugador a la baja…

— ¿Yo?, ¿quién le dijo que estaba a la baja? Jamás voy a la Bolsa; no soy especulador… ¡todo eso me tiene sin cuidado!

Y tan inocente resultaba su voz, que la baronesa, trastornada, con el susto metido en el cuerpo, hubiera acabado por creerle, de no haber sido por ciertas

inflexiones de una ingenuidad demasiado guasona. Evidentemente, se estaba mofando de ella, con su absoluto desdén, como hombre acabado ya, sin deseo alguno.

—Entonces, mi buena amiga, como estoy muy ocupado, si no tiene nada más interesante que decirme…

Y la acompañaba hasta la puerta, cuando la baronesa, furiosa, se rebeló.

—Tuve confianza en usted, fui la primera en hablar… Esto es una verdadera trampa… Me había prometido que, si llegaba a serle útil, usted se mostraría a su vez gentil conmigo, dándome un consejo…

Poniéndose en pie, él la interrumpió. Aunque jamás se reía, esbozó no obstante una risita burlona; hasta tal extremo le divertía aquel engaño brutal respecto de una mujer joven y hermosa.

— ¿Un consejo?, pero, si no se lo niego, mi buena amiga… Escúcheme bien. No juegue, procure no jugar jamás. El hacerlo la volverá fea; una mujer que juega es muy desagradable.

Y cuando ella se hubo marchado, fuera de sí, Gundermann se encerró con sus dos hijos y su yerno, hizo la distribución de los papeles que respectivamente habían de representar y envió en seguida recado a casa de Jacoby y otros agentes de cambio, para preparar el gran golpe del día siguiente. Su plan era de lo más sencillo: llevar a cabo lo que la prudencia le había impedido arriesgar hasta entonces, en su ignorancia respecto de la verdadera situación del Universal; aplastar el mercado bajo el peso de ventas enormes, ahora que sabía a este último carente de recursos, incapaz por lo tanto de sostener los cambios. Iba a hacer avanzar a la formidable reserva de su millar de millones, como general que quiere acabar de una vez, y al que sus espías han informado indicándole el punto débil del enemigo. Triunfaría la lógica, toda acción que sube por encima del valor real que representa, está fatalmente condenada.

Precisamente aquel día, a eso de las cinco, Saccard, advertido del peligro por su propio olfato, se trasladó a casa de Daigremont. Estaba febril, presentía que había llegado la hora de dar un golpe a los bajistas, y que ello resultaba además apremiante si no querían dejarse derrotar definitivamente por ellos. Le tenía obsesionado su gigantesca idea, aquel colosal ejército de seiscientos millones por reclutar aún para la conquista del mundo. Le recibió Daigremont con su acostumbrada amabilidad, en su principesco hotel, en medio de sus cuadros de precio, de todo aquel deslumbrante lujo, que pagaban cada quincena, las diferencias de Bolsa, sin que se supiera a ciencia cierta lo que había de sólido tras de aquel decorado, siempre bajo la amenaza de resultar barrido por un capricho de la suerte. Hasta entonces no había traicionado al

Universal, negándose a vender, afectando mostrar una confianza absoluta, contento y satisfecho con aquella actitud de fiel jugador al alza, de la que sacaba por lo demás sustanciosos provechos; e incluso había tenido a gala no moverse, después de la nefasta liquidación del 15, convencido, iba diciendo por todas partes, de que el alza retornaría; aunque siempre ojo avizor, claro está, dispuesto a pasarse al enemigo al primer síntoma grave que advirtiese. La visita de Saccard, la extraordinaria energía de que daba pruebas, lo fantástico de la idea que le expuso de recogerlo todo del mercado, le produjo verdadera admiración. Todo aquello entrañaba locura, pero ¿acaso las figuras que se destacaban en el campo de la guerra y de las finanzas, no eran con mucha frecuencia locos que acertaban? Y prometió formalmente acudir en socorro suyo, a partir de la sesión de Bolsa del día siguiente: ocupaba ya, por descontado, fuertes posiciones, pero pasaría a saludar a Delarocque, su agente de cambio, para adoptar otras nuevas: sin contar, naturalmente, con sus amigos, a los que iría a ver, una especie de sindicato cuyo refuerzo aportaría. Según él, ese nuevo cuerpo de ejército se podía cifrar en un centenar de millones de disponibilidad inmediata. Bastaría con eso. Saccard, radiante, seguro de la victoria, trazó inmediatamente y sobre la marcha, el plan de batalla, todo un movimiento envolvente de rara osadía, copiado de los más ilustres capitanes: para empezar, al iniciarse la sesión de Bolsa, una simple escaramuza para atraer a los bajistas y captarse su confianza; luego, cuando éstos hubieran obtenido un primer éxito y los cambios bajaran tendría lugar la llegada de Daigremont y de sus amigos con su artillería gruesa, todos esos inesperados millones, desembocando por un pliegue del terreno, cogiendo a los bajistas por la retaguardia y haciéndoles rodar por el suelo. Aquello sería un aplastamiento, una verdadera degollina. Los dos hombres se separaron con fuertes apretones de manos y risas de triunfo.

Una hora más tarde, cuando Daigremont, que cenaba aquel día fuera de casa, iba a vestirse, recibió otra visita, la de la baronesa de Sandorff. En medio de su desconcierto, acababa ésta de tener la inspiración de consultarle. Se había llegado a decir en algún momento, que era su querida; pero, en realidad no existió entre ellos más lazo que el de una camaradería muy libre de hombre a mujer. Ambos eran demasiado felinos, se adivinaban más de la cuenta el uno al otro para llegar al engaño de una unión ilícita. Contóle ella sus temores, la gestión cerca de Gundermann, la respuesta de éste, aunque mintiendo por lo demás respecto de la fiebre de traición que la había impelido a dar aquel paso. Y Daigremont experimentó entonces una alegría, que le impulsó incluso a asustarla más, haciendo ver que se sentía trastornado y también que se inclinaba a creer que Gundermann dijera la verdad, cuando juraba que él no estaba a la baja; porque, puestos a pensar serenamente, ¿es que eso se sabe jamás?; ¿qué otra cosa es la Bolsa sino un auténtico bosque?, un bosque en una noche oscura, en el que cada uno camina a tientas. Y, en esas tinieblas, si

se tiene la desdicha de escuchar todo lo que se inventa de necio y contradictorio, lo más seguro es que se rompa uno la cabeza.

—Entonces —preguntó ella con ansiedad—, ¿no debo vender?

—Y, ¿por qué vender? ¡Eso sería una locura! Mañana seremos los amos. El Universal se llegará a cotizar a 3.100. Manténgase firme, ocurra lo que ocurra: el último cambio la dejará más que contenta… No me es posible decirla más.

La baronesa se había ido, Daigremont estaba por fin vistiéndose, cuando un timbrazo anunció una tercera visita. ¡Ah!, ¡a esta tercera persona sí que no la recibiría! Pero, cuando le hubieron entregado la tarjeta de Delarocque, llamó en seguida para que le hicieran pasar; y, una vez dentro, como el agente, muy emocionado en apariencia, esperase para hablar, Daigremont despidió a su ayuda de cámara, acabando él mismo de ponerse la corbata blanca, frente a un alto espejo.

— ¡Vayamos al caso, mi querido amigo! —dijo Delarocque, con su familiaridad propia de hombre del mismo círculo—. Me confío a su amistad, ¿no le parece?, porque la cosa es bastante delicada… Imagínese que Jacoby, mi cuñado, acaba de tener la gentileza de prevenirme respecto de un golpe que se prepara. En la Bolsa de mañana, Gundermann y los suyos están decididos a hacer saltar el Universal. Van a lanzar sobre el mercado todo el papel de que disponen… Jacoby tiene ya las órdenes, ha ido precipitadamente.

— ¡Caramba! —soltó simplemente Daigremont, que había palidecido.

—Compréndalo, tengo muy fuertes posiciones al alza, comprometidas a través mío; ¡sí!, por una quincena de millones, lo bastante para quedar cogido de brazos y piernas… Entonces, verá usted, se me ocurrió tomar un coche y he hecho el recorrido de mis clientes más serios. No resulta muy correcto que digamos, pero la intención es buena…

— ¡Caramba! —repitió el otro.

—En fin, mi buen amigo, como usted juega a descubierto, vengo a rogarle que me cubra o modifique su posición.

Daigremont exhaló entonces un grito:

—Deshaga, deshaga, querido… ¡Ah, no!, ¡eso sí que no!, no acostumbro a seguir en las casas que se derrumban; constituye un heroísmo inútil… No compre, ¡venda! Tengo en sus manos papel por cerca de tres millones, venda, véndalo todo.

Y, cuando Delarocque se marchaba a escape, diciendo que aún le quedaban otros clientes por ver, Daigremont le cogió las manos y estrechándoselas fuertemente, le dijo:

—Gracias, jamás olvidaré esto. Venda, ¡véndalo todo!

Una vez solo, llamó de nuevo a su ayuda de cámara para hacerse arreglar la cabellera y la barba. ¡Ah!, ¡vaya novatada!, lo que es esta vez había estado a punto de dejarse engañar como un niño. ¡El peligro que entrañaba mantener contactos con un loco!

Por la noche, en la pequeña Bolsa de las ocho, empezó el pánico. Esa Bolsa tenía lugar entonces en la acera del bulevar de los Italianos, a la entrada del pasaje de la Ópera; y no había allí más que el Bolsín, operando en medio de un desordenado barullo de corredores, empleados de éstos y especuladores sospechosos. Circulaban por allí vendedores al aire libre y también buscadores de colillas que se metían a gatas por entre los grupos deambulantes. Obstruyendo el bulevar, aquello venía a ser como el obstinado amontonamiento de un rebaño, que la continua oleada de transeúntes se llevaba consigo, separaba, pero volvía indefectiblemente a formarse. Aquella noche, habían estacionadas en esa forma, cerca de dos mil personas, gracias a la dulzura del cielo cubierto y vaporoso, que anunciaba lluvia, después de los terribles fríos. El mercado aparecía muy activo, se ofrecía el Universal por todas partes, los cambios caían rápidamente. Por lo demás, en seguida empezaron a circular rumores, toda una ansiedad en germen. ¿Qué estaba ocurriendo, pues? A media voz, se decía el nombre de los probables vencedores, según el corredor del agente que daba la orden, o el miembro del Bolsín que la ejecutaba. Puesto que los grandes vendían de aquella manera, lo más seguro es que algo gordo se hallaba en puertas. Y, desde las ocho hasta las diez, aquello fue un trastorno, todos los jugadores de olfato cambiaron de posición, e incluso hubo algunos que, de compradores que eran tuvieron tiempo para convertirse en vendedores. La gente se fue a acostar con un desasosiego febril, como en la víspera de los grandes desastres.

Al día siguiente, el tiempo fue execrable. Había estado lloviendo toda la noche, y una lluvia menuda y helada anegaba la ciudad, convertida por el deshielo en una cloaca de fango líquido y amarillento. Desde las doce y media, la Bolsa clamaba en medio de aquel ininterrumpido chorreo. Refugiada bajo el peristilo y en la sala, la multitud era enorme; y, muy pronto, debido a los paraguas mojados que iban escurriendo el agua, la sala se vio convertida en un inmenso charco lodoso. Rezumaba de los muros la sucia grasa y de las vidrieras del techo sólo se desprendía una luminosidad tenue y rosácea, de una desesperada melancolía.

En medio de los nefastos rumores que circulaban, de las extraordinarias historias capaces de trastornar la cabeza a cualquiera, desde la entrada todas las miradas buscaban a Saccard y se quedaban observándole con insistencia. Estaba en su puesto de siempre, de pie, cerca del pilar de costumbre; con el mismo aspecto de los demás días, de las jornadas de triunfo, su aire de valiente

jovialidad y de absoluta confianza; olfateaba un inmenso peligro, esperando un furioso asalto de los bajistas, pues no ignoraba que el Universal había bajado trescientos francos la víspera en la pequeña Bolsa de la noche; pero su plan de batalla le parecía inatacable, el movimiento envolvente de Daigremont, la llegada imprevista de un ejército fresco de millones debía barrerlo todo y asegurarle la victoria una vez más. Por lo que a él se refiere hallábase ya sin recursos; las cajas del Universal estaban vacías, se habían apurado hasta los céntimos; y sin embargo no desesperaba, se había hecho doblar por Mazaud, a quien tenía conquistado hasta el extremo de confiarle el apoyo del sindicato de Daigremont, consiguiendo que el agente, sin cobertura, y en el último momento, aceptase aún órdenes de compra por valor de varios millones. La táctica convenida entre ellos era de no dejar que decayeran demasiado los cambios, al comienzo de la Bolsa; ver de sostenerlos, guerrear, en espera de que llegase el ejército de refuerzo. La emoción era tan viva, que Massias y Sabatani, renunciando a artimañas inútiles, ahora que la verdadera situación era ya objeto de toda clase de comadreos, se fueron a hablar abiertamente con Saccard, y luego corrieron a llevar sus últimas recomendaciones, el uno a Nathansohn, bajo el peristilo, y el otro a Mazaud, que aún estaba en el despacho de los agentes de cambio.

Era la una menos diez, y Moser que llegaba en aquel instante, pálido por un ataque de hígado que no le dejó pegar un ojo durante toda la noche, hizo notar a Pillerault que todo el mundo, aquel día, tenía el rostro amarillento y aire de enfermo. Pillerault, a quien la proximidad de los desastres hacía erguirse con fanfarronadas de caballero andante, empezó por soltar una carcajada.

—Pero, si es usted, querido, quien ha tenido el cólico. Todo el mundo se siente contento. Vamos a asestarles una paliza de las que hacen época.

La verdad era que, en la ansiedad general, la sala estaba triste, bajo aquella pálida y sonrosada luz, y así podía apreciarse sobre todo, por el débil zumbido de voces. Aquello no se parecía al clamor tumultuoso de las grandes jornadas de alza, agitación semejante al estrépito de una marea, desbordando por todas partes en plan de conquista. Ya no se corría ni se gritaba; la gente más bien se deslizaba, se hablaba bajo, como sucede en casa de un enfermo. Y aunque la multitud fuese considerable y produjera ahogo el circular, sólo remontaba un murmullo, afligido y desconsolado además; el cuchicheo de los temores que corrían de boca en boca, de las deplorables noticias que se comunicaban al oído. Muchos eran los que callaban, lívidos, la faz contraída, con ojos desorbitados que interrogaban desesperadamente a los demás rostros.

— ¿No dice usted nada, Salmon? —preguntó Pillerault, con agresiva ironía.

— ¡Pardiez! —murmuró Moser—, le ocurre lo mismo que a los demás, nada tiene que decir; tiene simplemente miedo.

Aquel día, en efecto, los silencios de Salmon ya no inquietaban a nadie, en la profunda y silenciosa espera de todos.

Pero, era sobre todo alrededor de Saccard que se apretujaba una oleada de clientes, trémulos por la incertidumbre, ávidos de alguna palabra tranquilizadora. Se advirtió más tarde que Daigremont no había aparecido por allí, al igual que el diputado Huret, advertido sin duda de lo que pasaba y transformado de nuevo en el perro fiel de Rougon. Kolb, en medio de un grupo de banqueros, simulaba estar absorbido por un importante asunto de arbitraje. El marqués de Bohain, que consideraba su persona por encima de las vicisitudes de la suerte, paseaba tranquilamente su pálida y aristocrática cabeza, convencido de ganar pese a todo, pues había dado a Jacoby la orden de comprar tantos títulos del Universal como había encargado vender a Mazaud. Y Saccard, asediado por la muchedumbre que integraban los otros, los creyentes, los ingenuos, se mostró particularmente amable y tranquilizador con Sédille y con Maugendre, quienes, temblándoles los labios y con los ojos humedecidos por las súplicas, postulaban la esperanza del triunfo. Les estrechó fuertemente la mano, significando con el gesto la absoluta promesa de vencer. Después, como hombre al que nunca abandona la dicha y al abrigo de cualquier peligro, se lamentó de una insignificancia.

—No puedo por menos de estar consternado. Con el frío que hace estos días dejaron olvidada una camelia en mi patio; puedo darla por perdida.

Corrió la frase, y todo el mundo se compadecía de la camelia. ¡Qué hombre, ese Saccard!, ¡de una confianza impasible, con el rostro siempre sonriente, sin que se pudiera saber nunca si esto no era más que una máscara para ocultar las espantosas preocupaciones que habrían torturado a cualquier otro!

— ¡Lo que es presencia de ánimo no le falta! —murmuró Jantrou al oído de Massias que volvía en aquel momento.

Precisamente Saccard llamaba a Jantrou, al recordar en aquel supremo instante la tarde en que, junto con éste, había visto el cupé de la baronesa de Sandorff, parado en la calle Brongniart. ¿Estaría también presente en aquella jornada de crisis?, ¿aguardaba allí acaso el cochero, sentado en su alto pescante con su inmovilidad de piedra bajo la pertinaz lluvia, mientras la baronesa, detrás de los cristales cerrados, esperaba los cambios?

—Está allí desde luego —respondió Jantrou a media voz—, y a su lado además, de todo corazón, totalmente decidida a no retroceder ni una pulgada… Aquí estamos todos, firmes en nuestros puestos.

Saccard se sintió satisfecho con aquella fidelidad, aunque le quedase la duda respecto del desinterés de la señora y de los otros. Por lo demás, en la ceguera de su fiebre, aún creía caminar hacia la conquista, con todo su pueblo de accionistas tras de sí; ese pueblo formado por gente humilde y distinguida, movido por la pasión, fanatizado; hermosas damas mezcladas con sirvientas, en un mismo arranque de fe.

El toque de campana resonó al fin, pasó como un toque a rebato, triste e impregnado de lamentaciones, por encima de la inquieta marejada de cabezas. Y Mazaud, que estaba dando órdenes a Flory, volvió apresuradamente al corro, mientras el joven empleado se precipitaba hacia el telégrafo, muy impresionado por lo que a él mismo pudiera ocurrirle; puesto que, en pérdida desde hacía algún tiempo, emperrado en seguir la suerte del Universal, arriesgaba aquel día un golpe decisivo, confiando en el cuento de la intervención de Daigremont, descubierto sobre la marcha y estando a la escucha detrás de una puerta. El corro, estaba todo él tan ansioso como pudiera estarlo la sala; después de la última liquidación, los agentes se daban perfecta cuenta de que el suelo temblaba bajo sus pies, en medio de síntomas tan graves, que su experiencia no podía por menos de alarmarse. Habíanse producido ya algunos hundimientos parciales; el mercado extenuado, harto sobrecargado, se agrietaba por todas partes. ¿Tendría lugar uno de esos grandes cataclismos, como suelen presentarse cada diez o quince años, una de esas crisis del juego en estado de fiebre aguda, y que diezma la Bolsa, barriéndola con un vendaval de muerte? En la renta, en el contado, los gritos parecían ahogarse, hacíanse más rudos los apretujones, y toda aquella masa aparecía como dominada por las altas siluetas negras de los cotizadores que, con la pluma entre los dedos, estaban a la espera. E, inmediatamente, Mazaud, con las manos cogidas a la barandilla de terciopelo rojo, percibió a Jacoby, que se hallaba al otro lado del recinto circular, y que gritaba con su voz profunda:

—Tengo del Universal… A 2.800, tengo del Universal…

Tratábase del último cambio de la pequeña Bolsa de la víspera; y, para frenar inmediatamente la baja, creyó lo más prudente tornar a ese precio. Su aguda voz se elevó en el espacio, dominando todas las demás.

—A 2.800, tomo… ¡Envíe trescientos!

Habíase fijado así el primer cambio. Pero fue imposible sostenerlo. Por todas partes, afluían las ofertas. Estuvo luchando durante una media hora sin más resultado que retardar la rápida caída. Lo que le tenía sorprendido era el que ya no le sostuviera el Bolsín. ¿Qué hacía, pues, Nathansohn, del que esperaba órdenes de compra?; y hasta más tarde no supo la diestra táctica de este último, que, sin dejar de comprar para Saccard, vendía por su propia cuenta, advertido de la verdadera situación por su olfato de judío. Massias,

muy comprometido él mismo como comprador, acudió presuroso, sofocado, para dar cuenta de la derrota del Bolsín a Mazaud, que perdió la cabeza y se dedicó a quemar los últimos cartuchos, soltando de golpe las órdenes que se reservaba para ir escalonándolas hasta la llegada de los refuerzos. Ese gesto hizo que remontasen algo los cambios: de 2.500 volvieron a situarse en 2.650, aunque en forma alocada desde luego, con los bruscos sobresaltos de los días de tempestad; y, durante unos instantes aún, una esperanza sin límites renació en Mazaud, en Saccard, en todos aquellos que estaban en el secreto del plan de batalla. Puesto que ahora parecía ya reanimarse la cosa, la jornada estaba ganada, la victoria iba a ser fulminante cuando desembocara la reserva sobre el flanco de los bajistas, conseguiría convertir su inicial retroceso en una espantosa derrota. Surgió un movimiento de profundo regocijo, Sédille y Maugendre habrían besado las manos de Saccard, Kolb se acercó mientras Jantrou desaparecía a toda prisa para llevar a la baronesa de Sandorff la buena nueva. Y pudo verse en aquel momento al pequeño Flory, rebosante de gozo, buscar por todas partes a Sabatani, que le servía ahora de intermediario, para darle una nueva orden de compra.

Acababan de sonar las dos sin embargo, y Mazaud, en quien recaía el esfuerzo del ataque, empezaba a flojear de nuevo. Su sorpresa iba en aumento al comprobar el retraso con que obraban los refuerzos que debían entrar en línea. Tiempo era ya de que lo hubieran hecho, ¿a qué esperaban para librarle de la postura insostenible en que se debatía? Y, aunque por orgullo profesional, mostrase un rostro impasible, notaba un gran frío subir a sus mejillas, temía palidecer. Jacoby, estruendosamente, seguía lanzándole, por paquetes metódicos, sus continuas ofertas que él dejaba de recoger. Ya no era a él a quien miraba; sus ojos se habían vuelto hacia Delarocque, el agente de Daigremont, cuyo silencio no alcanzaba a comprender. Gordo y rechoncho, con su roja barba, sonriendo tranquilo al recordar una juerga de la víspera, éste permanecía impasible, en su inexplicable espera. ¿Es que no iba a recoger todas esas ofertas, a salvarlo todo, merced a las órdenes de compra de que debían estar plagadas las tarjetas que tenía en la mano?

Súbitamente, con su voz gutural, ligeramente enronquecida, Delarocque se lanzó a la lucha.

—Tengo del Universal… Tengo del Universal…

Y, en algunos minutos ofreció papel por varios millones. Algunas voces le respondían. Los cambios se hundían.

—Tengo a 2.400… Tengo a 2.300… ¿Cuánto? Quinientos, seiscientos… ¡Envíe!

¿Qué decía él a todo esto?, ¿qué estaba sucediendo? En lugar de los esperados socorros, ¿era acaso un nuevo ejército enemigo el que desembocaba

por los vecinos bosques? Como en Waterloo, Grouchy no llegaba, y era la traición que acababa la derrota. Ante aquellas masas profundas y frescas de vendedores que acudían a paso de carga, cundió un pánico horrible.

En aquel segundo, Mazaud sintió pasar la muerte por su rostro. Había respaldado a Saccard, doblándole, por sumas harto considerables, y experimentó la clara sensación de que el Universal, al derrumbarse, le cogía bajo sus escombros. Su rostro atractivo y moreno, de finos bigotes, permaneció sin embargo impenetrable y bravío. Compró aun, agotó las órdenes que había recibido, con su cantante voz de gallito, de la misma agudeza que cuando se trataba de éxitos. Frente a él, sus oponentes, Jacoby con sus mugidos, Delarocque apoplético, a pesar de su esfuerzo por denotar indiferencia, dejaban traslucir mayor inquietud; veíanle ya en gran peligro, y, ¿les pagaría si saltaba? Sus manos estrujaban el terciopelo de la barandilla, sus voces seguían soltando chillidos, mecánicamente, por hábito de oficio, al tiempo que, a través de sus fijas miradas, intercambiaban entre sí toda la horrible angustia del drama del dinero.

Entonces, en el transcurso de la última media hora, aquello fue el desastre, la gravedad de la derrota se iba acentuando y arrastraba consigo a la multitud en desordenado galope. Tras de la extrema confianza y del ciego apasionamiento, llegaba la reacción del miedo, todos se abalanzaban para vender, si es que todavía estaban a tiempo. Una auténtica granizada de órdenes de venta se desplomó sobre el corro, sólo se veían llover tarjetas; y esos enormes paquetes de títulos, lanzados sin prudencia, aceleraban la baja; un verdadero hundimiento. De salto en salto, los cambios cayeron a 1500, a 1.200, a 900. Ya no quedaban compradores; aquello era un campo raso, sembrado de cadáveres. Por encima del sombrío hormigueo de las levitas, los tres cotizadores semejaban escribanos mortuorios, dedicados a registrar defunciones. Por un singular efecto de la ventolera de desastre que atravesaba la sala, la agitación parecía haberse coagulado allí, allí moría el estruendo, como en el estupor de una gran catástrofe. Cuando, después de la campanada de clausura, se supo el último cambio de 830 francos, reinó un escalofriante silencio. Y la pertinaz lluvia seguía azotando las vidrieras que no dejaba filtrar más que un turbio crepúsculo; la sala había quedado convertida en una cloaca, bajo el goteo de los paraguas y las pisadas de la multitud, un suelo fangoso de cuadra mal cuidada, por donde arrastraban toda clase de papeles estrujados; mientras que en el corro, resaltaba el abigarramiento de tarjetas de toda índole, verdes, rojas, azules, lanzadas a manos llenas, y en tal abundancia aquel día, que el amplio recipiente desbordaba.

Mazaud había regresado al despacho de los agentes de cambio, al mismo tiempo que Jacoby y Delarocque. Se acercó al aparador y bebió un vaso de cerveza, devorada con ardiente sed, mientras se dedicaba a mirar la inmensa

pieza con su vestuario, su alargada mesa central alrededor de la cual figuraban alineados los sillones de los sesenta agentes, sus cortinas de terciopelo rojo, todo ese lujo banal y ajado que la hacía parecerse a una sala de espera de primera clase, en una gran estación; y la contemplaba además con el aire asombrado de un hombre que jamás la hubiera visto bien. Luego, al irse, sin decir palabra, estrechó las manos de Jacoby y de Delarocque, con la misma fuerza de siempre; poniéndose los tres pálidos, bajo su correcta actitud de cada día. Había dicho a Flory que le esperase en la puerta, y allí le encontró en efecto, acompañado de Gustavo, que había abandonado definitivamente su cargo desde hacía una semana, y que vino como simple curioso, siempre sonriente, llevando una vida de despreocupación, sin llegarse a preguntar siquiera si su padre podría al día siguiente pagar sus deudas; Flory entretanto, pálido y burlón, se esforzaba por hablar, bajo la espantosa pérdida de un centenar de miles de francos, que acababa de sufrir, y sin saber dónde encontrar un céntimo. Mazaud y su empleado desaparecieron en medio del aguacero.

Mientras tanto en la sala habíase desencadenado el pánico, sobre todo alrededor de Saccard; allí era precisamente donde la guerra había causado sus mayores estragos. Sin comprender en el primer momento, había asistido a aquella derrota, haciendo cara al peligro. ¿Por qué esos rumores?, ¿no sería que estaban llegando las tropas de Daigremont? Luego, cuando había oído hundirse los cambios, sin acabar de explicarse las causas del desastre, se había erguido para morir de pie. Un frío helado le remontaba desde los pies al cráneo, tenía la sensación de lo irreparable; aquello significaba su derrota para siempre jamás; y conste que para nada entraba en su dolor, ningún torpe lamento por el dinero perdido o la cólera por los placeres que pudieran evaporársele: lo único que sangraba en él era su humillación de vencido; sentía en el alma la victoria de Gundermann, estrepitosa, definitiva, que venía a consolidar una vez más la omnipotencia de aquel rey del oro. En este instante estuvo realmente soberbio, toda su menuda figura retaba al destino, con los ojos fijos, sin el más leve parpadeo, poniendo cara de testarudo, solo allí frente a la oleada de desespero y de rencor que sentía ya venir contra él. La sala entera hervía, desbordaba hacia su pilar; la gente apretaba sus puños, las bocas balbuceaban imprecaciones; y él había conservado en sus labios una inconsciente sonrisa que podía muy bien confundirse con un gesto de provocación.

Para empezar, en medio de una especie de neblina, distinguió a Maugendre, mortalmente pálido, a quien el capitán Chave llevaba del brazo, repitiéndole que bien se lo había pronosticado, con una crueldad de ínfimo jugador, contento con ver estrellarse a los grandes especuladores. Luego, fue Sédille al que vio, la cara contraída, con el aire alocado del comerciante cuya casa se desploma, que se acercó a darle un apretón de manos vacilante, como

buenazo que era, y queriendo significarle con ello que no le odiaba. Desde el primer crujido, el marqués de Bohain se había apartado, pasando a engrosar el ejército triunfante de los bajistas, explicándole a Kolb, que también se separaba prudentemente, cuáles y cuántas enojosas dudas le había inspirado ese Saccard, desde la última junta general. Jantrou, trastornado del todo, había desaparecido de nuevo a toda velocidad, para llevarle el último cambio a la baronesa, que iba a sufrir seguramente un ataque de nervios en su cupé, como le ocurría los días de fuertes pérdidas.

Y allí podían verse aún, frente a Salmon, siempre silencioso y enigmático, al bajista Moser y al alcista Pillerault; en actitud provocadora éste, fiero el semblante a pesar de su ruina, y el otro, que ganaba una fortuna, turbándose a sí mismo el gozo que debiera producirle su éxito, con lejanas inquietudes.

—Ya verá como en la primavera estamos en guerra con Alemania. Todo esto no me gusta, y Bismarck está al acecho.

— ¡Ande, ande, déjenos de monsergas! Me equivoqué esta vez por reflexionar demasiado… ¡Tanto peor para mí!, es cuestión de rehacerse, todo irá bien.

Hasta entonces, Saccard no había flaqueado. Sólo el nombre de Fayeux, pronunciado a sus espaldas, aquel recaudador de rentas de Vendôme, con el que estaba en relación, para toda una clientela de ínfimos accionistas, acababa de producirle cierto malestar, haciéndole pensar en aquella enorme masa de gente modesta, de capitalistas míseros que iban a verse triturados bajo los escombros del Universal. Pero, repentinamente, la visión de Dejoie, lívido, descompuesto, hizo que ese malestar se agudizase, al personalizar en aquel pobre hombre a quien conocía, todas las humildes y lamentables ruinas que habrían tenido lugar. Al propio tiempo y como por una especie de alucinación, evocáronse en su mente los pálidos, los desolados rostros de la condesa de Beauvilliers y de su hija, que le contemplaban anonadadas con sus grandes ojos negros anegados en lágrimas. Y en ese instante, Saccard, que se enorgullecía de no haber sentido jamás temblar sus piernas, de no haberse sentado jamás en el banco, que allí mismo había junto al pilar; Saccard sufrió un desvanecimiento y tuvo que dejarse caer en aquel sitio por unos momentos. La muchedumbre seguía refluyendo, amenazaba ahogarlo. Levantó la cabeza en busca de aire que respirar, y en seguida se puso en pie al reconocer, arriba, en la galería del telégrafo, asomando la cabeza para ojear la sala, a la Méchain, que dominaba el campo de batalla con su grueso corpachón. Su vieja bolsa de cuero negro, se hallaba junto a ella, sobre la barandilla de piedra de la escalera. En espera de ir amontonando en aquella voluminosa cartera las acciones depreciadas, acechaba los muertos, lo mismo que el cuervo voraz que sigue a los ejércitos, hasta que llega el día de la matanza.

Saccard entonces, con paso firme, se alejó. Todo su ser le parecía vacío; pero, merced a un esfuerzo de voluntad extraordinario, consiguió avanzar, sólido y recto. Sólo sus sentidos se habían como embotado, ya no tenía la sensación de que pisaba el suelo, creía más bien caminar sobre una alfombra de tupida lana. De igual modo, una especie de bruma anegaba sus ojos, y un runruneo constante zumbaba en sus oídos. Mientras salía de la Bolsa y bajaba la escalinata, no le resultó posible reconocer a las gentes; no eran más que fantasmas flotantes los que le rodeaban, formas vagas, imprecisas, sonidos perdidos. ¿No había visto acaso pasar la ancha y gesticulante cara de Busch? ¿No se había detenido unos instantes para hablar con Nathansohn, rebosando contento, y cuya debilitada voz, le parecía venir de lejos? ¿No le acompañaban Sabatani y Massias, en medio de la consternación general? Se volvía a ver rodeado de nuevo por un grupo numeroso, quizás entre ellos aún Sédille y Maugendre; toda clase de rostros en fin, que se esfumaban y transformaban. Y, cuando ya iba a alejarse, a perderse en la lluvia, por entre el fango líquido en que se hallaba sumergido París, repitió con voz aguda a todo ese mundo fantasmagórico, concretando así su última gloria y orgullo en poner de manifiesto su libertad de espíritu:

— ¡Ah!, ¡lo contrariado que me tiene esa camelia que dejaron olvidada en el patio, y que ha muerto de frío!

XI

La señora Carolina, aterrada, envió aquella misma noche un telegrama a su hermano, que aún debía permanecer en Roma una semana; y tres días después, Hamelin se hallaba en París, al encuentro del peligro.

La explicación tenida entre Saccard y el ingeniero resultó áspera, habiéndose desarrollado en la calle de Saint-Lazare, en aquella misma sala de diseños, donde, en otro tiempo, el negocio había sido discutido y resuelto con tanto entusiasmo. Durante los tres días, el desastre en la Bolsa acababa de agravarse de un modo terrible, las acciones del Universal fueron depreciándose, golpe a golpe, hasta quedar por debajo de la par, a 430 francos; y la baja continuaba, el edificio crujía y se derrumbaba de hora en hora.

La señora Carolina se limitó a escuchar en silencio, evitando intervenir. Sentíase llena de remordimientos, acusándose a sí misma de complicidad, puesto que fue ella quien, después de haberse prometido velar, lo había dejado hacer todo. En lugar de contentarse simplemente con vender sus títulos, para frenar así el alza, ¿no debió quizás encontrar otro remedio, prevenir a la gente, actuar en fin? En su adoración por el hermano, su corazón sangraba, al verle

comprometido de aquella forma, en medio de sus grandes trabajos desquiciados, de toda la obra de su vida puesta en entredicho; y era tanto más lo que sufría cuanto que ni siquiera se sentía libre para juzgar a Saccard: ¿no le había amado?, ¿no se hallaba ligada a él por aquel lazo secreto del que ahora se sentía más que avergonzada? Y así era cómo, situada entre aquellos dos hombres, entablábase una lucha en su conciencia que la desgarraba. La noche de la catástrofe, había abrumado a Saccard en un hermoso arranque de franqueza, vaciando su corazón de cuantos reproches y temores fue acumulando desde hacía tiempo. Luego al verle sonreír, tenaz, invicto incluso, y pensando en el esfuerzo que le era preciso para permanecer en pie, se había razonado a sí misma que no tenía derecho a mostrarse tan dura, después de haberle tratado tan débilmente, y acabar de ese modo con él ahora que estaba por los suelos. Y, buscando refugio en el silencio, dejando sólo traslucir la censura que implicaba su actitud, no quería ser más que un testigo.

Pero, esta vez, Hamelin se encolerizaba; él que tan conciliador era de ordinario, y desinteresado por todo lo que no fuesen sus trabajos. Atacó el juego con extrema violencia, el Universal sucumbía a la locura del juego; tratábase de una crisis de absoluta demencia. Indudablemente, él no figuraba entre los que pretendían que un banco puede dejar que se deprecien sus títulos, como cabe lo haga, por ejemplo, una compañía de ferrocarriles: la compañía de ferrocarriles posee su inmenso material, fuente de sus ingresos; en tanto que el verdadero material de un banco es el crédito, y agoniza desde el momento mismo en que ese crédito se tambalea. Sólo que, sobre ese particular, todo era cuestión de mesura. Si era, en efecto, necesario e incluso cuerdo, mantener el cambio de 2.000 francos, convertíase no obstante en insensato y completamente criminal forzar el alza, querer imponerlo a 3.000 o más. Desde su llegada, había exigido que se le dijera la verdad, toda la verdad. Ahora ya, no podía mentírsele, decirle, como había tolerado que se manifestase en su presencia, ante la última junta, que la sociedad no poseía ni una de sus acciones. Allí estaban los libros y con facilidad descubría las mentiras. Así, en cuanto se refiere a la cuenta Sabatani, sabía perfectamente que ese hombre de paja, encubría las operaciones hechas por la sociedad; y podía seguir en consecuencia, mes por mes y desde dos años atrás, la fiebre creciente de Saccard, al principio tímida, no comprando sino con prudencia, lanzado en seguida a compras cada vez más considerables, hasta llegar a la enorme cifra de veintisiete mil acciones, que habían costado cerca de cuarenta y ocho millones. ¿No resultaba loco, de una imprudente locura que daba la impresión de estar burlándose de las gentes, semejante volumen de negocios puestos a nombre de un Sabatani? Y además, ese Sabatani no era el único, pues había otros hombres de paja, empleados del banco, administradores incluso, cuyas compras llevadas a la cuenta de dobles, rebasaban las veinte mil acciones, representando ellas también cerca de cuarenta y ocho millones de

francos. Todo eso, en fin, no hacía referencia más que a las compras en firme, a las que precisaba añadir las adquisiciones a plazo, operadas en el curso de la última liquidación de enero; más de veinte mil acciones por una suma de sesenta y siete millones y medio, de las que el Universal tenía que hacerse cargo; sin contar, en la Bolsa de Lyon, con otros diez mil títulos, o sea veinticuatro millones más. Lo que, una vez sumado todo, demostraba que la sociedad tenía en sus propias manos cerca de la cuarta parte de las acciones emitidas por ella, y que había pagado por esas acciones la escalofriante suma de doscientos millones. Ésa era precisamente la vorágine en que se abismaba.

Lágrimas de dolor y de cólera habían brotado en los ojos de Hamelin. Él, que tan felizmente acababa de sentar en Roma, las bases de su gran banco católico, el Tesoro del Santo Sepulcro, para permitir, en los días cercanos de la persecución, que fuera instalado regiamente el Papa en Jerusalén, en la gloria legendaria de los Santos Lugares: un banco destinado a poner el nuevo reino de Palestina al abrigo de perturbaciones políticas; basando su presupuesto, con la garantía de los recursos del país, en toda una serie de emisiones, cuyos títulos iban a disputarse los cristianos del mundo entero. ¡Y todo eso, se derrumbaba de golpe, debido a aquella estúpida demencia del juego! Había marchado dejando un balance admirable, millones como para tener que ser recogidos con pala, una sociedad en situación de prosperidad y de crecimiento tales que constituía el asombro del mundo; y, menos de un mes después, cuando volvía, los millones se habían esfumado, la sociedad estaba por tierra, convertida en polvo; ya no quedaba allí otra cosa que un negro agujero, por donde parecía haber pasado el fuego. Su estupor aumentaba, exigía explicaciones en un tono violento, quería comprender qué misterioso poder había impulsado a Saccard para encarnizarse de esa manera contra el colosal edificio que había alzado, a derribarlo piedra por piedra, de un lado, mientras por otro aspiraba a terminarlo.

Saccard, sin enfadarse, le respondió con toda claridad. Después de las primeras horas de emoción y de anonadamiento, había vuelto a encontrarse a sí mismo, firme, sólido, con su indomable esperanza. Una serie de traiciones habían motivado la terrible catástrofe, pero nada se había perdido; él lo restablecería todo. Por otra parte, si el Universal había alcanzado una prosperidad tan rápida y de tanta envergadura, ¿no la debía acaso a los medios que ahora le reprochaban, a la creación del sindicato, a los aumentos sucesivos de capital, al balance prematuro del último ejercicio, a las acciones conservadas por la sociedad y, más tarde, a las acciones compradas en masa, alocadamente? Todo eso pesaba mucho en la argumentación. Si se acepta el éxito, precisa también admitir los riesgos. Cuando se recalienta demasiado una máquina, llega un momento en que explota. Por lo demás, no confesaba haber cometido falta alguna, se había limitado simplemente a hacer, aunque con más inteligente es: fuerzo, lo que constituye misión de cualquier director de un

banco, y no abandonaba su idea genial, su gigantesca idea de adquirir de nuevo la totalidad de los títulos, de derrotar a Gundermann. Le había faltado el dinero preciso; eso era todo. Ahora, era cuestión de volver a empezar. Acababa de ser convocada una junta general extraordinaria para el lunes siguiente, decía estar absolutamente seguro de sus accionistas, que obtendría de ellos los indispensables sacrificios, convencido de que, a una palabra suya, todos aportarían su fortuna. Y en espera de que ocurriese así, se iría tirando, gracias a las pequeñas sumas que las otras casas de crédito, los grandes bancos, se prestaban a adelantar cada mañana para las necesidades más apremiantes de la jornada, en su temor a un hundimiento demasiado brusco, que les hubiera trastornado a ellos mismos. Pasada la crisis, todo iba a reanudarse y a resplandecer de nuevo.

—Pero —objetó Hamelin, al que empezaba a calmar aquella tranquilidad sonriente—, en esos recursos suministrados por nuestros rivales, ¿no ve usted más bien una táctica, una intención de resguardarse de momento, para provocar después nuestra caída, que, al retardarla, resultaría más profunda?… Lo que me inquieta, es ver a Gundermann mezclado en todo esto.

En efecto, Gundermann había sido uno de los primeros en ofrecerse para evitar la inmediata declaración de quiebra, con el extraordinario sentido práctico de un hombre, que, forzado a prender fuego en casa de un vecino, se apresurase luego a llevar cubos de agua, para que el barrio entero no quedase destruido. Estaba por encima del odio y del rencor, no tenía más gloria que la de ser el primer comerciante de dinero del mundo, el más rico y el más avispado, habiendo logrado sacrificar todas sus pasiones en aras al continuo incremento de su fortuna.

Saccard experimentó un gesto de impaciencia, exasperado por esa prueba que le daba el vencedor de su cordura y de su inteligencia.

— ¡Oh!, Gundermann; si simula tener un alma grande, es porque cree que me apuñala con su generosidad.

Reinó entonces un silencio, y fue la señora Carolina, que hasta entonces permaneciera silenciosa, quien dijo por fin:

—Amigo mío, dejé que mi hermano le hablara como debía hacerlo, movido por el legítimo dolor que ha experimentado, al tener conocimiento de todas esas deplorables cosas… Pero nuestra situación, la que a nosotros afecta está más que clara y me parece imposible además, ¿no es cierto?, el que llegue a encontrarse comprometida si el negocio se tuerce decididamente. Bien sabe usted el cambio a que vendí; no se podrá decir, pues, que por su parte impulsó el alza, para sacar de sus títulos un mayor provecho. Y, por otra parte, si la catástrofe llega a ser una realidad, sabemos perfectamente lo que tenemos que hacer… No comparto en absoluto, lo confieso, su obsesivo optimismo. Sólo

que, y en eso tiene usted razón, precisa luchar hasta el último minuto; y no es precisamente mi hermano quien le restará ánimos, téngalo por seguro.

Se sentía conmovida, embargada de nuevo por su tolerancia para con aquel hombre tan obstinadamente vivaz; no queriendo sin embargo dejar traslucir ese desmayo que sentía, por no resultarle posible, al propio tiempo, permanecer ciega respecto de la execrable tarea llevada a cabo por él y la que, con toda seguridad, habría realizado aún, en su ladrona pasión de corsario sin escrúpulos.

—Ciertamente —declaró a su vez Hamelin, cansado y a punto de agotar su resistencia— no es mi intención paralizarle, siendo así que está luchando para salvarnos a todos. Cuente conmigo si puedo serle útil.

Y, una vez más, en aquella hora postrera, bajo las más horrendas amenazas, Saccard les tranquilizó, volvió a hacerse con ellos, despidiéndose con estas palabras, plagadas de promesas y de misterio:

—Duerman tranquilos… Todavía no puedo hablar, pero tengo la certeza absoluta de lograr ponerlo todo a flote antes de que finalice la semana entrante.

Esta frase, a la que no añadía explicación alguna, la estuvo repitiendo a todos los amigos de la casa, a todos los clientes que por allí se acercaron, azorados y aterrados, para pedirle consejo. Desde hacía tres días no cesaba aquel acoso, en forma de continuo galopar por la calle de Londres, a través de su despacho. Las Beauvilliers, los Maugendre, Sédille, Dejoie, acudieron presurosos unos tras otros. Saccard les recibía, muy calmosamente, con aire marcial, con frases vibrantes que remontaban su corazón; y, cuando hablaban de vender, de realizar con pérdida, mostraba su enfado, gritándoles que no cometiesen semejante sandez, dándoles su palabra de que conseguiría de nuevo los cambios de 2.000 e incluso 3.000 francos. Pese a los errores cometidos, todos conservaban en él una fe ciega: que se le dejara, que fuera libre de seguir robándoles y él lo desenredaría todo, acabando por enriquecerles, tal como les había jurado. Si ningún accidente surgía antes del lunes, si se le daba el tiempo preciso para reunir la junta general extraordinaria, nadie dudaba de que sacase al Universal sano y salvo de entre los escombros.

Saccard había pensado en su hermano Rougon, y en eso consistía el omnipotente socorro de que hablaba, sin querer dar más explicaciones. Habiéndose encontrado cara a cara con Daigremont, el traidor, y después de hacerle amargos reproches, la única respuesta que obtuvo fue ésta: «¡Pero, mi querido amigo, no fui yo quien le abandonó, fue su hermano!». Evidentemente, aquel hombre estaba en su derecho: no se había sumado al negocio más que a condición de que Rougon formaría también parte en el

mismo, así se le había prometido formalmente y nada de asombroso había en que él por su parte se retirase, desde el momento en que el ministro, lejos de figurar y de ser escuchado, vivía en guerra con el Universal y su director. Muy impresionado por lo que estaba oyendo, Saccard acababa de comprender su inmenso error, la necedad de esa desavenencia con su hermano, el único que podía defenderle y convertirle en una figura sagrada cuya ruina nadie se atreviera a provocar, desde que se supiese que le respaldaba el gran hombre. Y constituyó para su orgullo una de las horas más ásperas, aquella en que se decidió a rogar al diputado Huret que interviniese en favor suyo. Conservaba por lo demás una actitud de amenaza, rehusaba en todo caso desaparecer, exigía como algo debido la ayuda de Rougon, que tenía más interés que él mismo, en evitar el escándalo. Al día siguiente, cuando esperaba la prometida visita de Huret, recibió simplemente una carta escueta, en la que, de un modo vago e impreciso, se le venía a decir que no se impacientase y que contase con una salida airosa para más adelante, si las circunstancias no se oponían a ello. Se dio por contento con aquellas breves líneas, que interpretó como una promesa de neutralidad.

Pero la verdad era que Rougon acababa de tomar la enérgica resolución de acabar de una vez con aquel miembro gangrenado de su familia, que, desde hacía años, le molestaba, teniéndole en vilo con el constante temor a sucias faenas por su parte, que prefería cortar violentamente. Si llegaba la catástrofe, estaba resuelto a dejar que las cosas siguieran su curso. Puesto que jamás obtendría de Saccard su destierro, ¿no era más sencillo forzarle a que se expatriase él mismo, facilitándole la huida, después de alguna buena condena? Un brusco escándalo, el correspondiente escobazo, y, asunto acabado. Por otra parte, la situación del ministro iba haciéndose difícil, desde que declarara en el Cuerpo legislativo, en un impulso de memorable elocuencia, que Francia jamás consentiría que Italia se apropiase de Roma. Muy aplaudido por los católicos, atacado en firme por el tercer estado, cada vez más potente, veía llegar la hora en que este último, ayudado por los bonapartistas liberales, conseguiría hacerle saltar del poder, a menos que no le soltase alguna prenda. Y esa prenda, si las circunstancias se prestaban a ello, iba a ser el abandono del Universal, patrocinado por Roma y convertido en una fuerza inquietante. Y lo que acababa de decidirle era una comunicación secreta de su colega de Hacienda, que a punto de lanzar un empréstito, había encontrado a Gundermann y a todos los banqueros judíos extremadamente reservados, como dando a entender que rehusarían contribuir con sus capitales, en tanto el mercado bursátil siguiera inseguro para ellos y entregado a extravagantes aventuras. Gundermann triunfaba. ¡Antes los judíos con su consentida soberanía del oro que los ultramontanos católicos dueños del mundo, si se convertían en reyes de la Bolsa!

Se contó más tarde que el ministro de Justicia Delcambre, en su

encarnizado odio contra Saccard, habiendo explorado el ánimo de Rougon respecto de la conducta a seguir con relación a su hermano, en el caso de que tuviera que intervenir la justicia, había recibido por toda contestación la siguiente frase salida del corazón: «¡Ah!, ¡que me lo quiten de en medio; lo agradeceré de veras!». A partir de entonces, desde el momento en que Rougon le abandonaba, Saccard estaba perdido. Delcambre, que permanecía al acecho desde su acceso al poder, le tenía por fin a orillas del Código, al borde mismo de la vasta red judicial; no quedándole ya sino encontrar el pretexto para lanzar sobre él sus gendarmes y sus jueces.

Una mañana, Busch, furioso por no haber podido actuar aún, se encaminó al palacio de justicia. Si no se apresuraba, jamás obtendría de Saccard los cuatro mil francos que debiera a la Méchain por la célebre cuenta de gastos motivados por el pequeño Víctor. Su plan consistía pura y simplemente en armar un abominable escándalo, acusándole del secuestro del niño lo que permitía sacar a relucir los inmundos detalles de la violación de la madre y del abandono del chiquillo. Semejante proceso instruido contra el director del Universal, en el ambiente de emoción suscitado por la crisis que atravesaba ese Banco, sería capaz de conmocionar a todo París; y Busch confiaba aún en que Saccard pagaría a la primera amenaza que se le hiciese. Pero el funcionario sustituto a quien encontró, como encargado de recibirle, un individuo sobrino de Delcambre, escuchó su historia con gesto de impaciencia y aburrimiento: ¡no, no!, nada cabía hacer en serio en tratándose de chismes de esa naturaleza, eso no encajaba en ningún artículo del Código. Desconcertado, Busch se encolerizaba, no cesaba de hablar de su larga paciencia, cuando el magistrado le interrumpió bruscamente, al oírle decir que, con relación a Saccard había llevado su ingenuidad hasta el extremo de colocar fondos en el Universal para amparar operaciones de doble. ¡Cómo!, ¿tenía fondos comprometidos en la quiebra, más que segura, de aquella casa y no se decidía a actuar? Nada más sencillo, sólo tenía que presentar una denuncia por estafa, pues a partir de aquel momento la justicia se hallaría alerta respecto de las maniobras fraudulentas que proyectase y que habían de llevar a la bancarrota. Ahí era donde tenía el golpe terrible a asestar, y no en la otra historia, aquel melodrama de una mujerzuela muerta de embriaguez y del chiquillo crecido en el arroyo. Busch, con atento y serio semblante, se dedicaba a escuchar, haciendo discurrir su imaginación por aquella nueva vereda, arrastrado a cometer un acto que ni se había propuesto ni quería en el fondo realizar, y cuyas decisivas consecuencias adivinaba además: Saccard detenido, el Universal herido de muerte. El solo miedo a perder su dinero le habría llevado en seguida a una decisión. No pedía por otra parte sino desastres, para poder pescar en río revuelto. Estuvo sin embargo vacilando, diciendo que reflexionaría, que ya volvería; y fue preciso que el funcionario sustituto le pusiera la pluma entre los dedos y le hiciese escribir, en su mismo gabinete,

sobre su propia mesa de despacho, la denuncia por estafa que, una vez despedido el hombre, se llevó el funcionario, rebosando celo, a su tío el ministro de Justicia. El asunto estaba hecho.

Al día siguiente, en la calle de Londres, en la sede de la sociedad, Saccard tuvo una larga entrevista con los comisarios censores y con el administrador judicial, para ajustar el balance que deseaba presentar a la junta general. Pese a las sumas prestadas por los otros establecimientos financieros, hubieron de cerrarse las ventanillas, suspender los pagos, ante las crecientes demandas. Este banco, que, un mes antes, poseía cerca de doscientos millones en sus cajas, no pudo reembolsar a su alocada clientela más que algunos escasos centenares de miles de francos. Un fallo resolutorio del tribunal de comercio acababa de declarar de oficio la quiebra, después de un breve informe remitido la víspera por un experto, encargado de examinar los libros. A pesar de todo, Saccard, inconsciente, prometía aún salvar la situación, con una ceguera de espíritu y una valentía obsesiva realmente extraordinarias. Y, precisamente aquel día esperaba la respuesta del colegio de agentes de cambio, para fijar un cambio de compensación, cuando el ujier entró a decirle que tres señores preguntaban por él, en un salón vecino. Tratábase quizás de su salvación; a toda prisa, pues, y muy contento se dirigió hacia allá, donde encontró a un comisario de policía, con dos agentes, que procedió a su inmediata detención. La orden de arresto había sido expedida como resultas de la lectura del informe del perito, en el que se denunciaban determinadas irregularidades en las cuentas, y particularmente de la reclamación sobre abuso de confianza formulada por Busch, quien pretendía que ciertos fondos confiados por él a la sociedad en concepto de cuenta en participación, se habían destinado a otra cosa. A la misma hora, detenían asimismo a Hamelin en su domicilio de la calle de Saint-Lazare. Esta vez, sí significaba aquello el total hundimiento, como si todos los odios y todas las desgracias hubieran confluido de forma encarnizada. La junta general extraordinaria ya no podía reunirse, el Banco universal había dejado de existir.

La señora Carolina no se hallaba en su casa, en el momento de ser detenido su hermano, que no pudo hacer otra cosa sino dejarle unas líneas escritas a toda prisa. Cuando estuvo de vuelta su estupor no tuvo límites. Jamás había creído que, ni siquiera por un instante se pensara en perseguirle; hasta tal punto aparecía el hermano a sus ojos como puro y limpio respecto de cualquier sucia maquinación, y al margen desde luego de toda responsabilidad por sus largas ausencias. Desde el día siguiente de la quiebra, lo mismo el hermano que la hermana habían tenido el gesto de desprenderse de todo cuanto poseían, en favor del activo de la sociedad, queriendo salir de aquella aventura, totalmente desnudos, es decir lo mismo que habían entrado; y la suma era fuerte, cerca de ocho millones de francos, entre los que figuraban englobados los trescientos mil que habían heredado de una tía suya.

Inmediatamente empezó ella a dar pasos, a solicitar por uno y otro lado; no viviendo para otra cosa que no fuera mejorar la suerte y preparar la defensa de su pobre Jorge. Pero, a pesar del valor de que había sabido revestirse las crisis de lágrimas volvían de nuevo cada vez que se imaginaba al hermano inocente, encarcelado y alcanzándole las salpicaduras de aquel horroroso escándalo, deshecha su vida, manchado su prestigio para siempre. ¡Él, un hombre de tanta dulzura, tan débil además, de una devoción de niño, un «tonto acabado», como ella misma decía, en cuanto le sacaban de sus trabajos técnicos! Al principio se había indignado contra Saccard, como único causante del desastre y artífice de su desdicha, cuya execrable obra reconstruía en su mente y juzgaba limpiamente, desde los comienzos, cuando tan alegremente se mofaba al verla repasar el Código, hasta los días postreros, en que, en las severidades del fracaso, debían pagarse todas las irregularidades que ella misma había previsto y dejado cometer. Luego, torturada por ese remordimiento de complicidad que la agobiaba, acabó por callarse, evitando ocuparse abiertamente de él, con la firme voluntad de obrar como si no existiese. Cuando tenía que pronunciar su nombre, parecía estar hablando de un extraño, de una parte contraria cuyos intereses eran distintos a los suyos. Ella que visitaba casi a diario a su hermano en la Conserjería, ni siquiera había pedido una autorización para ver a Saccard. Se sentía además con muchos ánimos, seguía haciendo acto de presencia en el cuarto que tenían en la calle de Saint-Lazare, recibiendo a cuantos iban por allí, incluso aquellos que venían con la injuria en la boca, transformada de ese modo en una mujer de negocios dispuesta a salvar cuanto pudiese de su honradez y de su dicha.

Durante las largas jornadas que se pasaba así allá arriba, en aquel gabinete de proyecciones, donde tantas y tan hermosas horas de trabajo y de esperanza había vivido, un espectáculo la desconsolaba sobremanera. Cuando se acercaba a una ventana y echaba una ojeada sobre el hotel vecino, no podía hacerlo sin que se le encogiera el corazón al proyectar su mirada tras los cristales de la estrecha pieza donde se hallaban las dos pobres mujeres, los pálidos perfiles de la condesa de Beauvilliers y de su hija Alicia. Aquellos días de febrero eran muy suaves, y solía verlas también a menudo caminando a paso lento, con la cabeza baja, a lo largo de los senderos de aquel jardín musgoso, estragado por el invierno. El derrumbamiento tenía por fuerza que haber sido espantoso en aquellas dos existencias. Las desdichadas que, quince días antes, poseían un millón ochocientos mil francos con sus seiscientas acciones, no habrían podido sacar hoy más que dieciocho mil cuando el título había pegado el enorme bajón que significa pasar de tres mil a treinta francos. Y su fortuna entera se había fundido, así de repente, como por encanto: los veinte mil francos de la dote, tan penosamente ahorrados por la condesa, los setenta mil francos solicitados en préstamo al principio con la garantía hipotecaria de la granja de los Aublets, los propios Aublets vendidos después

por doscientos cuarenta mil francos, cuando su verdadero valor era de cuatrocientos mil. ¿Cuál era el porvenir que las esperaba, desde el momento en que las hipotecas que gravaban el hotel se comían ya ocho mil francos al año, y ellas jamás pudieron reducir el tren de vida de la casa a menos de siete mil pese a su tacañería, es decir de los milagros de economía sórdida llevados a cabo para salvar las apariencias y conservar el rango? Incluso vendiendo sus acciones, ¿cómo vivir ahora y hacer frente a todas las necesidades, con aquellos dieciocho mil francos, últimos restos del naufragio? Una necesidad se imponía a título de solución, aunque la condesa no había querido hasta entonces enfrentarse con ella resueltamente: irse del hotel, abandonarlo a los acreedores hipotecarios, puesto que era materialmente imposible pagar los intereses; no esperar a que éstos lo pusieran en venta, y retirarse inmediatamente al fondo de cualquier modesta vivienda, para llevar una vida estrecha y desconocida, hasta el último pedazo de pan. Si la condesa se resistía era porque todo eso significaba un auténtico desgarro de toda su persona, la muerte misma de cuanto personalmente había creído ser, el hundimiento del edificio de su raza que, durante años había venido sosteniendo en sus temblorosas manos y con una obstinación rayana en el heroísmo. Los Beauvilliers habitando una vivienda como inquilinos, sin tener nunca más como cobijo el techo de sus antecesores, desenvolviendo su existencia en casa de otros, en la miseria confesada propia de los vencidos: ¿es que, verdaderamente, no significaba eso morir de vergüenza? Y ella luchaba siempre.

Una mañana, la señora Carolina vio cómo aquellas damas estaban lavando su propia ropa bajo el cobertizo del jardín. La vieja cocinera, casi imposibilitada del todo, ya no les servía de gran ayuda, durante los últimos fríos tuvieron que cuidarla; y lo mismo ocurría con el marido y a la vez portero, cochero y ayuda de cámara, que se las veía y se las deseaba para barrer la casa y mantener en pie al viejo caballo, tambaleante y estragado lo mismo que él. Por eso aquellas damas se habían incorporado resueltamente a las faenas del hogar, la hija, soltando de tanto en tanto sus acuarelas para dedicarse a cocinar las poco sustanciosas sopas que servían de mezquino alimento a las cuatro personas, la madre, quitando el polvo a los muebles, remendando trajes o componiendo el calzado, con esa idea fija de ínfima economía que la llevaba a considerar que se gastaban menos los plumeros, las agujas y el hilo, desde que era ella quien los utilizaba. Sin embargo, en cuanto llegaba una visita había que verlas a las dos huir, tirar el delantal, lavarse a toda prisa, para reaparecer en seguida como dueñas de casa, con las manos blancas y ociosas. En la calle desde luego, era otra cosa; el tren de vida para nada había cambiado, el honor estaba a salvo: el cupé salía siempre correctamente uncido, llevando a la condesa y a su hija a sus diligencias y visitas; las comidas de cada quincena, seguían reuniendo a los convidados de

cada invierno, sin que hubiera un plato de menos sobre la mesa, ni faltase una bujía en los candelabros. Y era preciso dominar el jardín, como la señora Carolina, para saber con qué terribles posteriores días de ayuno tenía que ser pagado toda esa decoración, esa fachada mendaz de una fortuna desaparecida. En cuanto las divisaba, en el fondo de aquel húmedo pozo, como estrangulado por las casas vecinas, paseando su mortal melancolía, bajo los verdosos esqueletos de aquellos centenarios árboles, se sentía presa de una piedad inmensa, apartándose instintivamente de la ventana, con el corazón repleto de remordimientos, como si se hubiera sentido cómplice de Saccard, en aquella miseria.

Luego, otra mañana, la señora Carolina experimentó una tristeza más directa, más dolorosa aún. Le fue anunciada la visita de Dejoie y se dispuso con bravura a recibirle.

—Mi pobre Dejoie… ¿qué me cuenta usted?

Pero se detuvo en seguida asustada, al observar la palidez del antiguo dependiente de escritorio. Sus ojos semejaban muertos en su descompuesta faz; y con lo alto que él era, parecía estar como achicado, plegado sobre sí mismo.

—Vamos, vamos; no hay que dejarse abatir por la idea de que todo ese dinero está perdido.

Él, entonces, se puso a hablar con voz lenta y pausada.

— ¡Oh! señora, no se trata de eso precisamente… Es indudable que, en el primer momento, recibí un rudo golpe, pues me había habituado a creer que efectivamente éramos ricos. Trátase de algo que se sube a la cabeza; cuando se gana, está uno como si hubiera bebido… ¡Dios mío!, no es eso, como le digo, lo que me agobia; ya me había resignado a volver al trabajo, y hubiera trabajado tanto que habría conseguido rehacer nuevamente la suma… Pero, usted no sabe…

Gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Usted no sabe… Se me fue.

— ¿Quién se le fue? —preguntó sorprendida la señora Carolina.

—Natalia, mi hija. Su matrimonio quedó truncado; se puso furiosa cuando el padre de Teodoro vino a decirnos que su hijo había esperado bastante y que iba a casarse con la hija de la dueña de una mercería, que aportaba de dote cerca de ocho mil francos. Comprendo perfectamente que montase en cólera ante la idea de no volver a tener ni un céntimo y de quedar soltera. Pero ¡era tanto lo que yo la amaba! Todavía este último invierno, solía levantarme por la noche para subirle las sábanas y arroparla bien. Y me privaba de fumar con tal

de que pudiera lucir bonitos sombreros; era su auténtica madre, la había educado con el máximo esmero, sólo vivía por el placer de verla, en nuestra reducida vivienda.

Las lágrimas le ahogaban y se puso a sollozar.

—Y la culpa de todo lo ocurrido está en mi ambición… Si hubiera vendido desde el momento mismo en que mis ocho acciones me significaban los seis mil francos de dote, a estas horas ella estaría casada. Claro que, ¿cómo iba una a pensar?, aquello siempre estaba subiendo, y entonces me puse a pensar en mí; me empeñé en conseguir, primero seiscientos, luego ochocientos y, más tarde, mil francos de renta; y sobre todo que ese dinero hubiera acabado heredándolo la pequeña… Y decir que, en un momento dado, cuando las acciones se cotizaban a tres mil, tuve en la mano veinticuatro mil francos, con los cuales poder constituir esa dote de seis mil francos y retirarme yo mismo con novecientos francos de renta. ¡No!, ¡era lo bastante estúpido como para querer mil! Y, ahora en cambio, esos mismos títulos no representan más que doscientos francos… ¡Ah!, la culpa es mía desde luego, ¡mejor hubiera hecho tirándome de cabeza al agua!

La señora Carolina, vivamente conmovida por su dolor dejaba que se desahogara. Le hubiera gustado sin embargo, enterarse a fondo.

—Dice que se le fue, mi pobre Dejoie; pero ¿cómo ha sido eso, dígame?

Él experimentó entonces un cierto embarazo, mientras un débil rubor le remontaba a la cara, tiñendo su palidez.

—Sí, se fue, hace tres días que desapareció. Había conocido a un señor, que vivía frente a nosotros; ¡oh!, un señor muy apuesto, un hombre de cuarenta años… En fin, que ha huido.

Y, mientras procuraba dar detalles, buscando las palabras, con la lengua trabada, la señora Carolina revivía en su mente a Natalia, delgada y rubia, con gracia endeble de chiquilla del arroyo parisién. Recordaba sobre todo sus grandes ojos, su mirada tranquila y tan fría, de una extraña limpidez de egoísmo. La chiquilla se había dejado adorar por su padre, discreta y prudente por tanto tiempo como tuvo interés en serlo, incapaz de un resbalón estúpido, en tanto permanecía a la espera de una dote, un matrimonio, un mostrador de una tiendecita donde hubiera sentado sus reales. Pero ¡de eso a continuar una vida de miseria, a vivir con el buenazo de su padre, obligada a trabajar de nuevo…! ¡Ah! no, ¡estaba más que harta de una existencia como ésa, que nada tenía de divertida, y ahora ya, sin esperanza! Y huyó en efecto, se puso fríamente sus botinas y su sombrero para buscar cobijo en otra parte.

— ¡Dios mío! —seguía balbuceando Dejoie—, no era gran cosa lo que se divertía en casa; eso sí es verdad; y cuando se es graciosa, resulta irritante, lo

comprendo, perder la juventud aburriéndose soberanamente… Pero, en cualquier caso, ha sido un golpe muy duro para mí. ¡Imagínese además!, sin decirme siquiera adiós, sin dejar unas líneas, ni la más leve promesa de venir a verme de tanto en tanto… Se limitó a dar un portazo, y ahí se acabó todo. Ya lo está usted viendo, me tiemblan las manos, quedé como atontado. Es algo más fuerte que yo; incluso sigo buscándola por casa a todas horas. ¡Dios mío!, después de tantos años, ¿será posible que ya no la tenga, que no vuelva a ver jamás a mi pobre hijita?

Había dejado de llorar, y su aturdido dolor resultaba tan desconsolador, que la señora Carolina le cogió las dos manos, sin encontrar más consuelo que el de ir repitiéndole:

—Mi pobre Dejoie, mi pobre Dejoie…

Luego, para distraer su imaginación, volvió al asunto de la quiebra del Universal. Excusábase de haberle consentido que adquiriese acciones, juzgaba severamente a Saccard, aunque sin nombrarle. Pero, repentinamente, el antiguo empleado de escritorio, pareció reanimarse. Mordido por el juego, todavía experimentaba pasión.

—El señor Saccard, tuvo razón que le sobraba al privarme de vender. El negocio era soberbio, les hubiéramos devorado a todos, de no haber sido por los traidores que nos abandonaron… ¡Ah! señora, si el señor Saccard siguiera al frente, las cosas irían de otro modo. El que le encarcelaran ha sido nuestra muerte. Sólo él podría salvarnos aún… Se lo dije al juez: «Señor, devuélvanoslo, y yo le confío de nuevo mi fortuna, mi vida, porque ese hombre donde usted lo ve, es el propio Dios. Hace todo lo que quiere».

La señora Carolina le miraba estupefacta. ¿Sería posible?, ¡ni una palabra de cólera, ni un solo reproche! Aquella reacción venía a significar la fogosa fe de un creyente. ¿Qué poderosa fuerza no habría ejercido Saccard sobre su rebaño, para mantenerlo disciplinado bajo un tal yugo de credulidad?

—En fin, señora, que si resolví venir fue sólo por ese motivo; precisa que me excuse, pues, si le hablé de mis propias penas, ya que no tengo la cabeza muy firme que digamos… Cuando vea al señor Saccard, insista como le digo, en que siempre nos tendrá a su lado.

Marchóse él con paso vacilante, y, quedado que se hubo sola, la señora Carolina sintió por unos instantes horror por la existencia. Aquel desgraciado le había partido el corazón. Ella por su parte, experimentaba contra el otro, contra ese que no se atrevía a nombrar una reacción de redoblada cólera cuya exteriorización procuraba contener. Por lo demás, seguían llegándole visitas; aquella mañana eran un auténtico desbordamiento.

En esa oleada de gente, los Jordan sobre todo, consiguieron conmoverla

una vez más. Pablo y Marcela, como buen matrimonio que siempre resolvía los asuntos graves yendo juntos marido y mujer, venían a preguntarle si sus padres, los Maugendre, no podían realmente sacar ya nada en limpio de sus acciones del Universal. También por ese lado se ocasionó un desastre irreparable. Antes de las grandes batallas que implicaron las dos últimas liquidaciones, el antiguo fabricante de toldos poseía ya setenta y cinco títulos que le costaron alrededor de ochenta mil francos: magnífico negocio puesto que, en un momento dado, al cambio de tres mil francos, aquellos títulos representaban doscientos veinticinco mil. Pero lo terrible del caso era que, en su pasión por la lucha, había jugado en descubierto, creyendo en el genio de Saccard, comprando siempre; de modo y manera que las espantosas diferencias a pagar, más de doscientos mil francos, acababan de llevársele el resto de su fortuna, esos quince mil francos ganados tan ásperamente durante treinta años de trabajo. Ya no le quedaba nada, a duras penas conseguiría salir completamente a saldo, cuando hubiera vendido su hotelito de la calle Legendre, del que tan orgulloso estaba. Y, conste que en ese desastre, la señora Maugendre era con seguridad, mucho más culpable que él.

— ¡Ah! señora —explicó Marcela con su amable rostro, que, incluso en medio de las mayores catástrofes, permanecía fresco y sonriente—, ¡no puede usted imaginarse cómo se ha vuelto mamá! Ella, tan prudente, tan ahorradora, el terror de las criadas a su servicio, pisándoles siempre los talones para escudriñar sus cuentas, ya no hablaba más que por centenares de miles de francos; era ella la que impulsaba a papá, ¡oh!, mucho menos valiente desde luego, y dispuesto en el fondo, a escuchar al tío Chave, si mamá no le hubiera vuelto loco con su sueño de alcanzar el premio gordo, el millón… Les entró ese afán al principio, leyendo los periódicos financieros; y papá fue el primero en apasionarse, aunque procuró disimularlo para empezar; luego, cuando mamá entró también en ello, después de haber profesado contra el juego un odio terrible propio de buena ama de casa, todo empezó a arder; la trayectoria no ha sido larga.

¡Será posible que el ardor por el juego, cambie hasta ese punto a gentes de mentalidad sencilla!

Jordan intervino entonces en la conversación, también animado él al recordar el rostro del tío Chave, que una frase de su mujer acababa de evocar.

— ¡Y si hubiera usted visto la calma del tío, en medio de tantas catástrofes! Bien lo había previsto; triunfaba, pues, cauteloso en su juego… Ni un solo día dejó de asistir a la Bolsa; ni un solo día dejó de realizar su juego ínfimo, operando al contado, satisfecho de llevarse consigo su moneda de quince a veinte francos, cada tarde, lo mismo que un buen empleado que supo aprovechar la jornada como es debido. Alrededor suyo, los millones se desplomaban por todas partes, gigantescas fortunas forjábanse y se deshacían

en dos horas, el oro llovía a raudales por entre los empellones de la multitud, acompañado de rayos y truenos; y él sin embargo, seguía su ritmo normal, sin fiebre de ninguna especie, para ganarse modestamente la vida, forjando su pequeño ahorro para poder atender así a sus reducidos vicios… Se le puede considerar listo entre los listos, las hermosas muchachitas de la calle Nollet disfrutaron de sus pasteles y bombones.

Aquella alusión, hecha con gracia y humor, a las bufonadas del capitán, acabó de alegrar a las dos mujeres. Pero, en seguida, la tristeza de la situación volvió a apoderarse de ellas.

— ¡Ay de mí!, ¡qué quieren que yo les diga!, no —manifestó la señora Carolina—, no creo en absoluto que sus padres tengan nada que hacer con sus acciones. Tengo la impresión de que todo acabó. Las acciones se cotizan ahora a treinta francos, y descenderán a veinte francos, a cien sueldos… ¡Dios mío!, pobres gentes, a su edad, habituados a sus comodidades, ¿qué va a ser de ellos?

— ¡Caramba! —respondió simplemente Jordan—, pues sencillamente, que habrá que ocuparse de ellos… No puede decirse que seamos ricos todavía, pero, en fin, las cosas empiezan a marchar, y desde luego no les dejaremos en la calle.

Acababa de tener un golpe de suerte. Después de tantos años de ingrato trabajo, su primera novela, publicada al principio en un periódico y lanzada después por un editor, acabó por adquirir de repente, visos de gran éxito; y se sentía rico con sólo unos millares de francos, desde ahora con todas las puertas abiertas ante él, ardiendo en deseos de reincorporarse al trabajo, seguro de conseguir la fortuna y la gloria.

—Si no podemos tenerlos con nosotros, les alquilaremos un pequeño aposento. En cualquier caso, todo se arreglará, ¡qué diablos! Marcela, que no cesaba de mirarle con infinita ternura, se sintió estremecida de repente por un ligero temblor.

— ¡Oh, Pablo, Pablo, qué bueno eres!

Y se puso a sollozar.

—Cálmese hijita, se lo ruego —repetía una y otra vez la señora Carolina, solícita y asombrada al propio tiempo—. No hay que atormentarse de ese modo.

—No, deje, no crea que me disgusto… Pero en verdad, ¡es tan tonto lo que está ocurriendo! Déjeme que le cuente; cuando me casé con Pablo, ¿no le parece lo más correcto el que papá y mamá me hubiesen entregado la dote de que siempre estuvieron hablando? En cambio, con el pretexto de que Pablo no

tenía ni un céntimo y de que yo cometía una tontería empeñándome en mantener mi promesa, el caso es que no soltaron nada… ¡Ah!, pero lo que es esta vez se pasaron de listos, pues, de haberse comportado como es debido, hoy dispondrían de mi dote, que desde luego no se hubiera engullido la Bolsa.

La señora Carolina y Jordan no pudieron impedir la risa, aunque no sirviera ello de consuelo a Marcela, que lloraba más fuerte.

—No he acabado aún… Cuando Pablo era pobre, tuve un sueño. ¡Sí!, como ocurre en los cuentos de hadas; soñé que era una princesa y que un día daría a mi arruinado príncipe, mucho, mucho dinero, para ayudarle a ser un gran poeta… Y mira por dónde ahora resulta que para nada necesita de mí; que no vengo a ser para él sino una carga, con mi familia. Él será quien haga todo el esfuerzo y quien apechugue con todos los «regalos»… ¡Ah!, ¡cuán oprimido siento mi corazón!

Vivamente, el esposo la había estrechado entre sus brazos.

— ¡La de tonterías que llegarás a decir, tontuela! ¿Es que la mujer necesita acaso aportar algo? Tu aportación consiste en tu juventud, tu ternura, tu buen humor; y no existe princesa en el mundo que pueda dar más.

Tranquilizóse inmediatamente, dichosa al sentirse amada de aquel modo, encontrando en efecto que había sido bien tonta con llorar. Él siguió diciendo:

—Si tu padre y tu madre quieren, les instalaremos en Clichy, donde he visto unos bajos con jardines que no me parecieron caros… Tenerlos en casa, en nuestro agujero lleno con los cuatro muebles que tenemos, me agradaría mucho desde luego, pero es demasiado estrecho; tanto más, cuando pronto vamos a necesitar sitio…

Y, sonriendo de nuevo, volviéndose hacia la señora Carolina que, muy conmovida, asistía a aquella escena matrimonial, añadió:

— ¡Pues, sí!, vamos a ser tres, y bien puede confesarse abiertamente, ahora que ya soy un señor que gana su vida… Un regalo más con que va a obsequiarme, ¿no le parece, señora?, ¡y todavía llora por no haberme dado nada!

La señora Carolina, en la incurable desesperación de su esterilidad, contempló a Marcela algo ruborizada, pues hasta entonces no se había dado cuenta de lo abultado de su talle. Y empezó a notar a su vez que los ojos se le llenaban de lágrimas.

— ¡Ah!, hijitos míos, amaos de veras; ¡bien puedo decir que sois los únicos razonables y felices!

Después, antes de despedirse, Jordan dio detalles con referencia al periódico La Esperanza. Alegremente, con su instintivo horror hacia los

negocios, hablaba del mismo como si estuviera aludiendo a la más extraordinaria caverna, en la que nunca dejaban de resonar los martillazos de la especulación. Todo el personal, desde el director hasta el último mozo de despacho, especulaba de lo lindo, y sólo él, decía riéndose, había permanecido impasible, sin jugar, muy mal visto siempre y agobiado por el desprecio de todos. Por lo demás, el derrumbamiento del Universal y sobre todo la detención de Saccard, acababan de segar por su base la vida del periódico. Había tenido lugar por allí una auténtica desbandada de redactores, mientras Jantrou se obstinaba, con el agua al cuello, en agarrarse a aquellos restos del naufragio, para intentar seguir viviendo. Estaba acabado, aquellos tres años de prosperidad lo habían estragado, en un monstruoso abuso de todo lo que se compra, semejante a esos hambrientos que mueren de indigestión el día en que se sientan a la mesa. Y lo más curioso del caso, lógico por otra parte, era la caída final de la baronesa de Sandorff, caída en manos de este hombre, en medio del desarrollo de la catástrofe, encolerizada y queriendo recobrar su dinero.

Al oír el nombre de la baronesa, la señora Carolina había palidecido ligeramente, en tanto que Jordan, que ignoraba la rivalidad entre las dos mujeres, completaba su relato.

—No he llegado a saber por qué se le entregaría. Quizás creyó que él podría informarla, gracias a sus relaciones como agente de publicidad. Acaso no rodó hasta sus manos más que obedeciendo a las leyes de la caída yendo cada vez más hacia abajo. En la pasión del juego existe como un fermento desorganizador, observado por mí con mucha frecuencia, que todo lo corroe y lo pudre, hasta llegar a convertir la criatura de mayor rango social y mejor educada, en un verdadero despojo humano, en el desecho barrido en el arroyo… En todo caso, si ese granuja de Jantrou había conservado sobre el corazón los puntapiés en el trasero que según se dice, le largaba el padre de la baronesa, cuando en otro tiempo, iba a mendigar sus órdenes, bien supo vengarse ahora; y, como les estoy hablando, puedo decirles que cierto día con ocasión de haber vuelto al periódico para cobrar mi paga, caí como llovido del cielo al abrir una puerta con cierta rudeza, cuando estaban en plena riña habiendo visto con mis propios ojos cómo Jantrou atizaba de cachetes a la Sandorff, sin medida ni consideración alguna. ¡Oh!, ¡qué escena más desagradable, la de aquel hombre borracho, consumido por el alcohol y los vicios, golpeando con una brutalidad de cochero a esta dama de alta categoría!

Con gesto de sufrimiento, la señora Carolina le hizo callar. Le producía la impresión que este exceso de humillación le alcanzaba a ella misma.

A punto ya de partir, muy cariñosamente, le había cogido la mano.

—No crea usted en absoluto, querida señora, que hemos venido para

causarle disgusto. Pablo, por el contrario, siempre está defendiendo a Saccard.

— ¡Pues claro que sí! —exclamó el joven—. Siempre se comportó amablemente conmigo. Jamás podré olvidar la forma en que supo quitarnos de en medio aquel terrible Busch. Además, y dígase lo que se quiera, se trata en todo caso de un señor con mucha personalidad. Cuando le vea usted, señora, tenga la amabilidad de decirle que el joven matrimonio le guarda un profundo reconocimiento.

Cuando los Jordan hubieron marchado, la señora Carolina tuvo un gesto de muda cólera. ¿Por qué, reconocimiento?, ¿por la ruina de los Maugendre? Esos Jordan eran lo mismo que Dejoie, se iban con las mismas palabras de excusa y formulando los propios buenos deseos. Y sin embargo, aquellos estaban enterados de todo; y no era precisamente un ignorante este escritor que había atravesado por el mundo de las finanzas, lleno de tan magnífico desprecio por el dinero. En su fuero interno, la rebelión continuaba e iba en aumento. ¡No!, no existía en aquel caso posible perdón; el lodo era demasiado profundo. Los bofetones dados por Jantrou a la baronesa, no servían como venganza. Era Saccard quien lo había podrido todo.

Aquel día, la señora Carolina debía ir a casa de Mazaud, con motivo de ciertos papeles que quería acompañar al expediente de su hermano. Deseaba asimismo saber cuál sería su actitud, en el caso de que la defensa le citase como testigo. Había sido convenida la cita para las cuatro, después de la sesión de Bolsa; y, sola al fin, se pasó más de una hora y media clasificando los informes que había obtenido ya. A través de aquel montón de ruinas, empezaba a ver claro. Lo mismo que ocurre, al día siguiente de un incendio, cuando el humo ya se ha disipado y extinguido el montón de brasas, que se remueven los escombros, con la viva esperanza de encontrar el oro de las joyas fundidas.

Al principio, habíase preguntado insistentemente, dónde había podido ir a parar el dinero. En aquel engullimiento de doscientos millones, si unos bolsillos estaban vacíos, era preciso que otros se hubiesen llenado. Sin embargo, parecía cierto que el rastrillo de los bajistas no había recogido toda la suma, y que una horrorosa filtración se había llevado un buen tercio. En la Bolsa, los días de catástrofe, se diría que el suelo absorbe el dinero, se pierde o extravía y algo queda en manos de unos u otros. Gundermann por sí solo, debía haberse embolsado una cincuentena de millones. Le seguía luego Daigremont, con doce o quince. Se hablaba también del marqués de Bohain, cuya clásica maniobra había salido bien una vez más: al alza con Mazaud, rehusaba pagar, mientras había cobrado cerca de dos millones con Jacoby, con quien estaba a la baja; sólo que, en esta ocasión, aún sabiendo que el marqués había puesto sus bienes a nombre de la mujer, como pudiera hacerlo cualquier trapisondista, Mazaud, enloquecido por sus pérdidas, hablaba de demandarle

judicialmente. Casi todos los administradores del Universal habían sabido cortarse, por lo demás, su correspondiente magnífica tajada; unos como Huret y Kolb, vendiendo a los cambios más elevados antes del hundimiento, y los demás, como el marqués y Daigremont, pasándose a los bajistas, siguiendo una táctica de traidores, eso sin contar con que, en una de sus últimas reuniones, cuando la sociedad estaba ya con el agua al cuello, el consejo de administración, hizo acreedores a cada uno de sus miembros por un importe de cien mil francos y pico. En fin, en el corro, Delarocque y Jacoby sobre todo pasaban por haber ganado personalmente ingentes sumas, engullidas ya, por lo demás, en los dos abismos siempre abiertos e imposibles de colmar y consistentes en la pasión por las mujeres, si nos referimos al primero, y en el juego con relación al otro. Circulaba igualmente el rumor de que Nathansohn se convertía en uno de los reyes del Bolsín, gracias a una ganancia de tres millones que había realizado jugando por su cuenta a la baja, al propio tiempo que jugaba al alza por Saccard; y la suerte extraordinaria por su parte consistía en que a buen seguro hubiera saltado, comprometido por considerables compras en nombre del Universal que no pagaba ya, si no se hubiera hecho preciso pasar la esponja y perdonar al Bolsín entero, reconocido como insolvente, todo lo que éste debía, o sea más de cien millones de francos. ¡Un hombre decididamente feliz y hábil, aquel menudo Nathansohn!, y ¡qué preciosa aventura ésa, que a todos hacía sonreír, de poder guardarse lo ganado, sin necesidad de pagar lo que había perdido!

Pero las cifras continuaban vagas; la señora Carolina no podía llegar a una apreciación exacta de las ganancias, pues las operaciones de Bolsa se realizan en pleno misterio, y el secreto profesional es estrictamente guardado por los agentes de cambio. Y nada hubiera podido llegar a saberse, incluso pudiendo fisgonear en los carnets, donde no se inscriben los nombres. Es por ello que intentó en vano llegar a conocer la suma que debió llevarse Sabatani, desaparecido a raíz de la última liquidación. Una ruina más, por ese lado, que afectaba duramente a Mazaud. Tratábase de la vulgar y consabida historia: el cliente sospechoso, acogido al principio con desconfianza, que, a título de garantía, realizaba un pequeño depósito de dos o tres mil francos; que juega con prudencia durante los primeros meses, hasta el día en que, olvidada la escasez de la garantía, convertido en amigo del agente de cambio, emprende la huida, al día siguiente de realizar cualquier bribonada. Mazaud, hablaba de ejecutar a Sabatani, lo mismo que hiciera ya con Schlosser, un fullero de la misma banda, de la eterna cuadrilla que explota el mercado bursátil, igual que los ladrones de antaño explotaban un bosque. Y el levantino, ese italiano mezcla de oriental, de aterciopelados ojos, a quien una leyenda atribuía determinado fenómeno que cuchicheaban entre sí mujeres curiosas, se fue a espumar la Bolsa de alguna capital extranjera, decíase que Berlín, esperando que París le olvidase, adonde volvería después, para ser saludado de nuevo por

todos, dispuesto a realizar de nuevo su consabida maniobra en medio de la tolerancia general.

Después la señora Carolina había confeccionado una lista de desastres. La catástrofe del Universal, venía a ser una de esas terribles sacudidas que conmueven a toda una ciudad. Nada había quedado sólido y en pie, las grietas alcanzaban a las casas vecinas, y cada día tenían lugar nuevos derrumbamientos. Unos sobre otros, los bancos irían hundiéndose, con el brusco estrépito de los lienzos de pared que permanecen en pie después de un incendio. En una muda consternación, escuchábanse esos ruidos de desplome, preguntándose la gente dónde se detendrían las ruinas. Y, lo que le partía el corazón, mucho más que los banqueros, las sociedades, hombres y cosas destruidos, arrastrados por la tormenta, eran todas aquellas pobres gentes, accionistas, especuladores incluso, a quienes ella había conocido y amado, y que figuraban entre las víctimas. Después de la derrota, procedía a contar sus muertos. Y allí no sólo figuraban su pobre Dejoie, los Maugendre, estúpidos desde luego pero también dignos de lástima, o las tristes señoras de Beauvilliers, de tan conmovedora suerte. Existía otro drama que la trastornaba: la quiebra del fabricante de sedas Sédille, declarada la víspera. Habiéndole visto como administrador y observando de cerca en su trabajo, y teniéndole como le tenía, según sus propias palabras, como la sola persona del consejo a quien hubiera confiado diez sueldos, se atrevía a considerarle como el hombre más honrado del mundo. ¡Qué cosa tan horrible esa pasión por el juego! Un hombre que, con su trabajo y su probidad, había dedicado treinta años a fundar una de las más sólidas casas de París, y que ahora, en menos de tres años, acababa de ponerla en entredicho y de corroerla, hasta el extremo de dar lugar a que, de golpe, se derrumbara convertida en polvo. ¡Cuántos amargos lamentos no le suscitaría pensar en las laboriosas jornadas de antaño, cuando aún creía en la fortuna ganada con el esfuerzo lento, antes de que una primera ganancia producto del azar, le hubiera hecho despreciar este último, devorado por el sueño de conquistar en la Bolsa y sólo en una hora, el millón que requiere toda la vida de un comerciante honrado! Y la Bolsa se lo había llevado todo, el desdichado quedó como aniquilado, hundido, sintiéndose incapaz e indigno de incorporarse de nuevo al mundo de los negocios, con un hijo al que la miseria quizás convirtiera en un estafador; ese Gustavo, aquel ser viviente que sólo pensaba en las fiestas y en el regocijo, con una deuda a sus espaldas de cuarenta o cincuenta mil francos, comprometido ya en una sucia historia de pagarés firmados a Germaine Coeur. Otro pobre diablo existía aún que tenía afligida a la señora Carolina, el corredor Massias; y, ¡bien sabía Dios lo poco que, de ordinario, solían impresionarle esos mediadores de la mentira y el engaño! Sólo que, a éste también le había conocido con sus saltones y sonrientes ojos y su aspecto de perro manso, cuando corría París, para hacerse con algunas órdenes de mínima importancia. Si por algún momento se había

creído a su vez en fin, ser uno de los dueños del mercado bursátil y haber conseguido violar la suerte al amparo de Saccard y siguiendo sus huellas, ¡qué caída tan espantosa debió despertarle de sus sueños, viéndose en aquella forma, tirado por tierra! Debía setenta mil francos, y había pagado desde luego, aunque, como tantos otros, tuvo en su mano alegar la excepción de juego; y había pagado, pidiendo dinero a los amigos, comprometiéndose por toda su vida, esa sublime e inútil tontería de pagar, cuando nadie sabía apreciar su gesto, hasta el punto de que la gente se encogía de hombros a sus espaldas. Sólo exhalaba su rencor contra la Bolsa sumido de nuevo en ella con verdadera repugnancia por el sucio oficio que desempeñaba, clamando a voces que hacía falta ser judío para triunfar en ese ambiente, aunque resignado no obstante a permanecer en él, puesto que allí se encontraba, con la firme esperanza de que podría llegar incluso a ganar el premio gordo mientras tuviera buena vista y buenas piernas. Pero, los muertos desconocidos, las víctimas sin nombre, sin historia, eran sobre todo los que llenaban de piedad infinita el corazón de la señora Carolina. Formaban legión, sembraban los apartados matorrales, los fosos llenos de hierba, y de ese modo aparecían por doquier, cadáveres perdidos, heridos agonizando de angustia, detrás de cada tronco de árbol. ¡Qué espantosos dramas mudos entrañaba aquella muchedumbre ignorada de pequeños rentistas de escasos recursos, de pequeños accionistas que habían invertido todas sus economías en un mismo valor bursátil, de porteros retirados, de pálidas solteronas viviendo con la sola compañía de un gato, los curas de aldea empobrecidos por la limosna, todos esos seres de ínfima categoría en el marco de la sociedad y cuyo presupuesto se reduce a unos cuantos sueldos, tanto para la leche, tanto para el pan; un presupuesto tan justo y reducido, que dos sueldos de menos conducen a verdaderos cataclismos! Y, de repente, se acabó todo, la existencia cortada en seco, arrastrada sin rumbo, viejas manos temblorosas, tanteando perdidamente en las tinieblas, incapaces de realizar trabajo alguno, todas esas existencias humildes y tranquilas, ¡lanzadas así de golpe al espantoso escenario de la necesidad! Cien cartas desesperadas habían llegado de Vendôme, donde el señor Fayeux, recaudador de rentas, había agravado el desastre, levantando el vuelo. Depositario del dinero y de los títulos de los clientes en cuyo nombre operaba en la Bolsa, se había dedicado a realizar por sí mismo un juego terrible; y, visto que había perdido, no queriendo pagar había escapado con algunos centenares de miles de francos que tenía entre sus manos. Alrededor de Vendôme, en las granjas más apartadas, dejaba como rastro la miseria y las lágrimas. En todos lados, la sacudida había alcanzado de ese modo las chozas y cobijos más humildes. Como sucede después de las grandes epidemias, las más lastimosas víctimas, ¿no eran en efecto, las que integraban esa población media, ese pequeño ahorro, que sólo los hijos podrían rehacer después de años y años de dura labor?

La señora Carolina se decidió finalmente a marchar para ir a casa Mazaud; y, mientras descendía a pie hacia la calle del Banco, iba pensando en los repetidos golpes que, desde hacía una quincena, alcanzaban al agente de cambio. Y ahí estaban para demostrarlo, Fayeux, que le robaba trescientos mil francos, Sabatani, que le dejaba una cuenta de impagados de cerca del doble, el marqués de Bohain y la baronesa de Sandorff, que se negaban por su parte a pagar más de un millón de diferencias, Sédille, cuya suma venía a significarle aproximadamente la misma cantidad; todo ello sin contar, naturalmente, los ocho millones que le debía el Universal, esos ocho millones por los cuales había doblado a Saccard, esa espantosa pérdida, el insondable abismo en que, de hora en hora, se esperaba verle zozobrar. En dos ocasiones ya, habíase esparcido el rumor de la catástrofe. Y, en ese encarnizamiento de la suerte, acababa de tener lugar una última desdicha, que iba a significar la gota de agua que desborda el vaso: el empleado Flory, había sido detenido la antevíspera, convicto de haber sustraído ciento ochenta mil francos. Poco a poco las exigencias de la señorita Chuchu, la antigua figurante, la escuálida saltamontes del arroyo parisién, se habían ido acrecentando: primero alegres partidas de poca envergadura, luego el apartamento de la calle Condorcet, a continuación alhajas, encajes; y lo que había perdido el desgraciado y tierno mozo era su primera ganancia, después del desastre de Sadowa; ese dinero de placer, tan rápidamente ganado como gastado, que le llevó como por una pendiente a la necesidad de hacerse con otro y después otro, cegado por una fiebre de pasión hacia aquella mujer comprada a tan alto precio. Pero la historia convertíase en extraordinaria, debido a la circunstancia que se daba de que Flory había robado a su patrón, simplemente para poder pagar su deuda de juego, en el despacho de otro agente: singular muestra de honradez aquélla, azoramiento ante el temor a la ejecución inmediata, esperanza sin duda de poder ocultar el robo, de conseguir tapar el agujero con alguna operación milagrosa. Mucho era lo que había llorado estando en prisión, en un horrendo despertar de vergüenza y desesperación; y se decía que su madre, llegada aquella misma mañana de Saintes para verle, se había visto obligada a guardar cama en casa de los amigos que le dieron cobijo.

¡Qué cosa tan extraña era la suerte misma!, iba pensando la señora Carolina mientras atravesaba la plaza de la Bolsa. Primero, el extraordinario éxito del Universal, aquel rápido ascenso camino del triunfo, de la conquista y del dominio, conseguidos en menos de cuatro años; luego, este brusco hundimiento, el total desplome de tan colosal edificio, que sólo un mes había bastado para reducir a escombros. No podía salir de su asombro. Y, ¿no estaba allí también, como nuevo ejemplo, la historia de Mazaud? Jamás hombre alguno había visto sonreírle el destino hasta ese extremo. Agente de cambio a los treinta y dos años, muy rico ya por razón de la muerte de su tío, feliz esposo de una mujer encantadora que le adoraba y que le había dado dos

hermosos hijos, era además un hombre bien parecido, que adquiría cada día en el corro una personalidad más considerable, por sus relaciones, su actividad, su olfato en verdad sorprendente, incluso por su aguda voz, esa voz de flautín que se hizo tan célebre como la atronadora exhalación de Jacoby. Y, de pronto, he aquí que la situación se resquebraja y en un momento dado se encuentra al borde del abismo, bastando sólo un soplo para sumirle en sus profundidades. No había jugado sin embargo, protegido como estaba aún por su ardor en el desempeño del trabajo y su inquieta juventud. Había sido alcanzado y golpeado en plena lucha noble, leal; por inexperiencia y pasión sin duda, por haber creído demasiado en los demás. A pesar de todo, las simpatías permanecieron vivas a su favor, creyendo que podría salir del atolladero, con mucha serenidad y aplomo.

Cuando la señora Carolina subió al despacho del agente, percibió con claridad el olor a ruina, el escalofrío de secreta angustia en aquellas oficinas convertidas en algo melancólico y triste. Pasando por la caja, observó la presencia de una veintena de personas, toda una multitud que esperaba, mientras el cajero del dinero y el cajero de los títulos aún hacían honor a los compromisos de la casa, aunque con mano lenta, como hombres que están vaciando los últimos cajones. Por una puerta entreabierta, el despacho destinado a la liquidación le pareció como adormecido, con sus siete empleados leyendo el periódico, no teniendo ya que atender más que a raros y espaciados asuntos, desde que la Bolsa se hallaba en paro forzoso. La sección del contado, era la única que en cierto modo conservaba vida. Y fue Berthier, el apoderado, quien la recibió, muy agitado también él, con el rostro pálido, compartiendo la desdicha de la casa.

—Ignoro, señora, si el señor Mazaud podrá recibirla… Se siente algo enfermo; cogió frío al obstinarse en seguir trabajando esta última noche, sin tener el fuego encendido, y acababa de bajar a sus habitaciones particulares, que están en el primer piso, para reposar un poco.

Entonces, la señora Carolina insistió.

—Se lo ruego, señor, intente que pueda decirle sólo unas palabras… Va en ello, quizás, la salvación de mi hermano. Sabe perfectamente el señor Mazaud que jamás mi hermano se dedicó a realizar operaciones de Bolsa, y su testimonio sería de una gran importancia… Por otra parte, tengo que pedirle algunas cifras; y sólo él puede informarme sobre determinados documentos.

Vacilando mucho, Berthier acabó por rogarle que entrase en el despacho del agente de cambio.

—Espere aquí un instante, señora, voy a ver.

Y, estando en aquella pieza, la señora Carolina experimentó en efecto una

gran sensación de frío. El fuego debía haberse extinguido la víspera, y nadie pensó en volverlo a encender. Pero lo que la impresionaba más aún, era el orden perfecto, como casi toda la pasada noche y la mañana entera, hubieran sido dedicados a vaciar los muebles, a destruir papeles inútiles y a clasificar aquellos que precisaba conservar. Nada arrastraba por allí, ni un expediente, ni siquiera una carta. Sobre la mesa de despacho sólo podían verse, metódicamente alineados, el tintero, el portaplumas y una carpeta de gran tamaño, en medio de la cual sólo quedaba un paquete de tarjetas de la casa, tarjetas verdes, el color de la esperanza. En aquel ambiente de desnudez, una tristeza infinita caía con el pesado silencio.

Al cabo de algunos minutos, reapareció Berthier.

— ¡Se lo aseguro, señora!, toqué dos veces el timbre, pero no me atrevo a insistir… Cuando baje, usted misma verá si se siente con valor para llamar nuevamente. Pero le aconsejo que vuelva en otra ocasión.

La señora Carolina hubo de resignarse. Sin embargo, estando en el rellano del primer piso, vaciló aún, e incluso tendió la mano hacia el botón de la campanilla. Y acababa ya marchándose, cuando una serie de gritos y sollozos, todo un sordo rumor proveniente del fondo del apartamento, hizo que se detuviera. Abrióse bruscamente la puerta y un criado salió disparado, con cara asustada para desaparecer luego por la escalera, sin dejar de balbucear:

— ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, el señor…

La señora Carolina había permanecido inmóvil ante aquella puerta abierta, por donde salía, ahora ya de modo claro, una queja de espantoso dolor. E iba quedándose helada, creyendo adivinarlo todo, invadida su mente por la nítida visión de lo que allí estaba ocurriendo. Su primera reacción fue huir, pero luego no pudo, conmovida por un sentimiento de piedad, atraída, experimentando la necesidad de ver y de aportar sus lágrimas, también ella. Entró, pues, encontrando todas las puertas abiertas de par en par, y se llegó hasta el salón.

Dos sirvientas, la cocinera y la doncella sin duda, asomaban la cabeza por allí, poniendo caras de espanto y balbuceando:

— ¡Oh!, señor, ¡oh, Dios mío!, ¡Dios mío!

La mortecina luz de aquella gris jornada de invierno penetraba débilmente, por la separación entre las espesas cortinas de seda. Pero hacía mucho calor, gruesos leños acababan de consumirse en la chimenea, convertidos en brasas, iluminando las paredes con un gran reflejo rojo. Sobre una mesa, veíase un ramo de rosas, regio ramo para la estación en que se hallaban, y que, la misma víspera, el agente de cambio había traído a su mujer, abríase el mencionado ramo en aquella tibia atmósfera de estufa, embalsamando con su olor toda la

pieza. Era como el perfume mismo del refinado lujo del mobiliario, el buen olor de la suerte, de la riqueza, de esa felicidad de amor que, durante cuatro años, había florecido allí. Y, bajo el rojo reflejo del fuego, estaba Mazaud tumbado de través al borde del canapé, destrozada la cabeza por una bala, con la mano crispada sobre la culata del revólver; mientras que, de pie ante él, su joven esposa, que acudió a toda prisa, lanzaba esa queja, aquel grito continuo y salvaje que se oía desde la escalera. En el momento de la denotación, ella tenía en brazos a su pequeño de cuatro años y medio, cuyas manitas se habían agarrado a su cuello a causa del espanto; y su hijita que ya tenía seis años, la siguió cogida a su falda, materialmente pegada a ella; y las dos criaturas gritaban también, al ver gritar a su madre desvariadamente.

En seguida, la señora Carolina quiso llevárselos de allí.

—Señora, se lo suplico… Señora, no se quede aquí…

Ella misma se había puesto a temblar, sentíase desfallecer. Del agujereado cráneo de Mazaud, veía deslizarse aún la sangre, caer gota a gota sobre el terciopelo del canapé, desde donde chorreaba sobre la alfombra. En el suelo había una enorme mancha, que se ensanchaba paulatinamente. Y le producía la impresión de que aquella sangre iba acercándose a ella, salpicándole los pies y las manos.

—Señora, se lo suplico, sígame…

Pero, con el hijo colgado a su cuello, y la hija oprimiéndole la cintura, la desdichada no oía nada, no se movía, erguida, plantada allí con tal firmeza que ninguna fuerza de este mundo hubiera sido capaz de desarraigarla. Los tres eran rubios, de una frescura de leche, de aspecto tan delicado e ingenuo la madre como los hijos. Y en el estupor de su felicidad muerta, en ese brusco aniquilamiento de la dicha que debía durar siempre, siguieron lanzando sus aterrorizados gritos, los alaridos por donde pasaba todo el horrible sufrimiento de la especie.

La señora Carolina cayó entonces de rodillas; y, entre sollozos, balbuceaba:

— ¡Oh!, señora, me destroza usted el corazón… Por favor, señora, aléjese de ese espectáculo, venga conmigo a la habitación de al lado, permítame tratar de ahorrarle un poco del mal que se le ha causado…

Pero aquel grupito huraño y plañidero seguía inalterable, la madre con los dos pequeños, como formando un único ser, inmóviles con sus largos y rubios cabellos sueltos. Y continuaba sin interrupción aquel espantoso alarido, esa lamentación de la sangre que remonta del bosque, cuando los cazadores han matado al padre.

La señora Carolina se había puesto en pie; se le iba la cabeza. Se oyeron unos pasos, sonaron voces, la llegada del médico sin duda, la constatación de la muerte. No pudo entonces resistir más y huyó, perseguida por aquel abominable quejido que parecía no tener fin, y que incluso estando ya en la calle, entre el rodar de los carruajes, creía escuchar siempre.

El cielo iba oscureciéndose, hacía frío, y se puso a caminar lentamente, temiendo que no la detuviesen, tomándola por una homicida, al ver su cara de espanto. Todo volvía a hacer acto de presencia en su mente, la historia entera del monstruoso derrumbamiento de los doscientos millones que tantas ruinas amontonaba y tantas víctimas había llegado a aplastar. ¿Qué misteriosa fuerza, después de haber edificado aquella torre con tanta rapidez, venía a destruirla de ese modo? Las mismas manos que la construyeran, parecían haberse encarnizado, presas de locura, en no dejar piedra sobre piedra. Elevábanse por todas partes gritos de dolor; hundíanse fortunas con el estruendoso ruido de los volquetes de demoliciones cuando se vacían en el vertedero público. Tratábase de los últimos bienes patrimoniales de las Beauvilliers, de los sueldos arañados uno a uno de las economías de Dejoie, de las ganancias realizadas en la gran industria por Sédille, de las rentas de los Maugendre retirados del comercio, y que, en desordenada confusión, eran lanzados con estrépito al fondo de la misma cloaca, que nada colmaba. También figuraba en ese desastroso amontonamiento de escombros, Jantrou, anegado en alcohol, la Sandorff, ahogada en el cieno, Massias vuelto a su miserable condición de perro golpeado, sujeto para toda su vida a la Bolsa en razón a la deuda contraída; y también figuraba allí Flory ladrón, encarcelado, expiando sus debilidades de hombre sensible, Sabatani y Fayeux en fuga, galopando con el miedo a los gendarmes; y aparecían sobre todo en ese informe montón, como más dolorosos y dignos de lástima, todos esos seres, víctimas desconocidas de la tragedia, el gran rebaño anónimo de todos los pobres que la hecatombe había forjado, tiritando de abandono, vociferando de hambre. Figuraba asimismo en esa relación, la propia muerte, disparos de pistola que partían de los cuatro extremos de París, simbolizados en la destrozada cabeza de Mazaud, en aquella sangre de Mazaud, que, gota a gota, y por entre el lujo y el perfume de las rosas, salpicaba a su mujer y a sus pequeñuelos, aullando de dolor.

Y, entonces, todo cuanto había visto y oído desde hacía algunas semanas, exhalóse del magullado corazón de la señora Carolina en un grito de execración lanzado contra Saccard. Ya no podía callarse, dejarle a un lado como si no existiera, para evitar así juzgarlo y condenarlo. Él solo era culpable, lo que se desprendía de cada uno de sus desastres acumulados, cuyo espantoso revoltijo la aterrorizaba. Le maldecía con toda su alma; su cólera y su indignación, durante tanto tiempo contenidos, desbordaban en un rencor vengativo, que era como el propio odio al mal. ¿Es que no amaba ya a su

hermano, puesto que había estado esperando hasta entonces para odiar a aquel hombre espantoso, que era la única causa de su desgracia? Su pobre hermano, aquel gran inocente, ese infatigable trabajador, tan justo y recto, manchado ahora con la tara indeleble de la prisión, la víctima que ella olvidaba, digna del mejor cariño y más dolorosa que todas las demás. ¡Ah!, ¡que Saccard no hallase el perdón, que nadie osara lamentar defender su causa, ni siquiera aquellos que continuaban creyendo en él, que sólo conocían de su persona la bondad, y que muriese solo, un día, en el mayor desprecio!

La señora Carolina levantó la vista. Había llegado a la plaza, y divisó, frente a sí, la Bolsa. Caía el crepúsculo, un cielo de invierno cargado de bruma, situaba detrás del monumento algo semejante a una humareda de incendio, como una nube de color rojizo oscuro, que hubiérase dicho estar integrada por las llamas y polvoredas de una villa tomada al asalto. Y la Bolsa, gris y melancólica, se destacaba entre la tristeza de la catástrofe que, desde hacía un mes, la dejara desierta, abierta a los cuatro vientos del cielo, semejante a un mercado al que una penuria dejara vacío. Tratábase en suma de la epidemia fatal, periódica, cuyos estragos barrían el mercado bursátil cada diez o quince años; los viernes negros, como suele llamárseles, sembrando el suelo de escombros. Precisan luego años para que la confianza renazca, para que las grandes casas de banca se reconstruyan; hasta que llega el día en que, la pasión del juego reavivada poco a poco, llameante y volviendo a empezar la aventura, conduce a una nueva crisis, acabando por hundirlo todo en un nuevo desastre. Pero, esta vez, tras aquella humareda sonrosada del horizonte, en las lejanías difusas de la ciudad, se apreciaba como un sordo chasquido, el próximo acabamiento de un mundo.

XII

La instrucción del sumario fue llevada con tal lentitud que, transcurridos ya siete meses desde la detención de Saccard y de Hamelin, aún no figuraba el mismo en el registro de causas pendientes de vista pública. Érase a mediados de septiembre, y, aquel lunes, la señora Carolina, que iba a ver a su hermano dos veces por semana, debía estar a las tres en la Conserjería. Jamás pronunciaba el nombre de Saccard, y por diez veces había respondido con una negativa rotunda, a las apremiantes llamadas que éste le hiciera llegar para que fuese a visitarle. Para ella, firme en su voluntad de justicia, Saccard ya no existía. Siempre con la esperanza de salvar a su hermano, los días de visita se sentía alegre y jovial, satisfecha de poder hablarle de sus últimas gestiones y con llevarle un gran ramo de flores, que tanto le agradaban.

Aquel lunes por la mañana, estaba preparando, pues, una caja de claveles rojos, cuando la vieja Sofía, la doncella de la princesa de Orviedo, bajó para decirle que la señora deseaba hablarle en seguida. Asombrada, vagamente inquieta se apresuró a subir. No había visto a la princesa desde hacía varios meses; habiendo presentado su dimisión como secretaria de la Obra del Trabajo, en cuanto tuvo lugar la catástrofe del Universal. Ella no aparecía más que de tarde en tarde, por el bulevar Bineau, para ver a Víctor, al que la severa disciplina parecía estar domando, la vista baja, con su mejilla izquierda más abultada que la derecha, forzando la boca con una mueca de socarrona ferocidad. En seguida tuvo el presentimiento de que el motivo de la llamada era Víctor.

La princesa de Orviedo, habíase arruinado finalmente. Apenas diez años fueron bastantes para poder devolver a los pobres los trescientos millones de la herencia del príncipe, robados de los bolsillos de crédulos accionistas. Y si, para empezar, necesitó cinco años para invertir en buenas y descabelladas obras los cien primeros millones, consiguió, en cuatro años y medio, evaporar los otros doscientos millones, en fundaciones de un lujo más extraordinario aún. A la Obra del Trabajo, a la Cuna de Santa María, al Orfelinato de San José, al Asilo de Chatillon y al Hospital de Saint-Marceau, había que añadir hoy una granja modelo, cerca de Evreux, dos casas de convalecencia para niños, a orillas de la Mancha, otra casa de retiro para ancianos, en Niza, hospicios, poblados obreros, bibliotecas y escuelas por los cuatro extremos de Francia, todo ello sin contar con los considerables donativos realizados a las obras de caridad ya existentes. Tratábase siempre, por lo demás, de la misma voluntad de regia restitución, no del mendrugo de pan lanzado por piedad o temor a los desvalidos, sino del goce de la vida, de lo superfluo, de todo cuanto resulta bueno y hermoso dado a los humildes que nada tienen, a esos seres débiles despojados por los fuertes de su parte de regocijo; en fin, de los palacios de los ricos abiertos de par en par a los mendigos de los caminos para que, ellos también, pudieran dormir en la seda y comer en vajilla de oro. Durante diez años, la lluvia de millones no había cesado, los refectorios de mármol, los dormitorios alegrados por brillantes pinturas, fachadas monumentales como Louvres, jardines adornados con plantas exóticas, diez años de soberbios trabajos en una mezcla increíble de contratistas y arquitectos y ella se sentía ahora extraordinariamente feliz, tranquilizada por la enorme dicha de tener en lo sucesivo, las manos limpias, sin un céntimo. Incluso acababa de conseguir el asombroso resultado de llegar a contraer deudas; se la perseguía por un resto de cuentas que ascendía a varios centenares de miles de francos, sin que su abogado y su notario consiguieran completar la suma, en aquel desmigajamiento final de la enorme fortuna, lanzada así a los cuatro vientos de la limosna. Y un letrero, clavado en la parte superior de la puerta cochera, anunciaba la puesta en venta del hotel, el

supremo escobazo que se llevaría hasta los últimos vestigios del dinero maldito, recogido entre el barro y la sangre del bandidaje financiero.

Arriba, la vieja Sofía aguardaba a la señora Carolina para introducirla. La vieja, furiosa, se pasaba el día entero refunfuñando. ¡Ah!, ¡bien había pronosticado ella que la señora acabaría por morir en la indigencia! ¿No debió acaso haber contraído nuevo matrimonio y tener hijos con otro señor, puesto que ella no amaba otra cosa en el fondo? Y no es que tuviera motivo alguno de queja o razón para lamentarse, puesto que, desde hacía mucho tiempo, vino percibiendo una renta de dos mil francos, que iba a comerse en su país, del lado del Angoulême. Pero se apoderaba de ella la cólera, tan sólo con pensar que la señora ni siquiera se había reservado el escaso dinero preciso cada mañana, para adquirir el pan y la leche con que ahora se alimentaba. Incesantemente surgía la disputa entre ellas. La princesa sonreía con su divina sonrisa de esperanza, contestándole que, al acabar el mes, ya no necesitaría más que un sudario, cuando hubiera entrado en el convento donde desde hacía ya tiempo tenía reservada su plaza, un convento de carmelitas amurallado al mundo entero. ¡El reposo, el eterno reposo!

Tal como la viera desde hacía cuatro años, la señora Carolina encontró a la princesa, vestida con su eterno traje negro, los cabellos ocultos bajo una pañoleta de encaje, hermosa todavía pese a los treinta y nueve años, con su redonda cara y sus dientes de perlas, aunque su tez aparecía amarillenta y las carnes fofas, como después de diez años de enclaustramiento. Y la estrecha pieza, semejante al despacho de un funcionario de provincias, hallábase repleta de un conglomerado de papelotes más inextricables aún, a base de planos, memorias, expedientes, todo el papel amasado en un despilfarro de trescientos millones.

—Señora —dijo la princesa con su voz dulce y pausada, que ninguna emoción era ya capaz de hacer temblar— he querido comunicarle una noticia que me trajeron esta mañana… Se trata de Víctor, ese muchacho que usted colocó bajo el amparo de la Obra del Trabajo…

El corazón de la señora Carolina se puso a latir dolorosamente. ¡Ah!, ¡miserable criatura aquella a quien su padre ni siquiera se había dignado ir a ver, pese a sus formales promesas, durante los escasos meses en que supo de su existencia antes de ser encarcelado en la Conserjería! ¿Qué sería de él en lo sucesivo? Y ella que se prohibía pensar en Saccard, se sentía de continuo arrastrada hacia él, conmovida en su maternidad de adopción.

—Ayer ocurrieron cosas terribles —continuó diciendo la princesa—, todo un crimen en fin que nada podría reparar.

Y, con su helada expresión le contó una espantosa aventura. Tres días antes, Víctor se hizo llevar a la enfermería, alegando padecer insoportables

dolores de cabeza. Sospechó en seguida el médico que se trataba de una simulación de perezoso; pero el niño venía sufriendo en realidad frecuentes neuralgias. Ahora bien, esa tarde se encontraba en la Obra Alicia de Beauvilliers, sin su madre, que había venido para ayudar a la hermana de servicio en el inventario trimestral del armario de los medicamentos. Este armario se hallaba en la pieza que separa los dos dormitorios, el de las niñas y el de los muchachos, donde nadie había en aquel momento más que Víctor acostado, ocupando una de las camas; y, habiéndose ausentado la hermana durante algunos minutos, tuvo la sorpresa, al volver, de no encontrar a Alicia, la esperó unos instantes y luego se puso a buscarla con afán. El asombro de la hermana había ido en aumento al constatar que la puerta del dormitorio de los muchachos acababa de ser cerrada por dentro. ¿Qué estaría ocurriendo? Se vio obligada entonces a dar la vuelta por el pasillo, y quedó boquiabierta, aterrorizada, por el espectáculo que tenía a la vista: la joven, medio estrangulada, con una toalla anudada sobre su rostro para ahogar sus gritos, con las faldas levantadas y en desorden, exhibiendo su pobre desnudez de virgen clorótica, violentada, mancillada con inmunda brutalidad. Por el suelo yacía un portamonedas vacío. Cabía reconstruir la escena del siguiente modo: Alicia, llamada quizás, y entrando en el dormitorio para dar una taza de leche a aquel mozo de quince años velludo como un hombre; luego, el brusco apetito del monstruo suscitado por aquella carne frágil, por aquel cuello demasiado largo, el salto del macho en camisa, el sofoco de la muchacha, lanzada seguidamente sobre el lecho lo mismo que un pingajo, violada, robada, el chico vistiéndose a toda prisa, de cualquier modo, y finalmente la huida. Pero ¡qué de puntos oscuros, cuántos interrogantes de asombro e insolubles a la vez! ¿Cómo no habían oído nada, ni el más leve ruido de lucha, ni siquiera una queja? ¿Cómo podían haber sucedido cosas tan horripilantes, con tal rapidez, en diez minutos apenas? Sobre todo, ¿cómo pudo Víctor escapar, evaporarse por decirlo así, sin dejar huella? ya que, después de la más minuciosa búsqueda, se había llegado a la certidumbre de que ya no se encontraba en el establecimiento. Debía haber escapado por la sala de baños, que daba al pasillo, y una de cuyas ventanas se abría por encima de una serie de techos escalonados, que se extendían hasta el bulevar y aún es de tener en cuenta que un tal camino ofrecía de por sí grandes peligros, que muchos se negaban a creer que un ser humano hubiera podido seguirlo. Conducida a casa de su madre, Alicia guardaba cama, magullada, como atontada, sin dejar de sollozar, sacudida por una intensa fiebre.

La señora Carolina escuchó ese relato con tal sobrecogimiento, que le parecía que se helaba toda la sangre de su corazón. Un recuerdo había despertado en ella, que la producía verdadero espanto por el terrible parangón que permitía establecer: Saccard, en época anterior, acosando a la miserable Rosalía sobre el peldaño de una escalera, dislocándole el hombro, en el

momento de la concepción de aquel niño, que conservaba, a título de marca, como una mejilla aplastada; y, hoy, Víctor violentando a su vez a la primera joven que la suerte le deparaba. ¡Qué inútil crueldad!, ¡esa muchachita tan dulce, el desolado fin de una raza, que estaba a punto de entregarse a Dios, al no poder tener un marido como las demás! ¿Tenía acaso algún sentido, ese estúpido y abominable encuentro? ¿Por qué haber estrellado esto contra aquello?

—No está en mi ánimo hacerle ningún reproche, señora —concluyó la princesa—; sería de lo más injusto hacer llegar hasta usted la menor responsabilidad. Pero, la verdad es que tenía usted allá un protegido bien terrible.

Y, como si se hubiera operado en ella una asociación de ideas no llegada a expresar, añadió:

—No se vive impunemente, en ciertos medios… Yo misma he llegado a experimentar grandes remordimientos de conciencia, me he sentido cómplice; cuando, últimamente ese banco se hundió, amontonando tantas ruinas y tantas iniquidades. Sí, no debí consentir que mi casa se convirtiese en la cuna de semejante abominación… En fin, el mal está hecho, la casa será purificada, y yo, ¡oh!, yo no soy nadie, Dios me perdonará.

Su pálida sonrisa de esperanza por fin realizada había reaparecido en ella, sólo con el gesto daba a entender su salida del mundo, su desaparición para siempre jamás de buena diosa invisible.

La señora Carolina le había cogido las manos, estrechándolas y besándoselas; de tal modo trastornada por el remordimiento y la piedad, que sólo balbuceaba palabras sin sentido.

—Comete un error tratando de excusarme; soy culpable… Y en cuanto a esa desgraciada niña, quiero verla, corro en seguida a verla…

Y se fue, dejando a la princesa y a su vieja sirvienta Sofía hacer sus maletas, para la trascendental marcha que había de separarlas después de cuarenta años de vida en común.

La antevíspera, sábado, la condesa de Beauvilliers se había resignado a abandonar su hotel a los acreedores. Al no haber pagado desde hacía seis meses los intereses de las hipotecas, la situación se hizo intolerable, en medio de gastos de toda especie, con la continua amenaza de una venta judicial, y su procurador le había aconsejado que lo soltase todo y fuera a refugiarse al fondo de una reducida vivienda, donde podría seguir subsistiendo sin motivar gastos innecesarios, mientras él por su parte trataba de liquidar las deudas. No hubiera cedido, se habría obstinado quizás en conservar su rango, la mentira de su fortuna intacta, hasta el aniquilamiento de su raza, bajo el desplome de

los techos, sin la aparición de una nueva desdicha que la había abatido por completo. Su hijo Fernando, el último de los Beauvilliers, aquel joven inútil, separado de todo empleo, convertido en zuavo pontificio para escapar a su nulidad y a su ociosidad, había muerto en Roma, sin gloria, tan pobre de sangre, tan sometido a prueba por aquel sol demasiado plúmbeo, que no pudo batirse en Mentana, ya en estado febril, enfermo del pecho. Ella entonces, había experimentado como un brusco vacío, una especie de hundimiento de todas sus ideas, de todos sus quereres, del laborioso andamiaje que, desde hacía tantos años, venía sosteniendo tan orgullosamente el honor del apellido. Bastaron veinticuatro horas, la casa se había agrietado y apareció la miseria, desconsoladora, por entre los escombros. Hubo que vender el viejo caballo; quedó únicamente la cocinera que, con el delantal sucio hacía su compra, dos sueldos de manteca y un kilo de judías secas; la condesa fue vista en la calle con el vestido salpicado de lodo, calzando unas botinas descosidas por las que entraba el agua. Era la indigencia que surgía de la noche a la mañana; el desastre se llevaba consigo hasta el orgullo de aquella creyente de otra época ya fenecida, en lucha contra su siglo. Y, junto con su hija, había encontrado cobijo en la calle de la Tour-des-Dames, en casa de una antigua vendedora de artículos de tocador, que se hizo devota y subarrendaba habitaciones amuebladas a sacerdotes. Y allí vivían las dos en una gran pieza desnuda, de una miseria digna y triste, en cuyo fondo existía una alcoba cerrada. En esa alcoba había dos pequeños lechos y cuando los bastidores, revestidos del mismo papel que las paredes, estaban cerrados, la estancia se transformaba en salón. Esta venturosa distribución las había consolado un poco.

Pero, no hacía siquiera dos horas que la condesa de Beauvilliers se había instalado, el sábado, cuando una visita inesperada, extraordinaria, la había sumido en una nueva angustia. Alicia, afortunadamente, había salido para un recado. El visitante era Busch, con su cara chata y sucia, su grasienta levita y su blanca corbata enrollada como una cuerda que, advertido sin duda por su olfato de que el momento era favorable, se decidió por fin a llevar a cabo su antiguo negocio referente al reconocimiento de deuda de diez mil francos, firmado por el conde a Léonide de Cron. Sólo con echar un vistazo a la estancia, se hizo cargo de la situación de la viuda: ¿habría, quizás, esperado mucho? Y, como hombre capaz, llegado el momento, de comportarse con cortesía y paciencia, se puso a explicar el caso a la azorada condesa. Era aquélla desde luego, ¿no es cierto?, letra de su marido; la misma que dejaba bien sentada la historia: una pasión del conde por la joven en cuestión, una forma de llegar a poseerla primero, para después desembarazarse de ella. No la había ocultado incluso que, legalmente, dado que pronto haría quince años, podía eludir el pagar. Sólo que él no era sino el mero representante de su cliente, resuelta desde luego a acudir a los tribunales, para armar el más espantoso de los escándalos, si no se transigía el asunto. La condesa,

completamente pálida, con el corazón dolorido por aquel horrible pasado que ahora resucitaba, no dejó de mostrarse asombrada ante el hecho de que hubieran dejado transcurrir tanto tiempo sin dirigirse a ella; pero, teniéndolo él previsto había inventado una historia, sobre la base de aquel documento, extraviado durante años, había sido encontrado en el fondo de una maleta; y, cuando ella se negó terminantemente a entrar en los detalles del asunto, él resolvió marcharse, siempre tan educado, despidiéndose con finos ademanes y diciéndola que volvería con su cliente, no al día siguiente, porque ésta no podía el domingo pasar mucho rato fuera de la casa donde trabajaba; pero sí, en cambio, el lunes o el martes.

El lunes, en medio de la espantosa aventura sucedida a su hija, después de habérsela traído delirante y mientras la estaba velando con lágrimas en los ojos, la condesa de Beauvilliers ni siquiera se acordaba ya de aquel hombre mal trajeado ni de su cruel historia.

Alicia acababa por fin de dormirse y la madre se había sentado, agotada, desconcertada por aquel encarnizamiento de la suerte, cuando se presentó de nuevo Busch, acompañado esta vez de Léonide.

—Señora, aquí tiene a mi cliente; será preciso que acabemos de una vez.

Al ver aparecer aquella ramera, la condesa se puso a temblar. No la quitaba la vista de encima, vestida de colorines, con su áspera cabellera negra cayéndole sobre las cejas, de cara ancha y fofa; contemplando la bajeza inmunda de toda su persona, ajada por diez años de prostitución. Y se sentía torturada, sangraba su orgullo de mujer, después de tantos años de perdón y de olvido. Pero ¡Dios mío!, ¿sería posible que el conde la hubiera traicionado con criaturas como aquélla, destinadas a tales caídas?

—Precisa terminar cuanto antes —insistió Busch— porque mi cliente tiene mucho que hacer en la calle Feydeau.

— ¿En la calle Feydeau? —repitió la condesa sin acabar de comprender.

—Sí, allí es donde está… En fin, habita en una casa.

Medio enajenada, temblándole las manos, la condesa fue a cerrar herméticamente la alcoba, pues sólo uno de los batientes de la puerta estaba entornado. Alicia, en su estado febril, acababa de agitarse bajo las sábanas. ¡Mientras llegara a dormirse, nada viera y nada llegara a oír!

Cuando se acercó de nuevo, Busch había reemprendido ya su perorata.

— ¡Atienda, señora!, ¡compréndalo bien!… La señorita me encargó de su asunto y yo me limito simplemente a representarla. Y ésa es la causa por la que quise que viniera en persona a exponerle su reclamación… Vamos a ver, Léonide, explíquese.

Inquieta, desempeñando a disgusto el papel que se la hacía representar, esta última levantó la mirada y fijó en él sus turbados ojos de perro castigado. Pero, la esperanza de cobrar los mil francos que él la había prometido, acabó de decidirla. Y, con su enronquecida voz, rasgada por el alcohol, al tiempo que él desplegaba de nuevo el famoso reconocimiento de deuda, exclamó la mujeruca:

—Ése es desde luego, sí, el papel que me firmó el señor Carlos… Yo era la hija del carretero, de Cron el Cornudo, como le llamaban, ¿sabe usted, señora? … Por aquel entonces el señor Carlos andaba siempre pegado a mis faldas, pidiéndome siempre que me prestara a una serie de porquerías. A mí todo eso me fastidiaba. Cuando se es joven, ¿no es eso?, una no sabe nada, no gusta ser cariñosa con los viejos… Y entonces, el señor Carlos me firmó el papel, una noche que me había llevado a la cuadra…

De pie, crucificada, la condesa dejaba que siguiera hablando, cuando, en un momento dado, le pareció oír un quejido en la alcoba. Tuvo un gesto de angustia.

— ¡Cállese!

Pero Léonide, estaba ya embalada; quería acabar.

—En todo caso, no resulta muy honrado que digamos, y cuando no se tiene intención de pagar, pervertir a una muchachita sencilla… Sí, señora, su señor Carlos era un ladrón. Eso es además lo que opinan todas las mujeres a quienes cuento el asunto… Y le respondo de que lo que me hizo, valía bien el dinero.

— ¡Cállese, cállese de una vez! —gritó con furia la condesa, alzando los brazos, como para aplastarla si se atrevía a seguir.

Léonide tuvo miedo y levantó el codo como para protegerse el rostro, en un movimiento instintivo propio de mujerzuelas habituadas a los bofetones. Y reinó un escalofriante silencio durante el cual pareció como si una nueva queja, un ruidito ahogado en lágrimas llegase de la alcoba.

—En fin, ¿qué pretende usted? —repuso la condesa temblorosa y bajando el tono de voz.

Y al llegar a este punto, intervino Busch.

—Pues escuche, señora, lo que quiere esta joven es que se la pague. Y tiene razón además la desdichada cuando dice que el señor conde de Beauvilliers se comportó muy mal con ella. Se trata de una estafa pura y simple.

—Jamás pagaré semejante deuda.

—Cogeremos entonces un coche, al salir de aquí, y nos acercaremos al

Palacio de Justicia, donde entregaré la denuncia que llevo redactada, y que usted misma puede ver… En la misma se especifican todos los hechos que la señorita acaba de contarle.

—Señor, lo que insinúa no es más que un abominable «chantaje»; usted no será capaz de hacer eso.

—Con su perdón, señora, pero voy a hacerlo ahora mismo. Negocios son negocios.

Una inmensa fatiga, un supremo desaliento iba apoderándose de la condesa. El último orgullo que la mantenía en pie, acababa de resquebrajarse; y toda su violencia, toda su fuerza decayó de improviso; limitándose desde entonces a juntar las manos y a balbucear.

—Pero ¿no está usted mismo viendo adónde hemos llegado? Contemple esta alcoba… Ya no nos queda absolutamente nada, mañana quizás no nos quede ni para comer… ¿De dónde quiere que saque yo el dinero?, y nada menos que diez mil francos, ¡Dios mío!

Busch esbozó una sonrisa, como hombre acostumbrado a pescar en esa clase de ruinas.

— ¡Oh!, a las damas como usted, nunca les faltan recursos. Es cuestión de buscar bien, pero acaban encontrándose.

Desde hacía unos momentos, Busch no quitaba la vista de encima a un viejo cofrecito de alhajas que había sobre la repisa de la chimenea, dejado allí por la condesa aquella mañana, cuando acabó de vaciar una maleta; y olfateaba pedrerías, con la certeza del instinto. Fue tal el llameante brillo de su mirada, que, al seguir su dirección, la condesa comprendió en seguida.

— ¡No, no! —gritó—, ¡las alhajas, jamás!

Y se apresuró a coger el cofrecito, como para defenderlo. Esas últimas alhajas, que durante tanto tiempo permanecieron en la familia; ¡aquellas escasas alhajas que había conservado a través de los mayores apuros, como única dote de su hija, y que eran en aquellos momentos su único recurso!

—Jamás, ¡preferiría entregar mi propia carne!

Pero, en aquel instante, surgió una circunstancia diversiva: la señora Carolina, llamó a la puerta y entró. Llegaba trastornada, y permaneció sobrecogida ante la escena en medio de la cual había ido a caer. Con una frase, rogó a la condesa que no interrumpiera sus asuntos por ella; y habría marchado a no ser por el gesto de súplica que observó en la condesa y creyó comprender. Inmóvil, pues, en el fondo de la pieza, permaneció aislada.

Busch acababa de ponerse su sombrero, en tanto que, cada vez más

asustada, Léonide se iba acercando a la puerta.

—Entonces, señora, ya no nos queda sino marcharnos…

Lo cierto es, sin embargo, que no se retiraba. Volvió a contar toda la historia en términos más vergonzosos aún, como si hubiera querido seguir humillando a la condesa ante la recién llegada, aquella señora a la que afectaba no conocer, siguiendo su costumbre, cuando trataba algún negocio.

—Adiós, señora, nos vamos directamente al tribunal. El relato detallado de lo ocurrido aparecerá en los periódicos antes de tres días. Así lo habrá querido usted.

¡En los periódicos! ¡Este horrible escándalo sobre las mismas ruinas de su casa! ¡No era suficiente ver cómo se convertía en polvo su antigua fortuna, era preciso que todo se hundiera en el cieno! ¡Ah!, ¡que por lo menos el honor del apellido quedara a salvo! Y, obedeciendo a un movimiento maquinal sus manos abrieron el cofrecito. Fueron apareciendo los pendientes, el brazalete, tres sortijas, brillantes y rubíes, con sus monturas antiguas.

Busch se había acercado en rápido movimiento. Sus ojos se enternecían con una dulzura de caricia.

— ¡Oh!, lo que veo ahí no alcanza a valer diez mil francos… Permítame que observe.

Breves instantes después, cogía ya una a una las alhajas, las daba la vuelta, las alzaba en el aire con sus gruesos y temblorosos dedos de enamorado, con su pasión sensual por la pedrería. La pureza de los rubíes sobre todo, parecía sumirle en un éxtasis. Pues, ¡y aquellos brillantes antiguos!, si la talla resulta a veces defectuosa, ¡qué maravilloso reflejo el suyo!

— ¡Seis mil francos! —exclamó entonces con voz de tasador, ocultando su emoción bajo esa cifra de valoración total—. No cuento más que el valor de las piedras, las monturas sólo sirven para ser fundidas. En fin, que habremos de contentarnos con seis mil francos.

Pero el sacrificio resultaba demasiado rudo para la condesa. Tuvo un despertar de violencia; volvió a coger las alhajas y las oprimió con sus convulsas manos. ¡No, no!, era demasiado exigirle que se prestase a lanzar aun al abismo aquellas escasas piedras que su madre había llevado encima y que su hija habría de ponerse también el día de su casamiento. Y ardientes lágrimas se desprendieron de sus ojos, resbalando por sus mejillas, en una tragedia de dolor tal, que Léonide, con el corazón oprimido, invadida por un sentimiento de piedad, se puso a tirarle a Busch del faldón de la levita, para forzarle a marcharse. Ella desde luego quería irse, la trastornaba enormemente el causar tanta pena a aquella pobre señora anciana, que tenía aspecto de ser

tan buena. Busch, muy frío, seguía el curso de la escena, seguro ahora de llevárselo todo, saliendo por su larga experiencia que las crisis de lágrimas en las mujeres, suelen ser el anuncio del quebrantamiento de la voluntad; y esperaba.

Tan espantosa escena acaso se hubiera prolongado, sí, en aquel momento, una voz lejana y ahogada, no hubiera estallado en sollozos. Era Alicia que gritaba desde el fondo de la alcoba:

— ¡Oh!, mamá, ¡me están matando!… ¡Dáselo, que se lo lleven todo!… ¡Oh!, mamá, ¡que se vayan en seguida!, ¡me están matando, me están matando!

La condesa tuvo entonces, un gesto de abandono desesperado, un gesto en el cual habría dado su vida. Su hija había oído. Su hija se moría de vergüenza. Y lanzó las alhajas a Busch; luego, sin dejarle apenas tiempo para que, a cambio, pusiera sobre la mesa, el reconocimiento de deuda del conde, le echó materialmente de la estancia, detrás de Léonide que ya había desaparecido de allí. A continuación, volvió a abrir la puerta de la alcoba y fue a hundir su cabeza en la almohada de Alicia, acabadas una y otra, totalmente aniquiladas, mezclando sus lágrimas.

La señora Carolina, sublevada en su interior, hubo un momento en que estuvo a punto de intervenir. ¿Iba a permitir acaso que ese miserable despojara de un modo tan indigno a aquellas dos pobres mujeres? Pero acababa de oír la innoble historia, y, ¿qué hacer para evitar el escándalo?; pues ella le sabía hombre capaz de llegar hasta el fin con sus amenazas. Incluso se sentía avergonzada ante aquel tipo, dada la complicidad de secretos existente entre ellos. ¡Ah!, ¡qué de sufrimientos, cuánta basura! Una sensación de malestar iba invadiendo todo su ser, ¿por qué había acudido allí tan apresuradamente, puesto que nada se le ocurría decir, ni tenía tampoco consejo que dar? Todas las frases que remontaban a sus labios, las preguntas, las simples alusiones, referentes al drama de la víspera, le parecían hirientes, ofensivas, imposibles de arriesgar delante de la víctima, extraviada aún, agonizante de su desdoro. Y, por otra parte, ¿qué socorro económico podría aportarles que no hubiera parecido una limosna irrisoria, estando ella igualmente arruinada, pasando incluso apuros en espera del desenlace del proceso? Acercóse finalmente a ellas, los ojos llenos de lágrimas, con los brazos abiertos, en un gesto de infinita piedad, con un enternecimiento profundo que la hacía temblar de pies a cabeza.

En el fondo de aquella vulgar alcoba, esas dos miserables criaturas hundidas, totalmente acabadas, eran cuanto restaba de la antigua raza de los Beauvilliers, en otro tiempo tan poderosa, soberana. Había poseído tierras tan extensas como un reino, veinte leguas del Loire formaron parte de su feudo,

así como castillos, prados, tierras de labor y bosques. Después aquella inmensa fortuna patrimonial fue poco a poco desapareciendo con el transcurso de los siglos, y la condesa acababa de disipar los últimos restos del naufragio en una de esas tempestades de la especulación moderna, de la que nada entendía: primero, sus veinte mil francos de economías, ahorrados sueldo a sueldo para su hija; luego los sesenta mil francos recibidos en préstamo con la garantía hipotecaria de los Aublets, y a continuación aquella granja entera. El hotel de la calle de Saint-Lazare, no resultaría bastante para pagar a los acreedores. Su hijo había muerto, lejos de ella y sin gloria. Le habían traído a su hija herida, mancillada por un bandido, como nos traen, sangrante y cubierto de lodo, a un niño al que un coche acaba de aplastar. Y la condesa, tan noble no ha mucho, delgada, alta, tan blanca, con su gran aire anticuado, sólo era ya una pobre y anciana mujer acabada, destrozada por aquella devastación; en tanto que, sin belleza, sin juventud, mostrando la desgracia de su harto alargado cuello, en el desorden de su camisa, Alicia tenía ojos de loca, en los que podía leerse el dolor de su último orgullo, su virginidad violada. Y ambas seguían llorando, sollozaban sin encontrar el fin.

La señora Carolina entonces, no pronunció una sola palabra, limitándose a estrechar a las dos entre sus brazos, con toda la fuerza de su corazón. No se le ocurría otra cosa, lloraba junto a ellas. Y así lo comprendieron las dos desgraciadas, que redoblaron sus lágrimas, ahora con mayor dulzura. Si no existía para su tragedia posible consuelo, ¿no era preciso vivir aún, vivir al menos?

Cuando la señora Carolina se encontró en la calle, percibió a Busch en plan de extensa conferencia con la Méchain. Hizo detenerse a un coche, y empujando hacia delante a Léonide, desapareció. Pero cuando la señora Carolina empezó también a apresurar el paso, la Méchain se dirigió decididamente hacia ella. Hallábase sin duda esperando y al acecho, pues inmediatamente empezó a hablarle de Víctor, informada ya personalmente de cuanto había ocurrido la víspera en la Obra del Trabajo. Desde que Saccard se negara a pagar los cuatro mil francos, ni perdió coraje, ni dejó de ingeniárselas para encontrar la manera de sacarle todavía algún jugo al asunto; y así acababa de enterarse de lo ocurrido, en el bulevar Bineau por donde iba con frecuencia, en la esperanza de captar algún incidente aprovechable. Su plan debía estar trazado de antemano, pues dijo a la señora Carolina que iba a ponerse inmediatamente en busca de Víctor. Era demasiado terrible y arriesgado abandonarlo a sus malos instintos; se hacía preciso encontrarlo, si no querían verle el día menos pensado en manos de la justicia. Y, mientras hablaba así, sus ojillos, perdidos en la grasa de su rostro, escudriñaban las reacciones de la buena señora, experimentando contento al verla confundida, y diciéndose que el día en que encontrase al rapaz, seguiría sacándole buenas monedas de cien sueldos.

—Entonces, señora, puesto que estamos de acuerdo, voy a ver si me ocupo del asunto… Y en el caso de que desee usted tener noticias, no se tome la molestia de pasar por la calle Marcadet; limítese a ir a casa del señor Busch, en la calle Feydeau, donde me podrá encontrar con seguridad todos los días, a eso de las cuatro.

La señora Carolina se encaminó de nuevo a la calle Saint-Lazare, atormentada ahora por una nueva ansiedad. Era verdad, aquel monstruo, dejado suelto por el mundo, errante y acosado, ¿qué herencia del mal no iría a saciar a través de las multitudes, como un lobo devorador? Almorzó rápidamente, cogió un coche, con tiempo de pasar por el bulevar Bineau, antes de ir a la Conserjería, quemada por el deseo de tener noticias en seguida. Luego, ya en camino, en su estado de turbación febril, una idea fue apoderándose de su mente hasta llegar a dominarla: ir primero a casa de Máximo, llevarle a la Obra y forzarle a ocuparse de Víctor, de quien, después de todo, no dejaba de ser el hermano. Sólo él seguía siendo rico, sólo él podía intervenir, ocuparse del asunto de un modo eficaz.

Pero, una vez en la avenida de la Emperatriz, llegado que hubo al vestíbulo del lujoso hotelito, la señora Carolina se sintió helada. Una serie de tapiceros procedían a quitar cortinajes y alfombras, al propio tiempo que los criados ponían fundas en las sillas y arañas; pudiéndose ver asimismo sobre los muebles y estantes todo un montón revuelto de preciosos objetos, de los que se desprendía un perfume mortecino, como si se tratase de un ramo de flores tirado al día siguiente del baile. Y, al fondo de la alcoba, encontró a Máximo, entre dos enormes baúles que el ayuda de cámara acababa de llenar con todo un ajuar maravilloso, rico y delicado como para una recién casada.

Y al darse cuenta de su presencia, fue él quien habló primero, con voz fría y seca.

— ¡Ah!, ¡es usted!, llega oportunamente, así me evita tener que escribirle… Estoy ya harto y me voy.

— ¡Cómo!, ¿que se va usted?

—Sí, salgo esta misma noche, voy a instalarme en Nápoles, donde pasaré el invierno.

Luego, cuando hubo despedido con un gesto al ayuda de cámara, añadió:

— ¡Si cree que me divierte eso de tener, desde hace seis meses, a un padre en la Conserjería! Desde luego que no voy a quedarme para verle en el correccional. ¡Yo que detesto los viajes! En fin, allí es bueno el clima, me llevo lo más indispensable, y es posible que no me aburra demasiado.

Contemplábale ella, tan correcto, tan apuesto; fijaba sus miradas en los

desbordantes baúles, por donde no aparecían modo alguno trapos de mujer, fuera ésta esposa o querida, en que sólo era dable apreciar el culto de sí mismo; y por ello osó aventurarse.

—Y yo que venía una vez más a pedirle un favor…

Luego le contó la historia. Víctor convertido en un bandido, violando y robando. Víctor en fuga, capaz de todos los crímenes.

—No podemos abandonarlo. Acompáñeme, unamos nuestros esfuerzos…

Ni siquiera la dejó acabar, lívido, presa de un ligero temblor de miedo, como si hubiera notado sobre sus hombros alguna mano mortífera y sucia.

— ¡Magnífico!, ¡ya no faltaba más que esto!… Un padre ladrón, un hermano asesino… Tardé demasiado por lo visto, yo quería marcharme la semana anterior. Pero ¡esto es abominable, más que abominable!, ¡colocar a un hombre como yo en semejante situación!

Entonces, como ella insistiera, él se puso insolente.

— ¡Déjeme tranquilo de una vez! Puesto que esa vida de penas y tristezas parece divertirla, continúe en ella. Yo ya le advertí a tiempo, y si ahora se ve sumida en llanto, bien empleado la está…

Pero yo, sépalo bien, antes que dar uno de mis cabellos, barrería al arroyo a toda esa canalla.

Ella se había levantado.

— ¡Adiós, pues!

— ¡Adiós!

Y, mientras se retiraba le vio que llamaba de nuevo al ayuda de cámara y contemplaba atentamente el cuidadoso embalaje de su tocador, cuyas piezas, todas de plata sobredorada, eran del más pulido trabajo, la jofaina sobre todo, en la que aparecía grabada una ronda de amorcillos. Mientras éste se iba a vivir en el olvido y la pereza, bajo el luminoso sol de Nápoles, ella tuvo bruscamente la visión del otro, rondando una noche fría por esos caminos, hambriento, empuñando un cuchillo en cualquier callejuela apartada de la Villette o de Charonne. ¿No era ésta la respuesta a aquella pregunta encaminada a saber si entrañaba o no, el dinero, la educación, la salud y la inteligencia? Puesto que el mismo lodo humano queda debajo, ¿no se reducirá toda la civilización a esa superioridad que consiste en oler bien y vivir cómodo?

Cuando llegó a la Obra del Trabajo, la señora Carolina experimentó una singular sensación de rebeldía contra el lujo enorme del establecimiento. ¿Para qué aquellas dos alas majestuosas, el albergue de los chicos y el de las

muchachas, unidos entre sí por el monumental pabellón de la administración?; ¿a qué venían aquellos patios de recreo, grandes como parques, los azulejos de las cocinas, los mármoles de los refectorios, las escaleras, los pasillos, tan amplios como para servir de comunicación en un palacio?; ¿para qué toda aquella grandiosa caridad, si en ese medio ambiente amplio y salubre, no era posible enderezar la conducta de un ser mal llegado a este mundo, convertir a un niño pervertido en un hombre hecho y derecho, con la firme mentalidad de la salud? Dirigióse inmediatamente al despacho del director y le atosigó a preguntas; quiso saber los menores detalles. Pero el drama seguía estando oscuro, el director no pudo sino repetirle lo que ella ya sabía por la princesa. Desde la víspera continuó la búsqueda, en la casa y por los alrededores, sin aportar el menor resultado. Víctor ya estaba lejos, galopaba allá abajo, por la villa, hacia el fondo del espantoso desconocido. Debía estar sin dinero, pues el portamonedas de Alicia, que él vaciara, sólo contenía tres francos y cuatro sueldos. El director, por lo demás, había evitado mezclar a la policía en el asunto, para evitar a aquellas pobres señoras de Beauvilliers el escándalo público; y la señora Carolina le dio las gracias por ello, prometiendo que, por su parte, tampoco daría ningún paso en la prefectura, pese a su ardiente deseo de saber. Luego, desesperada por tener que irse tan ignorante como había entrado, tuvo la idea de subir a la enfermería, para interrogar a las hermanas. Pero tampoco ningún informe preciso, y allí arriba, en la tranquila salita que separaba el dormitorio de las muchachas del de los chicos, lo único que obtuvo fueron unos instantes de profundo sosiego. Hasta aquel sitio remontaba un alegre estrépito, era la hora del recreo, y se sintió injusta para con las felices curaciones, logradas en aquel ambiente de aire libre, bienestar y trabajo. Lo cierto es que allí crecían y se formaban hombres robustos y sanos. Un bandido de cada cuatro o cinco con mediana honradez, ¡cuán buena y beneficiosa resultaría aún esa proporción, dados los azares que agravan o aminoran las taras hereditarias!

Y la señora Carolina, dejada sola un instante por la hermana de servicio, se acercaba a la ventana, para ver jugar a los niños, en el patio de abajo, cuando llamaron su atención voces cristalinas de niñitas que llegaban de la vecina enfermería. La puerta se encontraba medio abierta, y pudo asistir a la escena sin ser observada. Era una pieza muy alegre, aquella blanca enfermería, de blancas paredes, con sus cuatro camas, cubiertas asimismo con colgaduras blancas. Una ancha franja de sol teñía de un tono dorado aquella blancura, toda una florescencia de azucenas en medio de una tibia atmósfera. En la primera cama que se veía a mano izquierda, reconoció en seguida a Magdalena, la niñita que ya se hallaba convaleciente, comiendo rebanadas con confitura, el día en que ella trajera a Víctor. Siempre volvía a caer enferma, devastada por el alcoholismo de su raza, tan pobre de sangre, que, a pesar de sus grandes ojos de mujer hecha, seguía delgada y pálida como una santa de

vidriera. Tenía trece años, sola en el mundo en adelante, por haber muerto su madre, una noche de borrachera, de una patada en el vientre que le había largado un hombre para no pagarle los seis sueldos convenidos. Y era ella quien, enfundada en su blanca camisa, arrodillada en medio de su cama, con sus rubios cabellos sueltos sobre los hombros, enseñaba una oración a tres niñitas que ocupaban las otras tres camas.

—Juntad vuestras manos así, con el corazón abierto de par en par.

Las tres niñitas estaban asimismo arrodilladas encima de sus sábanas. Dos de ellas tenían de ocho a diez años; la tercera no llegaba a cinco. Con sus largas camisas blancas, sus delicadas manitas juntas, viendo sus serios y extasiados rostros, hubiérase dicho tratarse de unos angelitos.

—Y ahora repetiréis conmigo lo que voy a decir. Escuchad bien… ¡Dios mío!, haced que el señor Saccard sea recompensado por su bondad, que disfrute de muchos años de vida y que sea feliz.

Entonces, con voces de querubín, y un ceceo de adorable torpeza infantil, las cuatro niñitas repitieron juntas aquellas palabras, en un arranque de fe en el que hacían entrega de toda la pureza de su pequeño ser.

— ¡Dios mío!, haced que el señor Saccard sea recompensado por su bondad, que disfrute de largos años de vida y que sea feliz.

Como obedeciendo a un movimiento impulsivo más fuerte que ella, la señora Carolina se disponía a entrar en la pieza para hacer callar a esas niñas, prohibirles lo que ella consideraba como un juego cruel y blasfemo. ¡No, no!, Saccard no tenía derecho a ser amado, ¡era manchar la infancia permitir que rogaran por su felicidad! Después, un fuerte estremecimiento la detuvo y las lágrimas remontaron a sus ojos. ¿Por qué hacer partícipes de su rencor, de la cólera de su experiencia, a aquellos seres inocentes que nada sabían aún de la vida? ¿Es que Saccard no había sido bueno con ellos, como creador en cierta manera de esta casa, adonde enviaba juguetes todos los meses? Una profunda turbación habíase apoderado de ella, al verse ante aquella prueba de que no existe en hombre alguno condenable, que, en medio de todo el mal que haya podido hacer, no haya realizado al propio tiempo mucho bien. Y se marchó, mientras las niñas repetían su oración, llevándose pegadas al oído aquellas angelicales voces implorando las bendiciones del Cielo para el hombre de inconsciencia y de catástrofe, cuyas locas manos acababan de arruinar un mundo.

Cuando por fin abandonaba su simón, en el bulevar del Palacio, delante de la Conserjería, diose cuenta la señora Carolina de que, en su emoción, había olvidado en casa el manojo de claveles que estuvo preparando por la mañana para su hermano. Por allí cerca había una florista que vendía unos ramilletes

de rosas de dos sueldos, cogió uno y con él consiguió hacer sonreír a Hamelin que adoraba las flores, cuando le contó su aturdimiento. Aquel día sin embargo, le encontró triste. Al principio, durante las primeras semanas de su encarcelamiento, se había resistido a creer que pudieran existir cargos serios contra él. Su defensa le parecía de lo más sencillo: no se le había nombrado presidente más que forzándole y contra su gusto permaneció al margen de todas las operaciones financieras y estuvo casi siempre ausente de París, sin poder ejercer control alguno. Pero las conversaciones tenidas con su abogado, los pasos que daba su hermana, que sólo la producían un cansancio inútil según ella contaba, le hicieron pronto entrever las espantosas responsabilidades que recaían sobre su persona. Iba a ser solidario de las menores ilegalidades cometidas, jamás sería admitido que ignoraba tan sólo una; Saccard le arrastraba en una deshonrosa complicidad. Y entonces fue cuando debió a su fe un poco simplista de católico practicante una resignación, una tranquilidad de espíritu, que asombraban a su hermana. Cuando llegaba de fuera, de sus ansiosas correrías, de estar en contacto con aquella humanidad en libertad, tan turbada como áspera, quedaba sobrecogida al verle sosegado, sonriente, en su desnuda celda, donde, como piadoso niño grande, había clavado cuatro estampas religiosas, de violentos colorines, alrededor de un pequeño crucifijo de madera negra. Desde que uno se entrega en manos de Dios, se acabaron las rebeliones, todo sufrimiento por inmerecido que sea, constituye una prenda de salvación. Su única tristeza a veces, tenía por causa el desastroso receso de sus grandes trabajos. ¿Quién volvería a poner en marcha su obra?, ¿quién continuaría la resurrección de Oriente, tan felizmente comenzada por la Compañía general de Vapores reunidos y por la Sociedad de minas de plata del Carmelo?, ¿quién construiría la red de líneas férreas de Brusa a Beirut y Damasco, de Esmirna a Trebisonda, toda aquella circulación de sangre joven en las venas del viejo mundo? Por lo demás, creía y decía que, allá, la obra emprendida no podía morir, sólo experimentaba el dolor de no ser ya él la persona elegida por el Cielo para llevarla a cabo. Quebrábase su voz sobre todo, cuando trataba de buscar en castigo de qué falta Dios no le había permitido realizar el gran banco católico destinado a transformar la sociedad moderna, ese Tesoro del Santo Sepulcro que proporcionaría un reino al Papa y que acabaría por integrar en una sola nación a todos los pueblos, arrebatando a los judíos el soberano poder del dinero. Preconizaba también aquel banco, como insoslayable e invencible; y anunciaba el Justo de manos puras que un día llegaría a fundarlo. Y si, esa tarde parecía estar inquieto, debía ser simplemente porque, en su serenidad de acusado que acabarían convirtiendo en culpable, había pensado que, al salir de la prisión, jamás tendría las manos lo bastante limpias para recomenzar la gran tarea.

Como abstraído y sin prestarle gran atención, estuvo escuchando cómo su hermana le explicaba que, en los periódicos, la opinión parecía haberse puesto

algo más a su favor. Luego, sin transición, mirándola con sus ojos de persona que acaba de despertarse, la dijo a su vez:

— ¿Por qué rehúsas verle?

Ella se puso a temblar, comprendió perfectamente que le estaba hablando de Saccard. Y con un gesto de cabeza, le contestó que no, nuevamente que no. Él entonces se decidió y, confuso, hablando en voz muy baja, continuó diciendo:

— ¡Después de lo que ha significado para ti, no puedes negarte, ve a verle!

¡Dios mío!, estaba enterado; sintióse invadida por un ardiente rubor y se arrojó en sus brazos para ocultar el rostro; todo era balbucear preguntando quién pudo decirle algo, cómo sabía aquello que ella creía ignorado, ignorado por él sobre todo.

—Mi pobre Carolina, hace ya mucho tiempo… Cartas anónimas, gentes viles que nos tenían envidia… Jamás se me ocurrió hablarte, tú eres libre, no pensamos de la misma manera… Me consta que eres la mejor mujer de la tierra. Ve a verle.

Y, alegremente, recobrando su sonrisa, volvió a coger el ramillete de rosas que había ya resbalado detrás del crucifijo y entregándoselo a la hermana, añadió:

— ¡Toma!, llévale esto y dile que no le guardo ningún rencor.

La señora Carolina, trastornada por aquella ternura tan piadosa de su hermano, en medio de la horrorosa vergüenza y el delicioso alivio que experimentaba a la vez, ya no ofreció resistencia. Por otra parte, desde por la mañana, la sorda necesidad de ver a Saccard se iba imponiendo en ella. ¿Podía acaso dejar de advertirle sobre la huida de Víctor, de la atroz aventura que aún la tenía trémula? Desde el primer día, Saccard la hizo figurar entre las personas que deseaba recibir; y no tuvo más que anunciarse para que un guardián la condujera en seguida a la celda del prisionero.

Cuando entró, Saccard se hallaba de espaldas a la puerta, sentado ante una mesita, llenando de cifras una hoja de papel. Se levantó con viveza y lanzó un grito de alegría.

— ¡Usted!… ¡Oh!, ¡cuán buena es y qué dichoso soy!

La había cogido una mano entre las suyas, y ella por su parte sonreía con gesto embarazado, muy conmovida, sin encontrar la frase que hubiera sido del caso. Luego, con la mano que le había quedado libre, colocó aquel ramillete de dos sueldos encima de los papeles cubiertos de números que embarazaban la mesa.

— ¡Es usted un ángel! —murmuró embelesado, besándole los dedos.

Y por fin pudo ella hablar.

—Era cierto, todo había acabado entre nosotros, le condené en mi corazón. Pero mi hermano se empeñó en que viniera…

— ¡No, no, no hable así! Diga más bien que es usted demasiado inteligente, demasiado buena, que al fin comprendió y que me perdona…

Con un gesto, ella le interrumpió.

—No me pida tanto, se lo ruego. Ni siquiera sé yo misma… ¿No le basta con que haya venido?… Y además, tengo que hacerle saber una cosa bien triste.

Entonces, de un tirón, a media voz, le contó el salvaje despertar de Víctor, su atentado a la virginidad de la señorita de Beauvilliers, su huida extraordinaria, inexplicable, la inutilidad hasta entonces de todas las búsquedas y las pocas esperanzas que quedaban de encontrarle. Escuchábala él, sobrecogido, sin hacer una sola pregunta ni esbozar un gesto; y, cuando ella se hubo callado, dos gruesas lágrimas hincharon sus ojos, resbalando luego por sus mejillas mientras balbuceaba:

—El desgraciado… el desgraciado…

Jamás le había visto llorar. Quedó profundamente conmovida y estupefacta, hasta tal punto esas lágrimas de Saccard eran singulares, turbias y pesadas, venidas de lejos, procedentes de un corazón endurecido, recubierto con la mugre de largos años de bandidaje. Inmediatamente, por lo demás, su desesperación se hizo ruidosa.

—Pero, esto es algo espantoso; ni siquiera he podido abrazar a ese chiquillo… Porque, como usted sabe, todavía no le he visto. ¡Dios mío!, sí, es cierto que había jurado ir a verle, pero el caso es también que no tuve tiempo para ello, ni una hora libre con esos malditos negocios que se me comen… ¡Ah!, siempre le pasa a uno lo mismo: cuando no se hace una cosa inmediatamente, lo más seguro es que no llegue a realizarse nunca… Y, dígame, ahora, ¿está usted segura de que no puedo verlo? Podrían traérmelo aquí.

Ella entonces hizo un gesto con la cabeza.

— ¡Quién sabe dónde estará a estas horas, dado lo anónimo y desconocido de este terrible París!

Por unos momentos aún, estuvo él paseándose violentamente, soltando frases entrecortadas.

—Se me encuentra a ese hijo, y, ¡mira por dónde, lo pierdo!… Jamás le

veré… ¡Hay que convencerse!, lo que ocurre es que no tengo suerte, ¡no!, ninguna suerte… ¡Oh!, ¡Dios mío!, es lo mismo que me está sucediendo con el Universal.

Acababa de sentarse de nuevo a la mesa, y la señora Carolina cogió una silla para ir a colocarse enfrente de él. En aquellos momentos ya, con las manos errando por entre los papeles, todo un voluminoso expediente que preparaba desde hacía meses, la emprendía decidido con la historia del proceso y la exposición de sus medios de defensa, como si hubiera experimentado la necesidad de justificar su inocencia ante ella. La acusación le reprochaba: el capital incesantemente aumentado para dar fuerte impulso a los cambios y hacer creer que la sociedad poseía la integridad de sus fondos; la simulación de suscripciones y de ingresos de fondos no efectuados, gracias a las cuentas abiertas a Sabatani y a los demás hombres de paja, que sólo pagaban mediante combinaciones escriturarias; la distribución de dividendos ficticios, bajo la forma de liberación de antiguos títulos; en fin, la compra por la sociedad de sus propias acciones, toda una especulación desenfrenada que produjo aquella alza extraordinaria e irreal, provocando la muerte del Universal, extenuado por el mismo oro. A todo eso respondía él con abundantes y apasionadas explicaciones: había hecho lo que corresponde hacer a cualquier director de banco, sólo que él trató de llevarlo a cabo en grande, con la presencia de ánimo que corresponde a un hombre fuerte. Si se procediera con un poco de lógica ninguno de los dirigentes de las más sólidas casas de París habría dejado de compartir su celda. Se le tomaba por cabeza de turco de las ilegalidades de todos. Por otra parte, ¡qué extraña manera de apreciar las responsabilidades! ¿Por qué no se perseguía también a los administradores, a los Daigremont, los Huret, los Bohain, quienes, aparte sus cincuenta mil francos de sueldo fijo, percibían el diez por ciento de los beneficios, e intervenían asimismo en todos los chanchullos? ¿Por qué, incluso la absoluta impunidad de que gozaban los comisarios censores, Lavigniere entre otros, que habían dejado en libertad al alegar su incapacidad y su buena fe? Evidentemente, el proceso en cuestión iba a entrañar la más monstruosa de las iniquidades, pues debió hacerse caso omiso de la denuncia por estafa de Busch, por haber alegado hechos no probados, y el informe emitido por el perito, después de realizado un primer examen de los libros, acababa de comprobarse que estaba lleno de errores. En tal caso, ¿por qué la quiebra, declarada de oficio como consecuencia de aquellos dos expedientes, siendo así que ni un céntimo de los depósitos había sido objeto de distracción y todos los clientes habían de reintegrarse de sus fondos?, ¿buscábanse acaso únicamente arruinar a los accionistas? En ese caso, ninguna duda cabía respecto al éxito conseguido, pues el desastre se agravaba, ensanchábase sin límites. Y no era precisamente a él a quien acusaban de todo ello, sino a la magistratura, al gobierno, a todos aquellos que habían conspirado para suprimirle, para matar

al Universal.

— ¡Ah!, ¡los muy canallas!, ¡si me hubieran dejado libre, habríais visto, habríais visto!

La señora Carolina no cesaba de mirarle, sobrecogida por su inconsciencia, que llegaba a caracteres de auténtica grandeza. Recordaba sus teorías de antaño, defendiendo la necesidad del juego en las grandes empresas, en las que toda remuneración justa es imposible; la especulación como un producto del exceso humano y viniendo a constituir como el abono necesario, el estercolero del que surge el progreso. ¿No era él acaso, quien, con sus manos sin escrúpulos había recalentado locamente la enorme máquina hasta hacerla saltar en pedazos e hiriendo a todos aquellos que se llevaba por delante? Aquel cambio de tres mil francos, de una insensata exageración, ¿no era él quien lo había querido? Una sociedad con un capital de ciento cincuenta millones y cuyos trescientos mil títulos, cotizados a tres mil francos, representan novecientos millones, ¿era capaz de justificación?, ¿no implicaba ello un espantoso peligro sólo el colosal dividendo que semejante suma empeñada exigía, al simple interés del cinco por ciento?

A todo esto, Saccard se levantó, iba y venía por la estrecha pieza, con un paso contenido de gran conquistador enjaulado.

— ¡Ah!, ¡menudos sinvergüenzas!, ¡bien sabían lo que estaban haciendo teniéndome aquí encadenado!… Tenía el triunfo al alcance de la mano, les hubiera aplastado a todos…

— ¿Cómo dice?, ¿triunfar?, pero, si no tenía ni un céntimo, ¡si estaba vencido!

—Evidentemente —repuso él con amargura—, estaba vencido, soy un canalla… La honradez, la gloria, no son otra cosa en definitiva más que un trasunto del éxito. No hay que dejarse vencer pues en otro caso, no se es al día siguiente más que un imbécil y un fullero… ¡Oh!, adivino desde luego cuanto pueda decirse, no precisa que me lo repita. Se me trata por lo general de ladrón, ¿no es eso?; se me acusa de haberme metido todos esos millones en el bolsillo, de tenerme en sus manos me degollarían; y, lo que es peor, la gente se encoge de hombros compasivamente, un simple loco, una inteligencia pobre… Pero, si hubiera triunfado, ¿se imagina lo que habría sucedido? Sí, si hubiera derrotado a Gundermann, si hubiera conquistado el mercado, si a estas horas fuese el rey indiscutible del oro, ¿eh?, ¡qué triunfo! Entonces sería un héroe, tendría París a mis pies.

Con toda limpieza, ella le plantó cara.

—Ni la justicia ni la lógica estaban de su parte; era imposible que triunfase.

Con un movimiento brusco habíase detenido ante ella, con gesto de arrebato.

— ¿Que no hubiera conseguido triunfar? No lo crea, me faltó el dinero; eso es todo. Si Napoleón, el día de Waterloo hubiera tenido cien mil hombres más para hacerlos matar, el triunfo hubiera sido suyo, y habría cambiado la faz del mundo. Y por lo que a mí se refiere, de haber podido lanzar a la vorágine los pocos centenares de millones precisos, con seguridad que sería el dueño del mundo.

— ¡Lo que está diciendo es algo espantoso! —exclamó ella fuera de sí—. ¿Le parece, por lo visto, que no hubo bastantes ruinas, bastantes lágrimas y que no corrió suficiente sangre? ¿Es que necesita más desastres aún, mayor número de familias despojadas y otros desdichados reducidos a mendigar por las calles?

Reanudó él su violento paseo, y con gesto de superior indiferencia lanzó la siguiente exclamación:

— ¡Poco parece inquietarle a la vida todo eso! Cada paso que se da implica el aplastamiento de millares de existencias.

Se impuso un silencio; ella le seguía en su nervioso paseo, con el corazón invadido de frío. ¿Tratábase de un bellaco? ¿Era, por el contrario, un héroe? Sentíase estremecida y no cesaba de preguntarse qué pensamientos de gran capitán vencido, reducido a la impotencia, podrían rondar todavía por su cabeza, después de llevar seis meses encerrado en aquella celda; y sólo entonces echó una ojeada a su alrededor: las cuatro paredes desnudas, la pequeña cama de hierro, la mesa de madera blanca y las dos sillas con asiento de paja. ¡Él, que había vivido en un ambiente de lujo exacerbado, deslumbrante!

Pero, de pronto, Saccard volvió a sentarse, como si se le doblaran las piernas de cansancio. Y se puso a hablar ampliamente, a media voz, en una especie de confesión involuntaria.

—Decididamente, tenía razón Gundermann: la fiebre en la Bolsa, no conduce a nada… ¡Ah!, el muy bellaco, ¡lo feliz que es no teniendo sangre ni nervios, al no serle posible llevarse una mujer a la cama o beber una botella de Borgoña! Me imagino además que siempre fue el mismo, por sus venas no circula más que el hielo… En cambio yo, soy muy apasionado, lo reconozco. La razón de mi fracaso no es otra; por eso me estrellé tantas veces. Aunque precisa añadir que, si es cierto que mi pasión me mata, también lo es que constituye la razón de mi vida. Sí, me arrebata, me engrandece, me eleva muy alto, pero luego consigue abatirme, y destruye de golpe toda mi obra. Puede que el gozo sólo consista en devorarse… Verdaderamente, cuando pienso en

esos cuatro años de lucha, me doy perfecta cuenta de qué es lo que me ha traicionado; ni más ni menos que lo que yo deseé, todo cuanto poseí… Y eso debe ser algo incurable. Comprendo que estoy perdido.

Entonces, un arranque de cólera le llevó a emprenderla con su vencedor.

— ¡Ah!, ¡aquel Gundermann, ese sucio judío, que triunfa precisamente porque carece de afanes y deseos!… Es el fiel reflejo de la judería entera, ese obstinado y frío conquistador, camino del soberano imperio del mundo, rodeado de pueblos comprados uno a uno con la omnipotencia del oro. La de siglos que hace que su raza nos invade y triunfa, pese a los puntapiés y escupitajos que recibe. El tipo en cuestión posee ya un millar de millones, tendrá dos, tendrá diez, llegará a tener cien, y acabará siendo un día el dueño de la tierra. Llevo ya muchos años clamándolo a voz en grito, pero nadie parece escucharme; la gente cree que se trata del simple despecho de un hombre de Bolsa, cuando constituye en verdad el grito mismo de mi sangre. Sí, el odio al judío, lo llevo en mis venas, ¡oh!, arranca de muy lejos, de las propias raíces de mi ser.

— ¡Qué cosa tan singular! —murmuró tranquilamente la señora Carolina con su vasto saber, su tolerancia universal—. Para mí, los judíos, son simplemente hombres como los demás. Y si forman un sector aparte, es porque así se les situó.

Saccard, que ni siquiera había escuchado las últimas palabras, continuaba su soliloquio con más violencia aún:

—Y lo que me exaspera sobre todo es ver los gobiernos cómplices, a los pies de esos bribones.

Y ahí tenemos al imperio entregado a Gundermann más de la cuenta; ¡como si fuera imposible reinar sin el dinero de Gundermann! Lo cierto es que Rougon, el gran hombre que es mi hermano, se ha portado conmigo en forma bien repugnante; porque, no llegué a decírselo, pero fui lo bastante cobarde como para tratar de reconciliarme con él, antes de la catástrofe, y si hoy me encuentro aquí, es porque él lo ha querido. No importa, ¡puesto que constituyo un estorbo para él, lo lógico es que se desembarace de mí!; y si algún rencor le guardo no es más que por su alianza con los judíos, con esos puercos judíos… ¿Ha pensado usted en ello?: ¡el Universal hundido para que Gundermann pueda continuar su inmundo tráfico!, ¡aplastada cualquier posibilidad de un Banco católico, como constitutiva de un peligro social, para asegurar el definitivo triunfo de la judería, que acabará devorándonos, y además muy pronto!… ¡Ah!, ¡que esté sobre aviso Rougon!, a él van a comerse para empezar, barriéndolo de ese poder al que tan afanosamente se agarra, y que por conservarlo está dispuesto a renegar de todo. Es muy peligroso su juego de balancín, poniendo la prensa, un día en manos de los liberales y al día

siguiente en las de los más autoritarios; pero, con ese juego, acaba uno fatalmente por estrellarse… Y, puesto que todo cruje, ¡que se cumpla el deseo de Gundermann; él que tiene pronosticado que Francia será derrotada, si entramos en guerra con Alemania! Nos encontramos dispuestos; ya sólo les queda a los prusianos entrar y apoderarse de nuestras provincias.

Con gesto aterrorizado y suplicante a la vez, ella le hizo callar, como si fuera a atraer el rayo.

— ¡No, no!, no diga semejantes cosas. No tiene derecho a hacerlo… Por lo demás, su hermano está por completo al margen de su detención. Sé de muy buena fuente que el ministro de Justicia fue quien lo tramó todo.

La cólera de Saccard cesó repentinamente; esbozó una sonrisa.

— ¡Oh!, ¡de ése nada me extraña, no hace sino vengarse! Y como ella le mirase con aire inquisitivo, él añadió entonces:

—Sí, se trata de una vieja historia entre nosotros… Sé por anticipado que me condenarán.

Sospechó ella sin duda a qué historia hacía referencia pues no volvió a insistir; imponiéndose luego un breve silencio durante el cual volvió a fijar su atención en los papeles que había sobre la mesa, entregado de nuevo a su idea fija.

—Fue usted muy amable viniendo, mi querida amiga, y necesito que me prometa volver, porque su criterio merece respeto y quiero consultarle una serie de proyectos… ¡Ah!, ¡si dispusiera de dinero!

Ella por su parte, le interrumpió con viveza, aprovechando la ocasión para esclarecer un punto que la atormentaba y obsesionaba desde hacía meses. ¿Qué habría hecho con los millones propios que sin duda poseía? ¿Los tendría depositados en el extranjero o enterrados al pie de algún árbol que él solo conocía?

— ¡Usted sin embargo, tiene dinero! ¡Los dos millones de Sadowa, los nueve millones de sus tres mil acciones, si es que las vendió al cambio de tres mil!

— ¿Quién, yo?, ¡no tengo un solo céntimo, querida!

Y empleó para ella una voz tan clara y desesperada, era tal el gesto de sorpresa con que la miraba, que ella se quedó convencida.

—Jamás conservé un céntimo en los negocios que se torcieron… Me arruino junto con los demás, compréndalo… Vendí, es cierto; pero también lo es que volví a comprar; y me vería desde luego en un gran apuro si pretendiera explicarle con claridad adónde fueron a parar mis nueve millones, aumentados

con otros dos millones más… Incluso estoy convencido de que mi cuenta con ese pobre Mazaud, se saldaba con una deuda de treinta a cuarenta mil francos… Ni siquiera un céntimo, ¡el gran escobazo, como siempre!

Al oírle expresarse en aquella forma, fue tal su alivio, tan alegre se sintió que se puso a bromear sobre su ruina, la suya y la de su hermano.

—También nosotros, cuando todo haya terminado, ignoro si con lo que nos quede tendremos para comer un mes… ¡Ah!, ¡maldito dinero!, ¿recuerda usted el miedo que me daban esos nueve millones que nos había prometido? Jamás he vivido con un tal desasosiego, y, ¡qué alivio en cambio, la noche de aquel día en que lo entregué todo en favor del activo!… Incluso los trescientos mil francos de la herencia de nuestra tía pasaron a engrosar el mismo. La cosa en sí no es muy justa; pero, ya se lo había dicho, el dinero encontrado, el dinero que no se gana, no se tiene en gran estima… Y, ¡ya está viendo lo contenta que estoy y cómo me río ahora!

Detúvola entonces con un gesto febril; cogió los papeles que había sobre la mesa blandiéndolos airadamente.

— ¡Déjese de lamentaciones!, vamos a ser muy ricos.

— ¿Cómo?

— ¿Acaso se imagina que estoy dispuesto a renegar de mis propias ideas? … Estuve seis meses trabajando en esta celda, pasé en vela noches enteras, para reconstruirlo todo. ¡Y pensar que esos imbéciles se atreven a calificar de delito aquel balance anticipado, pretendiendo que de las tres grandes empresas llevadas a cabo, los Vapores reunidos, el Carmelo y el Banco nacional turco, sólo el primero ha producido los beneficios previstos!; ¡qué caramba!, si los otros dos periclitaron, es precisamente porque yo no estaba allí. Pero, en cuanto me hayan soltado, ¡sí!, cuando vuelva a ser el amo, va usted a ver, va usted a ver…

Con suplicante gesto, quiso ella impedir que siguiera. Saccard se había puesto en pie, se agrandaba sobre sus piernecillas, gritando con voz aguda y penetrante:

— ¡Ya están hechos los cálculos!, ahí tiene los números, ¡puede verlos!… ¡El Carmelo y el Banco nacional turco! Nos falta por realizar la vasta red de ferrocarriles de Oriente; tenemos que llevar a cabo el resto, Jerusalén, Bagdad, conquistar por entero el Asia Menor, lo que Napoleón no pudo consumar con su sable, y que nosotros haremos con nuestros zapapicos y nuestro oro… ¿Cómo pudo creer que abandonaría la partida? Bien volvió Napoleón de la isla de Elba. Lo mismo me ocurrirá a mí, no tendré más que mostrarme de nuevo, y todo el dinero de París se alzará para seguirme; y lo que es esta vez sí que no habrá Waterloo; de eso le respondo yo porque mi plan es de un rigorismo

matemático, tengo previsto hasta el último céntimo… ¡Por fin conseguiremos derrotar a ese desdichado de Gundermann! ¡Lo único que pido son cuatrocientos millones, quinientos todo lo más, y el mundo es mío!

Ella entretanto había conseguido cogerle las manos y se apretaba contra él.

— ¡No, no! ¡Cállese, me da miedo!

Y, aunque muy a pesar suyo y de su propio espanto, un sentimiento de admiración iba apoderándose de ella. Repentinamente, en aquella celda miserable y desnuda, con el cerrojo echado, separada del mundo de los vivos, la señora Carolina acababa de experimentar la sensación de una fuerza desbordante, de una especie de resplandor de vida: la eterna ilusión de la esperanza, la terquedad del hombre que se empeña en no morir. Trataba de encontrar en sí misma una reacción de cólera, la execración de las faltas cometidas, y no las encontraba ya. ¿No le había condenado ella misma después de las irreparables desdichas de las que era causante? ¿No había hecho un llamamiento al castigo, para que tuviera una muerte solitaria, en el general desprecio? Sin embargo, lo único que conservaba en su alma era el odio al mal y su piedad para el dolor. La personalidad de Saccard, esa fuerza inconsciente y activa, apoderábase nuevamente de ella, como una de las violencias de la naturaleza, sin duda necesarias. Y, al fin y al cabo, si todo aquello no constituía más que una debilidad de mujer, no hacía otra cosa que dejarse llevar deliciosamente, impulsada por una maternidad dolorida, entregada por entero al infinito afán de ternura, que le había llevado a amarle sin estima, movida por su elevado criterio y desengañada por la experiencia.

—Se acabó ya —repitió ella en varias ocasiones, sin cesar de estrecharle las manos entre las suyas—. ¡Cálmese por favor y descanse de una vez!

Luego, como él se levantara para rozar con los labios sus blancos cabellos, cuyos bucles pululaban por sus sienes, con una exuberante abundancia de juventud, ella le mantuvo a raya, añadiendo con aire de absoluta resolución y profunda tristeza, e imprimiendo a sus palabras todo su alcance y significación:

— ¡No, no!, todo terminó para siempre… Estoy contenta de haberle visto por última vez, para que no nos guardemos ningún rencor… ¡Adiós!

Cuando se fue, le vio en pie, cerca de la mesa, verdaderamente conmovido por la separación, pero clasificando de nuevo con mano instintiva todos aquellos papeles que, con sus febriles ademanes, había dejado fuera de sitio; y como el ramillete de dos sueldos se hubiera deshojado por entre las cuartillas, procedió a sacudirlas una a una, barriendo con los dedos los pétalos de rosa.

Hasta tres meses después, hacia mediados de diciembre, no tuvo lugar, por fin, la vista de la causa seguida contra el Universal. Abarcó cinco largas

audiencias, en medio de una viva curiosidad. La prensa había armado un escándalo enorme alrededor de la catástrofe, e incluso circulaban historias extraordinarias sobre la lentitud con que había sido instruido el sumario. Se hizo resaltar mucho la exposición de hechos realizada por el ministerio público, una obra maestra de feroz lógica, en la que los más nimios detalles fueron agrupados, utilizados e interpretados con despiadada claridad. Decíase por lo demás en todas partes que la sentencia estaba dictada de antemano. Y, en efecto, la evidente buena fe de Hamelin, la heroica actitud de Saccard que hizo frente a la acusación durante los cinco días, los magníficos y resonantes informes de la defensa, no impidieron que los magistrados condenasen a los dos acusados a cinco años de prisión y a tres mil francos de multa. Sólo que, puestos en libertad provisional bajo fianza, un mes antes del proceso, y habiéndose presentado al tribunal en calidad de acusados libres, pudieron formalizar la apelación y abandonar Francia en un plazo de veinticuatro horas. Era Rougon quien había exigido ese desenlace, por no querer conservar a su vera el fastidio que significaba tener un hermano en prisión. La propia policía vigiló la marcha de Saccard, que se fue a toda prisa para Bélgica en un tren de noche. El mismo día, Hamelin había partido para Roma.

Transcurrieron tres nuevos meses; vivíanse los primeros días del mes de abril, y la señora Carolina todavía se encontraba en París, donde la había retenido el arreglo de inextricables asuntos. Seguía ocupando el pequeño apartamento del hotel de Orviedo, cuya venta anunciaban los correspondientes edictos. Por lo demás acababa de resolver las últimas dificultades; podía, pues, partir, sin un céntimo en el bolsillo desde luego, pero sin dejar en cambio deuda alguna tras de sí; y se proponía abandonar París al día siguiente, para ir a Roma a unirse con su hermano, que tuvo la suerte de conseguir allí una modesta plaza como ingeniero. Había escrito a la hermana que también a ella la esperaban para dar lecciones. Aquello era volver a comenzar su existencia.

La mañana de ese último día que hubo de pasar en París, experimentó al levantarse un vivo deseo de no alejarse sin intentar tener noticias de Víctor. Hasta entonces, todas las búsquedas fueron en vano. Recordaba sin embargo las promesas de la Méchain y se decía a sí misma que quizás aquella mujer supiera alguna cosa; y se hacía fácil interrogarla, yendo a casa de Busch a eso de las cuatro de la tarde. Al principio, rechazó la idea: ¿con qué objeto, si todo aquello había muerto? Pero luego, su sufrimiento se convirtió en algo real y tangible, tenía el corazón dolorido, lo mismo que si hubiera perdido un hijo, sobre cuya tumba no hubiera dejado flores antes de irse. Cuando fueron las cuatro bajó a la calle Feydeau.

Las dos puertas del rellano estaban abiertas, el agua hervía violentamente en la oscura cocina, mientras que, al otro lado, en el estrecho gabinete, la Méchain, que ocupaba el sillón de Busch, parecía como sumergida en medio

de un montón de papeles que iba sacando en forma de enormes legajos de su viejo bolso de cuero.

— ¡Ah!, ¡es usted, mi buena señora! Viene usted en mal momento. El señor Segismundo está agonizando. Y el pobre señor Busch, ni siquiera sabe dónde tiene la cabeza de tanto como ama a su hermano. No hace más que dar vueltas de un lado para otro como un loco, y ahora ha vuelto a salir una vez más para traer a un médico… Ya lo está usted viendo, estoy obligada a ocuparme de sus asuntos, pues hace ya ocho días que ni siquiera ha comprado un título ni ha asomado la nariz por una subasta. Afortunadamente acabo de realizar una bonita operación, ¡sí!, algo magnífico que aliviará un poco su pena cuando vuelva a estar en sus cabales.

La señora Carolina, sobrecogida, olvidaba ya que había venido para saber de Víctor, pues, entre los papeles que la Méchain iba sacando a puñados de su saco, reconoció en seguida los títulos desvalorizados del Universal. El viejo bolso de cuero crujía, y la mujer continuaba sacando papelotes sin interrupción, muy habladora, en medio de su alegría.

— ¡Fíjese!, conseguí todo ese montón por doscientos cincuenta francos; habrá muy bien unos cinco mil, por lo que salen a un sueldo… ¿Qué le parece?, ¡un sueldo, acciones que habían llegado a valer tres mil francos! Ahí las tiene usted desvalorizadas y equiparado su precio al del papel, ¡sí!, del papel vendido al peso… Pero, en cualquier caso, valen más; las revenderemos por lo menos a diez sueldos, pues son muy buscadas por las gentes en quiebra. ¿Comprende usted el juego?, es tal la buena reputación que tuvieron que aún constituyen un motivo decorativo. Desempeñan un bonito papel en cualquier pasivo; es muy distinguido haber sido víctima de la catástrofe… En fin, que tuve una suerte extraordinaria, olfateé la fosa donde, después de la batalla, dormía toda esa mercancía, un viejo fondo de matadero que un estúpido, mal informado, se prestó a soltarme por casi nada. ¡E imagínese lo poco que tardaría en caer sobre la presa! ¡Ah!, ¡ocurrió todo ello en un abrir y cerrar de ojos, le dejé aquello limpio de veras!

Y exteriorizaba su regocijo como pájaro carnívoro que merodea por entre los campos de matanza de las finanzas; su voluminosa persona sudaba los inmundos alimentos que sirvieran para engordarla, mientras con sus manos cortas y ganchudas, removía los muertos, aquellas depreciadas acciones, amarillentas ya y exhalando olor a rancio.

Pero, a todo esto, llegó hasta allí el sonido de una voz ardiente y baja, procedente de la vecina alcoba, cuya puerta se hallaba abierta de par en par, como las dos del rellano.

—Buena está, ya tenemos otra vez el señor Segismundo enzarzado en su charla. No hace más que eso desde esta mañana… ¡Dios mío!, y mientras

tanto el agua hirviendo, ¡lo había olvidado por completo! Es para prepararle una serie de tisanas… Mi buena señora, puesto que la tengo aquí, acérquese a ver si quiere alguna cosa.

La Méchain se fue a toda prisa hacia la cocina, y la señora Carolina, a quien parecía atraer cuanto significase dolor, entró en la alcoba. La desnudez de la habitación veíase paliada, y aún respiraba cierta alegría, debido al luminoso sol del mes de abril, uno de cuyos rayos se proyectaba directamente sobre la mesita de madera blanca, sembrada toda ella de notas escritas, de voluminosos legajos, en donde desbordaba un trabajo de diez años; y sólo continuaba habiendo allí las dos sillas con asiento de paja y los escasos volúmenes amontonados sobre una serie de tablas. En la estrecha cama de hierro, Segismundo, sentado, con la espalda apoyada en tres almohadones, vestido hasta medio cuerpo con una blusa corta de franela color rojo, hablaba, hablaba sin parar, bajo los efectos de la singular excitación cerebral, que suele preceder a la muerte de los tísicos. Deliraba, aunque tenía momentos de extraordinaria lucidez; y, en medio de su adelgazado rostro, enmarcado en sus largos y rizosos cabellos, sus ojos, desmesuradamente abiertos, parecían interrogar al vacío.

En cuanto apareció la señora Carolina, dio la impresión de que la reconocía, aunque jamás se hubieran encontrado.

— ¡Ah!, ¿es usted, señora?… La había visto, la llamaba con todas mis fuerzas… Venga, acérquese más, para que pueda hablarle en voz baja.

Pese al estremecimiento de miedo que se había apoderado de ella, la señora Carolina se aproximó y acabó sentándose en una silla, adosada a la misma cama.

—Nada sabía, pero ahora sí estoy enterado. Mi hermano vende papeles, y son muchas las personas a quienes oí llorar, ahí, en su despacho… ¡Mi mismo hermano!, ¡ah!, he tenido el corazón como atravesado por un hierro candente. Sí, es eso lo que tengo metido en el pecho, lo que me sigue quemando sin cesar; porque todo eso resulta más que abominable, el dinero, la pobre gente que sufre… Y cuando yo haya muerto, sin esperar a más, mi hermano venderá mis papeles, y yo no quiero, ¡no quiero que lo haga!

Poco a poco, iba creciendo su tono de voz, suplicante.

— ¡Atienda, señora!, están ahí sobre la mesa. Démelos, que podamos hacer un paquete y usted se los llevará, se lo llevará todo… ¡Oh!, ¡no hacía más que llamarla, esperaba que viniese! ¡Mis papeles perdidos!, ¡toda mi vida de búsquedas y esfuerzos, aniquilada en un instante!

Y como ella vacilase en darle lo que pedía, él entonces juntó las manos.

—Por favor, que pueda asegurarme de que están efectivamente todos, antes de morir… Mi hermano no está en casa, mi hermano no dirá que me estoy matando… Se lo suplico…

Trastornada por el ardor de su ruego, cedió ella al fin.

—Usted mismo está viendo que cometo un error, puesto que su hermano dice que esto le perjudica.

— ¿Perjudicarme?, ¡oh, no! Y además, ¡qué importa!… ¡Después de tantas noches pasadas en vela, por fin conseguí poner en pie la sociedad del futuro! Todo está ahí previsto, resuelto; en esos papeles están recogidos toda la justicia y toda la dicha posibles… ¡Qué lástima no haber tenido tiempo para redactar la obra, con el desenvolvimiento preciso! Pero, aquí están mis notas completas, clasificadas. Y, usted va a salvármelas, ¿no es así?, para que otro, un día, las dé el formato de libro definitivo, que pueda ser esparcido por el mundo…

Con sus largas y temblorosas manos, había cogido los papeles, que hojeaba amorosamente, en tanto, en su ya turbia mirada, renacía una llama. Hablaba muy de prisa, con una voz cascada y monótona, con el tictac de una cadena de reloj que el peso arrastra consigo; era el mismo ruido de la mecánica cerebral funcionando sin parar, en la evolución de la agonía.

— ¡Ah!, ¡cómo la estoy viendo, cómo se alza ya limpiamente en el horizonte, esa ciudad de la justicia y de la dicha!… Todos tienen allí trabajo, un trabajo personal, obligatorio y libre. La nación no es más que una inmensa sociedad cooperativa, las herramientas de trabajo pasan a ser propiedad de todos, los productos son centralizados en vastos almacenes generales. La labor útil que se ha llevado a cabo, dará derecho a un consumo proporcional respecto del producto social. La hora de trabajo constituye la medida común, un objeto no vale sino las horas que ha costado el producirlo; ya no existe más que un cambio entre todos los productores, con la ayuda de los bonos de trabajo; y todo ello bajo la dirección de la comunidad, sin que pueda ser realizada otra merma que la que implica el impuesto único para educar a los niños y mantener a los viejos, renovar herramientas de trabajo, y costear los servicios públicos gratuitos… Nada de dinero, y a partir de entonces se acabó la especulación y el robo, terminaron todos esos abominables tráficos; no más crímenes de esos que la codicia exaspera, es decir de hijas que llegan a contraer matrimonio gracias a su dote, de padres ancianos estrangulados con motivo de su herencia, de simples caminantes asesinados para apoderarse de su bolsa… Punto final a la existencia de clases hostiles al enfrentamiento entre patronos y obreros, proletarios y burgueses y, a partir de entonces también, se acabaron las leyes restrictivas y los tribunales así como la fuerza armada protegiendo el inicuo acaparamiento de los unos en perjuicio del hambre voraz

de los otros… No más ociosos de ninguna especie, y desde entonces se habrá terminado para siempre con ese tipo de propietarios sustentados con el alquiler, de rentistas vegetando merced a la suerte, como simples mujerzuelas; ¡nada, en fin, de lujos ni de miserias!… ¡Ah!, ¿no constituye todo eso una equidad ideal, la más cuerda de las soberanías?, ¡nada de privilegios, se acabaron los indigentes, forjando a cada uno su dicha con su propio esfuerzo, el término medio de la felicidad humana!

Se exaltaba, y a medida que su excitación iba aumentando, su voz se hacía más dulce, distante, como si se alejase y se perdiese muy hacia lo alto, en ese mismo porvenir cuya llegada anunciaba.

—Y si entrase en detalles… Ve usted esa hoja separada con todas sus notas marginales: se trata de la organización de la familia, del libre contrato, la enseñanza y la manutención de los niños, puestos a cargo de la comunidad… Lo que no significa en absoluto la anarquía. Vea esa otra nota: quiero que exista un comité directivo para cada rama de la producción, encargado de facilitar ésta al consumo, previo establecer las necesidades reales… Y aquí puede ver aún, un detalle de organización: en las ciudades, en los campos, verdaderos ejércitos industriales y agrícolas, maniobrarán bajo la dirección de jefes, elegidos por ellos mismos, obedeciendo a reglamentos que habrán votado previamente… ¡Observe!, también tengo indicado ahí, por medio de cálculos aproximados, a cuántas horas podrá ser reducida, dentro de veinte años, la jornada de trabajo. Gracias al gran número de nuevos brazos, gracias sobre todo a las máquinas, quizás no lleguen a trabajarse más que cuatro horas, tres quizás, y, ¡cuánto tiempo quedará disponible para gozar de la vida!; porque esto no significa ningún cuartel, se trata, por el contrario, de una ciudad libre y alegre, en la que cada uno puede obrar según su propio gusto, con todo el tiempo preciso para satisfacer sus legítimos apetitos, la dicha de amar, de ser fuerte y hermoso, de ser inteligente, de tomar su parte en la inagotable naturaleza.

Y con su gesto, alrededor de la miserable alcoba, daba la sensación de poseer el mundo. En esta desnudez en que había vivido, de esa pobreza sin necesidades en que se moría, hacía con mano fraternal el reparto de los bienes terrenales. La felicidad universal, todo cuanto existía de bueno y él no había podido disfrutar, era lo que distribuía de tal forma, sabiendo que jamás gozaría de ello. Había precipitado su muerte para poder hacer aquel supremo regalo a la sufrida humanidad. Pero sus manos parecieron extraviarse, poniéndose a palpar a tientas por entre las esparcidas notas, mientras sus ojos, que ya no veían, llenos del resplandor de la muerte, parecían entrever la infinita perfección, más allá de la vida, en un embeleso de éxtasis que iba iluminando todo su rostro.

— ¡Ah!, ¡qué de nuevas actividades, la humanidad entera entregada al

trabajo, las manos de todos los seres vivientes contribuyendo a la mejora del mundo!… Se acabaron los eriales, terminaron los marjales, ya no más tierras incultas. Los brazos de mar son terraplenados, las montañas que constituyen estorbo, desaparecen, los desiertos se convierten en fértiles valles, bajo las aguas que afluyen de todas partes. Ningún prodigio es irrealizable, los antiguos grandes trabajos hacen sonreír; tan tímidos e infantiles se ofrecen a la vista. La tierra es por fin habitable… Y esto viene a significar el hombre desarrollado en su integridad, engrandecido, disfrutando plenamente de sus apetitos, convertido en verdadero dueño. Se abren escuelas y talleres, los niños escogen libremente su oficio, el que sus propias aptitudes aconsejan. Ya han transcurrido años y la selección ha sido llevada a cabo, a virtud de severos exámenes. No basta con poder pagar una educación, es preciso aprovecharla. Cada uno se encuentra de ese modo frenado, utilizado en el justo grado de su inteligencia; lo que permite repartir equitativamente las funciones públicas, según las propias indicaciones de la naturaleza. Cada uno dedicado a todos los demás, según sus fuerzas… ¡Ah!, ¡ciudad activa y alegre, ciudad ideal de sana explotación humana, en donde ya no existe el viejo prejuicio contra el trabajo manual, y en la que resulta posible ver un gran poeta carpintero y un cerrajero que al propio tiempo es un sabio! ¡Ah!, ciudad bienaventurada ésa, ciudad triunfal hacia la que los hombres se encaminan después de tantos siglos; ciudad cuyas blancas murallas resplandecen en lontananza… Allá a lo lejos en el deslumbrante sol…

Sus ojos palidecieron, sus últimas palabras fueron exhaladas, indistintas, en un débil soplo; y su cabeza quedó colgante, conservando la extasiada sonrisa de sus labios. Estaba muerto.

Contemplábale la señora Carolina, trastornada de piedad y de ternura, cuando, repentinamente, tuvo la sensación de que, tras de sí, entraba una tempestad. Era Busch, que volvía sin médico, jadeante, asolado de angustia; mientras que, la Méchain, pisándole los talones, trataba de explicarle por qué, debido a haberse vertido el agua, aún no había podido hacerle la tisana. Pero él había percibido a su hermano, su niñito, como él le llamaba, tumbado de espaldas, inmóvil, con la boca abierta y los ojos fijos; inmediatamente se hizo cargo y lanzó un aullido de animal degollado. De un salto, se había lanzado sobre el cuerpo, levantándolo con sus enormes brazos, como para infundirle vida. Aquel terrible devorador de oro, que hubiera sido capaz de matar a un hombre por diez sueldos, que durante tanto tiempo había espumado el París inmundo, aullaba desesperadamente, víctima de un abominable sufrimiento. Su niñito, ¡Dios mío! ¡Él, que era quien le acostaba, el que le mimaba lo mismo que pudiera hacerlo una madre! ¡Jamás tendría ya a su niñito junto a sí! Y, en una crisis de desesperada rabia, cogió los papeles que había sobre el lecho y los rompió, triturándolos entre sus manos como si hubiera querido aniquilar todo ese trabajo estúpido y celoso, que había matado a su hermano.

La señora Carolina sintió entonces fundírsele el corazón. ¡Desdichado!, ya no le inspiraba más que una infinita lástima. Pero ¿dónde había oído aullar de ese modo? Sólo una vez, con anterioridad, el grito del dolor humano había penetrado en su ser, estremeciéndola de aquella manera. Y se acordó en seguida; era en casa de Mazaud, cuando empezaron con sus alaridos la madre y los pequeños ante el cadáver del padre. Incapaz de sustraerse a este sufrimiento, permaneció allí unos instantes aún, prestando ayuda. Luego, cuando se disponía a irse, al encontrarse sola con la Méchain en la estrecha habitación destinada a despacho, se acordó de repente de que había ido para interrogarla sobre Víctor. Y la preguntó en efecto. ¡Ah!, ¿Víctor?, ¡muy lejos debía de estar, si es que seguía corriendo! Había estado merodeando por París durante tres meses, sin descubrir siquiera una pista. Ella por su parte, renunciaba a dar más pasos, siempre quedaría tiempo para encontrar un día a aquel bandido colgado del cadalso. Y la señora Carolina la escuchaba, helada y silenciosa. Sí, aquél era asunto acabado, el monstruo andaba suelto por el mundo, camino del futuro, de lo desconocido, lo mismo que una bestia espumando virus hereditario que habría de extender el mal con cada una de sus dentelladas.

Una vez fuera, estando ya en la acera de la calle Vivienne, la señora Carolina quedó sorprendida por la dulzura del aire que se respiraba. Eran las cinco, el sol se ponía en un cielo de tierna pureza, dorando a lo lejos las altas enseñas del bulevar. Aquel mes de abril, tan encantador e impregnado de una nueva juventud, era como una caricia para todo su ser físico, que le penetraba hasta el corazón. Respiró hondo, sintiéndose aliviada, más contenta ya, con la sensación de la invencible esperanza que volvía a imponerse e iba en aumento. Era sin duda la muerte tan hermosa de aquel soñador, entregando su último suspiro a su quimera de justicia y de amor, lo que la enternecía de aquel modo, haciéndola mecerse en el sueño que también ella se había forjado de una humanidad expurgada del execrable mal del dinero; y era también causante de esa su ternura, el aullido del otro, el sentimentalismo exasperado y sangrante del terrible lince, al que había creído desprovisto de corazón e incapaz de soltar unas lágrimas. A pesar de todo, ¡no!, no había salido de allí bajo la consoladora impresión de tanta bondad humana, en medio de tanto dolor; había llevado consigo, por el contrario, la desesperanza final del pequeño monstruo escapado, galopando, sembrando por los caminos el fermento de podredumbre del que jamás la tierra llegaría a curarse. ¿Por qué entonces, aquella renaciente alegría que inundaba su ser?

Cuando llegó al bulevar, la señora Carolina, torció a mano izquierda y moderó el paso, en medio de la animación del gentío que por allí pululaba. Se detuvo unos instantes delante de un cochecito lleno de ramilletes de lilas y de alhelíes, cuyo penetrante perfume pareció envolverla en una brisa de primavera. Y, ahora ya, al tiempo que reemprendía su marcha, la oleada de

gozo parecía remontar en ella como surgida de un manantial hirviente y que en vano hubiera intentado detener, obstruir con sus dos manos. ¡No, no!, las horrendas catástrofes eran harto recientes: no podía sentirse alegre, abandonarse en aquel resurgir de eterna vida que parecía alzarla en vilo. Y se esforzaba en conservar su recato de duelo, evocaba su desesperación con motivo de tantos y tan crueles recuerdos. ¿Sería posible?, ¿iba a sentirse con fuerzas para reír después del derrumbamiento de todo, de tan espantosa acumulación de miserias? ¿Olvidaba acaso que era cómplice?; y se hacía a sí misma una relación de hechos, éste, aquél, ese otro, que hubieran bastado para que se pasase llorando el resto de su existencia. Pero, entre los dedos apretados contra su corazón, el hervor de savia se iba haciendo cada vez más impetuoso, el manantial de vida desbordaba, iba apartando obstáculos para discurrir libremente, lanzando los restos del naufragio a una y otra orilla, transparente y triunfante bajo el sol.

A partir de aquel momento, vencida ya, la señora Carolina hubo de abandonarse a la irresistible fuerza del continuo rejuvenecimiento. Como decía ella misma a veces, riéndose, no podía estar triste. La prueba había sido consumada, acababa de tocar el fondo de la desesperación, y he aquí que la esperanza ahora resucitaba en ella de nuevo, destrozada, ensangrentada, pero vivaz a pesar de todo, más amplia de minuto en minuto. Ninguna ilusión la quedaba, cierto es; la vida había sido decididamente injusta e innoble, como la misma naturaleza. ¿Por qué entonces aquella sinrazón de amarla, de quererla, de contar, lo mismo que le ocurre al niño al que se promete un placer que siempre se le va aplazando, con el lejano y desconocido objetivo hacia el cual nos conduce sin finalidad alguna? Después, cuando torció por la calle de la Chaussée-d’Antin, ni siquiera siguió razonando; la filósofa que había en ella, la sabia y la letrada, abdicaba finalmente, cansada de la inútil búsqueda de causas o razones; no era ya sino una criatura dichosa, contenta con la hermosura del cielo y la suavidad del aire, saboreando el único gozo de encontrarse bien de salud, de oír el firme golpear de sus piececitos sobre la acera. ¡Ah!, la dicha de existir, ¿es que en el fondo existe alguna otra? ¡La vida tal como es, en toda su fuerza, por abominable que sea, con su eterna esperanza!

Regresado que hubo a su apartamento de la calle de Saint-Lazare, que había de abandonar al día siguiente, la señora Carolina acabó de preparar sus baúles; y, cuando estaba dando la vuelta a la sala de los diseños, vacía ya, percibió en las paredes, los planos y las acuarelas, que se había prometido amarrar en un solo rollo en el último instante. Pero, cuando intentó hacerlo, una especie de sueño parecía detenerla, al encontrarse frente a cada hoja de papel, antes de decidirse a arrancar los clavos que había en cada una de las cuatro esquinas. Revivía sus lejanas jornadas de Oriente, de aquel país tan amado, del que daba la impresión de haber conservado en su físico la

deslumbrante luz, revivía asimismo los cinco años que acababa de pasar en París, esa crisis de cada día, aquella loca actividad, el monstruoso huracán de millones que había atravesado su vida, saqueándola; y, de esas ruinas calientes aún, sentía ya germinar, abrirse al sol, toda una floración. Si el Banco nacional turco se había hundido a continuación del Universal, la Compañía de Vapores reunidos, en cambio, seguía en pie y próspera. Su mente vivía de nuevo la costa encantada de Beirut, donde, en medio de inmensos almacenes, se alzaban los edificios de la administración y cuyo plano se disponía a arrancar: Marsella puesta a las puertas del Asia Menor, el Mediterráneo conquistado, las naciones, acercadas más las unas a las otras, pacificadas quizás. Y aquella garganta del Carmelo, la acuarela que ahora estaba desclavando, ¿no sabía acaso por una carta reciente que todo un pueblo había germinado allí? El poblado de quinientos habitantes, nacido alrededor de la mina en explotación, era al presente una villa de varios miles de almas, toda una civilización en forma de carreteras, fábricas, escuelas, fecundando aquel rincón muerto y salvaje. Podían verse asimismo en la sala, los trazados, las nivelaciones y los perfiles, para la línea férrea de Brusa a Beirut por Angora y Alepo; una serie de grandes hojas que ella iba enrollando: transcurrirían sin duda años antes de que los desfiladeros del Taurus fuesen atravesados a todo vapor; pero la vida afluía ya por todos lados, el suelo de la antigua cuna acababa de sembrarse con una nueva cosecha de hombres, el progreso del mañana crecería allí, con un vigor de vegetación extraordinario, en ese maravilloso clima, bajo los grandes soles. ¿No existía allí, en todo aquello, el despertar de un mundo, la humanidad liberada y más dichosa?

En aquel momento, la señora Carolina, con la ayuda de un hilo fuerte, anudaba el paquete de planos. Su hermano, que la esperaba en Roma, en donde ambos iban a empezar una nueva vida, le había recomendado que los embalase con cuidado, y cuando estaba apretando los nudos, acudió a su mente el pensamiento de Saccard, del que sabía hallarse en Holanda, lanzado de nuevo en un negocio de colosal envergadura, la desecación de inmensos terrenos pantanosos, un pequeño reino conquistado al mar, merced a un complicado sistema de canales. Tenía razón: el dinero, hasta el presente al menos, constituía el mantillo donde germinaba y crecía la humanidad del mañana; el dinero, envenenador y destructivo, venía a ser el fermento de toda una vegetación social, el necesario abono para la realización de los grandes trabajos que facilitan la existencia. Esta vez veía claro por fin, su invencible esperanza, ¿no provenía acaso de su creencia en la utilidad del esfuerzo? ¡Dios mío!, por encima de tanto cieno removido, sobre tantas víctimas aplastadas, de todo ese abominable sufrimiento que cuesta a la humanidad cada paso que avanza, ¿no existe un objetivo oscuro y lejano, algo de superior significado, bueno, justo, definitivo y hacia el cual nos encaminamos sin saberlo, que nos inflama el corazón con el obstinado afán de vivir y de esperar?

Y la señora Carolina sentíase alegre a pesar de todo con su rostro siempre joven, bajo su corona de cabellos blancos, cual si se hubiera rejuvenecido a cada nuevo abril, en la vejez de la tierra. Y, al suscitarse en su mente el recuerdo de vergüenza que le causaban las ilícitas relaciones habidas con Saccard, no podía dejar de pensar al propio tiempo en la basura con que igualmente se había manchado el amor. ¿Por qué cargar al dinero con la pena de las suciedades y crímenes de que es causante? ¿Se halla acaso menos mancillado el amor, él que crea la vida?

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es